UNED estudios

Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual

Antonio Moreno Hernández *(Coordinador)*



ESTUDIOS DE LA UNED

Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual

ANTONIO MORENO HERNÁNDEZ
(Coordinador)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

ESTUDIOS DE LA UNED (0133098EU01A01)
JULIO CÉSAR: TEXTOS, CONTEXTOS Y RECEPCIÓN.
DE LA ROMA CLÁSICA AL MUNDO ACTUAL



Librería UNED: c/ Bravo Murillo, 38 - 28015 Madrid
Tels.: 91 398 75 60 / 73 73
e-mail: libreria@adm.uned.es

Este volumen se inscribe dentro de los Proyectos de Investigación HUM2005-00442 y FFI2008-02214, y de la Acción Complementaria FFI2008-01997-E/FILO, financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

ISBN: 978-84-362-6043-4
Depósito legal: M. 53.788-2009

Primera edición: enero de 2010

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime y encuaderna: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.
Poligono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: ACTUALIDAD DE JULIO CÉSAR

Aquí, lo que dejaron los puñales.
Aquí esa pobre cosa, un hombre muerto
que se llamaba César. Le han abierto
cráteres en la carne de los metales.

Aquí la atroz, aquí la detenida
máquina usada ayer para la gloria,
para escribir y ejecutar la historia
y para el goce pleno de la vida.

Aquí también el otro, aquel prudente
emperador que declinó laureles,
que comandó batallas y bajeles

y que rigió el oriente y el poniente.
Aquí también el otro, el venidero
cuya gran sombra será el orbe entero.

Jorge Luis Borges[1]

La indagación en la obra y en la figura de Julio César nos devuelve al terreno de lo 'clásico' por antonomasia, en la acepción más rica de la palabra: 'clásico' por el significado que alcanza en el contexto de la Roma antigua, cuyo devenir queda marcado decisivamente por su intervención, y 'clásico' también por la repercusión y trascendencia que su presencia recurrente ha representado en la historia de la cultura occidental hasta la actualidad, como una fuente inagotable de proyecciones en terrenos como la política, el derecho, la literatura y el arte, hasta el punto de hacer temer al historiador Teodoro Mommsem que sería imposible hacer una exacta descripción de César, habida cuenta de la dificultad de rastrear al personaje histórico bajo el cúmulo de proyecciones que desde la Antigüedad acompañan a su figura.

[1] «César», *Los Conjurados* (1985), Biblioteca Borges, Madrid, 1998.

Esta dualidad entre el significado de Julio César en su propio tiempo, objeto todavía de visiones contrapuestas, y su trascendencia y utilización posterior, a la que apunta el poema citado de Borges, ha dado lugar a la formación de una suerte de controvertido referente político y cultural sujeto a valoraciones en muchos casos divergentes pero que ponen de manifiesto su formidable capacidad para suministrar claves de interpretación aplicables en momentos diversos de la historia y en contextos muy diferentes, con un efecto multiplicador de sentido que arranca en la misma Antigüedad con la cristalización de su propio nombre como epónimo de los emperadores o modelo de la prosa clásica.

Así se ha venido sedimentando a lo largo de la historia un bagaje de imágenes de César cuya sombra, como apunta Borges, se proyecta en todos los órdenes: fundador legendario de ciudades, emulador de Alejandro Magno, estadista y general que maneja las situaciones tácticas y estratégicas con extrema habilidad, orador persuasivo y político con una clara inclinación autocrática y a la vez populista —el dictador democrático, como lo denomina L. Canfora—, ambicioso y al tiempo representándose a sí mismo como magnánimo y benevolente, despreciado y a la vez querido, pero que a partir de su vida y de su asesinato ha encarnado, como posiblemente ninguna otra figura en la historia, el acuciante problema de la libertad y del poder y sus límites; un problema recurrente y que encuentra en la figura y en la obra de Julio César una cristalización en las polémicas que desde el humanismo italiano surgen en torno a la legitimación del poder y que ha provocado en otros casos, como Carlos V —nacido en Gante, fundada por César— o el propio Napoleón, una enorme atracción y una cierta propensión a la autoidentificación con la figura de César.

Pero a la vez Julio César ha pasado por ser uno de los prototipos del caballero de armas y letras, bosquejado ya por Suetonio, una figura que también se idealizaría desde el final de la Edad Media hasta el Renacimiento, fraguada en torno al hombre de acción sensible al poder de la palabra, que en la literatura española reflejan, entre otros, Alfonso X el Sabio[2], el Marqués de Santillana[3] o Gómez Manrique[4].

---

[1] ALFONSO X, *General Estoria*: «E pero con todo aquello nunqua Julio César tantas batallas ouo ni tantos embargos, ni ouo tanto de veer que dexasse de leer ni de estudiar noche y día, et de aprender muy de coraçón… E demás sabíe bien uersificar, et uersificaua muy fremoso et much ayna» (ed. R. Menéndez Pidal, Madrid 1978, vol. I, p. 94).

[3] MARQUÉS DE SANTILLANA, Prólogo de los *Proverbios*: «Del Çesar se falla que todas las cosas que en el día passava que de notar fuessen las escrevía en la noche metrificadas e en tan alto e elevado estilo que después de su vida apenas los muy entendidos las entendían» (ed. M. A. Pérez Priego, Poesías completas, Madrid 1983).

[4] DIEGO GÓMEZ MANRIQUE, *Cancionero, Introducción,* 138-140: «del qual se escriue que no menos andaua çercado de libros que de armas y que nunca el trabajo de los días le empachaua el estudio de las noches» (ed. Fr. Vidal González, Madrid 2003, p. 104).

Respecto a su obra, la pérdida de parte de ella, sin duda en parte por intervención de Augusto, no ha impedido que César sea un escritor sobre el que ha cuajado un modelo de *latinitas* que, bajo su aparente sencillez, concisión y elegancia, muestra su complejidad y su riqueza de matices, tanto en la selección y modo de narrar los acontecimientos como en la manera de representar una imagen de la realidad que destila una convincente sensación de verosimilitud puesta al servicio de sus intenciones.

Pero la importancia de su obra ha ido todavía mucho más lejos por su papel en la educación, al convertirse desde el Renacimiento en uno de los principales modelos de la enseñanza del latín, que ya el propio Luis Vives pone en el primer lugar en el orden de la *imitatio*,[5] si bien no han faltado históricamente críticas a la pertinencia de sus textos o a su discutible adecuación para el aprendizaje elemental del latín[6].

Pues bien, la selección de artículos que conforman este volumen, que han sido sometidos al Comité Científico de la publicación, tienen su génesis en el Coloquio Internacional celebrado en Madrid del 19 al 21 de noviembre de 2008, organizado por la Universidad Nacional de Educación a Distancia y celebrado en la propia UNED y en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, con una amplia participación de ponentes invitados, españoles y extranjeros, para presentar y debatir sobre las contribuciones actuales en diversos campos (filología, historia, derecho, arte…) y su recepción en la tradición cultural occidental desde distintas perspectivas. Esta propuesta se enmarca dentro de las actividades de un equipo de investigación del Dpto. de Filología Clásica de la UNED que viene trabajando desde 2001 en el estudio de la recepción textual y literaria de la obra de Julio César en España, a través de sucesivos proyectos subvencionados por la UNED y por el actual Ministerio de Ciencia e Innovación[7], y ha podido celebrarse gracias a una Acción Complementaria concedida por la misma entidad[8].

Los resultados de esta línea de investigación y de los proyectos a los que está vinculada[9] nos impulsaron a celebrar un encuentro de carácter internacional e interdisciplinar sobre la obra y la recepción de la obra de Julio César, con el propósito

[5] LUIS VIVES, *De Disciplinis,* III 6.

[6] M. VON ALBRECHT, *Historia de la literatura romana*, vol. I (vers. esp.), Barcelona 1997, p. 401, n. 4 considera «extravagante el hecho de que el gran César *pueros elementa docet*». Cf. L. LEO, «Die römische Literatur und die Schullektüre», *Das Humanistische Gymnasium* 21, 1010, pp. 166-175; H. CANZIC, «Rationalität und Militär —Caesars Kriege gegen Mensch und Natur», H.-J. Glücklich (ed.), *Latenische Literatur, heute wirkend,* 2 vols. Göttingen 1987, pp. 2-29.

[7] BFF2002-02449 y HUM2005-00442FILO.

[8] FFI2008-01997-E/FILO.

[9] Pueden verse en http://www.uned.es/caesar/

de poner en común las contribuciones científicas actuales en los estudios filológicos y en otros campos fundamentales, como el Derecho Romano, la Historia Antigua o la historia del pensamiento político, así como ofrecer una aproximación a la historia de los *Commentarii* y a su recepción en la tradición cultural occidental desde diversas perspectivas, para fomentar el contacto con otros grupos de investigación y el diálogo con otra disciplinas que se vienen ocupando de la figura de César, cristalizando en el volumen que presentamos, en el que se agrupan las contribuciones en seis grandes capítulos, más un apéndice sobre las bases bibliográficas para el estudio de la recepción textual y literaria de César en España.

También nos ha impulsado a llevar a cabo esta iniciativa la ausencia en el panorama hispano de un encuentro monográfico que viniera a sumarse a los últimos congresos celebrados en Francia y en Italia sobre la obra de César: los editados por R. Chevalier[10], D. Poli[11] y G. Urso[12], este último impulsado por la Fondazione Niccolò Canussio, que viene desarrollando una destacada labor en los estudios cesarianos, así como los volúmenes monográficos dirigidos en 2006 y 2007 por B. Méniel y B. Ribémont[13], que recogen los resultados de las jornadas de estudios celebradas en la Universidad Denis Diderot de París los días 2 y 3 de diciembre de 2005.

De hecho, el interés que en estos últimos años ha despertado la figura de César se ha visto corroborado por otros dos acontecimientos relevantes: la reciente celebración en Roma de una gran exposición sobre su figura, ahondando en sus proyecciones en todos los órdenes de la cultura, cuya magnífico catálogo ha contado con la colaboración de destacados especialistas y ha editado G. Gentili[14], y, por otro lado, la preparación, por parte de Miriam Griffin, de una actualización científica integral de Julio César, que ha cristalizado en un *Companion to*

---

[10] *Présence de César. Hommage au doyen M. Rambaud*, Actes du colloque des 9-11 décembre 1983, Les Belles Lettres, París 1985.

[11] *La Cultura in Cesare*. Atti del convegno internazionale di studi, Macerata-Matelica, 30 aprile-4 maggio 1990, Il Calamo, Roma 1993.

[12] *L'ultimo Cesare. Scritti riforme progetti poteri congiure*. Atti del convegno internazionale, Cividale del Friuli, 16-18 settembre 1999, L'Erma di Bretschneider, Roma 2000. Centro Ricerche e Documentazione sull'Antichità Classica. Monografie 20.

[13] *La Figure de Jules César au Moyen Âge et à la Renaissance, I, en Cahiers de Récherches Médiévales* 13, 2006 (Partie thématique sous la direction de B. Méniel et B. Ribémont): http://crm.revues.org/index843.html; y *La Figure de Jules César au Moyen Âge et à la Renaissance,* II, *Cahiers de Récherches Médiévales* 14, 2007 (sous la direction de B. Méniel et B. Ribémont): http://crm.revues.org/index2540.html.

[14] GENTILI, G. (ed.), *Giulio Cesare. L'uomo, le imprese, il mito* (Catalogo della mostra, Roma, Chistro del Bramante, 23 ottobre 2008-3 maggio 2009), Milán 2008.

Iulius Caesar que acaba de ver la luz, con treinta contribuciones sobre distintos aspectos de los estudios cesarianos[15].

Las contribuciones del presente volumen se agrupan en seis grandes apartados («La obra de César y su interpretación»; «La tradición textual de los *Comentarii»;* «Historia, política, derecho»; «En torno a César en la literatura latina»; «Modalidades de recepción del Renacimiento a la Ilustración»; «Apuntes sobre César en el mundo contemporáneo»), más un Apéndice sobre las bases bibliográficas para el estudio de la recepción textual y literaria de César en España. Se trata, en fin, de una aproximación a la figura de Julio César y una incitación a seguir trabajando en torno a su obra y su figura en muchos otros campos, habida cuenta de la múltiples formas de pervivencia que adopta en la tradición literaria y en ámbitos como el pensamiento político, la educación, el arte o la música.

La obra que presentamos no habría sido posible sin la colaboración de muchas personas e instituciones, a las que hemos de expresar nuestro agradecimiento. En primer lugar, a las instancias de la Universidad que la han alentado: al Rector de la UNED, Juan Jimeno Ullastres, que presidió el Acto de Apertura de las sesiones; al apoyo de los Vicerrectorados de Coordinación y Extensión Universitaria —a través de la persona de la vicerrectora, Mercedes Boixareu Vilaplana—, y de Investigación —tanto Miguel Requena Díez de Revenga, vicerrector que apoyó inicialmente el proyecto, y a su sucesora, Paloma Collado—; al Vicerrectorado de Medios Impresos y Audiovisuales, en las personas de la vicerrectora Blanca Azcárate Luxán, y de la jefa del Servicio, Herminia Calero Egido, que han facilitado la publicación del volumen; y al Dpto. de Filología Clásica de la UNED, en particular a su director, José María Lucas, que nos brindó su aliento y apoyo en todo momento.

Así mismo hay que resaltar y agradecer la colaboración de las dos sociedades científicas españolas de nuestra especialidad que le otorgaron su apoyo y patrocinio científico: la Sociedad Española de Estudios Clásicos y la Sociedad de Estudios Latinos, cuyos presidentes, Jaime Siles Ruiz y Jesús Luque Moreno, respectivamente, participaron en el Acto de Apertura e intervinieron muy activamente en las sesiones de trabajo; a la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, que acogió una parte de las sesiones, gracias a los oficios de Ana Moure Casas y de Emilio Crespo; a los miembros del Comité Científico asesor del volumen, Jann Le Bohec (Paris IV, Sorbonne), Virginia Brown (University of Toronto), Anton Powell (Institute of Classics and Ancient History, University of Wales) y Maria Wyke (University

[15] *A Companion to Julius Caesar,* Wiley-Blackwell, Oxford 2009.

College London); y por supuesto, a todos los especialistas de más de una docena de universidades que presentaron sus ponencias en el Coloquio, así como a los presidentes de las sesiones, que contribuyeron a moderar y enriquecer los debates.

Por último, hay que dejar constancia de la tarea llevada a cabo por los miembros del Proyecto de Investigación HUM2005-00442 FILO que a su vez formaron el Comité organizador del Coloquio, cuyo trabajo permitió crear este espacio de diálogo científico: Genoveva García-Alegre Sánchez —que actuó como secretaria del encuentro—, Matilde Conde Salazar, M.ª Victoria Fernández-Savater, Javier Moraleda Díaz, y, así como al resto de colaboradores de nuestro equipo (Ana José García Villena, José Pardo Navarro, Manuel Isidro Guijosa —quien colaboró en la corrección de pruebas del volumen—, Xurxo Regueira Veiga) y a Leticia Marcos Pinto, que nos brindó su colaboración en la mesa del Coloquio. Gracias a todos ellos, y a los colaboradores de más de una docena de universidades, ha sido posible que esta obra vea la luz.

Antonio MORENO HERNÁNDEZ

I

LA OBRA DE CÉSAR
Y SU INTERPRETACIÓN

EL GÉNERO HISTORIOGRÁFICO DE LOS *COMMENTARII*. LOS *COMMENTARII* DE CÉSAR

Eustaquio SÁNCHEZ SALOR
Universidad de Extremadura
esanchez@unex.es

RESUMEN

Tomando como punto de partida la base teórica sobre el contenido historiográfico de las *Historiae* recogida por Sempronio Aselión y Cicerón hacemos un análisis de los *Commentarii* de César. Y la conclusión es que los *Commentarii* son una obra historiográfica en la que se cumplen los principios teóricos de las *Historiae*. Cumplen con los requisitos teóricos de exponer no sólo los hechos, sino también sus *consilia* y sus *rationes* y sus consecuencias. Y participan de los principios de la historia pragmática de defender al estado, procurando conseguir hombres *alacriores ad rem publicam defendendam* y *segniores ad rem perperam faciundam*. Lo que hacen los autores de *Commentarii*, y concretamente César, es servirse de esta base historiográfica teórica para hacer memorias de su propia actividad política y militar. Pero su obra es una obra historiográfica.

Palabras clave: *Commentarii*. Género historiográfico. César.

The historiographic genre of the *Commentarii*.
Caesar's *Commentarii*

ABSTRACT

Starting from the theoretical basis of the *Historiae* historiographic content written by Sempronio Aselión and Cicerón we analyse Caesar's *Commentarii*. Our conclusion is that the *Commentarii* are a historiographic work where the theoretical principles of the *Historiae* are fulfilled. They realize the theoretical requirements of unfolding not only the facts, but also their *consilia* and *rationes* and their consequences. The *Commentarii* also participate of the principles of the pragmatic history where the state is defended, and *alacriores ad rem publicam defendendam* and *segniores ad rem perperam faciundam* men are aimed. What the authors in the *Commentarii* make, and particularly Caesar, is to use this theoretical historiographic base to develop the memories of their own military and political activities. But their work is a historiographic work.

Key words: *Commentarii*. Historiographic genre. Caesar.

★ ★ ★

INTRODUCCIÓN

Las primeras manifestaciones historiográficas latinas fueron los Anales. La simplicidad narrativa y el ardor patriótico eran sus características.

En el siglo II a. C. cambian los principios historiográficos. Los viejos *Annales* dejan su lugar a un nuevo subgénero historiográfico que los autores latinos llaman *Res Gestae* o *Historiae*; en realidad son monografías sobre acontecimientos históricos puntuales más o menos extensos en el tiempo. Esa es la primera diferencia entre *Annales* e *Historiae*: los *Annales* hacían historia de Roma desde la época legendaria hasta el momento en que son escritos; las *Historiae* hacen historia de un periodo delimitado de tiempo que tiene un cierto interés historiográfico.

Pero hay otra diferencia fundamental. Hay un texto de Sempronio Aselión, autor de unas *Res Gestae* o *Historiae*, que comprendían el periodo histórico que el autor había vivido: desde la guerra numantina (134 a. C.) hasta el 90 a. C. Pues bien, Sempronio Aselión establece esta diferencia entre los *Annales*, que eran las manifestaciones historiográficas anteriores, y las *Historiae*, que representan la nueva forma historiográfica del último siglo republicano:

> *Verum inter eos qui annales relinquere voluissent et eos qui res gestas a Romanis perscribere conati essent, omnium rerum hoc interfuit: annales libri tantummodo quod factum, quoque anno gestum sit, ea demonstrabant ita quasi qui diarium scribunt, quam Graeci ephemerida vocant. Nobis non modo satis esse video quod factum esset, id pronuntiare, sed etiam quo consilio quaque ratione gesta essent demonstrare… Nam neque alacriores ad rem publicam defendendam neque segniores a rem perperam faciundam annales libri commouere quicquam possunt. Scribere autem bellum initum quo consule et quo confectum sit et quis triumphans introierit, non praedicare interea quid senatus decreuerit aut quae lex rogatione lata sit neque quibus consiliis ea gesta sint, id fabulas pueris est narrare, non historias scribere* (fr. 1-2) (Peter 1993).

La nueva orientación historiográfica exige no sólo contar los hechos, sino explicarlos teniendo en cuenta los *consilia* y las *rationes* de esos hechos; al mismo tiempo la obra historiográfica es dotada de un claro sabor pragmático porque de ella, dice Aselión, que hace a los hombres *alacriores ad rem publicam defendendam* y *segniores a rem perperam faciundam*. Me interesa resaltar esta frase: los Anales no hacían a los hombres más inclinados defender el estado ni más remisos a la hora de hacer una mala accción. Los Anales no; pero las *Historiae* sí. Son palabras de

Sempronio Aselión, tribuno militar en el ejército de Escipión Emiliano en Numancia, donde también se habían reunido el historiador griego Polibio, el filósofo Panecio y el joven poeta Lucilio. No se podía esperar profesión de fe de historiador pragmático más absoluta y precisa que esta, la cual, si por una parte deriva de la enseñanza y del ejemplo del más grande historiador griego, Polibio, por otra anuncia la obra de otro gran historiador latino, Salustio, y la doctrina teórica de Cicerón sobre la historia. La historia empuja al hombre a defender una posición política y le aparta de realizar malas acciones. Es pragmática, sobre todo. La historia pragmática considera, pues, las causas, consecuencias y el desenlace de los hechos, procurando deducir de ellos enseñanzas prácticas de carácter moral y político.

La codificación teórica de esta nueva orientación historiográfica se encuentra en un famoso pasaje del *De Oratore* de Cicerón:

> *Ipsa autem exaedificatio (historiae) posita est in rebus et verbis: rerum ratio ordinem temporum desiderat, regionum descriptionem; vult etiam, quoniam in rebus magnis memoriaque dignis consilia primum, deinde acta, postea eventus exspectentur, et de consiliis significari quid scriptor probet et in rebus gestis declarari non solum quid actum aut dictum sit, sed etiam quo modo, et cum de eventu dicatur, ut causae explicentur omnes vel casus vel sapientiae vel temeritatis hominumque ipsorum non solum res gestae, sed etiam, qui fama ac nomine excellant, de cuiusque vita atque natura* (*De Oratore* 2, 63).

Dice claramente Cicerón que la obra historiográfica debe comprender los siguientes aspectos: la geografía, la cronología y los hechos; y, en relación con los hechos, se han tener en cuenta sus antecedentes o *consilia*, los propios hechos, y sus consecuencias. Y el historiador puede dar su opinión subjetiva sobre todo en lo que se refiere a los antecedentes, es decir, en lo que se refiere los *consilia* y *rationes* que preceden a los hechos.

Pues bien, sobre esta base teórica surgen las *Historiae* y los *Commentarii*. Ambos subgéneros son monografías históricas; es decir, tratan periodos históricos, más o menos cortos, de interés especial para Roma. Ambos cumplen con los requisitos teóricos de exponer no sólo los hechos, sino también sus *consilia* y sus *rationes* y sus consecuencias. Ambos pretenden defender al estado, es decir, conseguir hombres *alacriores ad rem publicam defendendam* y *segniores ad rem perperam faciundam*.

En efecto, lo que hacen los autores de *Commentarii*, y concretamente César en los suyos, es servirse de esta base historiográfica teórica para hacer memorias

de su propia actividad política y militar. Los *Commentarii* son monografías históricas como las *Historiae*; cumplen con los mismos requisitos que las *Historiae*, requisitos que codificó Cicerón; tienen finalidad pragmática, como las *Historiae*. La única diferencia está en que en los *Commentarii* se trata de unos hechos en los que el historiador es protagonista; o mejor se trata de que el político-militar y escritor se sirve de un subgénero historiográfico, cuyas normas teóricas respeta, pero pone también al servicio de su propia propaganda.

Ya ha habido estudiosos que han observado que, a media que avanza la narración en los comentarios de la Guerra de las Galias, César se va separando cada vez más de lo que se podría considerar como estilo de los comentarios y se va acercando paulatinamente a un estilo y a unas formas historiográficas. Unos estudiosos piensan que César hace esto de forma inconsciente o autómata, como si el autor dominara la técnica historiográfica y, sin más, la aplicara[1]. Otros consideran que este cambio hacia un estilo y forma historiográficos es el resultado de una estrategia que responde a un plan consciente por parte de César. De hecho, estos estudiosos han observado la aparición clara de elementos historiográficos; así, la presencia de largos excursos de carácter etnográfico y geográfico, que no tendrían por qué aparecer en unas memorias técnicas y sí en una obra historiográfica; la recurrencia de discursos directos, así como el uso de escenas de contenido dramático, típicos de la historiografía; la aparición y tratamiento de cifras de pérdidas propias y del enemigo después de cada batalla, que nos remite a un historiador que mira desde todas las perspectivas.

Nosotros nos vamos a fijar en los ingredientes historiográficos que recogen por un lado Sempronio Aselión y por otro Cicerón para comprobar que muchos de ellos aparecen en César.

1. LA HISTORIA EXIGE *ORDINEM TEMPORUM Y DESCRIPTIONEM REGIONUM*

Son palabras de Cicerón, según ya hemos visto. Y César en sus Comentarios cumple con ello.

Bien conocida es la división que hace de la Galia y la descripción de los límites de los diferentes pueblos en el capítulo primero del libro primero. Esta des-

[1] Cf. F. Adcock, *Caesar a man of letters*, Cambridge 1956.

cripción geográfica no es algo que queda aislado. Muchos de los hechos y movimientos de pueblos que se narran después se entienden mejor teniendo en cuenta la descripción del principio.

Conocida es también la descripción que hace del recorrido del Mosa y del Rin antes de la campaña contra Germania, en el libro cuarto:

> *Mosa profluit ex monte Vosego, qui est in finibus Lingonum, et parte quadam ex Rheno recepta, quae appellatur Vacalus, insulam efficit Batavorum, neque longius ab Oceano milibus passuum LXXX ub Rhenum influit. Rhenus autem oritur ex Lepontiis, qui Alpes incolunt, et longo spatio per finis Nantuatium, Helvetiorum, Sequanorum, Mediomatricum, Tribocorum, Treverorum citatus fertur et, ubi Oceano apropinquavit, in plures defluit partes, multis ingentibusque insulis effectis, quorum pars magna a feris barbartisque nationibus incolitur, ex quibus sunt qui piscibus atque ovis avium vivere existimantur, multisque capitibus in Oceanum influit* (4, 10).

E igualmente, antes de la segunda campaña a Gran Bretaña, decribe la isla:

> *Insula natura triqueta, cuius unum latus est contra Galliam. Huius lateris alter angulus, qui est ad Cantium, quo fere omnes ex Gallia naves appelluntur, ad orientem solem, inferior ad meridiem spectat. Hoc pertinet circiter milia passuum quingenta. Alterum vergit ad Hipaniam atque occidentem solem; qua ex parte est Hibernia, dimidio minor, ut existimatur, quam Britannia (…), sed pari spatio transmissus atque ex Gallia est in Britanniam… Tertium est contra Septentrionem, cui parte nulla est obiecta terra…* (5, 13).

Y hay que recordar también que con mucha frecuencia, antes de narrar una batalla o una acción militar, describe o califica brevemente el lugar. Y esa descripción o clasificación está en conexión, casi siempre, con el desarrollo y resultado de los hechos.

> *… milites e loco superiore pilis missis facile hostium phalangem perfregerunt.* (Gall. 1, 25, 1).

> *… e loco superiore in nostros venientes tela coniciebant* (Gall. 1, 26, 3).

> *Caesar cum iniquo loco pugnari hostiumque augeri copias videret,* (Gall. 7, 49, 1).

Multitud de ejemplos como estos se podrían citar.

En lo que se refiere a la cronología, recoge la ficha del año en los primeros libros de la Guerra de las Galias. Así, fija el año en que Orgétorix convenció a los helvecios de que debían salir de su territorio a conquistar la Galia:

> *M. Messalla et M. Pupio Pisone consulibus* (Gall. 1, 2).

Y el año y el día exacto en que los helvecios decidieron emigrar:

Is dies erat a. d. V Kal. Aprilis, L. Pisone Gabinio consulibus (Gall. 1, 6).

A partir de ese momento, como las campañas en la Galia son anuales no era necesario recordar el año. Pero lo vuelve a hacer; así precisamente el año en que fueron cónsules Pompeyo y Craso:

Ea quae secuta est hieme, qui fuit annus Cn. Pompeio M. Crasso consulibus (Gall. 4, 1, 1).

Y el año del consulado de Domicio y Claudio.

L Domitio App. Claudio consulibus (Gall. 5, 1, 1).

En la Guerra civil no da el marco temporal. Sólo en una ocasión —la más importante— recuerda, no el año, sino el día; es el paso de Italia a Grecia para la batalla de Farsalia:

II Nonas Ianuarias navis solvit (civ. 3, 6, 1).

Cumple, pues, César con el principio historiográfico de recoger la descripción del lugar y el momento de los hechos.

2. LA HISTORIA HACE A LOS HOMBRES *ALACRIORES AD REM PUBLICAM DEFENDENDAM*

Sempronio Aselión había señalado, como hemos visto, que las *Historiae* se diferencian de los Anales en que aquéllas sirven para ayudar al estado. Es uno de los principios teóricos de la Historia: se puede hacer tanto bien al estado con la historia como con la actividad política y militar. De manera que si un historiador insiste en que un general actúa para bien del estado no está sino poniendo en práctica este principio historiográfico; y si un autor de memorias insiste en que él está actuando a favor del estado no está sino llevando a sus memorias el mismo principio historiográfico; que lo hace a favor de sí mismo; sin duda; pero lo hace siriviéndose de un principio teórico.

En César encontramos cuatro veces el sintagma *rei publicae causa*; tres veces *rei publicae commodo* o *commoda*; tres veces *interesse reipublicae*; y así otros usos de *rei publicae* dependiendo de verbos (*praestare, nocere, tribuere, non deficere, non deesse, parcere*) o de nombres (*iniuria, turpe, occupatio*) que indican afección o interés del

estado. Cincuenta veces utiliza César el genitivo *populi romani*; muchas, dependiendo de nombres como *amicus, inimicus, incommodum, calamitas, meritum, iniuria, beneficium, utilitas*, términos que hacen todos ellos alusión a los intereses del pueblo romano; otras dependiendo de nombres como *imperium, virtus, nomen, exercitus, potestas, dignitas,* que aluden a la gloria y al poder del pueblo romano; y otras, términos como *amicitia, gratia, consuetudo, auxilium, fides*, que se refieren al buen talante del pueblo romano. Catorce veces utiliza el dativo *populo romano*; y todas, como dativo que es, con el valor de entidad afectada por acciones políticas o militares. Estos sintagmas indican claramente que la doctrina es que las cosas se hacen en bien de la *res publica* y del *populus romanus*.

No hace falta demostrar que César presenta siempre sus acciones como acciones *ad rem publicam defendendam*.

Pero sí vamos a observar dos cosas a este respecto: una es que el sintagma *populus romanus* aparece sobre todo en la *Guerra de las Galias* y, dentro de esta obra, en el libro primero. Y otra es que también Pompeyo es presentado como personaje actuando *ad rem publicam defendendam*.

En lo que se refiere a lo primero, se observa que de las 50 veces que utiliza César el genitivo *populi romani*, 47 están en la Guerra de las Galias y sólo 3 en la Guerra Civil. Esto es ya un hecho que llama la atención. Pero llama también la atención el hecho de que, de las 47 de las Guerra de las Galias, 27 están en el libro I, y el resto, 20, en el resto de los libros. La distribución, pues, es muy desigual a favor de la Guerra de las Galias y, dentro de esta obra, a favor del libro I. Y de las catorce veces que utiliza el dativo *populo romano*, trece están en la Guerra de las Galias y sólo una en la Guerra Civil; y, dentro de la Guerra de las Galias, seis están en el libro I y siete en el resto de los libros. De nuevo la distribución es desigual y la desigualdad tiene el mismo sentido que en el caso del genitivo *populi romani*.

¿Qué explicación damos a esto? Da toda la impresión de que, cuando César comienza a escribir sus *Res gestae,* está obsesionado por dar la impresión de que lo que hace lo hace en nombre del pueblo romano; y por eso repite tantas el sintagma *populus romanus* en el libro I. Ello sin duda para justificar su propia actuación. Pero a medida que va avanzando la obra, son los hechos los que van cobrando protagonismo y lo va perdiendo la obsesión por orientar esos hechos en una dirección determinada. Es decir, va ganando protagonismo el aspecto historiográfico —son los hechos los que hablan— y lo va perdiendo el interés del

historiador por dejar clara una determinada intención. Se va acercando, pues, a la historia y se va alejando del Comentario o memoria.

En segundo lugar, llama la atención que, al hablar de los antecedentes de la Guerra Civil, también presenta a un Pompeyo cuyas acciones están orientadas a favor de la *res publica*.

Así, a comienzos del libro VI de la Guerra de las Galias César habla de Pompeyo actuando a favor de la *res publica*; César indica que Pompeyo, a pesar de ser ya procónsul, había permanecido en Roma, pero le recuerda que lo había hecho *rei publicae causa*:

> *Multis de causis Caesar maiorem Galliae motum exspectans per M. Silanum, C. Antistium Reginum, T. Sextium legatos dilectum habere instituit. Simul a Cn. Pompeio proconsule petit, quoniam ipse ad urbem cum imperio* ***rei publicae causa*** *remaneret* (Gall. 6, 1).

Le pide concretamente César a Pompeyo, quien se había quedado en Roma *cum imperio rei publicae causa*, que no se oponga al reclutamiento que está haciendo en la Cisalpina; y Pompeyo no se opone, sino que interpreta que César lo hace a favor de la *res publica* y en aras de la amistad:

> *Quod cum Pompeius et* ***rei publicae et amicitiae tribuisset****, celeriter confecto per suos dilectu tribus ante exactam hiemem et constitutis et adductis legionibus duplicatoque earum cohortium numero quas cum Q. Titurio amiserat, et celeritate et copiis docuit, quid populi Romani disciplina atque opes possent* (Gall. 6, 1).

En el comienzo de la Guerra civil, en los comunicados que se envían mutuamente César y Pompeyo, se impone la idea de la *res publica defendenda* por encima de los intereses particulares; Pompeyo le dice a César:

> *… velle Pompeium se Caesari purgatum, ne ea quae* ***rei publicae causa*** *egerit in suam contumeliam vertat. Semper se* ***rei publicae commoda*** *privatis necessitudinibus habuisse potiora. Caesarem quoque pro sua dignitate debere et studium et iracundíam suam rei publicae dimittere neque adeo graviter irasci inimicis, ut cum illis nocere se speret rei publicae noceat* (civ. 8.3).

Y César responde:

Sibi semper primam fuisse dignitatem vitaque potiorem. Doluisse se quod populi Romani beneficium sibi per contumeliam ab inimicis extorqueretur ereptoque semestri imperio in urbem retraheretur, cuius absentis rationem proximis comitiis populus iussisset. Tamen hanc iacturam honoris sui rei publicae causa aequo animo tulisse; cum litteras ad senatum miserit, ut omnes ab exercitibus cederent, ne id quidem impetravisse. Tota Italia dilectus haberi, retineri legiones II, quae ab se simulatione Parthici belli sint abductae, civitatem esse in armis. Quonan omnia nisi ad suam perniciem pertinere? Sed tamen ad omnia se descendere paratum atque omnia pati ***rei publicae causa****. Proficiscatur Pompeius in suas provincias, ipsi exercitus dimittant, discedant in Italia omnes ab armis, metus e civitate tollatur, libera comitia atque omnis res publica senatui populoque Romano permittatur* (civ. 1, 9, 2-5).

César, pues, al comienzo de la Guerra civil, se presenta a sí mismo y también a Pompeyo actuando *rei publicae causa*.

Y también ya avanzada la guerra, estando ya en Grecia para enfrentarse a Pompeyo, César envía ante Pompeyo a Vibulio Rufo con un mensaje en el que se insiste en que lo importante es la *res publica*:

… debere utrumque pertinaciae finem facere et ab armis discedere neque amplius fortunam periclitari. Satis esse magna utrimque incommode accepta, quae pro disciplina et praeceptis habere possent ut reliquos casus timerent: illum Italia expulsum amissa Sicilia et Sardinia duabusque Hispaniis et cohortibus in Italia atque Hispania civium Romanorum centum atque xxx; se morte Curionis et detrimento Africani exercitus et Antoni militumque deditione ad Curictam. Proinde sibi ac ***rei publicae parcerent****, cum quantum in bello fortuna posset iam ipsi incommodis suis satis essent documento. Hoc unum esse tempus de pace agendi, dum sibi uterque confideret et pares ambo viderentur; si vero alteri paulum modo tribuisset fortuna, non esse usurum condicionibus pacis eum qui superior videretur, neque fore aequa parte contentum qui se omnia habiturum confideret. Condiciones pacis, quoniam antea convenire non potuissent, Romae ab senatu et a populo peti debere. Interea et* ***rei publicae et ipsis placere oportere****, si uterque in contione statim iuravisset se triduo proximo exercitum dimissurum. Depositis armis auxiliisque quibus nunc confiderent, necessario populi senatusque iudicio fore utrumque contentum. Haec quo facilius Pompeio probari possent, omnis suas terrestris turbiumque copias dimissurum* (civ. 3, 10, 3-11).

César se presenta, pues, como pensando siempre en beneficio de la *res publica*. Que se presente a sí mismo actuando *rei publicae causa* es lógico, aunque, vuelvo a insistir, con ello está cumpliendo con un precepto historiográfico según el cual la historia debe hacer a los hombres *alacriores ad rem publicam defendendam*.

Que presente a Pompeyo actuando también *rei publica causa* no debe ser sino un reflejo del principio teórico del que venimos hablando y un constante recuerdo a Pompeyo de lo que debe ser: si se quedó en Roma *cum imperio*, le recuerda que eso se le permitió *rei publicae causa*; si recoge César las palabras de Pompeyo en las que dice que él buscó siempre *rei publicae commoda*, será sin duda para recordale que así debe actuar ahora.

Debían tener los romanos ilustres muy dentro el convencimiento de que principio fundamental de la historia es que todo romano ilustre ha de actuar *rei publicae causa*. Y en sus manifestaciones programáticas así lo dejan claro.

Pero, por otro lado, presentar, a veces, a Pompeyo actuando *ad rem publicam defendendam* no es sino una prueba más de algo que ya hemos dicho. A medida que va escribiendo sus Comentarios, César va acercándose cada vez a la posición de un historiador y va alejándose de la posición de un autor de informes de su propia actividad. Y el historiador ha de exponer la posición de un lado y la posición del otro; y ha de dar apariencia de objetividad. De manera que si Pompeyo creía que actuaba *ad rem publicam defendendam*, el historiador ha de decir que Pompeyo actuaba, en su intención, *ad rem publicam defendendam*.

3. LA HISTORIA HACE A LOS HOMBRES *SEGNIORES AD REM PERPERAM FACIUNDAM*

Un segundo principio de la historia pragmática es su carácter ejemplarizante y moralizante. Sempronio Aselión, en su definición de las *Historiae*, decía que éstas han de servir para hacer a los hombres *segniores ad rem perperam faciundam* («lentos a la hora de hacer el mal»). Es, pues, ésta otra característica de la historia.

Pues bien, en los *Commentarii* de César encontramos ingredientes típicos de esta historia moralizante. Y los encontramos en diferentes planos.

En primer lugar, en el tratamiento que da de vez en cuando a los galos o germanos bárbaros. Hay en ese tratamiento algo que recuerda al buen salvaje: los galos y germanos bárbaros viven sin que estén todavía contaminados por los males de los civilizados romanos.

Así de los belgas dice son los más fuertes porque a ellos no ha llegado todavía la molicie:

> *Horum omnium fortissimi sunt Belgae, propterea quod a cultu atque humanitate provinciae longissime absunt minnimeque ad eos mercatores saepe commeant atque ea quae ad affeminandos animos pertinent important* (Gall. 1, 1).

De los nervios:

> *… eorum finis Nervio attingebant: quorum de natura moribusque Caesar cum quaereret, sic reperiebat: nullum aditum esse ad eos mercatoribus; nihil pati vini reliquarumque rerum ad luxuriam pertinentium inferri, quod eis rebus relanguescere animos eorum et remitti virtutem existimarent: esse homines feros magnaeque virtutis; increpitare atque incusare reliquos belgas, qui se populo romano dedissent patriamque virtutem proiecissent* (Gall. 2, 15).

De los suevos dice que no importan vino, porque éste sirve para debilitar a los hombres:

> *Vinum ad se omnino importari non sinunt quod ea res ad laborem ferendum remollescere homines atque effeminari arbitrantur* (Gall. 4, 2, 6).

Como contrapartida, crítica a los preparativos lujosos que tenía Pompeyo en su campamento antes de la batalla de Farsalia, porque estaban seguros de la victoria:

> *In castris Pompei videre licuit trichilas structas, magnum argenti pondus expositum, recentibus caespitibus tabernacula constrata, L. etiam Lentuli et non nullorum tabernacula protecta hedera multaque praeterea quae nimiam luxuriam et victoriae fiduciam designarent… At hi miserrimo ac patientissimo exercitui Caesaris luxuriem obiciebant, cui semper omnia ad necessarium usum defuissent* (civ. 3, 96, 1-2).

Y antes, al hablar César de los antecedentes de dicha batalla de Farsalia dice que los pompeyanos discuten, no sobre cómo conseguir la victoria, sino sobre cómo repartirla (civ. 3, 82-83). Y tras una primera derrota en Grecia (Durazo) frente a Pompeyo, César critica la injustificada alegría y euforia del enemigo, los cuales, da a entender, todavía no han ganado la guerra (civ. 3, 72-73).

En otra ocasión habla de la tendencia al fraude y al engaño de los pompeyanos:

> *At hostes sine fide tempus atque occasionem fraudis atque doli quaerunt* (civ. 2, 14, 1).

En el caso, pues, de los pompeyanos insiste, no tanto en que no actúen *ad rem publicam defendendam*, como en que no son *segniores ad rem perperam faciundam*; se dejan llevar fácilmente por el lujo, por la soberbia, por la excesiva confianza. Critica más su moral que un hipotético antipatriotismo; ya vimos que en más de

una ocasión presenta a Pompeyo actuando *rei publicae causa*. Arremete, sin embargo, contra la fanfarronería y el lujo de los pompeyanos.

En segundo lugar, otro ingrediente moralizante es el de considerar que la historia, al final, se venga de la malas acciones pasadas de un pueblo o de un individuo. De esta forma la historia ejemplariza. La historia o los dioses; con lo que en este ingrediente hay también algo de providencialismo. Pero de un providencialismo sólo en una dirección; en efecto, el providencialismo, en la historiografía cristiana, consiste en pensar que la providencia divina es la que rige los destinos de la historia en todo momento. El providencialismo, tal como aparece en los *Commentarii*, sólo afecta a los resultados de los hechos, en el sentido que los dioses al final se vengan, con los resultados, de malas acciones pasadas de un pueblo o de un individuo.

El providencialismo en los *Commentarii* es siempre venganza de los dioses contra un error de los hombres. Es una enseñanza.

Cuando los helvecios pasan el Arar, lo hacen primero tres partes de sus tropas; pero la cuarta es eliminada por César; y es que esa cuarta era la que había derrotado años atrás al ejército romano y ahora la casualidad o los dioses se vengan:

> … *hic pagus appellabatur Tigurinus: nam omnis civitas Helvetia in quattuor pagos divisa est. Hic pagus unus, cum domo exisset, patrum nostrorum memoria, L. Cassium consulem interfecerat et eius exercitum in iugum miserat. Ita sive casu sive consilio deorum immortalium, quae pars civitatis Helvetiae insignem calamitatem populo Romano intulerat, ea princeps poenas solvit* (Gall. 1, 2, 5-6).

En la campaña de Publico Craso contra los aquitanos, César no se olvida de recordar que estos aquitanos son los que años atrás habían derrotado a Valerio Preconino y al procónsul Manlio:

> *Eodem fere tempore P. Crassus, cum in Aquitaniam pervenisset, quae pars, ut ante dictum est, et regionum latitudine et multitudine hominum ex tertia parte Galliae est aestimanda, cum intellegeret in eis locis sibi bellum gerendum ubi paucis ante annis L. Valerius Praeconinus legatus exercitu pulso interfectus esset atque unde L. Mallius proconsul impedimentis amissis profugisset, non mediocrem sibi diligentiam adhibendam intellegebat* (Gall. 3, 20, 1).

Cuando los helvecios se jactan de haber derrotado antes a los romanos y de no haber recibido todavía castigo por ello, César les responde que ya se vengarán los dioses:

Quod sua victoria tam insolenter gloriarentur, quodque tam diu se impune iniurias tulisse admirarentur, eodem pertinere: consuesse enim deos immortalis, quo gravius homines ex commutatione rerum doleant, quos pro scelere eorum ulcisci velint, eis secundiores interdum res et diuturniorem impunitatem concedere (Gall. 1, 14, 4-5).

Recordando la derrota de Sabino a manos de los galos sublevados en el libro V, dice a sus soldados César que la derrota se debió a la falta de *consilium* del comandante, pero que gracias a los dioses eso se solucionará:

… milites consolatur et confirmat: quo detrimentum culpa et temeritate legati sit acceptum, hoc aequiore animo ferendum docet, quod beneficio deorum immortalium et virtute eorum expiato incommodo neque hostibus diutina laetatio neque ipsis longior dolor relinquatur (Gall. 5, 52, 6).

Esta idea de que al final los dioses se vengarán del enemigo o ayudarán a los suyos no es exclusiva de César. Horacio (Carm. 2, 1, 25-28) habla de la venganza de los dioses por afrentas anteriores a su pueblo querido:

Iuno et deorum quisquis amicior / Afris inulta cesserat impotens / tellure victorem nepotes / rettulit inferias Iugurthae («Juno y los demás dioses amigos de los africanos que tuvieron que irse impotentes de su tierra sin vengarla, han entregado ahora, como ofrendas fúnebres a Yugurta, a los nietos de los vencedores de entonces»).

Los derrotados por César en Tapso, sobre todo el comandante de las fuerzas pompeyanas, Q. Metello Escipión, nieto de Q. Metello Numídico, el vencedor sobre Yugurta, son ahora la ofrenda que Juno y demás dioses queridos por los africanos entregan al espíritu de Yugurta como venganza por la derrota de éste años atrás.

Pero los dioses no sólo se vengan por una mala acción; también se manifiestan con prodigios por un éxito de los suyos.

La estatua de la Victoria, en el templo de Minerva en la Élide, volteó su rostro el mismo día de la victoria de César en Farsalia; y así otros prodigios:

Item constabat Elide in templo Minervae repetitis atque enumeratis diebus, quo die proelium secundum Caesar fecisset, simulacrum Victoriae, quod ante ipsam Minervam collocatum esset et ante ad simulacrum Minervae spectavisset, ad valvas se templi limenque convertisse. Eodemque die Antiochiae in Syria bis tantus exercitus clamor et signorum sonus exauditus est ut in muris armata civitas discurreret. Hoc idem Ptolomaide accidit. Pergamique in occultis ac reconditis templis, quo praeter sacerdotes adire fas non est, quae Graeci adyta appellant, tympana sonuerunt. Item Trallibus in templo victoriae, ubi

Caesaris statuam consecraverant, palma per eos dies in texto inter coagmenta lapidum ex pavimento exstitisse ostendebatur (civ. 3, 105, 3-6).

En este mismo contexto de la intervención de los dioses en la historia habría que incluir la intervención de la fortuna. Rambaud[2], que dedicó todos sus esfuerzos a ver en cualquier recurso de César, incluso en los recursos historiográficos, técnicas de deformación histórica, considera que la insistencia frecuente por parte de César en la fortuna que le acompaña es un tema más de propaganda política. Por lo que acabamos de ver también se puede pensar que se trata de un rasgo más de la historia ejemplarizante. Un cambio afortunado del viento favorece a los barcos de César en Durazzo (civ. 3, 26-27); esto recuerda mucho a lo que después vamos a encontrar con frecuencia en la historiografía cristiana: la propia naturaleza, el viento, la lluvia, el granizo ayudan providencialmente a los buenos y perjudican a los malos. Y esto no es propaganda política; esto es la idea de que la historia enseña que los dioses ayudan a los buenos y la idea de que la tierra y naturaleza intervienen también en la historia. Es un rasgo más de la historia ejemplarizante y de la historia pragmática.

En tercer lugar otro ingrediente de la historia ejemplarizante es el uso de sentencias o máximas. César las utiliza. Cuando dos centuriones del ejército de Curión se pasan a Varo y le dicen que los soldados de Curión no están contentos con él, leemos esta sentencia:

… *nam quae volumus et credimus libenter, et quae sentimus ipsi reliquos sentire speramus* (civ. 2, 27, 2).

Muy parecida es la sentencia con la que César resume el levantamiento de los galos contra Sabino:

… *quod fere libenter homines id quod volunt credunt* (Gall. 3, 18, 7).

Cruel lección es la de la sentencia a propósito de la muerte de Pompeyo:

… *plerumque in calamitate ex amicis inimici exsistunt* (civ. 3, 104, 1).

A propósito de las sentencias, dice Rambaud, que su utilización por parte de César tiene generalmente valor de justificación de algún hecho. Pero es que ese es el valor de toda sentencia o máxima en los relatos históricos; la sentencia convierte a un hecho concreto que se acaba de narrar en un caso concreto de un uni-

---

[2] M. Rambaud, *L'art de la deformation historique dans les Commentaires de Cesar*, Paris, Societe d'Edition Les Belles Lettres, 1953.

versal; y es el universal el que está recogido en la sentencia. Un hecho concreto, por ejemplo, es el asesinato de Pompeyo al llegar derrotado ante los egipcios, los cuales eran antes amigos de Pompeyo; tras narrar este hecho, César expone la sentencia, *plerumque in calamitate ex amicis inimici exsistunt,* la cual no hace sino convertir el hecho concreto en un caso más del universal recogido en la sentencia. Y de esta forma la historia se convierte en enseñanza. Y la consideración de la historia convertida en enseñanza es un rasgo más de la historia pragmática, en la cual hay que insertar entonces los *Commentarii* de César, al menos a la hora de explicar la utilización de máximas o sentencias.

Salustio, reconocido representante de la historia pragmática, recurre con frecuencia a las sentencias. Incluso recurre a una para universalizar la labor del historiador; esa labor es difícil porque si lo que cuenta lo puede hacer el lector, éste lo creerá; pero si no lo puede hacer, lo considerará como falso: *quae sibi quisque facilia factu putat, aequo animo accipit, supra ea veluti ficta pro falsis ducit* (*Cat.* 3, 2, 7). Si en Salustio la sentencia es un rasgo de la historia pragmática, también en César habrá que considerarlo así.

4. LOS ANTECEDENTES DE LOS HECHOS

Cicerón y Sempronio Aselión dicen que en una obra historiográfica hay que hablar de los antecedentes de los hechos; es decir, de los *consilia* o deliberaciones y de las razones de los hechos. Hablar de los antecedentes de los hechos es un rasgo fundamental de la historia pragmática. Y eso lo hace César constantemente, sobre todo en la Guerra de las Galias.Y si lo hace, habrá que considerarlo como un rasgo de historia pragmática. Rambaud, sin embargo, considera que la exposición de esos antecedentes son relatos preexplicativos que justifican la actuación posterior, a veces poco ortodoxa, de César. Serán relatos preexplicativos que justifican la actuación posterior de César, pero lo cierto es también que esos relatos preexplicativos tienen una base teórica en las normas que rigen la composición de una obra historiográfica desde el siglo II a. C.

Rambaud ha tratado de desenmascarar, paso a paso, los recursos de César para presentar las cosas desde la perspectiva que más le convenía a él. Pero también es cierto que muchos de los procedimientos que Rambaud considera como recursos de deformación son procedimientos que pueden encuadrarse perfectamente dentro de los principios teóricos de las monografías históricas codificados por Cicerón.

A este respecto, César suele exponer los antecedentes desde tres perspectivas que son

a) Los *consilia* de los enemigos.

b) Los debates dialécticos entre los enemigos y César.

c) Los *consilia* de César.

Es el esquema que sigue en el conocido comienzo de los *Commentarii* de la Guerra de las Galias, donde César expone los antecedentes que le llevaron a tomar la decisión de atacar a los helvecios. El mismo esquema encontramos en el caso de Ariovisto, en el comienzo de los *Commentarii* de la guerra civil y en otros casos.

a) Los *consilia* de los enemigos.

En el caso de los helvecios dice César, entre otras cosas, esto:

> *Apud Helvetios longe nobilissimus fuit et ditissimus Orgetorix. Is M. Messala [et P.] M. Pisone consulibus regni cupiditate inductus coniurationem nobilitatis fecit et civitati persuasit, ut de finibus suis cum omnibus copiis exirent: perfacile esse, cum virtute omnibus praestarent, totius Galliae imperio potiri. Id hoc facilius iis persuasit, quod undique loci natura Helvetii continentur: una ex parte flumine Rheno latissimo atque altissimo, qui agrum Helvetium a Germanis dividit, altera ex parte monte Iura altissimo, qui est inter Sequanos et Helvetios, tertia lacu Lemanno et flumine Rhodano, qui provinciam nostram ab Helvetiis dividit. His rebus fiebat ut et minus late vagarentur et minus facile finitimis bellum inferre possent; qua ex parte homines bellandi cupidi magno dolore adficiebantur. Pro multitudine autem hominum et pro gloria belli atque fortitudinis angustos se fines habere arbitrabantur, qui in longitudinem milia passuum ccxl, in latitudinem clxxx patebant* (Gall. 1, 2, 1-5).

Y así continúa, hasta el capítulo 7, exponiendo la situación y la decisión (*consilium*) de los helvecios. En este punto, cuando habla de los *consilia* del enemigo, César da su opinión subjetiva o hace sus juicios de valor: de Orgétorix dice que era un *cupidus regni*, es decir un ambicioso; de la facilidad con que éste convenció a su pueblo dice que esa facilidad se vio favorecida por la *natura loci* y por la *cupiditas bellandi* de los helvecios. Estos juicios de valor previos han sido interpretados a veces como recursos de deformación histórica. Pero lo cierto es que la norma teórica ciceroniana permite al historiador dar su opinión subjetiva, es decir, hacer juicios de valor, en lo que se refiere a los *consilia*: ya vimos que Cicerón decía que el historiador puede *de consiliis significari quid probet*.

De manera que cuando César hace juicios de valor o da su opinión sobre los antecedentes de los hechos —cosa que hace con mucha frecuencia— no está sino cumpliendo con un precepto retórico del género historiográfico de las *Historiae*: el escritor puede exponer qué es lo que el acepta o no acepta sobre los *consilia*. No es algo que se haya inventado César para su beneficio; es algo que le permite la norma hitoriográfica.

En el caso de la derrota final de los galos en Alesia, rcogida en el libro VII, al hablar de los antecedentes César hace un juicio de valor sobre la excesiva confianza de aquéllos al conocer que César tiene problemas en Roma durante el invierno:

> *Quieta Gallia, Caesar, ut constituerat, in Italiam ad conventos agendos proficiscitur. Ibi cognoscit de Clodi caede, de senatus consulto certior factus, ut omnes iuniores Italiae coniurarent, dilectum tota provincia habere instituit. Ea res in Galliam Transalpinam celeriter perferuntur. Addunt ipsi et adfingunt rumoribus Galli quod res poscere videbatur, retineri urbano motu Caesarem neque in tantis dissensionibus ad exercitum venire posse. Hac impulsi occasione qui iam ante se populi Romani imperio subiectos dolerent liberius atque audacius de bello consilia inire incipiunt* (Gall. 7, 1, 1-3).

En el caso de Ariovisto, el juicio que hace César se basa en el principio historiográfico de la repetición de los hechos históricos y de que en este sentido la historia es *magistra vitae*. Recuerda que Ariovisto es un peligro para los galos y también para el imperio, porque los germanos ya lo fueron anteriormente. Y recuerda un hecho histórico: los cimbros y teutones:

> *Neque sibi homines feros ac barbaros temperaturos existimabat quin, cum omnem Galliam ocupavissent, ut ante Cimbri Teutonique fecissent, in provinciam exirent atque in Italiam contenderent* (Gall. 1, 33, 4).

Vuelve a recordar a cimbros y teutones para animar a sus tropas diciendo que los germanos ya fueron derrotados:

> …*factum eius hostis periculum patrum nostrorum memoria, cum, Cimbris et Teutonis a C. Mario pulsis, non minorem laudem exercitus quam ipse imperator meritus videbatur* (Gall. 1, 40, 5).

Es la consideración de la historia como *magistra vitae*, lo cual es un rasgo de la historia pragmática que se ha impuesto en el subgénero de las *Historiae*, subgénero al cual pertencen los *Commentarii*.

Los *consilia* de los enemigos, en el caso de la Guerra civil, están claramente expuestos al comienzo del libro I: los enemigos de César en Roma han tramado de tal forma que no le han dejado más salida que entrar en Italia con sus legiones. También aquí César hace juicios de valor, que, como ya hemos dicho, están justificados desde el punto de vista de la norma historiográfica por el conocido *quid scriptor probet* de Cicerón. Al exponer los *consilia* de sus enemigos en Roma, César se extiende mucho al comienzo de la Guerra civil; pero todo ello se puede resumir en este texto:

> *Sic vocibus consulis, terrore praesentis exercitus, minis amicorum Pompei plerique compulsi inviti et coacti Scipionis sententiam sequuntur: uti ante certam diem Caesar exercitum dimittat; si non faciat, eum adversus rem publicam facturum videri* (civ. 1, 2, 6-7).

Los juicios de valor están claros: la mayoría de los senadores se pronuncian en contra de César no por propia voluntad, sino *inuiti*; y lo hacen por las amenazas del cónsul, del ejército y de los amigos de Pompeyo.

b) Los debates entre los enemigos y César.

En el caso del comienzo de la Guerra de las Galias, en dos ocasiones contrapone César la postura de los helvecios y la suya en relación con la marcha de aquellos hacia la Galia. En la primera los helvecios comunican a César que ellos van a hacer el camino por la provincia romana sin hacer hacer daño y le piden que se lo permita; César considera que no debía dar el permiso porque la historia demostraba que los helvecios no eran de fiar; he aquí un rasgo más de historiografía pragmática: la historia enseña

> *… ubi de eius adventu Helvetii certiores facti sunt, legatos ad eum mittunt nobilissimos civitatis, cuius legationis Nammeius et Verucloetius principem locum obtinebant, qui dicerent sibi esse in animo sine ullo maleficio iter per provinciam facere, propterea quod aliud iter haberent nullum; rogare ut eius voluntate id sibi facere liceat. Caesar, quod memoria tenebat L. Cassium consulem occisum exercitumque eius ab Helvetiis pulsum et sub iugum missum, concedendum non putabat; neque homines inimico animo, data facultate per provinciam itineris faciundi, temperaturos ab iniuria et maleficio existimabat. Tamen, ut spatium intercedere posset, dum milites quos imperaverat convenirent, legatis respondit diem se ad deliberandum sumpturum; si quid vellent, ad Id. Apr. reverterentur.* (Gall. 1, 7, 3-6).

La otra ocasión en la que se contraponen la postura de los helvecios y la de César es en el momento en que los helvecios han salido de su territorio y César se dispone a impedirles el paso por la provincia. Los helvecios amenazan dicien-

do que si César les deja pasar ellos irán al territorio que César les mande; de lo contrario, tendrá que vérselas con ellos; y que, a este respecto recuerde lo mal que los helvecios se lo han hecho pasar al ejército romano en otras ocasiens anteriores:

> *Helvetii repentino eius adventu commoti, cum id quod ipsi diebus XX aegerrime confecerant, ut flumen transirent, illum uno die fecisse intellegerent, legatos ad eum mittunt. Cuius legationis Divico princeps fuit, qui bello Cassiano dux Helvetiorum fuerat. Is ita cum Caesare egit: si pacem populus Romanus cum Helvetiis faceret, in eam partem ituros atque ibi futuros Helvetios ubi eos Caesar constituisset atque esse voluisset; sin bello persequi perseveraret, reminisceretur et veteris incommodi populi Romani et pristinae virtutis Helvetiorum* (Gall. 1, 13, 2-5).

César responde que, precisamente por recordar las dificultades que ya los helvecios han planteado al ejército romano en ocasiones anteriores, no debe ahora permitirles el paso:

> *His Caesar ita respondit: eo sibi minus dubitationis dari, quod eas res, quas legati Helvetii commemorassent, memoria teneret, atque eo gravius ferre, quo minus merito populi Romani accidissent. Qui si alicuius iniuriae sibi conscius fuisset, non fuisse difficile cavere; sed eo deceptum quod neque commissum a se intellegeret quare timeret, neque sine causa timendum putaret. Quod si veteris contumeliae oblivisci vellet, num etiam recentium iniuriarum, quod eo invito iter per provinciam per vim temptassent, quod Haeduos, quod Ambarros, quod Allobroges vexassent, memoriam deponere posse?* (Gall. 1, 14, 1-5).

En el enfrentamiento con Ariovisto volvemos a encontrar esta confrontación de posturas; por un lado la de Ariovisto; por otro la de César. Intercambio, a través de legados, de palabras entre Ariovisto y César (1, 34-36); desanimo de los soldados y recuperación gracias a las palabras de César (1, 39-41); conferencia de nuevo entre Ariovisto y César con los dos ejércitos formados a distancia (1, 41-46). Es evidente que en estos intercambios de posturas hay una buena dosis de dramatismo y una buena dosis de Retórica, que son dos rasgos propios de la historiografía de la época. Pero no nos corresponde hablar aquí de dramatismo ni de Retórica en la historiografía. Insistimos más bien en que estos intercambios de pareceres o de posturas entran claramente dentro de lo que Cicerón llama *consilia* anteriores a los hechos. Y que César, al exponerlos, no está sino siguiendo un precepto de la historia según Cicerón.

La revuelta de los galos narrada en el libro 3, tiene estos *consilia* previos por parte de los galos:

Id aliquot de causis acciderat ut subito Galli belli renovandi legionisque opprimendae consilium caperent: primum quod legiones neque eam plenissimam detractis cohortibus duabus compluribus singillatim, qui commeatus petendi causa missi erant, propter paucitatem despiciebant; tum etiam quod propter iniquitatem loci, cum ipsi ex montibus in vallem decurrerent et tela coicerent, ne primum quidem posse impetum suum sustineri existimabant. Accedebat quod suos ab se liberos abstractos obsidum nomine dolebant (Gall. 3, 2, 2-5).

Y la revuelta de los pueblos marítimos en ese mismo libro, tiene éstos:

His rebus gestis, cum omnibus de causis Caesar pacatam Galliam existimaret, superatis belgis, expulsis germanis, victis in alpibus sedunis (sioneses) (…) subitum bellum in Gallia coortum est. Eius belli haec causa fuit (Gall. 3, 7, 1).

Las causas fueron: que Publio Craso, que estaba al frente de la legión séptima en los campamentos de invierno, mandó legados a los pueblos marítimos para exigirles provisiones; que estos pueblos hicieron prisioneros a estos legados; que estos pueblos pensaban que sería fácil vencer a los romanos; y que César tenía motivos para atacarlos

… multa Caesarem tamen ad id bellum incitabant: iniuriae retentorum equitum romanorum, rebellio facta post deditionem, defectio datis obsidibus, toto civitatum coniuratio (Gall. 3, 10, 1-2).

c) Los *consilia* de César.

Y, en tercer lugar, se pueden considerar también como *consilia* la preparación que César hace de la batalla. En el caso de los helvecios, en el comienzo de la Guerra de las Galias, dice así:

Postero die castra ex eo loco movent. Idem facit Caesar equitatumque omnem, ad numerum quattuor milium, quem ex omni provincia et Haeduis atque eorum sociis coactum habebat, praemittit, qui videant quas in partes hostes iter faciant (Gall. 1, 14, 1-2).

En el caso de Ariovisto, el *consilium* de César es un discurso del propio César a sus soldados, tras el cual dice

Hac oratione habita mirum in modum conversae sunt omnium mentes summaque alacritas et cupiditas belli gerendi iniecta est, princepsque decima legio per tribunos militum ei gratias egit, quod de se optimum iudicium fecisset, seque esse ad bellum gerendum paratissimam confirmavit. Deinde reliquae legiones cum tribunis militum et primorum ordinum centurionibus egerunt, uti per eos Caesari satis facerent; se neque umquam dubitasse neque timuisse neque de summa belli suum iudicium, sed imperatoris esse existimavisse. Eorum satisfactione

accepta et itinere exquisito per Diviciacum, quod e Gallis ei maximam fidem habebat, ut milium amplius quinquaginta circuitu locis apertis exercitum duceret, de quarta vigilia, ut dixerat, profectus est (Gall. 1, 41, 1-5).

Para justificar la primera expedición a Britania aduce estas causas:

… in Britanniam proficisci contendit, quod omnibus fere Gallicis bellis hostibus nostris inde suministrata auxilia intellegebat et, si tempus anni ad bellum gerendum deficeret, tamen magno sibi usui fore arbitrabatur, si modo insulam adisset et genus hominum perspexisset, loca, portus, aditus cognovisset; quae omnia fere Gallis erant incognitas (Gall. 4, 20, 1-2).

Cuando César decide pasar el Rin por segunda vez y entrar en Germania deja bien claras las causas:

Caesar… duabus de causis Rhenum transire constituit: quorum una erat, quod auxilia contra se Treveris miserant; altera ne ad eos Ambiorix receptum haberet (Gall. 6, 9, 1).

En el caso de la Guerra civil, el *consilium* de César es entrar con sus tropas en Italia y llegar con ellas hasta Roma.

… quibus rebus cognitis confisus municipiorum voluntatibus Caesar cohortes legionis xiii ex praesidiis deducit Auximumque proficiscitur (civ. 1, 12, 3).

Auximo Caesar progressus omnem agrum Picenum percurrit (civ. 1, 15, 1).

Y esto lo hace porque ya no le quedaba otra salida.

Cuando Léntulo Espinter le pide a César el indulto tras la caída de Corfinio, éste le dice:

… se non malefici causa ex provincia egressum, sed (…) ut se et populum romanum factione paucorum oppressum in libertatem vindicaret (civ. 1, 22, 4).

Y un poco más adelante César deja claro esto:

Ita saepius rem frustra temptatam (un acuerdo con Pompeyo) *Caesar aliquando dimittendam sibi iudicat et de bello agendum* (civ. 1, 26, 5).

En el recorrido que César hace desde la Galia hacia Roma se le van agregando tropas. Pasa, en efecto, el Rubicón con la legión XIII; y pronto se le unen la XII y la VIII. Rambaud señala que es evidente que estas legiones habrían sido avisadas antes del paso del río y que su llegada responde a un plan ya premeditado de antemano y a unas órdenes dadas por el propio César. Sin embargo, César

presenta la llegada de estas legiones como algo fortuito. Es así como intrerpeta Rambaud, por ejemplo, la frase

> … *interea legio xii Caesarem consequitur* (civ. 1, 15, 3).

donde efectivamente César presenta la incorporación de la legión XII como algo no programado por él. ¿Lo había realmente César programado y no lo quiere decir para no dar la sensación de que él no había pensado de antemano la entrada en Italia con su ejército? La verdad es que en este relato de su recorrido por Italia hacia Roma sí aparece César como sujeto de verbos de reclutamiento; y con ello César dice claramente lo que él programa y hace; en la frase inmediatamente anterior a la que acabamos de citar, dice César

> … *milites imperat; mittunt* (civ. 1, 15, 3).

Y un poco más adelante, añade:

> … *item ex finitimis regionibus quas potest contrahit cohortes ex dilectibus Pompeianis; in his Camerino fugientem Lucilium Hirrum cum sex cohortibus, quas ibi in praesidio habuerat, excipit; quibus coactis xiii efficit* (civ. 1, 15, 5-6).

En lo que se refiere a los *consilia* de César antes de la batalla, Rambaud ha apuntado que la aparición del nombre de César en el momento del *consilium* es de nuevo un recurso de propaganda. Dice Rambaud, a este respecto, que generalmente el nombre de César suele aparecer cuando se trata de los preparativos y organización de la acción militar; pero que desaparece en el momento de la batalla, para volver a aparecer cuando llega la victoria. César es el que prepara los planes: *Caesar aduertit… subducit… misit… instruit... iussit*. En el momento del combate nos encontramos con verbos impersonales o con verbos cuyo sujeto son los soldados: *pugnatum est…, diu cum esset pugnatum*; o *milites phalangem perfregerunt… impetum fecerunt*. Y en la victoria vuelve a aparecer el nombre de César.

Pero esto de que César es el responsable del *consilium* antes de la batalla no es propaganda; es una ley de la guerra; es el general el que toma las decisiones previas a la batalla. Y esto lo sabía César, porque así lo dice claramente. Al comentar la acción de su comandante Publicio Sila, el cual, si hubiera perseguido en una ocasión al ejército de Pompeyo, habría terminado con la guerra, dice:

> *Interim certior factus P. Sulla, quem discedens castris praefecerat Caesar, auxilio cohorti venit cum legionibus duabus; cuius adventu facile sunt repulsi Pompeiani. Neque vero conspectum aut impetum nostrorum tulerunt, primisque deiectis reliqui se verterunt et loco*

cesserunt. Sed insequentis nostros, ne longius prosequerentur, Sulla revocavit. At plerique existimant, si acrius insequi voluisset, bellum eo die potuisse finiri. Cuius consilium reprehendendum non videtur. Aliae enim sunt legati partes atque imperatoris; alter omnia agere ad praescriptum, alter libere ad summam rerum consulere debet. Sulla a Caesare castris relictus liberatis suis hoc fuit contentus neque proelio decertare voluit, quae res tamen fortasse aliquem reciperet casum, ne imperatorias sibi partis sumpsisse videretur (civ. 3, 51).

El *consilium* tomado por Sila de no atacar a los pompeyanos es un *consilium* equivocado; pero no debe ser criticado, porque Sila no era el general, sino el delegado del general y no tiene por tanto la responsabilidad del general; lo dice bien claro César: *Aliae enim sunt legati partes atque imperatoris; alter omnia agere ad praescriptum, alter libere ad summam rerum consulere debet.*

No es esta la única ocasión en la que César expone su teoría militar sobre el *consilium* previo a la acción guerrra. A propósito de una derrota de los romanos en la Guerra de las Galias, César se encarga de recordar que se debió a la falta de *consilium* previo

Tum demum Titurius, qui nihil ante providisset, trepidare et concursare cohortisque disponere, haec tamen ipsa timide atque ut eum omnia deficere viderentur; quod plerumque eis accidere consuevit qui in ipso negotio consilium capere coguntur. At Cotta, qui cogitasset haec posse in itinere accidere atque ob eam causam profectionis auctor non fuiste, nulla in re communi saluti deerat (Gall. 5, 33, 1-2).

El *consilium* hay que tomarlo antes, no en medio de los hechos.

En definitiva, al recoger los *consilia*, está cumpiendo con una ley historiográfica. Puede que en más de una ocasión se pueda retorcer la exposición y demostrar que los expone como excusa preexplicativa. Pero, aunque sea así, sigue siendo un precepto historiográfico. Se podrá decir que se sirve de un precepto historiográfico para beneficio propio. Pero también se puede decir que tiene un punto de apoyo téorico en las normas de la propia historiografía. Está cumpliendo con una ley de la Historia.

5. LOS HECHOS

El contenido de una obra historiográfica comprende también los hechos, según la doctrina ciceroniana. Y, según esta doctrina, de los hechos hay que decir no sólo qué sucedió, sino cómo sucedió (*quid actum aut dictum sit, sed etiam quo modo*).

Ni que decir tiene que César, tras los *consilia*, narra los hechos; y narra no sólo lo que sucedió, sino también cómo sucedió.

A este respecto, sólo vamos a observar una cosa: en los *Commentarii* de la Guerra de las Galias se trata de campañas e incluso de acciones diferentes, de manera que cada una de las campañas o de las acciones diferentes están expuestas de acuerdo con el esquema historiográfico teórico: antecedentes, hechos y consecuencias (*consilia, acta* y *euentus*); así la acción contra los helvecios tiene sus *consilia*, sus *acta* y sus *euentus*; la accción contra Ariovisto, sus *consilia*, sus *acta* y sus *euentus*; y así todas las acciones de las diferentes campañas de la Galia, de Germania, o de Britania. Los *Commentarii* de la Guerra civil, sin embargo, constituyen, en este sentido, una sola unidad historiográfica: se habla de los *consilia* al principio y el resto son todo hechos; la campaña en Marsella, en Hispania y después en Grecia no constituyen hechos diferentes que merezcan tratamiento historiográfico diferente; todo ello es un solo hecho con unos únicos antecedentes. Desde este punto de vista la Guerra civil tiene, pues, una unidad historiográfica que no tiene la Guerra de las Galias. Quizás porque en el caso de las Galias se trata de enfrentamientos con enemigos y pueblos diferentes, mientras que en el de la Guerra civil se trata de un solo enemigo, aunque las operaciones tengan lugar en diferentes sitios.

6. CONSECUENCIAS

Por último, la norma historiográfica exige que tras los *consilia* y los *facta*, se hable de los *eventus*; es decir, de los resultados o consecuencias. Y es la exposición de las consecuencias de los hechos la que mejor se presta para convertir a la historia en algo moralizante; y ello porque las consecuencias pueden ser interpretadas o como un castigo al perdedor o como un premio al ganador. Esta interpretación de las consecuencias de los hechos fue entusiásticametne explotada por la historiografía cristiana, que recurrió a ella hasta extremos exagerados, como ya he demostrado en otro lugar[3].

Pues bien, también César expone las consecuencias de los hechos; y también él les da ese matiz moralizante al que se prestan las consecuencias.

En el caso de los helvecios, las consecuencias tras las derrota de éstos ocupan dos capítulos (Gall. 1, 28-29); y expone César dos consecuencias; una, que afecta

[3] E. Sánchez Salor, *Historiografía latino-cristiana. Principios, contenido, forma, ED. L'ERMA* di Brestschneider, Roma 2006.

a los helvecios, y que es negativa para ellos: es el número de helvecios que vuelven a su territorio; salieron 368.000; vuelven 110.000; es el castigo del perdedor y del que no actuó como debió actuar. La otra afecta a César; y es el premio del vencedor: el resto de los pueblos de la Galia tratan de reconciliarse con César.

En una línea u otra se mueven las consecuencias de los hechos cada vez que César las expone. En el caso de Ariovisto, las consecuencias son, para Ariovisto, negativas: su vergonzosa huida; para César, positivas: recupera los prisioneros y se retiran los suevos; y él se retira satisfecho a los cuarteles de invierno tras la campaña del año 58 (1, 53-54).

En el libro segundo, que está dedicado a la campaña del año 57 contra los belgas, la exposición de los antecedentes, por parte de César, es corta y la narración de los hechos larga. Y la exposición de las consecuencias se mueve en la línea que venimos viendo: los enemigos, los nervios en este caso, se rinden (28); los acuáticos se retiran a su fortaleza sin plantar batalla (29); todos los pueblos galos y belgas se someten. De parte de César, las consecuencias son: se muestra clemente con los pueblos vencidos, salvo con los aduáticos; éstos, como hemos dicho, se retiran a su fortaleza, sin plantar batalla; pero César ataca su fortaleza (29-33); ¿por qué? Lo dice César antes de relatar el asedio:

> *Ipsi erant ex Cimbris Teutonisque prognati qui, cum iter in provinciam nostram atque Italiam facerent, iis impedimentis quae secum agere ac portare non poterant citra flumen Rhenum depositis custodiam ex suis ac praesidium sex milia hominum una reliquerunt* (Gall. 2, 29, 4).

En el libro III trata de las revueltas galas y de la conquista de Aquitania y Normandía; las consecuencias son de nuevo los desatres que tienen que sufrir los habitantes de estas regiones y se entrega a César.

Tras la revuelta de Viridovige, al frente de los unelos contra un destacamento de Sabino (3, 17-19), las consecuencias fueron:

> … *civitatesque omnes se statim Titurio (Sabino) dediderunt* (Gall. 3, 19, 5).

Tras la campaña de Publico Craso contra los aquitanos, son éstas:

> *Hac audita pugna maxima pars Aquitaniae sese Crasso dedidit obsidesque ultra misit; quo in numero fuerunt Tarbelli, Bigorriones, Ptianii, Vocates, Tarusates, Elusates, Gates, Ausci, Garumni, Sibuzates, Cocosates* (Gall. 3, 27, 1).

Y cuando la campaña termina con una desastre para César, ¿qué consecuencias expone? En el libro cuarto, donde trata de las fracasadas campañas a Germania y Britania, las consecuencias son otras; en el caso de la campaña a Germania, ésta termina así:

> *… omnibus rebus eis confectis, quorum rerum casua traducere exercitum constituerat, ut germanis metum iniceret, ut Sugambros ulcisceretur, ut ubios obsidione liberaret, diebus omnino decem et octo trans Rhenum consumptis, satis ad laudem et utilitatem profectum arbitratus se in Galliam recepit pontemque rescidit* (Gall. 4, 19, 4).

Y en el caso de la campaña a Britania, no habla de consecuencias. No le interesa, porque, en definitiva, la campaña fue un fracaso.

En el libro quinto trata de la segunda campaña a Britania, que también fue un fracaso, y termina así:

> *Caesar, cum constituisset hiemari in continenti propter repentinos Galliae motus… obsides imperat et quid in annos singulos vectigalis populo Romano Britannia penderet constituit* (Gall. 5, 22, 4).

César sólo consigue unos rehenes de Casivelauno y se retira de la isla porque quería invernar en el continente por temor a las revueltas de los galos.

Se podrá decir que César utiliza las consecuencias de los hechos para su propia propaganda. Pero es que, según la norma historiográfica que ya conocemos, el contenido de un relato hisotiográfico ha de recoger las consecuencias. Y las consecuencias de los hechos son el mejor recurso con que cuenta el historiador para valorar los propios hechos; no es sólo César; todos los historiadores se sirven de las consecuencias para hacer *juicios a posteriori* de los hechos ya pasados. Es un un arma, esta de exponer las consecuencias, en manos de los historiadores. Los historiadores cristianos supieran hacer un buen y amplio uso de ella. César, si hace uso de ella para hacer valoración a posterior de los hechos, no hace sino utilizar un recurso historiografico; es decir, no hace sino ser historiador que utiliza un recurso a favor de su posición. Pero esto lo hacían todos los historiadores.

NOSTRI – CAESAR, THE *COMMENTARIES* AND UNDERSTANDING THE ROMAN ARMY

Adrian GOLDSWORTHY

ABSTRACT

Caesar's *Commentaries* provide us with the most detailed surviving account of a Roman army on campaign, with the added value of having been written by its commander. They describe a very broad range of different operations against a wide variety of opponents including other Roman armies. No other literary source for the Roman army can match this detail or the sheer quantity of information they contain. Inevitably, they have massively influenced our image of the Roman army. This influence extends to our understanding of tactics, strategy, logistics, styles of command and leadership, and morale amongst many other things, and over a much wider period than the campaigns themselves. Yet everyone who studies the *Commentaries* from any perspective will be aware that they are not straightforward documents. It is therefore worth asking fundamental questions about how our perception of the Roman army has been shaped by Caesar's words. This extends beyond achieving a better understanding of the Roman army. As one of the most successful fighting forces in history, views of the Roman army have massively influenced many other military thinkers throughout history. More than anything else, Caesar's description of an almost unbroken series of victories have helped to idealise the Roman army, and perhaps created an ideal which it has been impossible to emulate.

Key Words: Iulius Caesar. *Commentarii*. Roman Army.

Nostri – Caesar. Los *Commentarios* y la comprensión del ejército romano

RESUMEN

Los *Commentarii* de Julio César constituyen el informe más detallado que ha llegado hasta nuestros días sobre el ejército romano durante sus campañas bélicas, con la particularidad añadida de tener al comandante de dicho ejército como autor del mismo. Los *Commentarii* describen una amplia gama de diferentes operaciones militares llevadas a cabo contra una gran variedad de adversarios entre los que se encuentran otros ejércitos romanos. No existe ninguna otra fuente literaria sobre el ejército romano que alcance este nivel de detalle y de información, por lo que ha ejercido una enorme influencia sobre la imagen que poseemos del mismo: sobre sus tácticas, estrategias,

logística, distintas formas de autoridad, liderazgo y de conducta, entre otros muchos aspectos, a lo largo de un periodo que se extiende más allá del que meramente comprende el que ocuparon las campañas bélicas. Sin embargo, cualquiera que se adentre en el estudio de los *Commentarii,* desde cualquier punto de vista, percibirá que son documentos complejos. Merece la pena por tanto preguntarse acerca de aspectos fundamentales sobre cómo nuestra percepción del ejército romano ha ido adquiriendo forma gracias a los escritos de César. Esto implica algo más que el mero entendimiento del ejército romano. Debido al prestigio militar que ha adquirido históricamente, este ejército ha servido de inspiración a numerosos estrategas militares a lo largo de los siglos. Pero, ante todo, la descripción que hace César de una serie casi ininterrumpida de victorias ha fomentado la idealización del ejército romano, creando quizá un ideal imposible de emular.

Palabras clave: *Commentarii*. Julio César.

⋆ ⋆ ⋆

‘Caesar had to do everything at the same time: to raise the standard, which was the signal to stand to arms, to sound the trumpet call which recalled the soldiers from work, to bring back the men who had gone further afield in search of material for the rampart, to form the line of battle, to address the soldiers, and to give the signal for battle’.[1]

‘After addressing *Legio X*, Caesar hurried to the right wing, where he saw his men hard pressed, and the standards of *Legio XII* clustered in one place and the soldiers so crowded together that it impeded their fighting. All the centurions in the fourth cohort had fallen, the *signifer* was dead and his standard captured; in the remaining cohorts nearly every centurion was either dead or wounded, including the *primus pilus* Sextus Julius Baculus, an exceptionally brave man, who was exhausted by his many serious wounds and could no longer stand; the other soldiers were tired and some in the rear, giving up the fight, were withdrawing out of missile range; the enemy were edging closer up the slope in front and pressing hard on both flanks. He saw that the situation was critical and that there was no other reserve available, took a shield from a man in the rear ranks, —he had come without his own— advanced into the front line and called on the centurions by name, encouraged the soldiers, and ordered the line to advance and the units to extend, so that they could employ their swords more easily. His arrival brought hope to the soldiers and refreshed their spirits, every man wanting

[1] Caes. Gall. 2, 20.

to do his best in the sight of his general even in such a desperate situation. The enemy's advance was delayed for a while'.[2]

These extracts from Caesar's description of the Battle of the Sambre are amongst the most frequently quoted of his writings, most in general military histories. John Keegan included the second passage in his hugely influential *The Face of Battle* (1976), using it not merely to give an overall impression of Caesar's narrative style, but also of a genre he dubbed the 'battle-piece.' For him this way of describing battles which obscured far more than it revealed. 'Here it all is — *disjunctive movement*: … *uniformity of behaviour*: … *simplified characterization*: … *simplified motivation*: the led have lost the will to fight until the leader restores it to them by some simple orders and words of encouragement.' This is contrasted unfavourably with Thucydides' account of Mantinea.[3]

The purpose of this paper is not to discuss Keegan's judgement and ideas in detail, but to look at some of the ways our assumptions limit our use of the *Commentaries* as a means of understanding the Roman Army. Many sweeping assertions about Caesar's generalship —for instance his willingness to share the risks with his soldiers and fight in the front rank— owe a lot to this passage.

Yet it is worth considering the description more closely, as well as placing it into context. The Sambre was an unusual battle. Caesar was surprised by the attack of the Belgic tribes. In contrast with other occasions, when camp construction was protected by substantial covering forces, he seems to have stationed only a weak screening force in front of the position. 'Caesar had to do everything at the same time' because he was not prepared. He admits to not being able to do everything, and that some key decisions were made by others —most notably by Labienus. Elsewhere the emphasis was always on fighting at a time and place of his own choosing, and refusing to engage in other circumstances regardless of the enthusiasm of his men.[4]

It is also important to emphasise that Caesar does not say he actually fought in the front rank. He stresses the act of getting a shield from one of his men, but there is no mention of his having to use it, let alone striking at any opponent

[2] CAES. Gall. 2, 25.

[3] J. KEEGAN, *The Face of Battle*, London 1976, pp. 63-67; for some discussion of his comments see K. KAGAN, *The Eye of Command*, Ann Arbor 2006, pp. 183-189.

[4] CAES. Gall. 2, 19-20, cf. 1. 49; Labienus' action Gall. 1, 26; on the general's role before and during battle see A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*, Oxford 1996, pp. 131-163.

with his sword. This contrasts with some of the stories told about Pompey leading cavalry charges and killing enemy leaders. Caesar leaves a lot to his readers' imagination. In some ways this can easily be a more powerful technique, allowing imagination to fill the gaps.[5]

Caesar consistently claimed that his soldiers fought better when they felt that he was observing their behaviour. At the Sambre he spoke to the centurions as individuals by name, and the soldiers as groups. He also issued orders, re-deploying the cohorts. The mixture of inspiration and organisation is typical of his depiction of his role, and conforms to the wider portrayals of how Roman generals were supposed to behave.[6]

Caesar's remarkable powers of leadership and the intense bond which developed with his soldiers are commonplaces. However, there is a tendency to see this as both inevitable and instant. In 58 BC Caesar took over four legions raised by someone else. By the time of the Sambre he had doubled the size of the army by recruiting four more legions. Yet his campaigns in the previous year had not gone entirely smoothly. In a botched night attack on the Helvetii, he had acted on false information and halted the main force, leaving a detachment dangerously exposed. In the event the enemy were unable or unwilling to exploit this opportunity. Later in the year he faced a near mutiny at Vesontio when there was widespread reluctance, especially amongst his officers, to moving against Ariovistus. Caesar's gesture at the Sambre takes on far greater significance in this context. It offered proof that he would share dangers with his men, genuinely acting the part of the 'fellow-soldier' (*commilito)* he always claimed to be. This was an important stage in forming the bond with his soldiers. Caesar shared some of the risks, never doubted final victory, and was proved right. Confidence in ultimate success was a major part of the high morale of Caesar's soldiers, which carried them through many future encounters.[7]

The famous passage also begs other questions, for instance about the very nature of fighting in the battles of this period. It offers support for suggestions that hand to hand combat was not constant, but interspersed with lulls, and that at times the opposing lines were some distance apart. There are also others of detail, for instance when Caesar talks of a standard bearer of the fourth cohort

[5] PLUTARCH, Pompey 7, 35.

[6] On styles of leadership see A. GOLDSWORTHY «Instinctive Genius. The depiction of Caesar the general», in K. Welch & A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: the War Commentaries as Political Instruments*, Swansea 1998, pp. 193-219.

[7] Gall. 1, 21-22, 39-41, SVET. Caes. 67.

being killed and his standard lost (*signiferoque interfecto, signo amisso*). It is widely accepted (and certain for the army of the Principate) that there were six signifers in a cohort. However, does Caesar here imply that only one man actually carried a standard in battle and that this was in effect the standard of the entire cohort and not merely of an individual century? At first glance the Sambre account conforms to our stereotype of Caesar and his army, but even this brief glance shows that his narrative is much more complex. In the end it is by far the most detailed account of the cohort legion in action, fighting in a variety of situations and locations against a wide range of opponents. It is well worth making the most of it and returning to ask many more questions.[8]

At the very least the *Commentaries* present an image of a Roman army and its commander behaving in ways that were intended to inspire enthusiasm in an audience of contemporary Romans. Certain standards of behaviour for the various ranks are made clear or implicit, and in general it seems reasonable to suppose that these would widely have been recognised as proper. Like others, I favour the theory that the *Bellum Gallicum* was released as individual books, usually at the end of each campaigning season. Even if they were not, and instead emerged as a single collection near the end of Caesar's time in Gaul, his primary —perhaps even sole— concern was with contemporary opinion and not posterity. It is once again commonplace to note that this means the author tends only to explain the more unusual, and assumes knowledge of normal things, such as equipment, organisation and drill, as well as rank structure and promotion patterns, particularly amongst centurions. Opinions on all these questions have been answered mainly from other sources and types of evidence. Caesar does not include a passage similar to Polybius' and Jospehus' famous descriptions of the army in their day, or the sort of detail provided by Vegetius. Epigraphy and archaeology have shaped how many of these questions are answered, but also how they are asked. On the whole this is good, but it may well be worth measuring some of these conclusions against Caesar's narrative.[9]

UNITS AND STRUCTURE

The legions were at the heart of Caesar's army in Gaul and the Civil War. It is clear that the cohort was the basic tactical unit. In battle the *triplex acies* still

---

[8] For discussion see P. SABIN, «The Face of Roman Battle», *JRS* 90 (2000), pp. 1-17, & A. ZHMODIKOV, «Roman Republican Infantrymen in Battle (IV-II Centuries BC)», *Historia* 49/1 (2000), pp. 67-78.

[9] P. WISEMAN, 'The publication of the *De Bello Gallico*', in Welch & Powell (1998), pp. 1-9.

appears to have been the most common formation, but two lines of cohorts are mentioned in some situations. A single line was used on one occasion in 46 BC in an especially desperate situation. At Pharsalus a fourth line was formed behind the right flank, and at Thapsus *V Alaudae* was used in a similar way on both flanks as added defence against the enemy elephants. The third line seems to have been the real reserve, and on occasions entire legions were also held back both to shelter inexperienced units and provide a larger reserve force.[10]

Apart from the cohorts we hear of temporary formations or detachments, such as the centurions and *antesignani* added to the fleet at Massilia in 49 BC. In the same year the less fit men from each century were left in camp while the rest of the army embarked on an especially arduous march. The fighting outside Q. Cicero's camp in 53 BC involved a detachment of convalescent soldiers *sub vexillo* and commanded by an equestrian officer. At Pharsalus the former *primus pilus* Crastinus led 120 'selected from his century' as a distinct force. This brings us to another question. Although it seems reasonable to assume that the strength of a legionary cohort was supposed to be 480 men as was the case under the Principate, we do not actually know this. Nor do we have any idea whether the first cohort was larger, although Crastinus' force could possibly be seen as suggesting this.[11]

Considerable effort has gone into reconstructing the unit sizes and internal organisation of the army of the Principate. The *Commentaries* should make us cautious about being too rigid. The reality of most armies rarely is as neat as theory. Caesar certainly mentions a number of occasions when legions were under strength, and sometimes considerably so. In the winter of 54-53 BC he led a column consisting of two legions and 400 allied cavalry to relieve the besieged garrison commanded by Cicero. Altogether this force is supposed to have numbered barely 7,000. At Pharsalus, Pompey's cohorts are supposed to have mustered around 400 men apiece, while Caesar's averaged 275. By the time Legio VI arrived in Alexandria later that year it had just under 1,000 men present for duty. All of these seem to have functioned effectively as units. At Pharsalus, Caesar combined two legions into a single command because they had suffered badly at Dyrrachium. Caesar tells us explicitly that in the battle against Ariovistus he put a legate or his quaestor in command of each of his six legions. This is

---

[10] *triplex acies* see Gall. 1. 24, 52, civ. 1, 41, 83, 33. 88-89, *African War* 81; single line *African War* 13; two lines Gall. . 49, 3.24; Pharsalus, *BC* 3. 89; Thapsus, *African War* 81.

[11] Massilia, civ. 57; leaving behind the weaker men, civ. 1, 64; Crastinus, civ. 3, 91.

implied in the rest of the narrative. Tribunes are mentioned, but seem to have had less of a direct command role than in Polybius' day, when they took turns in pairs to command the legion.[12]

The engineering prowess of Caesar's legionaries is prominent in the *Commentaries*. Some of the grandest and most spectacular feats include the bridging of the Rhine, and the siege-lines at Alesia and Dyrrachium. To this could be added path/road building and draining difficult terrain such as marshland, or the construction and repair of boats during the British expeditions. Similar projects were undertaken by other Roman armies in this period and later. On Trajan's Column the legionaries appear as builders or labourers more often than fighting in actual combat.[13]

In the *Commentaries* the battlefield prowess of the legions –and in the Civil War especially of Caesar's own legionaries– is also a constant theme. Roman armies in this period performed extremely well in massed actions, and the key role was always played by the legions. Caesar mentions that his men had problems dealing with Pompeian legionaries in Spain in 49 BC, because these fought in a less formal way, moving quickly and not worrying too much about formation. In Africa Caesar's legionaries also struggled to cope with the harassing tactics employed by Numidian light cavalry. In 53 BC Crassus' legions were famously defeated by Parthian cavalry at Carrhae, and in 36 BC Mark Antony's expedition to Armenia would end in ignominious retreat. This has encouraged the belief that the Roman army had severe weaknesses, and was less effective –or even hopelessly inadequate– in dealing with cavalry armies and light troops.[14]

Caesar makes frequent mention of allied contingents in Gaul. These are emphasised, while there are only occasional mentions of professional auxiliary or mercenary contingents. At the start of the Civil War he notes the presence of 'five thousand auxiliary infantry and three thousand cavalry which he had had with him during all his former wars,' but had never thought to mention. (The number of infantry is missing in surviving manuscripts and 10,000 has also been suggested). Traces of regular *alae* and *cohortes* appear around the time of the Second Triumvirate and it is more than possible that proto-auxiliary forces were

---

[12] 54 BC, Gall. 5, 46, 49; Pharsalus, Gall. 3, 88-89; Legio IV, *Alexandrian War* 69; legates and quaestor put in charge of legions, Gall. 1, 52.

[13] On various land clearance and engineering tasks see Gall. 3, 27-28; 4, 36-38; 5. 11.

[14] civ. 1, 44.

already well established in Caesar's day. It took some time before they grew to compose some fifty percent of the army by AD 14.[15]

Caesar emphasised instead the role of his allies after that of his legions. One reason may have been that he chose to promote many tribal leaders for their services, and giving them publicity was a further reward. More importantly he explained most of the wars in Gaul, and especially the initial campaigns, as fought to protect Rome's allies. It was worth emphasising that the Gauls were unable to resist the Germans as a justification for intervention. The unreliability and questionable loyalty of some Gallic chieftains also helped to create an image of an unstable region which it was in Rome's interests for Caesar to pacify. When Caesar met Ariovistus he took horses from allied cavalrymen and temporarily mounted men from *Legio X*. This emphasised the danger of the encounter and the possible unreliability of his allies —both justifying provoking a war with a German leader only recently named as a 'friend of the Roman people'.[16]

The last incident reinforced the impression that Caesar's cavalry was of poor quality. Combined with Carrhae, and also the impression left by Hannibal's victories in the Second Punic War, this has added to the common perception that the Romans were always weak in this arm. For some, this would not be remedied until the third and fourth centuries AD, when cavalry are supposed to have become more important in the army. This ignores the sheer number of regular cavalry under the Principate, where the *alae* in particular were both expensive and highly prestigious. It is extremely questionable that the proportion of horsemen to foot soldiers actually increased in Late Antiquity. It is even more questionable that the cavalry of the Principate were not highly efficient, for in the accounts of battles they certainly appear to perform well. Yet because Caesar did not make much mention of his trained cavalry, and instead concentrated on staunchly reliable legions, and often questionable allied cavalry, the stereotype of the unbalanced and infantry dominated Roman army remains. It is also worth remembering that in Macedonia and Africa in particular, Caesar had especially low proportions of cavalry in his army because horses were more difficult to transport by sea than men.[17]

---

[15] civ. 1, 39, with comments in D. Saddington, *The Development of the Roman Auxiliary Forces from Caesar to Vespasian*, Harare 1982, pp. 6-7; for some evidence for early *alae* see J. Spaul, *Ala*[2], Oxford 1994, pp. 19-22.

[16] Gall. 1, 35.

[17] On the prestige and importance of cavalry alae, see Tacitus, Hist. 3, 2.

The legions were undoubtedly the bedrock of the Roman army in this and later periods. Yet just because Caesar's men at times had difficulties with cavalry and light troops, it would be very wrong to see the army as one dimensional or fundamentally flawed. In the first place, we need to remember that Caesar's men lost only a handful of actions and won every campaign where he was present. They adapted to each situation, changing tactics as necessary. As importantly, the soldiers who fought in a way that was difficult to deal with in Spain in 49 BC were themselves legionaries. Caesar notes that '… as it usually happens that when troops have spent a long time in any district they are greatly influenced by the methods of the country.' Not all legionaries fought in exactly the same way. Instead they learned how best to deal with the local situation. Caesar depicts a Roman army far less rigid in its ways than many historians have suggested.[18]

TRAINING AND DISCIPLINE

Caesar mentions the formation of new legions. After the defeat of Cotta and Sabinus, three new legions were added to the army. This was twice the number of troops lost in the disaster and intended to show 'the Gauls, at once by his rapidity and by the strength of his reinforcements, what the system and resources of the Roman people could accomplish.' Caesar has less to say of the processes involved in recruitment, and whether for instance drafts were added to reinforce existing units as well as to raise new ones. He also says nothing about training. In the battle against the Helvetii, his two newly recruited legions were stationed behind the *triplex acies* of the four experienced legions, higher up the slope. This sheltered them and allowed them to look impressive, but they do not seem to have been called upon to fight. In part the dimensions of the battlefield may have contributed to this decision. When the Romans fought Ariovistus later in the year all six legions were deployed in the *triplex acies*. At Pharsalus and other battles he was careful to station very experienced legions on the flanks, with *Legio X* usually taking the right flank.[19]

Suetonius provides some anecdotes about Caesar's attitude to training and discipline. This seems to have combined considerable latitude during rest periods

---

[18] civ. 1, 44; cf the speech of Germanicus claiming that Romans fought effectively in woodland, Tac. Ann. 2, 14.

[19] Three new legions, Gall. 6, 1; keeping the newly raised legions in reserve, Gall. 1, 24; Ariovistus, Gall. 1, 51; Pharsalus, Gall. 3, 89.

with intensive preparation for active operations and strict control on campaign. He claims that Caesar '… often stood his men to, even when there was no cause, and especially on festival days or when it was raining. Sometimes he would tell them to keep an eye on him, and then slip away suddenly by day or night, and lead them on an especially long march, designed to wear out those who failed to keep up.' Breakdowns in discipline are used to explain disasters, for instance when Cotta and Sabinus' men broke ranks to rescue their baggage, which is contrasted with Cicero's men who allow their huts and possessions to burn. At Gergovia the over enthusiasm of the legionaries prevented the legates and tribunes from restraining them. Discipline was not perfect (and breaches were a convenient excuse for failure), but this should act as a caution against blithe statements about the 'iron discipline of the Roman army'. We should not take the idealised view presented by Vegetius or Jospehus too literally. Nor was training a simple and final process, but an on-going routine. Some comments made by Hirtius, help to show how long and careful a process was needed before a unit reached the peak of efficiency.[20]

'For the truth was that he had the Seventh, Eighth, and Ninth Legions, real veterans of incomparable courage, and the Eleventh, a most promising corps of picked younger men: it was now on its eighth campaign, but in comparison with the rest had not yet won the same reputation for length of service and for courage.'[21]

LEADERSHIP AND CENTURIONS

Caesar's senior officers do not always get favourable treatment in the *Commentaries*. Some of the strongest criticism comes early on, in the description of the near mutiny at Vesontio:

' … a panic spread after conversations with the Gauls and the traders, who said that the Germans were a race of huge stature, incredible courage and skill with weapons they claimed that often when the met them they had not been able to sustain even their glance and keen expressions. Then very suddenly a great panic seized the entire army, dismaying the minds and spirits of all ranks. The thing started with the military tribunes and prefects, and the rest of the men

[20] Sudden marches & relaxed discipline, Svet. Caes. 65, 67; breaches of discipline, Gall. 5, 33, 43; 7, 47.

[21] Gall. 8, 8.

lacking military experience who had followed Caesar from the City in an effort to win his friendship: some put forward some excuse obliging them to depart, others asked permission to leave, and a few were shamed into staying … ; they were unable to conceal their depression, or at times hide their tears; they cowered in their tents to bemoan their fates, or gathered with friends to lament the common danger. Throughout the entire camp men started drawing up their wills. With these voices of despair, even men with long experience of campaigning, soldiers, centurions, and cavalry officers were affected'.[22]

Earlier in the same campaigning season we have the failure of Publius Considius, an experienced soldier who had served with Sulla and Crassus, but panicked during the abortive night attack on the Helvetii. His rank is not given. The legates receive mixed treatment, sometimes earning praise, but never in a way to detract from Caesar himself. He explicitly states that ' … the duties of a legate and of a commander are different: the one ought to do everything under direction, and the other should take measures freely in the general interest.'[23]

The centurions are frequently mentioned, both collectively and as named individuals. Many were explicitly promoted for conspicuous valour and ability. Contrary to many vague assertions, Caesar never mentions the promotion of an ordinary legionary to the rank of centurion, only from lower grades to higher. We do not know the mechanisms for the promotion of centurions at this period. Their prominence in the *Commentaries* may suggest that many came from a social class well worth Caesar's while cultivating. Many —perhaps the overwhelming majority— may have come from important families in their home communities and been directly commissioned. The raising of each new legion created sixty posts within the centurionate. Some men would be directly appointed to these or promoted from junior grades in other legions. This had the practical advantage of providing inexperienced soldiers with veteran officers. As importantly it bound the officer corps ever more tightly to Caesar. By the time of the Civil War, the overwhelming majority of centurions in his legions would have owed their initial appointment and/or one or more steps in promotion to Caesar. Some men had initially been recommended by Pompey and others, and Suetonius notes that

[22] Gall. 1, 39.

[23] Considius, Gall. 1, 21-22; Dyrrachium, civ. 3, 51; on Sulla's caution see A. GOLDSWORTHY, «Instinctive Genius. The depiction of Caesar the general», in K. Welch & A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: the War Commentaries as Political Instruments*, Swansea 1998, pp. 193-219, esp. p. 205; see also K. WELCH, 'Caesar and his officers in the Gallic War Commentaries,' in Welch & Powell (1998), pp. 85-103.

these were allowed to leave the army in 49 BC if they wanted to do so. We do not know how many there were, or what proportion took up this offer.[24]

The bravery and individual fighting prowess of the centurions are frequently highlighted. So is their ability to inspire their soldiers to match their heroism. Tactical control is slightly less frequently mentioned, but seems to be generally assumed. The portrait of the centurionate is overwhelmingly favourable.[25]

THE GENERAL: COMMANDING THE ROMAN ARMY

The most fundamental aim of the *Commentaries* was to justify Caesar's actions and earn him the reputation he felt he deserved as a spectacularly successful servant of the Republic. His comments after Pharsalus reflected this attitude — «They wanted it; even after all my great deeds I, Caius Caesar, would have been condemned, if I had not sought support from my army.» Although many generals throughout history have claimed to have learned from Caesar's campaigns, we should once again emphasise that he was not much interested in the judgement of posterity. Caesar wanted to portray himself not simply as a great commander, but as a great Roman commander. In this respect he was measuring up to and competing with Roman leaders of earlier generations as well as his own. Pompey was of course the greatest of the latter. Later, Plutarch would pair Caesar with Alexander the Great. Interestingly there seems to be little effort for Caesar himself to invoke Alexander in the *Commentaries*, perhaps because Pompey consciously promoted an association with the Macedonian King. It is interesting to speculate whether Caesar would have changed in this respect had he actually launched and written about his Parthian war.[26]

The Sambre quote has already emphasised Caesar's willingness to intervene in the small tactical details of a battle. Roman generals were supposed to be very active before, during and after a battle. Onasander provides one of the nicest descriptions of what was expected:

---

[24] Promotion of centurions, Gall. 6, 40, cf. 5. 44 on rivalry between Pullo and Vorenus; for a brief discussion of promotion see GOLDSWORTHY (1996), pp. 31-32; SVET., Caesar 75.

[25] E.g. Gall. 6, 38, 5. 35; 7, 47, 50, Civ. 3, 53 on Scaeva, for whom see in addition SVET., Caes. 68. 3-4, Appian, *BC* 2, 60, Dio mentions a Scaevius who served with Caesar in Spain in 61 BC, Dio 38, 53, 3, and for the *ala Scaevae* *CIL* 10. 6011 and comments in J. Spaul, *ALA*^{2}, Oxford 1994, pp. 20-21.

[26] SVET., Caes. 30. 4.

‘The duty of a general is to ride by the ranks on horseback, show himself to those in danger, praise the brave, threaten the cowardly, encourage the lazy, fill up gaps, transpose a unit if necessary, bring aid to the wearied, anticipate the crisis, the hour and the outcome’.[27]

The Roman tactical system of forming in multiple lines meant that a high proportion of troops were not initially engaged. It was the general’s task to manage the commitment of these units, and most especially of the ones in the third or subsequent lines. In this task he was assisted by his legates and other subordinates, but the general was not tied to any sector of the line, and was free to intervene anywhere. The decision of when and where to fight a battle was also supposed to be made by the general. Armies often deployed facing each other for days on end without a battle developing, and it was important to fight only in the most favourable circumstances. Caesar depicts himself as a master of this, refusing to give in to pressure from his men to fight when the circumstances were not ideal. However, according to the author of the *African War* he lost control of his men at the Battle of Thapsus:

‘Caesar was doubtful, resisting their eagerness and enthusiasm, yelling out that he did not approve of fighting by a reckless onslaught, and holding back the line again and again, when suddenly on the right wing a *tubicen* (trumpeter), without orders from Caesar, but encouraged by the soldiers, began to sound his instrument. This was repeated by all the cohorts, the line began to advance against the enemy, although the centurions placed themselves in front and vainly tried to restrain the soldiers by force and stop them attacking without orders from the general’.

‘When Caesar perceived that it was impossible to restrain the soldiers’ roused spirits, he gave the watchword ‘Good Luck’ (*Felicitas*), spurred his horse at the enemy front ranks’.[28]

At the Sambre Caesar was surprised, but remained calm and did everything he could to remedy the situation. Most importantly he did not despair. One aspect of *virtus* was a dogged refusal to accept defeat no matter how bleak the situation. The narrative describing the defeat of Cotta and Sabinus neatly contrasted the right and wrong behaviour for a Roman aristocrat in a desperate situation. Cotta remained resolute, and in spite of being hit by a sling bullet in the face, kept encouraging and commanding the men until he was killed. Sabinus

---

[27] ONASANDER *The General* 33. 6 (Loeb translation, slightly modified).

[28] *African War* 82-83; PLVT., Caesar 53 claims that he succumbed to an epileptic fit on this occasion.

despaired, panicked, and in the end was killed while trying to negotiate with an untrustworthy enemy.

Caesar takes care always to show himself behaving with exemplary *virtus*. It is done in a matter of fact way, indeed rather modestly, which only serves to make the impression stronger. In contrast at Pharsalus, he depicts Pompey as the first to despair and flee the field. The narrative makes clear that the better man has won.

STRATEGY

Caesar's strategy is all too often taken for granted or seen as simplistic. This ignores its complexity and the flexible attitude that he —and indeed other Roman commanders— regularly demonstrated. Major battles decided some of the campaigns most notably those in 58 and 57 and the Civil War. Other campaigns were ended by the capture of fortified positions, the legions demonstrating their formidable siege craft and aggression in assault. Such high intensity warfare is always acknowledged as a great strength of the Roman army.

Yet Caesar did not always fight that way. On some occasions he attacked the centre of enemy power-either the army (or in the case of the Veneti the fleet) itself, or the important town or possessions which would provoke the enemy to risk battle. The Romans did not always operate as one concentrated force. Depending on the scale of the opposition, at times they divided into smaller forces and fought at the level best suited to beating the opposition. Caesar's fondness for surprise attacks is also rarely noted, at least outside the context of the Italian campaign in 49 BC. He attempted and failed to surprise the camp of the Helvetii in 58 BC. With far more success he launched sudden and overwhelming attacks on the Usipetes and Tencteri in 55 BC. When dealing with the rebellions which erupted during the later years in Gaul, he routinely launched fast moving punitive expeditions which surprised and overwhelmed the targeted tribes before they were able to respond. He also showed a willingness to learn from mistakes and adapt his strategy. In some cases the political dimension had a strong influence over his decisions. The British expeditions achieved little of practical value, but were huge propaganda successes.[29]

[29] On Britain see Gall. 4, 20-21, with comments if N. Austin & B. Rankov, *Exploratio: Military and political intelligence in the Roman world*, London 1995, p. 13, who are critical of Caesar's failure to discover more information and cite Polybius 3, 48 in support.

Caesar's strategy was aggressive. In the Civil War he had little choice. He was the rebel, the man who had illegally led his army outside his province. Time only permitted his enemies to grow stronger, and he had nothing to gain and a good deal to lose by waiting. Yet before this he consistently adopted the offensive in Gaul. It has been noted that his British expedition in 55 BC was launched with extremely rudimentary intelligence information of landing places and the opposing tribes. Once again, this situation would not have improved markedly had he delayed, and there was a political desire for a success during the year. Other Roman commanders were similarly bold —the campaigns of Lucullus and Pompey in the east are obvious examples. Roman strategy tended to be very aggressive. Ultimately the most important thing was winning, and Caesar managed to keep on doing this, losing individual actions, but never a campaign or war.

⋆

It is very easy to see the *Commentaries* as familiar and fully exploited. This is perhaps especially true for those interested in the campaigns themselves and the functioning of the Roman army. Yet often our assumptions prove false on close inspection. The *Commentaries* provide a narrative that is often subtly nuanced, belying its superficially simple construction and style. In some ways this is perhaps easier to miss for those of us working on the Roman army. There is far more information to be mined from Caesar's account, most of all in its military detail. Hopefully this paper has helped to suggest just a few of the possibilities.

LAS ARENGAS MILITARES EN LA OBRA DE JULIO CÉSAR

César CHAPARRO GÓMEZ
Universidad de Extremadura
chaparro@unex.es

RESUMEN

En este artículo, tras unas consideraciones generales sobre la arenga, se fija en primer lugar y a partir de su definición el *corpus* de las existentes en la obra de Julio César. A continuación se discuten varios aspectos de este tipo de discurso militar, haciendo especial hincapié en su tipología, así como en las funciones retóricas que desempeña y en los tópicos o elementos comunes que aparecen, con mayor o menor frecuencia, en los discursos militares dentro de la obra cesariana. Finalmente, se hace una comparación entre las primeras arengas del *Bellum Gallicum* y las del *Bellum civile*.

Palabras clave: Arengas, Julio César, Retórica.

Military harangues in Julius Caesar's work

ABSTRACT

After some general considerations on the harangue and a definition of this type of military speech, this paper starts by identifying the harangues that exist in Julius Caesar's work. Then, it goes on to discuss several aspects of these harangues, such as their different types and rhetorical functions, as well as the topics they deal with or the common elements they share with other military speeches in J. Caesar's work. Finally, a comparison is made of the first harangues in *Bellum Gallicum* and those in *Bellum civile*.

Key words: Harangues. Julius Caesar. Rhetoric.

⋆ ⋆ ⋆

El instante de entrar en la batalla es un momento terrible, y casi todos los soldados, si tienen tiempo o capacidad de pensar racionalmente en lo que va a producirse, vacilan en exponerse con ligereza a la muerte, al dolor, a las feas heridas y a la mutilación. Por cierto que algunos de los discípulos de Epicuro han hecho una muy buena defensa del pacifismo. Con todo, si debemos entrar en la batalla, estaremos más seguros y obtendremos más éxito si no se nos ocurren estos argumentos racionales. Lo que se necesita en ese instante es una especial exalta-

ción del espíritu, que parece conferir a un hombre un coraje físico inusitado y unas facultades de resistencia y determinación superiores a lo normal. Y el espíritu se exalta en virtud de una serie de medios que son artificiales…

En aquella ocasión tuve el alarde, un tanto histriónico, de enviar mi caballo, y luego los de todos los oficiales, a la retaguardia. Deseaba mostrar a mis hombres que todos estábamos unidos en aquella acción y que la victoria era lo único que podía conservar nuestras vidas (...) Después de haberme separado de mi caballo, me puse el manto escarlata que siempre uso en las acciones de guerra y antes de que comenzara la batalla recorrí a pie las líneas, llamando por su nombre a los centuriones en quienes confiaba más y deteniéndome de cuando en cuando para decir unas pocas palabras de aliento a los soldados. Decía las cosas usuales (que también pueden encontrarse en un manual); pero me parece que al decirlas podía comunicar algo de mi entusiasmo y de mi determinación de obtener la victoria… [Rex Warner].[1]

CONSIDERACIONES GENERALES

La arenga militar, a pesar de ser el discurso empleado con más frecuencia en la historiografía a lo largo de diversas épocas —convirtiéndose en un nexo de unión entre autores y obras de muy distinta procedencia—, hasta hace poco tiempo no había recibido un estudio de conjunto que pusiese de manifiesto sus características principales, sus diferencias tipológicas, su evolución a lo largo del tiempo y su adaptación ideológica a la mentalidad de la época en la que fue compuesto[2]. En su contra siempre ha estado el hecho de que las palabras de un general a sus tropas parecen no tener la misma trascendencia que acompaña a un discurso político o a uno pronunciado durante una embajada. Además, el que se pronuncie en unas condiciones más o menos similares a lo largo de toda la Antigüedad (un general que se dirige a sus soldados para animarlos a la lucha antes de la batalla), había restado interés a su

---

[1] Son dos textos de R. Warner, *César Imperial*, Madrid 2005, pp. 281-282 y 40.

[2] Hace un año se publicaba, fruto de un Congreso celebrado en la Universidad de Extremadura (Cáceres) el libro *Retórica e Historiografía: El discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, J. C. Iglesias Zoido (ed.), Madrid 2007; en él intervinimos algunos de nosotros. Creo que es la última reflexión que se ha hecho en conjunto sobre esta temática. He de decir, como es obvio, que muchas de mis afirmaciones están contenidas en estas páginas, a las que remito ya desde un principio para quien desee abordar con mayor profundidad el tema (Bibliografía muy completa en las pp. 515-536). Son especialmente relevantes para estas consideraciones generales sobre la arenga los artículos de J. C. Iglesias Zoido, «Retórica e Historiografía: La arenga militar» (pp. 19-60) y de M.ª. L. Harto Trujillo, «Las arengas militares en la historiografía latina» (pp. 297-317). A esta última agradezco muy sinceramente la posibilidad de leer su manuscrito (a punto de aparecer en libro) sobre «Las arengas militares en la historiografía latina».

análisis. Hay, no obstante, un hecho fundamental en la historiografía antigua que no puede soslayarse a la hora de enfocar nuestra atención sobre el estudio de la arenga: su tema más importante es la guerra y las escenas de batalla y celebraciones triunfales con sus campañas y preparaciones son las que, con más frecuencia, llenan sus páginas. A la vista de la importancia de este tipo de pasajes y del peso jugado tanto por la tradición en la literatura antigua como por la formación retórica de los historiadores (ese es el caso de Julio César)[3], se comprueba que la arenga no es un simple elemento repetitivo, una especie de requisito obligado por la propia dinámica narrativa de una batalla, que no ofrece más interés en sí mismo.

Más bien, ocurre todo lo contrario. La aparente simplicidad de la arenga esconde una gran riqueza compositiva desde el punto de vista literario, retórico e ideológico, lo que se pone de manifiesto en las múltiples posibilidades y matices que ofrece la descripción de los preliminares de una batalla. Es evidente que existieron modelos exhortativos que no sólo tuvieron vigencia en la Antigüedad, sino que extendieron su influjo a lo largo de los siguientes siglos[4]. Modelos que alcanzaron su plena madurez en las épocas helenística e imperial por medio de figuras tan emblemáticas como Polibio, Tácito o Apiano. Modelos que, en definitiva, volvieron a ser reinterpretados al final de la Edad Media y, sobre todo, durante el Renacimiento[5]. El historiador, por lo tanto, a la hora de reflejar lo sucedido durante una batalla (con sus preliminares, nudo y desenlace) contaba con unos precedentes que determinaban y condicionaban su labor y que el autor no podía obviar sin más a la hora de elaborar un pasaje en el que estuviera presente una exhortación militar.

---

[3] En este sentido, han resultado muy interesantes los numerosos estudios de R. Nicolai, centrados en el papel de la historia en la escuela antigua y en la formación de escritores y rétores grecolatinos: este fenómeno generó debates sobre la oportunidad de imitar la obra de ciertos historiadores (sobre todo Heródoto, Tucídides y Jenofonte) y sobre el grado de utilidad de la historiografía en la formación del orador y del hombre culto en general. La constante presencia de la obra de los grandes historiadores en la escuela del rétor determinó el desarrollo de una teoría que colocaba a la historiografía ya en el ámbito general de la *eloquentia,* entendida como literatura, ya en el ámbito específico de los géneros oratorios. Testimonios como el de Teón en sus *Progymnasmata* ponen de manifiesto la utilidad de la arenga militar en la educación retórica, lo que contrasta con la escasa y dispersa información teórica existente. En una referencia ya concreta a Julio César y a la influencia recibida de la cultura griega —especialmente, de Jenofonte— es muy ilustrativa la contribución de J. E. LENDON, «The Rhetoric of Combat: Greek Military Theory and Roman Culture in Julius Caesar´s Battle Descriptions», *Classical Antiquity* 18 (1999), pp. 273-329.

[4] Algunos de ellos, como la *epipólesis,* se remontan a la épica homérica y fueron reinterpretados en época clásica por historiadores como Tucídides y Jenofonte.

[5] Sobre todo a través de selecciones de arengas, elaboradas con una clara finalidad retórica y que circularon con gran éxito durante la Edad Media, poniendo de manifiesto la importancia de las obras históricas y de sus sucesivas traducciones a las lenguas vernáculas (aspecto bien conocido) y convirtiéndose en un elemento clave en la cultura literaria del Renacimiento.

Si nos remontamos a los orígenes literarios de este tipo de discurso, la arenga homérica se perfila, sin duda, como el primer y más influyente modelo de discurso exhortativo de la literatura griega. En la *Ilíada* se observa ya un elemento fundamental para entender la naturaleza de la arenga: su íntima imbricación con la narración; y a pesar de su aparente simplicidad, las arengas homéricas ya cumplen con la evidente función de intensificar la emoción y la tensión de las largas narraciones bélicas, a la par que constituyen un elemento caracterizador de primer orden: gracias a las arengas conocemos nuevos matices de la personalidad de héroes como Agamenón, Ulises o Héctor.

Estas virtudes de la arenga, observables en el poema homérico, fueron reinterpretadas por los historiadores de la época clásica, que comprendieron la importancia de este tipo de discurso para alcanzar nuevos objetivos. De este modo, el discurso de exhortación militar, a partir sobre todo de Tucídides, no sólo va a servir para intensificar la tensión de un pasaje, sino que también va a ser un instrumento narrativo fundamental, que, en manos de un nuevo tipo de historiador, permite adelantar y explicar el desenlace de los hechos que suceden a continuación, sea una victoria o una derrota. Los historiadores, de este modo, no sólo reproducen las palabras pronunciadas por los generales como un medio de adornar una narración, sino que, por medio de la arenga, ahora pretenden adelantar el desarrollo de los acontecimientos (exponiendo la táctica que a continuación se ejecuta), poner de manifiesto el carácter e inteligencia de un general y aclarar, finalmente, los verdaderos motivos que están detrás de una victoria o de una derrota. Se puede decir que la arenga se convierte, así, en uno de los más importantes y fructíferos elementos de la relación entre discurso y narración a lo largo de toda la historiografía grecorromana[6].

Por otra parte, si la tradición ha sido fundamental a la hora de entender la naturaleza de la arenga historiográfica y su posterior evolución, también se puede comprobar que la retórica desempeñó un papel decisivo en la concepción de la obra historiográfica, no solo como medio de preservar el pasado sino también como una composición en la que los diferentes procedimientos retóricos de la imitación, alu-

[6] La progresiva complejidad del género historiográfico en las épocas siguientes también influyó en el desarrollo de nuevos tipos de arenga y de nuevas asociaciones y estructuras argumentativas (series y parejas de arengas contrapuestas o paralelas) que tenían la misión de ajustarse a las nuevas necesidades narrativas planteadas. Así, se comprueba que no son iguales (ni temática, ni estructuralmente hablando) las arengas en todas las obras historiográficas greco-latinas. No es lo mismo una historia política, como la de Tucídides, que una historia universal, como la de Diodoro, o que una monografía, como las escritas por Jenofonte, Salustio o Tácito.

sión e intertextualidad juegan un papel destacado. Así, frente a quienes han defendido hasta ahora una aparente desvinculación de la retórica con respecto a este tipo de discurso militar, alegando que sus lugares comunes eran suficientemente conocidos o que la arenga era un discurso ficticio alejado de la práctica oratoria, hay que afirmar que la retórica es fundamental para comprender la naturaleza de la arenga militar historiográfica y el contexto en el que se creó a finales del siglo v a. C. con Tucídides. Cuando pasado el tiempo cambiaron las circunstancias que generaron la creación de este discurso y la retórica adquirió un mayor desarrollo normativo, surgió la dificultad de clasificar retóricamente este tipo de exhortación. Convertido en el discurso más característico del género historiográfico, en su composición resultan fundamentales una serie de tópicos que son comunes a los empleados en la sección protréptica del discurso fúnebre y en la argumentación del tema de la guerra, uno de los más importantes del género deliberativo. No obstante, la clave de la arenga militar no se encuentra solo en los tópicos que emplea, que comparte con otros tipos de discurso, sino en las diversas funciones que este tipo de discurso desempeña a partir de Tucídides. Su adaptabilidad, clave de su éxito en la historiografía posterior a lo largo de siglos, fue la causa que se encuentra detrás de la aparente indefinición retórica de la arenga militar[7].

Asimismo, las arengas constituyen un privilegiado elemento de análisis transversal en el marco del género historiográfico, sobre todo de la relación entre retórica e historiografía. En el proceso de composición de una arenga militar conviven dos exigencias: el escritor ha de contar con las fuentes de información sobre lo dicho y hecho antes de la batalla, pero también ha de tener presente una tradición literaria y unos recursos retóricos bien conocidos por los receptores de la obra, amén de una serie de normas no escritas. Todo ello lleva, en el caso de la arenga militar, a la existencia de una auténtica paradoja: un discurso aparentemente simple, como es una exhortación a las tropas, puede ser el fruto de complejas interrelaciones (atención al género, al asunto y a la situación concreta). Es importante destacar en el caso de la arenga y a diferencia de otros tipos del discurso historiográfico, lo siguiente: que mientras que

[7] También han de destacarse las relaciones de la arenga historiográfica con las de otros géneros literarios como la épica. Aunque en un primer momento fue la épica homérica la que influyó sobre los mecanismos compositivos de la naciente historiografía, la influencia se acabaría produciendo en dirección inversa: la historiografía acabaría proporcionando modelos e instrumentos a la poesía épica. Ello se observa sobre todo en Roma, en donde es especialmente llamativa la presencia de epopeyas de tema histórico y no legendario, como la *Farsalia* de Lucano o los *Punica* de Silio Itálico. La diferencia principal entre ambas está en el tratamiento del contenido, ya que mientras que la historiografía pretende narrar la totalidad de los hechos y contar *concilia, acta* y *euentus*, la épica estaría interesada fundamentalmente en los *acta*.

la mayor parte de estos discursos son el fruto de una mayor o menor *compression* con respecto a lo que realmente fue pronunciado, las arengas, sin embargo, suelen ser discursos más amplios de los realmente pronunciados, de manera que cualquier exageración retórica fomentaría una sensación de falsedad en el receptor de la obra.

En el ámbito de la Antigüedad clásica grecolatina, la necesidad de la arenga es constatada por la mayoría de quienes las pronunciaron[8] o de quienes escribieron tratados y manuales militares[9] o simplemente de aquellos que trazaron estrategias para ganar un combate. Sus formulaciones son generalmente, salvo alguna excepción, poco concretas y nada sistematizadas, limitándose a explicitar la necesidad de que el caudillo o general al mando de las tropas, como una de sus obligaciones, estimule con medios retóricos los ánimos de los combatientes antes de la batalla. Ya se nos sugiere, en un estadio embrionario y sin posterior desarrollo, un número muy reducido de *tópoi* que han de utilizarse en esas ocasiones y entre los que destacan: elogiar a los valientes, amenazar a los cobardes, despertar el odio hacia el enemigo o apelar a lo justo de la acción que se emprende. Todos estos autores no vieron la necesidad de crear un *corpus* retórico, independiente y sistemático, para el campo de batalla; escribían con un propósito eminentemente práctico y nada teórico: ganar la guerra. Sin embargo, dentro de ese contexto, la retórica se introdujo como un factor importante, un elemento que podía jugar un papel decisivo a la hora de aumentar las posibilidades de victoria en el combate.

La finalidad primera y esencial de la arenga en el campo de batalla es infundir en la tropa valor y confianza en la victoria. A tal fin se disponen los diferen-

---

[8] César hace un recuento de los *officia imperatoris* e incluye entre ellos el pronunciar arengas: *Caesari omnia uno tempore erant agenda: uexillum proponendum, quod erat insigne cum arma concurri oporteret; signum tuba dandum; ab opere reuocandi milites; qui paulo longius aggeris petendi causa processerant arcessendi; acies instruenda;* milites cohortandi*; signum dandum* (Caes. Gall. 2, 20).

[9] Será Flavio Vegecio Renato con su *De re militari* quien ejercerá mayor y más duradera influencia. Esto es lo que dice al respecto: *Ipsa die, qua certaturi sunt milites, quid sentiant, diligenter explora. Nam fiducia uel formido ex uultu uerbis incessu motibus cernitur. Ne confidas satis, si tiro proelium cupit; inexpertis enim dulcis est pugna; et noueris te oportere differre, si exercitati bellatores metuunt dimicare. Monitis tamen et adhortatione ducis exercitui uirtus adcrescit et animus, praecipue si futuri certaminis talem acceperint rationem, qua sperent se facile ad uictoriam peruenturos. Tunc inimicorum ignauia uel error ostendendus est, uel, si ante a nobis superati sunt, commemorandum. Dicenda etiam quibus militum mentes in odium aduersariorum ira et indignatione moueantur. Animis paene omnium hominum hoc naturaliter euenit, ut trepident, cum ad conflictum hostium uenerint. Sine dubio autem infirmiores sunt quorum mentes ipse confundit aspectus; sed hoc remedio formido lenitur, si, antequam dimices, frequenter exercitum tuum locis tutioribus ordines, unde et uidere hostem et agnoscere consuescant. Interdum audeant aliquid ex occasione: aut fugent aut interimant inimicos; mores aduersariorum, arma, equos recognoscant. Nam quae ex usu sunt non timentur* (3, 12).

tes componentes que no ofrecen en la Antigüedad clásica una variación excesiva; básicamente esos componentes son dos: la parte informativa –propia de la argumentación y de la estrategia– y la parte exhortativa, destinada a mover las emociones. Entre ambos componentes, el informativo y el conativo, se produce una tensión resuelta en una relación de proporcionalidad inversa. Una mayor presencia de la argumentación estaría motivada por el género de causa, pues aunque la exhortación al combate pertenece de por sí al esquema *éndoxon* (o *genus honestum*), las circunstancias concretas, especialmente las adversas, pueden acercar la *cohortatio* al *genus dubium, obscurum* o incluso *admirabile*, favoreciendo así la aparición de una justificación a la exhortación y con ello una mayor relevancia de la argumentación o parte informativa.

En otro orden de cosas, en la arenga clásica se dan cita los *teliká kephálaia* o criterios de acción, que la tradición griega fija en los siguientes *tópoi* (lugares), propios de los «fines» de cualquier obra: *justicia* (que lleva aparejada la *legalidad*); *utilidad* (que comprende la *necesidad* y la *conveniencia*); *posibilidad* (que comporta la *facilidad*) y *belleza moral* (que abarca la *dignidad* y la *honestidad*). En cada uno de estos *tópoi* los estudiosos del tema encuadran cada una de las justificaciones o motivaciones que se dan cita en la arenga militar. Así en el de la justicia (*iustum*) se encuentran, por ejemplo, las referidas a los agravios y ofensas inferidos por los enemigos, que son de por sí pérfidos y perjuros, así como el carácter piadoso (favor de los dioses) que tiene la empresa ; en el de la utilidad (*utile*) –necesidad más conveniencia–, se ponen de manifiesto las alusiones a lo que está en juego en la batalla, tanto desde el punto de vista individual, para cada uno de los combatientes, como en el ámbito colectivo (familia, patria o Estado), así como los bienes y favores, materiales y no, que reportará el éxito en la guerra; igualmente la imposibilidad de retirada y el peligro y deshonra que acarrea, en todo caso, la huída; en el de la posibilidad y facilidad de la victoria (*possibile et facile*), se hallan los tópicos de la superioridad, si no material, sí moral de la tropa, la experiencia y el valor del general como líder que inspira confianza y el recuerdo de las anteriores victorias sobre el mismo enemigo; y, por último, en el de la honestidad y dignidad (*honestum et dignum*) aparecen los argumentos éticos que apelan al honor y a la lealtad y las alusiones a la deshonra que la cobardía acarrea y, por el contrario, la honra que merece quien es digno del honor de la patria y de su familia[10].

---

[10] *Cf.* F. Navarro Antolín, «La Retórica del discurso: la *Cohortatio*. Tradición clásica y pervivencia», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 19 (2000), pp. 79-124.

EL *CORPVS* DE ARENGAS EN JULIO CÉSAR. TIPOS, FUNCIONES Y TÓPICOS

Dejando a un lado aspectos tan importantes como la verosimilitud de los discursos militares, sus fuentes y modelos, el género literario al que pertenecerían o su relación con la épica, vamos a centrar la atención, ya en clara referencia a Julio César, en el establecimiento de un *corpus* de arengas en la obra cesariana. Para ello el primer paso ha de ser la delimitación y definición de arenga. Digamos que no es tarea fácil dar una definición de arenga; en ella deben darse estos tres componentes: 1) la situación o contexto bélico: las arengas son discursos pronunciados antes, durante o después de una batalla; 2) el tema, que necesariamente ha de ser la guerra; y 3) la finalidad que ha de ser parenética o exhortativa: son discursos que pretender mover al receptor, persuadiéndole a luchar con más valor (en la mayoría de los casos) o disuadiéndole de ello. Así, podríamos definir la arenga en términos generales como un discurso o parlamento, en estilo directo o indirecto, más o menos desarrollado, de temática militar, pronunciado en una situación bélica (antes, durante o después de una batalla o campaña militar) y que tiene la intención de provocar una reacción determinada en los receptores. Su función es, pues, *suadere* y *mouere,* convencer a los receptores. Pueden ser frases cortas y breves (como las pronunciadas por César y recogidas por Suetonio (Iul. 32-33), para animar a los suyos a la guerra civil: *Eatur, inquit, quo deorum ostenta et inimicorum iniquitas uocat. Iacta alea est, inquit*), pero en las que se dan cita los tópicos repetidos en las arengas: intervención divina, justicia de la propia causa e injusticia de la de los enemigos, advertencia de que ha llegado el momento oportuno, etc.

Partiendo de esta definición de arenga, el *corpus* de arengas resultante en la obra historiográfica de Julio César es el que aparece en el **CUADRO** que presentamos[11]:

[11] En dicho cuadro se recogen los siguientes datos: autor, pasaje, emisor, estilo (directo = seis arengas; indirecto = diecinueve), tipología (momento del combate, arengas individuales, parejas de arengas, etc.) y engarces narrativos (inicial y final). Con el término «engarce» se hace referencia a aquellas palabras o frases con las que los historiadores introducen y cierran las intervenciones oratorias —en estilo directo e indirecto— que han insertado en la línea narrativa de su historia, siendo auténticas fórmulas de transición, un elemento importante dentro de la relación entre *lógoi* y *érga*. En el caso de la arenga, los engarces presentan una mayor uniformidad que en los otros discursos, informando al lector de ante qué tipo concreto de exhortación está.

Autor	Pasaje	Emisor	Est.	Tipología	Engarce I./F
CAES. (1)	Gall. 1, 40, 1-41,1	César	E.I.	**Tipo 1** Discurso a los mandos (*conuocato consilio… adhibitis centurionibus*)	*Incusauit.* *Hac oratione habita.*
CAES. (2)	Gall. 2, 21, 1-4	César	E.I.	**Tipo 4** Revista de tropas (*decucurrit*)	*Ad cohortandos milites.* *Oratione cohortatus.* *Cohortandi causa.*
CAES. (3)	Gall. 2, 52, 2	César	E.I.	**Tipo 5**	*Centurionisbusque nominatim appellatis reliquos cohortatus milites…iussit.*
CAES. (4)	Gall. 3, 24, 5	Craso	E.I.	**Tipo 3** Arenga a las tropas ya formadas	*Cohortatus.*
CAES. (5)	Gall. 3, 26, 1	Craso	E.I.	**Tipo 1** A los mandos (*praefectos*)	*Cohortatus.* *Ostendit.*
CAES. (6)	Gall. 4, 25, 3-4	El mando de la legión X	E.D.	**Tipo 5** Arenga en mitad de la batalla	*Inquit… dixisset* *Cohortati inter se.*
CAES. (7)	Gall. 5, 34, 1	Capitanes galos	E.I.	**Tipo 5** Arenga en mitad de la batalla	*Pronuntiari iusserunt.*
CAES. (8)	Gall. 5, 38, 2-4	Ambiórige (galo)	E.I.	**Tipo 2** Asamblea de tropas	*Hortatur ne.* *Hac oratione persuadet.*
CAES. (9)	Gall. 6, 8, 1	Los galos entre sí	E.I.	**Tipo 2** Asamblea de tropas	*Cohortati inter se.*
CAES. (10)	Gall. 6, 8, 3-5	Labieno (romano)	E.D.	**Tipo 3** A las tropas formadas	*Inquit.* *Iubet.*
CAES. (11)	Gall. 7, 29-30	Vercingetorix	E.I.	**Tipo 6** Asamblea después de la batalla (*concilio*)	*Cohortatus est.* *Haec oratio.*
CAES. (12)	Gall. 7, 52, 1-53, 1	César	E.I.	**Tipo 6** Asamblea después de la batalla (*contione*)	*Contione aduocata…* *Reprehendit … Exposuit.* *Hac habita contione et ad extremam orationem confirmatis.*
CAES. (13)	Gall. 7, 62, 1-2	Labieno	E.I.	**Tipo 3** Discurso a las tropas formadas	*Milites cohortatus ut.*
CAES. (14)	Gall. 7, 66, 2-6	Vercingetorix	E.I.	**Tipo 1** Discurso a los mandos (*praefectis equitum*)	*Demonstrat.*
CAES. (15)	civ. 1, 7-8	César	E.I.	**Tipo 2** Asamblea de tropas (*apud milites contionatur*)	*Contionatur …* *Commemorat …* *Queritur.*
CAES. (16)	civ. 2, 28, 2-4	Quintilio	E.I.	**Tipo 4** Revista de tropas (*circumire aciem*)	*Obsecrare milites coepit…* *Hac habita oratione*

Autor	Pasaje	Emisor	Est.	Tipología	Engarce I./F
Caes. (17)	civ. 2, 32, 1-33, 3	Curión (cesariano)	E.D.	**Tipo 2** Asamblea de tropas (*contionem aduocat militum*)	*Contionem aduocat. Commemorat. Inquit. Qua oratione permoti.*
Caes. (18)	civ. 2, 34, 4-5	Curión.	E.D.	**Tipo 5** Discurso durante la batalla	*Inquit. Elocutus… iubet*
Caes. (19)	civ. 2, 41, 2	Sabura	E.I. Pareja 1	**Tipo 4** Revista de tropas (*circumire*)	*Hortari incipit.*
Caes. (20)	civ. 2, 41, 3	Curión	E.I. Pareja 2	**Tipo 4**	*Hortatur ut.*
Caes. (21)	civ. 3, 73, 1-74,2	César	E.I.	**Tipo 2** Asamblea de tropas (*contionem / contione*)	*Contionem habuit hortatusque est ne. Hac habita contione.*
Caes. (22)	civ. 3, 82, 1	Pompeyo	E.I.	**Tipo 2** Asamblea de tropas (*contionatusque apud cunctum exercitum*)	*Contionatus. Gratias agit. Cohortatur ut.*
Caes. (23)	civ. 3, 85, 4	César	E.D.	**Tipo 3** Discurso a las tropas formadas	*Inquit.*
Caes. (24)	civ. 3, 90, 1-3	César	E.I.	**Tipo 3** Discurso a las tropas formadas (*tuba signum dedit*)	*Militari more ad pugnam cohortaretur. Commemorauit. Hac habita oratione.*
Caes. (25)	civ. 3, 91, 1-4	Crastino	E.D.	**Tipo 3** Discurso a las tropas formadas (*signo dato*)	*Inquit. Haec cum dixisset.*

Corpus de arengas de Julio César. En líneas generales es el que aparece en el libro *Retórica e Historiografía* (pp. 552-553), citado en la nota 2.

Establecido el *corpus* de arengas en la obra de César (en total se constatan veinticinco: catorce en *Bellum Gallicum* y once en *Bellum civile*) se puede abordar el tema de la tipología o clasificación de las mismas, con el objetivo de conocer cuáles han sido los tipos dominantes y sus características. En este sentido, podemos utilizar el criterio del receptor de la arenga, estableciendo tres tipos diferentes: a todo el ejército, a los mandos (para ser reproducida) y a un individuo o pequeño contingente de hombres. También se puede echar mano del criterio de la finalidad: arengas que pretenden persuadir (las más) y que intentan disuadir, en una especie de «antiarenga», (se entiende disuasión de la guerra, para aplazar la

batalla o para entablar la paz)[12]. Sin embargo, el criterio más definitorio y, sobre todo, pragmático es el que utiliza la cronología de la arenga, el momento concreto en el que se produce la intervención, existiendo en este sentido diferencias sustanciales entre ellas en cuanto a su extensión y contenido. Así, no es lo mismo dirigir una arenga a los mandos o a una asamblea de tropas días u horas antes de una batalla que la arenga que se pronuncia en el campo de batalla ante las tropas en formación o la que se pronuncia en medio de la refriega y no digamos la arenga que se pronuncia tras el combate.

Las arengas pronunciadas en asamblea previa son las más extensas y las que recogen un mayor número de tópicos. En ellas, al lado de la función de exhortar, encontramos también la de *docere*, enseñar o informar, ya que el general presenta la situación a sus hombres, para que comprendan el motivo de la lucha y la importancia de lo que se juegan. Predominan en ellas los *uerba dicendi* que no conllevan el matiz de exhortación y en cuanto a los sustantivos se utiliza bastante *contio*, que alude a la asamblea, al igual que *oratio, consilium*, etc. En cambio, en las arengas pronunciadas inmediatamente antes de la lucha, domina la función de mover, la exhortación, que se refleja en los verbos introductorios (*hortor, stimulo*, etc.), así como los sustantivos del tipo de *hortatio*, etc.; son bastante numerosas y las *epipólesis* o «revistas de tropas» destacan por la adecuación del contenido al receptor. En cuanto a las pronunciadas durante el combate, más que arengas, son exhortaciones a la lucha, poco desarrolladas, aunque comparten finalidad, tema y situación; suelen ser muy expresivas y dramáticas, ofreciendo sentencias, que por su brevedad y dramatismo deleitan al lector; normalmente, se pronuncian cuando los soldados han perdido fuerzas y necesitan ánimos de su general. Menos dramáticas y con un contenido más marcadamente epidíctico suelen ser las arengas pronunciadas después de una batalla, ya que en ellas se felicita a los soldados (*laudatio*), recordándoles la recompensa que obtendrán o, después de una derrota, se les recrimina para que en lo sucesivo se comporten con valor (*uituperatio*); los verbos son muy expresivos (*castigare, increpare*, etc.).

---

[12] Como hemos dicho, la arenga militar, a pesar de su aparente simplicidad argumentativa, es un tipo de discurso que, a lo largo de toda la Antigüedad, se caracterizó por sus múltiples posibilidades compositivas a la hora de reflejar las diversas situaciones exhortativas que pueden darse en una obra historiográfica. Por ello se han planteado diferentes posibilidades de clasificación tipológica. S. USHER (*The Historians of Greece and Rome*, Londres 1969) toma como referencia la moral de la tropa o el estado anímico de la misma; M. H. HANSEN, («The Battle Exhortation in Ancient Historiography. Fact or Fiction», *Historia* 42 (1993), pp. 161-180) avanza una tipología más compleja, teniendo en cuenta el tipo de emisor, situación del receptor, medio de transmisión y contexto físico de la ejecución del discurso.

De esta manera y atendiendo especialmente al criterio cronológico se pueden establecer seis tipos de arenga (que son los que aparecen en el **CUADRO** mencionado):

TIPO 1: Arenga dirigida a los mandos del ejército antes de un combate. Aparecen tres en la obra de César, las tres en *Bellum Gallicum*.

TIPO 2: Arenga dirigida a una asamblea de tropas en un momento (días u horas) anterior al combate. Hay seis de este tipo en César (dos en *Bellum Gallicum* y cuatro en *Bellum Ciuile*).

TIPO 3: Arenga dirigida a las tropas en formación en el campo de batalla antes del combate (sin indicación de movimiento por parte del general). Aparecen seis en la obra de César (tres en cada una de las obras de César).

TIPO 4: Revista de tropas (*epipólesis*), que suele producirse antes de la lucha, pero que también puede hacerse en medio o después de la batalla. Se cuentan cuatro en Julio César (una en *Bellum Gallicum* y el resto en *Bellum Ciuile*).

TIPO 5: Arenga dirigida a la tropa en medio del combate. Se contabilizan cuatro en la obra de César (tres en *Bellum Gallicum* y una en *Bellum Ciuile*).

TIPO 6: Arenga dirigida a los soldados después del combate. Hay dos ejemplos en Julio César, los dos en *Bellum Gallicum*.

Una vez establecidos los tipos de arengas que se encuentran en la obra historiográfica de Julio César, conviene hacer hincapié en las funciones u objetivos fundamentales de la arenga, con especial atención al *corpus* de nuestro historiador. Partamos del hecho de que el historiador, al elaborar una arenga, está intentando reflejar un discurso realmente pronunciado. Es decir, utiliza un recurso literario que parte de un hecho real: es normal que, antes de una batalla, un general o mando encargado del ejército intente animar a su hombres y excitarles a la lucha con distintos motivos (lo justo de la causa, los recursos con que se cuenta, la ganancia en caso de victoria, etc.). Si las tres finalidades del discurso son *delectare, docere* y *mouere*, los discursos de los generales tienen la función de hablar e informar de la situación (*docere*) y, sobre todo, de mover a los hombres (*mouere*). Es significativo, en este sentido, que cuando se analiza el léxico que envuelve las arengas historiográficas, tanto los sustantivos que se refieren a las propias arengas, como los verbos que aluden al hecho de pronunciar el discurso, se dividen en dos grupos fundamentales (los de palabra y discurso en general y los de exhortación), recogiendo de esa manera las dos finalidades básicas de los discursos militares en la realidad: transmitir una información y mover los espíritus de los soldados.

Entre los verbos introductorios que reflejan la noción de *docere*, están los *verba dicendi*; estos son los que aparecen en la obra de nuestro historiador: *commemoro* (civ. 1, 7; 2, 32, 1; 3, 90, 1); *contionor* (civ. 1, 7; 3, 82, 1); *demonstro* (Gall. 7, 66, 2-6); *dico / dicta dare* (Gall. 4, 25, 3; civ. 3, 91, 4); *eloquor* (civ. 2, 34, 4); *inquit* (Gall. 4, 25, 3; 6, 8, 3; civ. 2, 32, 1; 2, 34, 4; 3, 85, 4; 3, 91, 2); *ostendo* (Gall. 3, 26, 1). Además de estos verbos de lengua, hay también, como es lógico, sustantivos que aluden tan solo a una reunión informativa o a la propia información que se transmite en el discurso: *consilium* (Gall. 1, 40, 1; 7, 66; civ. 2,32); *contio* (Gall. 7, 52; civ. 1, 32, 1; 3, 73, 1); *oratio* (Gall. 1, 41, 1; 2, 21, 1-4; 5, 38, 4; civ. 2, 33, 1; 3, 90, 3). *Oratio* y *contio* son los términos más usados para referirse a la arenga como simple discurso; además, estos términos normalmente se utilizan cuando el ejército aún no está formado.

Junto a estos verbos y sustantivos que aluden al discurso sin más, se encuentra otro grupo de términos (verbos y sustantivos) que encierran un matiz exhortativo o de persuasión. Entre los verbos utilizados por César están: *cohortor* (Gall. 2, 21, 1; 3, 24, 5; 3, 26, 1; 4, 25, 3; 7, 62, 1; 6, 8, 1; 7, 29; civ. 2, 32, 1-33, 3; 3, 82, 1; 3, 90, 1); *conclamo* (civ. 1, 7-8); *hortor* (civ. 1, 7-8; 2, 32, 1-33, 3; 2, 41, 2; 3, 73, 1; 5, 38, 2); *incuso* (Gall. 1, 40, 1); *iubeo* (Gall. 5, 34, 1; 6, 8, 5; civ. 2, 34, 5); *persuadeo* (Gall. 5, 38, 2); *queror* (civ. 1, 7-8). Entre los sustantivos utilizados para indicar esta función están lógicamente *adhortatio, cohortatio, exhortatio*, etc., sin embargo ninguno de ellos aparece en la obra de César.

Además de la vertiente de «hecho real» que tiene la arenga, el historiador, consciente de que estaba escribiendo un *opus oratorium maxime* y de que debía tener en cuenta tanto la *rerum ratio* como la *uerborum ratio*, utiliza la arenga como un recurso literario más, en lo que sería la tercera función del discurso, la de deleitar (*delectare*). Así, la arenga contribuiría a la consecución del estilo propiamente historiográfico y ejercería distintas funciones en el marco o ámbito literario del quehacer historiográfico. Entre estas se pueden destacar:

a) Conformación del carácter del personaje por sus palabras y actitud: Esta función es aplicable a las arengas y a todo tipo de discurso. Así, en la historiografía grecolatina se pueden ver caracterizados los principales protagonistas de las batallas de Grecia y Roma a partir de las palabras pronunciadas por ellos. En lo que ahora nos afecta, cabe señalar las arengas de Lucano en la *Farsalia* en las que César aparece como un emisor violento, altivo y arrogante, poniéndose de manifiesto además la diferencia de carácter entre él y Pompeyo en las palabras que dirigen a sus soldados antes de la ba-

talla de Farsalia. Frente a este retrato, en la arengas de los *Comentarios* cesarianos, encontramos una y otra vez la justificación de las acciones de Julio César, quien demuestra en sus palabras sus acciones, explica los motivos, etc. Como indica Kennedy, la retórica de la obra cesariana es, ante todo, una presentación elaborada del *ethos* de César[13].

b) Explicación de los hechos: Ya sea el resultado de una batalla o incluso la propia historia de Roma. En este segundo aspecto se puede apreciar el cambio en la historia romana, comparando una arenga pronunciada en época republicana, donde el problema principal estribaba en la lucha con otros pueblos (problema externo) y donde lo que movía a los romanos era la defensa de la patria (tópico esencial), con otra realizada en épocas de luchas interiores entre partidos (problema interno), centradas en la conquista del poder por el poder y en las que se intentaba convencer a los soldados de la perfidia del enemigo (sus propios conciudadanos o el Senado), de la afrenta de su *dignitas* arrumbada, etc. En este sentido, un ejemplo de lo primero serían las arengas cesarianas del *Bellum Gallicum*, mientras que las que aparecen en *Bellum Civile* serían paradigma de lo segundo.

c) Ejercicio de habilidad retórica: Como es bien sabido, la mayoría de los historiadores tenían profundos conocimientos de retórica, de ahí que en ocasiones la licencia retórica les permitiría la elaboración de un discurso más alejado de la verdad histórica, pero cargado de efecto dramático. Está claro que en la historiografía grecolatina nos encontramos con arengas que de ningún modo pudieron ser pronunciadas en las circunstancias descritas por el historiador[14].

d) Reflejo de la ideología del personaje, de la nación o del propio historiador: En este aspecto nos interesan especialmente las arengas de Lucano en la *Farsalia*, en las que el tema central es la acusación contra el servilismo (tanto en la época de César como en la del propio Lucano) y la

---

[13] *Cf.* G. Kennedy, *The Art of Rhetoric in the Roman World*, Princenton 1972, pp. 289-290.

[14] Esto tiene que ver, obviamente, con la verosimilitud de las arengas, aspecto que voluntariamente hemos dejado a un lado. Véase, entre otros, el artículo de Hansen (citado en la nota 12), para quien las arengas reales debieron estar formadas por unas pocas frases de tipo exhortativo, o en todo caso, por unos parlamentos necesariamente breves, dirigidos, no a todo el ejército —porque esto sería imposible en las condiciones del pasado—, sino a mandos intermedios o bien a pequeños contingentes de hombres; a partir de estas arengas reales, el historiador habría llevado a cabo posteriormente una reelaboración retórica y literaria, reelaboración que es evidente en las arengas de la historiografía latina, en la que, en ocasiones, los propios historiadores reconocen no estar contando «literalmente» lo que pronunciaron los generales.

dependencia exagerada de los soldados, en una lealtad mal entendida, con respecto a su líder militar.

Es significativa también la alusión a la libertad como motivo para la lucha, motivo que aparece más en las arengas de los distintos pueblos contra Roma que en las arengas romanas. Curiosamente, si la libertad es esgrimida por los bárbaros que se enfrentaron a los romanos, no siempre aparece en un contexto similar. Así, se han relacionado un discurso (no es arenga) de Critognato en el *Bellum Gallicum* de César (7, 77) con una arenga de Calgaco a los caledonios en Tácito (Agric. XXX-XXXII). Pues bien, mientras que Critognato aparece como un bárbaro, que además de criticar a los romanos, intenta convencer a los supervivientes de su pueblo para que resistan el asedio comiéndose a niños y ancianos que no pueden luchar, el Calgaco de Tácito no da muestras de esta barbarie, y los romanos no muestran en esta obra la superioridad que se ve en César en cuanto a humanidad y civilización. Y es que ni la época ni los objetivos de César son los mismos que los de Tácito.

Como recursos retóricos y literarios utilizados una y otra vez por los historiadores en la elaboración de sus discursos militares nos encontramos con una serie de elementos comunes, presentes en autores tan distantes cronológicamente como, por ejemplo, Tucídides y Amiano Marcelino. Tanto en los temas como en el léxico y recursos estilísticos utilizados, los historiadores se sirven de los mismos tópicos que habían utilizado los autores anteriores. Sin duda este hecho tiene su explicación, en parte, en la semejanza de situaciones en las que se pronunciaban las arengas: es lógico que un general del siglo V a. C. o uno del siglo IV d. C., cuando dirigen unas palabras a sus soldados antes de la lucha, les hablen de la importancia de la empresa, del valor demostrado anteriormente, de la superioridad de recursos frente al enemigo, del botín que se conseguirá en caso de victoria, etc. Una serie de elementos esenciales —religiosos, políticos, morales y materiales— tanto para el individuo como para la colectividad, que se traducen en tópicos basados en la justicia, la conveniencia, la posibilidad, etc. Son, en general, los aspectos que nos recuerda Flavio Vegecio en el texto mencionado anteriormente de su manual militar.

Los estudios hechos sobre los tópicos en las arengas militares son muchos y variados, en la mayoría de los casos, justificativos de una idea preconcebida sobre

---

[15] Los más utilizados son los de Th. C. Burgess, «Epideictic Literature», *Studies in Classical Philology* 3 (1902), pp. 89-261, y J. Albertus, *Die 'parakletikoi' in der griechischen und römischen Literatur*, (Diss.), Estrasburgo 1908. Para el estudio de los tópicos en las arengas de la Edad Media, son muy importantes los estudios de J. R. E. Bliese, «Rhetoric and Morale: A Study of Battle Orations from the Central Middle Ages», *Journal of Medieval History* 15 (1989), pp. 201-226; «The Just War as concept and Motive in the Central Middle Ages», *Medievalia et Humanistica* 17 (1991), pp. 1-26, entre otros.

la adscripción de este tipo de discurso a un género de causa determinado[15]. Los elementos o tópicos comunes propuestos por Harto Trujillo en el estudio mencionado al principio de estas líneas son los siguientes: 1) la forma de dirigirse a los soldados; 2) las palabras no aportan valor; 3) recuerdo de las victorias logradas y del valor demostrado; 4) el enemigo es inferior; 5) el momento es decisivo; 6) la situación es propicia; 7) el motivo de la lucha: patria y libertad; 8) ayuda divina; 9) justicia de la causa; 10) vergüenza de la huida; 11) no basta con vencer, hay que aniquilar; 12) recompensas y amenazas; 13) hay que vencer o morir[16].

De todos estos tópicos, los tres primeros suelen aparecer en el proemio del discurso, ya que intentan captar la atención y benevolencia del receptor, lo cual demuestra que el historiador conoce la retórica y concilia la *inuentio* con la *dispositio*, colocando cada recurso donde más efecto tenga. Lo mismo hace con los demás tópicos, ubicándolos en el sitio adecuado. Por eso, al principio, llama a los soldados de una manera determinada, hace un ejercicio de «humildad» restando valor a sus palabras y muestra su confianza en ellos recordándoles sus victorias pasadas. Una vez preparado y ganado el auditorio, en el centro del discurso el general habla de la inferioridad del enemigo y de temas de la propia batalla (el momento de la guerra, los motivos de la lucha, la justicia de la causa, el botín que obtendrán, etc.). La *peroratio* es el momento de resumir el tema central de cada arenga y de lanzar la exhortación final mediante imperativos que exciten y enciendan definitivamente a los soldados. A continuación, haremos hincapié en aquellos elementos comunes o tópicos que tienen mayor presencia en las arengas de Julio César:

— *La forma de dirigirse a los soldados*: En el proemio de las arengas que aparecen en estilo directo, el historiador refleja con un vocativo la forma en la que el general se dirige a sus soldados, con la intención de captar su atención, halagarles o, incluso, increparles[17]. Lógicamente el vocativo más utilizado es *milites*, excepción hecha de César (una sola aparición, en Gall. 6, 8, 3-5), que prefiere otros vocativos más marcados. Dado el carácter neutro del término, a veces a ese apelativo le acompaña algún adjetivo que permite destacar la cualidad que interesa al emisor: en Lucano, en la bata-

[16] Nosotros añadimos, al menos, uno más: el ejemplo del caudillo, paradigma de valor y coraje para sus hombres. Hay que decir que estos motivos o tópicos se han mantenido de manera casi invariable —adaptados a las realidades del momento— en todas las etapas de la historia; así, puede verse nuestro artículo «La arenga militar en la Edad Media: Estudio de algunas crónicas hispanas», J. C. Iglesias Zoido (ed.), *op. cit.,* pp. 405-428.

[17] No se ha de olvidar que si en todos los discursos de la oratoria clásica, epidícticos, deliberativos o judiciales, es necesario provocar una reacción determinada en los receptores, más aún se produce este hecho en las arengas, en las que esta reacción debe conducirles a luchar hasta la muerte.

lla de Farsalia, César invoca a sus hombres como «*Domitor mundi, rerum fortuna mearum, miles*» (7, 249-328), destacando su ambición y dominio «personal» del mundo, frente a los hombres de Pompeyo, a los que denomina *uere Romana manus* (2, 526-597). No es extraño, pues, que César, consciente de este aspecto, destaque cómo L. Cota arengaba a sus hombres llamándoles a cada uno por su nombre (Gall. 5, 33). Y es que si hay un militar que supo cuidar su relación con los receptores, tanto los soldados en las arengas reales, como los lectores en las historiográficas, es Julio César. Por eso Suetonio (Iul. 67) cuenta cómo César no llamaba a sus hombres *milites*, sino que les daba el título más halagador de *commilitones* o «compañeros de armas»[18]. Se usa este vocablo cuando el historiador quiere reflejar la buena relación existente entre los soldados y el general (César) o cuando se quiere hacer una petición especial. Arengar a los soldados de una manera u otra causaba diferente efecto; por ejemplo, llamar a los soldados «ciudadanos» (*Quirites*) y no «soldados» era tomado como un insulto, al privarles de su condición de soldados, tal y como nos relata también el propio Suetonio (Iul. 70), refiriéndose igualmente a César[19]. Hay otras formas de llamarles para captar su afecto, por ejemplo, en el caso de César se utiliza *manipulares mei* (civ. 3, 91, 1-4).

— *El recuerdo de las victorias logradas y del valor demostrado*: Es muy frecuente que en el inicio de una arenga, en un intento de que los soldados ganen confianza en sí mismos y en la victoria, el orador les recuerde las victorias conseguidas y el valor que siempre han demostrado, muchas veces luchando juntos; también es frecuente que el líder haga mención de las victorias conseguidas por sus antepasados[20]. Es uno de los tópicos que más aparece en la obra de César, (Gall. 1, 40-41; 2, 21, 1-4; 6, 8, 3-5; 7, 62, 1-2; civ. 1, 7-8; 2, 32, 1-33,3; 2, 41, 2-3; 3, 73, 1-74,2).

---

[18] A pesar de lo manifestado por Suetonio, en los *Comentarios* cesarianos el término *commilitones* aparece tan sólo en *Bellum Civile* (3, 71, 4) y no en un contexto de arenga. En cuanto al texto de Gall. 4, 25, 3-4, la lectura no es aceptada unánimemente, ya que unos testimonios dan *milites* (α), mientras que en otros aparece *commilitones* (β), lectura esta última no aceptada en la edición oxoniense de R. du Pontet. La explicación estaría en que el vocativo, en las arengas elaboradas en estilo indirecto —que son la mayor parte en la obra de César— no sería muy significativo.

[19] *Sed una uoce, qua 'Quirites' eos pro militibus appellarat, tam facile circumegit et flexit, ut ei milites esse confestim responderit et quamuis recusantem ultro in Africam sint secuti.*

[20] Como variante de este tópico, hay ocasiones en las que el general no recuerda a sus hombres las victorias pasadas para animarles a luchar, sino que les menciona las derrotas, pues en este caso les pide que el ansia de venganza y las sombras de sus compatriotas muertos les empujen a la victoria.

— *El enemigo es inferior:* A medida que se entra en el cuerpo del discurso, si se habla bien de los soldados propios, constituye igualmente un tópico hablar mal del enemigo, en un juego de elogios a los propios hombres y a su valor y de crítica a los enemigos, que podría recordar a los motivos utilizados por los abogados en la *propositio* y en la *refutatio*, de manera que vituperar al enemigo en una arenga sería semejante al rechazo de los argumentos del contrario en un juicio, situación visible sobre todo en las parejas de discursos en las que los dos generales de los bandos opuestos arengan a sus tropas respondiéndose uno a otro. Esta especie de *refutatio* militar puede realizarse de varias maneras: diciendo que las tropas enemigas sólo combaten por codicia o que son claramente inferiores o que están compuestas por elementos heterogéneos o que están presas del cansancio y del abatimiento, como vemos en algunas arengas de César (Gall. 1, 40-41; 6, 8, 1; 6, 8, 3-5; 7, 66, 2-6)[21]. A veces, sin embargo, lo que hace a los enemigos inferiores es su propia superioridad y confianza excesivas.

— *El momento es decisivo:* Con mucha frecuencia en las arengas el general (y el historiador) advierten a sus receptores de que nos hallamos ante un «momento decisivo», en el que, por una parte, los soldados deben combatir con el mayor denuedo y, por otra, el lector debe prestar atención, porque se está decidiendo el futuro de la guerra. Como ejemplos de este tópico se pueden mencionar varios textos de la obra de César (Gall. 6, 8, 3-5; 7, 66, 2-6; civ. 3, 85, 4; 3, 91, 1-4, pasaje este último donde se dice a los soldados que les resta ya ese único combate: *unum hoc proelium superest*).

— *La situación es propicia*: Una vez señalado el carácter decisivo del combate, en la práctica totalidad de las arengas el general suele señalar que la «situación es favorable» y que, por tanto, los soldados deben confiar en la victoria, cosa que observamos en algunos pasajes de la obra cesariana: Gall. 6, 8, 3-5; 7, 29-30.

— *El motivo de la lucha*: Hay que proporcionar las razones de por qué se lucha. En este sentido, los conceptos más mencionados son *patria y libertad*. La idea más recurrente es aludir a la nobleza que supone «luchar por la patria», tópico fundamental ya en Homero y que, en la literatura latina, se formula en el *Dulce et decorum est pro patria mori* horaciano. En las arengas lo

[21] Quizás la mejor manera de desprestigiar a un ejército es considerar que está formado por los elementos más «débiles» de la sociedad, como son los ancianos, las mujeres o los niños.

hemos encontrado en César, en el que, significativamente, aparece en *La Guerra de las Galias* (4, 25, 2-3), pero no en *La Guerra Civil*, donde los motivos son más personales que patrióticos. A la patria se une la libertad, fundamental en las arengas, entre otros, de Salustio. También aparece en la obra de César: Gall. 5, 38, 2-4; civ. 3, 91, 1-4. Este tópico, en la alusión a la libertad, es especialmente importante en las arengas de los pueblos que se enfrentaron a los romanos (en César, Tácito, etc.).

— *La ayuda divina:* Si la alusión a la patria es fundamental para animar a los soldados a luchar e incluso morir con honor, el general suele recurrir también a otra de las realidades superiores y trascendentes para el hombre, la divinidad. En efecto, dioses y divinidades abstractas (como la Fortuna) son invocados una y otra vez en las arengas, para pedir ayuda o anunciando a los soldados que cuentan ya con esa ayuda divina. Aunque es un motivo más recurrente en la épica, también lo encontramos en la historiografía en numerosas ocasiones; sin embargo, no es este el caso de César (Gall. 4, 25, 3).

— *La justicia de la causa*: El orador insiste asimismo con frecuencia en la defensa de la justicia, que recae en uno de los dos bandos, de manera que la victoria caerá inexorablemente de ese lado. Sobre la justicia de la causa, son muy interesantes las arengas de César, ofendido y atacado por sus enemigos, en Gall. 5, 38, 2-4; civ. 1, 7-8.

— *La vergüenza de la huida:* Aparte de las alusiones a la patria, a la libertad y a los dioses, el general insiste en que es una vergüenza mostrarse como un cobarde y más aún huir, recurriendo para ello al *ethos* de la tropa, como sucede en el texto de Lucano, 6, 149-166.

— *Las recompensas y amenazas:* En ocasiones, cuando las referencias a la libertad o a la patria no parecen suficientemente atractivas para seducir a los soldados, el orador (en el centro o al final de la arenga) menciona o bien el botín y la gloria que recibirán en caso de victoria, o bien la dura situación que les aguarda en caso de ser derrotados. Esto es lo que encontramos, entre otros, en César: Gall. 3, 26, 1; 5, 34; 6, 8, 1; civ. 3, 82, 1.

— *La victoria o la muerte con honor:* El orador, consciente de la dificultad de la situación, puede reconocer ante sus soldados que sólo tienen dos opciones, vencer o morir con honor, persuadiéndoles de la gloria de la muerte, idea que aparece en el pasaje de César, civ. 3, 91, 1-4. Las arengas en las que

aparece este tópico suelen ser breves, pronunciadas antes o durante la batalla y en ellas el emisor tiene que jugar como nunca con el *pathos* y con todo tipo de recursos para persuadir a los hombres de la gloria de la muerte.

— *La unión entre el general y su tropa*: Tiene distintas vertientes de realización: el ejemplo del caudillo, paradigma de valor y coraje para sus hombres; la obligada defensa mutua (el general mira por su tropa y esta se compromete a defenderle), la victoria es fruto de una sabia dirección y de una cuidadosa ejecución, etc. Este tópico es uno de los que, de manera más o menos explícita, aparece con más frecuencia en la obra de Julio César (por ejemplo, en los dos pasajes que analizaremos al final de estas líneas).

En resumen, hemos delimitado, a partir de la definición de arenga, el *corpus* de las existentes en la obra de Julio César, haciendo especial hincapié en su tipología, así como en las funciones retóricas que desempeñan como recursos literarios que son y en los tópicos o elementos comunes que aparecen, con mayor o menor frecuencia, en los discursos militares dentro de la obra cesariana.

BELLVM GALLICVM **(1, 40, 1-41, 1) FRENTE A** ***BELLVM CIVILE*** **(1, 7, 1-8, 1)**

Además del carácter factual del discurso militar, hemos hecho hincapié a lo largo de estas líneas en su adaptabilidad y en la función retórica que desempeña, como un recurso literario más en manos del historiador para, entre otras cosas, marcar el carácter de un personaje, reflejar su pensamiento y propósitos o, simplemente, explicar los hechos cercanos (los referidos a la batalla) o lejanos (los avatares de la historia romana). Igualmente hemos analizado sucintamente los elementos comunes o tópicos que se dan cita en la arenga, haciendo especial hincapié en aquellos que tienen mayor presencia en la obra historiográfica de Julio César. En este último apartado nos proponemos ahondar algo más en la estructura compositiva y el contenido de un par de arengas, las primeras que aparecen tanto en *Bellum Gallicum* como en *Bellum civile*. Y hemos tomado esta decisión conscientes de lo relativo de nuestros análisis y conclusiones (son dos arengas entre las veinticinco del *corpus*) como de lo positivo de nuestra elección, ya que son los primeros discursos militares (por ello, ¿programáticos y paradigmáticos?) que aparecen en cada una de las obras historiográficas de Julio César. El primer pasaje, perteneciente a *Bellum Gallicum*, es este:

Haec cum animaduertisset, conuocato consilio, omniumque ordinum ad id consilium adhibitis centurionibus, uehementer eos incusauit: primum, quod aut quam in partem aut quo consilio ducerentur sibi quaerendum aut cogitandum putarent. Ariouistum, se consule, cupidissime populi Romani amicitiam appetisse: cur hunc tam temere quisquam ab officio discessurum iudicaret? Sibi quidem persuaderi cognitis suis postulatis atque aequitate condicionum perspecta eum neque suam neque populi Romani gratiam repudiaturum. Quod si furore atque amentia impulsus bellum intulisset, quid tandem uererentur? aut cur de sua uirtute aut de ipsius diligentia desperarent? Factum eius hostis periculum patrum nostrorum memoria, cum, Cimbris et Teutonis a C. Mario pulsis, non minorem laudem exercitus quam ipse imperator meritus uidebatur; factum etiam nuper in Italia seruili tumultu, quos tamen aliquid usus ac disciplina quae a nobis accepissent subleuarent. Ex quo iudicari posse quantum haberet in se boni constantia; propterea quod quos aliquamdiu inermos sine causa timuissent hos postea armatos ac uictores superassent. Denique hos esse eosdem quibuscum saepe numero Heluetii congressi non solum in suis sed etiam in illorum finibus plerumque superarint, qui tamen pares esse nostro exercitui non potuerint. Si quos aduersum proelium et fuga Gallorum commoueret, hos, si quaererent, reperire posse diuturnitate belli defatigatis Gallis Ariouistum, cum multos mensis castris se ac paludibus tenuisset neque sui potestatem fecisset, desperantis iam de pugna et dispersos subito adortum magis ratione et consilio quam uirtute uicisse. Cui rationi contra homines barbaros atque imperitos locus fuisset, hac ne ipsum quidem sperare nostros exercitus capi posse. Qui suum timorem in rei frumentariae simulationem angustiasque itineris conferrent, facere arroganter, cum aut de officio imperatoris desperare aut praescribere uiderentur. Haec sibi esse curae: frumentum Sequanos, Leucos, Lingones sumministrare, iamque esse in agris frumenta matura; de itinere ipsos breui tempore iudicaturos. Quod non fore dicto audientes neque signa laturi dicantur, nihil se ea re commoueri; scire enim, quibuscumque exercitus dicto audiens non fuerit, aut male re gesta fortunam defuisse aut aliquo facinore comperto auaritiam esse conuictam: suam innocentiam perpetua uita, felicitatem Heluetiorum bello esse perspectam. Itaque se quod in longiorem diem collaturus fuisset repraesentaturum et proxima nocte de quarta uigilia castra moturum, ut quam primum intellegere posset utrum apud eos pudor atque officium an timor ualeret. Quod si praeterea nemo sequatur, tamen se cum sola decima legione iturum, de qua non dubitaret, sibique eam praetoriam cohortem futuram. Huic legioni Caesar et indulserat praecipue et propter uirtutem confidebat maxime.

Hac oratione habita, mirum in modum conuersae sunt omnium mentes, summaque alacritas et cupiditas belli gerendi innata est… (Gall. 1, 40, 1-41, 1).

Se trata de un discurso militar pronunciado por César ante los mandos del ejército (centuriones) en una asamblea previa, en la que les recrimina

duramente (*vehementer... incusauit*) su desconfianza (*cur de sua uirtute aut de ipsius diligentia desperarent?*), les recuerda sus victorias (*Factum eius (…) patrum nostrorum memoria*) y les anima para luchar al día siguiente (*et proxima nocte… iturum*); esto nos lo indican los engarces inicial (*conuocato consilio, omniumque ordinum ad id consilium adhibitis centurionibus, uehementer eos incusauit*) y final (*Hac oratione habita mirum in modum conuersae sunt omnium mentes*...)[22]. Por lo tanto, este discurso pertenecería al TIPO 1 del CUADRO anteriormente propuesto, que engloba arengas, en las que, además de la carga exhortativa, hay un fuerte componente de información y en las que están presentes verbos y sustantivos que las identifican, de la índole de *consilium, oratio*, etc. Este discurso es, por otra parte, muy semejante al que aparece en Gall. 7, 52, 1-53, 1.

Por lo demás, el discurso está estructurado en tres partes: 1) el proemio, centrado temáticamente en la recriminación de la desconfianza de sus hombres y formalmente en la serie de preguntas introducidas por, *cur, quid, cur*...; 2) el núcleo argumental, bastante extenso, en el que se hacen consideraciones varias como respuesta (elementos racionales) a los interrogantes del inicio (falta de confianza, temor, angustia...); entre estas apreciaciones destacan el recuerdo de las victorias pasadas, la constancia, obediencia y valor demostrados en ellas y, especialmente, la crítica al individualismo que demuestran sus hombres: la victoria, en cualquier caso, se debe no menos al ejército que al general que lo dirige; 3) el epílogo que contiene la resolución, una vez eliminados los obstáculos, a atacar aunque fuese solamente con la legión Xª. En cuanto a los tópicos que aparecen en esta arenga, dos destacan sobre los demás: el recuerdo de las victorias pasadas y la afirmación de que «es el momento» de la lucha y no debe desaprovecharse. El resultado será la admirable conversión producida en los ánimos de los soldados.

Se trata, pues, de un discurso a los mandos para ser reproducido después por estos, elaborado en estilo indirecto y de una estructura bastante simple, sin muchos alardes retóricos. Esta sencillez ya era destacada en la Antigüedad por el propio Cicerón (Brutus 262) cuando afirmaba del estilo de César que era «austero, simple y elegante», si bien, como es común opinión, a medida que van avanzando las obras, se observa un mayor efecto dramático y una mayor elaboración retórica. Desde luego lo que sí se percibe ya desde esta primera arenga es la pre-

[22] Por otra parte, son dos engarces bastante desarrollados, con todos los elementos típicos (ablativos absolutos, alusión a las circunstancias y pensamientos del emisor, verbo de lengua, etc.) y con los que se marca el cambio de actitud, reprensión en el inicial y ánimos en el final.

sencia del *ethos* cesariano y su presentación ante sus hombres como general victorioso, experto y justo, en una especie de simbiosis ejército-general, que será argumento principal y clave esencial del éxito militar de César.

El segundo pasaje, perteneciente a *Bellum Civile*, es este:

> *Quibus rebus cognitis Caesar apud milites contionatur. Omnium temporum iniurias inimicorum in se commemorat; a quibus deductum ac deprauatum Pompeium queritur inuidia atque obtrectatione laudis suae, cuius ipse honori et dignitati semper fauerit adiutorque fuerit. Nouum in rem publicam introductum exemplum queritur, ut tribunicia intercessio armis notaretur atque opprimeretur quae superioribus annis armis esset restituta. Sullam nudata omnibus rebus tribunicia potestate tamen intercessionem liberam reliquisse; Pompeium, qui amissa restituisse uideatur bona, etiam quae ante habuerint ademisse. Quotienscumque sit decretum darent operam magistratus ne quid res publica detrimenti caperet, qua uoce et quo senatus consulto populus Romanus ad arma sit uocatus, factum in perniciosis legibus, in ui tribunicia, in secessione populi, templis locisque editioribus occupatis; atque haec superioris aetatis exempla expiata Saturnini atque Gracchorum casibus docet; quarum rerum illo tempore nihil factum, ne cogitatum quidem [nulla lex promulgata, non cum populo agi coeptum, nulla secessio facta]. Hortatur, cuius imperatoris ductu VIIII annis rem publicam felicissime gesserint plurimaque proelia secunda fecerint, omnem Galliam Germaniamque pacauerint, ut eius existimationem dignitatemque ab inimicis defendant. Conclamant legionis XIII, quae aderat, milites —hanc enim initio tumultus euocauerat, reliquae nondum conuenerant— sese paratos esse imperatoris sui tribunorumque plebis iniurias defendere.*
>
> *Cognita militum uoluntate Ariminum cum ea legione proficiscitur…*(civ. 1, 7, 1-8,1).

La índole de los engarces inicial (*Quibus rebus cognitis Caesar apud milites contionatur…*) y final (*Cognita militum uoluntate Ariminum cum ea legione proficiscitur…*) nos señala ante qué tipo de discurso nos encontramos. Se trata de una intervención de César ante una asamblea de sus tropas (*contio*), reunidas antes de la lucha (puede realizarse días u horas antes); pertenecería, pues, al TIPO 2 en el CUADRO del *corpus* cesariano. Se trata de un discurso muy semejante al del libro 3, 90, 1-3 del mismo *Bellum civile*. Ya desde el inicio de la arenga (llamada así impropiamente), César marca el tono de la misma (*iniurias inimicorum in se commemorat… queritur…*), que es de recuerdo quejumbroso ante las injusticias que se han estado cometiendo contra su persona (repite *queritur… queritur...*) y que es el paso previo, el de justificación, a la obligada acción militar.

El discurso está estructurado en tres partes, bien definidas: 1), la del inicio, marcada por la expresión del agravio continuado hacia él (*Omnium temporum...*);

2), la de la argumentación, basada en la propia actitud de César, que no ha dado motivos para dichos agravios (*quarum rerum… nihil factum, ne cogitatum quidem...*); 3), la del epílogo, clara exhortación a los soldados a que obren en consecuencia y defiendan el crédito y el honor de su general (*Hortatur... ut eius existimationem dignitatemque ab inimicis defendant*). En cuanto a los tópicos utilizados, nos encontramos con unos cuantos: el recuerdo de las victorias pasadas (*plurimaque proelia secunda fecerint…*), la actitud injusta de los enemigos (*iniurias inimicorum… / sese paratos esse imperatoris sui tribunorumque plebis iniurias defendere*) por una parte y la postura legal y correcta de César por otra (*nulla lex promulgata… nulla secessio facta*), la defensa del caudillo por parte de los soldados (*sese paratos… defendere*), etc.

Sin embargo, dos aspectos llaman la atención en este primer discurso del *Bellum Civile*; el primero de ellos ya ha sido apuntado anteriormente: César, más que arengar a sus hombres, lo que hace en este primer contacto verbal con ellos es reunirlos y justificarles su actitud, acusando a los enemigos de injusticia y recordándoles su propio valor, demostrado con anterioridad en las campañas llevadas a cabo con éxito durante nueve años (*cuius imperatoris ductu VIIII annis rem publicam felicissime gesserint…*); no hay, pues, inmediatez en la batalla, es una especie de «declaración justificativa y explicativa» de las razones que durante un tiempo les obligarán a empuñar las armas. Se trataría también de un discurso pronunciado para saber cuál es la postura de los soldados, que evidentemente es positiva para los intereses de César (*Conclamant legionis XIII, quae aderat, milites...*).

El segundo aspecto es igualmente interesante: ya desde un principio César introduce enfáticamente las motivaciones de índole personal en la guerra que está a punto de entablarse. Él ha respetado y promovido la honra y dignidad de Pompeyo (*cuius ipse honori et dignitati semper fauerit adiutorque fuerit*), dignidad y crédito que ahora son puestos en entredicho en su caso (*eius existimationem dignitatemque*). Por ello y ante esta situación insólita e injusta (llama la atención el apelativo con el que califica tal estado de cosas: *<u>Nouum</u> in rem publicam introductum exemplum queritur...*), toma la determinación obligada de empuñar las armas, y para ello pide el compromiso de sus hombres, compromiso de lealtad que no es tanto hacia la patria o el pueblo romanos, cuanto a la defensa del propio César, su general.

Esta somera comparación entre los dos pasajes que abren las intervenciones discursivas de César en sus dos obras historiográficas importantes nos muestra las concomitancias y diferencias entre ellas. En las dos actuaciones se encuentran, como elementos subyacentes fundamentales, la presencia del *ethos* de César

—general que se presenta como paradigma de la justicia, de la racionalidad y de las cualidades específicas del buen caudillo— y la entrega, lealtad y valor de sus soldados; junto a estos elementos, aparecen igualmente la estigmatización de los enemigos, el recuerdo de la historia de Roma, etc. Sin embargo, la diferencia esencial entre ambas intervenciones radica en el cambio de perspectiva producido, concretamente en la finalidad de la guerra, en el por qué se lucha. Este aspecto tiene que ver, como hemos indicado más arriba, con el cambio que se empezó a operar en la historia romana, desde la época republicana (la arenga del *Bellum Gallicum*), donde el problema principal estribaba en la lucha con otros pueblos (problema externo) y donde lo que movía a los romanos era la defensa de la patria (tópico esencial), a los momentos de luchas interiores entre partidos (problema interno), centradas en la conquista del poder por el poder (la intervención del *Bellum civile*) y en las que se intentaba convencer a los soldados de la perfidia del enemigo (sus propios conciudadanos o el Senado) y de la afrenta de una *dignitas* pisoteada y de una honra maltrecha: el paso del interés general y público al particular y partidista.

LE SIÈGE DE *MUNDA* EN 45 AVANT J. C.
(Bell. Hisp. 32, 1-3; 33, 1; 36, 4-5; 41, 1-2)

Yann LE BOHEC*
Université Paris IV – Sorbonne
yann.lebohec@wanadoo.fr

RÉSUMÉ

Pour leur dernière bataille de la Guerre Civile, les césariens durent mettre le siège devant *Munda*. Il est encore difficile de dire avec certitude où se trouvait cette ville. Trois autres problèmes retiendront l'attention. 1° César fit construire un *uallum* avec les corps de pompéiens morts au combat; c'était une tentative de guerre psychologique et un essai de rhétorique militaire. 2° Le texte mentionne des *Galli* qui ont suscité des débats. Ils servaient probablement comme auxiliaires. 3° Un officier césarien fit construire un *uallum* qui semble plus classique. Il comprenait sans doute un seul groupe*uallum-fossa-agger*, plusieurs camps et un grand nombre de pièges.

Mots-clefs: *uallum*; *fossa*; *agger*; *socii*

The Siege of *Munda* (45 BC) (Bell. Hisp. 32, 1-3; 33, 1; 36, 4-5; 41, 1-2)

ABSTRACT

For the last battle of the Civil War, caesarian forces had to put the siege before *Munda*. It is still difficult to say where this town was. Three other main problems are examined here. First, Caesar built a *uallum* with the bodies of dead Pompeians; it was an attempt of psychological war and an example of military rhetoric. Secondly, the text mentions *Galli;* they were probably *socii*. Thirdly, a caesarian officer built a wall which seems more usual; but how was it made? Probably with just one *uallum*, one *agger*, one *fossa*, but several camps and many traps.

Key Words: *uallum*; *fossa*; *agger*; *socii*.

★ ★ ★

* Université Paris IV-Sorbonne, UFR d'Histoire, 1, rue Victor Cousin, F-75230-Paris cedex 05.
Je remercie A. Caballos Rufino et M. Reddé pour leur aide.

Le travail qui vous est présenté ici ne vise pas en priorité à enrichir l'histoire de la péninsule Ibérique, pas plus qu'à développer les études césariennes. Plus modestement, son objectif consiste à montrer, à partir d'un exemple précis, ce que l'histoire militaire peut apporter à l'histoire générale, et donc aussi à l'histoire de l'Espagne et de César, et peut-être même à la philologie, quand elle s'appuie sur les derniers résultats de l'archéologie.

La tâche n'est pourtant pas aisée, d'abord parce que le texte décourage le lecteur car il est, comme l'a écrit Luigi Loreto, «Una collezione senza uguali di *loci desperatissimi*»[1]. En outre, puisque César a suscité beaucoup de livres et de synthèses[2], et que le *Bellum Hispaniense* a également intéressé les chercheurs[3], on peut se demander comment apporter du nouveau. L'entreprise mérite pourtant d'être tentée: je crois profondément que nous ne pourrons avancer dans le corpus césarien qu'avec de nouvelles analyses de textes, qui devront présenter un caractère très ponctuel, et qui feront appel à des domaines de la recherches dynamiques comme l'est actuellement l'histoire militaire. Dans ce cas, il faut tout reprendre à la base.

Seule une partie des combats qui se sont déroulés devant *Munda* a attiré l'attention des chercheurs, qui ont été passionnés par cette bataille; en effet, pour beaucoup d'historiens, elle mettait fin à une longue guerre civile (Anton Powell au cours du colloque, a rappelé le long épisode de résistance aux césariens incarné par Sextus Pompée; nous pensons, pour notre part, que ce personnage représentait pour ses ennemis un problème tactique et pas stratégique)[4]. En revanche, l'épisode qui a suivi, le siège de la ville, qui fut en réalité le vrai dernier combat de la guerre, a moins sollicité leurs soins. Pour faire œuvre d'historien, commençons par un rappel des événements. Il convient donc, avec l'auteur anonyme du *Bellum Hispaniense*, de distinguer deux épisodes.

---

[1] L. Loreto, édit. de Pseudo-Cesare, *La lunga guerra civile. Alessandria, Africa, Spagna* (latin-italien), Milan 2001, 500 p., particulièrement p. 485.

[2] Sur *Munda*: Y. Le Bohec, *César, chef de guerre*, Paris-Monaco 2001, pp. 430-432; E. Melchor Gil, «Entre Corduba y *Munda*: la campaña militar del 45 a.C. y su desarrollo en la Campiña de Corduba», E. Melchor Gil *et alii* (édit.); *Julio César y Corduba. Tiempo y espacio en la campaña de Munda* (*49-45 a.C.*), Cordoue 2005, pp. 361-381; M. Ferreiro López, «*Munda*»; *ibidem*, pp. 383-398.

[3] F. Strocchi, «L'autore del *Bellum Hispaniense*», *RIL*, 130 (1996), pp. 99-112 (son auteur serait L. Vibius Paciecus); Y. Le Bohec, *César*, 2001, p. 487; P. J. Quetglas Nicolau, «César y el *Corpus caesarianum*», E. Melchor Gil *et alii*(édit.); *Julio César y Corduba*, 2005, pp. 159-160.

[4] Un ouvrage, qui examine la bataille et le siège, fait exception: *Julio César y Corduba. Tiempo y espacio en la campaña de Munda* (*49-45 a.C.*), E. Melchor Gil *et alii* (édit.), Cordoue 2005, 500 p.

La bataille dite de *Munda*, c'est-à-dire la rencontre qui eut lieu près de la ville de *Munda*, et dont le détail est hors sujet pour le propos de cette enquête, se déroula le 17 mars 45 avant J.-C., et elle opposa les césariens aux pompéiens qui furent vaincus. Chez ces derniers, elle causa au moins 30.000 morts. Les survivants prirent la fuite et ils se réfugièrent dans la ville voisine, précisément *Munda*. Dion Cassius ne contredit pas ce récit[5], alors qu'Appien confond *Corduba*, où se seraient cachés les fuyards, avec *Munda*, où, en fait, ils se sont cachés[6].

Le siège de *Munda* présente une grande originalité, parce qu'il se divise en deux parties. Tout de suite après la rencontre, la ville subit un premier encerclement. Un long bourrelet de cadavres fut mis en place; il correspond au mot *agger* dans le vocabulaire militaire romain. Il fut accompagné par un *uallum*, normalement une palissade de bois, dans ce cas une barrière faite de boucliers et de javelots pris aux vaincus. Cet ensemble fut précédé par une série de têtes coupées. Il se révéla apparemment inefficace puisque, très vite, les césariens revinrent à une plus grande orthodoxie en matière de poliorcétique.

Un deuxième encerclement comprit un rempart, très probablement en bois, au moins un camp et des travaux incessants mais non décrits. S'ils s'étaient révélés indifférents au premier rempart, les assiégés se divisèrent face au second. Les uns se rendirent; ils furent répartis dans les légions de César, au sein desquelles ils ne tardèrent pas à comploter; prévenus, les officiers les firent massacrer. Les autres tentèrent une sortie selon le *Bellum Hispaniense*, de nombreuses sorties si l'on en croit Dion Cassius[7]. En vain. Les assiégeants prirent la ville d'assaut, ce que confirme le même historien grec[8]. L'entreprise se solda par 14.000 prisonniers selon le *Bellum Hispaniense*, par un grand massacre d'après Orose qui ne parle pas de prisonniers[9].

Le problème de la localisation de *Munda* a souvent été abordé[10]. S'il n'entre pas dans le propos de cet exposé de le traiter, il n'en est pas moins difficile de le passer sous silence. De nombreuses propositions ont été formulées dans le passé et

5 D.C. 43, 38.

6 App. 2, 15, 105.

7 D.C. 43, 38.

8 D.C. 43, 39.

9 Oros. 6, 16, 9.

10 Étude d'ensemble: E. Melchor Gil, «Entre Corduba y *Munda*», E. Melchor Gil *et alii* (édit.); *Julio César y Corduba*, 2005, pp. 361-381; aspect géographique: A. López Ontiveros, «Rasgos geográficos de la campaña de Cordoba», *ibidem*, pp. 13-65.

même à une date plus récente, et il n'en ressort qu'une seule évidence: l'identification divise les chercheurs. Beaucoup d'ouvrages anciens avaient proposé le site de Montilla, dans la province de Cordoue. Plus récemment, on a aussi avancé le nom de Los Llanos de Vanda[11] et aussi ceux de Cerro de las Ballas ou de Llanos del Águila[12]. Enfin, on a proposé le Cerro (ou Alto) de las Camorras, dans la commune de Lantejuela, dans la province de Séville[13]. Cette dernière identification se fonde sur la paléotopographie, sur la toponymie et sur l'archéologie. Les fouilles, non officielles, mais clandestines, effectuées avec des détecteurs de métaux, ont permis de retrouver de nombreux glands de plomb et d'autres objets militaires. Les objets de ce genre sont souvent abandonnés en grand nombre après une bataille. Nous restons cependant sceptiques sur la valeur d'un bouton d'argent portant les lettres A VARO: ce serait une curieuse abréviation pour le nom d'Attius Varus; en outre, le port de boutons représenterait une singulière originalité pour l'Antiquité.

C'est le premier rempart qui constitue l'élément le plus original dans le siège de *Munda*, et c'est donc lui qui mérite davantage que le second de retenir l'attention.

> 32. 1… *evaserunt* > *ex fuga hac qui oppidum Mundam sibi constituissent praesidium, nostrique cogebantur necessario eos circumvallare.* 2. *ex hostium armis* (…) *pro caespite cadavera conlocabantur, scuta et pila pro vallo. insuper occisorum in gladiorum mucronibus capita hominum ordinata ad oppidum conversa. universa hostium timorem* (…) *virtutisque insignia proposita viderent, et vallo circumcluderentur adversarii*[14].

Le terme « rempart » traduit bien ce qu'a écrit l'auteur anonyme du *Bellum Hispaniense*, qui emploie des verbes proches; dans quatre cas, on retrouve la préposition *circum* et dans l'un d'eux se trouve le substantif *uallum*, qui n'est

[11] J. L. Gómez Pantoja, «Buscando *Munda* desesperadamente», E. Melchor Gil *et alii* (édit.); *Julio César y Corduba*, 2005, pp. 89-137, insiste sur les incertitudes.

[12] M. Grünewald et A. Richter, «Zeugen Caesars schwerster Schlacht?» *ZPE*, 157 (2006), pp. 261-269.

[13] M. Ferreiro López, *César en España*, thèse inédite, université de Séville 1986; le même, «*Munda* y el *campus mundensis*», *Anales de la universidad de Cádiz*, 1986-1987, pp. 128 sv, «El emplazamiento de *Munda*», *Actas del I Congreso sobre historia de Écija*, Écija 1988, pp. 271-280 (*non uidi*); il a rencontré l'approbation d'A. Caballos Rufino, qui me l'a assuré dans une correspondance privée, et de N. Diouron, édit. du Pseudo-César, *Guerre d'Espagne*, Paris 1999, pp. 116-119.

[14] Anonyme, *Bellum Hispaniense*, A. Klotz (édit.), Teubner, Leipzig 1927, réimpr. 1966. C'est à cette édition que seront empruntées toutes les citations qui vont suivre.

jamais employé en tant que tel, isolément: *circumuallare*[15], *circumcludere*[16], *cadaueribus circumplexi*[17] et *circumdata*[18]. L'encerclement était en effet rendu nécessaire, car *Munda* était non seulement une ville ordinaire, un *oppidum*[19], mais encore une ville de garnison, un *praesidium*[20]. L'existence de cet obstacle pour le moins original est confirmée, au moins dans les grandes lignes, par les principaux auteurs qui en ont parlé. Dion Cassius indique que des cadavres avaient été empilés pour empêcher les sorties et les fuites de nuit[21]. Appien, de son côté, dit que les corps et les armes des morts avaient été empilés, qu'ils avaient été fixés au sol avec des lances et que les assiégeants s'étaient postés derrière ce mur[22]. Quant à Valère-Maxime, repris par Florus, il assure que les césariens ont construit un *agger*, —le mot y est, alors qu'il ne se trouve pas dans le *Bellum Hispaniense*—, avec des cadavres fixés au sol par des javelots et des lances[23].

Les spécialistes d'architecture militaire et de poliorcétique de l'Antiquité savent bien comment les Romains procédaient quand ils voulaient assiéger une ville. Ils construisaient ce que l'on appelle une «défense linéaire» qui était accompagnée de quelques «défenses ponctuelles», en d'autres termes un rempart et des camps. La défense linéaire reprenait les trois parties de ce que nous avons nommé une « fortification élémentaire»[24] (document d'accompagnement). On y trouvait en effet toujours les mêmes trois éléments, liés par les nécessités de la construction. En effet, les soldats creusaient d'abord un fossé en V très profond, la *fossa*, dont la terre était rejetée vers l'arrière pour constituer un bourrelet appelé l'*agger*, sur lequel ils installaient une palissade de bois, le *uallum*.

Or, dans le cas de *Munda*, la première défense linéaire présente une grande originalité. On n'y trouve pas de *fossa*, l'*agger* est formé de cadavres et pas de terre (*caespis*), le *uallum* est érigé avec des boucliers et des javelots (*scuta* et *pila*), et enfin des têtes coupées sont fixées sur des pointes de glaives en avant de cet étonnant *uallum*.

---

15 Bell. Hisp. 32, 1.

16 Bell. Hisp. 32, 2.

17 Bell. Hisp. 32, 3.

18 Bell. Hisp. 33, 1.

19 Bell. Hisp. 36, 4.

20 Bell. Hisp. 32, 1; 41, 1.

21 D.C. 43, 38.

22 App. 2, 15, 105.

23 VAL. MAX. 7, 6, 5; FLOR. 2, 13, 85.

24 Y. LE BOHEC, *L'armée romaine sous le Haut-Empire*, 3e édit., Paris 2002, pl. XXVI, fig. 19.

Ce «rempart» ne laisse pas d'être étrange.

D'abord, il n'est pas conforme à la tradition, au «règlement», ce qui, au demeurant, n'est pas grave; les mentalités collectives des Romains étaient moins formalistes que les nôtres.

Ensuite, —et c'est plus grave—, il n'avait aucune valeur défensive, il ne présentait aucune efficacité. C'est ce que montre l'arithmétique. Le pseudo César, comme nous l'avons dit plus haut, insiste beaucoup, avec quatre emplois de l'adverbe *circum*, sur l'encerclement de la ville assiégée. Prenons les chiffres les plus opposés à notre démonstration. Dans ce cas, les pompéiens auraient perdu un maximum de morts, soit 33.000[25]. Les soldats romains auraient été de grande taille, mesurant tous, avec ou sans leur tête, 1,70 mètre. Le site d'Alto de las Camorras a un périmètre de 5.600 mètres, avec une longueur de 2.600 mètres et une largeur de 500 mètres (mais n'importe quel autre aurait des dimensions analogues; Alésia, par exemple, mesurait 200 mètres sur 900)[26]. Comme certaines balistes pouvaient tirer à 350 mètres[27], il fallait mettre environ 500 mètres entre les assiégeants et le rempart, ce qui lui donnait une longueur de 3.600 mètres, une largeur de 1.500 et donc un périmètre de 10.200 mètres.

Le résultat est que, dans cette hypothèse, on se trouve devant un *agger* épais au maximum de 5,5 corps, et probablement de moins, et sans *fossa;* n'importe quel homme peut le franchir d'un saut. Pour obtenir une barrière efficace, il aurait fallu quelque 300.000 cadavres. De toute façon, l'odeur des corps en décomposition aurait vite découragé les assiégeants; cet aspect du problème n'a jusqu'à présent jamais été envisagé. Quant au *uallum*, fait de boucliers et de lances, il peut être renversé d'un simple coup d'épaule. L'ensemble n'a aucune efficacité militaire, aucune valeur défensive.

Pourquoi construire un rempart qui n'est pas efficace?

On a écrit que c'était par manque de matériel que ce *uallum* avait été ainsi conçu[28]. C'est une erreur, car une fortification élémentaire se construit très facilement. Elle ne nécessite que du bois et quelques outils, ceux qui faisaient

---

[25] Bell. Hisp. 31, 9.

[26] Sur Alésia: M. Reddé et S. von Schnurbein, *Alésia*, *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, Paris 2001, 2 vol., 573 et 389 p., et 1 vol. de pl.; M. Reddé, *Alésia*, Paris 2003, 209 p.

[27] M. Feugère, *Les armes des Romains*, Paris 1993, p. 221.

[28] E. Stoffel, *Histoire de Jules César*, II, Paris 1887, pp. 190 et 315, se fondant sur Val. Max. 7, 6, 5, justement critiqué par N. Diouron, ouvr. cité, p. 129.

partie du paquetage normal des soldats, et qui ont été retrouvés à Kalkriese, sur le site de la bataille du Teutoburg[29]. De plus, deux jours après, les césariens élevaient un vrai rempart.

La vraie raison de la construction et de la destruction de ce pseudo rempart nous paraît se trouver ailleurs: il a été conçu comme un élément de guerre psychologique et il a été détruit après la constatation de son échec. Évidemment, les anciens n'ont pas élaboré une conception de la guerre psychologique aussi savante que celle qui a été inventée au cours du XX^e^ siècle. Mais ils ont procédé de manière empirique et ils ont su obtenir des résultats, même si, dans ce cas, la tentative a abouti à un échec. Le but est clairement indiqué dans le *Bellum Hispaniense*: César voulait provoquer la peur, le *timor*[30], chez les ennemis. Dans ce cas, il espérait obtenir une reddition sans combats, ce qui aurait économisé le sang de ses soldats.

Cette exposition macabre constituait en fait un double message adressé aux pompéiens.

D'une part, il leur parlait du passé. Voyez, disait-il, nous vous avons vaincus, comme le prouvent les lances et les boucliers pris aux morts. Nous avons tué beaucoup des vôtres, comme le montrent leurs cadavres. Telle est l'ampleur de notre victoire et nous les humilions et nous les faisons souffrir. En effet, les hommes de cette époque avaient une conception de la mort différente de celle qu'ont élaborée les Juifs et les Chrétiens[31]. Chacun survivait dans sa tombe au milieu de souffrances dures à supporter qui ne pouvaient être atténuées que par la célébration de rites. Il fallait incinérer le défunt puis lui offrir une sépulture. Il convenait ensuite de célébrer des sacrifices sur sa tombe. Il y a plus. Cet amas pouvait être perçu comme une sorte de trophée, au sens actuel du terme, un monument qui célèbrerait une victoire, et pas au sens antique. En effet, les trophées des Romains[32] étaient formés par un mannequin de bois revêtu d'une panoplie, au pied duquel étaient déposé un monceau d'armes prises à l'ennemi. Ce monument visait à remercier les dieux qui avaient donné le succès, souvent Mars, Vénus et la Fortune. Quand le général vainqueur voulait éterniser son offrande aux dieux, il la faisait reproduire dans la pierre ou le bronze. Or on ne voit ici rien de tel.

---

[29] Y. LE BOHEC, *La «bataille» du Teutoburg*, Nantes à paraître, pl. 5 et 6.

[30] Bell. Hisp. 32, 2.

[31] J. M. C. TOYNBEE, *Death and burial in the Roman World*, Londres 1971, 371 p.; Y. LE BOHEC, «Le sentiment de la mort chez les Lingons,» F. Hinard (édit.); *La mort au quotidien dans le monde romain*, Paris 1995, pp. 243-253.

[32] G.-Ch. PICARD, *Les trophées romains*, Paris-Rome 1957, 534 p.

D'autre part, il leur parlait de l'avenir. Et cet avenir était lourd de menaces. Rendez-vous, poursuivait-il, sinon vous serez vaincus, tués et vos corps seront privés de sépulture décente. Ce double message fut entendu par une partie de pompéiens qui se rendirent. Ils furent ensuite incorporés dans des légions césariennes, comme on l'a dit, mais ils ne purent s'empêcher de comploter et ils furent massacrés[33].

Reste une question. Pourquoi utiliser le mot *uallum* dans ce passage? Il nous semble que l'auteur du *Bellum Hispaniense* a simplement et seulement voulu employer une métaphore: les corps donnaient l'image d'un *uallum*. Mais, comme il n'était pas un grand écrivain, il l'a malhabilement présentée. Cette figure s'inscrit dans une rhétorique de la guerre par ailleurs bien connue[34]. Elle a induit en erreur plusieurs auteurs ultérieurs, Valère-Maxime, Appien, Florus et Dion Cassius.

Autre problème, les Gaulois au siège de *Munda*. Que venaient-ils faire dans ce combat?

Le mot est présent en 32, 3: *ita † Galli tragulis iaculisque oppidum <quod vallo facto> ex hostium cadaveribus sunt circumplexi, oppugnare coeperunt.*

Mais il a été discuté et les philologues se répartissent entre deux écoles. Les uns le maintiennent et donnent leur interprétation du texte[35]. Les autres croient que sa présence n'est pas assurée[36], et certains d'entre eux vont même jusqu'à le supprimer[37], telle N. Diouron qui se justifie en affirmant qu' «il s'agit … plus probablement d'un mot appartenant à une glose»[38].

Ces Gaulois ont suscité des arguments allant en sens contraires, les uns favorables à leur présence, les autres défavorables. Leur présence est bien normale, disent les uns, car ils coupaient des têtes et ils utilisaient des *tragulae*. Nous ajouterons un argument à l'appui de cette thèse: la présence d'auxiliaires gaulois dans le conflit est

[33] Bell. Hisp. 36, 4-5.

[34] J. E. Lendon, «The Rhetoric of combat. Greek Theory and Roman Culture in Julius Caesar's Battle Descriptions», *ClAnt* 18, 2 (1999), pp. 273-329; S. Gerlinger, *Römische Schlachtenrhetorik*, thèse, université de Dresde et École pratique des Hautes Études de Paris 2006, 415 p., aborde le Bell. Hisp. aux pp. 388-389, mais pas cet épisode.

[35] A. G. Way, édit. de Caesar, *The Spanish War*, Cambridge 1964, p. 32, dans la coll. Loeb; L. Loreto, *La lunga guerra civile*, 2001, p. 328.

[36] A. Klotz, édit. du Pseudo Cesar, *Bellum Hispaniense*, Leipzig 1927, réimpr. 1966, p. 159, dans l'édit. Teubner; P. J. Quetglas et J. Calonge, édit. de Julio César, *Autores del corpus cesariano*, Madrid 2005, p. 494 et n. 117.

[37] G. Pascucci, *Bellum Hispaniense*, Florence 1965, p. 102, suivi par J. Castro Sánchez, édit. de Anónimo, *La guerra de Hispania*, Madrid 1992, pp. 62 et 63.

[38] N. Diouron, ouvr. cité, pp. 31 et 131: [*Galli*].

abondamment prouvée pour la guerre d'Afrique, dans le camp de César[39] et aussi chez ses ennemis[40]. Dans ces conditions, il ne serait pas invraisemblable que ces bons guerriers aient été ensuite transférés en Espagne, même si l'auteur anonyme du *Bellum Hispaniense* ne mentionne pas leur présence.

Que les Gaulois aient décapité des cadavres d'ennemis, c'est une pratique bien attestée depuis longtemps. Des sculptures, comme le célèbre pilier d'Entremont, montrent des visages aux yeux clos, des têtes coupées pour les uns, des masques pour les autres[41]. Après la bataille du lac Trasimène, qui opposa Hannibal aux Romains en 217, on ne réussit pas à identifier les restes du consul Flaminius; G. Brizzi a expliqué qu'un Gaulois, auxiliaire des forces puniques, avait pris son crâne comme trophée[42]. D'ailleurs, Strabon rappelle que cette pratique était répandue parmi ces peuples[43]. Et les découvertes récentes de Ribemont-sur-Ancre le montrent de manière concrète[44]. Sur ce site, on a retrouvé deux enclos. L'un d'eux, quadrangulaire, aurait été un trophée. L'autre, un polygone, aurait été un sanctuaire, l'heroon. On y a trouvé plusieurs dizaines de milliers d'armes, environ mille corps humains, pas un seul crâne, et la décollation a été bien prouvée par des analyses médicales. De ces morts, 75% datent de la première moitié du III^e^siècle avant notre ère, et 25% du milieu du I^er^ siècle avant notre ère. Mais ces cadavres n'ont pas été utilisés pour constituer un *uallum*, ils ont été entassés pour former des autels.

Que les Gaulois aient utilisé des *tragulae* est une autre évidence. La *tragula* est une lance particulière; elle est équipée d'une courroie qui lui donne une plus grande portée. Il est peu probable que la lanière de cuir utilisée ait servi à donner un mouvement de rotation au bois[45]; elle servait plus probablement à rallonger le bras, ce qui donnait plus de force initiale. César, pendant la guerre des Gaules, la mentionne et dans deux cas à la fois semblables et opposés: elle a été utilisée par des Gaulois, aussi bien par des ennemis des Romains[46] que par un auxiliaire qui servait au nombre des *socii*[47].

---

39 Bell. Afr. 6, 3; 19, 3; 20, 1.

40 Bell. Afr. 19, 1; 40, 3 et 5.

41 P.-M. DUVAL, *Les Celtes*, Paris 1977, pp. 135-136 et 321.

42 G. BRIZZI, *Studi di storia annibalica*, Faenza 1984, p. 33, et *Carcopino, Cartagine e altri scritti*, Sassari 1989, p. 107.

43 Str. 4, 4, 5.

44 J.-L. BRUNAUX, passage cité plus loin.

45 N. DIOURON, ouvr. cité, p. 130; elle s'appuie sur A. REINACH, dans le *Dictionnaire des antiquités*, de Ch. Daremberg et E. Saglio, 5, Paris 1873, p. 401, qui ne dit rien de tel. J.-L. BRUNAUX et B. LAMBOT, *Guerre et armement chez les Gaulois*, Paris 1987, 220 p., n'accordent pas le moindre intérêt à la *tragula*.

46 Gall. 1, 26, 3; 5, 35, 6.

47 Gall. 5, 48, 5.

Les philologues qui pensent que le mot *Galli* doit être retiré de ce passage du *Bellum Hispaniense* font remarquer, à l'opposé, que les Gaulois n'étaient pas les seuls coupeurs de têtes de l'Antiquité ni les seuls utilisateurs de *tragulae*. Les Romains, eux aussi, ont recouru à la même pratique sur les corps des ennemis vaincus, en tous temps et en tout lieu[48]. J.-L. Voisin a relevé de nombreux textes qui le prouvent, et aussi des monnaies et des documents archéologiques, notamment la colonne Trajane. Il a ainsi montré qu'il s'agissait d'une pratique cohérente, et nous ajouterions volontiers qu'elle s'inscrivait parfois dans un contexte de guerre psychologique. Par ailleurs, nous savons que les Romains connaissaient les *tragulae* depuis longtemps, depuis au moins le temps de Plaute, c'est-à-dire le début du II^{e} siècle avant J.-C.[49]. Mais ils n'étaient pas les seuls à avoir eu accès à cette technologie. Les Sagontins l'ont utilisée[50] et, pendant la deuxième guerre punique, Scipion a été blessé à *Munda* par une *tragula*[51].

Mais le mot *Galli* est transmis par les manuscrits et, dans ces conditions, nous pensons qu'il faut le maintenir. Il existe sur ce point une différence de méthode entre les épigraphistes, une branche des historiens, et les philologues. Ces derniers n'hésitent pas à modifier les textes, par addition ou suppression, quand le sens ne leur paraît pas satisfaisant. Les autres pensent au contraire que l'historien n'a pas le droit de supprimer ce qui le dérange. Il doit soit trouver une explication au mystère, soit reconnaître que, dans l'immédiat, il n'a pas de solution à proposer pour résoudre le mystère. Il est vrai que les épigraphistes travaillent sur des documents transmis sans modifications depuis l'Antiquité, alors que les latinistes utilisent des manuscrits sans cesse recopiés pendant des siècles. Nous rappellerons néanmoins ce que disait H.-G. Pflaum à propos des «fautes de gravures» dans les inscriptions: «Il n'y a pas de mauvais graveur, disait-il, il n'y a que de mauvais épigraphistes».

D'ailleurs, la phrase peut très bien se comprendre si l'on maintient le mot *Galli*. Une théorie dépassée a fait croire que les Gaulois en général faisaient des remparts sur le modèle de celui qui est décrit par le pseudo César. Pour appuyer cette interprétation, une vieille traduction mérite d'être rapportée: «C'est ainsi que les Gaulois, quand ils vont attaquer une ville, plantent alentour sur des piques et des

---

[48] J.-L. VOISIN, «Les Romains chasseurs de têtes», *Du châtiment dans la cité*, *Collection de l'École fr. de Rome*, 79, Paris-Rome 1984, pp. 241-293.

[49] PLAVT Pseud. I, 4, 14, de 191.

[50] LIV. 21, 7, 10.

[51] LIV. 24, 42, 2.

javelots les cadavres de leurs ennemis»[52]. Une ancienne interprétation des découvertes faites à Ribemont-sur-Ancre aurait bien éclairé cette thèse. Mais les dernières réflexions suscitées par les masses de corps décapités qui ont été retrouvées sur ce site poussent à croire qu'ils avaient été amassés pour former un sanctuaire, une sorte de heroon barbare[53]. Pour d'autres philologues, —et l'historien que je suis est assez tenté par leur lecture—, César a laissé au siège de *Munda* des soldats au nombre desquels se trouvaient des *socii* gaulois qui utilisaient des *tragulae*. Le texte parle d'armes appelées *tragulae* et *iacula*[54]. Si le mot*iacula* ne fait pas difficulté, —il désigne simplement une arme de jet—, *tragulae* est plus gênant et, là encore, trois interprétations ont été avancées. Pour les uns, des *tragulae* ont été utilisées par des Gaulois pour les combats qui ont accompagné le siège; pour d'autres, ce sont les Romains qui s'en sont servis; pour d'autres encore, elles ont fourni la matière du *uallum*. La dernière traduction de ce passage qui va dans ce sens est due à L. Loreto: «Così i Galli presero ad attacare la città con lance e giavellotti < poiché eretto il terrapieno erano circondati dai cadaveri dei nemici»[55].

Il est certes indispensable que subsiste le doute méthodique. Mais il vaut sans doute mieux respecter les manuscrits, même si on ne les comprend pas. Ce point de vue est d'autant plus acceptable que, dans ce cas, le texte peut avoir un sens logique, et nous proposons: «Des Gaulois [des auxiliaires gaulois], armés de *tragulae* et de javelots, entreprirent d'assiéger la ville, entourés par un rempart fait de cadavres d'ennemis».

Le «deuxième» rempart pourrait moins retenir l'attention; pourtant, les fouilles qui ont été récemment effectuées à Alésia permettent d'apporter quelques précisions supplémentaires et, surtout, de poser quelques problèmes nouveaux.

César abandonna très vite le siège de la ville, peut-être dès le lendemain de la bataille[56], soit le 18 mars. 33. 1. *Caesar ex proelio <Munda> munitione circumdata Cordubam venit.*

Les césariens durent alors affronter une trahison des pompéiens.

---

[52] Traduction de Damas-Hinard, *Commentaires sur la guerre d'Espagne*, Paris 1837, p. 525. Vont dans le même sens: E. Stoffel, *Histoire de Jules César*, 2, 1887, p. 190; M. Rambaud, *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*, Paris 1953, p. 329, et *César*, Lyon 1963, p. 98; J. Harmand, *Alésia*, Paris 1967, pp. 325-326.

[53] J.-L. Brunaux, *Guerre et religion en Gaule*, Paris 2004, pp. 103-124.

[54] Bell. Hisp. 32, 3; Val. Max. 7, 6, 5.

[55] L. Loreto, *La lunga guerra civile*, 2001, pp. 328-329 et 485-486; dans le même sens: A. G. Way, ouvr. cité, p. 32; P. J. Quetglas et J. Calonge, ouvr. cité, p. 494, malgré des doutes exprimés à la note 117.

[56] Bell. Hisp. 33, 1.

> 36. 4. *Mundenses qui ex proelio in oppidum confugerant, cum diutius circumsederentur, bene multi deditionem faciunt, et cum essent in legionem distributi, coniurant inter sese ut noctu signo dato qui in oppido fuissent eruptionem facerent, illi caedem in castris administrarent. hac re cognita insequenti nocte vigilia tertia tessera data extra vallum omnes sunt concisi.*

Avant de partir pour Cordoue, César avait confié la responsabilité du siège à l'un de ses officiers, Fabius Maximus[57].

> 41. 1. *Fabius Maximus quem ad Mundam praesidium oppugnandum reliquerat, operibus adsiduis <diurnis et noc> turnis circumsedit. interclusi inter se decernere; facta bene magna* (…) *faciunt. nostri ad oppidum recuperandam occasionem non praetermittunt et reliquos vivos capiunt,* XIIII *milia.*

De véritables travaux de poliorcétique furent alors entrepris. Il fallut débarrasser les cadavres, ce que ne dit pas le texte, mais qui est plutôt logique. Il n'est pas assuré que les corps et les têtes aient été soigneusement regroupés. Les archéologues risquent de retrouver à *Munda* un amas d'ossements décapités, assurément différent mais probablement proche de ce qui a été retrouvé à Ribemont-sur-Ancre. Le premier objectif consistait à encercler la cité, et l'on retrouve les mots composés en *circum-*, *circumdata*, *circumsederentur* et *circumsedit*[58]. Leur ensemble est appelé *munitio*[59], terme général qui désigne un ensemble de constructions, sans plus de précisions. Un nouveau et premier vrai rempart, un *uallum*[60], fut construit en bois, et sans aucun doute accompagné d'une *fossa* et d'un *agger*, même si ces termes ne se trouvent pas dans le texte. Les assiégeants construisirent aussi des *castra*[61]. Ce mot pose un problème, car il est au pluriel même quand il n'y a qu'une enceinte qui est concernée. En réalité, il ne fait aucun doute que plusieurs camps ont été construits en couronne autour de l'*oppidum* pour abriter les césariens. À Alésia, on a retrouvé trois grands camps (camp de César, camp de Labiénus et camp A); il s'y trouvait, en outre, au moins sept petits camps[62].

---

[57] Bell. Hisp. 41, 1.

[58] Respectivement Bell. Hisp. 33, 1; 36, 4; 41, 1.

[59] Bell. Hisp. 33, 1.

[60] Bell. Hisp. 36, 5.

[61] Bell. Hisp. 36, 4.

[62] M. Reddé et S. von Schnurbein, *Alésia*, 1 (2001), p. 507-513; M. Reddé, *Alésia*, 2003, pp. 149-164.

Et ce n'est pas tout, puisque furent entrepris des travaux complémentaires[63] et malheureusement non définis. Cette imprécision, due sans doute à la maladresse de l'auteur, nous incite à nous interroger sur deux points.

D'une part, il est bien connu qu'à Alésia César a fait ériger deux remparts, appelés par les archéologues du XIXe siècle, «circonvallation» et «contrevallation»[64]. L'un avait pour but d'empêcher les assiégés de sortir[65], l'autre visait à empêcher des secours d'entrer[66]. On peut donc se demander si la même organisation a été mise en place à *Munda*. En fait, le deuxième rempart était inutile, parce que les pompéiens n'avaient plus de troupes disponibles et que les assiégés n'avaient aucun espoir de recevoir des renforts. *Munda* ne fut donc sans doute entourée que d'une seule défense linéaire.

D'autre part, on se demande ce que couvre l'expression de travaux complémentaires, les *opera* du texte: des pièges ? Il est difficile d'imaginer une autre réalité. On sait que César en avait fait mettre en place devant Alésia[67]. Il mentionne des cippes[68], *cippi*, des lys[69], *lilia*, et des aiguillons[70], *stimuli*, et l'archéologie les a retrouvés. Les cippes étaient des branchages dépassant d'un tronc enfoncé dans la terre, les lys des pieux enfoncés dans le sol et camouflés à la vue des assaillants et les aiguillons des pointes de métal également fixées dans le sol et également cachées à la vue (voir document d'accompagnement). Un apport important des fouilles d'Alésia tient à ce qu'elles ont montré que les pièges n'avaient pas tous été placés partout et en même temps[71].

La suite des opérations a déjà été rappelée. D'abord, les pompéiens firent une tentative de sortie qui se solda par un échec[72]. Puis, les césariens donnèrent l'assaut à la ville, qui fut prise vers le 15 avril d'après N. Diouron[73]. Ils firent 14.000 prisonniers.

---

[63] Bell. Hisp. 41, 1.

[64] M. REDDÉ et S. VON SCHNURBEIN, *Alésia*, 2001, pp. 311-349 et 359-386; M. REDDÉ, *Alésia*, 2003, pp. 165-185.

[65] Gall. 7, 72, 1-2.

[66] Gall. 7, 74, 1.

[67] M. REDDÉ et S. VON SCHNURBEIN, *Alésia*, 2001, pp. 539-550.

[68] Gall. 7, 73, 4. M. REDDÉ, *Alésia*, 2003, pp. 156-157 et 182.

[69] Gall. 7, 73, 8. M. REDDÉ, *Alésia*, 2003, p. 89.

[70] Gall. 7, 73, 9. M. REDDÉ, *Alésia*, 2003, pp. 173 et 187.

[71] Voir notes précédentes.

[72] Bell. Hisp. 41, 1.

[73] Bell. Hisp. 41, 2. N. DIOURON, ouvr. cité, p. 152.

Il est temps d'arrêter ces propos et de conclure sur trois points.

D'abord, le cercle de cadavres accompagné de lances, de boucliers et de têtes coupées n'avait aucune efficacité tactique; il relevait de la guerre psychologique, la volonté de faire peur pour gagner sans combattre. Et l'auteur anonyme du *Bellum Hispaniense* a employé le mot *uallum* par métaphore, une métaphore maladroite.

Ensuite, si l'on veut respecter le texte, on doit admettre que des auxiliaires gaulois ont été présents sur le site de Munda.

Enfin, le deuxième rempart, le seul vrai rempart en fait, présentait un aspect plus classique, mais il est hélas moins bien décrit. L'auteur n'était décidément pas un grand écrivain.

EL CAMINO QUE LLEVA A OTOGESA

Pere J. Quetglas
Universitat de Barcelona
quetglas@ub.edu

RESUMEN

La pretensión de este trabajo es realizar una propuesta de identificación del *oppidum* de Otogesa, mencionado por César en el libro I del *Bellum Civile*, en el curso de la campaña de Ilerda. Más en concreto, proponemos identificar Otogesa con el enclave de Els Castellets (Mequinenza).

Palabras clave: Julio César. Campaña de Ilerda. Otogesa. Els Castellets

The road to Otogesa

ABSTRACT

The aim of this study is to propose an identification of the *oppidum* of Otogesa, mentioned by Caesar in the first book of *Bellum Civile*, during the Ilerda campaign. We suggest that Otogesa corresponds to the enclave of Els Castellets (Mequinenza).

Key words: Julius Caesar. Ilerda campaign. Otogesa. Els Castellets

* * *

El camino que une a Julio César con el emplazamiento de Otogesa es un camino largo y tortuoso, y lo que es peor, quizá inexistente. Quizá César no estuvo nunca en Otogesa. Aún así, aún admitiendo esta posibilidad, es innegable a la vista de los acontecimientos que se sucedieron en la campaña de Ilerda, que la localidad pudo haber tenido una influencia determinante en el desarrollo de la carrera militar y política de César, pero en sentido contrario al que resultó finalmente. Debe quedar claro, por tanto, que la exposición que voy a realizar se mueve en cierta medida en el terreno de la ucronía y de la utopía, entendidos ambos términos en el sentido etimológico estricto, ya que vamos a tratar de epi-

sodios que nunca ocurrieron y de lugares no inexistentes, pero sí de identificación dudosa.

La tercera venida de Julio a César a Hispania tiene lugar en el año 49 a. C. y está precedida de otras dos, que hasta cierto punto se pueden considerar rutinarias: la del año 68 a. C., para desempeñar el cargo de cuestor en la Hispania ulterior; y la que comprende los años 61-60, cuando ejerció la propretura en la misma provincia. El desempeño de estos dos cargos se inscribe dentro del ejercicio normal de magistraturas secundarias que realizaba en provincias la clase dirigente romana como etapas necesarias para avanzar en el *cursus honorum*. El aprovechamiento que cada cual realizaba de estas estancias en provincias dependía en gran manera del lugar y de las circunstancias; en cualquier caso, no era inhabitual la finalidad recaudatoria, obtener fondos con que reponerse de los gastos realizados en las respectivas campañas, ni tampoco lo propagandística, conseguir fama de buen comandante. César, seguramente, logró ambas cosas.

Muy diferente es el caso de la tercera venida de César a Hispania en el año 49 a. C. En esta ocasión, su presencia está plenamente inserta en el desarrollo de la guerra civil que le enfrentó a Pompeyo y a la legalidad republicana. No se trataba, pues, de un mero trámite sino de una operación que podía haber cambiado su suerte o, como mínimo, lastrársela. Para entender el porqué de esta venida de César, hemos de situarnos en las orillas de este insignificante, pero famoso río Rubicón, que en la antigüedad marcaba la frontera entre Italia y la Galia Cisalpina, a comienzos de este mismo año. Allá encontramos a César, dudando, o haciendo ver que dudaba, en si dar el paso definitivo de cruzar el río, entrar en Italia y ponerse fuera de la legalidad, desencadenando una guerra civil, que todo el mundo veía como algo inevitable. Hay que insistir en las dudas que suscita la postura de César, pues para él no se trataba de una mera cuestión de legalidad, sino de supervivencia. El entramado de combinaciones que tiempo atrás había tejido de acuerdo con Pompeyo, para no verse privado del mando de tropas hasta su nueva elección para el consulado, se había hecho añicos como resultado de las innovaciones legislativas introducidas por su rival mientras él, César, se encontraba todavía inmerso en la campaña de la Galia y sin posibilidades de entrar legalmente con sus tropas en Italia. Pero también debemos entender, si consideramos la situación desde la perspectiva opuesta, que el hecho de que César se plantara a las puertas de Italia con varias legiones no podía ser interpretado en Roma por el senado ni por Pompeyo como un gesto amistoso. Incluso podemos creer en la sinceridad de los intentos de César

quien, por medio de un intenso intercambio epistolar, trataba de conseguir un dictamen del senado que le permitiera mantener un cierto equilibrio de fuerzas con respecto a Pompeyo. Mas no nos hagamos demasiadas ilusiones sobre la rectitud última de nuestro protagonista, pues dando por bueno que procurara llegar a un acuerdo con el senado, no podemos olvidar que muy probablemente en estos momentos quizás ya hubiera cruzado el Rubicón y se encontrara de hecho en Rímini y no en Ravena como quiere hacer ver en sus comentarios. Es la ventaja de ser uno mismo el redactor de sus propias hazañas. Se fija habitualmente en el día 12 de enero del 49 a. C. la fecha en que César cruza con sus tropas el Rubicón, dando comienzo así a la guerra civil. Con independencia de que la fecha sea exactamente esa, la realidad es que la noticia causó en Roma un gran pavor al tiempo que obligaba a Pompeyo a actuar. Éste, tras unos momentos de vacilación y duda, decidió no enfrentarse a César de momento, sino trasladarse con sus tropas y con el senado, que representaba la legalidad, a Grecia. Se inicia en este instante un movimiento de acción-reacción muy interesante desde el punto de vista táctico; por un lado, Pompeyo se mueve camino de Brindis, puerto situado en la costa del mar Adriático y el usado normalmente para cruzar a Grecia, mientras César, siguiendo la costa del propio Adriático desde Rímini, trataba de adelantársele e interceptarlo. En esta ocasión, pese a su proverbial rapidez táctica, no consiguió César sus objetivos, sino que al llegar a Brindis encontró que ya Pompeyo había iniciado la operación, de forma que no pudo hacer mucho más que estorbarle. Una vez más se plantean dudas razonables en este episodio. No está claro que Pompeyo se embarcara presionado por César más que obedeciendo a un plan preconcebido. Tampoco está claro que no le interesara a Pompeyo mantener un puerto que le hubiera permitido un acceso fácil a Italia. Pero la realidad al final fue ésta: Pompeyo se encontraba en Grecia fuera del alcance de César y éste quedaba como dueño de una Italia legalmente en entredicho. Esta situación, en contra de lo que pudiera parecer en principio, no era especialmente favorable para César. Era dueño de Italia y, por tanto, también de Roma, lo que sin duda era un valor añadido. Pero, si consideramos la situación desde un punto de vista estratégico y aún añadiéndole la Galia, encontramos este núcleo central tomado entre dos pinzas: por un lado, Hispania, y por el otro, Grecia y Oriente, las dos zonas en poder pompeyano; y también estaba alineada con Pompeyo la provincia de África. Esto venía a significar una situación real de bloqueo. En esta tesitura, imposibilitado César para perseguir a Pompeyo de forma inmediata, ya que éste se había llevado con él toda la flota disponible, ve claro que

tiene que actuar mientras espera la construcción de una nueva flota. Y, como es evidente si observamos el mapa de la situación y consideramos la carencia de una flota en condiciones, la única opción viable era Hispania. Así pues, tras pasar por Roma y poner en orden la situación política en la medida que lo permitía la fuga de la mayoría de miembros del senado, decide pasar a Hispania. En su camino, hace un alto en Marsella, confiado en la lealtad de los marselleses, pero éstos, tras algunas dudas, deciden cerrarle las puertas y pasarse al bando pompeyano. Esto le supone un pequeño inconveniente que retrasa algo su llegada a Hispania; pero mientras trata de encontrar una solución al problema y monta el asedio a la ciudad, decide iniciar las actuaciones en Hispania enviando por delante al legado Gayo Fabio con tres legiones y le encarga la misión de tomar los pasos pirenaicos, controlados por guarniciones pompeyanas, e ir preparándole el terreno. Fabio, a lo que parece sin demasiadas dificultades, consiguió hacerse con los pasos pirenaicos y entrar en la península. Allí, los gobernadores pompeyanos de las dos Hispanias habían decidido agrupar el grueso de sus fuerzas en Ilerda, apoyándose en las ventajas tácticas que les concedía el puente al que estaba unida la ciudad. No están suficientemente claras las razones de esta elección, frecuentemente censurada por los historiadores y comentaristas, pero hay que tener en cuenta en su favor que no era nada inusual en la antigüedad valorar muy positivamente las ventajas de una posición de este tipo que agrupa puente y ciudad. Es exactamente la misma asociación que se dará después en el caso de Córdoba en la campaña de Munda. Lérida se encuentra situada a la vera del río Segre, en la parte interior del triángulo que forma la confluencia de éste río con el Cinca, los dos en busca del Ebro. En Lérida y en sus alrededores disponían los pompeyanos de cinco legiones, tres de ellas al mando de Afranio constituían la dotación de la Hispania Citerior, mientras que Petreyo se había traído consigo otras dos procedentes de la Hispania Ulterior. En esta provincia se había quedado el gobernador Varrón con otras dos legiones que no van a participar en estas operaciones. Lérida, conocida en las campañas de promoción como la ciudad de las dos colinas, respondía exactamente a esta descripción. Una la constituía la parte antigua de la ciudad actual, amurallad entonces y coronada ahora por el venerable edificio de La Seo. La otra es la colina de Gardeny, situada también en paralelo con el río en dirección sudoeste. En esta colina se da la curiosa circunstancia, o no tan curiosa por lo frecuente que resulta, de que la continuada presencia en ella de guarniciones militares la ha preservado de los inmisericordes ataques urbanísticos. Así, hasta hace muy pocos años ha sido el lugar de acuartelamiento de diversos regimientos. Y

en la época medieval albergó una fortaleza de la orden del Temple, de la cual quedan todavía notables vestigios. Hay que convenir que, cuando un emplazamiento como éste ha sido objeto de ocupación militar continuada durante tantos años, ello no puede ser fruto de la casualidad y tiene que obedecer necesariamente a que reúne algunas ventajas estratégicas. Y efectivamente así es; la colina del Gardeny presenta una configuración que podríamos considerar la idónea para acoger un campamento romano; así, por la parte más cercana al río presenta una orografía abrupta que dificulta sobremanera el acceso por este lado; en cambio, por el lado opuesto, desciende en suave pendiente. Un ejército romano acantonado en esta colina amesetada tendría perfectamente cubiertas las espaldas y sólo tendría que preocuparse por defender la parte llamémosle interior, la cual le facilitaría al mismo tiempo la posibilidad de realizar rápidas salidas. Y exactamente eso era lo que habían dispuesto los pompeyanos dividiendo sus tropas entre la guarnición de Lérida y el grueso de la fuerza acampada en la colina de Gardeny. Es evidente que esta disposición les confería superioridad ante un ejército enemigo que se situara en sus inmediaciones, pues podría verse atacado siempre desde dos frentes. Y esa fue la situación con que se encontró Fabio al llegar a Ilerda con las tres legiones. Tratando de no quedar demasiado al alcance de posibles ataques por sorpresa, situó su campamento en un punto indeterminado al nordeste de Lérida, y con toda seguridad relativamente cerca del río Segre y también en la parte interior del triángulo fluvial al que nos hemos referido antes; es decir, a la derecha del Segre y a la izquierda del Cinca. Además, para contrarrestar la superioridad táctica que les confería a los pompeyanos el dominio del puente de piedra, ya que les permitía pasar fácilmente de uno otro lado del río, hizo construir río arriba dos puentes de madera. Uno de ellos debía de encontrarse a la altura de las actuales poblaciones de Corbins y de Vilanova de la Barca; este último nombre hace precisamente referencia al hecho de haber sido mucho años un lugar apropiado para el cruce del río; el segundo debía de estar unos pocos kilómetros más río arriba Estos puentes le permitían también a Fabio cruzar a la izquierda del Segre para forrajear. El Segre es hoy en día un río desnaturalizado por el aprovechamiento intensivo de sus aguas, de manera que quien lo contemple a su paso por Lérida, encauzado y con poco caudal, no podrá imaginarse cómo llega a ser de traidor en ocasiones, ni mucho menos cómo debía de serlo en la antigüedad cuando su caudal, ya naturalmente mayor, se veía incrementado por súbitas tormentas o por el deshielo. En estas situaciones, el río se transforma y resulta en verdad amenazante. Y algo así debió de sucederle a Fabio mientras se encon-

traba acantonado esperando la llegada de César. Un día en que había enviado dos legiones a forrajear a la margen izquierda del Segre se vio sorprendido por una repentina subida del cauce, y la violencia de las aguas rompió el puente inferior dejando aisladas las dos legiones que habían pasado por él y, además, justo antes de que pudiera hacerlo la fuerza de caballería que les debía prestar apoyo. Sabedores los pompeyanos de la situación por la cantidad de maderos que arrastraba el río, enviaron de inmediato un importante contingente de tropas, cuatro legiones más la caballería, para tratar de cercar y aniquilar las dos legiones de Fabio. Afortunadamente para su integridad, los legionarios de Fabio consiguieron retirarse a la colina del pueblo de Alcoletge y resistir allí la llegada de los refuerzos que Fabio había enviado por el puente superior, que había resistido los embates del río. Y más o menos ésta es la situación con la que se encuentra César a su llegada a Lérida: un ejército en posición precaria y con limitadas posibilidades de maniobrar por la rotura de un puente y el estado crítico del otro. Tras analizar la situación, César toma dos decisiones inmediatas, reparar los puentes y situar su campamento en frente de la salida natural de la colina de Gardeny, por la parte opuesta al río. Era ésta una posición difícil de consolidar y también difícil de mantener desde un punto de vista táctico, y sólo se explica por su intención de pasar inmediatamente a la acción, como sucedió realmente. En efecto, tras intentar en vano que los pompeyanos libraran batalla allí mismo, decidió arrastrarlos con señuelos hacia otro lugar. Entre la ciudad de Lérida y la colina de Gardeny había un pequeño alto, el puig Bordell, hoy totalmente difuminado en el entramado urbano de la ciudad. César pasa a la ofensiva e intenta ocuparlo, pero los pompeyanos se le adelantan; y, casi sin querer, los dos ejércitos se ven inmersos en una batalla poco planificada en la que el exceso de osadía de la legión IX de César está a punto de costarle un grave disgusto. El encuentro se salda en cualquier caso con una clara derrota de César. Es éste el momento más crítico para César, pues a la derrota sufrida se añade casi simultáneamente la destrucción por otra crecida del río de los dos puentes que había hecho reconstruir. Se encuentra, pues, encerrado en este triángulo fluvial, sin poder restaurar los puentes, ya que desde la orilla izquierda los pompeyanos se lo impedían, con dificultades de abastecimiento, ya que no podía forrajear a la izquierda del Segre ni podían llegarle los convoyes de aprovisionamiento y refuerzo que estaba esperando, a la par que la época del año reducía al mínimo las posibilidades de abastecerse del terreno, ya que a finales del mes de junio, momento en que hemos de situarnos, ni se puede segar el trigo por no estar maduro, ni se puede echar mano de unas provisiones que

de existir estaban en manos enemigas dentro de la ciudad. Esta situación ciertamente comprometida da un brusco giro en muy poco tiempo. Y son tres los factores que lo determinan. En primer lugar, la construcción en secreto treinta kilómetros río arriba de una puente, que si bien obligaba a sus tropas a realizar un gran desplazamiento para pasar a la izquierda del Segre, reunía dos ventajas: por una parte, dificultaba las operaciones de hostigamiento del ejército adversario ya que lo obligaba a alejarse mucho de la posición fuerte de Ilerda; y, por otra y lo más importante, le permitió acudir en apoyo de los convoyes de refuerzo y aprovisionamiento bloqueados en la sierra de Almenara por la tropas pompeyanas. En segundo lugar, el establecimiento de pactos de alianza con algunos de los pueblo nativos vecinos les aseguraba también la apertura de nuevas líneas de aprovisionamiento. Y, por último y en tercer lugar, el inicio de obras en el Segre, un poco al norte de Lérida, tendentes a establecer un vado en el río que le permitiera, llegado el caso, obviar el largo desplazamiento hasta el puente recientemente construido.

Este cambio de perspectivas fue perfectamente captado por Afranio y Petreyo, quienes de forma inmediata empezaron a albergar dudas sobre la conveniencia de mantener sus posiciones para tomar a continuación la decisión de trasladar sus contingentes al otro lado del Ebro, a Celtiberia, donde confiaban en reforzar sus efectivos y, sobre todo, en dilatar la resolución de la campaña, circunstancia que no le convenía a César ya que seguía teniendo la mente puesta en Pompeyo y en Grecia. Decididos Afranio y Petreyo a llevar adelante su cambio de planes, ordenan requisar y reunir en Otogesa, localidad ribereña del Ebro, todas las embarcaciones y barcazas disponibles para montar allí un puente de barcas. Al mismo tiempo, trasladan a la izquierda del río a una parte de sus tropas para asegurar la posición y preparar la marcha. La elección de Otogesa, a unas veinte millas de distancia de Ilerda, según César, estaba bien planificada, pues iba a permitir a los pompeyanos alcanzarla en una jornada de marcha, fiados además en que una parte de las legiones de César se verían obligadas a afrontar un desplazamiento mucho mayor: treinta kilómetros. desde Ilerda hasta el puente por la margen derecha y otros tantos desde el puente hasta Ilerda por la margen izquierda, lo que suponía en la práctica dos jornadas de diferencia. De acuerdo con lo planeado, Afranio y Petreyo trasladan finalmente todas sus tropas a la izquierda del río e inician la marcha. La suerte para César fue que las obras para hacer vadeable el Segre ya estaban muy adelantada y permitieron en un primer momento el paso de la caballería, que en esta ocasión se manifestó como un arma muy eficiente en la labor de hostigar la retaguardia

enemiga y retrasar así la velocidad de desplazamiento del ejército adversario. Casi de inmediato, César hizo que cruzaran también por el vado las tropas legionarias, de forma que en cuestión de horas la ventaja horaria que tenían las tropas pompeyanas quedó reducida a la nada, pese a que seguían contando con la ventaja posicional. Sin embargo, el retraso impuesto por el acoso a su retaguardia les retardó lo suficiente como para que no pudieran llegar de día a los barrancos que daban acceso a Otogesa y al Ebro. Esto les creó dudas y optaron al final por una decisión que les iba a resultar fatal, acampar a muy pocos kilómetros de los barrancos citados, con la idea de no acometer el paso durante la noche. César acampa a una distancia prudencial. Al día siguiente, mientras en el bando Pompeyano se duda sobre si seguir la marcha de día o fiarla a la incertidumbre de la noche, observan desde su posición cómo en apariencia las tropas de César inician lo que ellos consideran una retirada, lo que les llena de alegría y confianza. En realidad, lo que hizo César fue dar un gran rodeo y al amparo de la orografía incrustarse entre la posición del campamento pompeyano y el acceso a los barrancos que conducían a Otogesa. Sin duda esta maniobra es la más difícil de explicar desde el punto de vista posicional, dado el poco margen que le daba a César la posición del ejército pompeyano, pero le salió bien y de forma sorprendente Afranio y Petreyo vieron que de la noche a la mañana habían perdido incluso la ventaja posicional. En esta situación deciden volver a Lérida. Pero la presión cesariana, el cansancio, la desmoralización por ver frustrado su plan inicial y la falta de agua y de provisiones les abocó indefectiblemente a la rendición. Acaba aquí propiamente la campaña de Ilerda, también conocida como campaña del Segre o de las Garrigas. Y también acaba lo que podríamos considerar hechos reales, aquello que debió de suceder con independencia de que la fuente que nos lo ha trasmitido sea más o menos verídica. En este punto no hay grandes contradicciones. Pero al mismo tiempo empieza un episodio que en cierta medida podríamos catalogar como de filología-ficción o de historia-ficción, pues afecta a hechos que no se produjeron y a lugares en los que, evidentemente, estos hechos no tuvieron lugar. Dados estos antecedentes, ya sabemos de antemano que no podemos contar con la colaboración de la arqueología y, por tanto, nuestras únicas armas serán el análisis del terreno y las precisiones aportadas por César en el libro primero del *Bellum Civile*. Y la cuestión que se plantea es simple y llanamente la de la ubicación del *oppidum* de Otogesa, la plaza donde los pompeyanos tenían que reunir las barcazas para cruzar el Ebro. La lista de localidades que se han querido identificar con Otogesa es la siguiente: Almatret, Flix, Mequinenza

y Riba-roja[1]. Intentemos, pues, a la vista de los datos disponibles hallar una solución al enigma.

El punto básico y esencial en el que debe sustentarse la solución es el texto de César, civ. 1, 70, 4: *Ex eo loco IIII caetratorum cohortis in montem qui erat in conspectu omnium excelsissimus mittit. Hunc magno cursu concitatos iubet occupare, eo consilio ut ipse eodem omnibus copiis contenderet et, mutato itinere, iugis Otogesam perueniret.*

Este pasaje define la situación en la que se encontraba el ejército pompeyano al darse cuenta de que la maniobra de intersección realizada por César les imposibilitaba acceder a los barrancos a través de los que pensaban llegar a Otogesa. En este momento Afranio decide poner en marcha un plan alternativo que le permitiría alcanzar los mismos objetivos. Consistiría, según las indicaciones que nos da César, en ocupar con cuatro cohortes de rodeleros las estribaciones de un monte especialmente destacado en todo el entorno, para a continuación reunir allá todo el resto del ejército y llegar a Otogesa a través de las crestas de una cadena montañosa en la que se encuentra el citado monte. A cualquiera que siga en la actualidad la ruta de Lérida hacia el sur, hacia el Ebro, siguiendo la carretera C-12 hacia Maials, no le quedará ninguna duda sobre cuál es este *mons excelsissimus in conspectu omnium*; no puede ser otro que el Montmeneu, un monte que con sus 495 metros de altura destaca claramente sobre el resto del territorio con una apariencia cónica muy bien marcada. Como no podía ser de otra forma, es éste un punto en el que coincide todo el mundo. Y éste será nuestro punto de arranque argumentativo: el Montmeneu.

[1] La propuesta de Almatret se debe A. von Göler, *Caesars gallischer Krieg und Theile seines Bürgerkriegs nebst Anhängen über römische Kriegswesen und uber römische Daten*, Tübingen 1880; por Flix se inclina R. Schneider, «Ilerda. Aportación a la historia de las guerras romanas» [traducción de J. Sans Siscart del original alemán, Berlin, 1886], *Ilerda* XIV (1950), pp. 117-154; el principal partidario de Mequinenza es el coronel Stoffel, *Histoire de Jules César. Guerre Civil.* I-II, Paris 1887, si bien esta teoría la encontramos ya formulada en el siglo xvii por Ch. Guischard, *Mémoires critiques sur plusieurs points d'antiquités militaires*, Berlin 1773, II, p. 82; optan, en cambio, por la candidatura de Riba-roja F. Ramorino, *Cesare, De bello ciuili.* Commento e note di ___. Torino 1945 (reimp. de la 5ª edición de 1924), p. 87 y A. Schulten, *Fontes Hispaniae antiquae.* V: *Las guerras del 72-19 a. de J.* Edición y comentario de ____. Barcelona 1940. Por otro lado, creemos que no debe considerarse más que una simple curiosidad el hecho de que exista en las inmediaciones un lugar denominado *Utxesa*, que según J. Coromines constituye la evolución natural del término *Octogesa* y debe, por tanto, identificarse con la plaza citada por César. Es evidente que el emplazamiento de la actual *Utxesa* no concuerda en absoluto con el teatro de operaciones y debe tratarse, en consecuencia, de uno más de los tradicionales desplazamientos toponímicos, que tantos dolores de cabeza acarrean a los investigadores. El poblado de Utxesa, junto con el Valle de Utxesa, el pantano del mismo nombre y otros lugares menores con el mismo nombre se encuentra en el interior del cuadrángulo formado por las localidades de Torres de Segre, Aitona, Sarroca de Lleida y Sunyer. *Vid.* J. Coromines, *Onomasticon Cataloniae*, vol. VIII, Barcelona 1997, pp. 160-161.

Del texto de César se desprenden también otros datos. En primer lugar, la existencia de una sierra, adosada al Montmeneu, a través de la cual se podía llegar al Ebro. En este punto el terreno no ofrece tampoco dudas: tiene que tratarse de la Sierra de Campells, que une el Montmeneu con el Ebro y que es perfectamente practicable, pues en la parte superior más que crestas lo que ofrece es una meseta alargada y estrecha, recorrida en la actualidad por un sendero perfectamente practicable incluso para automóviles. Asimismo, el Montmeneu tiene que estar relativamente cerca de los barrancos a través de los que pensaban los pompeyanos llegar al Ebro en un primer momento. Y tienen que estar relativamente cerca, porque el cambio de planes concebido por Afranio tenía que haberse podido realizar sobre la marcha y en un muy breve intervalo de tiempo. Detengámonos por un momento en este detalle, porque es clave. Es absolutamente imposible que Afranio, impelido por la necesidad, decida cambiar de planes y en lugar de llegar al Ebro a través de los barrancos decida hacerlo por las montañas, si entre montañas y barrancos hay una distancia superior a unos 5 kilómetros. No es concebible que se pueda mover un ejército con toda su impedimenta entre dos puntos separados por una distancia mayor, si se tenemos en cuenta la necesidad de una inmediatez que en ningún caso permite diferir la operación para el día siguiente. Pues bien, observando el terreno podemos comprobar que dentro de estos márgenes prudenciales existe un barranco en la actualidad perfectamente practicable y recorrido por un camino que tuvo que ser necesariamente uno de los elegidos para la operación: el barranco del *Aiguamoll*. Este análisis ya elimina de por sí candidaturas como las de Flix o Riba-roja, puesto que se desprende del texto que Otogesa tenía que localizarse en un punto al que se pudiera llegar por igual a través de unos barrancos y a través de la Sierra de Campells, cosa absolutamente imposible en el caso de las dos poblaciones citadas, ya que se encuentran a más de un día de marcha del punto en el que la Sierra de Campells llega al Ebro. Pero existen otros motivos para descartar éstas y otras candidaturas. Supongamos por un momento que el plan B de Afranio tiene éxito y que el ejército pompeyano consigue tomar la Sierra de Campells y llegar por ella al Ebro. Otogesa tendría que estar relativamente cerca del punto en que dicha sierra alcanza el Ebro, pero en ningún caso más allá del punto en que el barranco del Aiguamoll confluye en el Ebro, pues de estar aguas abajo de esta confluencia, el plan B de Afranio no tendría ningún sentido. En efecto, si consideramos que César dominaba el acceso a los barrancos y, por tanto, los barrancos mismos, es evidente que a través de ellos hubiera podido alcanzar el Ebro con mayor rapidez que los pompeyanos que lo hacían por las cumbres de la sierra de

Campells, de manera que si éstos al llegar al río hubieran torcido hacia la izquierda y siguiendo el curso del río se hubieran dirigido hacia una Otogesa emplazada aguas abajo, se hubieran topado con el ejército de César que, llegado por los barrancos, les cortaría el paso. En suma, que ya no nos sirven ni las candidaturas de Flix o Riba-roja, pero tampoco la de Almatret. Nos queda una única candidatura de las llamadas históricas: Mequinenza. La antigua población de Mequinenza, situada justo en el ángulo de la confluencia del Segre con el Ebro desapareció en los años setenta bajo las aguas del pantano de Riba-roja. Es un detalle a tener en cuenta porque la población actual se encuentra unos kilómetros más arriba en la margen derecha del Segre. No es, en consecuencia, fácil realizar prospecciones arqueológicas que permitan hallar pruebas de que hubiera habido allá un *oppidum* romano. Por lo demás, no se tiene noticia de ningún hallazgo arqueológico antiguo que pudiera hacer concebir esperanzas. Con todo, no es la carencia de restos arqueológicos lo que nos induce a descartar definitivamente la candidatura de Mequinenza. Lo fundamental es que Mequinenza se encuentra, como ya hemos dicho, en la confluencia de los dos ríos: a la derecha del Segre y a la izquierda del Ebro. Lo que significa que si Mequinenza fuera Otogesa, los pompeyanos, que pretendían llegar a Celtiberia cruzando un río —el Ebro—, de haber querido hacerlo por Otogesa-Mequinenza, se hubieran visto en la necesidad de cruzar no uno, sino dos ríos, cosa totalmente descartable por su complejidad y a lo que sin duda César no hubiera dejado de referirse.

Llegados a este punto, parece que tenemos localizado con bastante precisión el lugar en que debía encontrarse Otogesa. Esta ubicación coincide con bastante exactitud con la que había aventurado, con argumentos algo diferentes, Sebastián Mariner en su edición del *Bellum Civile*. Dice Mariner a modo de conclusión[2]:

La lectura sin prejuicios del texto cesariano lleva a pensar de modo natural que Otobesa[3] estaba no a la derecha del Ebro, como Flix y Ribarroja, ni al otro lado del Segre, como Mequinenza, sino al lado izquierdo de aquél y después de su confluencia con el Segre, cf. cap. 68, donde se habla de «caminos que llevaban a Otobesa», sin aludir al paso del Ebro, aunque se mencione el río; y cap. 70, donde se habla de «ganar Otobesa por las crestas», aquí sin citar siquiera el río ni su paso.

---

[2] G. Julio César, *Memorias de la Guerra Civil.* Texto revisado y traducido por Sebastián Mariner Bigorra. Vol. II, Barcelona, Alma Mater, 1961, p. 203.

[3] *Otobesa* es la lectura adoptada por Mariner siguiendo la propuesta de J. Vallejo, «Sobre la *Otogesa* de César, Bell. civ. 61, 68 y 70», *Emerita* 14 (1946) pp. 259-272. La conjetura no ha tenido demasiado éxito, excepto en el ámbito académico español.

Llegados a este punto cabe preguntarse: ¿se puede ir más allá? Mariner evidentemente no pudo, pero no por falta de conocimientos o de voluntad, simplemente se ocupó del tema demasiado pronto y por ello no pudo saber de las excavaciones que en los años ochenta se realizaron en un enclave perteneciente al término municipal de Mequinenza, pero situado a la izquierda del Ebro: *Els Castellets*. Los trabajos arqueológicos[4] pusieron al descubierto la existencia de un poblado fortificado que presenta vestigios de haber sido habitado de forma continuada desde la época del Bronce Medio hasta el siglo I a. C. Su situación es exactamente la que podría esperarse de un *oppidum* cuya principal misión debió de ser la de controlar el paso del río, en un lugar que debía ofrecer especiales características y que a día de hoy se nos escapan. Pero la realidad de los hechos se impone una vez más: si tenemos vestigios de un *oppidum* que está en el lugar esperable y que estuvo habitado en el momento preciso, sólo se puede extraer una conclusión: Otogesa y Els Castellets[5] tienen que ser la misma cosa.

---

[4] Sobre Els Castellets pueden consultarse J. I. Royo Guillén-A Ferreruela Gonzalvo, «Noticia preliminar sobre la necrópolis de inhumación e incineración de los Castellets (Mequinenza, Zaragoza)», Museo de Zaragoza, *Boletín* 2 (1983), pp. 211-219; *iidem*, «El poblado y necrópolis tumular de Los Castellets (Mequinenza, Zaragoza). Estudio preliminar de los materiales depositados en el Museo Provincial de Zaragoza», *XVII Congreso Nacional de Arqueología de Zaragoza*, Zaragoza 1985, pp. 393-417.

[5] No deben confundirse *Els Castellets* con *Els Castellons*; éste último es un enclave militar, posiblemente de origen árabe, situado en el término de Riba-roja, también a la izquierda del Ebro, y que ya hace años se postuló como ubicación de Otogesa. Véase al respecto D. Cabré-J. González Cabré, «Sobre la posible situación de Octogesa-Otobesa», *Boletín Arqueológico. Tarragona*, Época IV, Fasc. 113-120 (1971-1972), pp. 79-94.

¿GALLIAS CAESAR SUBEGIT O *CAESAR GALLIAS SUBEGIT?*

Jesús LUQUE MORENO
Universidad de Granada
jluquemo@ugr.es

RESUMEN

La presencia de César en los septenarios populares conservados responde a la magnitud del personaje y es indicio de su popularidad; además, el canto al que estos versos pertenecen parece que alcanzó gran éxito y difusión. Se analizan aquí dichos septenarios «cesarianos» tratando de ver lo que pueden decir sobre la entidad y el proceso histórico del que fue en Roma el verso popular por excelencia.

Palabras clave: César, septenatrio trocaico

ABSTRACT

Caesar's presence in the surviving popular septenaries could be considered a sign of his greatness and popularity, especially if we take into account that the chant which the verses belong to was successfully widespread. The present analysis of the 'Caesarian' septenaries intends to uncover elements that could shed light on the nature and historical process of the septenary, considered the popular Roman verse par excellence.

Key words: Caesar, trochaic septenar

⋆ ⋆ ⋆

De todos es sabido que el que luego en la versificación cuantitativa helenizante terminó siendo el tetrámetro trocaico cataléctico o septenario trocaico, que tanta fortuna tuvo en la versificación latina de todas las épocas, responde a un verso autóctono, herencia indoeuropea, que desde tiempos prehistóricos tuvo un fuerte arraigo en la península itálica y que, al lado del saturnio, que se especializó en la expresión poética más elevada, fue el vehículo de otro tipo de cantos y danzas en la poesía popular, en canciones de niños, en coplas satíricas, en cantos de soldados, etc.

Conocida de sobra es también la presencia de César en dichos septenarios populares: no llegan a la veintena los conservados y nada menos que nueve hacen referencia a él. La proporción se corresponde con la magnitud del personaje y es un indicio claro de su popularidad. El canto, además, al que estos versos pertenecen parece que alcanzó en Roma especial difusión; así lo afirmó expresamente Suetonio:

> *Gallico denique triumpho*[1] *milites eius* inter cetera carmina*, qualia currum prosequentes ioculariter canunt, etiam* illud vulgatissimum *pronuntiaverunt.*

Eran estos los términos con que el historiador introducía el primero de los pasajes que cita de este canto popular, canto que sólo conocemos gracias a él[2]:

> 3 *Gallias Caesar subegit*[3]*, Nicomedes Caesarem*
> 4 *ecce Caesar nunc triumphat, qui subegit Gallias*[4],
> 5 *Nicomedes non triumphat, qui subegit Caesarem.* (SVET. Iul. 49, 4)
> 6 *urbani, servate uxores: moechum calvom adducimus!*
> 7 *aurum in Gallia effutuisti, hic sumpsisti mutuom!* (SVET. Iul. 51[5])
> 8 *Gallos Caesar in triumphum*[6] *ducit, idem in curiam;*
> 9 *Galli bracas deposuerunt, latum clavom sumpserunt.* (SVET., Iul. 80, 2[7])

---

[1] Celebrado, recuérdese, el año 46 a. C., junto con los de Egipto, el Ponto y Numidia (cf., por ejemplo, López Delgado 2006, p. 218); de ahí la corrección propuesta por J. André en el verso 8, a la que enseguida me referiré.

[2] SVET. Iul. 49, 4. Sobre estos mismos versos, cf. también DIÓN CASIO XLIII 20, 1 s.

Numero estos versos y los demás según el puesto que ocupan entre los diecinueve seleccionados por PFISTER (1959) como septenarios populares; KLOPSCH (1972, p. 16), que sólo reconocía quince como tales, también incluía en ellos estos nueve versos. Cf. también COURTNEY 1993, pp. 471 ss. y 483 ss.; MOREL-BÜCHNER-BLÄNSDORF 1995 (en adelante *FPL*), pp. 191 ss. Ninguno de los dos incluye en su selección ejemplos epigráficos como los que recogió, por ejemplo SEDWICK (1932, p. 100), procedentes de las paredes de Pompeya:

nemo est bellus nisi qui amavit mulierem adulescentulus (*CIL* IV 1883 = *CLE* 233)

si vales non multu curo; si perieris gaudeo (*CIL* IV 1593)

pupa, quae bella es, tibi me misit qui tuus est: vale (*CIL* IV 1234 = *CLE* 232)

o de alguna lápida funeraria:

dum vixi, bibi libenter: bibite vos qui vivitis (*CIL* III 293 = *CLE* 243: época de Augusto o no muy posterior;

ejemplos que no son, ni mucho menos, los únicos.

[3] La ambigüedad, militar y obscena, del verbo *subigo* es obvia: no se olvide la función apotropaica de estas obscenidades y de otro tipo de insultos lanzados habitualmente durante el triunfo contra el homenajeado, que en dicho momento era tratado como un dios.

[4] Este verso no figura en una parte importante de la tradición manuscrita: *M* (s. IX) *H* (s. IX) *G* (s. XI) *V* (s. XI-XII) *L* (s. XI-XII) *P* (s. XII) *O* (s. XII) ; lo presentan sólo *U'* (es decir, los códices P —*Paris. 6116*, s. XII—, *Q* —*Parisinus* 5802, s. XII— y *R.* —*Regius musei Britannici 15 C. III*, s. XII—), mas *S* (*Montepessulanus* 117, s. XII) y *T* (*Berolin. lat. fol. 337,* s. XIII) y *O*². Tal vez dicha ausencia sea interpretable como un caso de lo que HOUSMAN (1927, p. XIX) llamaba «homoeomeson», es decir, similitud en el interior del verso, una posible causa de «error» o confusión gráfica similar al «homoeoteleuton» o al «homoeoarchon»: cf. COURTNEY 1993, p. 483.

Tras el verso los códices Q y e (Suessionensis 19, s. XIII), en el margen, añaden: *Et quare triumphat caesar qui subegit Gallias.* | *Nicomedes non triumphat qui subegit caesarem.*

Por todo ello los editores modernos (desde L. Roth, Leipzig 1858 y M. Ihm, Leipzig 1907) ponen en duda su autenticidad.

[5] *ne provincialibus matrimoniis* (término muy probablemente eufemístico) *quidem abstinuisse apparet iactato aeque a militibus per Gallicum triumphum:* urbani, servate … mutuom.

[6] *triumpho* cod. unus excerptorum: *trium foliorum* codd. cett.: *triumpho olim* Baehrens: *triumphorum* J. André (1964).

[7] *peregrinis in senatum adlectis … illa vulgo canebantur:* Gallos Caesar … sumpserunt; PLIN. nat. 19, 144 *nec non olus silvestre, triumpho divi Iulii carminibus praecipue iocisque militaribus celebratum; alternis* (probablemente con el sentido de «en

Además de estos siete versos, provenientes del mencionado canto triunfal, se hizo eco Suetonio de otros dos septenarios populares, también referidos a César, reflejando, en concreto, las crecientes sospechas sobre sus proyectos monárquicos[8]. No sabemos si estos otros dos versos formaron parte también de dicho canto; aparecieron escritos al pie de una estatua del dictador[9]:

10 *Brutus, quia reges eiecit, consul primus factus est:*

11 *hic, quia consules eiecit, rex postremo factus est.*

No son estos versos cesarianos los únicos de este tipo que transmitió Suetonio; recogió aún otro en la biografía de Calígula:

12 *Salva Roma, salva patria, salvus est Germanicus*[10],

y otro más en la de Galba:

13 *disce, miles, militare; Galba est, non Gaetulicus*[11].

No son tampoco los de César los únicos septenarios militares o *triumphales* conservados: conocemos uno casi coetáneo de ellos:

2 *de Germanis, non de Gallis, duo triumphant consules*[12];

y otros[13] muy posteriores, cantados contra Aureliano:

mille mille <mille mille> mille decollavimus

unus homo! <mille mille> mille decollavimus.

---

responsión»: cf. Liv.4, 53, 11 *alternis inconditi versus militari licentia iactati quibus...) quippe versibus exprobravere lapsana se vixisse apud Dyrrachium, praemiorum parsimoniam cavillantes. est autem id cyma silvestris.*

[8] Cf., por ejemplo, Weinstock 1971, p. 135, n.11.

[9] Svet. Iul. 80, 3 *subscripsere quidam... statuae... ipsius Caesaris* Brutus, quia... factus est.

[10] Svet. IV Cal. 6, 1 *Romae... cum... convaluisse* (Germanicum) *percrebruisset,... expergefactus e somno Tiberius gratulantium vocibus atque... concinentium*: salva Roma... Germanicus. Cf. *FPL*, p. 305; Courtney 1993, p. 478.

[11] Svet. VII Galba 6, 2 *a Gaio Caesare <... in locum Gaetu>lici substitutus... plaudentes inhibuit (milites)... statimque per castra iactatum est:* disce... Gaetulicus. Cf. Haffter 1959, pp. 98 ss.; *FPL*, p. 332; Courtney 1993, p. 480.

[12] A propósito de Lépido y Planco, cónsules en el 42 a.C. y que celebraron sendos triunfos en el año 43: Vell. Pat. 2, 67, 3 *eoque inter iocos militares qui currum Lepidi Plancique secuti erant inter execrationem civium usurpabant hun versum* de germanis, non de Gallis, duo triumphant consules. Cf. *FPL*, p. 193; Courtney 1993, pp. 484 s.

[13] Si se aceptan las reconstrucciones que sobre el texto transmitido han propuesto los filólogos; Sedgwick (1932), por ejemplo, desconfiando de ellas, los incluyó entre sus septenarios populares. Pighi (1968, pp. 579 ss.) los interpretó como *cola* trocaicos cantados a ritmo de marcha.

mille vivat <mille mille mille>[14] *qui mille occidit.*
tantum vini nemo habet quantum fudit sanguinis[15].
mille Sarmatas, mille Francos semel et semel occidimus,
<mille, mille, mille, mille>[16] *mille Persas quaerimus…*[17]

Tampoco son los cesarianos los primeros en el tiempo entre los septenarios populares latinos; de época de Sila sería el más antiguo conocido, de corte político, citado por el gramático Sacerdote:

1 *postquam Crassus carbo factus Carbo crassus factus est*[18];

los que contra Sarmento, el liberto de Mecenas, se han conservado en los escolios a Juvenal[19] son ya de tiempos de Augusto:

16 *alium scriptum habet Sarmentus, aliud populus voluerat.*
17 *digna dignis: sic Sarmentus habeat crassas compedes.*
18 *rustici, ne nihil agatis: aliquis Sarmentum alliguet.*

De fecha no precisable es el acertijo que cita Petronio[20]:

19 *qui de nobis longe*[21] *venio, late venio? Solve me*;

y los dos infantiles que recogió Porfirio:

14 *rex erit qui recte faciet; qui non faciet, non erit*[22];
15 *habeat scabiem quisquis ad me venerit novissimus*[23];

ambos anteriores a Horacio y el primero incluso a César[24].

---

[14] Reconstrucción propuesta por Corssen (1864, p. 141 ss.) y seguida en parte por Fuchs (1974, p. 179 s.), quien hizo la siguiente propuesta: *mille mille mille <mille mille> decollavimus. || unus homo mille* [*mille decollavimus*] *mille vivat <annos>, qui mille occidit.|| tantum vini nemo habe<bi>t quantum fudit sanguinis.*

[15] *Historia Augusta* Aurelian. 6, 4 *ut etiam ballistia pueri et saltatiunculas <in> Aurelianum tales <componerent>, quibus diebus festis militariter saltitarent:* mille... sanguinis: cf *FPL*, pp. 375 s.

[16] Corssen.

[17] *Historia Augusta* Aurelian. 7, 2 *iterum de eo facta est cantilena;* mille Sarmatas... quaerimus: cf. *FPL*, pp. 376.

[18] Sac. ars gramm. 1, *GLK* VI 461,27: *FPL*, pp. 109 s.; Courtney 1993, p. 470.

[19] Schol. Iuv. 5, 3: cf. Haffter 1959, pp. 94 ss. *FPL*, pp. 248 ss.; Courtney 1993, pp. 475 s.

Para otro tipo de versos (sobre todo, dísticos elegíacos) populares contra personajes importantes, cf., por ejemplo, *FPL*, pp. 109 (*in Memmium*), 265 (*in Augustum*), 304 s. (*in Tiberium et Germanicum*), 309 (*in Caligulam*), 331 (*in Neronem eiusque successores*) 368 (*in caesares Romanos ex Historia Augusta*).

[20] Petron. sat. 58, 8

[21] *Quid de nobis? Longe…*: Pfister.

[22] Hor., epist. 1, 1, 59 s. *at pueri ludentes 'rex eris' aiunt, || si recte facies* Porph., Hor. ep. 1, 1, 62 *contra pueri lusu cantare solent:* rex... non erit: cf. *FPL*, p. 417; Courtney 1993, pp. 484 s.: «They must have constructed a verse on these lines *bene si facies, puniere, si male autem, rex eris*».

[23] Según la reconstrucción de L. Müller; Hor. ars 417 *occupet extremum scabies*; Porph., Hor. ars 417: *hoc ex lusu puerorum sustulit, qui ludentes solent dicere*: Quisquis ad me novissimus venerit, habeat scabiem. *FPL*, p. 417.

[24] Si el a]n me;n kalw`› poihvsh/›, kolasqhvsh/, a]n de; kakw`›, basileuvsei› que, según Dión Casio (43, 20, 3) cantaron sus soldados era efectivamente una parodia (cf. Courtney 1993, pp. 483 s.) del *rex erit* infantil; cf. asimismo

Pero no es propiamente de la presencia de César en estos versos populares de lo que aquí voy a ocuparme, sino más bien de los propios versos en sí: de lo que estos septenarios cesarianos pueden decir sobre la entidad y el proceso histórico del que parece que fue el verso popular por excelencia en Roma; y no sólo en la Roma antigua, sino antes y después de ella y mucho más allá de sus fronteras. Advierto, con todo, de entrada, que, aun dando por bueno el texto transmitido, lo que estos versos nos digan hay que oírlo con cautela, no sin reservas: nadie, en efecto, garantiza que lo que leemos u oímos reproduzca exactamente lo que cantaron los soldados durante la procesión triunfal; Suetonio escribe a más de un siglo de distancia de aquel evento y, por si fuera poco, no han faltado escollos en la transmisión del propio pasaje del historiador.

1. Haré, además, girar mis obervaciones en torno al primero de estos versos, y más en concreto, al primero de sus hemistiquios: *Gallias Caesar subegit*. Prescindiré, en principio, incluso de su contexto inmediato: no me voy a cuestionar de momento la autenticidad, problemática, como he dejado dicho, del verso siguiente, ni tampoco su ubicación entre este primero y el tercero, que tan evidentes lazos léxicos y sintácticos muestran entre sí.

1.1. En el nivel de la «forma métrica» y sus variantes o «esquemas», hay que empezar reconociendo que estos nueve versos cesarianos son todos cuantitativamente correctos[25].

Lo cual sugiere, como mínimo, dos consideraciones: la primera es que aparece aquí ya plenamenta consumada la helenización del prehistórico *quadratus*, es decir, del verso cuatripartito, a base de cuatro *commata* y dos *cola* de ocho y siete sílabas. Un verso previo a la importación de formas métricas y versificatorias griegas; autóctono, como el saturnio; presente tanto en la península itálica como en la helénica, pero por herencia indoeuropea: los octosílabos y heptasílabos, ampliamente documentados con diferentes grados de regularización en todo el ámbito indoeuropeo, parecen haber sido células básicas en la versificación de dicho pueblo[26].

La segunda es que esta regularización del primitivo verso silábico de acuerdo con los patrones de la versificación cuantitativa alcanza aquí no ya a los versos de

E. CARY, *Dio's Roman History*, vol. IV, p. 247, nota *ad loc*: «This remark is evidently a perversion of an old nursey jingle (*nenia*): *Si male faxis vapulabis, si bene facis rex eris*».

[25] Lo son, de suyo, los diecinueve reconocidos por Pfister.

[26] Cf., por ejemplo, WEST 1973, 1973b, 1982.

un poeta culto sino también a los del pueblo. Lo cual nos lleva una vez más a descartar la idea de que en Roma la métrica/versificación cuantitativa fuese sólo o principalmente una especie de superestructura cultural helenizante por encima de la versificación autóctona, comática, verbal o, en todo caso, silábica o silábico-acentual, que, aunque oculta para nosotros, se habría mantenido viva desde tiempos prehistóricos en boca del pueblo[27] hasta emerger de nuevo en época tardía. No parece, por tanto, otra cosa sino que la métrica latina fue toda cuantitativa (o, en parte, como también la griega, silábico-cuantitativa), la culta y la del vulgo, como cuantitativa era la lengua y la prosodia de todos.

1.1.1. En cuanto al tratamiento de estos versos en el nivel de los esquemas, el orden transmitido *Gallias Caesar subegit* supone atenerse estrictamente a la pureza de los pies impares requerida en este caso por lo que sería un tetrámetro trocaico. En cambio, el orden *Caesar Gallias*, con su espondeo inicial que rompería la preceptiva alternancia de pies marcados y no marcados supondría que el verso es tratado como «septenario», es decir, medido por pies, y no como tetrámetro cataléctico, o sea, medido por metros. Ahora bien, en general, estos versos cesarianos parecen ser septenarios: predominan en ellos los que no respetan el yambo inicial ni los demás requeridos en los pies impares, los marcados dentro de cada metro. Otro tanto ocurre en los diecinueve populares, entre los que sólo cinco (26,32%) son tratados como tetrámetros; los catorce (73,68%) restantes son septenarios.

Esto nos sitúa de entrada ante unos versos concebidos al mismo aire de los de la comedia[28]: versos por pies, «a la latina», y no por metros, «a la griega»[29]: cosa que parece indicar que esta versificación popular, cuantitativa, como he dicho, se mantenía aún en época de César inmune a la «reclasificación» helenizante que se aprecia ya por entonces en la versificación culta, en Catulo o en Cicerón. Así, pues, desde esta perspectiva se ratificaría la entidad popular, vulgar, si se quiere, de estos versos e indirectamente la popularidad de César: César aparece aquí cantado por el pueblo, al aire del pueblo.

1.1.2. Aún en este nivel de los esquemas, es rasgo típico del septenario trocaico en la versificación latina cuantitativa la tendencia al isosilabismo y, por

---

[27] Cf., por ejemplo, Vossler 1951, pp. 39 s

[28] No es momento éste de detenernos en la discutida relación entre el autóctono *versus quadratus* y los septenarios de la antigua comedia latina: cf., por ejemplo, al respecto, Marx 1922; Fraenkel 1927; Immisch 1923.

[29] En cambio, un recuento efectuado (Luque 1995, p. 236) sobre los ejemplos que aportan los gramáticos da un predominio de los tetrámetros (56,67%) sobre los septenarios (26,32 %).

tanto, la escasa frecuencia de las resoluciones; una tendencia que se muestra especialmente fuerte en los populares:

	Versos estudiados	**Versos con resolución(es)**	**Semipiés resolubles**	**Semipiés resueltos**
Gramáticos	30	9 = 30 %	390	23 = 5,90 %
Populares:	19	12= 63,16 %	247	19 = 7,69 %*

* Datos éstos y los anteriores tomados de LUQUE 1995, p. 237.

Y es la que se observa en el canto de los soldados de César: sólo cuatro (7, 9, 10 y 11) de los nueve versos presentan resolución: una por verso, además, y siempre en el primer hemistiquio; pero los cuatro pueden quedar reducidos al patrón isosilábico a base de reconocer una pronunciación con sinizesis:

7 *aurum in Gallia effutuisti, hic sumpsisti mutuom!*

9 *Galli bracas deposuerunt, latum clavom sumpserunt*

10 *Brutus, quia reges eiecit, consul primus factus est*

11 *hic, quia consules eiecit, rex postremo factus est.*

1.2. Si pasamos ya al nivel de la «composición», salen al paso, entre otras, las siguientes observaciones:

1.2.1. Se encuentra en estos septenarios el único caso de hiato constatable en los diecinueve populares:

n.º 7: *aurum in Gallia effutuis**ti*** + ***hic*** *sumpsisti mutuum.*

Viene, es verdad, este hiato atenuado por la *h* que separa las dos vocales y por hallarse dichas dos vocales a uno y otro lado de la juntura; pero, con todo, cabría anotarlo como un nuevo rasgo de «vulgaridad».

No se excluye, sin embargo, en ellos la sinalefa[30]: la encontramos en el 6 (dos casos), en este mismo verso 7 (dos casos) y en el 8.

1.2.2. En cuanto a tipología verbal, lo primero a ver en estos versos es la vigencia en ellos del modelo cuatripartito, «*quadratus*», que constituye, por así decirlo, la

[30] Que se halla presente, asimismo, en otros tres (13 —aféresis de *est*—, 16 y 18) de los diecinueve septenarios populares.

norma, tanto si se considera el septenario latino como herencia de un verso autóctono[31], como si se ve en él la influencia del tetrámetro trocaico griego[32].

Once (57,90%) de los diecinueve septenarios populares de Pfister se articulan en cuatro *commata* a base de presentar, además de la juntura central, diéresis segunda y sexta, es decir, fin de palabra tras los pies segundo y sexto. Los cesarianos se sitúan en esa misma tesitura: cinco de los nueve (55,56%) muestran dicha organización:

4 *ecce Caesar | nunc triumphat, + qui subegit | Gallias,*

5 *Nicomedes | non triumphat, + qui subegit | Caesarem.*

7 *aurum in Galli(a | effutuisti, + hic sumpsisti | mutuom!*

8 *Gallos Caesar | in triumphum + ducit, idem in | curiam*

9 *Galli bracas | deposuerunt, + latum clavom | sumpserunt.*

El resto de los versos también presentan articulación cuatripartita, pero distinta en lo que atañe al primer hemistiquio: dos de ellos (22,23%) lo articulan a base de lo que podríamos llamar una cesura tercera, es decir, de fin de palabra tras el tercer tiempo marcado (T)[33]:

10 *Brutus, quia reges / eiecit, + consul primus | factus est*[34]

11 *hic, quia consules / eiecit, + rex postremo | factus est*;

los otros dos (22,23%[35]) presentan en el primer hemistiquio una cesura segunda, es decir, tras el T del segundo pie:

3 *Gallias / Caesar subegit, + Nicomedes | Caesarem*

6 *urbani, / servate uxores:+ moechum calv(om | adducimus!*

Este tipo de articulación cuatripartita, que, aislando un crético inicial, deja en el resto un esquema idéntico nada menos que al del trímetro yámbico (algo, es

[31] Cf. Immisch 1923.

[32] Cf. Fraenkel 1927.

[33] Una articulación que no vuelve a aparecer en ninguno de los demás septenarios populares.

[34] Aunque aquí, de no ser por el estrecho paralelismo que guarda el verso con el siguiente, se podría reconocer también la misma cesura segunda de los dos que quedan.

[35] Este tipo, en cambio, dentro del conjunto de los diecinueve septenarios populares representa sólo el 15,79%; aparte de estos dos casos se encuentra sólo en el n.º 14.

cosa sabida, reivindicado desde antiguo como síntoma de parentesco e incluso de relación genética entre ambas formas métricas), ha sido considerada[36] incluso más antigua que la «normal» y además menos susceptible de ser achacada a un condicionamiento por parte del tetrámetro griego.

De nuevo, entonces, se reafirmaría el orden *Gallias Caesar*: vendría garantizado por un tipo de organización cuatripartita que parece de mayor arraigo y abolengo que la que conllevaría *Caesar Gallias*.

1.2.3. Dejando a un lado, *brevitatis gratia,* otros detalles de tipología verbal, como la relación palabra-pie o el tipo de palabra con que se cierran tanto el primer hemistiquio como el segundo[37], paso a unas breves observaciones sobre los acentos de la palabras y su relación con los tiempos marcados (T).

El orden *Caesar Gallias* supondría la absoluta «regularidad» acentual del verso: todos sus acentos de palabra coincidirían con los T. El orden *Gallias Caesar*, en cambio, hace que el tercer troqueo sea «heterodino».

Regularidad acentual absoluta presentan siete (77,80%) de los nueve septenarios cesarianos[38]; sólo en dos (22,2%), en éste y en el 6, resulta incompleta.

Pero tal distribución regular de los ocho acentos, ubicados en los ocho T, ¿la hubo alguna vez? A mí me parece que no, ni siquiera en el primitivo verso autóctono; sería pretender ver ya en él la posterior estructura rítmica yambo-trocaica que le sobrevino desde los presupuestos de la versificación jónico-ática.

Además, tal regularidad de los acentos, cuando se da, como a veces ocurre, en el tetrámetro/septenario cuantitativo, es, por supuesto, redundante, algo que no pasa del nivel de la «composición»; algo no pertinente en el nivel de la forma métrica. En dicho nivel sí lo sería luego, en la posterior versificación silábico-acentual, heredera de la cuantitativa; pero ni siquiera en ésta se observa de una manera rígida: en los comienzos de verso, o incluso de hemistiquio, no se exige a rajatabla, sino que se permite cierta libertad[39].

Luego tampoco desde esta perspectiva de la regularidad acentual hay razones para preferir el orden *Caesar Gallias* al transmitido *Gallias Caesar.*

---

[36] IMMISCH 1923, pp. 32 ss.

[37] Nótese a este propósito cómo los nueve septenarios cesarianos terminan en palabra trisílaba (*factus est* lo es prosódicamente), garantizando así la homodinia de la cadencia. Cf. sobre ello, por ejemplo, LUQUE 1995, pp. 245 ss.

[38] Cuatro de ellos a pesar de presentar algún tiempo resuelto. Nótese en el verso 9 la forma *sumpserunt*, con penúltima sílaba breve y, por tanto, proparoxítona: una nuevo rasgo del latín coloquial o familar que aquí se emplea.

[39] Cf. MEYER 1936, pp. 175 ss.; NORBERG 1988, pp. 98 ss.; 108 ss.; 114 ss.

1.2.4. Y tampoco las encuentro si desde este plano de las palabras subimos al de las frases, a la sintaxis, a lo que en algún momento algunos llamaron «colometría semántica».

Aquí, desde el punto de vista de la organización interna de la frase, la disposición *Gallias Caesar* supone, en palabras de Rubio[40], una desviación del «orden natural» (sujeto + predicado), un desplazamiento de uno de los «términos determinantes» del predicado por «motivaciones expresivas», entre ellas, «para destacar la predicación implícita que contienen». Dicho en términos funcionales y pragmáticos: la primera posición de la frase en lugar de ocuparla el «constituyente Sujeto... explícito», la ocupa aquí, otro constituyente, que hace valer así su relevancia; todo ello de acuerdo con la norma de que «hay disponible una posición privilegiada para un constituyente Tópico o Foco contrastivo, que puede ser el Predicado, un argumento o un satélite. A continuación siguen los demás constituyentes»[41].

La relevancia de *Gallias* aquí sería no sólo fraseológica, sino también métrica: no se trata sólo de un comienzo de frase (que podría ser además el del canto o, en todo caso, de un sector de dicho canto), sino de un comienzo de período rítmico-métrico. Entran entonces en juego, entre otros condicionantes: de un lado, la organización interna de dicho período o verso (disposición quiástica, que le confiere una solemnidad lapidaria, similar a la de un hexámetro «áureo»); de otro, su relación con la de otros próximos, sobre todo, la del anterior y la del siguiente.

Y en este punto cabría traer a colación el problema del verso segundo (el número cuatro), al que ya aludí al comienzo: su entidad, discutible, como dije, por razones de la transmisión manuscrita, podría serlo también por razones métricas o, si se prefiere, métrico-fraseológicas.

La secuencia transmitida (o presentada por los editores) no es, desde luego, imposible:

3 *Gallias Caesar subegit, Nicomedes Caesarem*

4 *ecce Caesar nunc triumphat, qui subegit Gallias*,

5 *Nicomedes non triumphat, qui subegit Caesarem*;

al contrario, muestra una gran coherencia interna: en ella, el verso 3, focalizado en torno al *Gallias* inicial, pero también al *Caesarem* final, supondría el enuncia-

[40] Cf. Rubio 1982, pp. 210 ss.

[41] Cf. Pinkster 1995, § 9.3.2.2.

do del que se parte. Dicho enunciado resultaría desarrollado luego por los versos 4 y 5, que irían los dos introducidos por *ecce*: concretamente, el 4 se correspondería con el primer hemistiquio y el 5, con el segundo; todo ello en torno al verbo *subegit* intencionadamente anfibológico. Por otro lado, dichos dos versos guardan entre sí estrechos vínculos conceptuales (en el 5 se niega para Nicomedes lo que en el 4 se otorga a César) y formales: *ecce Caesar/Nicomedes*, *nunc triumphat / non triumphat, qui subegit Gallias / qui subegit Caesarem*.

Ahora bien, todo ello no impide pensar en otra posible ubicación para el verso 4: dada la ausencia de dicho verso en las fuentes manuscritas más antiguas, no parece que, si verdaderamente figuró en el canto de los soldados, tuviera que ser necesariamente en la posición en que se edita. Primero porque se intercala entre 3 y 5 interrumpiendo la secuencia que parece haber entre estos dos versos, secuencia no sólo lógico-semántica, sino incluso métrica: ambos versos, en efecto, se centran en César y Nicomedes; ambos, jugando con el doble sentido, de *subigere*, ridiculizan el triunfo de César y su imagen pública con aspectos denigrantes de su vida privada; el verso 5, según acabo de decir, parece desarrollar el segundo hemistiquio del 3; *Nicomedes* se repite al final y al comienzo de uno y otro verso en una especie de *gradatio*.

Esto por un lado, en cuanto a los versos 3 y 5. Por otro lado, el *ecce* con el que se abre el verso 4 podría reclamar para dicho verso una posición anterior a la de los otros dos, una posición inicial, que encabezara, si no todo el canto, al menos una sección del mismo. A eso induciría también el hecho de que inmediatamente después del *ecce*, ocuparía la posición privilegiada que le corresponde por las circunstancias el término *Caesar*, sujeto sintáctico, tópico y foco no ya de la frase, sino de todo el canto y de toda la celebración.

No sería, por tanto, descabellado pensar en un posible orden

4 *ecce Caesar nunc triumphat, qui subegit Gallias*;

3 *Gallias Caesar subegit, Nicomedes Caesarem*

5 *Nicomedes non triumphat, qui subegit Caesarem*

De este modo, además, se sucederían en *gradatio* no sólo los versos 3 y 5 con la reiteración del término *Nicomedes*, sino también, y sobre todo, los versos 4 y 3 con la del término *Gallias*.

Habría así otra razón más para el orden *Gallias Caesar*: el *Gallias* que encabeza el verso recogería el *Gallias* con el que se cierra el anterior.

BIBLIOGRAFÍA MENCIONADA

Corssen, W. P. (1846): *Origines poesis Romanae*, Berlín.

Courtney, E. (1993): *The fragmentary latin Poets, edited with a commentary*, Oxford.

Courtney, E.. (1995): *Musa lapidaria. A Selection of Latin Verse Inscriprtions*, Atlanta, Georgia.

Fraenkel, E.. (1927): «Die Vorgeschichte des Versus quadratus», *Hermes* 62 (1927), pp. 357-370 (= *Kleine Beiträge zur klassische Philologie*, II, Roma 1964, pp. 11-24).

Fuchs, H. (1974): «Drei römische Kaiser in Versen ihrer Untertanen», *Museum Helveticum* 31 (1974), pp. 179 ss.

Haffter, H. (1959): «Interpretationen zur römischen Volkspoesie», *Hermes* 87 (1959), pp. 91-102.

Housmann, A. E.. (1927): *M. Annaei Lucani Belli Civilis libri decem*, Oxonii.

Immisch, O. (1923): *Zur Frage der Plautinischen Cantica*, Sitzungsber. Heidelb. Akad. der Wiss., Phil.-hist. Klasse, 1923, 7. Abhandlung.

Klopsch, P. (1972): *Einführung in die mittellateinische Verslehre*, Darmstadt.

López Delgado, C. (2006): *Annales. Ab urbe condita usque ad Augustini mortem. Apuntes de cronología romana*, Madrid.

Luque Moreno, J. (1995): «El *versus quadratus* en los tratados de métrica antiguos y medievales», *Florentia Iliberritana* 6 (1995), pp. 283-329.

Marx, Fr. (1922): «Molossische und Bakcheische Wortformen», *Abh. Sächs. Akad.* 1 (1922), p. 10 s.

Meyer, W. (1936): *Gesammelte Abhandlungen zur Mittellateinischen Rythmik*, III, Berlin.

Morel,W.; Büchner, C.; Blänsdorf, J. (1995): (*FPL*) *Fragmenta poetarum Latinorum epicorum et lyricorum praeter Ennium et Lucilium*, Leipzig.

Norberg, D. (1988): *Les vers latins iambiques et trochaïques au Moyen Age et leurs répliques rythmiques*, Stockholm.

Pfister, R. (1959): «Volkstümliche versus quadrati», *Münchener Studien zur Sprachwissenschaft* 15 (1959), pp. 23-38.

Pighi, G.B. (1968): *Metrica latina*, Turín.

PINKSTER, H. (1995): *Sintaxis y semántica del latín*, trad. esp. M.ª E. Torrego-J. de la Villa, Madrid.

RUBIO, L. (1982): *Introducción a la sintaxis estructural del latín*, Barcelona-Caracas-México.

SEDGWICK, W. B. (1932): «The trochaic tetrameter and the *versus popularis* in Latin», *G & R* 1 (1931-32), pp. 96-106.

VOSSLER, K. (1951): *Die Dichtungsformen der Romanen*, Stuttgart, trad. J. M.ª Coco Ferraris, Buenos Aires, 1960.

WEINSTOCK, S. (1971): *Divus Iulius*, Oxford.

WEST, M. L. (1973): «Indo-European Metre», *Glotta* 51 (1973), pp. 161-187.

WEST, M. L. (1973b): «Greek Poetry 2000-700 B.C.», *Classical Quarterly* 23 (1973), pp. 179-192.

WEST, M. L. (1982): *Greek Metre*, Oxford.

II

LA TRADICIÓN TEXTUAL DE LOS *COMENTARII*

EN LOS ALBORES DE LA CRÍTICA DEL TEXTO DE CÉSAR: EL PREFACIO DE GIOVANNI GIOCONDO A LA EDICIÓN ALDINA DE LOS *COMMENTARII* (VENECIA 1513)[1]

Antonio MORENO HERNÁNDEZ
Universidad Nacional de Educación a Distancia
anmoreno@flog.uned.es

RESUMEN

Los primeros indicios de una incipiente labor crítica formulados de manera explícita sobre el texto de los *Commentarii* de Julio César se advierten en el prefacio de Giovanni Giocondo (ca. 1433-1515) a la edición aldina de 1513 y presentado en forma de carta a Giuliano de Medici. El propósito de este artículo es presentar este texto del veronés y llevar a cabo un análisis de las claves de interpretación del mismo y de la reflexión filológica subyacente en torno al proceso y a los criterios de elaboración de la edición en el contexto de la práctica editorial humanista del momento, poniendo de manifiesto la distinción clara que propone Giocondo entre el proceso de colación de manuscritos y la intervención del editor en forma *emendationes* sin base en la tradición conservada.

Palabras clave: Giovanni Giocondo. *Comentarios* de César. Técnica editorial. *Emendatio*

ABSTRACT

The first signs of an incipient critical task explicitly drawn up over the text of Caesar' *Commentarii* can be appreciated in the preface of Giovanni Giocondo to the Aldine edition of 1513, which shows the form of an epistle to Giuliano de Medici. The aim of this article is to present this text and to make an analysis about its keys of interpretation as well as Giocondo' philological reflexion which underlies around the process and the criteria of editing in the context of the humanist editorial practice at the time, pointing up the clear distinction between the process of collating manuscripts and the intervention in form of *emendationes* without basis int the extant tradition.

Key Words: Giovanni Giocondo. Caesar *Commentarii*. Editorial technique. *Emendatio*

★ ★ ★

[1] Este artículo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación FFI2008-02214, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

En un solvente estudio sobre el proceso de búsqueda de manuscritos para las ediciones de textos clásicos realizadas en el Taller de Aldo Manuzio, Carlo Vecce afirma: «Dans le César d'avril 1513 apparaît, de la main de Giocondo, la plus haute expression d' une méthode philologique qui avait désormais conquis le coeur d'Alde: c'est la distinction entre les moments du collationnement et de la correction, annoncée auparavant peut-être par le seul Politien»[2].

La afirmación de este discípulo de Giuseppe Billanovich y contrastado especialista en el Renacimiento italiano se refiere al prefacio de Giovanni Giocondo que precede a la edición aldina de los *Commentarii* de 1513 y donde se encuentra una de las primeras tentativas de formulación de un embrionario método crítico de preparación de las ediciones de clásicos latinos.

Pues bien, el propósito de este trabajo en adentrarse en el Prefacio de Giocondo y en la concepción de la labor del editor que se desprende de ella y del proceso mismo de elaboración de una edición, en el marco de la actividad filológica humanística en la Italia de comienzos del Quinientos y concretamente en el ámbito del proyecto editorial de Aldo Manuzio[3]. A tal fin presentaremos el texto del Prefacio y nos aproximaremos a sus claves interpretativas, en el contexto de este género que se empieza a generalizar en las ediciones impresas desde finales del s. XV y que, por supuesto, no está exento de determinados tópicos y formulaciones que tienden a poner en valor ante el público lector el texto que se edita con los consiguientes desajustes con la práctica real que subyace en la elaboración de las ediciones[4].

El interés de esta edición aldina[5] no se reduce a la indudable estela que dejó sobre un buen número de las ediciones posteriores del XVI, ni tan siquiera a la inclusión

---

[2] C. Vecce, «Alde Manuce et les découvertes des manuscrits: une hypothèse sur le developpement de l'édition Aldine», M. Ishigami-Iagolnitzer, ed., *Les humanistes et l'Antiquité Grecque*, París 1988, pp. 147-156, en concreto pp. 154-155.

[3] Sobre el proceso y la técnica de *emendatio* que caracteriza la edición de los clásicos en este periodo, cf. R. Sabbadini, *Il metodo degli umanisti*, Florencia, 1922; S. Rizzo, *Il lessico filologico degli umanisti*, Roma 1973; E. J. Kenney, *The Classical Text: Aspects of Editing in the Age of the Printed Book*, Berkeley-Los Angeles 1974 (vers it. De G. Ravenna, *Testo e metodo: aspetti dell'edizione dei classici latini e greci nell'età del libro a stampa*, Roma 1995).

[4] Como puede advertirse ya desde el célebre repertorio de B. Botfield, *Praefationes et epistolae editionibus principibus auctorum veterum praepositae,* Cambridge 1861; en concreto sobre las ediciones aldinas, *cf. Aldo Manuzio editore: dediche, prefazioni note ai testi, Introduzione di Carlo Dionisotti; testo latino con traduzione e note a cura di Giovanni Orlando,* Milán 1975.

[5] Descrita en Adams C26 (*Catalogue of Books printed on the Continent of Europe, 1501-1600, in Cambridge Libraries*, compiled by H. M. Adams, 2 v., Cambridge 1967); ICCU C126 (L'Istituto Centrale per il Catalogo Unico delle biblioteche italiane e per le informazioni bibliografiche); Renouard/Manuzio p. 20, n.1 (A. A. Renouard, *Annales de l'imprimerie des Alde, ou histoire des trois Manuce et de leurs éditions*, Paris 1834) ; BML 313 (Biblioteca Medicea Laurenziana, *Le Cinquecentine della Biblioteca Medicea Laurenziana di Firenze*, a cura di Sara Centi; saggio introduttivo di Neil Harris, Roma 2002); CNCE 8147 (*Censimento Nazionale Cinquecentine,* Italia).

de muchas de sus propuestas de lectura como conjeturas en la *Tabula coniecturarum* de Meusel[6], suministrando el más completo repertorio de enmiendas de referencia para los editores de los *Commentarii*, desde Meusel al último editor del *Bellum Gallicum*, Hering, pasando por las ediciones críticas de Du Pontet, Constans, Klotz y Seel[7], por no mencionar el trabajo crítico de propuesta de puntuación de todo el texto con arreglo a la nueva codificación que aportaron las edicions aldinas[8]; además de estas considerables aportaciones, la propuesta de Giocondo y de Aldo incorpora la formulación de una incipiente labor crítica de la tradición manuscrita e incunable anterior, conforme a las técnicas habituales en la práctica de la *emendatio* que se va generalizando en los humanistas de la época, cuyos rasgos describe en su *Praefatio* el encargado de la edición aldina y verdadero editor de la misma, Giovanni Giocondo.

1. LA DEDICACIÓN DE GIOVANNI GIOCONDO A LOS TEXTOS CLÁSICOS LATINOS

La personalidad de Giocondo (ca. 1433-1515) responde sin lugar a dudas a la del humanista polifacético[9], que conjuga su actividad de profesor de latín y griego en Verona con sus inquietudes como arquitecto y estudioso de la antigüedad, con una decidida inclinación por indagar en la arqueología, la epigra-

---

Ejemplares de referencia para este trabajo: Madrid, Biblioteca Nacional, R/5890; Toledo, Biblioteca de Castilla-La Mancha, Fondo Antiguo, 16264; Lleida. Biblioteca Pública del Estado/Biblioteca Pública de Lleida, R. 150; París, BNF Tolbiac —Rez-de-jardin— magasin J-13271; RES-J-2299; RES-J-2300.

[6] Que culmina el segundo volumen de su *Lexicum Caesarianum*, Berlín 1893 (reimpr. 1958).

[7] H. Meusel (Berlín 1913-1920), R. Du Pontet, *C. Iuli Caesaris comentariorum pars prior*, Oxford 1900 (reimpr. 1991); L.-A. Constans, *César, Guerre des Gaules*, vols. I, París 1926 (reimp. 1972), A. Klotz (*C. Iuli Caesaris Commentarii*, vol. I, *Commentarii belli Gallici*, Leipzig 1927) y O. Seel (*C. Iulii Caesaris Commentarii rerum gestarum*, vol. I, Bellum Gallicum, Leipzig 1968) y en particular la de W. Hering (*Die Recensio der Caesarhandschriften*, Berlín 1963, y su edición teubneriana de *Gall*., Leipzig 1987).

[8] Sobre lo cual nos hemos ocupado en «En torno a la puntuación en las primeras ediciones postincunables de los *Commentarii* de César» (1504-1513), *Estudios en Homenaje al Profesor Vicente Picón García*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid 2008, pp. 331-351.

[9] En torno a figura intelectual de Giocondo hay que destacar, además del trabajo clásico de G. Vasari, *Vita di Fra Giocondo e d'altri veronesi,* con una introduzione, note e bibliografia di G. Fiocco, Florencia, 1915, los estudios de R. Brenzoni, *Fra Giovanni Giocondo Veronese*, Florencia 1960; L.A. Ciapponi, «Appunti per una biografia di Giovanni Giocondo da Verona», *Italia Medioevale e Umanistica* 11, 1961, pp. 131-158, y «Fra Giocondo da Verona and His Edition of Vitruvius», *The Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 47, 1984, pp. 72-90; V. Juřen, «Fra Giovanni Giocondo et le début des études vitruviennes en France», *Rinascimento*, 2nd ser., 14, 1974, pp. 102-116; sobre su aproximación a la epigrafía, cf. M. Koortbojian, «Fra Giovanni Giocondo and his epigraphic methods», *Kolner Jarhbuch* 26, 1993, pp. 49-55; sobre su actividad como arquitecto y sus inquietudes sobre la ingeniería hidráulica, las fortificaciones y las máquinas bélicas, cf. V. Fontana, *Frà Giovanni Giocondo architetto 1433 c. 1515*, Vicenza 1987.

fía y los textos clásicos[10] y una prolífica relación de vínculos con el poder político y religioso[11] y con los círculos humanistas de la época[12]. El propio Aldo, poco dado a aludir en sus prefacios a los colaboradores que le ayudan en la preparación de las ediciones, califica de *viro singulari ingenio, ac bonarum literarum studiosissimo*[13].

Actualmente nos es posible delinear las líneas básicas de su actividad filológica gracias a la documentación que suministran los Prefacios[14], la correspondencia[15], el hallazgo de manuscritos sobre los que trabajó[16] y el estudio de las ediciones en las que intervino, si bien éste último aspecto no ha sido suficientemente examinado para algunos de los textos, como ocurre en el caso de César[17]. La labor de Giocondo se centró en la búsqueda de manuscritos antiguos, principalmente durante su estancia en París (1494 ca. 1504), así como la

[10] Giocondo forma parte del reducido grupo de humanistas que practicaron varias artes: Burke lo incluye en la nómina de los 18 italianos que practicaron tres o más artes en el Renacimiento (2001, 72, n. 28). Sobre su posición en el contexto del saber humanístico, cf. M.D. Reeve, «La erudición clásica», en J. Kraye (ed.), *Introducción al humanismo renacentista*, vers. esp. Madrid 1998, pp. 41-72 (65-66).

[11] A lo largo de su vida sirvió a Fernando, rey de Nápoles, a Carlos VIII y Luis XII de Francia, a la República veneciana y, por último, al papa León X, quien en 1513 lo nombró arquitecto de San Pedro junto con Raphael y Bramante.

[12] Como su relación con el propio Aldo y su círculo, y con Bernardo y Pietro Bembo (1470-1547) o humanistas italianos con Bartolomé Sanvito, Pontano, Iacopo Sannazaro o Ermolao Barbaro, así como con franceses, como Jacques Lefèvre d' Etaples y Guillaume Budé. Sobre estas relaciones, cf. R. Brenzoni, *Fra Giovanni Giocondo Veronese*, op. cit.; M. Danzi, *La biblioteca del cardinal Pietro Bembo* p. 25, o con Bartolomé Sanvito, R. Weiss, *La* scoperta *dell'Antichità classica nel Rinascimento*, Padua 1989, pp. 174-175.

[13] Prefacio a la edición de Plinio de 1508.

[14] G. Orlandi-C. Dionisotti (eds.), *Aldo Manuzio editore. Dediche, prefazioni, note ai testi*, Milán 1975, con un esclarecedor prólogo de C. Dionisotti, con la edición del conjunto de dedicatorias y prefaciones de las ediciones aldinas.

[15] La única carta autógrafa de Giocondo a Manuzio fue editada por R. Brenzoni, *Fra Giovanni Giocondo Veronese*, *op. cit.*, pp. 151-155.

[16] Sobre los avatares del descubrimiento de manuscritos en Francia al comienzo del s. XVI de la mano de los humanistas italianos, en particular del propio Giocondo, de Girolamo Aleandro, y de Jacopo Sannazaro, cf. C. Vecce**,** *Iacopo Sannazaro in Francia. Scoperte di codici all'inizio del XVI secolo*, Padua 1988, y el ya citado «Alde Manuce et les découvertes des manuscrits: une hypothèse sur le developpement de l'édition Aldine», art. cit., pp. 147-156, y O. Salgado, «France and the transmisión of Latin Manuscripts», en G. N. Sandi (ed.), *The classical heritage in France,* 2002, pp. 25-46 (en particular pp. 29-34) El interés de Giocondo por la matemática, se ha puesto de manifiesto a través de la identificación de varios mss. con anotaciones del propio Veronés: Ciapponi localizó apuntes matemáticos de Giocondo en el ms. *Laurent.* 29.43; A. Tura ha identificado algunos mss. de matemáticas de Giocondo («Codici di matematica di Fra Giocondo», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 61, 1999, pp. 701-711); así como las anotaciones del veronés al cód. 137 de la Biblioteca del Colegio de Eton, que perteneció a Bernardo Bembo y que contiene el texto de Vitrubio («Noterelle su Fra Giocondo e Parrasio», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 65, 2003, pp. 305-316).

[17] La edición de Vitrubio ha sido estudiada por Ciapponi («Fra Giocondo da Verona and His Edition of Vitruvius», *art. cit.*, pp. 72-90). La estudiosa italiana indaga en los criterios que guían la labor filológica de Gioncondo sobre el texto vitrubiano.

copia, lectura y corrección de códices y la revisión y preparación de ediciones de clásicos latinos relacionados, sobre todo con sus propios campos de interés (Frontino, Vitrubio, Frontino), los historiadores (Salustio, César) y los escritores *De re rustica*, así como su dedicación a las epístolas de Plinio el joven a raíz de su hallazgo en la abadía de San Víctor de París de un manuscrito que contenía las cartas que componen el libro X, motivo por el que su figura es más conocida en el ámbito filológico[18]. Giocondo mantuvo una relación estrecha con el ambiente humanístico veneciano, colaborando para los talleres de Aldo Manuzio, Philippo de Giunta y Giovanni Tridino, Su actividad en el entorno de las imprentas italianas se desarrolla entre 1505, tras su retorno de Francia y 1515, cuando muere.

La labor de Giocondo en la preparación y revisión de textos clásicos latinos se concreta, a tenor de la cronología de las ediciones, en las siguientes obras:

a) El volumen ya citado de Plinio el Joven, *Epistolarum libri X* y Julio Obsecuente, que Aldo publica en noviembre de 1508[19], gracias a un códice encontrado por Giocondo y Pietro Aleandro en París, y del cual hace una copia en la Abadía de Saint Victor el propio Giocondo que traslada a Aldo, y que dos años después, del embajador de Venecia en París, Aloisio Mocegino[20] lleva el manuscrito mismo a Aldo. Esta edición incorpora por primera vez el libro X de las cartas plinianas, que representa una de las mayores contribuciones de la prensa aldina a la edición de textos clásicos. En el

[18] Sobre la hipótesis de que el Fragmento de Morgan (Pierpont Morgan Library, Nueva York), formaba parte del *Codex Parisinus* colacionado para le edición aldina de 1508, cf. E.K. Rand, «A new approach to the text of Pliny's Letters», *Harvard Studies in Classical Philology* 34, 1923, pp. 79-191, frente a E.T. Merrill, «The Morgan Fragment of Pliny's Letters», *Classical Philology* 28, 1923, pp. 97 y ss.

[19] *C. Plinii. Secundi,... epistolarum libri decem, in quibus multae habentur epistolae non ante impressae... Ejusdem Panegyricus Trajano Imp. dictus. Ejusdem de viris illustribus in re militari, et in administranda rep. Suetonii Tranquilli de claris grammaticis et rhetoribus. Julii Obsequentis Prodigiorum liber.* Venetiis in aedib. Aldi, et Andreae Asulani soceri. Mense novembri M D VIII. In-8º. Esta edición aldina incorpora, según el testimonio de Aldo, enmiendas de Giocondo, frente a la edición pacial de las cartas de ese libro X que fue realizada por Girolamo Avanzi en 1502 sobre una copia parcial realizada por Pietro Aleandro.

[20] Aldo se refiere a este códice en el Prefacio de la edición: *Sed tibi in primis habenda est plurima gratia Inclyte Aloisi, qui exemplar ipsum epistolarum reportasti in Italiam, mihi dedisti ut excusum publicare. Deinde Jocundo Veronensi, viro singulari ingenio, ac bonarum literarum studiossimimo, quod et easdem Secundi epistulas, ab eo ipso exemplari a se descriptas in Gallia diligenter, ut facit omnia et sex volumina Epistolarum, partim manu scripta, partim impressa quidem, sed cum antiquis collata exemplaribus, ad me ise sua sponte, quae ipsius est erga studiosos omnes benevolentia adportaverit, idque biennio ante, quam tu ipsum mihi exemplar pubblicandum tradidisses. Exeunt igitur hae Plinii epistolae in manus literatorum et tua, et Iucundi nostri in illos benevolentia, emendatissimae.* Sobre los avatares en torno a este manuscritos, además de la obra de Vecce, cf. O. Salgado, «France and the transmisión of Latin Manuscripts», *art. cit.*, pp. 29-34.

mismo volumen se incluye la obra de Julio Obsecuente *De prodigiorum libris*, que Giocondo envió también a Manuzio[21].

b) Resultado también de sus pesquisas en París es su colaboración en la edición aldina de Salustio. Giocondo y Láscaris proporcionan dos manuscritos parisinos para este volumen, como reconoce Aldo en el Prefacio dedicado a Bartolomaeo Liviano, fechado en abril de 1509[22].

c) Prepara, a partir de un trabajo de acopio y recensión de manuscritos, una edición de Vitrubio que ve la luz en mayo de 1511[23], fuera del entorno aldino, en el taller de Ioannes de Tridinio (Tacuino), con una dedicatoria a Julio II. La edición incorpora 136 ilustraciones de gran repercusión en la tradición de la obra vitrubiana.

d) Esta obra vuelve a editarse, revisada por el propio Giocondo[24], en la imprenta florentina de los Giunta en octubre de 1513 (y posteriormente en 1522 y 1523), junto con *De aqueductibus* de Frontino, con una dedicatoria para Giuliano de Medici[25]. Además de la preparación de la edición, cuyo texto se adoptó en buena parte de las ediciones del XVI, Giocondo incorpora cuatro xilografías más, hasta llegar a las 140, que ilustraban, a su entender, la técnica constructiva vitrubiana, introduciendo en la tradición clásica del texto latino las ilustraciones como vía de comprensión del significado.

e) El 28 de junio de 1512 Giocondo recibe el privilegio veneciano de impresión para la preparación de la edición del *Corpus Caesarianum*, que ve la luz en abril de 1513[26], la única edición ilustrada en xilografías en

---

[21] *Addito etiam Julii Obsequentis libro «De prodigiis» quem mihi Jocundus meus jucundissimus dono dedit, ut una cum aliis in hoc volumine imprimendum curarem*, Prefacio de Aldo a la edición de 1508.

[22] *C. Crispi Salluti de Coniuratione Catilinae et De bello Iugurtino, duo antiquissima exemplaria e Lutetia Parisiorum Ioannes Lascaris, qui superioribus annis egit aud Venetos legatum Regium, et Iocundus Veronensis, uiri bonarum literarum studiosissimi in Italiam attulerunt, mihique quae utriusque est liberalitas, excudenda dederunt, quae quam sint correcta et emendata statim in principio de Coniuratione Catilinae licet cognosceret* (ejemplar de referencia: Venecia, Bibl. Naz. Marciana, n. 390.D.251). Adams S139; Renouard 57.3

[23] *M. Vitruuius per Iocundum solito castigatior factus, cum figuris et tabula ut iam legi et intelligi possit. Impressum Venetiis ac magis q[uam] unquam aliquo alio tempore emendatum, sumptu miraq[ue] diligentia Ioannis de Tridino alias Tacuino, 1511, Die XXII. Maii.* El estudio filológico de esta edición de Gioncondo y su intervención en el texto puede verse en Ciapponi 1984, pp. 72-90.

[24] *Vitrubius iterum et Frontinus a Iocundo reuisi repurgatique quantum ex collatione licuit* (Florencia 1513). Cf. Adams V-903; Berlin Kat. 1799; Brunet V:1327; Cicognara 697; Fowler 394; Millard *Italian* 157; Sander 7695. Cf. ejemplar Madrid, BN, R/2370.

[25] Tras la muerte de Giocondo vuelve a editarse por los Giunta en 1522, con un texto menos fiel al de Giocondo (Ciapponi, «Fra Giocondo da Verona and His Edition of Vitruvius», *art. cit.*, p. 74).

[26] H. G. Fletcher, *In Praise of Aldus Manutius*, Los Ángeles 1954, p. 54.

color salida de las prensas de Aldo, sobre la que centraremos nuestra atención más adelante.

f) En el mismo mes de noviembre de 1513 se publica la edición de la *Cornucopiae* de Nicolás Perotti, con varias obras gramaticales entre las cuales se publica *Compendia* de Nonio Marcelo, cuya tercera parte, hasta ese momento inédita, Aldo afirma que Giocondo transcribió en París[27].

g) Al año siguiente entrega a la imprenta aldina la edición de los autores *De re rustica* (Catón, Varrón, Columela y Paladio, la serie habitual desde 1472), que se publica en noviembre de 1514[28], con un prefacio de Giocondo dedicado a León X y fechado el 15 de mayo de 1514, donde muestra su interés por los textos antiguos sobre la vida campestre, a la cual piensa Giocondo dedicar los últimos años de su vida, deseo que no pudo cumplir, dado que falleció al año siguiente.

h) Entre sus últimas colaboraciones con las prensas italianas se encuentra la revisión del texto de Marcial editado anteriormente en 1501 y publicado póstumamente en el taller aldino en 1517[29].

2. LA PREPARACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN ALDINA

La publicación de los *Commentarii* de César tiene lugar en la etapa final de la producción y de la vida de Aldo Manuzio[30], tras la interrupción de las actividades de su taller aldino entre 1509 y 1512 a causa de la guerra de Ferrara. Aldo consigue reactivar la actividad de su oficina gracias a la recuperación de la colaboración asidua entre los intelectuales y la imprenta, como ya había sucedido a principios de siglo.

[27] *Nonii Marcelli Compendia, in quipus tertia fere pars addita est, non ante impressa, idque labore et diligentia Iucundi nostri Veronensi, qui in Gallia Nonnium cum antiquis contulit exemplaribus.*

[28] *Libri de re rustica M. Catonis lib. I. M. Terentii Varroniis lib. III. L. Junii Moderati Columellae lib. XII. Ejusdem de arboribus liber separatus ab aliis, quare autem id factum fuerit, ostenditur in epistola ad lectorem. Palladii lib. XIIII. De duobus dierum generibus: simulq[ue] de umbris, & horis quæ apud Palladium, in alia epistola ad lectorem. Georgii Alexandrini enarrationes priscarum dictionum, quæ in his libris Catonis, Varronis, Columellæ*. Venetiis, 1514.

[29] Cf. Renouard, 81.11; Adams, M 694.

[30] En esta última etapa de tres años, Aldo consigue publicar 30 títulos, cuya relación puede verse en M. Lowry, *The world of Aldus Manutius: Business and scholarship in Renaissance Venice,* Nueva York 1979, pp. 162-163 (*Il mondo di Aldo Manuzio: affari e cultura nella Venezia del Rinascimento*, vers. it., Roma 1984, 2000).

En esta etapa resultó fundamental la contribución de algunos de sus antiguos colaboradores de la Academia Aldina en los primeros años del s. XVI: para los textos griegos siguió contando con el cretense Marco Musuro[31] y con Urbano Bolzani, Fra Urbano[32], el cual se ocupa también de textos latinos; para estos últimos pudo disponer de la colaboración, entre otros, de Andrea Navagero[33], Battista Cipelli (Egnazio), Girolamo Avanzi y Giovanni Battista Ramusio.

También contó en esta etapa con la contribución de Giovanni Giocondo de Verona, quien prepara dos de las ediciones de este período: los *Commentarii* de César (1513) y los libros *De re rustica* (1514). En la documentación conservada, tanto de Aldo como de Giocondo, no se encuentra ninguna alusión a la edición del texto de César. Sólo en los prefacios de uno y otro humanista que anteceden a los textos de los *Commentarii* es posible hallar algunos datos sobre la génesis de la obra[34].

En efecto, la edición de 1513 presenta tres cuadernillos sin numerar antes del comienzo de la edición, que incluyen, tras un plano de la Galia, dos breves prefacios de Aldo, seguidos de una relación de nombres propios y de erratas, una carta del Papa Alejandro VI, y el prefacio de Giocondo, precedido de 5 ilustraciones comentadas, que ofrecen al lector, por primera vez en la tradición del texto César, un intento de aclaración de diversos pasajes mediante imágenes y explicaciones sobre varias construcciones que aparecen en los *Commentarii*.

El primero prefacio de Aldo va destinado al lector, y está fechado en Venecia en abril y noviembre de 1513, pero en él no se recoge ninguna alusión a la edición como tal ni a los colaboradores que trabajaron en ella: Aldo se limita a manifiestar la pertinencia de la edición que corre a su cargo (*cura mea*) y ensalza el estilo de César en los libros que él escribió (*tanta elegantia, tantoque dicendi ornatu*), frente al libro de Hircio y el resto del *Corpus Caesarianum*. Por último, recoge las opiniones de Cicerón sobre los *Commentarii*.

El segundo prefacio del propio Manuzio, dirigido a los estudiosos y datado en diciembre del mismo año, tampoco alude al trabajo de Giocondo ni ofrece nin-

---

[31] Marco Musuro (1470-1517) fue el encargado de la escuela de San Marcos, que promovió los estudios helénicos y la copia de mss. que habían pasado a la institución procedentes de los fondos de Giorgio Valla tras su muerte.

[32] El preceptor de León X, que estaba todavía activo.

[33] Navagero fue uno de los jóvenes poetas del círculo de Padua, que trabajó con Aldo a comienzos del s. XVI en los textos de Cicerón, Lucrecio, Virgilio y Ovidio, revelándose como uno de los editores más competentes de la época. Como librero de la Biblioteca de San Marcos, jugó un papel destacado en la reorganización de los manuscritos y preparó la edición de Quintiliano en la etapa final de la imprenta (agosto de 1514).

guna información sobre la elaboración de la edición como tal, pero sí revela que Aldo estuvo ausente cuando se imprimió al menos una parte de la obra y el mapa, y que su revisión se llevó a cabo cuando ya se encontraba en el proceso de impresión. El prefacio se centra en ofrecer algunos comentarios sobre el plano de la Galia (*totius Galliae pictura*) que figura al comienzo, advirtiendo de algunos errores que ha detectado[35], así como del uso de colores para distinguir pueblos ciudades y accidentes[36]. A continuación, al referirse a algunos nombres que en el mapa apenas se distinguen, hace constar la dificultad para interpretarlos al imprimirse mientras él estaba ausente:

> *Item quia in pictura praecedenti quaedam locorum nomina uix legi possunt, in quibusdam Aedipo coniectore opus est, eius culpa, qui incidit literas absente nobis, curauimus omnia, quae in pictura habentur, nomina, hic imprimenda, ut hic, cum libuerit, queat quis, quae in pictura sunt, corrigere.*

Aldo evoca sin duda las palabras de Milfión en el *Poenulus* (Poen. 443-444: *Nam isti quidem hercle orationi Oedipo / opust coniectore, qui Sphingi interpres fuit*) con el fin de referirse a la imposibilidad para poder leer algunos nombres y la necesidad de corregirlos. De hecho, durante el proceso de revisión de cuadernillos ya impresos se introdujeron gran cantidad de correcciones que figuran en la relación de erratas, detectadas durante la impresión o una vez hecha ésta («*errata, quae uel inter impressionem contigerunt, uel impresso uolumine deprehendimus, corrigenda sic*»). Aunque no se identifica al autor de las correcciones, por su localización tras los prefacios de Aldo, éstas pueden responder a la revisión que sobre diferentes cuadernillos o sobre la impresión definitiva hizo el propio Aldo, y que revelan otro estado del texto. Las correcciones han sido asumidas sistemáticamente por las ediciones posteriores (no sólo por la Aldina de 1519, sino también por la de los Giunta 1514).

Pero es en el Prefacio de Giocondo a Giuliano de Medici —Prefacio que no aparece fechado—, donde encontramos la confirmación del papel decisivo de Giocondo en la preparación de la edición, así como datos bastante relevantes para entender la génesis de la edición y los criterios barajados por Giocondo para intervenir en el texto. Por ello a continuación vamos a analizar con detenimiento este documento del veronés.

---

[34] La dedicatoria de Aldo se encuentra en G. Orlandi-C. Dionisotti (eds.), *Aldo Manuzio editore op. cit.*

[35] Como omisiones: *Arar flu. quae per incuriam praetermissa sunt.*

[36] *Totam autem picturam, ut esse cognitu facilior, uariis coloribus distinguendam iussimus.*

3. EL PREFACIO DE GIOCONDO

Cuando Giocondo escribe este Prefacio en torno a 1513, tiene tras de sí una cierta experiencia en la revisión y preparación de textos clásicos latinos que se refleja en la edición de César en la detenida reflexión sobre el fin de esta labor y los criterios y procedimientos que sigue para llevarla a cabo.

El prefacio está dedicado a Giuliano de Medici (1479-1516) —como también ocurre con la nueva edición de Frontino, que Giocondo publica en el taller de los Giunta en ese mismo año— y presenta una estructura compositiva que conjuga motivos y temas propios de las cartas dedicatorias con la exposición del proceso de elaboración de la obra y de la enmienda de los textos antiguos, a través de las cuales podemos reconstruir la concepción filológica de Giocondo y los criterios explícitos con los que trabaja, y contrastarlos con los de otras obras editadas por el veronés y con la propia práctica crítica que ejerce sobre el texto de César.

Presentamos a continuación el texto prefacio, sobre la base de la edición aldina de 1513, indicando la página y línea de esta edición, y recogiendo a pie de página las variantes de la edición de 1519 (**a**^{2}). Se respetan las tendencias gráficas y de puntuación del original.

Prefacio de Giovanni Giocondo dedicado a Giuliano de Medici

<C-2^{v}> IOAN. IVCVNDVS VERONEN. IVLIANO MEDICI S.P.D.

Si diligentius quis consideret, Iuliane illustrissime, quot is, qui corrupta antiquorum scripta, ut emendata in manus hominum exeant, curat, labores exhauriat. Quam uero nullius, uel perexiguae admodum apud plurimos laudis particeps fiat, admiretur profecto, cur sibi quisquam id oneris assumat. Quo in perferendo, cum maxime enitendum sit, minimam tamen mercedem consequatur. Quod enim in alieno elaboret, neque suum aliquod ipse edat, id apud multos eiusmodi est, ut omnem quem pro laboribus mereretur laudis fructum intercipiat. Qui mihi quidem, siqui sunt, iniqui esse uidentur rerum aestimatores; nihilo enim magis aequum eos sentire existimo, quam siquis ei, qui derelictum cuiuspiam, ac sentibus occupatum agrum suo labore expurgarit colueritque, nulla tamen inde enatarum frugum partem deberi arbitretur. Elaborat certe is in alieno solo, laborum tamen est quoddam iure praemium constitutum. Ac mihi quidem longe uidetur secus, atque eum qui munus hoc recte

exequatur, seu rei ipsius difficultatem spectes, seu quam inde literarum studiosi utilitatem consequantur consideres, in primis laudandum censeo atque (ut uere dicam quod sentio) non mul-<25> to fortasse minus opus hoc existimo, quam si ex te aliquid componas, acrioris illud ingenii, exactioris hoc iudicii, latiore ibi campo euagari licet, angustissimis hic finibus coercemur, ibi, cum ingenii habenas effuderis, ferri quocunque uolueris potes, hic ingenio ita moderandum est, **<C-3^{r}>** ut cum maxime eo opus sit, cicumscriptis tamen quibusdam terminis continendum sit. Non unum quodlibet solum perlegendum, sed plurima conferenda exemplaria. Ex uaria lectione, non quae tibi maxime pla-<5> ceat eligenda, sed quae caeteris authoris ipsius scriptis magis accommodata esse uideatur, ita ut illius tibi prope animus induendus sit. At uero ita parce, ubi quippiam corruptum sit, ex se aliquid addendum, ut nisi certissimis indiciis ducaris; quae quandoque tamen occurrunt, <10> corrupta potius lectio relinquenda sit. Quae omnia quanti laboris, quantae industriae sint, quilibet, qui id experiatur facillime iudicabit. Vtilitatem uero si consideres, multo hinc profecto maior reperietur, atque hoc tamen ita uelim accipi uti a me dicitur. Neque enim tam ignarus rerum <15> sum, uti quemlibet librum emendare (cum multi praesertim sint, quos corruptos esse expediat) utilius putem, quam si possis tuum aliquid scribere; neque si talia quaedam, qualia ea sunt quae emendes, componere possis, hoc potius agendum. Sed hoc dico cum permulta antiquo-<20> rum sint scripta, quibus ne sperandum quidem nobis sit, ut aequales esse possimus, cumque omnis nostra latinae locutionis peritia inde emanet, eaque corruptissima circumferantur; qui in eo uires intendit suas, ut emendatiora legantur, non solum id agit, ut ipsa, et intelligi me-<25> lius et libentius legi, sed id etiam non minus, ut rectius quoque siquis scribere uoluerit, id agi possit, ac tanquam qui turbidum aliquem coeno fontem, unde multi in omnes partes riui deducantur perpurgat, non id solum facit, ut fons ipse nitidior sit, sed et ut riuuli <30> quoque ipsi, qui lutulenti prius ac sordidi fluebant, pu-**<C-3^{v}>** riore unda accepta et aspectu gratiores, et potu suauiores fiant. Sic is, qui corrupta antiquorum corrigit, quasi fontem ipsum perpurgat, nec id faciat modo, sed ut ea etiam, quae a nobis edita, ab fonte illo, <5> quasi quidam riuuli deriuantur, elegantiora esse possint. Non iniuria igitur cum id omne hinc sic hoc illi a nobis anteferri munus uidetur. Sed, ne ego, dum id laudo, in quo aetatis plurimum consumpsi, meipsum laudare uidear, de hoc satis ac nimis fortasse multa; <10> nam ut laudem nullam mereatur, eo fortasse magnificentius cuiquam uideri possit. Cum enim tam multi propositi labores sint, nulla laudis praemia, maximam tantum utilitatem, studiosi hinc omnes adipiscantur, magni cuiusdam animi censendum est, tot nul-<15> lo proposito

praemio labores subire, ac propriam laudem commoni[37] utilitati condonare. Sed ut ad te, me tandem conuertam, Iuliane iustrissime, C. Iulii Caesaris commentaria, cura nostra emendata, in manus eruditorum sub tuo nomine exeunt, quae quanto reliquis, <20> quae hactenus impresa circunferuntur castigatiora sint, cuicunque ea conferre libuerit, cognitu erit facillimum. Ego quidem in eo multum elaboraui, conquisiui multa tota Gallia, exemplaria, quae in prouincia, quod multa eo semper ex Italia translata sunt, atque <25> ea minus praedae exposita, ac bellis, fuerunt, multi incorruptiora uolumina cuiusque generis reperiuntur, contuli omnia, diligenter excussi, neque meo tantum iudicio contentus fui, sed cum multa undique collegissem, eruditos plures demum Venetiis conuocaui, eorumque <30> ingeniis omnia subieci iudicanda, neque quicquam non **<C-4r>** perpensum. Ex quo effectum est ut pauci admodum restent, quae in suum nitorem restituta non sint, sed et eas fortasse aliquis aliquando maculas deterget; nobis id satis sit egisse, ut perpaucae omnino reliquae sint. <5> Hos autem labores meos multis de causis, tibi potissimum dicandos duximus. Primo quidem, quod tibi omnes omnium qui in literis uersantur, labores, lucubrationesque, quodam gentilitio iure, deberi uidentur. Ex ea enim familia es, quae semper literatos mire fo-<10> uit. Nam ut uetustiores praeteream, qui et ipsi tamen hoc magnificentissime egerunt, Laurentius pater ita enixe egit, ut eius beneficentia ex foeda illa proximorum seculorum barbarie in eum, in quo nunc sunt gradum tam latinae quam graecae literae prouectae <15> esse uideantur. Frater uero ita semper literatos omnes amplexus est, uti non inmerito spes ea enata uideatur, quae nunc iam in omnium animis insedit, eo ad summum pontificatus culmen euecto, non Christianam solum rempublicam felicem futuram, sed et bonas o-<20> mnes literas, quae iniquis his temporibus prope exaruerant, tam feliciter prouenturas, ut omne praeteritorum annorum incommoum sarciatur. Qua in re, tu quoque ita animatus cognosceris, ut non adiuturus fratrem solum, non imitaturus patrem, sed et per te ipse, totum <25> hoc munus gesturus, et tanto omnes tuos superaturus sis, quanto illi caeteris excelluerunt. Ad hanc causam accedit, quod Iuliano Iulii commentaria, quod candidissimis animi tui moribus, candidissimum hoc opus maxime conueniens uidetur munus. Quod ego non <30> hoc solum, sed quicquid in me ingenii est, quidquid[38] in **<C-4v>** literis posuum, tibi dedicare constitui, ac iam dedico. Aetate quidem ea sum ut de me non multa tibi possim promittere, sed natura ipsa fortasse, ut plerunque assolet, extremo hoc tempore, subitum aliquid ingenii mei <5> lumen effundet, quod tuum totum erit, tibi

[37] communi *corr.* **a**^{2}.

[38] quicquid *corr.* **a**^{2}.

seruiet, tibi consecrabitur. Tu interea haec, si ita uti speramus accipies, quoddam quasi currenti calcar addetur, ad caetera, quae in animo habemus, perficienda.

4. LA ARTICULACIÓN COMPOSITIVA DEL PREFACIO

Resulta relevante determinar las claves de la articulación compositiva de este prefacio de Giocondo, dentro del cual podemos distinguir los siguientes elementos:

1.º) Exordio: reconocimiento del valor que merece la labor de corrección de los escritos corrompidos de los antiguos (C-2v, 1-26):

A) La labor de corrección es merecedora del mayor reconocimiento, si bien Giocondo lamenta que no sea así (C-2v, 1-20: *Si diligentius - praemium constitutum*).

B) Giocondo defiende que el reconocimiento de esta labor debe ser similar al de las obras originales: C-2v, 20-26 (*Ac mihi - aliquid componas*).

2.º) Naturaleza de la obra de corrección (C-2v, 26-C-3v, 7):

A) Contraposición entre la obra de corrección y la obra original (C-2v, 26 - C-3r, 2: *acrioris illud - continendum sit*).

B) La obra de corrección está sujeta a criterios y límites estrictos: normas que ha de seguir la labor de corrección (C-3r, 2-12: *Non unum - facillime iudicabit*).

C) Utilidad y propósito de la corrección: La labor de corrección es de gran utilidad y si no se puede crear algo equiparable a lo de los antiguos, es mejor dedicarse a la corrección; el fin de la corrección no es sólo entender y leer mejor los textos antiguos, sino depurar la fuente para que las creaciones que se hagan a partir de ella estén libres de deterioro. La enmienda del texto se asemeja a la de una fuente (C-3r, 12-C-3v, 7: *Vtilitatem uero - munus uidetur*).

D) Fin de la alabanza a la corrección (C-3v, 7-C-3v, 16).

3.º) La edición de los *Commentarii* de César (C-3v, 16-C-4r, 4):

A) Presentación de la edición de los *Comentarios* corregida por Giocondo y dedicada a Giuliano de Medici (C-3v, 17-19): *C. Iulii Caesaris commentaria, cura nostra emendata, in manus eruditorum sub tuo nomine exeunt.*

B) Descripción del proceso de preparación de la edición (C-3^{v}, 19-C-4^{r}, 4: *quae quanto reliquis…reliquae sint*).

4.º) *Laudatio* de los Medici y de su apoyo a las letras (C-4^{r}, 5-C-4^{r}, 29)

Alabanza de su padre, Lorenzo de Medici, de su hermano, el Papa León X, recién ascendido al Pontificado (1513-1521), y del propio Giuliano (C-4^{r}, 5-C-4^{r}, 29: *hos autem labores - uidetur munus*).

5.º) Epílogo: Dedicatoria a Giuliano de Medici (C-4^{r}, 29-C-4^{v}, 8)

Giocondo dedica ésta y las obras que en el futuro pueda hacer a Julián; reconoce que se encuentra en una edad avanzada y que es posible que no pueda llevar a término sus futuros proyectos (C-4^{r}, 29-C-4^{v}, 8: *Quod ego non - habemus perficienda*).

Sobre esta base, vamos a centrarnos en dos aspectos que resultan a nuestro juicio substanciales para reconstruir la concepción crítica a partir de este Prefacio: por un lado, la información sobre el proceso de elaboración de la edición, y, por otra, su formulación de criterios explícitos de la edición y la concepción de la enmienda que expone Giovondo en este texto.

5. EL PROCESO DE ELABORACIÓN DE LA EDICIÓN

Giocondo empezó a trabajar en los *Commentarii*, mucho antes de su publicación, durante su estancia en Francia entre 1504 y 1509, mediante la búsqueda de manuscritos en las bibliotecas de París.

El núcleo central del Prefacio está formado por el relato de los avatares que llevó consigo la preparación de la edicion (3º Presentación de la edición de los *Commentarii* de César, C-3v, 16 - C-4r, 4: *Sed ut ad te - reliquae sunt*), corregida por Giocondo (*cura nostra emendata*) y destinada a un receptor muy concreto: los estudiosos cultivados en los textos antiguos (*in manus eruditorum*).

En la misma presentación de la edición, Giocondo manifiesta expresamente que su texto está más corregido que las ediciones impresas hasta entonces, como puede comprobar cualquiera que las compare:

> *C. Iulii Caesaris commentaria, cura nostra emendata, in manus eruditorum sub tuo nomine exeunt, quae quanto reliquis, quae hactenus impresa circunferuntur castigatiora sint, cuicunque ea conferre libuerit cognitu erit facillimum.*

A continuación Giocondo describe detenidamente el proceso de preparación de la edición de los *Commentarii*:

1.º) En primer lugar, llevó a cabo la búsqueda de ejemplares durante su estancia en Francia que, en opinión de Giocondo, se habían sustraído a las corrupciones que habían sufrido los italianos:

> *Ego quidem in eo multum elaboraui, conquisiui multa tota Gallia, exemplaria, quae in prouincia, quod multa eo semper ex Italia translata sunt, atque ea minus praedae exposita, ac bellis, fuerunt, multi incorruptiora uolumina cuiusque generis reperiuntur.*

La búsqueda de manuscritos es para el veronés una necesidad esencial para llevar a cabo la labor filológica, una búsqueda que se lleva a cabo en Francia aprovechando su estancia allí entre 1494 y 1504. Con ello Giocondo entronca con la tradición humanística que se encuentra ya en Poggio Bracciolini, en el autógrafo de la suscripción a las siete *orationes* de Cicerón hasta entonces desconocidas, descubierta por A. Campana en el códice *Vat. Lat.* 11458:

> *Has septem M. Tulli orationes, que ante culpa temporum apud Italos deperdite erant, Poggius Florentinus, perquisitis plurimis Gallie Germanieque summo cum studio ac diligentia biblyothecis, cum latentes comperisset in squalore et sordidus in lucem solus extulit, ac in pristinam dignitatem decoremque restituens latinis musis dicauit*[39].

2.º) Giocondo compara y examina cuidadosamente todos los ejemplares: *contuli omnia, diligenter excusi.*

3.º) Se vale para su examen de su propio criterio y, una vez cotejados muchos testimonios, recurre a la discusión de las lecturas entre el grupo de humanistas que estaban en Venecia:

> … *neque meo tantum iudicio contentus fui, sed cum multa undique collegissem, eruditos plures demum Venetiis conuocaui.*

4.º) Giocondo somete al *ingenium* de estos eruditos todas las lecturas que han de ser ponderadas, sin quedar ninguna sin ser sopesada, a fin de devolverle al texto su propio esplendor, si bien tiene conciencia de que han quedado algunos pasajes corruptos, que quizá en el futuro alguien pueda corregir:

---

[39] Recogido en la edición de R.G.M. Nisbet de *In Pisonem* 1961, XXV; Sabbadini, 1996, 81, quien recoge otros testimonios p. 80, n. 39.

… eorumque ingeniis omnia subieci iudicanda, neque quicquam non perpensum, ex quo effectum est ut pauci admodum restent, quae in suum nitorem restituta non sint, sed et eas fortasse aliquis aliquando maculas deterget; nobis id satis sit egisse, ut perpaucae omnino reliquae sint.

El procedimiento expuesto por Giocondo es similar al que encontramos en el prefacio de su edición a Vitrubio, publicada dos años antes (Venecia 1511, en la imprenta de Giovanni da Tridinio)[40]:

… et ex diuersa lectione effectum est ut ex uno uel altero codice quammulta correcta loca inuenerim, uel ad corrigendum iter ostenderint, et ubi haec non inuenerunt sic omnino uti erant reliqui… (AA2r)

La búsqueda de mss. es una de las actividades que más preocuparon a Giocondo para preparar sus ediciones, así como el sometimiento de las lecturas al juicio de los hombres cultivados de Venecia. Encontramos la misma reflexión en el prefacio de la edición de los escritores *De re rustica* (Venecia 1514):

Hos ipsos libro summa mea in illos beneuolentia cum antiquis contuli exemplaribus accurateque emendaui, adhibito tamen iudicio amicorum et doctorum hominum.

6. CRITERIOS EXPLÍCITOS DE LA EDICIÓN Y LA CONCEPCIÓN DE LA ENMIENDA

El fin último del editor de textos antiguos es, para Giocondo, la enmienda de los manuscritos que han sufrido un profundo proceso de corrupción en las épocas pasadas y que han de recobrar su esplendor pasado, para lo cual es preciso cotejar el mayor número posible de manuscritos (*plurima conferenda exemplaria*) y someter al juicio crítico sus lecturas para, en caso de entender que está corrompido, intervenir en la tradición medienta correcciones o enmiendas.

Para entender la manera de intervenir en los manuscritos que defiende Gioconso hay que partir del contraste que establece el veronés entre el ejercicio de la enmienda de los textos antiguos y la creación de obras originales. Ambas actividades tienen valor y utilidad equiparable, pero el ejercicio de la corrección está en su opinión sujeto a límites y criterios muy estrictos que define en la segunda parte

[40] Sobre los problemas de cronología de esta edición L.A. Ciapponi, «Fra Giocondo da Verona and His Edition of Vitruvius», *art. cit.*, pp. 72-73.

del prefacio, concretamente en C-3r,2-12 (*Non unum - facillime iudicabit*); para Giocondo, la labor de corrección ha de practicarse siguiendo estos criterios:

a) Respecto a los códices que han de leerse, se exige el cotejo del mayor número posible de ejemplares y no de uno cualquiera:

> *Non unum quodlibet solum perlegendum, sed plurima conferenda exemplaria.*

b) Respecto a la selección de la variante, se ha de evitar guiarse por el gusto o la preferencia personal para elegir la lectura más acorde con las preferencias del mismo autor en otros escritos:

> *Ex uaria lectione, non quae tibi maxime placeat eligenda, sed quae caeteris authoris ipsius scriptis magis accommodata esse uideatur, ita ut illius tibi prope animus induendus sit.*

c) En cuanto a la enmienda de lugares corruptos, se ha de ser prudente e intervenir únicamente cuando hay indicios claros que permitan hacer la corrección desde la exigencia que plantea el propio texto; si no se dan esos indicios, es preferible dejar la lectura corrupta de los códices:

> *At uero ita parce, ubi quippiam corruptum sit, ex se aliquid addendum, ut nisi certissimis indiciis ducaris; quae quandoque tamen occurrunt, corrupta potius lectio relinquenda sit.*

La labor del crítico no es, para Giocondo, mero fruto del *ingenium* del crítico, sino que está sometida a criterios muy estrictos que derivan fundamentalmente de tres factores:

a) Una *recensio* lo más amplia posible de los manuscritos de la obra.

b) Una selección de variantes basada no en el gusto del editor sino en el respeto a las preferencias del mismo autor, es decir una congruencia interna, gramatical y estilística, con la obra objeto de edición.

c) La intervención en los lugares corruptos mediante enmiendas o conjeturas ha de hacerse con cautela y promovida no tanto por el talento o las ocurrencias del crítico como por la necesidad derivada del propio texto (*ex se aliquid addendum*), de manera que se apoye en indicios firmes, es decir en argumentos textuales que lo avalen y que, si no se dan, es mejor no enmendar el pasaje.

Esta tarea de corrección requiere, en fin, una gran dosis de esfuerzo y de aplicación (*Quae omnia quanti laboris, quantae industriae sint, quilibet, qui id experiatur*

facillime iudicabit). Giocondo insiste en que está muy poco reconocida y recompensada, quizá no tanto como una *captatio beneuolentia,* sino como fruto de su propia experiencia como editor.

La aplicación de criterios tan estrictos para esta tarea responde al fin último que Giocondo atribuye a la práctica de la enmienda, que no es tan sólo entender y leer mejor los textos antiguos (*non solum id agit, ut intelligi melius et libentius legi)*, sino depurar la fuente para que las creaciones que se hagan a partir de ella estén libres de deterioro. Giocondo insiste en esta imagen que equipara la enmienda del texto con la limpieza de una fuente:

> *Sic is, qui corrupta antiquorum corrigit, quasi fontem ipsum perpurgat, nec id faciat modo, sed ut ea etiam, quae a nobis edita, ab fonte illo, quasi quidam riuuli deriuantur, elegantiora esse possint.*

El veronés también insiste en otra idea común entre los humanistas de la época: el deterioro de los manuscritos en las época anteriores: aquí subyace una imagen negativa de la edad media, responsable de la corrupción de los escritos.

De esta forma Giocondo convierte esta dedicactoria en una apología del arte de la enmienda de los textos corruptos, que resulta para él la tarea filológica central: *Non iniuria igitur cum id omne hinc sic hoc illi a nobis anteferri munus uidetur.* En la concepción del veronés sobre la enmienda de los escritos de los clásicos subyacen algunas de las ideas más reiteradas de los humanistas. Giocondo ofrece en estas páginas una reflexión precisa sobre la naturaleza de la enmienda a los escritos de los antiguos, así como los criterios de intervención que deben guiarla y el modo de proceder ante las lecturas diversas y el tratamiento de los lugares corruptos.

Sólo contamos con un único pasaje en el cual Giocondo desvela los argumentos que le llevan intervenir en la *lectio recepta* para corregir el texto. Se trata del comentario que acompaña a la primera ilustración, relativo al siguiente pasaje:

> Gall. 4, 17, 6
>
> *haec utraque insuper bipedalibus trabibus immissis* **w** *edd. pr*
>
> *haec utraque insuper, bipedales trabes immissae* **a g a^2 a^3 p^v**

Ésta es la única conjetura que Giocondo justifica explícitamente y de manera detenida. Aparece en la explicación que acompaña a la primera de las ilustraciones, sobre la contrucción del puente sobre el Rin, que preceden a la edición. Vamos a analizar con qué categorías afronta Giocondo su propuesta de corrección:

El texto que transmiten los manuscritos de manera unánime debe enmendarse, según Giocondo, ya que resulta deficiente desde el punto de vista gramatical y de sentido (*Quare si sic, ut puto, perseuerat corruptus librarium uitio locus, neque sensus constabit, neque constuctio, nisi implexa et litigiosa grammaticis*). Giocondo sostiene que, frente a la interpretación que se deduce de los mss., *insuper* funciona aquí como preposición del acusativo rigiendo *haec utraque* —que sería el sujeto en la *lectio recepta* de *distinebantur*—, construcción que si parece algo dura (*quod si duriusculum hoc quisquam existimarit*) puede defenderse, según el veronés, por el paralelismo con un pasaje de civ. 2, 9, 2 (*hanc insuper contignationem, quantum tectum plutei ac uinearum passum est, laterculo astruxerunt*). La corrección propuesta por Giocondo se traduce así: «y encima de uno y otro (sc., las dos maderos), viguetas de dos pies encajadas se mantenían separadas gracias a dos clavijas por ambos lados por el extremo».

Así pues, la corrección de la lectura de los manuscritos, según Giocondo, debe resultar satisfactoria desde dos puntos de vista:

a) Desde el punto de vista de la *constructio*, es decir, atendiendo a su pertinencia gramatical —lo que justifica la búsqueda de pasajes paralelos con construcciones similares, en este caso otro ejemplo de *insuper* más ac. para avalar su corrección.

b) Desde el punto de vista del *sensus*, de la coherencia de sentido, que en el caso de Giocondo, no se refiere únicamente al significado que se deduce de la consideración del contexto narrativo de la lectura, sino que también se refiere, sobre todo en pasajes técnicos como el que nos ocupa, a la comprensión del significado propiamente técnico y ajustado a los procedimientos constructivos antiguos, que Gioncondo estudió sobre las ruinas de Roma y en su edición de Vitrubio (1511). El resultado de esta manera de proceder se plasma en la reconstrucción visual de los distintos componentes de la estructura de un puente. Gioncondo había ensayado por primera vez esta labor de ilustración de las construcciones en la edición de Vitrubio (1511), introduciendo 140 xilografías. Así mismo recurre a la autoridad de arquitectos humanistas preocupados por la comprensión de la ciencia antigua, como Leo Battista Alberti, quien se ocupa de este pasaje en el libro II de su *De re aedificatoria*.

Además, Giocondo exige que congruencia entre una y otra instancia, la gramatical y la semántica, de manera que finalmente la corrección facilite el correc-

to entendimiento completo del pasaje, satisfaciendo las exigencias tanto de los hombres con talento como de los gramáticos:

> *«Sed ut utraque constent, sensus scilicet, et constructio tam ingeniosis quam grammaticis, et operi uerba sint conformia, et opus uerbis, animaduertendum est, quod postquam Caesar descripsit modum figendi, et adigendi tigna in fundo fluminis, ex qua adactione magnam stabilitatem et firmitatem assecuta sunt, uertit se ad bipedales trabes, quae transuersam totius pontis latitudinem perficiebant, et qua ratione possint, et quo modo sustinerentur, docet, dicens quod super haec utraque, insuper bina tigna quae et in parte superiori, et ea quae in parte inferiori posita erant bipedales trabes immissae, 'quantum eorum tignorum iunctura distabat, binis utrinque fibulis, ab extrema parte distinebantur. Quibus disclusis et in contrariam partem reuinctis'…»*

A la vista, en fin, de toda la información que se desprende del Prefacio, podemos explicar mejor las razones que impulsaron a Giocondo a ocuparse del texto de César. Creemos que en la elección pudieron confluir dos circunstancias:

1.º) Por un lado, el veronés estaba muy interesado en comprender la técnica de construcción de los edificios clásicos, en las que se había adentrado con la edición de Vitrubio y de Frontino; su atención se dirige primordialmente a puentes y fortificaciones antiguas —así como a las descripciones geográficas, que adquieren en el relato de César gran relevancia por su valor estratégico—, de manera que el entendimiento de los pasajes sobre estas materias pudo inducirle a trabajar el texto de César; de hecho, la edición aldina va precedida de un breve comentario técnico de Giocondo a varios pasajes del texto cesariano acompañados de varias ilustraciones que intentan esclarecer la técnica de construcción de cinco edificaciones que se relatan en los *Commentari*. En el primero de estos comentarios, sobre la construcción del puente sobre el Rin, propone una conjetura al texto de Gall. 4, 17, 6 y aduce el testimonio de Leo Battista Alberti (1404-72), quien en el libro II *De re aedificatoria* (1452) describe la construcción del puente sobre el Rin, al que se refiere el propio veronés en el comentario a este pasaje del libro cuarto[41]. Es posible que la atención al texto de César viniera propiciada por el tratado de Alberti *De re aedificatoria* (1452), al que Giocondo denomina *De architectura*, como la obra de Vitrubio, cuyas ideas fueron recuperadas por Alberti por primera vez[42].

---

[41] *In eandem sententiam mecum uenire uidetur Leo Baptista Albertus, uir et ingenio et literis clarus, in suo de architectura, qui eiusdem caesariani pontis descriptionem repetens non aliter ei uisum fuit potuisse sibi ipsi satisfacere, nisi his uerbis.*

[42] Sobre la recepción de Vitrubio por Alberti, cf. S. Boris, *Leon Battista Alberti e l'antichità romana*, Florencia 2004; N. De Mari, «Alberti vs. Vitruvio : il primato della ragione e le ragioni di un primato», en *Vitruvio nella cultura architettonica antica, medievale e moderna. Scritti in onore di Claudio Tiberi*, a cura di G. Ciotta con la collab. Di M. Folin e M. Spesso, Génova 2003, pp. 485-490; H. Wulfram, *Literarische Vitruvrezeption in Leon Battista Albertis 'De re aedificatoria'*, Munich 2001, pp. 266-279.

2.º) Por otro lado, el acceso durante su estancia en París a códices de los *Commentarii* que, según indica en el Prefacio de la edición, se encontraban en mejor estado que los italianos; así mismo la lectura de los manuscritos le indujo a pensar que el texto se había corrompido considerablemente y que, por lo tanto, se hacía necesaria una labor de corrección para depurarlo. No en vano, antes de la edición, en la primera de los explicaciones de los pasajes relativos a edificaciones, relativo a la construcción del puente sobre el Rin, como acabamos de ver propone una conjetura al texto de Gall. 4, 17, 6.

Estas razones, el interés que algunos textos despertaban en el Veronés, el acceso a códices que estimaba de más valor y su conciencia de la necesidad de enmendar el texto pudieron contribuir a llevar adelante la edición, que Aldo asumió, tras la valiosa edición del epistolario de Plinio, gracias a los hallazgos de nuevos códices.

Por consiguiente, el Prefacio de Giocondo a esta edición de los *Commentarii* ofrece, por primera vez en la historia de este texto, las bases de una técnica de preparación del texto, con una clara formulación de los criterios precisos para llevar a cabo la edición:

1.º) En primer lugar, la exigencia del acopio y cotejo de códices, no en forma de una mera *recognitio* de las fuentes accesibles, sino como una incipiente *recensio* de más envergadura. No en vano el veronés reclama la comparación del mayor número posible de ejemplares y no de uno cualquiera[43]. Giocondo sostiene haber realizado esta labor durante su estancia en Francia pues, a su entender, los códices galos no se han visto sometidos a un proceso de corrupción tan grande como los italianos[44]. De esta forma se entronca con la tradición humanística que remonta a Poggio Bracciolini, en el autógrafo de la suscripción a las siete *orationes* de Cicerón hasta entonces desconocidas, descubierta por A. Campana en el códice *Vat. Lat.* 11458[45].

[43] *Non unum quodlibet solum perlegendum, sed plurima conferenda exemplaria*

[44] *Conquisiui multa tota Gallia, exemplaria, quae in prouincia, quod multa eo semper ex Italia translata sunt, atque ea minus praedae exposita, ac bellis, fuerunt, multi incorruptiora uolumina cuiusque generis reperiuntur, contuli omnia, diligenter excussi.* Sobre los avatares de estos viajes de Giocondo, cf. L. A. Ciapponi, «Appunti per una biografia di Giovanni Giocondo da Verona», *art. cit.*, pp. 131-158.

[45] *Has septem M. Tulli orationes, que ante culpa temporum apud Italos deperdite erant, Poggius Florentinus, perquisitis plurimis Gallie Germanieque summo cum studio ac diligentia biblyothecis, cum latentes comperisset in squalore et sordidus in lucem solus extulit, ac in pristinam dignitatem decoremque restituens latinis musis dicauit.* Recogido en la edición de R. G. M. Nisbet de *In Pisonem* 1961, XXV; R. Sabbadini, *Le scoperte dei codici latini e greci ne' secoli XIV e XV*, Florencia 1905 (reed. posteriores), p. 81; otros testimonios en p. 80, n. 39.

2.º) Sobre la base de los manuscritos leídos, se propone el examen y selección de las lecturas de los testimonios para ponderar su pertinencia textual —tarea en la cual, según sostiene, se ve respaldado por los humanistas que colaboran con el taller aldino—. En la selección de la variante, Giocondo insiste en que se ha de evitar guiarse por el gusto o la preferencia personal para elegir la lectura más acorde con las preferencias del mismo autor en otros escritos[46].

3.º) Respecto al tratamiento de los lugares sospechosos de corrupción, el veronés exige prudencia y defiende la intervención sólo cuando hay evidentes indicios que fundamenten proponer la corrección contando con la exigencia que plantea el propio texto; en caso de que no se adviertan semejante indicios, se decanta por mantener la lectura corrupta de los códices[47].

La técnica de trabajo postulada por Giocondo evidencia una clara distinción entre el proceso de colación, de examen y selección de las lecturas de los manuscritos y la actividad de corrección del texto, de manera que la tarea del editor no es, para este humanista, mero fruto del *ingenium* del crítico, sino que está sometida a criterios que al menos aparentemente se presentan como estrictos y que se articulan en dos planos:

a) Una incipiente *recensio*, lo más amplia posible, de los manuscritos de la obra. El alcance de este acopio de manuscritos está todavía por dilucidar. A partir de ella, se debe proceder a la elección de variantes, basada no en el gusto del editor sino en el respeto a las preferencias del mismo autor, es decir, una congruencia interna, gramatical y estilística, con la obra objeto de edición.

b) La intervención en los lugares corruptos no ha de ser gratuita, sino que debe guiarse por la cautela y responder no tanto por el talento o las ocurrencias del crítico como por la necesidad derivada del propio texto (*ex se aliquid addendum*), de manera que se apoye en indicios firmes, es decir, en argumentos textuales que lo avalen y que, si no se dan, es mejor no enmendar el pasaje.

Es claro que en muchas de estas formulaciones ya subyacían fórmulas y tópicos extendidos a raíz de la eclosión de un vigoroso mercado de textos clásicos, destinados más a acentuar la competencia entre los editores y a persuadir a los

[46] *Ex uaria lectione, non quae tibi maxime placeat eligenda, sed quae caeteris authoris ipsius scriptis magis accommodata esse uideatur, ita ut illius tibi prope animus induendus sit.*

[47] *At uero ita parce, ubi quippiam corruptum sit, ex se aliquid addendum, ut nisi certissimis indiciis ducaris; quae quandoque tamen occurrunt, corrupta potius lectio relinquenda sit.*

potenciales compradores y lectores que a establecer un método sólidamente construido.

De hecho, fuera de la declaración de principios que se postula en este Prefacio, la edición carece de cualquier comentario sobre los manuscritos o ediciones utilizadas, la selección de variantes o la justificación de una conjetura. ¿Llegó realmente Giocondo a colacionar tantos manuscritos como declara en su Prefacio?[48] ¿Eran estos realmente antiguos? Posiblemente no fue así, y, de hecho, la verosimilitud de esta afirmación no ha dejado de suscitar sospechas en la crítica, como en V. Brown, quien sostiene que Giocondo sólo barajó manuscritos importados de Italia: «Although he traveled widely in France, he seems to have come into contact only with manuscripts imported from Italy»[49].

Si rastreamos los repertorios de los catálogos de la época de la Abadía de Saint-Victor, el único manuscrito que hoy podemos reconocer, a tenor del estudio y edición de G. Ouy del catálogo que Claude de Grandue hace de los fondos de la Abadía de Saint Victor en 1514[50] —pocos años después de la estancia de Giocondo en París—, es el AAA 10, que se identifica con la obra de César: «Iulli Celso, aliter Cesaris, de Bello Gallito octo», y corresponde con el manuscrito conservado actualmente en La Haya, Det kongelige bibliotek, København, Gl. Kgls. S. 497. Este manuscrito —el antiguo *Gotorpiensis* de las ediciones de Oudendorp y Schneider— es claramente un *recentior* fruto ya de la actividad humanística: está datado en el primer cuarto del s. XV[51].

Por otra parte, el análisis de la crítica posterior se ha orientado, sobre todo a partir de las propuestas de Meusel, a postular como 'aldinas' muchas propuestas textuales cuyo origen está en realidad sin esclarecer, sobre todo en el terreno de lo que se considera propiamente la práctica conjetural que opera en una edición como ésta. El propio Giocondo, como acabamos de advertir, insiste en basar la propuesta textual en las variantes manuscritas y sólo en último extremo recurrir

---

[48] Respecto a los pormenores conocidos de los viajes de Giocondo, cf. L. A. Ciapponi, «Appunti per una biografia di Giovanni Giocondo da Verona», *art. cit.*, pp. 131-158.

[49] V. Brown, *The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, Leiden 1972, pp. 3-4.

[50] cf. G. Ouy, Les manuscrits de l'Abbaye de Saint-V*ictor. Catalogue établi sur la base du répertoire de Claude de Grandue (1514)*, Brepols 1999, pp. 433-434; E. Pellegrin, «Manuscrits de l'abbaye de Saint-Victor et d'anciennes collèges de Paris à la Bibliothèque municipale de Berne, à la Bibliothèque Vaticaine et à Paris», *Bibliothèque de l'École des Chartes* 103, 1942, pp. 69-98, y «Fragments de manuscrits de la bibliothèque de l'abbaye de Saint-Victor à Paris», *Revue d'Histoire des Texts* 1, 1971, pp. 205-208.

[51] cf. V. Brown, «Latin Manuscripts of Caesar's Gallic War», *Paleographica, Diplomatica et Archivistica. Studi in onore Di Giulio Batelli,* Roma 1979, pp. 105-157 (p. 135).

a conjeturas *ex ingenio* y, de hecho, como hemos tenido ocasión de demostrar en otro lugar, un estrato de las lecturas que propone Giocondo y que hasta el momento se consideraban *emendationes ope ingenii* remontan al entorno de manuscritos del s. XII, en concreto del ms. Oxford, Merton Collage 307[52].

[52] cf. A. Moreno, «Bases manuscritas de la práctica conjetural de la edición aldina del *Bellum Gallicum* de César (Vencia 1513)», *Emerita* 67 (2009).

EL MANUSCRITO *LEIDENSIS VOSSIANUS LAT.* F 90 EN LA TRADICIÓN TEXTUAL DEL *BELLVM GALLICVM* DE CÉSAR[1]

Ana José GARCÍA VILLENA
anajose.garcia@edu.jccm.es

RESUMEN

El propósito de este artículo es precisar la posición del códice *Leidensis Vossianus Lat.* F 90 (**V**) en el *stemma* del *Bellum Gallicum* de César. Este manuscrito, del s. XIV, se vincula con la clase α de la tradición, y más concretamente con el ms. *Parisinus Lat.* 5763 (**B**), el primer testimonio que conservamos de la obra; **V** transmite, pues, un texto de gran valor crítico. Por otra parte, se relaciona con un grupo de *recentiores* de origen italiano, compartiendo lecturas que ejercieron gran influencia sobre las primeras ediciones impresas.

Palabras clave: Julio César. Crítica textual. *Bellum Gallicum*.

The manuscript *Leidensis Vossianus Lat.* F 90 in the textual tradition of Caesar's *Bellum Gallicum*

ABSTRACT

The objective of this article is to specify the position of the fourteenth-century manuscript *Leidensis Vossianus Lat.* F 90 (**V**) in the *stemma* of Caesar's *Bellum Gallicum*. This text belongs to the α-class of the tradition, and particularly it comes from the *Parisinus Lat.* 5763 (**B**), the first witness preserved of the *B. G.*; therefore, it transmits a text of great critical value. On the other hand, it is closely connected with a group of *recentiores* of Italian origin; they share a number of relevant readings and they had an important influence on the incunable editions.

Key words: Julius Caesar. Textual criticism. *Bellum Gallicum*.

⋆ ⋆ ⋆

[1] Este artículo se ha realizado dentro de los Proyectos de Investigación FFI2008-02214 y HUM2005-00442, financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación, que se llevan a cabo en el Departamento de Filología Clásica de la UNED bajo la dirección de A. Moreno Hernández.

1. INTRODUCCIÓN

En la actualidad es generalmente reconocida la división de la tradición cesariana en dos clases de manuscritos, denominadas α y β, división que, como es sabido, fue propuesta por Nipperdey en su edición de los *commentarii* y está basada en el contenido de los códices: los mss. de la clase α contienen sólo el *Bellum Gallicum*, mientras que los de la clase β contienen las cinco obras que integran el *Corpus Caesarianum*; esta división se sustenta, además, en 1500 variantes textuales, aproximadamente, que separan el texto del *B. G.* transmitido por ambas familias[2]. La clase α se caracteriza también por la alusión a los correctores Celso Constantino y Firmino Lupicino, y por la utilización del término *commentarii* en el colofón del libro 7 de los más antiguos testimonios de esta familia, concretamente los mss. **AQ BM**; es éste el único lugar en el que la antigua tradición manuscrita conserva el término con el que la obra de César ha sido conocida por la posteridad. Nipperdey fue también el primero en conceder importancia a los títulos y colofones de los distintos libros de la obra; posteriormente, el estudio de estos *tituli* y subscripciones ha dado lugar a otras agrupaciones de los mss. cesarianos; entre ellas destacamos los trabajos de V. Brown, que han resultado esclarecedores para nuestros estudios[3].

Pues bien, esta perspectiva de la tradición, que podría parecer sencilla y transparente, se complica desde los más antiguos testimonios conservados; en efecto, el *Laurentianus Ashburnhamensis* 33 (**S**), del s. IX, presenta un texto vinculado con la clase α y contiene las cinco obras de César; estos códices han sido denominados «mixtos» por W. Hering en su recensión de los mss. cesarianos[4]. Desconocemos hasta ahora en qué momento de la tradición tuvo lugar esta simbiosis entre las obras de las dos familias, pero un número importante

---

[2] K. Nipperdey (ed.), *C. Iulii Caesaris Commentarii cum supplementis A. Hirtii et aliorum*, Leipzig 1847; Nipperdey manifestó una clara preferencia por la clase α, a la que llamó *integra*, frente a la clase β, llamada *interpolata*. M. Winterbottom resume la transmisión textual del *Corpus Caesarianum* en «Caesar», *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, L. D. Reynolds (ed.), Oxford 1983, pp. 35-36.

[3] V. Brown, *The Textual Transmission of Caesar's Civil War. Mnemosyne*, suppl. 23, Leiden 1972; «Latin Manuscripts of Caesar's *Gallic War*», *Paleographica, Diplomatica et Archivistica. Studi in onore di Giulio Batelli* 7, Roma 1979, pp. 105-157. Brown agrupa los mss. considerando los títulos y colofones; sin embargo, en ocasiones el estudio filológico revela que no existe tal correspondencia entre títulos y texto, según demuestra A. Moreno Hernández en «En torno a la filiación del texto del *Bellum Gallicum* de César en el manuscrito *Escurialensis* M.III.10», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 25, núm. 1 (2005), pp. 5-25; la adscripción inicial de este códice a la rama de la tradición que procede del ms. **B** no se ve confirmada por los datos aportados por el análisis textual; por el contrario, de éste se desprende que el *Escurialensis* M.III.10 se vincula con la familia χ (**A Q**).

de códices, especialmente los que fueron copiados en el ámbito del Humanismo italiano, presentan esta misma composición; así ocurre en los que conservamos en España, como hemos tenido oportunidad de demostrar en anteriores trabajos[5].

2. EL MANUSCRITO *LEIDENSIS VOSSIANUS LAT.* F 90

En este contexto se inserta el análisis filológico del ms. *Leidensis Vossianus Lat.* F 90, al que designaremos como **V**. Sus anteriores propietarios fueron Isaac Vossius y Melchisédech Thévenot, y en la actualidad se conserva en Leiden, Bibliotheek der Rijksuniversiteit[6]. Fr. Oudendorp lo utilizó para la constitución del texto en su edición de los *commentarii* con la denominación de *Vossianus secundus*, con la que es generalmente conocido (*Voss. sec.*)[7].

Contiene las cinco obras del *Corpus Caesarianum* (ff. 1r.°-59r.° *Bellum Gallicum*); está compuesto por 144 ff. de pergamino, dispuestos en cuadernillos de ocho, y escrito en letra gótica a dos columnas de 39 líneas; presenta inicial decorada al comienzo de cada libro y espacios en blanco para los títulos y colofones, que sin embargo no fueron escritos; no observamos firma del copista, ni anotaciones o correcciones marginales; reclamo en el centro del margen inferior del folio. El f. 58v.° exhibe el siguiente título al *Bellum ciuile*: Caii Ivlii Caesaris Imperatoris commentariorvm belli civilis Pompeiani liber primvs incipit.

---

[4] W. Hering, *Die Recensio der Caesarhandschriften*, Berlín 1963, pp. 4-6.

[5] *Cf.* A. J. García Villena, *El* Bellum Gallicum *de César en los mss. de la clase β conservados en bibliotecas españolas*, Tesis Doctoral inédita, dirigida por A. Moreno Hernández, UNED 2005, y «El texto del *Bellum Gallicum* de César en los códices de la clase β conservados en España: contribuciones a la historia de la tradición textual», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 26, núm. 2 (2006), pp. 17-36.

[6] AA. VV., *Bibliotheca Academiae Lugduno-Batavae. Catalogus. Inventaris van de Handscriften*, Leiden 1932, vol. I, p. 5. Este catálogo especifica los contenidos del códice, pero no hace referencia al *Bellum Alexandrinum* y atribuye a A. Hircio el *Bellum Hispaniense*, de acuerdo con la anotación que ofrece el ms. en la segunda hoja de guarda. El *Bellum Alexandrinum*, *Africum* e *Hispaniense* fueron transcritos en el s. XV, *cf.* V. Brown, *The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, *op. cit*, p. 46.

[7] Fr. Oudendorp, (ed.), *C. Julii Caesaris de bellis Gallico et ciuili Pompejano, nec non A. Hirtii aliorumque de bellis Alexandrino, Africano, et Hispaniensi commentarii*, Leiden-Rotterdam 1737. Debemos a V. Brown la identificación, así como la breve historia del códice, *cf. The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, *op. cit*, p. 5, n. 1 y p. 46.

3. ESTUDIO DE FILIACIÓN

El *Voss. sec.* pertenece a la etapa de transmisión del texto de César menos conocida hasta la fecha, esto es, el período comprendido entre los ss. XII y XV[8]; en efecto, los modernos editores han basado la *constitutio textus* sobre los testimonios de los ss. IX-XII, pero esto supone un pequeño número de códices (doce aproximadamente) frente a los 255 que contienen el *Bellum Gallicum*[9]. Según la estimación de V. Brown, **V** es uno de los trece códices conservados copiados en el s. XIV que transmiten la obra de César[10]; de éstos, en razón de su contenido, tres pertenecen a la clase α y diez a la clase β, además de los fragmentos del *Florilegium Gallicum*[11]. Contiene las cinco obras del *Corpus Caesarianum* por lo que hasta ahora se agrupaba en la clase β; sin embargo, como intentaremos demostrar en este trabajo, su texto se vincula con la clase α, tratándose, por consiguiente, de un códice mixto. El objeto de este artículo es, pues, fijar la posición del *Voss. sec.* en el *stemma* del *Bellum Gallicum* de César.

La colación realizada con las principales ediciones del texto nos ha permitido diferenciar dos tipos de variantes en el texto transmitido por **V**[12]:

---

[8] *Cf.* A. Moreno Hernández, «César, *Bellum Gallicum*, *Parisinus Lat.* 5767», *Emerita*, LXXIII 2 (2005), pp. 217-232 (218).

[9] A este respecto, y ateniéndonos a las ediciones más recientes entre las que nos han servido de referencia para la colación del texto, Klotz, Constans y Seel toman en consideración los mss. **AQ** de la familia χ (clase α) y **TV UR** de la clase β; en cuanto a la segunda familia de la clase α, conocida como φ, todos asumen las lecturas de **BMSL**, y además Klotz y Seel de **C** y Constans y Seel de **N**; *cf.* A. Klotz, *C. Iuli Caesaris Commentarii*, vol. I, *Commentarii Belli Gallici*, Leipzig 1927[2] (1921); L. A. Constans, *César. Guerre des Gaules*, vols. I y II, París 1996[14] (1926); O. Seel, *C. Iulii Caesaris Commentarii rerum gestarum*, vol. I, *Bellum Gallicum*, Leipzig 1968. Hering es más radical en la *eliminatio codicum descriptorum*, y sólo acoge el texto de **A B T U**, y **N** en ausencia de la clase α, *cf.* W. Hering, *C. Iulius Caesar,* vol. I, *Bellum Gallicum*, Leipzig 1987. Dentro del Proyecto de Investigación en el que se desarrolla nuestro trabajo se han estudiado mss. de esta etapa menos conocida de la tradición; *cf.* A. Moreno Hernández, «En torno a la filiación del texto del *Bellum Gallicum* de César en el manuscrito *Escurialensis* M.III.10», *op. cit.*, y «César, *Bellum Gallicum*, *Parisinus Lat.* 5767», *op. cit.*; J. Pardo Navarro, «El *Bellum Gallicum* en el *Escurialensis* Ç.IV.18: aportaciones a la historia del manuscrito y a su filiación», *Analecta Malacitana* XXIX 2 (2006), pp. 657-676; M. Isidro Guijosa, «Precisiones en torno a la historia y a la filiación del Ms. Bibl. Colegio Santa Cruz, 301 de Valladolid (*Bellum Gallicum* de César)», *Minerva. Revista de Filología Clásica* 20 (2007), pp. 111-129; X. Regueira Veiga, «El Ms. Bib. Cap. 49.4 (**t**) de Julio César: aproximación a la historia del manuscrito y a sus relaciones de filiación», *Actas del XII Congreso Español de Estudios Clásicos*, e. p.

[10] *Cf.* V. Brown, *The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, *op. cit*, y «Latin Manuscripts of Caesar's *Gallic War*», *op. cit.*

[11] Los fragmentos contenidos en el ms. Q-I-14 han sido editados por A. Moreno Hernández, «El *B. G.* de César en el *Florilegium Gallicum*: fragmentos conservados en el *Escurialensis* Q-I-14», *Latomus* 67, fasc. 1 (2008), pp. 82-101; en este estudio se vinculan con la clase β.

[12] Para llevar a cabo nuestro trabajo hemos realizado, sobre fotocopias, la colación completa de los mss. *Voss. sec.* (**V**) y *Paris. Lat.* 5763 (**B**); como ediciones de referencia utilizamos las siguientes: R. Du Pontet, *C. Iuli Caesaris Commentariorum pars prior qua continentur libri VII de bello Gallico cum A. Hirti supplemento*, Oxford 1900 (reimpr. 1988);

a) por una parte, aquéllas que lo vinculan con los antiguos mss. de la clase α y en particular con el *Parisinus Lat.* 5763 (**B**);

b) en segundo lugar, las variantes que lo relacionan con un grupo de *recentiores* que tienen su origen en el Renacimiento italiano.

A) Vinculación con la antigua tradición manuscrita[13]

Como hemos señalado en la breve descripción codicológica, **V** no presenta títulos ni subscripciones; por lo tanto, no nos es posible vincularlo con el resto de la tradición a través de estos elementos.

1. Pertenencia de **V** a la clase α:

a) **V** pertenece a la clase α, con la que comparte mayoritariamente las variantes textuales de esta familia; así ocurre en cuatro de las cinco grandes omisiones que la caracterizan:

3, 8, 2 et si quos intercipere potuerunt *om.* α **V**

7, 12, 2 Biturigum positum in via Nouiodunum *om.* α **V**

7, 45, 2 mulorumque produci deque his stramenta *om.* α**V**

8, 11, 1-12, 2 nisi a maiore … adgrederentur *om.* α **V**

Respecto a la omisión de 2, 31, 2 *et ex propinquitate pugnare* la lectura de **V** es la de la clase β, pero, a nuestro parecer, esta lectura fue tomada, junto a otras, a través del ms. **B**, en donde se encuentra como corrección marginal según veremos más adelante.

H. Meusel, *C. Iulii Caesaris Commentarii de bello Gallico*, Berlín 1960[18] (1913); A. Klotz, *C. Iuli Caesaris Commentarii*, vol. I, *Commentarii Belli Gallici*, *op. cit.*; L. A. Constans, *César. Guerre des Gaules*, vols. I y II, *op. cit*; O. Seel, *C. Iulii Caesaris Commentarii rerum gestarum*, vol. I, *Bellum Gallicum*, *op. cit*; W. Hering, *C. Iulius Caesar,* vol. I, *Bellum Gallicum*, *op. cit*. Hemos unificado las siglas de los mss. según W. Hering, Munk Olsen, A. Klotz, A. Moreno y otros estudiosos.

[13] Para referirnos a las lecturas de la antigua tradición manuscrita evitaremos el término 'error' reemplazándolo por el de 'variante', dado que muchas de estas lecturas son consideradas correctas o erróneas dependiendo de los criterios adoptados por los modernos editores; como ejemplo de estas discrepancias referimos las siguientes lecturas y la opción asumida en las distintas ediciones: 7, 1, 6 in primis α *(Meusel, Du Pontet, Constans, Seel)*: eius in primis β *(Klotz, Hering)*; 7, 5, 6 pronuntiarint α *(Constans, Seel):* pronuntiauerint β *(Meusel, Klotz, Hering)*: pronuntiarunt *vett. edd. (Du Pontet)*; 7, 9, 3 suis α *(Meusel, Du Pontet, Constans)*: omnibus suis β *(Klotz, Seel, Hering)*; 7, 11, 1 idque α *(Du Pontet, Constans)*: eoque β *(Meusel, Klotz, Seel, Hering)*; 7, 16, 2 agerentur α *(Du Pontet, Constans)*: gererentur β *(Meusel, Klotz, Seel, Hering)*. El análisis crítico de las variantes propias de las clases α y β se encuentra en H. Meusel (ed.), *C. Iulii Caesaris Commentarii de bello Gallico*, *op. cit.*

b) Un gran número de lecturas significativas corroboran esta vinculación; referimos, como ejemplo, las siguientes:

1, 43, 1 ariouisti et caesaris α **V**: utriusque β; 1, 45, 3 antiquissimum … iustissimum esse in gallia imperium α **V**: antiquissimum esse in gallia imperium … iustissimum β; 1, 53, 4 utraeque ... perierunt α**V**: utraque ... periit β; 2, 2, 6 comparata α**V**: prouisa β; 2, 15, 4 et remitti uirtutem α**V**: uirtutemque remitti β; 2, 35, 2 inita proxima aestate α**V**: initio proximae aestatis β; 3, 12, 3 suis fortunis desperare α**V**: desperare fortunis suis β; 4, 2, 2 galli delectantur α**V**: gallia delectatur β; 4, 2, 6 sinunt α **V**: patiuntur β; 4, 33, 2 currus α**V**: se β; 5, 6, 3 impediri sese diceret α **V**: sese diceret impediri β; 5, 8, 2 reliquerat ad solis occasum α **V**: relinquebat solis occasu β; 6, 11, 5 in partes diuisae sunt duas α**V**: diuisae sunt in partes duas β; 6, 44, 1 uastatis regionibus α **V**: factis religionibus β; 7, 11, 8 cuncti α **V**: uiui β; 7, 23, 1 muri … omnes gallici hac … sunt α **V**: muris … omnibus gallicis haec … est β; 7, 41, 2 crebro integri defessis α **V**: integri defessis crebro β; 8, 9, 3 loriculam pro hac ratione eius altitudinis α **V**: coronis β; 8, 24, 4 reliquos fecisset nullum reditum propter tantas calamitates α **V**: fecisset reliquos propter tantas calamitates nullum reditum β; 8, 44, 1 consilia inissent α **V**: rebellare coepissent β.

c) Consecuentemente con esta dependencia de la clase α, las grandes omisiones de la clase β constituyen variantes separativas entre **V** y β:

3, 9, 10 auxilia ex britannia ... arcessunt α **V**: *om.* β

7, 77, 13 cuius rei ... iudicarem α **V**: *om.* β

d) En el mismo sentido, y confirmando la falta de influencia de la clase β sobre **V**, éste no secunda los errores característicos de los dos principales testimonios de β, los mss. *Parisinus Lat.* 5764 (**T**) y *Vaticanus Lat.* 3324 (**U**)[14].

[14] Las omisiones propias de **T** son: 1, 29, 2 XCII summa … ad milia *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$; 1, 38, 5 intermittit … altitudine *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$; 1, 53, 2 aut lintribus … reppererunt *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$; 3, 18, 7 non prius … duces *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$; 3, 26, 2 relictae … castris *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$; 4, 6, 4 et condrusorum … treuerorum *om.* **T**; 4, 19, 1 premerentur … suebos *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$; 5, 21, 1 cenimagni … cassi *om.* **T**; 6, 32, 1 neue omnium … iudicaret *om.* **T**; 7, 10, 1 si maturius … educeret *om.* **T**; 7, 22, 4 altitudinem … turrium *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$; 7, 75, 4 uniuersis … attingunt *om.* $\mathbf{T}^1$ *suppl.* $\mathbf{T}^c$. Las omisiones características de **U** son las siguientes: 4, 22, 3 quibus adductis... recipit *om.* **U**; 7, 55, 4 et de statu ciuitatis cognouissent *om.* **U**; 7, 75, 5 neque cuiusquam... obtemperaturos *om.* **U**; *cf.* W. Hering, *Die Recensio der Caesarhandschriften*, *op. cit.*, pp. 38-44.

2. Independencia de la familia χ

En cuanto a la relación con las dos grandes familias que forman la clase α, **V** se muestra independiente de la denominada χ, cuyos más antiguos testimonios son los mss. *Amstelodamensis* 73 (**A**) y *Parisinus Lat.* 5056 (**Q**); en efecto, **V** no comparte las dos grandes omisiones de esta clase[15]:

5, 17, 4 neque consistendi ... desiliendi φ β **V**: *om.* χ

7, 46, 3 omni spatio ... superiorem φ β **V**: *om.* χ

3. Vinculación con la familia φ

Por el contrario, los datos textuales nos revelan una estrecha relación entre **V** y el ms. *Parisinus Lat.* 5763 (**B**), copiado en la primera mitad del s. IX, y que es, por tanto, el primer testimonio conservado del *B. G.*[16].

a) En primer lugar, destacamos las grandes omisiones que comparten **B** y **V**:

7, 22, 5 et apertos cuniculos … prohibebant *om.* **B V**

8, 51,1-53, 2 exceptus est … sed admonebantur *om.* **B V**

En esta última omisión el copista de **B**, con la intención de subsanar su error, reprodujo una parte de la misma al final de la obra, concretamente desde 8, 51, 1-52, 4 *exceptus est … cum Cae*(*saris*)[17]; encontramos en **V** esta misma transposición, debajo del título del *Bellum ciuile*, al que ya hemos hecho referencia.

b) De la misma forma, **V** secunda el texto de **B** en los párrafos omitidos en el resto de la tradición:

7, 62, 3 hostes pelluntur atque **B V**: *om. cett.*

8, 48, 7 ac si proelio secundo **B V**: *om. cett.*

c) Las siguientes lecturas, en las que la tradición se muestra especialmente dividida, avalan esta estrecha relación:

---

15 *Cf.* W. HERING, *Die Recensio der Caesarhandschriften*, *op. cit.*, p. 25.

16 Referencias bibliográficas: AA. VV., *Catalogus codicum manuscriptorum Bibliothecae Regiae*, París 1739-1744 (reimpr. Vaticano 1992), vol. IV, p. 154; V. BROWN, «Latin Manuscripts of Caesar's *Gallic War*», *op. cit.*, p. 122; B. MUNK OLSEN, *L'étude des auteurs classiques latins aux XI*e *et XII*e *siècles*, vol. I, *Catalogue des manuscrits classiques latins copiés du IX*e *au XII*e *siècle*, París 1982, p. 44; W. HERING, *Die Recensio der Caesarhandschriften*, *op. cit.*, pp. 32-38.

17 La restitución de esta omisión al final del libro 8 ha dado lugar a dos corrientes de transmisión entre los mss. que proceden de **B**, a saber: los códices que terminan el texto en 8, 52, 4 *cum Cae-*, y los que terminan en 8, 52, 3 *facile obtineri*; *cf.* V. BROWN, «Latin Manuscripts of Caesar's *Gallic War*», *op. cit.*, p. 110.

1, 39, 1 magnum periculum miserabantur quod non magnum **A** β: non magnum periculum miserabantur **B¹**: non magnum **B^c1**: non magnum periculum miserabantur quod non magnum **B^c2** **V**[18]

3, 9, 7 in concluso mari atque in uastissimo atque apertissimo oceano **B V**: in concluso mari atque in uastissimo oceano **A**: in concluso uastissimo mari atque in apertissimo oceano **T**: in concluso mari atque in apertissimo oceano **U**

d) Las afinidades textuales entre **B** y **V** nos permiten precisar más el origen de este último; en efecto, una serie de relevantes lecturas procedentes de la clase β fueron añadidas como correcciones marginales o interlineales en **B**, como fruto de la corrección de que fue objeto, entre los ss. IX y XI, en los tres primeros libros, concretamente hasta 3, 7, 2, con la ayuda de un códice desconocido de la clase β[19]. Pues bien, el texto de **V** ha incorporado estas correcciones durante el proceso de copia, como podemos comprobar en las siguientes variantes, que hemos considerado relevantes:

1, 5, 3 praeter **B^c** β **V:** praeter quam α; 1, 24, 3 se in **B^c** β **V:** sed in α; 1, 28, 3 frugibus **B^c** β **V:** fructibus α; 1, 38, 1 processisse **B^c** β **V:** profecisse α; 1, 39, 5 quique **B^c** β **V:** ut quisque α; 1, 39, 6 inter eos atque ariouistum intercederent **B^c** β **V:** intercederent inter ipsos atque ariouistum α; 1, 40, 7 eosdem germanos **B^c** β **V**: eosdem α || suis sedibus **B^c** β **V:** suis α; 1, 40, 10 itinerum **B^c** β **V:** itineris α || auderent **B^c** β **V:** uiderentur α; 1, 41, 3 per tribunos ... centuriones **B^c** β **V:** cum tribunis ... centurionibus α; 1, 46, 3 delectae commissum **B^c** β **V**: delectae α; 1, 53, 7 ter sortibus **B^c2** β **V**: terroribus **B¹**: tergoribus **B^c1** **A**; 2, 2, 1 ineunte **B^c** β **V:** inita α; 2, 2, 5 ad eos duodecimo die **B^c** β **V:** ad eos α; 2, 8, 2 sollicitationibus exquirebat **B^c** β **V:** periclitabatur α; 2, 11, 6 solis sequi **B^c** β **V:** solis α; 2, 15, 4 rerum ad luxuriam pertinentium **B^c** β **V**: rerum α; 2, 17, 4 incisis atque inflexis crebrisque **B^c** β **V**: incisis atque α; 2, 23, 2 rursus regressos ac **B^c** β **V:** rursus α; 2, 31, 2 promouere et ex propinquitate pugnare **B^c** β **V**: promouere α; 2, 32, 1 quibus ad haec **B^c** β **V:** ad haec α; 3, 1, 6 flumine **B^c** β **V:** flumen α; 3, 2, 3 erant absentibus **B^c** β **V**: erant α

En algunas ocasiones, y como fruto de esta colación con un códice β, el texto de **V** ha unido las variantes propias de las clases α y β:

---

[18] La lectura final de **B**, que es también la de **V**, se origina cuando el segundo corrector, al añadir *periculum miserabantur quod non magnum* al comienzo del f. 8v.°, olvidó que al final del f. 8r.° habían quedado las palabras *non magnum* de la primera escritura.

[19] *Cf.* W. Hering, *Die Recensio der Caesarhandschriften*, *op. cit.*, pp. 32-38, y *Bellum Gallicum*, *op. cit.*, p. X.

1, 44, 9 a se haeduos amicos appellatos (appellatos amicos **U**) β: fratres haeduos appellatos α: fratres a se et amicos haeduos appellatos **B^c^ V**; 2, 20, 2 incursus β: successus α: successus et incursus **B^c^ V**; 3, 4, 1 in pedes β: lapides α: in pedes lapides **B^c^ V**

Todas estas lecturas, procedentes de la clase β, no fueron incorporadas al texto de **V**, a nuestro juicio, tomando como modelo un ms. de esta familia, con la que **V** no guarda ninguna otra relación, sino a través de **B**.

e) Por otra parte, considerando estas mismas variantes procedentes de β, descartaremos la vinculación de **V** con la línea de la tradición representada por el ms. *Vaticanus Lat.* 3864 (**M**) y los que derivan de él, a saber, el *Neapolitanus* IV c. 11 (**N**) y Londres, British Museum Additional 10084 (**L**), ya que **M** fue copiado en la segunda mitad del s. IX, antes de que **B** fuera corregido[20].

f) Respecto al códice *Laurentianus Ashburnhamensis* 33 (**S**), a nuestro parecer tampoco se encontraría en el origen último de **V**, dado que muestra indicios de contaminación con la clase β en determinados pasajes de los libros 7 y 8 que **V** no comparte (concretamente, 7, 58, 4-62, 6 y 8, 23, 5 hasta el final de la obra); por lo tanto, no presenta **S** la omisión y trasposición característica de **B** en 8, 51, 1-53, 2, compartida por **V** como ya hemos señalado[21].

g) Finalmente, una serie de errores conjuntivos de distinto origen vienen a corroborar la vinculación entre **B** y **V**, ya que este último incorpora al texto las siguientes glosas marginales o interlineales que presenta **B**:

---

[20] Los estudios más importantes acerca de **M** son: D. Detlefsen, «Zu den Handschriften von Cäsars *Bellum Gallicum*. (*Cod. Vatic.* 3864)», *Philologus* 17 (1861), pp. 649-660; W. Hering, «Zum Caesarcodex Vaticanus Latinus 3864», *Philologus* 111 (1967), pp. 133-137, y *Die Recensio der Caesarhandschriften*, *op. cit.*, pp. 10-11; V. Brown, «Latin Manuscripts of Caesar's *Gallic War*», *op. cit.*, p. 123. Referencias de **N L**: L. A. Constans, «Observations sur deux manuscrits de César», *Revue de Philologie, de Litérature et d'Histoire anciennes* (*RPh*) 50 (1926), pp. 34-37; T. Rice Holmes, «A Collation of Codex Lovaniensis», *The Classical Quarterly* 5, n.º 3 (1911), pp. 137-162; W. Hering, *Die Recensio der Caesarhandschriften*, *op. cit.*, pp. 8-9. V. Brown demuestra la dependencia de **L** respecto de **N**, en *The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, *op. cit*, pp. 12 y ss.

[21] Estudios sobre **S**: K. Jax, «Die Stellung der Handschriften *S* und *L* in der Cäsarüberlieferung», *Wiener Studien* 52 (1934), pp. 95-105; W. Hering, *Die Recensio der Caesarhandschriften*, *op. cit.*, pp. 7-20; V. Brown, *The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, *op. cit*, p. 84. En relación al ms. *Leidensis Vossianus* Q 53 (**C**), se considera una copia de **B** desde A. Holder (ed.), que alude ya a él como *descriptus* en su edición del *B. G.*, *C. Iuli Caesaris belli Gallici libri VII. Accessit A. Hirti liber octauus*, Friburgo-Tubinga 1882, p. VI; a partir de ahí todos los editores han asumido esta dependencia. Posteriormente, Klotz y Seel recogen sus lecturas en las ocasiones en que **B** presenta una laguna. El códice está catalogado en AA. VV., *Bibliotheca Academiae Lugduno-Batavae*, vol. 14.1, p. 10. También se relaciona con **B** en cuanto a los títulos y colofones, *cf.* V. Brown, «Latin Manuscripts of Caesar's *Gallic War*», *op. cit.*, p. 124. Los mss. **MNLSC** han sido catalogados por Munk Olsen, *L'étude des auteurs classiques latins aux XI^e^ et XII^e^ siècles*, vol. I, *Catalogue des manuscrits classiques latins copiés du IX^e^ au XII^e^ siècle*, *op. cit.*, pp. 38-48.

1, 2, 3 heluitii **B**[1]: tuti **B**[c] *s.s.*: tuti heluitii **V**: heluetii *cett.*

4, 10, 1 uacalus **B**[1]: uulgo dr uualis **B**[c] *marg.*: uulgo dr uualis liacauis **V**: uacalus *cett.* | | uatauorum **B**[1]: uulgo dr batua **B**[c] *s.s.*: liacanorum uulgo dicitur batua **V**: batauorum *cett.*

La trascendencia de estas lecturas es evidente, toda vez que no se encuentran en ningún otro testimonio de la antigua tradición manuscrita; estas lecturas, junto con los datos anteriormente aportados, nos permiten postular la inequívoca vinculación de **V** con **B**, que sería su origen último, con un número indeterminado de códices interpuestos.

B) Vinculación con los manuscritos *recentiores*

La línea de transmisión textual que comienza en **B** y está representada por el *Voss. sec.* no termina en este códice. En efecto, un grupo de mss., de origen italiano y fechados en el s. XV, culminan esta trayectoria; se trata de los siguientes códices: Valencia, BU Ms 396 (**D**); Madrid, BN Ms 12867 (**F**); Granada, BU Caja B-17 (**G**); Madrid, BN Ms Res 242 (**H**); Madrid, BN Ms 10054 (**J**); El Escorial, N.III.22 (**Z**)[22].

Antes del estudio filológico que hemos realizado todos ellos se integraban en la clase β, dado que contienen las cinco obras que forman el *Corpus Caesarianum*; sin embargo, según demostramos en anteriores trabajos, el *Bellum Gallicum* que contienen pertenece a la clase α y tiene su origen último en el ms. **B**. El texto transmitido por estos códices se nos presenta como el más difundido en Italia durante el s. XV, erigiéndose en lo que hemos considerado la vulgata del texto en esta época y ejerciendo una gran influencia sobre las primeras ediciones impresas.

Pues bien, estos códices se encuentran vinculados entre sí y con **V** por relevantes lecturas, que procederían de su modelo común, al que hemos denominado ***γ*** (= **VDFGHJZ**) y al que atribuimos funciones de hiperarquetipo[23]; presentan también una serie de correcciones, según la *emendatio ope ingenii*, de gran

---

[22] Manuscritos catalogados por V. Brown, *The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, *op. cit.*, pp. 50-60, y por L. Rubio, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Madrid 1984.

[23] Para el análisis filológico de **DFGHJZ** y su influencia sobre las primeras ediciones, *cf.* A. J. García Villena, *El* Bellum Gallicum *de César en los mss. de la clase β conservados en bibliotecas españolas*, *op. cit.*, y «El texto del *Bellum Gallicum* de César en los códices de la clase *β* conservados en España: contribuciones a la historia de la tradición textual».

interés por la temprana época en la que se realizaron[24]. Partimos, pues, de la constatación de la existencia de una fuente única para los siete códices mencionados, que tiene su origen, a su vez, en el ms. **B**.

4. CONCLUSIONES

El códice *Leidensis Vossianus Lat.* F 90 (**V**), del s. XIV, pertenece a la etapa de la transmisión textual del *Bellum Gallicum* que aún permanece parcialmente desconocida; por consiguiente, el propósito de este artículo ha sido determinar la posición del *B. G.* transmitido por **V** en el *stemma* de la obra, precisando su relación con los antiguos testimonios y los mss. *recentiores*.

V contiene las cinco obras que integran el *Corpus Caesarianum*, por lo que antes de nuestro estudio se consideraba perteneciente a la clase β; sin embargo, de los datos aportados por la colación que hemos llevado a cabo con el ms. **B** y las principales ediciones del texto, se deriva su vinculación con la clase α, compartiendo con esta familia sus variantes propias frente a la clase β; se trata, por lo tanto, de un códice mixto.

Entre los diversos mss. que forman la clase α, **V** no comparte las variantes propias de la familia χ (**AQ**); en cambio, se relaciona estrechamente con el ms. *Parisinus Lat.* 5763 (**B**), fechado en la primera mitad del s. IX, por lo que contiene un texto de gran valor para la *constitutio textus*. Además de compartir las omisiones, adiciones y otras lecturas significativas de **B**, durante el proceso de copia **V** ha incorporado las correcciones que éste documenta procedentes de la clase β en los tres primeros libros de la obra, así como sus glosas marginales. Del estudio de estas relaciones de **V** con los primeros testimonios de la familia α se desprende que el ms. **B** es la fuente de la que procede **V** a través de un número no precisado de códices interpuestos, y que éste forma parte de una línea de la tradición que incorporó al texto las correcciones y las glosas marginales que presenta **B**.

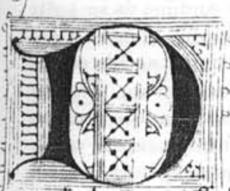
Por otra parte, estas mismas lecturas que lo relacionan con **B**, nos permiten desvincularlo de otros mss. que también tienen su origen en éste, como son **MNLS**, dado que no presentan las referidas correcciones y glosas, además de otros errores de separación.

[24] *Cf.* A. J. García Villena, «Aproximación a la actividad correctora del *Bellum Gallicum* de César durante el s. XIV», *RELat* 8 (2008), pp. 127-141.

Finalmente, **V** comparte una serie de relevantes errores conjuntivos con un grupo de *recentiores*, que tienen su origen en el Renacimiento italiano y que conservamos en España; se trata de los códices Valencia, BU Ms 396 (**D**); Madrid, BN Ms 12867 (**F**); Granada, BU Caja B-17 (**G**); Madrid, BN Ms Res 242 (**H**); Madrid, BN Ms 10054 (**J**); El Escorial, N.III.22 (**Z**). Tomando en consideración estas lecturas vinculantes, planteamos la existencia de un hiparquetipo común para todos estos mss., denominado ***γ*** (= **VDFGHJZ**), del que derivarían de forma independiente.

Todo ello nos permite concluir que el texto procedente de la tradición del manuscrito **B**, transmitido por estos códices, fue el más difundido durante el Renacimiento italiano, teniendo gran influencia sobre las ediciones incunables y postincunables[25].

[25] Sobre la importancia de la detección de las fuentes manuscritas en la antigua tradición impresa de la obra de César, ct. A. MORENO HERNÁNDEZ «Bases manuscritas de la práctica conjetural de la edición aldina del *Bellum Gallicum* de César», *Emerita* 67 (2009).



Leidensis Vossianus Lat. F 90, f. 24r.°
Gall. 4, 38, 3 *legiones duxerant* – 5, 3, 3 *in officio futuros*

ÍÑIGO DE ÁVALOS Y EL TEXTO DEL *BELLVM GALLICVM* DE CÉSAR EN UN ESCRIPTORIO MILANÉS[1]

Manuel Isidro Guijosa
manuel.isidro@gmail.com

RESUMEN

El objetivo de esta comunicación es dar a conocer a Íñigo de Ávalos como protector de humanistas y sobre todo su influencia en la transmisión del texto de César. Nos centramos después en el estudio de una familia de códices y sus relaciones entre ellos, por medio del análisis de variantes conjuntivas y separativas, según el método maasiano. Estos códices son: Valladolid ms. 301, *Vaticanus Chigianus H V 140,* Madrid, Biblioteca Histórica «Marqués de Valdecilla», ms. 142 y Viena, ms. 248. Todos estos manuscritos han sido escritos en el entorno de Íñigo de Ávalos y de Pier Cándido Decembrio en Milán y en la primera mitad del s. XV.

Palabras clave: Julio César. *Bellum Gallicum*. Crítica textual. Íñigo de Ávalos.

Íñigo de Ávalos and the Caesar's Text *Bellum Gallicum* *in a Milanesse Scriptorium*

ABSTRACT

The objetive of this comunication is informing of Íñigo de Ávalos like humanists´ patron and all about his influence on the transmition of the Caesar´s text. We focus later in the study of a family of codex and their relations in their own, by the analysis of conjunctive and separative variants, according to maasiano method. These codex are: Valladolid ms. 301, *Vaticanus Chigianus H V 140,* Madrid, Historical Library «Marqués de Valdecilla», ms. 142 and Viena, ms. 248. All these manuscripts have been written in the Íñigo de Ávalos enviroment and Pier Cándido Decembrio in Milan and in the first half of XV century.

Keywords: Iulius Caesar. *Belllum Gallicum*. Textual criticism. Íñigo de Ávalos.

★ ★ ★

[1] Este artículo se enmarca en los Proyectos de Investigación FFI2008-02214 y HUM2005-00442, financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación, desarrollados en la UNED y dirigidos por Antonio Moreno Hernández.

1. ÍÑIGO DE ÁVALOS

> «En 26 de febrero de 1443 entró Alfonso V, rey de Aragón, en la conquistada Nápoles, con pompa de triunfador romano: coronado de laurel, con el cetro en la mano diestra y el globo áureo en la siniestra, en carro tirado por cuatro caballos blancos, mostrando a sus pies encadenado el *Mundo*. Precedíanle en otros carros alegóricos la *Fortuna y* las *Virtudes,* entre las cuales descollaba la *Justicia*. Un arco inmenso, para el cual se habían derribado cuarenta brazas de muralla, dió ingreso en la ciudad a aquella espléndida y abigarrada comitiva, en que por primera vez se mezclaban Italia y España, y la Edad Media y el Renacimiento[2].»

Estas palabras de Marcelino Menéndez Pelayo enmarcan el ámbito de este estudio. En la comitiva iban también:

> «… los dos Ávalos (Íñigo y Alfonso), hijos del buen Condestable Ruy López, y sus hermanos de madre los dos Guevaras (Íñigo y Fernando[3]).»

A uno de ellos va dedicado este artículo, se trata de Íñigo de Ávalos o Dávalos. Es el origen de la familia D´Avalos[4] en Italia[5]. Este personaje fue un influyente político y guerrero en la corte de Alfonso V de Aragón en Nápoles,

[2] M. Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos,* v. II, Madrid 1944, p. 245.

[3] M. Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos,* v. II, Madrid 1944, p. 253.

[4] Ínigo de Ávalos es hijo de Ruy López Dávalos (1357-1428) condestable de Castilla que fue perseguido por Álvaro de Luna, se le sometió a proceso, tuvo que huir al reino de Aragón (1422) y murió en Valencia. No conocemos la fecha de nacimiento de Íñigo de Ávalos. En 1435 pasa a Italia con el rey Alfonso para conquistar Nápoles. Participa en la batalla de Ponza y cae prisionero. Lo envían prisionero a Milán (*Dizzionario Biografico degli Italiani,* Roma 1962, v. IV, p. 635). Allí conoce a Filipo María Visconti. Consta que el trato de Visconti es exquisito y que le da «il feudo di Scaldasole dal 1436 al 1444, con la condizione di poterne riscuotere le entrate solo quando fosse stato presente in Lombardia» (N. Covini, «In Lomellina nel Quattrocento: il declino delle stirpi locali e i feudi accomprati», *Estratto da Reti Medievali Rivista*, V (2004/1) p. 7). En esta «prisión» en Milán conoce a Pier Cándido Decembrio, relación que ya durará toda su vida. En 1440 se casó con Antonella de Aquino con la que tuvo siete hijos y que heredarán el Marquesado de Pescara. En 1449 es nombrado por Alfonso el Magnánimo «Gran Camarlengo», será confirmado por su hijo el rey Fernando a la muerte de Alfonso en 1458. Fue aceptado en la famosa Orden de la Jarretera en 1467 (G. Beltz**,** *Memorials of the Most Noble Order of the Garter from Its Foundation to the Present Time*, Londres 1841 (2005), p. 12 y también: E. H. Fellowes, *The Knights of the Garter, 1348-1939*, Londres 1939) a la que pertenecieron los más grandes reyes y nobles del momento. Muere en Nápoles el 12 de septiembre de 1484.

[5] Abundante bibliografía sobre la familia que fundó en Italia tenemos en: L. Flavia, *I D'Avalos: una grande famiglia aristocratica napoletana nel Settecento,* Nápoles 2006. Un retrato literario de su familia lo tenemos en: L. Vilar y Pascual, J. J. Vilar Psayla, *Diccionario histórico-genealógico y heráldico de las familias ilustres de la monarquía española,* Vols. 7-8, 2ª Ed., Madrid 1866, pp. 354-362.

pero en este estudio nos interesa como mecenas y bibliófilo[6]. Un humanista de la época como Vespasiano da Bisticci (1421-1498) nos cuenta su influencia en esta corte. Escribe su vida[7] entre la de otros ilustres caballeros del s. XV. Destaca su afición libresca y cuenta que poseía muchos libros «di mano» y «miniatura di carte». Lo describe como hombre de letras además de buen guerrero; es un buen latinista («aveva buonissima perizia delle lettere latine») y se conservan cartas escritas por él. Dentro de sus aficiones culturales aparece el coleccionismo de

[6] «Cabría pensar en Iñigo de Ávalos, Camarlengo de Alfonso, que fue uno de los que más le imitaron en sus aficiones bibliográficas» N. Salvador Miguel, *La poesía Cancioneril: El cancionero de Estúñiga*, Madrid 1977, p. 37.

[7] V. Da Bisticci, *Vite di uomini illustri*, Ed. A. Bartoli, Florencia 1859, pp. 397-398. Dice:

«Il conte camrlingo, chiamato messer Inico de Davalos, nato Della casa d´Ignarra, casa reale di Spagna, era passato di qua, quando il re Alfonso andò per pigliarie il Reame, con l´armata, che fu presa da´Genovesi e menata a Milano insieme col re Alfonso. Il duca Filippo lo fece richiedere ch´ egli andasse a stare con lui. Vedutosi in prigione, non sapendo quello che si avesse a fare il duca de´fatti loro, per non essere prigione, con licenza del re Alfonso s´acconciò col duca Filippo. Aveva buonissima perizia delle lettere latine, e dilettavasi di tutte le gentilezze che si possono pensare. Era buono musico, e dilettavasi d´ogni istrumento, e di tutti aveva buonissima perizia. Istando alquanto tempo col duca Filippo, richiamato dal re Alfonso nel Regno, ritornò benissimo in ordine, perchè il duca Filippo lo tenne in casa sua molto onoratamente. Erano nel Reame quattro fratelli, tutti in buona grazia di quello principe; e dalla sua Maestà furono molto onorati, per essere nobilissimi di nazioni e di costumi, e per essersi allevati da piccoli con la sua Maestà. Ebbono de´principali uffici del regno, che ancora oggi n´hanno i nipoti. Morto il re Alfonoso, restò il conte Camarlingo in buonissima grazia del re Ferdinando, e servillo fedelissimamente. Adoperollo in molte legazioni a´pontefici, e Molto onoratamente andò e con riputazione, per esse uomo di grañidísima autoriíta in ogni cosa.

II. Il più gentiles ignore che avesse quello regno era il conte Camarlingo. Era la casa sua uno ricetto di quanti uomini dabbene erano nel Regno. Infra láltre sua singulari virtù era liberalísimo, e quello che aveva era comune agli Amicis. Viveva in casa sua isplendidamente e di famigli e dórnamenti; non era mai la casa sua sanza forastieri. Dilettossi maravigliosamente di libri, e aveva in casa sua una bellísima libraria: tutti libri degnissimi di mano de´piú belli iscrittori d´Italia, e bellisimi di miniatura di carte; e dógni cosa gli voleva in superlativo grado, e non guardava a quello che si spendesse, fussino i libri degni. Ebbe, Infra l´altri condizionioni, che fu intendentissimo d´ogni cosa universalmente, e ne sapeva racionare, per avere veduto cose assai, ed essere istato sempre appresso di uomini grandi. Era d´ uno bellísimo aspetto, ed umanissimo universalmente con ognuno. Era tanto liberale donatore, ch´egli faceta quello che debbono fare i signori, che in fine dell´ anno seguente. Amò molto gli uomini dotti, e onorògli sempre dove egli si trovava; prestava loro favore, cosi appresso il re Alfonso, come appresso dei re Ferdinando.

III. Non se gli potrebbono dare tante lode, ch´egli non ne meritasse più, e massime Della sua inviolabile fede, della quale mai non mancò. Morto la felice memoria del re Alfonoso, tutti i signori o la maggior parte del Regno mancorono della fede; il conte Camarlingo sempre istette fermo e constante sanza mutarsi, como uomo osservantissimo della fede sua. Ebbe buonissima perizia nella disciplina militare, nella quale sempre si esercitò in favore della Maestà del re, mentre che fu bisogno durante la guerrra dei duca Giovanni. Il simile, in ogni cosa che gli occorse, si esercitò, e últimamente nella guerra del Turco andò con le genti che gli furono ordinate. Portossi in questa e in tutte le altre cose strenuamente. Fu di savissimo consiglio e temperantissimo in ogni cosa. Istitui i figliuoli di laudabili costumi, e volle ch´eglino avessino notizia delle lettere latine, e di tutte le cose che si appartengono a figliuoli de´prinicipi, como era lui.»

medallas, pues conocemos una en la que aparece retratado[8]; también está documentada la compra de joyas[9].

En cuanto a las letras, hereda la afición de su padre Ruy López Dávalos que mandó traducir a Boecio al castellano[10]. A su llegada a Italia entra en contacto con los humanistas que en ese momento están trabajando en Milán, especialmente Francisco Filelfo y Pier Cándido Decembrio. De su trato conocemos varias cartas dirigidas entre ellos. La amistad entre Pier Cándido Decembrio e Íñigo Dávalos se refleja, por ejemplo, en las cartas del Epistolario de Decembrio: a él dirige, entre otras, la carta recogida en el Epistolario del códice 2387 de la Universidad de Bolonia, folio 59v.° y la carta del códice *Ambrosianus* I, 235 en el folio 49v.°[11]. Una prueba más de su relación es el manuscrito 10301 de la Biblioteca Nacional de Madrid que contiene las «Historias» de Polibio traducidas al italiano por Pier Cándido Decembrio, en cuya contraportada aparece la siguiente leyenda: *Iste liber est Polibus autor grecus et est mei Domini Ynici de Davalos*[12]. Testimonio de su amistad es que le dedica unos Epigramas de tema diverso y una Epístola Métrica al *magno camerario*[13]. Así mismo, conocemos su influencia en la traducción de «Quinto Curcio» de Decembrio[14] hasta tal punto

---

[8] Medalla con la imagen de Iñigo de Ávalos, Pisanello, Veronese, c. 1395-1455. *Don Iñigo d'Avalos, d. 1484, Grand Chamberlain of Naples from 1442*, obverse, c. 1448/1449; bronze, diameter: 7.9 cm (3 1/8 in.) National Gallery of Art, Washington, Samuel H. Kress Collection. 1957.14.614.a.

[9] «Dalla ditta di Francesco e Cosimo Spinola il conte camarlengo Iñigo di Rodrigo D´Avalos acquistò un rubino del valore di 77 ducati.» G. Brancaccio, *Nazione genovese: consoli e colonia nella Napoli moderna*, Nápoles 2001, p. 31.

[10] P. Saquero Suárez-Somonte, T. González Rolán, «Las glosas de Nicolás de Trevet sobre los trabajos de Hércules vertidas al castellano: el códice 10.220 de la B.N. de Madrid y Enrique de Villena», *Epos: Revista de filología*, 6, 1990, pp. 177-198 y «Boecio en el medievo hispánico» *Humanitas: in honoren Antonio Fontán,* 1992 pp. 319-339. A. Doñas Beleña, «El Dialogus super auctores de Conrado de Hirsau y algunas versiones hispánicas de la Consolatio Philosophiae de Boecio», *Memorabilia: boletín de literatura sapiencial,* 9 (2006) (versión on line). Está en el códice 10220 y el 13274 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

[11] La introducción de esas cartas dice así: «*P. Candidus illustri Inicho Davolo Magno Camerario salutem*», está escrita desde Nápoles en Agosto de 1459. Recogidas por M. Borsa, «Pier Candido Decembrio e l´Umanesimo in Lombardía», *Archivio Storico Lombardo* XX (1893)apéndice XVII y XVIII pp. 438-439. A la muerte de Alfonso dirige otra carta (*Ambr.* I, 235, inf., f. 32^{r}) con un encomio del rey donde le pide que intervenga ante el rey Fernando para que le renueve en el puesto que tenía en la corte de Nápoles.

[12] Otros manuscritos que posee Íñigo de Ávalos son *Harl.* 3305 de la British Library y ms. 8965 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

[13] *Ambrosianus* D 112 inf. e. Más muestras de su amistad las recoge M. Borsa, «Pier Candido Decembrio e l´Umanesimo in Lombardía», *Archivio Storico Lombardo* XX (1893), pp. 393-395.

[14] J. Berzunza, «Preliminary Notes on the Three Italian Versions of Quintus Curtius Rufus' «Historiae Alexandri Magni», *Italica*, 18:3 (1941:Sept.), p.134. B. Quarich, *Local Government Bill: Letter Concerning Local Goverment Bill from Donald Nicole* (catálogo para venta), Londres 1860, p. 139. Describe el Quinto Curcio de Decembrio de 20 de abril de 1438 trabajado para Iñigo de Avalos.

que este manuscrito ha sido llamado «manuscrito Davalos». Este mismo autor le dedica la traducción de la obra de Julio César al italiano que realizó y que tuvo una gran influencia en la traducción de César a las lenguas modernas[15].

Además conocemos su relación con otros manuscritos y humanistas de la época. Por ejemplo con Francisco Filelfo[16] (1398-1481) es conocida su relación epistolar durante largos años. Masuccio Salernitano le dedica una novela a Íñigo de Ávalos y otra a su esposa[17]. Y también con Alamanno Rinuccini, que le dedica su traducción del griego *Sobre las virtudes de las mujeres*[18] de Plutarco. Estamos, por tanto, ante un importante mecenas español, afincado en Italia, y medio muy apto para la llegada de algunos manuscritos renacentistas a la península Ibérica. Como autor solamente conservamos dos pequeños tratados de caza[19].

2. EL MANUSCRITO DE VALLADOLID (BIB. HIST. DE SANTA CRUZ, MS. 301)[20]

En este momento se escribe un códice con el texto de *Bellum Gallicum* de Julio César que se encuentra en Valladolid: el manuscrito 301[21] de la Biblioteca Histórica del Colegio de Santa Cruz. Este códice tiene un colofón que dice así:

---

[15] Biblioteca nacional de Nápoles XIV D 3 volg. (P.O. KRISTELLER, *Iter Italicum: A Finding List of Uncatalogued or Incompletely Catalogued*, Londres-Leiden 1977-1993, p. 409).

[16] Cfr. A. SORIA OLMEDO, *Los humanistas de la Corte de Alfonso el Magnánimo (según los espistolarios)*. Granada 1954.

[17] «Il Novellino» de Masuccio Salernitano (1410 ca.- 1475), recoge cincuenta novelas de la tradición italiana y publicadas como obra póstuma en 1476. Existen varias ediciones. Está dedicada a Hipólita de Aragon y de Visconti. Cada novela, a su vez, va dedicada a un personaje famoso de la corte de Aragón en Nápoles. Y así encontramos:

Novela XII «A lo eccellente signore don Inico D'Avolos dignisimo conte camerlingo».

Novela XXI «A la eccellente madonna Antonella D'Aquino contessa camerlinga».

[18] T. MARTÍNEZ MANZANO. «Las retraducciones al griego clásico de Constantino Láscaris» *Hieronymus Complutensis,* 2 (julio-diciembre 1995) pp. 1-26. Dice en la p. 23:

«En efecto, el tratado *Sobre las virtudes de las mujeres* fue vertido a la lengua latina por el humanista italiano Alamanno Rinuccini (1426-1499). (…) La traducción de Rinuccini, datada el 15 de febrero de 1464/65, fue dedicada al noble español Íñigo Dávalos, protegido de Alfonso V el Magnánimo».

[19] A. LUPIS, *La sezione venatoria della Biblioteca aragonese di Napoli, e due sconosciuti trattati di Ynnico d'Avalos, conte Camerlengo,* Bari 1975.

[20] En el análisis textual hemos utilizado la tipología de variantes propuesta por A. MORENO HERNÁNDEZ, «En torno a la filiación del texto del *Bellum Gallicum* de César en el manuscrito *Escurialensis* M.III.10», *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios latinos)* 25. Madrid 2005, núm. 1 pp. 5-25. A. MORENO HERNÁNDEZ, «César, Bellum Gallicum, Parisinus Lat. 5767». *Emerita,* 78, 2005, pp. 217-232.

Para las abreviaturas y edición del texto hemos usado la de A. KLOTZ, *C. Iuli Caesaris Commentarii,* vol. I, *Commentarii belli Gallici*, Leipzig 1921 (1927).

[21] Le llamamos **Va**. Descripción codicológica en S. RIVERA MANESCAU y P. ORTEGA LAMADRID «Catálogo de manuscritos de la Biblioteca Universitaria y de Santa Cruz de Valladolid», *Anales,* Valladolid 1929-1935. Publicado en la

Expliciunt commentarii G.I. Cesaris imperatoris maximi continui consulis et perpetui dictatoris. per Ambrosium Scarilem Mediolanensem. In castro porte Iovis militem. Sabbato Sancto xxvi^{o} Martii MCCCCXL in camera strenuissimi .d. Inici Miltis

De este colofón hemos sacado una gran información sobre el manuscrito, nos indica todos estos datos que a continuación referimos: En primer lugar, conocemos la fecha exacta de la terminación de la copia: el 26 de marzo de 1440, y además que era sábado santo. Otro dato significativo y poco común en los manuscritos de la época es el nombre del copista, un soldado llamado Ambrosio Scarile y que era de Milán. Por desgracia no nos ha sido posible localizar a este personaje, ni ninguna obra que haya podido copiar además de esta[22]. A la búsqueda de este personaje hemos rastreado los copistas de la época, pero los resultados han sido en vano.

El lugar de copia está también muy bien identificado, es el *Castrum Portae Iovis*, que es el castillo de los Sforza[23]. Hoy se conoce como «Castello di porta Giobia», en pleno corazón de la ciudad de Milán. Por tanto está ligado a una de las ciudades más importantes para la copia de manuscritos del siglo XV.

Además de todos esos datos sobre el códice, las siguientes palabras: *in camera strenuissimi .d. Inici Miltis*, pueden interpretarse como la secretaría de un ilustre señor. En esta época conocemos un ilustre *miles Inicus*[24]*;* se trata de Íñigo de Ávalos o Dávalos. Podemos asegurar que este personaje es el *Inicus miles* del manuscrito **Va**, su «prisión» en Milán coincide con la fecha del manuscrito. Es más hemos podido averiguar que el 16 de mayo de 1440 vuelve a España y trae el encargo, que conocemos por las cartas de Pier Cándido Decembrio, de ofrecer

---

revista *Anales* 8, fasc. 24-25, pp. 36-37; M. N. Alonso Cortés, *Catálogo de Manuscritos de la Biblioteca de Santa Cruz,* Valladolid 1976, p. 244; P.O. Kristeller, *Iter Italicum,* Londres-Leiden 1977-1993, p. 659; L. Rubio Fernández, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Madrid 1984, pp. 587-588.

Estudio textual en M. Isidro Guijosa, «Precisiones en torno a la historia y a la filiación del Ms. Bibl. Colegio Santa Cruz, 301 de Valladolid («*Bellvm Gallicum*» de César)», *Minerva: Revista de filología clásica,* 20 (2007), pp. 111-129.

[22] Según P.O. Kristeller, *Iter Italicum,* Londres-Leiden 1977-1993, p. 659 a este autor se le atribuye una única obra y es el presente manuscrito de Valladolid ms. 301. He consultado varios libros, entre ellos M.E. Cosenza, *Biographical and Bibliographical Dictionary of the Italian Humanist; The World of Classical Scholarship,* Boston 1962, y no aparece con ese nombre ni con otros parecidos.

[23] Este castillo fue construido entre 1358 y 1368 por Galeazzo II Visconti. En los desórdenes que siguieron a la muerte de Filipo María Visconti, la nueva república ambrosiana de Milán decretó la destrucción del castillo. Francesco Sforza en 1450 retoma el poder, como representante del pueblo milanés, y ordena reconstruir la fortaleza que estaba casi completa a su muerte en 1468. Cfr. G. Padovan, *La fortalezza celata. I sotterranei del Castello Sforzesco di Milano*, Vigevano 1996.

[24] Cfr. N. Covini, «In Lomellina nel Quattrocento: il declino delle stirpi locali e i feudi accomprati». *Estratto da Reti Medievali Rivista*, V-2004/1 (gennaio-giugno) pp. 7 y 35.

al rey la traducción de la República de Platón (Códice *Riccardianus* 827, carta 121 f. 64)[25]. Existe la posibilidad de que en este viaje[26] haya traído también el códice **Va** recién escrito. No tenemos constancia documental pero es un canal muy apto para la llegada a España de este códice.

Por tanto podemos afirmar que el lugar en el que se escribió el códice **Va** fue la secretaría de Íñigo de Ávalos durante la prisión en la corte de Milán y que posiblemente a través suyo llegó a España.

Al examinar los títulos de este manuscrito (*Gai Iulii cesaris imperatoris maximi continui consulis et perpetui dictatoris bellorum gallicorum ab eodem descriptorum liber .pus. incipit feliciter*) hemos podido comprobar que coincide con un grupo de manuscritos ya recogidos en los estudios de V. Brown[27]. En concreto el apartado 4, en el que agrupa una serie de códices cuya característica general es que mencionan distintos epítetos de César. **Va** coincide en los epítetos aplicados al autor, que Brown descubre en los códices Troyes 1211 y *Vaticanus lat.* 5824 (*C. Iulii Caesaris continui consulis ac dictatoris perpetui rerum (gestarum) Galliae a se conscriptarum liber primus*); con algún pequeño retoque se muestra *Reginensis lat.* 832 al añadir *a se gestarum et conscriptarum*. Incluye en este apartado otros dos códices β, que son Vienna 248 y *Vat. Chig. Lat.* H.V. 140 (*Cai Iulii Caesaris divi imperatoris maximi continui consulis et dictatoris perpetui rerum gestarum Galliae ab eodem conscriptarum liber Primus*). Cita también otro códice β, *Vaticanus lat.* 11582, pero que descarta por ser títulos añadidos por otra mano. Anteriormente Brown ha citado otro manuscrito, Madrid 142 con un título casi idéntico a **Va** pero que ella no ha examinado personalmente Madrid 142. Desgraciadamente Brown no conoce el ms. 301 de Valladolid (**Va**). Dice de todos estos códices que son de procedencia italiana, que se pueden fechar alrededor del siglo XV, y además indica que este título solo circuló en este campo.

Una vez consignada esta relación paratextual, hemos colacionado el texto completo de todos estos manuscritos y hemos hallado dos familias diferentes. Una

---

[25] Zaccaria afirma que trajo al rey la traducción de «La República» basándose en la carta mencionada que dice así: «*...pro rege Hispaniae a milite insigne domino Ignigo nuper expedita et integre transcripta...*». V. Zaccaria, «Pier Candido Decembrio traduttore della *Respublica* di Platone» *Italia Medioevale e Umanistica,* II (1959) p. 193 transcripción que toma de M. Borsa, «Correspondence of Humphrey of Gloucester and Pier Candido Decembrio» (1439-1444), *English Historical Review,* XIX (1904) p. 517.

[26] Conocemos sus viajes a España y sabemos que construyó un castillo en Manzaneque (Toledo) en estos años. L. Moreno Nieto, *Diccionario enciclopédico de Toledo y su provincia*, Toledo 1977, p. 234.

[27] Cf. V. Brown, «Latin Manuscripts of Caesar´s Gallic War», *Paleographica, Diplomatica et Archivistica. Studi in onore di Giulio Batelli,* Roma 1979, pp. 105-157. Especialmente p. 119.

de estas familias es el objeto de este trabajo, en concreto la relación entre Valladolid 301, Madrid 142, *Vat. Lat. Chig.* H V 140 y Vienna 248. No nos vamos a centrar en el estudio sobre el origen y la posición en el stemma general de *Bellum Gallicum* sino en las relaciones entre estos cuatro manuscritos[28]. Podemos afirmar que toda la filiación ya estudiada y fijada en el artículo anteriormente citado para **Va**, es decir, clase α, familia φ, procedente de **M**[c] (*Vaticanus latinus 3864*), es válida para los cuatro códices pues al realizar la colación hemos constatado que todos ellos coinciden en un grupo numeroso de variantes significativas que los unen en estrecho parentesco. Estamos ante el mismo texto del *Bellum Gallicum*.

Tampoco estudiaremos las variantes propias exclusivas de cada manuscrito, que nos indican las características propias del copista de cada uno de ellos, pero que exceden los límites de este trabajo. Estudiamos únicamente la relación y el parentesco que los une.

3. RELACIÓN ENTRE LOS MSS. *VAT. CHIG. LAT. H V* 140[29] Y VALLADOLID 301

Comenzamos por el códice Vat. *Chig. Lat. H V* 140, pues le une con **Va**, el lugar de copia, es decir, Milán, y la presencia de una carta introductoria importantísima, pues es la carta en la que por primera vez se defiende en el mundo renacentista la autoría de Julio César sobre *Bellum Gallicum*[30]. Esta carta está escrita por Pier Cándido Decembrio (1423) y dirigida al obispo Bartolomeo Capra. Además ya conocemos la relación de amistad que surgió en Milán en esta época entre Decembrio y Ávalos. Como ya hemos indicado antes, ambos códices tienen los mismos títulos. Hemos podido concluir que estos argumentos basados en elementos paratextuales tienen importancia en este caso, pues, como vamos a mostrar, estos dos manuscritos son copia de un mismo modelo anterior.

3.1. El estudio se ha realizado sobre todas las variantes entre estos dos manus-

[28] El estudio sobre el origen y stemma de Valladolid 301 ya lo realizamos anteriormente, cfr. M. ISIDRO GUIJOSA, «Precisiones en torno a la historia y a la filiación del Ms. Bibl. Colegio Santa Cruz, 301 de Valladolid («*Bellum Gallicum*» de César)», *Minerva: Revista de filología clásica,* 20 (2007), pp. 111-129.

[29] Le llamamos **Ci**. Se conserva en la Biblioteca Vaticana de Roma. Descripción en E. PELLEGRIN, *Les manuscrits classiques latins de la Bibliothèque Vaticane*, París 1975. Tomo I, p. 301-302; P. O. KRISTELLER, *Iter Italicum,* Londres-Leiden 1977-1993, pp. 394-395; V. BROWN, *The textual Transmission of Caesar's Civil War. Mnemosyne, Bibliotheca Classica Batava,* suppl. 23, Leiden 1972, p. 47.

[30] Ff. 1-3.

critos (**Va** y **Ci**). A través de la colación completa entre ellos podemos afirmar que estamos ante un texto casi idéntico. Existen un número significativo de variantes colacionadas que servirán de ejemplo para detectar su independencia, pero todo el resto del texto es igual entre los dos códices **Va** y **Ci**. Contienen pocas alteraciones en número y calidad relevantes para la crítica textual, por lo que defendemos un estrecho parentesco entre ellos.

a) En el estudio paleográfico encontramos ya los mismos usos gráficos. Hemos hallado errores gráficos sólo explicables por copia:

> 1, 20, 2 adulescentiam ω Klotz: adolescentiam **Ci Va**; 1, 38, 4 circumductum ω Klotz: circunductum **Ci Va**; 3, 12, 1 promuntoriisque ω Klotz: promontoriisque **Ci Va**; 4, 12, 2 desiluerunt ω Klotz: desilierunt **Ci Va**; 8, 5, 2 aedificata ω Klotz: hedificata **Ci Va**.

Aparecen además muchas palabras que, a pesar de las fluctuaciones gráficas que se producen en la escritura del latín en esta época, están escritas exactamente igual y en el mismo lugar por ambos manuscritos. Merece mencionarse el error conjuntivo entre ambos de 6, 10, 4 y 7, 63, 3 ya que escriben *aput*. Esta preposición aparece así habitualmente en **Va** y es un error corregido en todo el códice **Ci** y que, sin embargo, permanece en estos dos lugares.

b) Las variantes conjuntivas morfológicas y sintácticas alcanzan un relieve especial en las variantes producidas en los verbos. Hemos registrado 70 variantes morfológicas o sintácticas entre ambos manuscritos, de ellas 37 se deben a diferentes variantes verbales. Estas variantes muestran una dependencia directa de copia entre ambos manuscritos:

> 1, 32, 2 facerent ω Klotz: faciunt **Ci Va**; 2, 28, 2 miserunt ω Klotz: mittunt **Ci Va**; 3, 15, 5 pervenerint α: pervenirent β Klotz: peruenerunt **Ci Va**; 5, 11, 3 arcessi ω Klotz: arcessiri **Ci Va**; 7, 61, 5 progrediatur **AQ^{c}BMS^{c}L**: progrederetur **Q^{1}S^{1}**β Klotz: progrediebatur **Ci Va**.

c) Las variantes léxicas se constatan en cambios de números (1, 41, 4 quinquaginta ω Klotz: xl **Ci Va**; 5, 2, 2 XXVIII α: duodeXXX β: duodetriginta Klotz: XXVIIII **Ci Va**; 7, 88, 4 LXXIIII ω Klotz: LXXXIIII **Ci Va**); también son provocadas por lecturas divergentes producidas por un corte distinto en la separación de palabras (4, 34, 2 suo se loco ω Klotz: suos et loco **Ci Va**; 6, 3, 4 belli ac ω Klotz: bellice **Ci Va**; 6, 31, 1 iudicione ω Klotz: iudicio ue **Ci Va**; 7, 8, 2 etsi ω Klotz: et sic **Ci Va**); por confusión entre letras, especialmente nasales

y vocales cerradas (3, 11, 2 hinc *por* huic; 4, 28, 1 levi *por* leni). Además, un número importante de palabras se puede verificar que provienen de vulgarizaciones: 1, 4, 2 obaeratosque ω Klotz: cognatosque **Ci Va**; 2, 22, 1 postulabat ω Klotz: poscebat **Ci Va**; 5, 8, 4 remigandi ω Klotz: nauigandi **Ci Va**; 5, 13, 6 viciens ω Klotz: vicies **M:** uigies **Ci Va**; 8, 27, 4 pontem ω Klotz: locum **Ci Va**; 8, 48, 1 hiemaret ω Klotz: hibernaret **Ci Va**.

Por último, lecturas comunes a ambos que solo pueden explicarse por copia:

3, 4, 2 caesaque α: gaesaque β Klotz: telaque **Ci Va**; 3, 29, 1 caesa ω Klotz: cesar **Ci Va**; 5, 13, 6 viciens ω Klotz: vicies **M:** uigies **Ci Va**; 8, 9, 4 incidentibus ω Klotz: micientibus **Ci Va**.

d) Es llamativo el número de omisiones (28) y de adiciones (15) de una sola palabra compartidas por estos dos códices, que les diferencian de la tradición mayoritaria. Reseñamos como más importantes:

1, 1, 3 longissime ω Klotz: *om.* **Ci Va**; 1, 5, 4. noricum ω Klotz: *om.* **Ci Va**; 4, 31, 3. commode ω Klotz: *om.* **Ci Va**; 5, 8, 6 amplius ω Klotz: *om.* **Ci Va**; 5, 11, 8 dividit ω Klotz: *om.* **Ci Va**; 6, 44, 3 reliquas ω Klotz: *om.* **Ci Va**;

1, 52, 3 ita nostri ω Klotz**:** ita nostri mxi etiam **Ci Va**; 6, 29, 4 est ω Klotz: est pars **Ci Va**; 7, 62, 9 quos ω Klotz: quod quos **Ci Va**; 8, 23, 5 conficere ω Klotz: conficere hominem **Ci Va**.

e) En cuanto a la alteración del orden de palabras, es significativa la lectura común a lo largo de todo el texto de *Bellum Gallicum*. En total hay 114 alteraciones en el orden de palabras en las que coinciden los manuscritos **Va** y **Ci** frente a las 39 que los diferencian, 10 en las que **Va** se aleja de la tradición mayoritaria y 29 en los que se aparta **Ci**. Estas alteraciones conjuntas estarían en el modelo. Señalamos algunas más amplias:

1, 11, 3 omni tempore de populo romano ω Klotz: de populo romano omni tempore **Ci Va** 4, 1, 10 magna est corporis pars ω Klotz: magna corporis pars est **Ci Va**

5, 13, 6 nulla ω Klotz: nulla *post* terra **Ci Va**

7, 13, 1 caesar ex castris equitatum educi ω Klotz: cesar equitatum ex castris educi **Ci Va**

8, 23, 5 celeriter ω Klotz: celeriter *ante* ac familiaribus **Ci Va**

f) Por último, señalamos varias lecturas de nombres que sólo pueden explicarse por copia entre manuscritos. Podemos reseñar las variantes de 5, 24, 4 *catuloici* que aparece en varios *recentiores,* y la confusión de 7, 7, 5; 7, 8, 1 y 7, 8, 2 que escribe *heduos* por *helvios* que es la lectura de la tradición mayoritaria.

A la vista de todas estas variantes, importantes tanto en cantidad como en calidad para la filiación de los manuscritos, podemos afirmar que ambos manuscritos están emparentados entre sí de forma directa. Son copia directa de un mismo modelo.

3.2. Las variantes propias, que constituyen errores separativos, nos indican la imposibilidad de copia entre ellos y avalan la copia directa de un modelo común. Pero estos manuscritos son copias independientes del modelo puesto que **Ci** presenta errores separativos propios que no secunda **Va**, y **Va** presenta errores separativos propios que no secunda **Ci**. Y así:

a) Las variantes morfológicas y sintácticas son relevantes y nos indican una copia sensiblemente mejor por parte de **Ci** del modelo del que proceden ambos. Esto nos lo puede mostrar los siguientes ejemplos de errores de **Va** que han sido bien copiados por **Ci** y así hemos hallado cambios del singular al plural o del plural al singular:

> 1, 12, 2 transierat ω**Ci** Klotz: transierant **Va**; 4, 32, 5 perturbaverant ω**Ci** Klotz: perturbaverat **Va**.

También encontramos formas personales cambiadas en **Va** erróneamente por infinitivos o viceversa:

> 2, 26, 2 ferret ω**Ci** Klotz: ferre **Va**; 7, 55, 9 cogere ω**Ci** Klotz: cogeret **Va**; 8, 14, 4 divideret **B^c^MS Ci**: dividere **Va:** dum videret **A**: dum divideret **QB¹**: viderentur **L**: dimitterent dum dividerent β: dividi videret *Nipp.* Klotz; 8, 24, 4 haberet ω**Ci** Klotz: habere **Va**; 8, 26, 1 cognosceret ω**Ci** Klotz: cognoscere **Va**; 8, 43, 1 videret ω**Ci** Klotz: videre **Va**.

Hemos hallado otro grupo de variantes que cambian las voces de los verbos, de pasiva a activa o de activa a pasiva, p. ej.:

> 2, 32, 4 adequarent ω**Ci** Klotz: adequarentur **Va**; 3, 9, 3 intelligebant ω**Ci** Klotz: intelligebatur **Va**; 5, 4, 3 arbitrabatur ω**Ci** Klotz: arbitratur **Va**; 5, 6, 6 administrarent ω**Ci** Klotz: amministraretur **Va**; 7, 88, 6 deleri ω**Ci** Klotz: delere **Va**.

Otro grupo lo representan cambios de subjuntivo a indicativo sin razón aparente, p. ej.:

1, 5, 4 incoluerant ω **Ci** Klotz: incoluerunt **Va**; 5, 12, 2 transierant **Ci** α: transierunt β **Va** Klotz; 7, 20, 6 potuerint ω **Ci** Klotz: potuerunt **Va**.

Y así otras muchas variantes que acercan más **Ci** a la tradición mayoritaria, p.ej.:

1, 3, 7 illis regna ω **Ci** Klotz: illa regna **Va**; 1, 14, 5 quo ω **Ci** Klotz: quos **Va**; 1, 37, 1 haec ω **Ci** Klotz: hoc **Va**; 1, 40, 14 posset ω **Ci** Klotz: possendi **Va**; 4, 8, 1 quae ω **Ci** Klotz: quod **Va**; 4, 25, 1 motus ω **Ci** Klotz: moto **Va**; 6, 28, 3 foveis ω **Ci** Klotz: foveum **Va**; 7, 18, 3 omnes ω **Ci** Klotz: omnis **Va**; 8, 21, 4 quantum ω **Ci** Klotz: quantam **Va**; 8, 35, 4 strepitum ω **Ci** Klotz: strepitu **Va**.

Es importante mencionar en este apartado la calidad del copista de **Ci** puesto que escribe: 7, 52, 3 *quos* β **Ci** Klotz: *quod* α **Va** y 7, 53, 1 *ad extremum oratione* β **Ci** Klotz: *ad extremam orationem* α **Va**, que son lecturas coincidentes con los editores actuales. En este caso no podemos deducir si se debe a la pericia del copista o al conocimiento de otro códice, pues ya sabemos que en esa época aparecen ya muchas contaminaciones de β en los manuscritos.

b) Las variantes léxicas de **Ci** en muchos casos presentan lecturas acordes a la tradición mayoritaria y reflejan errores de escritura de **Va**:

1, 3, 6 illis ω **Ci** Klotz: vel **Va**; 1, 20, 4 ex re ω **Ci** Klotz: cere **Va**; 1, 24, 4 secuti ω **Ci** Klotz: secum uti **Va**; 1, 26, 5 eos sequi ω **Ci** Klotz: consequi **Va**; 2, 8, 2 periclitabatur ω **Ci** Klotz: percunctabatur **Va**; 3, 18, 3 ubi ω **Ci** Klotz: nisi **Va**; 3, 21, 3 ubi ω **Ci** Klotz: nisi **Va**; 7, 36, 5 sub ipsis ω **Ci** Klotz: subnixis **Va**; 7, 57, 4 hic consedit ω **Ci** Klotz: circumsedit **Va**; 7, 68, 2 tribus ω **Ci** Klotz: decem **Va**; 8, 15, 5 copia ω **Ci** Klotz: capra **Va**.

Aparecen en este apartado lecturas que acercan **Ci** a α en lo que **Va** nos propone lecturas propias, así:

1, 53, 7 is α **Ci** Klotz: hic β: his **Va**; 2, 1, 3 noluerant α **Ci** Klotz: nollent β: voluerant **Va**; 2, 2, 1 interiorem α **Ci**: ulteriorem β Klotz: citeriorem **Va**; 5, 4, 3 tum α **Ci** Klotz: tamen S β **Va**; 7, 34, 1 dissensionis ω **Ci** Klotz: discensionis **Va**; 7, 38, 1 XXX α **Ci** Klotz: XXV **Va:** XL β.

Sin embargo también encontramos lecturas propias de β debidas a la intervención del copista y a la contaminación que se produce en esta época; p. ej.:

2, 6, 2 at ubi β **Ci**: haec ubi φ **Va** Klotz: ac ubi χ; 2, 8, 3 leniter castigatus **B**[c]β **Ci:** leniter fastigatus *Ald.* Klotz: leniter castigatus castratus α: leviter castigatus castratus **Va**; 3, 13, 9 relicte β **Ci**: reiectae *Heins*. Klotz: rei relictae α: ei relicte **Va**; 6, 40, 7 partam *cett. codd.* **Ci** Klotz: portam **BMS Va:** partem **T**; 7, 2, 3 consilio β **Ci**: concilio α **Va** Klotz.

El resto de variantes pueden explicarse como copias independientes de un mismo modelo en los que **Va** ha producido la variante.

c) En cuanto a las omisiones podemos afirmar que **Ci** no presenta un grupo importante de adiciones que aparecían en **Va**, y se acerca más a la tradición mayoritaria, pero al tiempo presenta omisiones que lo alejarían de la tradición mayoritaria. Las omisiones de **Ci** frente a **Va** únicamente refieren una sola palabra. La amplia omisión de **Va** en 2, 18, 1(loci natura erat haec quem locum nostri castris delegerant ω Klotz: loci natura erat hec quem castris nostri delegerant **L Ci**[mg]: *om.* **Ci**[1]**Va**) aparece en **Ci** corregida al margen, y la de 4, 16, 1 rhenum transire ω **Ci** Klotz: *om.* **Va**, no aparece en **Ci**. Al encontrar omisiones en ambas direcciones podemos afirmar que ambos manuscritos son copias independientes de un códice anterior.

d) Las adiciones, que **Va** escribe y omite la tradición junto con **Ci**, están reducidas a la conjunción enclítica -*que* y a la eliminación de alguna palabra, que el copista podía suponer que no era claramente del texto.

e) La alteración del orden de palabras, como veíamos, es muy frecuente en estos manuscritos. Sin embargo, sólo hallamos diez variantes en las que **Va** se aleja de la tradición mayoritaria y **Ci** conserva esas lecturas. Esto nos indica que los copistas han sido bastante fieles al modelo que ha originado ambos códices.

f) Las variantes en nombres propios y gentilicios son pocas, explicables por el tratamiento de las consonantes y las vocales. Como en el resto de los apartados anteriores, **Ci** refleja una mejor calidad de copia del modelo, frente a las confusiones frecuentes de **Va**.

La considerable entidad de las variantes separativas examinada en este apartado indica una copia indepediente de **Va** y **Ci**.

3.3. El número de variantes en las que **Ci** se aleja de las lecturas coincidentes entre la tradición y **Va**, nos indican que el copista ha intervenido en el texto. Vamos a analizar la posibilidad de que **Va** haya copiado de **Ci**.

a) Y así, hemos hallado que las variantes gráficas y fonéticas son muy escasas y no permiten establecer una filiación.

b) Por otro lado, las variantes morfológicas y sintácticas son así mismo muy pocas y de poco valor para la crítica textual, pero indican una imposibilidad de copia:

2, 11, 5 ponerent ω **Va** Klotz: posuerunt **Ci**
7, 1, 2 eae res… perferuntur ω Klotz: he res … perferuntur **Va:** ea res …perfertur **Ci**

c) Las variantes léxicas nos acercan todavía más a la imposibilidad de copia entre ellos: 2, 19, 6 latebant ω **Va** Klotz: erant **Ci**; 4, 33, 1 essedis ω **Va** Klotz: equis **Ci;** 7, 35, 3 captis ω **Va** Klotz: demptis **Ci**; 7, 38, 2 causa ω **Va** Klotz: re **L Ci;** 8, 38, 3 in civitate ω **Va** Klotz: vicinitate **Ci;** 8, 41, 6 siti ω **Va** Klotz: ibi **Ci**.

d) En las omisiones hallamos el argumento más fuerte para afirmar esa independencia, pues hallamos un grupo importante que el copista de **Va** nunca podría haber inventado si hubiera copiado de **Ci**:

1, 31, 1 in oculto ω **Va** Klotz: *om.* **Ci** *ed. princ.*; 5, 8, 6 cum magnae manus ω **Va** Klotz: cum manus **Ci**; 6, 40, 1 se in signa α **Va:** in signa se β Klotz: *om.* **Ci**

Un elemento importante es la trasposición en el libro octavo del pasaje omitido en 8, 51, 1- 8, 53, 2 propio de los manuscritos descendientes de **B.** En el manuscrito **Va** no aparece esta trasposición. En el manuscrito **Ci** aparece camuflada en el f. 162v.º-163 tras escribir que comienza el libro noveno escribe: *Exceptus est cesaris…tr. pl. cum Ce-* (8, 51, 1 - 8, 52, 4) y a continuación sigue el primer libro de *Bellum Civile* sin título ni letra capital. Esta omisión como vemos no comprende todo el texto omitido en el cuerpo de la obra, faltan unas líneas que coinciden con la trasposición que hacen **BM** y no aparece en **L**. Esta es una variante conjuntiva muy importante entre los manuscritos **Ci** y **BM**.

Las adiciones también nos indican la intervención del copista pero no nos sirven como pauta de filiación.

e) Las alteraciones en el orden de palabras indican también una copia independiente ya que hay 29 alteraciones que se muestran como variantes separativas entre ambos manuscritos, inexplicables si hubiera copiado uno de otro.

f) Los nombres propios siguen corroborando las afirmaciones anteriores. Podemos señalar como más importantes:

> 5, 54, 2 senones ω**Va** Klotz *(et passim)*: xenones **Ci**; 6, 44, 3 agedinci χβ Klotz: agedici φ: agediuci **Va**: accedi **Ci**; 7, 60, 1 metiosedo χ**S**β Klotz: ameclodone **BM**: a metiosedo **Va**: a mellodone **L Ci**.

A la vista de este gran número de variantes podemos afirmar que **Ci** y **Va** son copias independientes de un mismo modelo. No nos detenemos a estudiar las variantes propias de cada manuscrito pues no es el objeto de este trabajo.

Por lo tanto, el códice **Ci** es una copia de mejor calidad textual y más cercana al subarquetipo (δ) del que dependen ambos. Este modelo es una copia del manuscrito $\mathbf{M}^c$ y así entroncamos con la parte alta del stemma de la obra *Bellum Gallicum*.

4. RELACIÓN DE Va CON EL MANUSCRITO MADRID 142[31]

Los títulos y colofones en letra roja, que presenta el manuscrito **Ma** en cada libro, atribuyen la autoría a Julio César con una serie de epítetos, al igual que los códices **Va** y **Ci**. De la colación realizada podemos concluir que este códice contiene el mismo texto que **Va** y **Ci**, por tanto podemos afirmar que pertenece a la clase α, familia φ, y que procede de **M** después de la corrección realizada en dicho manuscrito. Hemos hallado otro códice con un texto casi idéntico del *Bellum Gallicum*.

Podemos afirmar después de la colación realizada, cuyo extracto ofrecemos a continuación que **Ma** es copia de **Va**, porque incorpora los errores separativos de **Va** respecto a la tradición, mientras que **Va** no sigue los errores separativos de **Ma**.

---

[31] Lo llamamos **Ma**. Se conserva en la Biblioteca Histórica «Marqués de Valdecilla», perteneciente a la Universidad Complutense de Madrid. Procede del Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares. Descripción en J. Villaamil y Castro, *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca del Noviciado de la Universidad Central (procedentes de la antigua de Alcalá). Parte I. Códices*, Madrid 1878, pp. 56-57. M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica,* ed. de E. Sánchez Reyes, en la *Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo,* dir. por A. González Palencia, Madrid-Santander 1950 (=Madrid 1902), p. 113; J. Sola, «Códices cesarianos en España», *Humanidades* 30,1961, p. 361; P.O. Kristeller, *Iter Italicum,* Londres-Leiden 1977-1993, p. 587; L. Rubio Fernández, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Madrid 1984, p. 494.

4.1. Por el volumen y la calidad crítica de las variantes analizadas que comparten, **Va** y **Ma** son dos manuscritos estrechamente emparentados.

a) Las variantes conjuntivas gráficas y fonéticas son muy numerosas, p.ej.:

1, 32, 3 nihil ω Klotz: nichil **Va Ma**; 3, 13, 4 crassitudine ω Klotz: crossitudine **Va Ma**

b) Se producen también variantes morfológicas y sintácticas significativas:

1, 3, 7 illis regna ω Klotz: illa regna **Va Ma**; 1, 14, 7 consuerint ω Klotz: consueuerint **Va Ma**; 2, 19, 7 decucurrerunt ω Klotz: decurrerunt **Va Ma**; 5, 8, 4 vectoriis ω Klotz: uectoribus **Va Ma**; 6, 25, 1 iter ω Klotz: itinere **Va Ma**.

c) Las variantes léxicas también indican el estrecho parentesco de ambos manuscritos, por ejemplo en alteraciones en números:

1, 8, 1 decem novem (XVIIII) ω Klotz: XXX **Va Ma;** 1, 41, 4 quinquaginta ω Klotz: xl **Va Ma**; 7, 38, 1 XXX α Klotz: XL β: .xxv. **Va Ma;** 7, 68, 2 tribus ω Klotz: decem **Va Ma**.

Asimismo, hallamos variantes producidas por un corte distinto en las palabras:

1, 24, 4 secuti ω Klotz: secum uti **Va Ma**; 1, 26, 5 eos sequi ω Klotz: consequi **Va Ma**.

También encontramos la confusión entre *pro-* y *per-* atribuible a la mala interpretación de abreviaturas; un número importante de palabras, que se puede constatar que provienen de vulgarizaciones, son idénticas en los dos códices:

1, 46, 5 pugnandi ω Klotz: bellandi **Va Ma**; 2, 8, 2 periclitabatur α Klotz: sollicitationibus exquirebat β: percuntatabatur **Va Ma**; 6, 16, 3 numen ω Klotz: numerum **Va Ma;** 7, 17, 3 indiligentia ω Klotz: indigentia **Va Ma**.

d) Es llamativo el número (35) de las omisiones compartidas por estos dos códices que les diferencian de la tradición mayoritaria. Tanto las pequeñas omisiones como las grandes coinciden entre ellos:

1, 13, 1 hoc ω Klotz: *om.* **Va Ma**; 1, 22, 1 lucio ω: [lucio] *del. Nipperdey* Klotz: *om.* **Va Ma**; 2, 18, 1 loci natura erat haec. quem locum nostris castris delegerant ω Klotz: *om.* **Va Ma**; 4, 16, 1 rhenum transire ω Klotz: *om.* **Va Ma**; 4, 30, 2 belli ω Klotz: *om.* **Va Ma**; 5, 28, 4 magnas etiam copias ω Klotz: magnas copias **Va Ma**.

Un número apreciable de adiciones menores aparecen en ambos manuscritos.

> 2, 31, 3 potestati ω Klotz: potestati tradere **Va Ma**; 5, 43, 4 praesentia ω Klotz: prestantia vel presentia **Va Ma**; 6, 44, 3 sex χβ Klotz: et φ: et sex **Va Ma**.

e) En cuanto a la alteración del orden de palabras, podemos decir que es muy frecuente, podemos atribuir también algunas de estas alteraciones a la lectura interior del copista. Es significativa la coincidencia en ambos manuscritos, a lo largo de todo el texto de *Bellum Gallicum*, hay 106 alteraciones iguales, ese alto número sólo es explicable por copia. Reseñamos algunas más importantes:

> 1, 28, 1 quorum per fines a ω Klotz: per quorum fines **Va Ma**; 2, 31, 1 de pace miserunt ω Klotz: mittunt de pace **Va Ma**; 4, 14, 2 qui omnibus rebus ω Klotz: quibus rebus omnibus **Va Ma**; 4, 35, 2 nostrorum militum impetum ω Klotz: impetum nostrorum militum **Va Ma**; 5, 21, 3 vallo atque fossa munierunt ω Klotz: vallo munierunt atque fossa **Va Ma**; 5, 39, 1 fama de titurii morte ω Klotz: de tyturii morte fama **Va Ma**; 8, 33, 1 gaius caninius venisset ω Klotz: uenisset gaius caninius **Va Ma**.

f) Por último hemos hallado varias lecturas de nombres que sólo pueden explicarse por copia entre manuscritos. Señalamos tres importantes que son 5, 25, 1 *carmitibus* por *carnutibus* que repetirá continuamente hasta el final del texto, 5, 39, 1 *centrones* por *ceutrones* que aparecerá en varios manuscritos *recentiores*, y el cambio de 7, 7, 5 *helvios* por *heduos* que también aparece en algunos *recentiores*.

En conclusión, estamos ante un mismo texto al que afectan las correcciones y errores habituales de los copistas, y en ningún caso vemos la posibilidad de copia o corrección con un manuscrito distinto. Las variantes conjuntivas entre ellos frente a la tradición nos indican su estrecho parentesco. De esta manera también podemos explicar la multitud de errores gráficos y morfológicos, corregidos en **Va** según la tradición mayoritaria, que no aparecen en **Ma**, y las variantes no conformes a la lengua latina que aparecen en ambos.

4.2. Una vez que hemos analizado las variantes conjuntivas que aparecen en ambos manuscritos, pasamos a sopesar las variantes separativas que existen entre ellos. Primero vamos a estudiar las variantes de **Va** frente a **Ma** y todos los códices cotejados. De ello podemos deducir:

a) Las variantes separativas gráficas y fonéticas entre ambos manuscritos nos indican distintos usos gráficos de la escritura latina de la época. Estas variantes las podemos resumir en dos grupos:

El primero son palabras escritas correctamente por **Ma** y que tienen errores de escritura en **Va**. Estos errores son fácilmente subsanables por cualquier copista conocedor de la lengua y no pueden ser utilizados como argumentos de filiación. P. ej.:

> 1, 25, 1 cohortatus ω**Ma** Klotz: coortatus **Va** (*passim* 4, 25, 5; 7, 27, 2; 7, 60, 1); 5, 6, 3 religionibus ω**Ma** Klotz: relligionibus **Va**; 5, 7, 3 magnam ω**Ma** Klotz: mamagnam **Va**; 5, 22, 3 deditione ω**Ma** Klotz: dedititione **Va**; 8, 42, 1 deterreant ω**Ma** Klotz: detereant **Va**

El segundo grupo son palabras con alteraciones en el tratamiento de las consonantes y las vocales. Hay varias alteraciones posibles, por ejemplo, existe un grupo en el que **Ma** ha escrito una consonante geminada y **Va** lo ha hecho con la consonante simple o viceversa:

> 2, 8, 3 opportuno ω**Ma** Klotz: oportuno **Va** (*passim* 4, 22, 2; 5, 32, 1; 7, 56, 4; 7, 69, 7); 3, 4, 3 succedebant ω**Ma** Klotz: sucedebant **Va**; 8, 19, 8 elatos ω**Ma** Klotz: ellatos **Va**

Otras alteraciones se dan por palabras sometidas a asibilaciones *ti*>*ci* o viceversa. En este grupo observamos la tendencia de **Va** hacia la asibilacion *ti*>*ci* que es menos frecuente en **Ma**.

> 1, 3, 1 amicitiam ω**Ma** Klotz: amiciciam **Va** (*passim* 4, 8, 1; 4, 16, 5; 4, 16, 7; 4, 18, 3…); 4, 16, 2 nuntios ω**Ma** Klotz: nuncios **Va** (*passim* 4, 19, 2; 4, 34, 5; 5, 45, 1; 5, 46, 1; 5, 46, 3…); 5, 27, 11 gratiam ω**Ma** Klotz: graciam **Va** (*passim* 5, 55, 5; 6, 43, 4; 7, 20, 6; 7, 39, 1); 5, 34, 2 quotiens ω**Ma** Klotz: quociens **Va**; 7, 85, 5 coniciunt ω**Ma** Klotz: conitiunt **Va**.

En este mismo grupo podemos incluir las vacilaciones en la escritura de *h*, de la labiovelar *qu-* en interior de palabra, o la asimilación regresiva de los prefijos preposicionales, y así hallamos:

> 1, 19, 5 hortatur ω**Ma** Klotz: ortatur **Va** (*passim* 1, 33, 2; 4, 21, 6; 5, 6, 4; 7, 20, 3); 1, 48, 4 cotidie ω**Ma** Klotz: quotidie **Va**; 2, 22, 1 administrari ω **Ma** Klotz: amministrari **Va** (*passim* 4, 23, 2; 4, 29, 2; 4, 31, 3; 5, 6, 6; 5, 11, 8…); 5, 27, 1 locutus ω**Ma** Klotz: loquutus **Va**

En cuanto a las alteraciones en el tratamiento de las vocales hallamos la confusión *-y-* en vez de *-i-*, el cierre de vocales en los prefijos *des-/dis*, o entre las vocales *o/u*, y así comprobamos:

> 1, 47, 4 adulescentem ω**Ma** Klotz: adolescentem **Va** (*passim* 7, 9, 1; 7, 32, 4; 7, 87, 1); 5, 27, 9 hibernis ω**Ma** Klotz: hybernis **Va** (*passim* 5, 53, 7); 7, 37, 3 destineat **QUL^1 Ma:** dedistineat **ABMS**: distineat **M^{c}L^{c}πR Va** Klotz

De todas formas vemos que las tendencias del copista a veces se rompen y así hemos hallado:

> 4, 20, 3 oram ω**Ma** Klotz: horam **Va**; 4, 23, 2 oram **Ma**: horam ω**Va** Klotz; 7, 13, 2 amissis ω**Ma** Klotz: ammissis **Va**; 7, 14, 9 ammissis **Ma:** amissis ω**Va** Klotz

y otros ejemplos que indican la fluctuación gráfica dentro del mismo manuscrito.

De todo ello no podemos deducir que sean copias independientes, al contrario parece más bien que copian el mismo texto.

b) Las variantes morfológicas y sintácticas son muy pocas (13), y no parecen suficientes para indicar la independencia en la copia de ambos códices. Resaltamos:

> 1, 14, 5 quo ω**Ma** Klotz: quos **Va**; 3, 2, 1 noctu ω**Ma** Klotz: nocte **Va**.

c) Las variantes léxicas de **Ma** en muchos casos presentan lecturas acordes a la tradición mayoritaria y que reflejan errores de escritura de **Va**. Estas lecturas pueden ser corregidas por el copista, por tanto no nos servirían como variantes separativas, pero hemos encontrado:

> 4, 6, 1 ne graviori ω**Ma** Klotz: ne gnaviori **Va**
>
> 5, 2, 2 xxviiio α**Ma**: xxviiii **Va**: duodetriginta β Klotz
>
> 6, 17, 2 gerere **M^{c}LSU Ma:** regere *cett. codd.* **Va** Klotz

Estas variantes pueden explicarse como copias independientes de un mismo manuscrito en los que **Va** ha producido la variante, o como correciones de **Ma** coincidentes con la tradición. Son demasiado escasas para establecer una filiación.

d) En cuanto a las omisiones hay una sola omisión en 1, 50, 1 *hostibusque* ω **Ma** Klotz: *hostibus* **Va**, y de una entidad tan pequeña que podríamos defender la copia de **Ma** directamente de **Va**, a no ser que **Va** sea una copia tan fiel que no haya omitido más que esta sóla palabra del original.

En cuanto a las adiciones que **Va** escribe y omite la tradición junto con **Ma** están reducidas a la conjunción enclítica *-que*, a la eliminación de alguna preposición que no era claramente del texto y a la siguiente que por otro lado es fácilmente omitible por el contexto:

5, 43, 4 acerrime ω**Ma** Klotz: acerrime omnes **Va**

La poca entidad de las omisiones y adiciones avalan la copia del manuscrito **Ma** directamente del manuscrito **Va**. Es más, podemos explicar el origen de las omisiones del manuscrito **Ma** desde el códice Va. Las omisiones de una palabra se han producido por descuido del copista. Encontramos una serie muy amplia de ellas, suelen ser preposiciones, conjunciones o palabras de poca entidad fónica fácilmente omitibles.

Las grandes omisiones de este códice podemos explicarlas y nos ayuda a ver la razón por la que aparecen en **Ma**:

1, 40, 4 aut cur de sua virtute aut de ipsius diligentia desperarent?] *om.* **Ma:** aut cur de sua virtute aut de ipsius diligentia desperarent? ω**Va** Klotz

La omisión ocupa una línea del códice **Va** y tiene una marca de interrogación, la frase anterior es también una interrogativa y tiene en el manuscrito la marca de interrogación; por lo tanto, la omisión se ha producido por un salto de vista de una interrogación a la otra ya que está situada justamente en la línea inferior y debajo una marca de interrogación de la otra.

1, 40, 6 hos postea armatos ac victores superassent] *om.* **Ma:** hos postea armatos ac victores superassent ω**Va** Klotz

Esta omisión se ha producido por un salto de vista de *hos postea* de 1, 40, 6 a *denique hos* de 1, 40, 7.

4, 19, 1 incensis [frumentisque succensis] **Ma**: incensis frumentisque succensis *cett. codd.* **Va:** frumentisque succisis **Q^{c}L** Klotz

El *homoteleuton* también afecta a las omisiones, ya que aquí se ha producido un salto de vista porde *incensis* que es la palabra anterior a la omisión a *succensis* que es la palabra final omitida.

5, 54, 4 aliquos **Ma**: aliquos esse repertos **Va** ρ: esse aliquos repertos απ Klotz: esse repertos aliquos **L**

Al igual que la omisión anterior se explica por *homoteleuton*. Esta omisión avala la copia de **Va**, pues no se podría haber dado si tuviera el orden de palabras que proponen el resto de códices. Esta es una de las pocas veces que **Va** tiene una lectura afín a ρ.

7, 55, 4 receptum —quod est oppidum apud eos maximae auctoritati—] *om.* **Ma:** receptum —quod est oppidum apud eos maximae auctoritati— ω **Va** Klotz

Ocupa exactamente una línea del códice **Va** lo que avalaría aún más la copia de **Ma**. No hay otra razón para omitir esta frase.

7, 80, 1 et proelium committi iubet. erat ex omnibus castris] *om.* **Ma**: et proelium committi iubet. erat ex omnibus castris ω **Va** Klotz

Finalmente la última gran omisión tambien se produce por un salto de vista de *castris* de la frase anterior a *castris* de la omisión.

Las adiciones tienen cierta importancia en este códice. Se reducen al enclítico *-que*, a algunas preposiciones, a determinantes posesivos, una vez al auxiliar *esse*, y a algún error de escritura.

Pero merecen reseñarse dos adiciones del texto que producen una amplificación del contenido que es un recurso estilístico habitual, lo que hace pensar en un copista avezado en la lengua latina aunque se aparte del texto. Estas son:

5, 5, 3 *ex omnibus partibus et civitatibus* frente a *ex omnibus civitatibus* del texto transmitido por los códices, y 6, 11, 1 *differant dissentiantque* frente a *differant* que transmiten los códices.

Por último la adición de 7, 47, 7 fabius centurio α **Va** Klotz: fabius β: fabius centurio legatus **Ma**, se basa en una confusión del amanuense que confunde a este *fabius* con el que apareció en 7, 40, 3 y 7, 41, 2 que era legado de César. El *fabius* de este texto es otra persona, un centurión que morirá en Gergovia (7, 50, 3).

Como vemos las adiciones tienen mucho que ver con la interpretación del texto por parte del copista y se deben a intentos de mejorar el texto recibido.

e) La alteración del orden de palabras como veíamos es muy frecuente en estos manuscritos. Sin embargo sólo hallamos ocho variantes en las que **Va** se aleja de la tradición mayoritaria y **Ma** conserva esas lecturas. Son sintagmas muy fáciles de corregir en la lectura y por tanto tienen poco valor como variantes separativas. Apunta más a la copia entre ellos.

f) Las variantes en este apartado son pocas (19), y explicables por el tratamiento de las consonantes y las vocales ya examinado en el apartado correspondiente.

Las tres únicas variantes son:

1, 18, 6 biturigibus ω**Ma** Klotz: viturigibus **Va**
6, 1, 2 gneo ω**Ma** Klotz: gneio **Va**
7, 8, 5 biturigibus ω**Ma** Klotz: butirigibus **Va**

Estas variantes son errores fácilmente subsanables por el copista.

En resumen, hay que excluir la independencia de ambos manuscritos, el número de variantes separativas es relativamente pequeño y tienen poca importancia para la crítica textual, y así debemos considerarlos copias dependientes.

La poca entidad de las variantes separativas vista en este apartado indica una copia de **Ma** directa sobre **Va**, toda vez que no aparecen variantes separativas importantes entre ellos. **Ma** contiene todas las variantes separativas que contenía **Va** y añade un grupo numeroso de omisiones, adiciones y alteraciones en el orden de palabras, y un grupo pequeño de variantes separativas en los demás campos. Si **Ma** contiene todas las omisiones de **Va** frente a la tradición mayoritaria y añade además un grupo importante de variantes propias, si contiene la mayoría de las adiciones y alteraciones en el orden de palabras y añade otras propias estamos ante una copia directa sobre **Va**.

Además **Va** frente a la tradición mayoritaria y **Ma** (ω**Ma** Klotz) carece de variantes separativas de importancia, hasta el punto de que no hallamos más que una omisión (-*que*) y un mínimo número de adiciones y alteraciones del orden de palabras. El argumento más fuerte son las dos grandes omisiones de **Ma** que ocupan una línea de **Va**. Por todos estos argumentos podemos deducir claramente que **Ma** es una copia directa de **Va**.

5. RELACIÓN DE *VAT. CHIG. LAT. H V* 140 VIENA PAL. 248[32]

Hemos colacionado este manuscrito porque pertenece al mismo tipo de manuscrito en su factura, utiliza el mismo tipo de letra y según la clasificación ya mencionada de Brown, posee los mismos títulos y colofones.

Además posee unas iniciales en portada que no estaban identificadas en los catálogos: «I A». Una vez vista la correspondencia textual entre estos manuscritos, parece probable que sean las iniciales de Íñigo Ávalos.

El manuscrito Viena 248 (**Vi**) presenta un texto muy similar a los manuscritos Valladolid 301 (**Va**) y *Chig. HV* 140 (**Ci**). Ya conocemos que estos dos últimos manuscritos provienen de un modelo común cuyo origen está en la corrección de **M**.

5.1. Vamos a dilucidar su filiación a través de las variantes estudiadas, y ya podemos adelantar que se trata de una copia de **Ci** y no una copia de **Va**, pues refleja la mayoría de las variantes propias de **Ci** y se aleja de **Va**.

Comenzamos el análisis.

a) En cuanto a las variantes gráficas y fonéticas, hemos concluido que tiene unos usos de escritura iguales a los manuscritos anteriores, y que se diferencia sólo en algunas asibilaciones y en el uso de la grafía *v* en vez de *u* cuando es inicio de palabra, aunque sea minúscula. Por tanto, tenemos ya las dos grafías para el mismo sonido que después se hará habitual en las lenguas romances. Fuera de esta discordancia, las variantes indican un parentesco claro, que al final del análisis se verá que es copia directa de **Ci**. Podemos ver usos gráficos idénticos en los mismos lugares, como el cierre de «o» en «u», o de «e» en «i», p. ej.:

> 1, 12, 2 nondum ω **Va** Klotz: nundum **CiVi** (2, 11, 2; 4, 12, 1; 5, 50, 2; *passim*); 4, 17, 8 derecta ω **Va** Klotz: directa **CiVi**

Asimismo, podemos ver errores gráficos en idénticos pasajes, y esto sólo es explicable por copia, ya que las palabras resultantes son inexistentes en latín, como p. ej.:

> 1, 49, 4 setius ω Klotz: seguius **Va**: segius **CiVi**; 3, 2, 3 paucitatem ω **Va** Klotz: pacucitatem **CiVi**; 3, 6, 4 hiberna ω **Va** **Ci**^{mg} Klotz: hiberam **Ci**^{1}**Vi**; 6, 21, 5 tegimentis ω **Va** Klotz: tegumentis φ: tegmentis **CiVi**; 6, 44, 2 princeps ω **Va** Klotz: princes **Ci**^{1}**Vi**.

[32] Lo llamamos **Va**. Descripción codicológica en *tabuale codicum manu scriptorum praeter graecos et orientales in Bibliotheca Palatina Vindobonensi asservatorum*, ed. Academia Caesarea Vindobonensis Wien: Gerold 1864-1899.

También hemos hallado la omisión de alguna sílaba que por separado se puede explicar como un descuido del copista, pero que en conjunto indica una dependencia cercana de manuscritos.

> 4, 4, 2 fluminis ω **Va** Klotz: flumis **CiVi;** 6, 18, 1 druidibus αρ **Va** Klotz: druudibus π: druibus **CiVi**

Y para terminar con las variantes gráficas y fonéticas, mostramos las variantes producidas por la adición de letras a la palabra originaria, p.ej.:

> 1, 5, 4 una ω **Va** Klotz: unaa **Ci¹Vi¹** (5, 6, 1; 5, 36, 3; 6, 36, 3; 6, 40, 3) 7, 36, 4 sagittariis ω **Va** Klotz: sagitariis **Ci¹:** sagiptariis **CiᶜVi** (8, 40, 5)

En resumen, todos estos usos gráficos son normales en los manuscritos de la época, y pueden explicarse, de uno en uno, como descuidos del copista o formas habituales de las grafías de la época. El valor probativo le viene de la coincidencia contínua en los errores en los mismos pasajes. Esta amplia coincidencia solo puede explicarse como dependencia entre ambos manuscritos.

b) El análisis de variantes morfológicas y sintácticas, también nos indica una dependencia clara entre estos manuscritos, y así podemos detallar esas variantes en varios grupos. En primer lugar hemos detectado cambios de tiempos verbales, p. ej.:

> 1, 8, 3 reverterunt ω **Va** Klotz: revertuntur **CiVi**; 2, 11, 5 ponerent ω **Va** Klotz: posuerunt **CiVi**; 5, 1, 2 trasportandam ω Klotz: transportanda **Va**: transportandum **CiVi**; 6, 31, 1 existimarit ω **Va:** existimaret ζ Klotz: existimavit **CiVi**; 7, 5, 6 pronuntiarint α: pronuntiaverint ω Klotz: pernuntiarint **Va:** pronuntiarunt **CiVi** *edd.vett.*

Hemos encontrado también cambios en la declinación de las palabras, incluso errores en la declinación, y así:

> 3, 14, 3 rationem ω Klotz: ratione **L Va:** ratio **CiVi;** 7, 69, 4 reliquis ω **Va** Klotz: reliqui **CiVi**; 5, 8, 4 vectoriis ω **Va** Klotz: uectoribus **CiVi¹**.

c) Las variantes léxicas analizadas revelan un parentesco cercano entre ambos manuscritos. Son frecuentes los errores conjuntivos entre estos manuscritos en algunas preposiciones y conjunciones, p. ej.:

1, 31, 16 atque ω **Va** Klotz: vel **CiVi**; 1, 48, 3 pro ω **Va** Klotz: pre **CiVi**; 2, 18, 2 ut ω **Va** Klotz: ne **Ci1Vi**; 7, 34, 1 et ω Klotz: ac **Va**: atque **CiVi**

Un grupo importante de variantes léxicas se produce por la lectura errónea de alguna letra y así pasa de un manuscrito a otro, p.ej.:

1, 25, 7 bipertito χβ **Va** Klotz: bipertra φ: bipartito **CiVi**; 1, 52, 4 comminus ω **Va** Klotz: cum minus **CiVi**; 3, 13, 4 crassitudine ω Klotz: crossitudine **Va:** grossitudine **CiVi**.

Podemos reseñar la variante 1, 36, 1 idem ω **Va**: item **CiVi** *ed. princ.* Klotz como una mejora por parte del copista que luego se introdujo en las ediciones impresas y ha llegado a nuestros días.

Otra característica de estos manuscritos es la adición u omisión de alguna letra que deviene en variante léxica, p.ej.:

1, 52, 6 pulsa ω **Va** Klotz: impulsa **CiVi**; 3, 8, 5 ora ω **Va** Klotz: hora **CiVi**; 3, 15, 3 exstitit ω Klotz: extitit **Va**: extit **CiVi**

Por último, están las variantes producidas por vulgarización de palabras, p.ej.:

2, 19, 6 latebant ω **Va** Klotz: erant **CiVi**; 4, 33, 1 essedis ω **Va** Klotz: equis **CiVi**; 5, 8, 4 remigandi ω **Va** Klotz: navigandi **CiVi**^{1}; 7, 8, 3 terrorem ω **Va** Klotz: timorem **CiVi**; 8, 27, 5 adgressi ω Klotz: agressi **Va**: egressi **CiVi**.

d) Asimismo, las omisiones (23) y adiciones (13) marcan una clara dependencia entre ambos manuscritos, y así, hemos encontrado:

1, 31, 1 in oculto ω **Va** Klotz: *om.* **CiVi** *ed. princ.***;** 1, 53, 5 vinctus ω **Va** Klotz: *om.* **CiVi;** 4, 32, 2 novi α **Va** Klotz: novum β: *om.* **CiVi;** 6, 40, 1 se in signa α **Va:** in signa se β Klotz: *om.* **CiVi;** 7, 55, 3 in italia ω **Va** Klotz: *om.* **Ci**^{1}**Vi**; 1, 22, 3 nisi ipsius ω Klotz: nisi prius **Va**: nisi prius ipsius **CiVi**; 5, 44, 3 pro laude virtutis ω **Va**: probandae virtutis *Aldus* Klotz: pro laude de virtutis **CiVi;** 6, 40, 4 equite ω **Va** Klotz: equite milite **CiVi;** 7, 77, 4 rescidebat] *om.* ω **Va** Klotz: rescidebat **CiVi**.

e) También el orden de palabras (23) indica una estrecha relación entre uno y otro, p. ej.: hemos hallado:

1, 43, 4 consuesse tribui ω **Va** Klotz: tribui consuesse **CiVi**
3, 1, 2 magnis cum α **Va** Klotz: magnis β: cum magnisque **CiVi**

3, 18, 7 arma uti capiant α **Va** Klotz: ut copiam faciant β: uti arma capiant **CiVi**
4, 21, 3 cum omnibus copiis ω Klotz: omnibus cum copiis **Va**: cum copiis omnibus **CiVi**
5, 40, 3 resistitur a nostris α**Va**: a nostris … resistitur β Klotz: a nostris resistitur **CiVi**
6, 29, 1 in silvas recepisse ω **Va** Klotz: recepisse in silvas **CiVi**
8, 50, 4 insolenter adversarii sui ω **Va** Klotz: adversarii sui insolenter **CiVi**

f) Y por último los nombres propios nos indican también un estecho parentesco entre ambos manuscritos:

1, 5, 4 latovicis ω Klotz: latonicis **Va**: latobrigis **CiVi**; 4, 27, 2 commius ω **Va** Klotz: cominus **CiVi**; 5, 6, 2 dumnorix ω **Va** Klotz: dubnorix **U**: dumnoris **CiVi** (5, 7, 5); 5, 54, 2 senones ω **Va** Klotz *(et passim)*: xenones **CiVi**; 8, 26, 1 lemonum ω **Va** Klotz: limonum **M**^{c}**LN**: limounum **S**: lunonum **CiVi** (8, 26, 4).

5.2. Ahora bien, ¿qué manuscrito depende del otro? El análisis de las variantes propias del manuscrito **Vi** nos indica claramente que depende directamente de **Ci** y no al revés.

a) Comenzamos por las variantes separativas más importantes, es decir, las omisiones. No existe ninguna omisión de **Ci** que no aparezca en el manuscrito **Vi**, y hay omisiones de **Vi** que no aparecen en **Ci**, lo que avala la dependencia de **Vi** de **Ci**. Incluso podemos explicar las grandes omisiones de **Vi** desde la copia del manuscrito **Ci.** P. ej.:

1, 20, 5 uti et rei publicae iniuriam et suum dolorem eius voluntati precibus condonet. dumnorigem ad se vocat, fratrem adhibet, quae in eo reprehendat ostendit ω **Ci** Klotz: *om.* **Vi**

Es un salto de vista de *ostendit… ostendit*. Error habitual en los procesos de copia.

1, 48, 3 proelio contendere ei potestas non deesset ariovistus ω **Ci** Klotz: *om.* **Vi**

Es un salto de vista de *ariovistus proelio* a *ariovistus his omnibus*, justamente en la línea inferior en el manuscrito **Ci**, lo que facilita el error.

7, 75, 3 rutenis carnutibus duodena milia ω **Ci** Klotz: *om.* **Vi**

Se distrae al copiar *sanctonis* del margen de **Ci** y se salta una línea del manuscrito.

7, 84, 2 huc concurritur romanorum manus tantis ω **Ci** Klotz: *om.* **Vi**

No hay razones para esta omisión que ocupa una línea exacta de **Ci**, lo que avala la copia directa.

8, 10, 2 insequebantur aut uiccissum hostes ω **Ci** Klotz: *om.* **Vi**

Es un salto de vista de *hostes insequebantur* a *hostes eodem* de la línea siguiente en **Ci**.

También las adiciones son explicables desde el manuscrito **Ci**. P. ej.:

5, 43, 4 he celeriter ignem comprehenderunt **Ci**: *om.* ω **Vi** Klotz

Esta línea tiene el símbolo de omitir (*va* … *nit*) sobre la frase, pues se ha provocado un salto de vista desde *ceperunt* 5, 43, 1 y la repetición de la frase anterior.

7, 8, 3 existimabant] *om.* ω **Ci** Klotz: existimabant **Vi**^{1}

Es la repetición de una palabra que aparecía justamente en **Ci** en la línea superior.

Por tanto, estamos ante una copia directa de Ci. Es más, también vemos un grupo significativo de omisiones de **Ci**^{1} que no están en **Vi**, lo que nos indica una copia posterior a una de las correcciones que sufrió **Ci**, en concreto la que usa la misma letra que el texto del manuscrito. Y así:

2, 19, 6 atque ipsi sese confirmaverant ω **Vi** Klotz: *om.* **Ci**^{1}; 5, 8, 6 annotinis privatis ω **Vi** Klotz: annontivis privatis **Va**: [ ] privatis **Ci**; 6, 12, 7 in eorum locum remi sucesserant ω **Ci**^{mg}**Vi** Klotz: *om.* **Ci**^{1}; 6, 43, 5 et noctu occultatus alias regiones partesque peteret ω Klotz: *om.* **Ci**^{1}; 7, 2, 1 his rebus agitatis profitentur carnutes se nullum periculum comunis salutis causa recusare ω Klotz: *om.* **Ci**^{1}

Podemos explicar las adiciones de **Vi** según los casos, la mayoría son repeticiones de palabras por descuido del copista, y estas dos se explican así:

6, 20, 1 sanctum ω **Ci** Klotz: sanctum deferat **Vi**

Dos líneas debajo exactamente escribe *magistratum deferat* lo que le lleva al error.

7, 6, 4 contenderet ω **Ci Vi**^{mg} Klotz: pervenire posset nam si legiones **Vi**^{1}

Unas líneas antes ha escrito en 7, 6, 2 *ad exercitum pervenire posset nam si legiones,* se equivoca pues y escribe 7, 6, 4 *ad exercitum contenderet nam si legiones.*

En consecuencia, del análisis de variantes entre ambos manuscritos, se desprende que el manuscrito **Vi** es copia directa del manuscrito **Ci** tras su primera corrección.

b) Los usos gráficos y fonéticos de estos dos manuscritos son fácilmente interpretables desde la copia y debidos al uso gráfico de los copistas. No hemos hallado ninguna variante que impida la dependencia de **Vi** del códice **Ci**. Pues muchas de ellas son errores de **Ci** enmendados por **Vi**, p.ej.:

4, 4, 2 fluminis ω **Vi** Klotz: flumis **Ci**; 7, 63, 3 apud ω **Vi** Klotz: aput **Ci**; 8, 8, 2 delecteque ω **Vi** Klotz: deleteque **Ci**^{1}; 8, 21, 4 auctor ω **Vi** Klotz: autor **M Ci**

Merece una atención especial la siguiente variante:

8, 8, 2 veterrimas ω **Ci** Klotz: veterimas **Vi**

puesto que en **Ci** se escribe *veter* en una línea y *rimas* en la siguiente y esto lleva a la confusión en **Vi**, confusión que avala la copia directa.

c) No hemos hallado variantes morfológicas y sintácticas que impidan la dependencia entre los dos manuscritos. Pues hemos hallado únicamente variantes separativas producidas por el copista de **Vi**, que son errores separativos, y que son explicables desde el manuscrito **Ci**. Podemos reseñar:

1, 26, 5 occisorum nostri α: occisorum nisi **M**^{1} β: occisorum nostri nisi *Kue.*: occisorum nostrorum **Vi**; 1, 42, 3 die quintus ω **Ci** Klotz: die quinto **Vi**; 7, 41, 2 quanto res ω **Ci** Klotz: quanta res **Vi**; 8, 29, 3 elati magno ω **Ci** Klotz: elato magno **Vi**; 8, 38, 3 liberaret ω **Ci** Klotz: liberabat **Vi**.

d) No existen variantes separativas léxicas de suficiente entidad textual que impidan la dependencia entre ambos manuscritos. Todas ellas se pueden explicar como errores del copista, p. ej. por alteración de letras en la lectura:

1, 37, 2 potuisse χ **VaCi** Klotz: potuissent **B^c^MNTU Re:** possent **R:** pocius se **Vi**; 1, 52, 6 cornu ω **Ci** Klotz: corum **Vi**; 3, 6, 4 nolebat ω **Ci** Klotz: volebat **Vi**; 3, 18, 6 volunt ω **Ci** Klotz: nolunt **Vi**; 4, 3, 1 latissime ω **Ci** Klotz: altissime **Vi**; 6, 30, 2 raedis ω **Ci** Klotz: eredis **Vi**; 7, 21, 1 orationem ω **Ci** Klotz: rationem **Vi**

La variante de 7, 55, 5 equos ω **Ci** Klotz: eos **Vi** está producida por la mala lectura de una abreviatura que aparece en el manuscrito **Ci**. Ahora bien, la siguiente variante es muy importante, pues avala la copia directa entre estos dos manuscritos:

7, 84, 1 conspicatus ω **Ci** Klotz: conmusculos **Vi¹**

Se produce por un salto de línea exacto en Ci, de *con- spicatus* a *con-*(línea completa) *musculos*, además en el margen de **Ci** aparece *musculos*. Es un argumento muy fuerte pues es un error que sólo puede producirse por copia directa pues es un salto de vista a la línea siguiente provocando un error explicable sólo desde la posición exacta de palabras en un manuscrito. Es un error mecánico y solo puede darse en la disposición gráfica del manuscrito **Ci**.

Las variantes siguientes, nos indican que la copia de **Vi** se ha realizado tras la primera corrección de Ci, realizada por la misma mano que el texto;

4, 25, 2 figura ω **Ci^mg^Vi** Klotz: fuga **Ci¹**; 7, 30, 4 spem ω **Ci^c^ Vi** Klotz: specie **Ci¹**; 6, 1, 3 existimans ω **Vi** Klotz: estimans **Ci¹**.

e) Las alteraciones del orden de palabras son sólo cinco, lo que implicaría ya una posibilidad grande de copia. Además hemos comprobado las 8 alteraciones en los que **Vi** lee junto a la tradición y son separativas de **Ci**. Todas ellas tienen en el manuscrito **Ci** una marca sobre las palabras **(**« ») que indica un error de copia, esa marca precisamente indica «alteración en el orden de palabras». Por lo tanto, no hay ninguna alteración propiamente dicha, si consideramos que la copia se realiza tras la corrección de **Ci**.

f) En cuanto a los nombres propios y gentilicios, podemos afirmar que son muy pocos y fácilmente corregibles por **Vi**, puesto que se deben sobre todo a errores claros de **Vi**, p. ej.:

1, 44, 9 allobrogum ω **Vi** Klotz: allobrobum **Ci**; 1, 53, 5 valerius ω **Vi** Klotz: vallerius **Ci**; 4, 1, 1 marco ω **Vi** Klotz: marcho **Ci**; 7, 13, 3 avaricum ω Klotz: aduaricum **Ci**

Por tanto, podemos afirmar que el códice **Vi** es una copia directa de **Ci**, y que como hemos visto anteriormente, se realizó tras la primera corrección de Ci. Esta corrección la introdujo el mismo escriba del manuscrito **Ci**.

6. CONCLUSIONES

6.1. Estudio externo

a) Hemos remarcado la importancia de Íñigo de Ávalos como mecenas, incluso antes de su llegada al poder como Conde Camarlengo en Nápoles, y su amistad con los humanistas de la época. Tenemos constancia documental a través del manuscrito de Valladolid 301.

b) Pier Cándido Decembrio afirma la autoría de César. Este dato lo refleja en los manuscritos que dependen de este humanista, que son todos los estudiados en este trabajo. Este título sólo se utiliza en este ambiente.

c) Los títulos y colofones son un primer acercamiento a la filiación de manuscritos, y en este caso han posibilitado el aislamiento de una familia textual.

6.2. Relación textual

a) Los manuscritos **Va** y **Ci** son copia de un modelo común, pues existen variantes conjuntivas que los relacionan estrechamente y variantes separativas, especialmente omisiones, que indican una independencia de copia entre ellos.

b) El manuscrito **Ma** es una copia directa de **Va**, puesto que todas las variantes críticas reflejan esa copia. Sobre todo las dos grandes omisiones de **Ma** que ocupan una línea de **Va**, y el resto de variantes son explicables desde el códice **Va**.

c) El manuscrito **Vi** es una copia directa de **Ci**, pues contiene todas las variantes conjuntivas que los unen y no contiene variantes separativas que indiquen una independencia de copia. Esta copia se realizó después de la primera corrección que sufrió **Ci** por mano del mismo copista.

En resumen, podemos decir que estos cuatro manuscritos están copiados en el entorno humanista de Pier Cándido Decembrio. El mecenazgo de Íñigo de Ávalos se deja sentir en la transmisión de los códices. Es de gran importancia haber hallado copias directas en los manuscritos que nos permiten comprobar el trabajo de cada copista en la transmisión del texto.

III

HISTORIA, POLÍTICA, DERECHO

VISIÓN E INTUICIÓN POLÍTICAS DE CÉSAR. SU PROYECCIÓN POSTERIOR

Gregorio HINOJO ANDRÉS
Universidad de Salamanca
grehian@usal.es

RESUMEN

Resulta extremadamente difícil exponer la concepción política de César porque –si la tuvo– nunca la expresó de forma sistemática en sus obras escritas y tampoco se puede deducir de su actuación pública, ya que sólo durante un breve espacio de tiempo pudo gobernar y dirigir el estado según sus propias ideas. Para intentar exponer su ideología y su programa político nos serviremos de los siguientes procedimientos: a) Exposición y análisis de las acciones más relevantes de César anteriores al año 49; b) Comentario de los pasajes programáticos del *Bellum Ciuile* y de otros textos difundidos por él o por sus colaboradores en esta época; c) Descripción y examen de las medidas y decisiones tomadas en la etapa final.

Palabras clave: Política. *Populares*. Ley agraria. Dictadura. Literatura. Cultura.

Caesar's Political Vision and Intuition. Its Later Proyection

ABSTRACT

It is extremely difficult to describe Caesar's political ideology because, even if he had one, he never put it down systematically in his written works. It cannot be inferred, either, from his public career as it was only for a very short period that he could rule and put into practice his own ideas. To attempt a description of his ideology we will follow this procedure: a) A description and analysis of Caesar's most relevant actions prior to 49; b) a commentary of the programmatic passages in *Bellum Ciuile* and other texts made known by him or his collaborators in this time period; c) a description and examination of the measures and decisions taken towards the end.

Key words: Politics. *Popularis*. Agricultural law. Dictatorship. Literature. Culture.

* * *

Resulta extremadamente difícil exponer la concepción política de César porque —si la tuvo— nunca la expresó de forma sistemática en sus obras escritas y tampoco se puede deducir de sus actuación pública, ya que sólo durante un breve espacio de tiempo, desde finales de la guerra civil hasta los Idus de marzo del 44, pudo gobernar y dirigir el estado según sus propias ideas, puesto que durante la guerra —aunque tomó importantes decisiones y desempeñó el consulado y la dictadura— bastante tuvo con atender los frentes militares y resolver las complicadas situaciones bélicas en las que se vio envuelto. Incluso en los últimos meses siguió teniendo que ocuparse de la inestabilidad de algunas regiones. No podemos saber cómo hubiera sido su forma de gobernar y qué decisiones hubiera tomado en el ejercicio prolongado del poder.

Las dificultades se incrementan porque su figura y su obra están bastante deformadas por unas fuentes literarias, históricas o no, antiguas, desde Livio a Dión Casio, poco o nada favorables a su persona, y porque sobre su imagen han sobrevolado los abusos y formas de ejercer el poder tanto de los emperadores romanos como de monarcas e imitadores del mundo moderno. Incluso el elogio, probablemente desmedido, de T. Mommsen en el siglo XIX fue, en mi opinión, el desencadenante de numerosos trabajos para desprestigiarlo y, de paso, discutir la autoridad del gran investigador. Más que a estudiar y examinar sus reformas constitucionales o sus medidas políticas, muchos investigadores se han dedicado a enjuiciar su personalidad, elogiándola o denostándola. Finalmente, como otros destacados protagonistas de la Antigüedad, ha sido juzgado con mucha frecuencia con categorías y valores del mundo contemporáneo, muy diferentes de los imperantes en su propia época.

Me parece necesario explicar con más detalle la visión que de César transmite la historiografía antigua. Se tiende a pensar que la literatura escrita en época imperial, controlada de alguna forma por los emperadores, debería ser favorable a la figura de César, protector de Octavio y, en cierta manera, el fundador del nuevo régimen. Nada más lejos de la realidad y, con la excepción de Veleyo —escritor propagandista y tildado de 'cortesano'—, el resto de los historiadores se muestra muy críticos con él, empezando por Nicolás Damasceno, historiador de la corte de Augusto. Suscribimos plenamente las acertadas palabras de A. Goldsworthy: «It was the wealthy elite at Rome who tended to write the histories and Caesar's rise meant a reduction in the power of this class. Therefore, many sources are critical of him for this reason»[1].

---

[1] A. GOLDSWORTHY, *Caesar. Life of a Colossus,* New Haven & London 2006, p. 3.

La literatura de época imperial estuvo fundamentalmente en manos de escritores del grupo senatorial, nostálgicos en teoría del sistema republicano, aunque en la práctica procuraron adaptarse al nuevo régimen, y enemigos de César que había privado al senado de sus prerrogativas; por otra parte, la figura de Catón se convirtió en el paradigma de la dignidad y de la libertad; por ello los escritores fueron hostiles a la figura del dictador, símbolo de la tiranía y de la destrucción de la *libertas*.

El Príncipe pudo tener interés en distanciarse de las decisiones de su tío-abuelo; no queremos detenernos en esta discutida cuestión que, aunque importante, nos aleja de nuestro tema y probablemente será tratada en otras ponencias, pero parece claro que hubo después de Accio una *damnatio memoriae* de la figura de César; es evidente que el recuerdo del dictador era incómodo para Augusto; creo que están cargadas de razón las palabras de R. Syme: «It was expedient for Augustus to dissociate himself from Caesar: the one destroyed the Republic, the other restored it»[2]; la misma idea defiende también M. Toher: «In the era of *res publica restituta* under Augustus, the figure of the Dictator had become an embarrassing embodiment of ilegal rule and civil war»[3]. Una opinión contraria propugna P. White[4].

En la época del segundo triunvirato, en mi opinión, la figura y la herencia de César eran útiles para la actividad política de Octavio y no suponían ningún obstáculo para su actuación; todavía sobrevivían muchos veteranos y simpatizantes del gran general, incluido el propio Antonio, que no hubieran permitido una *damnatio* de la figura de César; tras la muerte de Antonio, la figura del dictador responsable de la guerra civil resultaba embarazosa con la nueva línea política y con la propaganda augústea. Creo que hay que distinguir claramente ambas etapas, como muy bien señala R. Syme: «In his youth Caesar's heir, the revolutionary adventurer, won Pompeian support by guile and coolly betrayed his allies, overthrowing the Republic and proscribing the Republicans: in his mature years the statesman stole their heroes and their vocabulary»[5]. Por otra parte, es muy frecuente que los emperadores vean con buenos ojos las críticas a sus predecesores, ya que es una forma indirecta de elogiar su propio reinado.

---

[2] R. Syme, *Roman Papers,* Oxford 1979-1988 (E. Badian and R. Birley eds.) I, p. 214.

[3] M. Toher, «Julius Caesar and Octavian in Nicolaus», *Caesar against Liberty? Perspectives on his Autocracy,* Cambridge 2003 (F. Cairns and E. Fantham eds.), p. 133

[4] P. White, «Julius Caesar in Augustan Rome», *Phoenix* 42 (1988), pp. 334-356.

[5] R. Syme, *Roman Revolution,* London 1939, p. 317.

Pienso, sin embargo, que aunque no tuviera una concepción acabada y sistemática de la administración y gobierno del estado y de su organización, sí tuvo una enorme visión de la realidad circundante y la capacidad de intuir y prever la evolución de los acontecimientos y los pros y los contras de sus decisiones; se puede llamar «ojo clínico», «olfato político»…; estas cualidades cesarianas son las que pretende destacar el título de mi comunicación. No comparto la opinión de los que creen que ya desde el inicio de su actividad tuvo un plan meditado y bien organizado para alcanzar el poder absoluto y personal; sí pretendió, lógicamente, realizar una brillante carrera política y progresar al máximo en el *cursus honorum.*

Para solucionar las dificultades anteriormente citadas y para tratar de ser lo más objetivo posible, me serviré de estos tres procedimientos:

- Exposición y análisis de las acciones más relevantes de César anteriores al año 49, especialmente de las que más influyeron en su carrera política
- La época de la guerra civil: comentario de los pasajes programáticos del *Bellum Ciuile* y de otros textos difundidos por él o por sus colaboradores.
- Descripción y examen de las medidas y decisiones tomadas en los postreros años, las del llamado «último César».

1. ACCIONES MÁS RELEVANTES

El primer acto importante que destaca en la vida de César es su clara vinculación con el grupo y programa de los *populares*[6]; el hecho es especialmente significativo porque se produce en los días difíciles de la *dictatura* de Sila, con un grave riesgo para su vida, como señalan las fuentes antiguas[7]. En ésta su primera elección muestra ya claramente sus simpatías políticas y demuestra una clarividencia y visión de futuro porque va a ser con ese grupo con el que va a estar vinculado durante toda su vida; además, muchas de las propuestas de los *populares* terminarían imponiéndose en el mundo romano.

[6] Procuraré mantener las denominaciones latinas para evitar el empleo de términos castellanos que nunca son del todo equivalentes, aunque por necesidades de comunicación con frecuencia tenemos que emplearlos. No me gusta en absoluto el sintagma 'partido popular', ya que no se trataba de un partido y el adjetivo 'popular' tiene hoy valores y significado muy distintos. Sobre la ausencia de auténticos partidos en Roma y sobre las relaciones políticas de la época sigue siendo válido el libro de L. R. TAYLOR, *Party Politics in the Age of Caesar,* Berkeley 1939.

[7] PLV. Caes. 1, 4; SVET. Iul. 1.

Me parece que son dignas de destacar la constancia y la lealtad de César con este grupo y con su proyecto; frente a la versatilidad e inconstancia de sus coetáneos se mantuvo firme en su ideario y en su programa; sólo Catón mantuvo la misma firmeza en el grupo de los *optimates* —es muy posible que, también él, en caso de salir derrotado, hubiera tenido el mismo final que en Útica eligió su adversario—*;* por ello, probablemente, Salustio los presenta como modelo de hombres de estado, representantes de dos idearios diferentes. Por esta fidelidad a sus ideas no me parece correcta la imagen de un César oportunista, maquiavélico, dispuesto a utilizar cualquier medio para lograr el poder que con frecuencia se ofrece en obras antiguas y modernas.

Muestra, también, de su adscripción al grupo de los *populares* son las acusaciones judiciales que entabló contra destacados miembros del grupo silano, como Cornelio Dolabela y Antonio Híbrida; aunque no tuvo éxito en ninguno de los dos casos y ambos fueron absueltos, César confirmó su enfrentamiento con el poderoso grupo de los seguidores de Sila. En ambos casos, además, se trataba de defender a los provinciales, en este caso griegos, contra los abusos de los gobernadores. De esta forma iba consiguiendo simpatizantes y partidarios de distintas regiones. También durante estos años se sitúa su famoso discurso *Para los bitinios* del que Aulo Gelio nos ha conservado unos reveladores fragmentos:

> *'Vel pro hospitio regis Nicomedis uel pro horum necessitate, quorum res agitur, refugere hoc munus, M. Iunce, non potui. Nam neque hominum morte memoria deleri debet, quin a proximis retineatur, neque clientes sine summa infamia deseri possunt, quibus etiam a propinquis nostris opem ferre instituimus.'* GELL. 5,13,6.

En el fragmento, especialmente en la frase subrayada, se muestra la sensibilidad hacia los aliados y clientes que ya había mostrado en los procesos anteriores y que será una constante en su ideario y en su programa, como mostrará su famosa *lex de repetundis*, aprobada el año de su consulado.

Con todo, este espíritu antisilano no le impulsó a participar en cualquier proyecto encaminado a derogar la legislación del dictador; rechazó con muy buen criterio y con clarividencia, como muy bien ha señalado L. Canfora[8], colaborar en la intentona de Marco Lépido porque no estaba suficientemente madura y porque no se fiaba de su persona. El hecho de que aquél lo buscara con insistencia como colaborador ya es indicio de la popularidad del joven César y de la simpatía que susci-

[8] L. CANFORA, *Julio César. Un dictador democrático,* Barcelona 2007 (trad.), pp. 10-12.

taba en la sociedad. Como en otras circunstancias de su vida supo intuir el futuro y ver con antelación que los planes estaban destinados al fracaso, como así sucedió.

Por estos años es elegido *in absentia* como miembro del colegio de los pontífices; mostraba ya un interés singular por la religión y esta elección denotaba la importancia que le concedía a ella. Posteriormente, culminando este primer peldaño, presentó su candidatura al cargo de pontífice máximo; estamos ya en el año 63 cuando César domina perfectamente las técnicas y los procedimientos electorales y, superando a dos difíciles competidores, logró la victoria y el cargo, sacando más votos que la suma de ambos. Parece claro que para ganar esta elección, lo mismo que otras muchas, empleó grandes cantidades de dinero y tuvo que endeudarse en profundidad.

Llama poderosamente la atención este entusiasmo —casi en sentido etimológico— por la religión en un hombre escéptico, próximo al epicureísmo y que no creía en absoluto; pero conocía bien el poder que en Roma tenía el entramado religioso-político, como tan bien define Polibio en las siguientes palabras: «Pero la diferencia positiva mayor que tiene la constitución romana es, a mi juicio, la de las convicciones religiosas. Me parece también que ha sostenido a Roma una cosa que entre los demás pueblos ha sido objeto de mofa: me refiero a la religión.»[9].

También sus adversarios, como toda la clase dirigente romana, sabían de su fuerza e influencia y lo importante que era para la cohesión del estado romano, y por ello intentaron controlar el cargo y no encomendarlo a un joven ambicioso, casi revolucionario. Como en otros aspectos de su ideario y de su carrera política mostró clarividencia y previsión de futuro ya que el control del pontificado fue importante para consolidar el poder personal y absoluto. Además trascendió su vida y el propio imperio romano para pervivir hasta nuestros días. Podría afirmarse que fue 'cesaropapista' *avant la lettre.*

De todos estos años deben destacarse, en mi opinión, sus brillantes éxitos en las elecciones de tribuno militar, cuestor y edil que le dieron experiencia y le permitieron afrontar con posibilidades de triunfo elecciones futuras. También por estos años apoyó intensamente todo tipo de medidas que incrementaban el poder de los tribunos de la plebe, como dice Suetonio: *actores restituendae tribuniciae potestatis, cuius uim Sulla deminuerat, enixissime iuuit*[10]. No sabemos con precisión a qué personajes se refiere, pero probablemente se trate de Craso y Pompeyo que aca-

[9] Plb. 6, 56, 6-7.

[10] Svet. Iul. 5, 1.

baron con la legislación silana en el año de su consulado; de esta forma, además de defender los derechos de los tribunos, se preparaba para futuras coaliciones.

Muestra también inequívoca de su perspicacia política es su apoyo incondicional a Pompeyo en las leyes *Gabinia* y *Manilia,* en esta última al lado de Cicerón; su acercamiento a Pompeyo es el presagio de su futura unión en el primer triunvirato. Sabía muy bien que su auténtico enemigo no era el prestigioso general sino el grupo de los *optimates*, al que él llama *factio*; con estos apoyos inició una relación positiva con Pompeyo que tan útil le iba a ser en el futuro.

Entre el año sesenta y el cincuenta y nueve[11] se produce el pacto con Pompeyo y Craso, llamado «primer triunvirato», tan importante en la vida de César y también, según muchos, en la historia de la *respublica*. Como consecuencia del pacto ninguno de los tres podía adoptar medidas que no fueran aprobadas por los otros dos[12] y debían ayudarse mutuamente. Las fuentes antiguas, que no lo llaman 'triunvirato', coinciden todas en enjuiciarlo de forma negativa y calificarlo como perjudicial para el estado; también para algunos modernos investigadores este acto sería el responsable de las guerras civiles y el inicio de la destrucción de la república[13].

No estoy de acuerdo con ellos y suscribo plenamente las consideraciones y argumentos de F. De Martino:

> «Si tratta di giudizi alquanto eccessivi, perchè le cause vere della crisi erano altre e più profonde. Il fatto in sè di un accordo político tra alcuni esponenti delle varie tendenze in altre epoche sarebbe stato un episodio normale della lotta política, la quale più volte aveva conosciuto patti ed alleanze elettorali. Se esso era destinato ad avere tante importanti ripercussioni, ciò nasceva dalla simplice ragione che il regime republicano era di per sè in profonda crisi»[14].

---

[11] Hay dudas sobre la cronología del pacto; según Veleyo (2, 44, 1) habría sido el año del consulado de César, es decir, el 59; pero según Asinio Polión habría sido el 60, en el consulado de Metelo, ya que en ese año sería el origen de la guerra civil, como señala Horacio: *Motum ex Metello consule ciuicum/ bellique causas et uitia et modos/ludumque Fortunae grauisque/ principium amicitias et arma/ nondum expiatis uncta cruoribus*...(Hor. carm. 2, 1, 1).

[12] Así lo designan y enjuician: *Societatem cum utroque iniit, ne quid ageretur in republica quod displicuisset ulli e tribus* (Suet. Iul. 19, 2); *Hoc igitur consule, inter eum et Cn. Pompeium et M. Crassum inita potentiae societas, quae urbi orbique terrarum nec minus diuerso quoque tempore ipsis exitiabilis fuit* (Vell. 2, 44, 1); *sic igitur Caesare dignitatem comparare, Crasso augere, Pompeio retinere cupientibus omnibusque pariter potentiae cupidis de inuadenda re publica facile conuenit* (Flor. 2, 13, 11).

[13] R. Syme, *Roman Revolution, op. cit.,* p. 8; Ch. Wirszubski, *Libertas as a Political Idea at Rome during the Late Republic and Early Principate,* London 1950. p. 74 y ss.; allí se citan las fuentes antiguas que propugnan la misma idea, especialmente la ya citada de Horacio (carm. 2, 1, 1) y Cicerón (fam. 6, 6, 4).

[14] F. De Martino, *Storia della costituzione romana,* Napoli 1973[2], pp. 165-166.

Por otra parte, con este pacto no se atentaba necesariamente para nada ni contra las normas electorales ni contra las leyes; se trata de una coalición como otras tantas que se dieron a lo largo de la historia; es verdad que entre los tres con su enorme influencia y sus recursos económicos, sociales y militares podían controlar las asambleas y aprobar la legislación que quisieran, pero podían hacerlo incluso sirviéndose de los órganos constitucionales.

También las fuentes antiguas coinciden en señalar que fue iniciativa y maniobra de César[15] y, sin duda, fue el más beneficiado, especialmente en su lucha contra la *factio,* ya que les privó de un líder poderoso, Pompeyo, y le permitió independizarse de Craso. Distinta es la tesis de los que afirman que fue un golpe magistral y que con él se estaba asegurando el poder personal para el futuro; el pacto fue sincero y prueba de ello fue el matrimonio de su hija Julia con Pompeyo. César buscaba alianzas fuertes y pretendió atraer también a Cicerón para dar más influencia y prestigio a la coalición.

El año sesenta fue elegido cónsul para el cincuenta y nueve, y en el consulado ya pudo promover leyes del programa de los *populares*. Se suele afirmar con ligereza que el consulado cesariano fue el primer fruto del pacto, pero me parece inexacto y hubiera logrado igualmente el triunfo, ya que gozaba de simpatías populares y dominaba las técnicas y recursos electorales[16]; además, probablemente durante las votaciones todavía no se había firmado el pacto[17]. Pienso que lo que pretendió con la alianza fue asegurar el éxito de sus propuestas legislativas, especialmente la ley agraria que había sido rechazada en varias ocasiones en los años anteriores.

De la extensa labor legislativa de este año se deben destacar la *lex agraria* y la *lex de repetundis*. Con la primera se resolvía de forma bastante satisfactoria una vieja cuestión surgida ya en la época de los Graco y se satisfacía una de las demandas más solicitadas por los *populares*. Procuró eliminar alguno de los aspectos más conflictivos para que fuera aprobada sin grandes objeciones. Con todo, se tuvo

---

[15] L. CANFORA, *op. cit.,* p. 71.

[16] Una prueba evidente de que pensaba ganar las elecciones es que renunció a celebrar el triunfo, tan importante en la axiología de los romanos, por sus victorias en *Hispania* para poder presentarse. Catón, con su actitud obstruccionista, alargó la sesión del senado para que éste no otorgara a César la posibilidad de presentarse estando ausente, acampado fuera del *pomerium*. Renunció al triunfo y presentó su candidatura en persona.

[17] Sobre la cronología del consulado de César hay un artículo esclarecedor de L. R. TAYLOR, «On the Chronology of Caesar`s First Consulship», *AJPh* 72 (1951), pp. 254-268, en el que se establece el orden y secuencia de las diversas leyes aprobadas en el año.

que recurrir a la violencia para silenciar a su colega, Bíbulo, representante de la *factio,* que intentó declarar ilegal la reunión de los comicios. Expulsado éste, la ley fue aprobada y el senado no tuvo valor para oponerse ya que era apoyada por Pompeyo. A partir de ese momento Bíbulo se retiró a su casa y César tuvo las manos libres para completar su proyecto.

La *lex de repetundis* fue una ley amplia y muy bien elaborada que denotaba un buen conocimiento de la administración de las provincias y de las arbitrariedades y abusos que realizaban los gobernadores de provincias y sus séquitos. No parece necesario entrar en un análisis detallado de la misma, pero facilitó enormemente el enjuiciamiento de los acusados de concusión, prohibió recibir donaciones y evitó los grandes abusos de épocas pasadas; estuvo en vigor durante mucho tiempo. Fue probablemente la ley más beneficiosa y lograda de toda la legislación cesariana de este año. Políticamente fue muy favorable a los habitantes de las provincias y fue una forma de cohesionar el imperio. Ya hemos visto cómo César defendió a ciudadanos griegos en los procesos contra Cornelio Dolabela y Antonio Híbrida; ser respetado y querido por los habitantes de las diversas regiones era un gran apoyo para un político con ambiciones y le fue muy útil en los días de la guerra civil.

El año del consulado convenció a César de la necesidad de pactar con los ciudadanos de mayor poder en todos los ámbitos y de las dificultades que encerraba la colegialidad de magistraturas, ya que el veto de uno de ellos podía impedir la aprobación de determinadas leyes; comprobó de forma fehaciente la ineficacia de la vieja estructura política, especialmente cuando hay una clara división entre las fuerzas políticas; por ello, probablemente, tuvo tanto interés en renovar al triunvirato en Luca, en el año 54.

De estos años deben destacarse, en mi opinión, su interés por continuar la conquista de la Galia con las ventajas que le proporcionaba estar cerca de Roma al frente de un poderoso ejército, un distanciamiento de Clodio y del grupo más extremista de los *populares* y el permitir a Pompeyo el consulado *sine collega* a cambio de concesiones a su persona, especialmente el poder presentarse a las elecciones al terminar su mandato. Hay, sin duda, otros muchos hechos importantes, pero su análisis detallado nos impediría llegar a los últimos años, los más decisivos de su actividad política.

2. LA ÉPOCA DE LA GUERRA CIVIL: PASAJES PROGRAMÁTICOS

No tiene ninguna utilidad discutir las cuestiones legales y jurídicas[18] de las pretensiones de César para presentar su candidatura al segundo consulado *in absentia*, ya que se trata de un intrincado rompecabezas sin posible solución; por otra parte, la legislación se venía violando por ambos grupos, *optimates* y *populares,* y por los triunviros desde hacía tiempo; tampoco tiene sentido analizar de quién fue responsabilidad de la guerra civil; ambos contendientes y sus simpatizantes quisieron cargar las causas sobre el adversario. Como ya se ha indicado a propósito del triunvirato, las causas de la destrucción de la *respublica* eran muchas y muy profundas, y no se hallaba una solución satisfactoria dentro del marco de la vieja constitución republicana; si ilegal fue la sublevación de César, ilegal también era la actuación del senado y de Pompeyo conculcando el veto tribunicio.

Los primeros capítulos de los *Commentarii* son probablemente los fragmentos de mayor contenido político de los escritos de César, redactados con mucha habilidad y con un dominio absoluto de las técnicas de deformación, especialmente para mostrar sus deseos de negociar una salida pacífica y evitar incluso con renuncia de sus derechos el enfrentamiento armado. También en ellos se halla un compendio de todos los recursos del libelo político para desprestigiar a los pompeyanos más destacados.

Evidentemente se trata de textos propagandísticos pero nos indican qué imagen quería César ofrecer de sí mismo y, por ello, nos parecen relevantes, especialmente porque se difundieron cuando ya no necesitaba de la propaganda para atraer personas a su bando, ya que fueron escritos cuando ya había acabado la guerra civil:

> … *nouum in re publica introductum exemplum queritur, ut tribunicia intercessio armis notaretur atque opprimeretur, quae superioribus annis <sine> armis esset restituta. Sullam nudata omnibus rebus tribunicia potestate tamen intercessionem liberam reliquisse; Pompeium, qui amissa restituisse uideatur bona, etiam, quae ante habuerint, ademisse..* (Caes. civ. 1, 7, 2).

Aunque las causas verdaderas del enfrentamiento eran el rechazo del senado a permitir su candidatura *in absentia* y el miedo a posibles procesos judiciales si lle-

[18] Un análisis pormenorizado y exhaustivo de todos los aspectos jurídicos del conflicto, especialmente de las disposiciones sobre las provincias y de las posibilidades de presentar la candidatura *in absentia,* en F. di Martino, *op. cit.,* III, pp. 194-214.

gaba a Roma como *priuatus,* César tiene interés en ratificar su defensa de los derechos de los tribunos, reivindicación de los *populares* desde siempre, y su rechazo de la política de Sila[19]; este rechazo era especialmente significativo en los meses posteriores a Farsalia, ya que se orientaba decididamente por el poder personal y se adelantaba a los que le podían acusar de pretender un gobierno como el silano; en la carta, también propagandística, que dirigirá a Opio y Balbo, que veremos con detalle más adelante, también se distancia de Sila, «a quien no voy a imitar».

También aprovechará la rendición de Corfinio para exponer parte de su programa y mostrar la *clementia* como una de las constantes de su actuación durante la guerra y después de ella. Cuando Cornelio Léntulo Espínter le suplica el perdón, César le interrumpe y le dirige las siguientes palabras:

> … *se non maleficii causa ex prouincia egressum, sed uti se a contumeliis inimicorum defenderet, ut tribunos plebis in ea re ex ciuitate expulsos in suam dignitatem restitueret, et se et populum Romanum factione paucorum oppressum in libertatem uindicaret* (Caes. civ. 1, 22, 5).

Las palabras de César reflejan de nuevo todo un manifiesto de los *populares* —dedicado a satisfacer y contentar a los suyos—, no sólo en el contenido sino también en la forma, con la presencia de términos tan reveladores como *factio, paucorum, uindicare, in libertatem*[20]. Vuelven a aparecer los derechos y la *dignitas* de los tribunos de la plebe.

También en este pasaje se habla de la *libertas* como uno de los móviles del levantamiento de César; como muy bien señala K. A. Raaflaub[21] es la primera y última vez que se utiliza la palabra en los *Commentarii*; hay dos razones que pueden explicar este fenómeno y esta ausencia elocuente de la palabra: primero, era un eslogan del grupo senatorial y pompeyano, por ello no era muy adecuado repetirlo; segundo, para los romanos de la época había una relación muy fuerte entre *respublica* y *libertas*, como se observa en numerosos pasajes ciceronianos y como expone con rotundidad Ch. Wirszubski: «libertas as a political watchword

---

[19] Sila durante los últimos lustros de la República fue el prototipo del poder absoluto y un modelo de crueldad con el que es comparado Pompeyo. Incluso dirá que Léntulo se vanagloria entre los suyos diciendo que será un nuevo Sila (Caes. civ. 1, 4). Las connotaciones negativas del término 'silano' eran conocidas por todos.

[20] Un análisis pormenorizado de estos términos alargaría en exceso este trabajo; remito a los interesados a los estudios sobre el tema que presento en la bibliografía, especialmente a la obra señera de J. Hellegouarc´h y al artículo de G. Hinojo (1998).

[21] K. A. Raaflaub, «Caesar the Liberator? Factional politics, civil war, and ideology», *Caesar against Liberty? op. cit.,* p. 37.

in the struggle of factions in Rome meant in the first place a form of government, and non the rights and liberties of the individual citizen»[22]; por ello, el eslogan de la *libertas* no era muy procedente para alguien que pretendía asumir la *dictatura* y que, ya en los días de la redacción, controlaba el poder de forma unipersonal, algo incompatible con la constitución republicana, con la *respublica.* La casi total sinonimia —en mi opinión la sinonimia absoluta no existe, excepto en palabras de significado muy concreto— de *respublica* y *libertas* nos la confirma Tácito[23] en la famosa frase, frontispicio de los *Annales, Romam a principio reges habuere, consulatum et libertatem L. Brutus instituit.*

También el relato del asedio y capitulación de Corfinio le será muy útil para difundir el ejercicio de la *clementia* dejando libre a Domicio Aenobarbo y a todos los demás pompeyanos, incluidos los jefes y los soldados. Es evidente que la generosidad de César con los vencidos era un acto propagandístico de gran impacto y que incrementaba sus simpatías, pero es innegable que fue una constante durante toda la guerra y después de ella.

En la línea de extender la *clementia* y buscar el consenso está la carta que el cinco de marzo envía a Opio y Cornelio Balbo y que conocemos por el epistolario de Cicerón[24], reproducimos un fragmento de la misma:

> *CAESAR OPPIO CORNELIO SAL Gaudeo mehercule uos significare litteris quam ualde probetis ea quae apud Corfinium sunt gesta. consilio uestro utar libenter et hoc libentius quod mea sponte facere constitueram ut quam lenissimum me praeberem et Pompeium darem operam ut reconciliarem. temptemus hoc modo si possimus omnium uoluntates recuperare et diuturna uictoria uti, quoniam reliqui crudelitate odium effugere non potuerunt neque uictoriam diutius tenere praeter unum L. Sullam, quem imitaturus non sum. haec noua sit ratio uincendi ut misericordia et liberalitate nos muniamus. id quem ad modum fieri possit non nulla mihi in mentem ueniunt et multa reperiri possunt. de his rebus rogo uos ut cogitationem suscipiatis. N. Magium, Pompei praefectum, deprehendi. scilicet meo instituto usus sum et eum statim missum feci. iam duo praefecti fabrum Pompei in meam potestatem uenerunt et a me missi sunt. si uolent grati esse, debebunt Pompeium hortari ut malit mihi esse amicus quam*

[22] CH. Wirszubski, *Libertas as a Political Idea at Rome during the Late Republic and Early Principate,* London 1950, p. 66; en el mismo capítulo se afirma que uno de los valores cardinales de *libertas* es ‘republican constitution’.

[23] Un estudio de la estrecha relación entre *libertas* y *respublica* puede verse en G. Hinojo, «Alusiones y designaciones del sistema republicano en Tácito», *Veleia* 4 (1987), pp. 297-308; también en las monografías de R. Stark y de W. Suerbaum citadas en la bibliografía.

[24] Cic. Att. 9, 7, 3) en esta carta Cicerón incluye la que le han remitido Opio y Balbo y que a ellos les había enviado César. Está reproducida y ampliamente comentada en L. Canfora, *op. cit.,* pp. 144-148.

iis qui et illi et mihi semper fuerunt inimicissimi, quorum artificiis effectum est ut res publica in hunc statum perueniret (CIC. Att. 9, 7c, 1).

Dice Cicerón de ella: *sana mente scriptas litteras quo modo in tanta insania* (9, 7, 3); en esta carta, claramente propagandística, César tiene claro que no quiere imitar a Sila *quem imitaturus non sum*, sobre todo en las proscripciones, y que prefiere la amnistía; de ello da constancia. Se observa que se había planteado desde el principio cómo salir políticamente de una guerra civil. Destaco otros puntos importantes, que he subrayado en el texto latino: «había decidido mostrarme extremadamente benévolo»; habla también de un consenso posible y de recuperar las voluntades de todos; «los demás no lograron evitar el odio con la crueldad», con clara alusión y crítica a Mario y Cina, como muy bien ha señalado L. Canfora[25]; se enumeran al final otros destacados pompeyanos que han sido dejados en libertad.

Como ya he dicho con anterioridad, aunque se trate de una carta propagandística, enviada a sus colaboradores para que se difundiera, es evidente que narra la verdad, especialmente en lo que atañe a la clemencia y a la generosidad con los vencidos. Vuelve, de nuevo, a manifestar su rechazo a las medidas y actuación de Sila a quien promete solemnemente no imitar. También llama la atención su crítica velada a la política represiva de Mario y de Cina, que, además de cruel, fracasó con rotundidad. Probablemente tuvo intención de que le llegara a Cicerón y por ello insiste en el *omnium uoluntates,* que nos recuerda el *consensus uniuersorum,* uno de los eslóganes preferidos por el Arpinate.

Dentro de los *Commentarii* hay un capítulo en el que se nos describe las actuaciones que llevó a cabo al iniciar el consulado el año 48 y que nos permite conocer su programa y las reformas que pretendía, además de que nos ayuda a conocer su actitud respecto al grupo de los *populares* y de algunas de las medidas más reclamadas por ellos.

Dictatore habente comitia Caesare consules creantur Iulius Caesar et P. Seruilius; is enim erat annus, quo per leges ei consulem fieri liceret. his rebus confectis, cum fides tota Italia esset angustior, neque creditae pecuniae soluerentur, constituit ut arbitri darentur; per eos fierent aestimationes possessionum et rerum, quanti quaeque earum ante bellum fuisset, atque eae creditoribus traderentur. hoc et ad timorem nouarum tabularum tollendum minuendumque, qui fere bella et ciuiles dissensiones sequi consueuit, et ad debitorum tuendam existimationem esse aptissimum existimauit. item praetoribus tribunisque plebis roga-

[25] L. CANFORA, *op. cit.,* p. 441, n.º 2.

tiones ad populum ferentibus nonnullos ambitus Pompeia lege damnatos illis temporibus, quibus in urbe praesidia legionum Pompeius habuerat, quae iudicia aliis audientibus iudicibus, aliis sententiam ferentibus singulis diebus erant perfecta, in integrum restituit, qui se illi initio ciuilis belli obtulerant, si sua opera in bello uti uellet, proinde aestimans ac si usus esset, quoniam sui fecissent potestatem statuerat enim prius hos iudicio populi debere restitui quam suo beneficio uideri receptos, ne aut ingratus in referenda gratia aut arrogans in praeripiendo populi beneficio uideretur. His rebus et feriis Latinis comitiisque omnibus perficiendis xi dies tribuit dictaturaque se abdicat… (Caes. civ. 3, 1-2, 1).

Se trata de su elección como cónsul del año 48, año de sugerentes resonancias para él, ya que era el que había pretendido desde tiempo por ser el primero en el que podía presentarse de nuevo; precisamente el rechazo del senado a su presentación *in absentia* era una de las causas del enfrentamiento armado.

Los comicios los convoca el propio César que había sido nombrado[26] *dictator rei gerendae causa* por el pretor Marco Lépido en agosto del 49 cuando volvía de la campaña de *Hispania*; tras su elección como cónsul tomó con rapidez algunas medidas, ilustradoras de sus programa político; una de ellas de gran trascendencia y muy significativa sobre la anulación de las deudas, pero éstas no fueron canceladas: no proclamó *tabulae nouae,* la vieja reclamación de los *populares*, medida que asustaba a las clases acomodadas, cargada de connotaciones muy negativas por ser una de las propuestas catilinarias; se arbitró una solución intermedia, equilibrada: sólo se pagarían las deudas de acuerdo con el valor estimado de los bienes en la época anterior a la guerra, para realizar estas valoraciones se designaron unos tasadores específicos. De esta forma se complacía de alguna forma a los deudores y no se causaba grave daño a los acreedores que se temían medidas mucho más drásticas; en palabras suyas: «Era una medida muy adecuada para suprimir y disminuir el miedo a las *tabulae nouae,* que suele acompañar a las guerras y a los conflictos civiles, y para salvaguardar el crédito de los deudores».

Observamos a un César equidistante, que se aleja de las reivindicaciones más radicales de los *populares*, como ya había hecho con la *lex agraria* en su primer consulado, y que pretende atraerse a las clases acomodadas de la sociedad y despejar el posible miedo a unas medidas revolucionarias. Esta política de equilibrio y ponderación la realizará también en los últimos meses de su vida, en la época de la *dictatura perpetua*. Una muestra de esta política más moderada es el desprecio y rechazo que mostró ante las demagógicas medidas del pretor Marco Celio Rufo

[26] *Ibi legem de dictatore latam seseque dictatorem dictum a M. Lepido praetore cognoscit* (Caes. civ. 2, 21, 5).

que proponía *tabulae nouae,* descontento por las medidas que había aprobado César. Con gran habilidad lo desprestigia y narra[27] su vergonzosa alianza con Milón, el rechazo de los ciudadanos a sus propuestas y su triste final.

También cortó de raíz, en esta ocasión por medio de Antonio con una represión excesiva, la petición de remisión de deudas propuesta por Dolabela después de Farsalia. César estableció de nuevo una medida salomónica, perdonó a Dolabela y castigó a Antonio nombrando a Lépido *magister equitum.* No quería enfrentarse por completo con el grupo radical que solicitaba continuamente *tabulae nouae,* tenía que complacer, con difícil equilibrio en ocasiones, a los grupos moderados y a los más radicales.

Una segunda ley, también de hondo calado político y partidista, fue el regreso del exilio de todos los condenados por tribunales extraordinarios por fraude en las elecciones, por la famosa *lex de ambitu.* Estaba muy difundida en la Roma de la época la corrupción electoral y la compra de votos, admitida hasta por el severo Catón, y era en ocasiones un pretexto fácil para llevar a los tribunales a cualquier ciudadano, especialmente a los adversarios. La mayoría de los favorecidos eran partidarios suyos o colaboradores de Clodio, ya que fueron procesados el año del consulado *sine collega* de Pompeyo; para que no quedaran dudas, Milón fue excluido. De menor calado, pero también muy simbólica, fue la disposición por la que los hijos de los proscriptos por Sila recuperaron todos los derechos.

Todas estas medidas se aprobaron con presteza en los primeros días de su segundo consulado y estaban encaminadas a satisfacer algunas exigencias de su grupo pero también a no asustar en exceso los acreedores y a las clases más elevadas. Como en el terreno militar también en el político actuó con solvencia y rapidez; pese al poco tiempo del que dispuso en medio de los avatares de la guerra, logró legislar con cierta amplitud y eficacia.

3. LAS ÚLTIMAS MEDIDAS: LA *DICTATVRA PERPETVA*

Como ya he señalado anteriormente César dispuso de muy poco tiempo para realizar su programa y ello nos impide deducir con claridad el contenido del mismo; es, con todo sorprendente la cantidad de actividades que realizó y los proyectos que puso en marcha; muchos de ellos no pudieron concluirse.

---

[27] Caes. civ. 3, 20-23.

Suscribo la opinión de E. Gabba[28] de que no se pueden clasificar como reformas las medidas políticas y constitucionales tomadas por César. La única disposición político-constitucional importante es la de aceptar la *dictatura perpetua,* pero esta magistratura gozaba de una larga tradición y no supuso, que sepamos, ninguna reforma constitucional. Sila la había utilizado por un tiempo y la abandonó cuando le pareció oportuno; es verdad que la de César era diferente por la duración, pero no por estar dotada de más poderes, ya que la mayoría de los que le otorgó el senado, que Suetonio maliciosamente[29] se dedica a incrementar, fueron honoríficos, como *pater patriae, praefectura morum, praenomen Imperatoris, statuam, suggestum*[30]…

Coincido también con M. Sordi[31] y la inmensa mayoría de los investigadores modernos en que la de César era perpetua y no *rei publicae constituendae* como pretendía T. Mommsen; su tesis, que prácticamente había sido rechazada, ha sido defendida recientemente por L. Gasperini[32] basándose en una inscripción latina de Tarento en que aparece el citado sintagma al lado de César[33]; como perpetua la interpretaron todos sus coetáneos y todas las fuente antiguas, y fue, sin ninguna duda, uno de los motivos que aglutinó a los conjurados y ocasionó el asesinato del dictador, ya que *dictatura perpetua* era para ellos sinónimo de *regnum*[34]. En este punto la clarividencia política de César, que muchos defendemos, fracasó y quedarán sin descifrar los motivos reales que le llevaron a adoptar este título que tan funestas consecuencias iba a acarrearle. Si se me permite opinar sobre intenciones —sobre las que no debe opinarse— diré que para evitar el odiado *nomen* de *rex* y para salir al paso de los sucesos y rumores de los últimos meses —especialmente incrementados por la aparición de la diadema y por la corona que

[28] E. Gabba, «Le riforme di Cesare», *L'ultimo Cesare* (G. Urso ed.), Roma 2000, pp. 143-145.

[29] Sobre la ideología y tendencias de la obra de Suetonio puede verse la opinión de E. Cizek, *Strucures et idéologie dans 'Les vies des douza César's de Suétone,* Paris 1977, p. 179 y ss.

[30] *Praegrauant tamen cetera facta dictaque eius, ut et abusus dominatione et iure caesus existimetur. Non enim honores modo nimios recepit: continuum consulatum, perpetuam dictaturam praefecturamque morum, insuper praenomen Imperatoris, cognomen Patris patriae, statuam inter reges, suggestum in orchestra; sed et ampliora etiam humano fastigio decerni sibi passus est: sedem auream in curia et pro tribunali, tensam et ferculum circensi pompa, templa, aras, simulacra iuxta deos, puluinar, flaminem, lupercos, appellationem mensis e suo nomine; ac nullos non honores ad libidinem cepit et dedit* (Svet. Iul. 76, 1).

[31] M. Sordi, «I poteri dell'ultimo Cesare», *L'ultimo Cesare* (G. Urso ed.), Roma 2000, pp. 306-307.

[32] L. Gasperini, «Su alcune epigrafi di Taranto romana», *Miscelanea greca e romana* 2 (1968), pp. 381-388.

[33] No puedo detenerme a comentar la inscripción, pero M. Sordi («L'ultima dittatura di Cesare», *Aevum* 50 (1976) pp. 151-160) ha mostrado y demostrado con claridad que se trata de Octavio y no de César, especialmente por la presencia de *C. filius*. La reproduzco para los interesados: «*C. Iulio C.*[*f. Cae*] */sare pat* [*re patr.*] / *imperato* [*re dict.*] *rei / publc* [*ae con*] / [*stit*] *uendae…*»

[34] *Sed etiam regni timore sublato, magnumque pignus ab eo rei publicae datum, se liberam civitatem esse velle, cum dictatoris nomen, quod saepe iustum fuisset, propter perpetuae dictaturae recentem memoriam funditus ex re publica sustulisset* (Cic. Phil. 1, 4).

intentó ponerle Antonio[35]— eligió esta designación que parecía no atentar contra la tradición republicana. Tenía a su alcance el noble y prestigioso motivo de la guerra contra los Partos para haber elegido una *dictatura rei gerendae causa* —mucho más acorde con las normas de la *respublica*—*;* pero su excesiva seguridad y su convencimiento de que él era la mejor o la menos mala de las soluciones para la situación de la *respublica,* ya que estaba convencido de que tras su muerte se reanudarían con mayor virulencia los enfrentamientos y la discordia civil, como así confirmaron los acontecimientos posteriores; su clarividencia para prever las secuelas que causaría su asesinato quedó demostrada y sobrepasada por la realidad. Un juicio y una opinión similares comparte, entre otros, M. Grant[36].

Hay una segunda disposición, también discutida sobre su alcance, que se refiere a la elección de los magistrados y que se nos expone en el siguiente texto:

> *Comitia cum populo partitus est, ut exceptis consulatus conpetitoribus de cetero numero candidatorum pro parte dimidia quos populus uellet pronuntiarentur, pro parte altera quos ipse dedisset. et edebat per libellos circum tribum missos scriptura breui: 'Caesar dictator illi tribui. commendo uobis illum et illum, ut uestro suffragio suam dignitatem teneant*' (SVET. Iul. 41, 2).

Este texto bastante diáfano, presenta, sin embargo, la duda de si la elección de los cónsules quedaba o no al margen de la voluntad de César; era una excepción frente al resto de las magistraturas, pero no se aclara si esta excepción era positiva o negativa; el texto es ambiguo y admite ambas lecturas; T. Mommsen defendió, opinión que me parece más acorde con el texto, aunque no con la realidad de aquellos momentos, que esta elección era libre, pero otros[37] creen que dependía de la voluntad de César; esta segunda tesis estaría avalada por los nombramientos que realizó para los años sucesivos. Mi postura se justifica porque Suetonio, por los motivos ya señalados, no presenta una visión favorable de César; si la libre elección de los cónsules hubiera sido eliminada, lo hubiera formulado con claridad. Las decisiones y nombramientos de aquellos días pueden explicarse por las difíciles circunstancias y porque César pensaba marcharse a la guerra contra los partos. La corta duración de su *dictadura* no nos permite sacar

[35] Me refiero a la diadema que apareció en la cabeza de la estatua de oro erigida en su honor sobre los rostros, retirada por los tribunos Lucio y Cayo, aunque César los acusó de haberla puesto ellos mismos y los desterró; también, a la corona de laurel con una diadema en su interior que le entregó Licinio en la fiesta de los Lupercos y que Antonio puso en su cabeza. César se la quitó con rapidez y la lanzó a la multitud.

[36] M. GRANT, *History of Rome,* London 1978 (reimp. 1996), p. 198.

[37] F. DE MARTINO, *op. cit.* p. 149-150.

conclusiones definitivas en esta cuestión, como en otras muchas; no nos parece coherente deducirlo de lo que hizo Augusto.

Al margen de estas dos medidas de inequívoco alcance político-institucional César tomó importantes decisiones de carácter social y ciudadano que exponemos con brevedad. A finales del 46 César inició el reparto de tierras para sus veteranos, pero procuró utilizar terreno público o propiedades de los desaparecidos; como no había bastante tierra recurrió a la compra de terrenos y a la fundación de colonias, tanto en Italia como en provincias, algunas en lugares tan emblemáticos como Cartago y Corinto; además, las nuevas colonias no sólo fueron para los veteranos sino también para ciudadanos empobrecidos de la plebe urbana. Con esta medida logró evitar los conflictos graves de anteriores repartos, colocar a los habitantes sin recursos de la ciudad y romanizar más algunas regiones, intentando aproximar las provincias al tipo de vida romano; aumentar, en una palabra, la romanización. También completó la reforma agraria que ya había sido la pieza angular de su política el año de su primer consulado.

Procuró racionalizar el reparto de trigo para evitar abusos y comprobar con exactitud qué ciudadanos debían recibir la ayuda; inició algunas obras importantes tanto de utilidad pública como de aparato; reformó el calendario romano para evitar manipulaciones interesadas y abusos por parte de los pontífices; también intentó modificar la censura y moderar el lujo y la acumulación excesiva de dinero, aunque en esto fracasó, como habían fracasado intentos anteriores. Creo que se pueden suscribir con fundamento las siguientes palabras: «During his dictatorship Caesar held supreme power and had generally governed well, bringing in measures that were sensible and statesmanlike and for the good of Rome»[38].

Para completar el significado público de César y comprender su legado me parece necesario exponer brevemente su relación con las letras y su política cultural. Estuvo convencido de la importancia de la literatura para defender y prestigiar las actividades del hombre público, tanto las militares como las civiles; por ello, su interés en formarse bien y en dominar las disciplinas de su época, llegando a ser un hombre culto, un gran orador y un escritor excelente; la redacción de sus *Commentarii* hay que explicarla por estos motivos; ya en otros lugares he escrito, adaptando y dando la vuelta a la famosa frase de Carl Von Clausewitz, que la literatura era para él la continuación de la política por otros medios.

[38] A. Goldsworthy, *op. cit.*, p. 2.

Como en otras muchas facetas de la actividad pública no podemos saber qué hubiera hecho en el campo de cultura y cuál hubiera sido su relación con los hombres de letras, pero sí podemos aventurar conclusiones a partir de los actos y actitudes que desarrolló en su vida y en los pocos meses que tuvo el poder. El primer aspecto que llama la atención es su especial benevolencia con los escritores, científicos y eruditos que se adscribieron al bando pompeyano. Fue generoso con sabios y profesores extranjeros a los que llamó y protegió para realizar su tarea en Roma. Hay que destacar también la serenidad con que encajó las críticas satíricas contra él y contra alguno de sus colaboradores, como en el caso del poeta Catulo, que contrasta con el control y utilización que de la literatura hicieron sus sucesores, empezando por Augusto. Es digna de elogio su actitud ante las alabanzas de Catón que escribieron y difundieron Cicerón y Bruto y a los que respondió con su famoso *Anticatonem.* Síntoma de su interés por incrementar la cultura fue el confiar a Varrón, antiguo y destacado pompeyano, la fundación y dirección de una biblioteca que emulara a la de Alejandría y recogiera obras griegas y latinas. La importancia de la literatura para el poder político y para la propaganda fue captada muy bien por Octavio y, a partir de él, por todos los hombres de estado de los países cultos, aunque sin la libertad que, en principio, le otorgó el dictador romano.

4. PERVIVENCIA DE LAS IDEAS DE CÉSAR

A lo largo de la exposición ya he indicado algunos de los aspectos de la política de César que han pervivido durante siglos o que más han influido en el mundo posterior; ahora quiero ocuparme con brevedad de la imagen que se ha transmitido y ha perdurado hasta nuestros días; me voy a limitar al aspecto estrictamente político, ya que de su proyección posterior en todos los ámbitos de la cultura y de las artes se ocupará la Dra. M. Wike de forma exhaustiva y brillante como augura la espléndida monografía dirigida por ella[39].

Como he señalado repetidas veces a lo largo del trabajo, la figura de César como gobernante y jefe supremo del poder político no llegó a completarse y quedó indefinida e imprecisa, pero a los grupos senatoriales y a los conciliábulos de oposición teórica al nuevo régimen les interesó presentarla como la de un tirano, destructor de la *libertas* y de la vieja *respublica;* la antítesis de Catón, héroe de la libertad. Sobre su persona, además, recayeron todos los crímenes y atentados

[39] M. WIKE, (edit.), *Julius Caesar in Western Culture,* Oxford 2006.

de los emperadores romanos de todos los siglos, ya que se le hizo injustamente responsable del nuevo régimen, aunque el sistema ideado por Octavio y sus colaboradores estaba muy alejado intencionadamente del esbozado por César. Esta imagen negativa ha pervivido hasta nuestros días.

Es verdad también que ha habido momentos en la historia en que se ha destacado su competencia militar, su *clementia*, su visión política, su capacidad para organizar un amplio imperio, su talento personal, su excelente formación e, incluso, sus dotes literarias, y que determinados monarcas lo tomaron como modelo y paradigma. Entre nosotros fue Carlos I el que no sólo admiró sus dotes militares, sino que también eligió el título de 'César' para completar la designación de su poder imperial. Incluso en la fachada plateresca de la Universidad, ideada por los humanistas más destacados del Estudio, se le presenta la imagen de César como ejemplo para su futura actuación[40].

En el siglo XIX se acuñó el término 'cesarismo', probablemente por la admiración e imitación de la actividad de César de Napoleón I y de Napoleón III, con el significado negativo de régimen político de carácter despótico, fundado en la fuerza de los ejércitos y con un aire populista. Esta definición del término, a mi juicio, no se funda sólo en la persona y realizaciones de César, sino en la actuación de los emperadores romanos. Con posterioridad algunos regímenes totalitarios se sirvieron en su propaganda de motivos y terminología del mundo romano que indirectamente perjudicaron a fama de nuestro protagonista. Finalmente, el imperialismo contemporáneo tiene, indudablemente, algunas analogías con el romano y sus infracciones o temeridades se proyectan sobre el conquistador de las Galias, llegando en ocasiones a burdas y groseras comparaciones.

Me gustaría cerrar este recorrido sobre la imagen posterior de César con unas sensatas y certeras consideraciones de A. Momigliano:

> «Ma come definizione di uno speziale regime político, il concetto di Cesarismo è una tipica nozione del secolo xix; serve eccellentemente a definire la monarchia dei due Napoleoni, ma dovrebbe essere bandito della storia antica e forse anche della storia del Medioevo e del Rinascimento[41].

---

[40] Un estudio detallado de este aspecto puede verse en G. Hinojo, «Paradigmas imperiales en la fachad de la Universidad de Salamanca», *III Congreso de Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor A. Fontán, Alcañíz 2000*, Alcañiz-Madrid 2003, III, 1383-97.

[41] A. Momigliano, «Per una riesame della storia dell'idea di Cesarismo», *Secondo contributo alla storia degli studi classici,* Roma 1960, p. 282.

Tras suscribir las palabras de A. Momigliano quiero advertir del peligro que para la compresión de la Antigüedad y de sus personajes más destacados supone la comparación con ideas, valores morales y realidades actuales, ya que se trata de contextos muy distintos e, incluso, las palabras tienen significados y connotaciones muy diferentes. El propio T. Mommsen se equivocó, en mi opinión, por proyectar sobre el siglo primero antes de nuestra era la realidad política de su época y comparar a los *optimates* y *populares* con los partidos conservadores y liberales de su época, ya que ni se trataba de verdaderos partidos políticos ni tenían, por ello, una ideología determinada. Se trataba más bien de coaliciones electorales basada más en la *amicitia* y en las relaciones familiares que en la existencia de un programa común, como bien ha mostrado L. R. Taylor en la monografía ya citada.

Para concluir, su actuación con los adversarios y con los vencidos ha mostrado a todos los que logran el poder con las armas, empezando por sus inmediatos sucesores, que la *beneuolentia* y la *clementia* no son los medios más adecuados para conservarlo, sino todo lo contrario; su fracaso en este campo ha servido hasta nuestros días como acicate para olvidar sus virtudes y ejercitar la crueldad. La historia, en ocasiones, no se repite, se deteriora.

IULIUS CAESAR, LEGISLATOR ET ORATOR

Manuel Jesús García Garrido
Universidad Nacional de Educación a Distancia
mjggarrido@ya.com

RESUMEN

Las reformas políticas realizadas por Julio César permiten considerarlo como el verdadero precursor del Principado, sus medidas suponen la ruptura del régimen constitucional republicano, así pueden considerarse las reformas de los Comicios, de las Magistraturas y del Senado. La *transitio ad plebem* de Clodio inicia la trasformación de los poderes de los tribunos y de la legislación tribunicia. De extraordinaria importancia fueron las medidas adoptadas contra la crisis económica: aportación de fondos al Tesoro, condonación de la cuarta parte de las deudas y reducción de impuestos y de alquileres, asentamiento de veteranos y plebeyos en colonias y municipios, a los que concede un nuevo régimen jurídico. Fue famoso por sus defensas y acusaciones en las causas de Dolabella, P. Antonio, Sextilio y Cayo Rabirio.

Palabras clave: César. *Princeps*. *Imperator*

ABSTRACT

Because of his important political reforms, Julius Caesar deserves to be considered as a real precursor of the so called *Principatus*, in the political history of Rome. Actually, some of his political decisions (such as the reforms of the *Comitii*, *Magistraturae* and *Senatus*) represent the breakdown of the Republican constitutional model. Clodio's *transitio ad plebem* is the start point for the transformation of the *tribuni* powers and the whole legislation of *tribuni*. Outstanding significance should be recognized to the rules against the economical crisis: money contribution to the Treasury, cancellation of a quarter of the debts as well as lessening of taxes and renting duties, settlement of senior and plebeian people in colonies and towns, to which a new legal status was conferred. Julius Caesar was also famous for his speeches in several legal processes, as those of Dolabella, P. Antonius, Sextilius and Caius Rabirius.

Key Words: *Caesar. Princeps. Imperator*

⋆ ⋆ ⋆

Las reformas políticas realizadas por Julio César permiten considerarlo como el verdadero precursor del Principado: sus medidas suponen la ruptura del régimen constitucional republicano: así pueden considerarse las reformas de los

Comicios, de las Magistraturas y del Senado. La *transitio ad plebem* de Clodio inicia la trasformación de los poderes de los tribunos y de la legislación tribunicia. De extraordinaria importancia fueron las medidas adoptadas contra la crisis económica: aportación de fondos al Tesoro; condonación de la cuarta parte de las deudas y reducción de impuestos y de alquileres; asentamiento de veteranos y plebeyos en colonias y municipios, a los que concede un nuevo régimen jurídico. Fue famoso por sus defensas y acusaciones en las causas de Dolabella, P. Antonio, Sextilio y Cayo Rabirio.

I. CAMBIOS Y RUPTURA DE LA CONSTITUCIÓN REPUBLICANA

La personalidad universal de Cayo Julio César hace que haya suscitado estudios y convenciones en todas las épocas y naciones. Los estudios históricos, literarios, filológicos, bélicos y jurídicos forman completas bibliotecas y la lectura de los textos escritos requeriría una dedicación de muchos años de lectura. Entre las numerosas fuentes griegas y latinas de la antigüedad clásica destacan las obras autobiográficas del mismo César, y otras numerosas de sus contemporáneos y sucesores que proporcionan noticias y datos que hoy están sometidos a una rigurosa revisión crítica[1]. En esta presentación trataremos de los cambios políticos y constitucionales realizados por César en el ámbito de la transición que de la República lleva al Principado[2], así como de las reformas económicas y sociales

[1] Jurídicas: *Leges. Ediciones:* F. Girard, *Textes de droit romain,* Paris 1913,; S. Riccobono, *Leges P. Prima;* S. Riccobono, J. Baviera, C. Ferrini, J. Furlani, y V. Arangio Ruiz, *Fontes iuris romani anteiustiniani,* Florentiae 1941; L. Wenger, *Die Quellen des röm.* Rechts, CD; N. Palazzolo, *Bibliotheca iuris Antiqui. 2,* Catania 2002.

Literarias:

- Dos biografías: Suetonio, *De vita Caesarum, Divus Iulius*
- Plutarco: Vidas paralelas, César
- Sus obras, Caesar: *Commentarii* a la guerra de las Galias (*De bello Gallico*) y a la guerra civil (*De bello civili*)
- Salustio: la Conjuración de Catilina (*De coniuratione Catilinae)*
- Valerio Maximo: Hechos y dichos memorables (*Facta et dicta memorabilia)*
- Aulo Gelio: Noches Áticas (*Noctes Atticae*).
- Ciceron:, *De legibus, De Republica*, *Epistulae ad Atticum*
- Apiano: Historia Romana, Guerras civiles libros III y IV
- Dion Casio: Historia Romana, libros 41-43.

Ediciones: Akal /Clásica, San Andreu de la Barca 1988; CD TLL (Thesaurus Lingua Latinae) University of California Irvine, CA 92717-2000

— TLG (Thesaurus Lingua graecae) University of California Irvine, CA 92717-2000

— BTL (o Bibliotheca Teubneriana)

[2] Entre la literatura mas importante consultada destacamos la siguiente: V. Arangio Ruíz, *Historia del derecho romano*, trad. esp. Fr. de Pelsmaeker; Madrid 1943, pp. 246 ss.; F. De Martino, *Storia della Costituzione romana III2,* Napoli 1973, *passim*; F. Casola y L. Labruna, «Cesare e Pompeo» «Le riforme di Cesare», en M. Talamanca y otros, *Lineamenti di Storia del diritto romano,* pp. 394-412; G. Crifò, *Lezioni di Storia del diritto romano, 4ª,* Bologna 2005, *passim;*

que para combatir la crisis acometió este extraordinario legislador. Por último, de su destacada actuación como orador en importantes causas.

En las reformas de las magistraturas, César fue nombrado Dictador por primera vez para un breve periodo de once días, en el año 49 a. C. desempeñó una segunda dictadura por diez años hasta que al final fue nombrado Dictador perpetuo en el año 44 a. C. Sobre la ruptura de la constitución republicana que limitaba el tiempo de la dictadura a seis meses, César siguió las medidas ya adoptadas antes por Sila y Pompeyo. También siguió un camino ya iniciado por Pompeyo cuando fue nombrado cónsul sin colega, con lo que se vulneraba el principio de la colegialidad y del posible veto de los cónsules. La ruptura de la incompatibilidad entre el mando supremo del *imperium militiae* y el *imperium domi* no fue consecuencia del paso de César del Rubicón con sus legiones ya que el acto de ejercer cargos civiles sin licenciar antes las legiones ya había sido realizado por Sila y Mario[3].

De mayores consecuencias fueron las reformas realizadas en el Senado. Para limitar el poder de este principal órgano que le había demostrado su oposición, aumentó el número de senadores a 900, incluyendo a pertenecientes a la clase de los *equites* y de los populares[4], y asumió sus competencias más importantes como declarar la guerra y establecer la paz.

En los comicios y asambleas, se arrogó la potestad de proponer a los candidatos a magistrados. Restableció el derecho de veto de los tribunos a las decisiones de los magistrados y sometió numerosos plebiscitos a las decisiones de los *concilia plebis*. Para controlar las medidas adoptadas por los tribunos, favoreció la *transitio ad plebem* del patricio Clodio, que fue autor de numerosos e importan-

---

E. Betti, *La crisi della Repubblica e la genesi del principato in Roma*, a cura di G. Crifò, Roma 1982, *passim;* F. Wieacker, *Römische Rechtgeschicte I,* München 1988, pp. 280 ss.; R. Syme*, The Roman Revolution*, 1939, trad. Italiana, Torino 1962, *passim;* Ed. Meyer, *Caesars Monarchie und das Prinzipat des Pompeius*, 2, Stuggart-Berlin 1919, *passim*. Y la bibliografía citada en las notas siguientes.

[3] Por una *lex Gabinia* a Pompeyo el i*mperium proconsulare* que se consideraba *infinitum et aequum*. Este imperium era *maius* respecto a los propretores pero no respecto a los cónsules como el que después se concedió a Augusto. Según la tesis de Ed Meyer, *Caesar Monarchie, op. cit. passim,* seguido por Gelmer y Ooteghem, el verdadero precursor del Principado fue Pompeyo y no Cesar que aspiraba a una Monarquia de tipo oriental. Contra esta tesis, F. De Martino, *Storia della Costituzione, op. cit.,* p. 187, afirma que Pompeyo igual que César aspiraba a un poder personal en el Estado, pero era débil, incierto y confuso, oscilante entre la democracia y la oligarquía. Las ideas que se le atribuyen no son suyas y estaban ya defendidas por Cicerón. Vid. infra.

[4] R. Syme, *The Roman Revolution,* pp. 78 ss (trad.ital., pp. 80 ss.) afirma que sobre los componentes del nuevo Senado cesariano sólo existen pruebas de la existencia de un único centurión, de la Galia ningún nombre y de España sólo dos nombres aparecen en la lista de senadores.

tes plebiscitos[5]. Según escribe Dion Casio a César le fue concedida la *tribunicia potestas* vitalicia[6], sin realizar la *transitio*, pero se duda de que no se trate de una anticipación de la concesión hecha después a Augusto.

En la lucha contra las requisas y exacciones de los gobernadores de provincias, una *lex Iulia de provinciis* limitó el periodo de mandato de éstos a uno o dos años, según hubieran sido nombrados pretores o cónsules.

El título de *imperator,* reservado a los comandantes militares y proclamado en los cortejos de los días triunfales, se incorpora al nombre como un privilegio personal que se trasmite hereditariamente. En el ritual de triunfo, que tenía sus orígines en la antigua monarquía, el vencedor era asimilado a Júpiter y llevaba el manto de púrpura y otros signos de su poder[7].

Como honores y cargos sacerdotales, César pertenecía a los colegios de los pontífices y de los augures y fue elegido *Pontificex maximus* en los años 63 y 44 a. C. Se le crea un genealogía divina que le hacía descender de Venus, a través de Julio o Ascano, hijo de Eneas para crear una devoción que se reservaba a los dioses[8]. Fue llamado también *pater patriae.*

Se ha discutido mucho la cuestión sobre las intenciones de César de convertir su gobierno en una monarquía. Son numerosas las teorías que pueden agruparse en las siguientes clases de monarquías: del reino romano antiguo, de la monarquía helenística, de la monarquía extraitálica[9]. Los autores antiguos destacan varios hechos contradictorios de los que parten estas teorías: cuando entran-

[5] Del tribuno Publio Claudio Pulcro, llamado vulgarmente Claudio, y de sus radicales medidas a favor de los plebeyos y de los libertos y esclavos existen numerosos testimonios. Una *lex Clodia frumentaria* establecía que el cereal debía ser dado gratuitamente a los pobres, y su selección debía ser realizada por un *curator annonae.* Favoreció la libertad de las asociaciones sobre todo de artesanos y menestrales. Contra los privilegios de la aristocracia senatorial propuso la *lex de capite civis Romani,* para evitar las ejecuciones sin juicios ni apelaciones. Sus intentos revolucionarios llegaron a proponer un Estado gobernado por plebeyos y esclavos. Su muerte realizada por las bandas de Milón provocaron violencias y protestas. *Vid.* F. DE MARTINO, *Storia, op. cit.,* pp. 173 ss.

[6] DIÓ. 42, 20, 3.

[7] *Vid.* CASOLA Y LABRUNA, *Lineamenti, op. cit.,* p. 405 s.; F. DE MARTINO, *Storia op. cit.,* p. 244.

[8] SALL. Cat. 49, 2; SVET. Iul. 13, 1; 46, 1; PLVT. Caes. 7, 1-3.

[9] La teoría del reino antiguo se debe a MOMMSEN, SCHIFTEN, I p. 185. VI, 32. que sostiene que en la nueva monarquía no existiría ningún elemento que no fuera reflejo del antiguo reino. César se refirió a la antiguas formas para encontrar un modelo claro, popular y nacional para el nuevo Estado, y por ello ordenó que a las siete estatuas de los reyes en el Capitolio se añadiese la suya.. El defensor de la monarquía helenística es MEYER, *Caesar Monarchie, op. cit.,* pp. 58, con importantes seguidores (Kunkel, Kaser, Grosso y Carcopino, entre otros). En la concepción de un Estado mundial Roma

do en la ciudad, después de las fiestas latinas, encontró su estatuta coronada con una diadema y fue saludado como rey, el dictador responde que no lo era. Después, Marco Antonio durante los Lupercales le ofrece la diadema, él la rechaza haciéndola llevar a Júpiter en el Capitolio y hace escribir en las actas que él había rechazado la dignidad regia ofrecida por el Cónsul. Sin embargo, había mandado sancionar a los tribunos que habían quitado la diadema de su estatua e iniciar un juicio contra los responsables del hecho[10]. Del estudio de la numerosa literatura sobre las reformas cesarianas de la Constitución se concluye que son los precedentes históricos más cercanos al Principado. César establece un régimen de un poder político personal basado en el apoyo del Ejército y en la idea del predominio de un *Princeps* que gobierne un Imperio universal.

Las influencias del ideario sobre el Príncipe de Cicerón y de los consejos de Salustio sobre las reformas de César

Plutarco (III) escribe que

> «… cuando empezó a decaer el poder de Sila, César se dirigió a Rodas a la escuela de Apolonio Molón, de quien también Cicerón era discípulo. Se dice que tenía la mejor disposición para la elocuencia civil y que no le faltaba la disposición correspondiente, de modo que en este estudio tenía sin disputa el segundo lugar»[11].

No era de extrañar, por tanto, que influyeran en su formación y proyectos las ideas de Cicerón. Este gran orador y pensador parte de la afirmación de que

> «… entre las formas tradicionales de gobierno la mejor sería la monárquica, pero está siempre expuesta al peligro de la tiranía. No son preferibles las otras formas

---

e Italia debían quedarse fuera. Por ello la capital debía transferirse a Alejandría. Para establecer una relación con la herencia de Alejandro Magno, César había contraido una relación con Cleopatra que era la última heredera de Alejandro. Para tener un sucesor, cuestión primordial en una dinastía hereditaria decide adoptar a Octavio. La teoría de la monarquía extraitálica se debe a SIBER, en ZSS 1935, p. 118 y a CARCOPINO, *Historia*, II, p. 1043. Como un compromiso entre el emperador y el Senado que sometía a todas las provincias al poder de éste.

[10] PLVT. Caesar 41; SVET. Iul. 79.

[11] VAL. MAX. 6, 9, 15: narra un episodio de la juventud de César en la que fue capturado por unos piratas que exigieron un rescate para su liberación y a los que crucificó.

C. autem Caesar, cuius uirtutes aditum sibi in caelum struxerunt, inter primae iuuentae initia priuatus Asiam petens, a maritimis praedonibus circa insulam Pharmacusam exceptus L se talentis redemit. parua igitur summa clarissimum mundi sidus in piratico myoparone rependi fortuna uoluit. quid est ergo quod amplius de ea queramur, si ne consortibus quidem diuinitatis suae parcit? sed caeleste numen se ab iniuria uindicauit: continuo enim captos praedones crucibus adfixit.

de gobierno, aristocracia y democracia, aunque en la primera el *consilium y* en la segunda la *libertas* son elementos justos y positivos del gobierno».

La *libertas* era un derecho de la naturaleza, una categoría moral que estaba en contradicción con la libertad derivada de la obediencia a las leyes. *«Aliae nationes servitutem pati possunt, populi romani est propria libertas».* Cicerón proponía una constitución mixta de carácter fundamentalmente aristocrático pero para poder funcionar correctamente tenía necesidad de un *«gubernator civitatis: bonus et sapiens et peritus utilitatis dignitatisque civilis quasi tutor et procurator reipublicae»*[12].

Salustio, en las *Epistulae ad Caesarum,* escribe al destinatario varios consejos sobre la forma de gobernar al Estado. En el primer escrito lo consejos son de contenido económico-social: el Autor sostiene que la causa de los males que afligen a la República están en la concentración de las riquezas y la incontenible ansia de ganancias. Los remedios que propone son: la limitación y la prohibición de los préstamos usurarios, la extensión de los repartos de trigo o *frumentationes* a los municipios y a las colonias, no como pago del ocio sino como premio a la virtud en la más justa regulación del servicio militar (Ep. 1, 2, 5; 5, 4; 5, 7). En el segundo escrito, con críticas y propuestas de carácter social, critica el estado de los juicios en poder de los senadores, caballeros y tribunos de Erario que eran faciosos que siempre dominaban (Ep. 2, 3, 2 ss). Critica a la plebe, cuya corrupción no la hace idónea para el gobierno de la ciudad; por ello conviene aumentar la concesión de la ciudadanía y los nuevos ciudadanos deben cooperar con los antiguas para la restauración de las costumbres (Ep. 2, 5, 7; 6, 1 ss). Es necesario evitar que los jueces sean elegidos por su riqueza, así como los cónsules y los pretores no deben ser nombrados para la opulencia sino para la dignidad (Ep. 2, 7, 10) La República debe ser reformada en sentido democrático, evitando que en ella prevalezcan las fuerzas de los más ricos. En cuanto al Senado, propone el aumento del número de senadores y el voto secreto (Ep. 2, 11, 3 ss). La vieja constitución podría ser reformada por una transformación del gobierno aristocrático en un gobierno popular de amplia base, con su extensión al menos a los nuevos ciudadanos itálicos[13].

---

[12] Cic. Tusc. Disp. 5, 11, 33; Phil. 4, 1, 1,; 5, 11, 28; de Rep. 1, 35, 54; 6, 24, 26, pro Marc 7, 22; 8, 26; 10, 32. Cfr. F. De Martino, *Storia, op. cit. III,* pp. 141 ss y 190 ss. cita a Lepore, *Il princeps ciceroniano. Vid* G. Crifò*, Su alcuni aspetti della libertas in Roma*, en AG 1958; *La citadinanza tra antico e moderno*, Roma. Bari 2005, 5ª passim.

[13] Sall. *Epistulae ad Caesarem,* Ed. Teubneriana 3ª Appendix Sallustiana, 1950. Se discute la autenticidad de esta obra de Salustio aceptada por la mayoría, De todos modos por su semejanzas con otras obras de Salustio las Epistolas reflejan el pensamiento de este Autor. Cfr. F. De Martino, *Storia,* III pp. 224 ss n.13.

II. LAS MEDIDAS CONTRA LA CRISIS ECONÓMICA

Las guerras civiles y las sublevaciones de los socios itálicos junto con los conflictos causados por los esclavos ponen en grave riesgo a la economía de la República romana, incapaz de reaccionar con los antiguos marcos de gobierno superados por la progresiva extensión de las fronteras que de Urbe se transforma en Imperio. El régimen de la propiedad de los latifundios, basada en el trabajo de los esclavos, y la desaparición de la clase de los campesinos exige nuevos cambios[14]. Resultan sorprendentes las medidas económicas y sociales adoptadas por César, influenciadas por los consejos de pensadores como Salustio, que con las evidentes diferencias en tiempo y lugar resultan en algunos aspectos semejantes a las que hoy se están aplicando.

A) Elevó la cuantía del **Tesoro Público** a 700 millones de sestercios para garantizar la solvencia de la República y para que aumentase el capital con el que los prestamistas y banqueros concedían los créditos a los ciudadanos. Combatió la inflación limitando a 60.000 sestercios el efectivo en monedas de oro y de plata, que acuñó, el efectivo que podía poseer un ciudadano, exigiendo que las ganancias fueran invertidas en propiedades en Italia.

B) En **los impuestos**, César suprimió las elevadas exacciones que imponían los publicanos en Asia y en Sicilia que al adelantar capitales a la República los repercutían sobre los ciudadanos. Ordenó que fueran los gobernadores los que cobrasen impuestos que no excedieran un cierto límite. Generalizó el sistema del *stipendium* y permitió a las ciudades el cobro directo de los impuestos.

C) Préstamos y deudas

Ante las dificultades para el pago de las deudas que sufrían, frente a las amenazas de fe de *argentarii y feneratores* de las que el mismo César se sintió agobiado[15], concedió la remisión de una cuarta parte de la deuda: El año 49 a. C. se aprueba la *Lex Iulia de pecuniis mutuis*.

---

[14] *Vid.* F. DE MARTINO, *Storia III,* pp. 117 ss; M. TALAMANCA y otros, *Lineamenti, op. cit.,* pp. 341 ss. P. GARNSEY y R. SALLER, *El Imperio romano. Economía, Sociedad y Cultura*, ed. Crítica, 1991, *passim.*

[15] Por ser deudor de 20 millones de sestercios los acreedores prohibieron a César salir de Italia y los consiguió por el aval de Craso. Sobre el sistema de los préstamos de ban*queros y feneratores vid.* A. PETRUCCI, *Mensam exercere. Studi sulla empresa finanziaria romana,* Napoli 1991, *passim*; P. CERAMI, A. DI PORTO, A. PETRUCCI, *Diritto Commercale romano,* Torino 2004, *passim*; M. J. GARCÍA GARRIDO, *El comercio, los negocios y las finanzas en el mundo romano,* Madrid 2001, *passim.*

Svet. Div. Iul. 42, 2:

«... de pecuniis mutuis disiecta nouarum tabularum expectatione, quae crebro mouebatur, decreuit tandem, ut debitores creditoribus satis facerent per aestimationem possessionum, quanti quasque ante ciuile bellum comparassent, deducto summae aeris alieni, si quid usurae nomine numeratum aut perscriptum fuisset; qua condicione quarta pars fere crediti deperibat».

Plvt. Caes. 12 (traducción): «*Terminadas tan felizmente las cosas de la guerra, no administró con menor inteligencia las de la paz, reduciendo a concordia las ciudades, y sobre todo allanando las diferencias entre deudores y acreedores: porque ordenó que de las rentas de los deudores percibiese el acreedor dos terceras partes, y de la otra dispusiese el dueño hasta estar satisfecho el préstamo*».

Lex Iulia de bonis cedendis (49 a.C.).

Debido a la crisis crediticia, no se pagaban las deudas, por lo que decidió dar árbitros para tasar las propiedades y bienes, y así poderlas entregar a los acreedores, y consiguió con esto disminuir el temor a una renovación de los registros:

Caes. civ. 3, 1, 2-3:

2. ... cum fides tota Italia esset angustior neque creditae pecuniae soluerentur, constituit, ut arbitri darentur; per eos fierent aestimationes possessionum et rerum, quanti quaeque earum ante bellum fuisset, atque eae creditoribus traderentur. 3. Hoc et ad timorem nouarum tabularum tollendum minuendumque, qui fere bella et ciuiles dissensiones sequi consueuit, et ad debitorum tuendam existimationem esse aptissimum existimauit.

Plvt. Caes. 37: «Una vez que fue elegido dictador por el Senado, restituyó a los desterrados y rehabilitó en sus honores a los hijos de los que habían padecido por las proscripciones de Sila, y para alivio de carga hizo alguna reducción en las usuras a favor de los deudores».

D) Alquileres y desahucios: *Lex Iulia de mercedibus habitationis annuis*

César perdonó a los arrendatarios el pago del alquiler de un año hasta 2.000 sestercios en Roma y 500 en provincias:

Svet. Div. Iul. 8, 2: «*..annuam etiam habitationem Romae usque ad bina milia nummum, in Italia non ultra quingenos sestertios remisit*».

III. MEDIDAS SOCIALES

1) *Frumentaria et circenses*:

Fomentó los frecuentes repartos de trigo que aseguraban un mínimo nivel de subsistencia y los juegos públicos que atraían el favor de la plebe.

Revisó la lista de los inscritos en los repartos, cuyo número había llegado a los 320.000 reduciéndolos a un máximo de 150.000, la mitad de los que antes participaban fijando también para el futuro esta cifra. El procedimiento formaba parte de la *cura morum* que transformó las *frumentationes* en una obra de beneficencia para los más pobres.

2) *Lex Iulia sumptuaria*:

Imponía límites al lujo en los banquetes, en los indumentos y, en general en el tenor de vida para conseguir una moderación en los excesos de los aristócratas y gobernantes[16]. También se prohibía a los ciudadanos que tuvieran entre veinte y cuarenta años el estar ausentes de Italia un periodo de tiempo superior a los tres años. Además de las finalidades demográficas y económicas se perseguía el aumentar la población de libres en las ciudades itálicas[17]. A los hijos de los senadores se les prohibía salir de Italia si no era para acompañar a un magistrado[18].

3) Reforma agraria:

Las leyes *agraria* y *de re pecuaria* ratificaron las leyes contra la extensión de los latifundios y el trabajo de esclavos, estableciendo que al menos un tercio de los pastores debían ser libres.

Fomentó el asentamiento en el *ager publicus* de muchos miles de familias, especialmente en Campania, y junto a los veteranos en numerosas colonias en África, Oriente, las Galias e Hispania.

César dispuso la adquisición en el mercado de parte de las tierras que debían distribuirse. En la asignación de las tierras no solo tuvo en cuenta a los veteranos. En su proyecto de repoblar las tierras abandonadas incluyó a la plebe ciudadana. Más de 80.000 ciudadanos procedentes de las varias regiones itálicas fueron asentados en las tierras conquistadas y en las colonias. Disponía que los lotes asigna-

---

[16] SVET. Div Iul. 43, 2-3; CIC. Att. 13, 7, 1; fam. 7, 26, 2; 9, 15, 5; Marc. 8, 23.

[17] SVET. Div. Iul. 42, 1.

[18] SVET. *loc. cit.*

dos no podían venderse, y establecía una prioridad a favor de los padres de familia que tuvieran al menos tres hijos.

4) Ordenación territorial:

César dio un definitivo impulso a la ordenación y unificación legislativa de las provincias y municipios. Después de la extensión de la ciudadanía a la Galia Cisalpina y el encuadramiento de los provinciales en las 35 tribus, eran necesarios nuevos pasos para integrar a los provinciales en los nuevos órganos constitucionales superando el modelo de la antigua Ciudad-Estado. Ante todo, era necesario difundir el espíritu de la romanidad entre los provinciales. A ello contribuyó la tesis de Cicerón sobre las dos ciudadanías: dos eran las patrias: una la natural de origen, otra la ciudadanía de derecho: *Ego mehercule et illi et omnibus municipibus duas esse censeo patrias unam naturae alteram civitatis*[19].

Las reformas de César, más que en el régimen de las provincias, que siguen sometidas a las organizadas expoliaciones de prefectos y gobernadores[20], fueron decisivas las realizadas en la organización y régimen de los municipios. Las antiguas magistraturas de los cuestores y ediles son sustituidas por los *quatuorvirii* y *dueviri*.

En los primeros, dos eran *iure dicundo*, con poderes juridiccionales, mientras que los dos segundos eran *aediliciae potestate*, con competencias de policía, vigilancia y ordenación urbanística. La creación de los *duoviri* se atribuyó a César junto a las competencias de las magistraturas ciudadanas que quiso imitar la dualidad y colegialidad de las antiguas magistraturas.

La *lex Iulia municipalis* que considera el ordenamiento de César sobre el régimen municipal, y cuyo contenido se ignora, motiva muchas pólemicas y conjeturas. Se discute si se trataba de una ley general para la organización de los municipios y si la *Tabula Heraclensis* fue un fragmento de esa ley. Savigny sostuvo que después de la extensión de la ciudadanía a la Galia Cisalpina la *Lex*

---

[19] Cic. De leg. 2, 2, 5. F. De Martino, *Storia III,* p. 340, afirma que en términos jurídicos la relación del ciudadano con el Estado era establecido no solo por la pertenencia a la ciudadanía romana,que era la misma para todos, sino también por el vínculo con el municipio que se determinaba por medio del origen. *Vid.* G. Crifó, *La Citadinanza, op. cit. passim.*

[20] Famoso es el relato de Cic. Att. 6, 1, 4 ss, sobre los abusos de Junio Bruto en los préstamos a Salamina, en la isla de Chipre, en la que el mismo Cicerón nombrado Próconsul desempeñó un injusto proceder. *Vid.* M. J. García Garrido, *El comercio, op. cit.,* pp.95 ss.; L. Peppe, *Cilicia e Cipro in età reppublicana. Note in margine al pretito ai Salamini di Cipro del 56 a. C.* en *Ivris Vincula, Studi in onore di M. Talamanca,* Napoli 2001, p. 239.

Plvt. Pomp. 45, 4 escribe sobre las grandes riquezas que Pompeo obtuvo de los provinciales, y lo mismo se dice de César.

Iulia habría permitido a las ciudades recibir de los comisarios romanos leyes para su constitución[21].

Se discute también sobre el significado de *municipium fundanum.* En la última parte de la tabla de Heraclea se ordena que el comisario que había obtenido por ley o plebiscito la autorización para *leges dare* a un *municipium fundanum* pueda introducir agregaciones o enmiendas en el término de un año desde la emanación de la ley. Las interpretaciones varían desde *fundum fieri,* es decir, la concesión de la ciudadanía por la aceptación de someterse a las leyes romanas, a f*undus* en el sentido de territorio asignado en propiedad privada mediante la distribución de tierras públicas[22].

En cuanto a las competencias de los magistrados municipales solo tenían las de los procesos ordinarios pero no las relacionadas con el *imperium* como eran las *restitutiones in integrum, interdicta, missiones, etc.* En materia penal, tendrían potestad para sancionar los delitos relacionados con la policía y cuidado del orden público. En materia civil, no podían ocuparse asuntos que excedieran de determinadas cantidades; en algunas leyes se fijan las cuantías en 15.000 sestercios, que en leyes posteriores se reducen a 5.000 o incluso a 1.000 sestercios. Como cláusula general se incluía la ficción de que los procesos debían tramitarse como se hacía en Roma ante el tribunal del pretor urbano y el uso de términos de equiparación [23].

5) *Lex Coloniae Genetivae Iuliae seu Ursonensis*:

La colonia de Urso se fundó por César después de la destrución de la antigua ciudad de Andalucía que luchó al lado de Pompeyo. Si la fundación se atribuye a César (Capítulo 106: *iusssu Caii Caesaris dictatoris deducta est*), fue Marco Antonio el que promulgó la ley en el año 44 a. C. El proyecto de César de una *lex data* para una colonia de veteranos romanos puede situarse en el proyecto más general de una codificación general del derecho civil que le llevaba su formación helenística[24]. Conforme a los numerosos estudios sobre esta ley pueden señalarse en ella tres estratos: redacción cesariana, cambios en la publicación por Marco

---

[21] SAVIGNY, *Vermischte Schriften III, p. 279;* MOMMSEN, *Schriften I, p. 152,* identificó la *lex Iulia* con una inscripción de municipio de Padua. Sobre las diversas opiniones *vid.* F. DE MARTINO, *Storia III,* pp.352 ss.

[22] Sobre las diversas teorías de Savigny y Rudolph, *vid.* F. DE MARTINO, *op. cit.,* pp.355 ss. que acepta el significado de *fundus fieri* como aceptación de la ciudadanía.

[23] Las equiparaciones y las ficciones se mantienen desde las primeras leyes municipales hasta las de la época imperial, como la *lex Irnitana.*

[24] *Vid. infra Caesar orator.*

Antonio e inscripción de los bronces en época flavia (último tercio del siglo I d. C.). Según Alvaro D´Ors es un proyecto inacabado y prematuramente promulgado que está salpicado de frases interpoladas[25].

Los capítulos que se conservan se refieren a la jurisdicción, a los *apparitores* de los magistrados, al sacerdocio, al urbanismo, a los acueductos, a los tributos y a los ilícitos más importantes. En cuanto al procedimiento, trata de reglas pertenecientes al antiguo proceso *per legis actiones,* como es la *manus iniectio,* si bien en una ejecución moderada mediante la redención de la deuda por trabajos del condenado para el ejecutante y la posible intervención de un *vindex*[26].

IV. *CAESAR ORATOR*

Los biográfos Plutarco, Suetonio y Valerio Máximo alaban la elocuencia de César en sus defensas. La primera actuación forense de César con 23 años tuvo lugar en el juicio a Dolabela:

Plvt. 4 (traducción): Vuelto a Roma, puso en juicio a Dolabela por vejaciones ejecutadas en la provincia, acerca de las que dieron testimonio muchas ciudades de la Grecia; con todo, Dolabela fue absuelto, y César, para mostrar su agradecimiento a aquella nación, tomó su defensa en la causa que sobre soborno seguía contra Publio Antonio ante Marco Luculo, pretor de la Macedonia, en la que estrechó tanto a Antonio, que tuvo que apelar ante los tribunos de la plebe, pretextando que en la Grecia no contendía con Griegos con igual derecho. En Roma fue grande el favor y aplauso que se granjeó por su elocuencia en las defensas, y grande el amor del pueblo por su afabilidad y dulzura en el trato, mostrándose condescendiente fuera de lo que exigía su edad.

Val. Max. 8, 9, 3:

«Diuus quoque Iulius, quam caelestis numinis tam etiam humani ingenii perfectissimum columen, uim facundiae proprie expressit dicendo in accusatione Cn. Dolabellae,

[25] Cfr. A. d´Ors, *Epigrafia jurídica de la España romana,* Madrid 1953, pp. 170 ss, que cita a Gradenwitz que estudió las interpolaciones distinguiendo las contaminaciones procedentes de la utilización de distintos modelos, escisiones y glosas reformadoras y declarativas. Esta ley utiliza un lenguaje arcaizante que recuerda el estilo de las XII Tablas. Participa también de la redacción pedante y meticulosa de las leyes posteriores que con los numerosos pleonasmos y repeticiones pretende limitar el campo de la interpretación jurídica. *Vid.* J. Mangas y M. García Garrido. *La Lex Ursonensis: estudio y edición crítica,* en *Studia Histórica, Historia antigua,* Ediciones de la Univ. De Salamanca. UNED 1997.

[26] *Vid.* A. d´Ors, *Epigrafia juridica op. cit.,* pp. 174 ss.

quem reum egit, extorqueri sibi causam optimam L. Cottae patrocinio, si quidem maxima tunc <eloquentia de ui> eloquentiae questa est. cuius facta mentione, quoniam domesticum nullum maius adiecerim exemplum, peregrinandum est».

«El Divino Julio, que es la mayor gloria de los cielos, después de haberlo sido también del ingenio humano, definió con lacónica propiedad la fuerza de la elocuencia cuando acusaba a Cneo Dolabela con estas palabras: El patrocinio de Lucio Cota me arranca de las manos la mejor de las causas. Fue precisamente de la boca mas elocuente de donde salió esta queja contra la elocuencia»[27].

SVET. 12: … calmada la sedición civil, acusó de conclusión a Cornelio Dolabela, que fue absuelto…

«Ceterum composita seditione ciuili Cornelium Dolabellam consularem et triumphalem repetundarum postulauit; absolutoque Rhodum secedere statuit…».

Este biógrafo lo considera uno de los principales abogados por su acusación a Dolabela.

La causa de Cayo Rabirio. Sobornó a un hombre (tribuno de la plebe Tito Atio Labiano) para acusar de alta traición a Cayo Rabirio, él fue designado juez y lo condenó pero se hizo apelación al pueblo por la imparcialidad de dicho juez:

«Subornauit etiam qui Gaio Rabirio perduellionis diem diceret, quo praecipuo adiutore aliquot ante annos Luci Saturnini seditiosum tribunatum senatus coercuerat, ac sorte iudex in reum ductus tam cupide condemnauit, ut ad populum prouocanti nihil aeque ac iudicis acerbitas profuerit».

Dion Casio nos dice que se discutió sobre la acción judiciaria. Que fueron jueces César y su primo Lucio César, porque en este juicio se trataba no de una simple acción criminal, sino de perduellio: ellos lo condenaron aunque no habían sido elegidos jueces por el pueblo (*iniussu populi*), como era la costumbre, sino por el pretor, que no tenía derecho a ello. El pueblo no tuvo la oportunidad de votar.

VAL. MAX. 5, 3, 3, escribe sobre la causa que César defendió de Sextilio y de la ingratitud de éste:

«*¿En que torrente impetuoso de palabras no merece ser sumergida la cabeza de Sextilio? Habiendo sido este acusado de un crimen capital fue defendido por Cayo César con tanto inte-*

[27] Traducción de F. MARTÍN ACERA, *Hechos y dichos memorables,* Madrid 1988, p. 456.

rés como eficacia. Pero cuando César huyendo de las proscripciones de Cina se vio obligado a buscar asilo en la finca de Tarquinio... y la protección de Sextilio, éste no sintió el menor horror de apartarlo de la sagrada hospitalidad de su mesa ni en entregarlo para que lo matara al inmisericorde vencedor»[28].

Como legislador en materia penal en aplicación de la *Lex Pompeia de parricidiis,* del año 55 a. C. César se refiere a esta ley, que en su opinión era injusta, ya que los ricos cuando cometían un parricidio solamente eran desterrados, por lo que él propone la confiscación de todos sus bienes y contra los demás crímenes la mitad.

SVET. 42, 3 escribe:

«... poenas facinorum auxit; et cum locupletes eo facilius scelere se obligarent, quod integris patrimoniis exulabant, parricidas, ut Cicero scribit, bonis omnibus, reliquos dimidia parte multauit».

Por último, según escribe Suetonio, el objetivo de César era reducir el derecho civil y condensar en pocos libros las numerosas leyes que se hallaban dispersas:

44, 2: *«ius ciuile ad certum modum redigere atque ex immensa diffusaque legum copia optima quaeque et necessaria in paucissimos conferre libros».*

Este objetivo de sistematizar el derecho civil coincide con el ideario de Cicerón en *de oratore:*

El Derecho carecía de un sistema y por ello *ista cognitio iuris magna atque difficilis* y el orador promete que él mismo hará una sistemática: *ius civile, quod nunc diffusum et dissipatum esset in certa genera coactarum et ad artem facilem redactarum* (2, 142; 190) ya que los juristas *saepe quod positum est in una cognitione id in infinita dispertiuntur* (*leg.* 2, 47[29]*).*

El mismo César justifica su extraordinaria dedicación en una corta vida de 44 años, cuando escribe al tribuno Metelo: «Uno era el tiempo de las armas y otro el de las leyes».

[28] Traducción cit. p, 301.

[29] *Vid,* F. REINOSO, *La autonomía de la jurisprudencia romana frente al pensamiento filosófico griego, Estudios en homenaje al profesor Juan Iglesias 2,* 1988, pp. 1021-1040.

POLÍTICA BELICISTA DE CÉSAR EN HISPANIA

Javier CABRERO y Pilar FERNÁNDEZ URIEL
Universidad Nacional de Educación a Distancia
pfuriel@yahoo.es

RESUMEN

Tras un análisis introductorio de Hispania en el momento histórico, se contempla la llegada de Julio César a la península y la política desarrollada durante su cuestura, pretura y el periodo intermedio entre ambas magistraturas. En su política belicista se realiza un profundo examen de la Campaña del noroeste (61-60 a. C.) su desarrollo, problemática y su notable importancia en las aspiraciones de Cesar al consulado.

Palabras Clave: Julio César. Hispania. Magistratura. Campaña militar. Política.

Warlike Policy of Caesar in Hispania

ABSTRACT

After an introduction of Hispania at the historical moment, is contemplated to the arrival of Julius Caesar to the peninsula and the policy developed during its mandate come quaestor, praetor and the intermediate period between both magistratures. In its warmongering policy a deep examination of the Campaign is made of the northwest (61-60 a. C.) its development, problematic and its remarkable importance in the aspirations of stopping to the consulate.

Key words: Julius Caesar. Hispania. Magistrature. Military. Political campaign.

* * *

1. INTRODUCCIÓN: HISPANIA Y ROMA

La península Ibérica era concebida como un lugar de magia y de misterio a través de los escritores griegos de los siglos IV y V a. C[1]. Probablemente este fue

[1] Sobre la imagen de Hispania en la Antigüedad *vid*. J. CABRERO, «La visión de Hispania en las fuentes clásicas», en J. Andreu, I. Roda y J. Cabrero (eds.); *Hispania Provincia Romana. Hispania en las Provincias Occidentales del Imperio*, Tarragona, 2009, pp. 17-28. F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN *et alii*, *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Madrid 1995; E. TORREGAY,

el primer percepción que recibió la Roma Republicana. No en vano para el propio Homero eran los Campos Elíseos (Od. 4, 563-568), el confín del mundo, el hábitat de Gerión para Estesícoro[2] y para Hesíodo[3] entre otros.

Aunque estas narraciones tienen el trasfondo de la leyenda, sin duda, la península era concebida como un lugar lejano, caracterizado por sus riquezas y vinculado con la más antigua navegación del Mediterráneo, especialmente en el entorno del Círculo del Estrecho de Gibraltar. Sin embargo, no fueron ninguno de estos motivos los que les llevó al Senado romano a poner su atención en Hispania, sino la presencia de los cartagineses, que habían logrado recuperarse del colapso sufrido, tras el final de la primera guerra púnica, en apenas 20 años de intensa actividad política, militar y económica, en los que la península Ibérica fue su principal fuente de recursos. Tras la intervención de Roma, y una vez expulsados los cartagineses de la península, procedieron a administrar y explotar dividiendo el territorio el año 197 a. C., en dos provincias encomendadas a pretores: Helvio para *Hispania Citerior* y C. Sempronio Tuditano para la *Hispania Ulterior*[4], situándose el límite de ambas cerca de Cartagena. Fueron las primeras provincias creadas por Roma fuera del área de influencia de la península italiana. Augusto en el 27 a. C. dividió la Ulterior en dos nuevas provincias Lusitania, Bética y llamó Tarraconense a la Citerior.

La investigación histórico-arqueológica de los últimos años ha puesto de relieve con cierta claridad las modalidades, los tiempos y los procesos de romanización y de intervención de estas provincias en la política y la vida de Roma. En este contexto, Iberia adquiere un valor particular como comentaron E. Galsterer y más recientemente Torelli[5]. No en vano, limitándonos al periodo republicano, la primera colonia latina conocida fuera de Italia fue Carteia (*Colonia Libertinorum Carteia*), estatuto que le fue concedido en el año 171 a. C., cuando

---

«Construcción cristalográfica y proyección iconográfica de la representación política de la Hispania Romana», en J. M. Candau *et alii* (eds.); *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Málaga 2004, pp. 297-328.

[2] G. Cruz Andreotti, «Estesícoro y Tartessos», *Habis*, 22, 1991, pp. 49-62; G. Page, «The Gerioneïs», *Journal of Hellenistic Studies*, 93, 1973, pp. 138-154; J. M. Blázquez, «Gerión y otros mitos griegos de Occidente», *Gerión*, 1, 1983, pp 323-348.

[3] Hesíodo, Teogonía, 287 ss.

[4] Liv. 18, 28, 2 y 11. T. R. S. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic, Volume I 509 B.C.-100 B.C.*, Nueva York 1951, p. 333.

[5] C. H. Galsterer, *Untersuchungen zum römischen Stätewessen auf der iberichen Halbinsel*, Berlín 1971. M. Torelli, «Osservazione conclusie sulla situazione in Lazio, Umbria ed Etruria », *Societé romane e produzione schiavistica*, Roma 1981, pp. 421-426.

unos 4.000 hombres, hijos de soldados romanos e hispanas, pidieron que se reconociera su situación jurídica[6]; igualmente, para el ámbito extraitálico, Gades se convirtió en uno de los primeros municipios romanos[7]; el primer senador de origen no itálico fue un hispano, Quinto Vario Severo, (tribuno de la plebe en el año 90 a. C). El primer cónsul de Roma no itálico fue L. Cornelio Balbo, en el 40 a. C.

2. CONTEXTO HISTÓRICO

Hispania un centro de atención en la política romana

A partir del siglo el siglo I a. C. Hispania fue protagonista de buena parte de los conflictos internos de Roma. La guerra civil entre Mario y Sila, optimates y populares, tendrá su episodio bélico en el norte peninsular con la rebelión de Sertorio, en el que hispanos intervinieron en uno y otro bando y tuvieron un papel determinante (FLORO Epit. 3, 22). Este gobernador de la Citerior, proscrito de Sila, concibió su proyecto de oposición al dictador que pudo realizar hasta que Cneo Pompeyo entró en la península y le derrotó, terminando este intento secesionista en el año 72 a. C. Al lado de Pompeyo luchó la Turma Salluitana a la que Cn. Pompeyo recuerda su valiosa colaboración en el Bronce de Ascoli[8]: *Cn. Pompeius Sex. f. imperator virtutis causssa équites Hispanos ceives romanos fecit in castreis apud Ausculum*[9].

Siempre se ha dicho que esta participación en las guerras civiles de Roma supuso un paso definitivo en la integración de las élites indígenas en el sistema de

---

[6] Conocemos este episodio por LIV. 43, 3: *Et alia noui generis hominum ex Hispania legatio uenit. Ex militibus Romanis et ex Hispanis mulieribus, cum quibus conubium non esset, natos se memorantes, supra quattuor milia hominum, orabant, ut sibi oppidum, in quo habitarent, daretur. Senatus decreuit, uti nomina sua apud L. Canuleium profiterentur eorumque, si quos manumisissent; eos Carteiam ad Oceanum deduci placere; qui Carteiensium domi manere uellent, potestatem fieri, uti numero colonorum essent, agro adsignato. Latinam eam coloniam esse libertinorumque appellari.* Sobre el *ius latii* y sus carácterísticas: J. GONZÁLEZ, «La naturaleza del *ius latii* y la municipalización», *Mainake* 2001, pp. 121-137.

[7] W. SESTON, «Gades et l'Empire romain», *Cuadernos de Historia*, 11, 1968, pp. 1-13; J. F. RODRÍGUEZ NEILA, *Los Balbos de Cádiz*, Sevilla 1973; G. CHIC, «Gades y la desembocadura del Guadalquivir», *Gades*, 3, 1979, pp. 7-23; J. F. RODRÍGUEZ NEILA, *El municipio romano de Gades*, Cádiz 1980.

[8] C.I.L. I.2, 709 = C.I.L. VI, 37045.

[9] L. AMELA VALVERDE: «La Turma Salluitana y su relación con la clientela pompeyana», *Veleia*: *Revista de prehistoria, historia antigua, arqueología y filología clásica,* 17, 2000, págs. 79-92; J.M. ROLDÁN, «El Bronce de Ascoli en su contexto histórico», G. Fatas (ed.), *Epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza 1986, pp. 115-135; J.M. ROLDÁN: «La Turma Salluitana. Caballería Hispana al servicio de Roma», *Historia 16*, 110, pp. 51-60.

clientelas romano[10] al pasar de una guerra de resistencia a la integración en la cultura y las formas de administración y de vida romanas[11].

En realidad, durante los años que median hasta la guerra civil, las noticias sobre Hispania son muy esporádicas, y más aún en la provincia Ulterior, incluso en el intervalo de la pretura de César en esta provincia durante el año 61 a. C.

Las operaciones militares que se infieren de las escuetas reseñas contenidas en las *Actae triumphalia* permiten suponer un interés bélico centrado en estas regiones periféricas lindantes al oeste con el territorio provincial. El ámbito de conflicto hay que situarlo en el territorio extendido entre el Tajo y la sierra de Gata hasta el Duero, por tierras de Beira-Alta, Salamanca y norte de Cáceres, escasamente urbanizadas y habitadas por tribus lusitanas al oeste, en la intrincada orografía de la sierra de la Estrella, y por vetones al oriente. En la Citerior, las luchas se concentrarían en la submeseta septentrional, al norte del Duero y al oeste del Pisuerga, en territorio vacceo, cuyos centros más importantes lo constituían las ciudades de Clunia y Pallantia. Más al norte de esta zona comenzaba el territorio de astures y cántabros, al margen del ámbito de intereses provincial, que sólo al final de la República entraría en contacto directo con Roma[12].

La península contaba con un alto valor estratégico por varias razones: la longitud de sus costas, el magnífico refugio que tradicionalmente ofrecían las islas Baleares, la importancia del Estrecho de Gibraltar en las rutas marítimas y también quizá la todavía no muy lejana alianza firmada por Sertorio con grupos de piratas. Por ello, Pompeyo se preocupó de asegurar con naves y guarniciones esta faja costera, confiando su defensa a dos de sus quince legados: Tiberio Nerón, en la zona del estrecho, y Manlio Torquato, en la costa levantina, frente al archipiélago balear.

Tras la marcha de Pompeyo, desconocemos los nombres de los personajes que, según el sistema constitucional, fueron encargados del gobierno de las provincias hispanas en el año 71 a. C. Schülten piensa que probablemente continuó

---

[10] Un caso muy significativo es el de las clientelas creadas por Pompeyo en Hispania cuando vino a reprimir la actuación de Sertorio. A este respecto vid. L. Amela Valverde, *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona 2002.

[11] J. M. Roldán, y F. Wulff, *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid 2001; M. Salinas De Frías, *El gobierno de las provincias Hispanas durante la República Romana (218-27 a. C.)*, Salamanca 1995; *Id.*, *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca 1986.

[12] M. Salinas De Frias, *op. cit.*

Afranio, el legado de Pompeyo, que había sometido Calagurris, si tenemos en cuenta su triunfo en Hispania, que recogen las actas triunfales. Si sabemos que un año más tarde fue procónsul M. Pupio Pisón Calpurniano, también alcanzó el triunfo por sus victorias en Hispania, pero no sabemos cuál de las dos provincias estuvo bajo su gobierno, aunque es probable que se tratara de la Ulterior. En ese caso, el enemigo serían una vez más las tribus lusitanas, cuyas continuas incursiones seguían manteniendo un clima de inseguridad en la frontera noroeste de la provincia.

También conocemos el nombre de su cuestor: L. Valerio Flaco, a las órdenes de este procónsul, acusado de concusión, en cuyo proceso testificó en su contra Cornelio Balbo, que poco antes había recibido la ciudadanía de manos de Pompeyo. Sin duda, el abuso en el desempeño de sus funciones en la administración provincial impulsó a que se levantaran voces contra su gestión, alguna de ellas, como la de Balbo, lo suficientemente influyente para que el escándalo trascendiera hasta llegar a la propia Roma[13].

Un dato también a tener en cuente fue el envío de Cneo Calpurnio Pisón como *quaestor pro praetore* a la *Hispania Citerior* en el año 65 a. C. Pisón había participado en la primera conjuración de Catilina como uno de sus más fervientes

[13] Lucio Cornelio Balbo, nació en Gades, posiblemente en el año 97 antes de Cristo, miembro de una poderosa familia gaditana (en su apellido Balbo, muchos quieren ver la raíz Baal, y por lo tanto, un origen fenicio) se había caracterizado por su gran apoyo a la administración romana, hasta el punto de que Lucio Cornelio había recibido la ciudadanía romana como recompensa. Durante la guerra sertoriana (80-71 a. C.), Gades y con ella Balbo, se puso al lado de la legalidad vigente de Metelo frente a la oposición de Sertorio. Cuando Pompeyo se hace cargo del ejército republicano en el año 76, Balbo se une a él, y poco después obtiene la ciudadanía romana extensible a toda su familia gracias a la *Lex Gellia Cornelia*, (72 a. C.), tomando Balbo el gentilicio romano de Cornelio, siendo admitido entonces en la Orden Ecuestre, donde se reunían los miembros más poderosos de la sociedad romana. Balbo contribuyó al acuerdo que facilitó el triunvirato entre César, Pompeyo y Craso. En esta época conoció a Cicerón, y el historiador Teófanes de Mitilene, protegido de Pompeyo. En el 59 marcha junto a César a su campaña de las Galias siendo su enlace con Roma adonde viajaba continuamente para mantener informado a César de los acontecimientos políticos en la capital. Estos años de trabajo duro, de financiar con su fortuna las campañas romanas, y de creación de un auténtico servicio secreto al servicio de Julio César, le proporcionaron un papel fundamental en la política romana del momento. Balbo fue uno de los artífices del pacto entre Pompeyo y César en el año 56 a. C. (Pacto de Lucca), tanto poder le acarrea problemas con los enemigos de César que le acusan de usurpar la ciudadanía romana abriéndose un proceso en el que fue defendido por Cicerón con su famoso discurso *Pro Balbo*, tras ser absuelto las relaciones entre César y Pompeyo se deterioraron hasta desembocar en la guerra entre ellos. Derrotados los pompeyanos en Munda (45 a. C.) César por mediación de Balbo otorgó la ciudadanía romana a todos los gaditanos, y aparece en la historia su sobrino Balbo el Menor, también llamado Lucio Cornelio, que se distinguió en el ejército romano. Ese mismo año murió Quinto Cecilio Metelo Pío, Pontifex Maximus designado durante la dictadura de Sila, y, en las elecciones celebradas con objeto de sustituirle, venció César. *Cfr.*: F.J. RODRÍGEZ NEILA, *Los Balbos de Cadiz. Dos españoles en la Roma de Cesar y Augusto*, Sevilla 1973; E. JULLIEN, *De L. Cornelio Balbo Majore*, 1886.

partidarios. Fracasado el complot, fue enviado con el pretexto de una legación extraordinaria y en el camino fue asesinado por unos jinetes hispanos que formaban parte de sus tropas. En Roma se corrió el rumor de que estos jinetes eran clientes de Pompeyo y actuaban con el conocimiento y quizá la iniciativa de su patrono. El envío de Pisón parece que se debía al intento por parte de los conjurados de ganar la provincia para su causa y levantada para hacer más vasta la conspiración. Salustio añade que muchos senadores veían con agrado el envío de este personaje como instrumento adecuado para contrarrestar el poderío de Pompeyo, que comenzaba a suscitar recelos, y en el decreto senatorial que le proporcionó el encargo tuvo un peso considerable la influencia del poderoso Craso, enemigo de Pompeyo.

Al año siguiente, un nuevo intento de sublevar la Península, esta vez desde la *Hispania Ulterior*, fue llevado a cabo por otro partidario de Catilina, el gobernador P. Sitio Nucerino, no sabemos con qué alcance[14].

Estos datos nos permiten conocer cómo la lucha política romana tenía en las provincias importantes repercusiones y también cómo adquirieron un papel indiscutible en la estrategia de la lucha. Que Hispania fuera uno de los fundamentales puntos de interés no debe extrañar, si se tiene en cuenta la inagotable reserva de recursos materiales que podía ofrecer y el creciente peso en número e influencia de los que podríamos denominar «Hispanienses», es decir, no indígenas sino habitantes romano-itálicos establecidos en Hispania, con un considerable aumento de su población fomentaría el deseo de contacto, tanto por razones sentimentales —revivir en sus nuevos domicilios las costumbres de su patria—. Como formas de vida, la defensa de sus intereses y la protección legal de sus propiedades. En estos contactos progresivamente regularizados se originarían los llamados *conventus civium Romanorum*, que encontramos frecuentemente citados en las fuentes de época republicana tardía. Estos colonos, en su mayoría veterana, procedente de Italia y enraizada en las provincias hispanas, sin duda constituían un importante objetivo de atracción para cualquiera de las opciones políticas que intentara fortalecer su poder. Fueron partícipes tanto

[14] J. J. Segui Marco, «La trama hispana de la Primera Conjuración de Catilina», *Gerión*, 19, 2001, pp. 391-423;Ver también, H. Frisch, «The first catilinarian conspiracy. A study in historical conjecture», *Classica et Mediaevalia* 9, 1948, pp. 10-36; L. Havas, «Pompée et la premiêre conjuration de Catilina», *Acta Classica Universitatis Scientiarium Debreceniensis* 3, 1967, pp. 43-53; *id.*, «Crassus et la première conjuration de Catilina. Les relations de Cicéron et de Crassus», *Acta Classica Universitatis Scientiarium Debreceniensis* 6, 1970, pp. 35-36; S. Rodríguez Brasa, «¿Hubo una o dos conjuraciones de Catilina?», *Humanidades* 7, 1955, pp. 269-291.

colonos agrícolas como hombres de negocios que formaban reuniones para una acción concertada en defensa de sus intereses, que en época de guerra podía ser de gran provecho para la política romana. Dicha relación, a través de la *amicitia* y la clientela aunque trasmitida en datos, muy breves y accidentales, permiten entreabrir otro panorama, más allá de los acontecimientos bélicos, y en cierto modo, comienzan a explicar el posterior protagonismo de las provincias de Hispania en la guerra civil[15].

Pompeyo fue sin duda pionero en extender su clientela y su influencia en la Península. Su éxito fue quizá una apertura para que otros políticos intentaran probar suerte en ella, atrayendo a su bando a los ciudadanos provinciales e indígenas en las complicadas intrigas de grupos y camarillas que, invocando programas populares, concesiones a las elites locales, hicieron partícipes a estas provincias en la lucha política romana en las décadas centrales del siglo I a. C.[16]

3. CÉSAR EN HISPANIA

En este contexto, debemos insertar la presencia de César en la Península, primero como cuestor y luego como gobernador de la provincia Ulterior. Su relación intermitente con Hispania a lo largo de un cuarto de siglo y las trascendentales consecuencias de esta relación para la historia peninsular exigirían detenerse en su personalidad, en sus lazos familiares y en la trayectoria política que lo llevó a convertirse en el representante más conspicuo de la tendencia popular.

Con demasiada frecuencia, cuando se intentan glosar los comienzos de la carrera de una personalidad tan gigantesca como la de César, se tiende a ver una predestinación, que conduce armoniosamente *in crescendo* hasta el clímax final de la dictadura y ello ocurre, en parte, porque César ha sido con demasiada frecuencia impuesto sobre la propia Historia, bajo la impresión de que es él quien

---

[15] C. González Román: «*Deditici* y clientes en el área Ibérica de la Hispania Republicana con anterioridad a las guerras civiles», *Esclavos y semilibres en la Antigüedad clásica*, Madrid 1990, pp. 187-205; E. Pitillas Salañer, «Jefaturas indígenas en el marco de la conquista roana en Hispania y Galia», *HAnt*, 21, 1997, pp 69-92; J. F. Rodriguez Neila, «*Hispani Principes*. Algunas reflexiones sobre los grupos dirigentes de la Hispania prerromana», *Cuadernos de Arqueologia de la Universidad de Navarra*, 6, 1998, pp. 99-137.

[16] L. Amela Valverde, «La clientela de Cneo Pompeyo Magno en Hispania», *Historia* 16, 297, 2001, pp. 64-73; *Id*. «Cneo Pompeyo 'Magno' el defensor de la República», *Historia 16*, 310, 2002, pp. 88-98; *Id*., «El desarrollo de la clientela pompeyana en Hispania», *Studia historica. Historia antigua*, 7, 1989, pp. 105-118.

dirige su curso, en lugar de ser considerado como un elemento más, aunque trascendental, en el contexto de la tardía República[17].

De hecho, los comienzos públicos de César, poco conocidos, no se diferencian del resto de la *Nobilitas* de su tiempo, y, por supuesto, nada presentan de extraordinario. César pertenece a la generación que vio la luz en la transición del siglo II al I a. C. es contemporáneo, pues, de Pompeyo, Cicerón, Catilina y Craso, y, como ellos, crece en la turbia época de las convulsiones la última crisis republicana, en la que parecen derrumbarse muchos de los presupuestos fundamentales que habían constituido ancestralmente los pilares del Estado y del orden constitucional[18].

César comenzó a destacarse con firmeza del resto de los políticos oportunistas a la sombra de las grandes personalidades Precisamente sería Pompeyo, cuyas victorias y prestigio obraban como un poderoso imán en la atracción de otros políticos dentro de su órbita, el objetivo elegido por el joven político como trampolín para futuras promociones, aunque con las reservas de una ambición que le impide resignarse al simple papel de comparsa y su lucha por lograr hacerse un hueco en la política romana[19].

No debemos olvidar, que las fuentes sobre César en Hispania tienen un enfoque variado: Cicerón, Tito Livio y Plutarco se muestran partidarios del mismo; Apiano, basándose en Asinio Polión y Suetonio es más crítico. La descripción más objetiva y completa se la debemos a Dión Casio.

Las fuentes nunca han sido imparciales con César, menos aún por el hecho de que nuestra principal fuente de información son sus propios escritos, si bien teñidos con una gran maestría, de parcialidad.

[17] Sobre César y su personalidad y obra hay una inmensa bibliografía. Ver entre otros: L. Canfora, *Caesar, Il dittatore democrático*, Roma 1991; J. Carcopino, *Julio César*, Madrid 1974; J. Cabrero, *Julio Cesar. El hombre y su época*, Madrid 2004, Y. Le Bohec, *Cesar chef de guerre. Cesar stratégue et tacticien*, París 2001; I. Yavetz *Caesar and his public image*, 1983; P. Grimal, *Rome devant Cesar*, Paris 1967; A. Goldsworthy, *César,* Madrid 2007.

[18] E. S. Gruen, *The last Generation of the Roman Republica*, Londres 1974 ; L. Ross-Taylor, *La politique et les partis à Rome au temps de César*, Paris 1977; S. L. Utchenko, *Cicerón y su tiempo*, Madrid 1978; L. R. Taylor, *Party politics in the age of Caesar*, Berkeley-Los Ángeles 1949; J. R. Hawthorn, C. Macdonald, *Roman politics 80-44 B. C.,* Londres 1960; C. Meier, *Res publica amissa. Eine Studie zu Verfassung und Geschichte der späten romischen Republik*, Wiesbaden 1966; F. Pina Polo, *Marco Tulio Cicerón*, Barcelona 2005.

[19] J. Leach, *Pompey the Great*, Londres 1976; R. Seager, *Pompey, a political Bibography*, Oxford 1979; M. Gelzern, *Pompeius: lelensbild eines römers*. Stugart 1984; J. Van Ooteghem, *Pompée le Grand, bâtisseur d'Empire*, Bruselas 1954; P. Greenhalgh, *Pompey, the roman Alexander*, Londres 1980; Id., *Pompey, the republican prince*, Londres 1981; Más recientemente H. L. Fernoux, «L'image de Pompée le Grand pendant les guerres civiles (49-35 av. J.C.)» *Revue des études anciennes*, 2, 2007, pp. 621-644; L. Amela Valverde, *Cn. Pompeyo Magno. El defensor de la República*, Madrid 2003.

La cuestura de César en la Ulterior

César tenía 30 años, la edad mínima requerida, cuando es elegido cuestor y con ello da comienzo su imparable accesión política. Este va a ser un momento crucial en la vida de César. Antes de salir de Roma para desempeñar su cargo realiza uno de los actos más importantes de su vida, por las consecuencias que tendría posteriormente. Acababa de morir Julia, la esposa de Cayo Mario, que como todos sabemos, era además su tía. El se encargó de realizar su elogio fúnebre el el foro, algo que era poco habitual, pues se trataba de una mujer, aunque estaba permitido que se hiciera a las matronas. No conocemos el discurso realizado en todos sus detalles, pero si que no desaprovechó la ocasión para reivindicar la figura de Cayo Mario cuyas imágenes hizo desfilar en el cortejo fúnebre, levantando los murmullos de la gente; pero sobre todo hizo una alabanza de los Julios cuya estirpe remontó hasta los reyes romanos y la misma Venus. Sus palabras, que tenían una marcada significación política, fueron acogidas con agrado por el pueblo y le proporcionó una gran popularidad. Poco después murió la joven Cornelia, esposa de César e hija de Cinna, de la que Sila había intentado inútilmente que se divorciara, y de ellas también César hizo un elogio fúnebre, haciendo así que el pueblo participara de su dolor.

Era un primer paso, probablemente en esos momentos, tal y como señalan algunos autores, César era visto por los romanos, no como un político de futuro, sino como un joven extravagante[20]. Sin embargo ya en esos momentos era perfectamente consciente de lo que necesitaba y sabía que si quería ascender en la carrera política era imprescindible que comenzara a establecer relaciones con aquellas personas que podrían servirle de ayuda en el futuro sobre todo con aquellas que iban a proporcionarle el soporte económico que necesitaba y del que carecía.

El primer contacto de César con la Península fue en el año 69, al investir la magistratura de cuestor, el primer escalón en la carrera de los honores, en la *Hispania Ulterior*, a las órdenes del gobernador de la provincia C. Antistio Veto.

Conocemos una serie de anécdotas de la estancia de César en Gades. Una de ellas, su visita al prestigioso santuario del fenicio Hércules-Melqart, y el sueño, interpretado por los augures, que le predestinaba como dominador del mundo. Pero también su desánimo al contemplar una estatua de Alejandro Magno, César

---

[20] Ch. Meier, *César*, París 1989, p. 137.

se echó a llorar, pensando que a su edad, treinta y tres años, el macedonio había conquistado el mundo reprochándose no haber aún llegado a nada. No sabemos si, como refiere Suetonio, fue la amargura de esta frustración la que impulsó a César a tomar la decisión de volver precipitadamente a Roma abandonando el ejercicio de la cuestura en la provincia, que le había sido prorrogada para el año 68 a. C. Lo que sin duda es cierto es que no olvidaría nunca esta estancia en Cádiz, como demuestra el favor especial que siempre manifestaría con sus habitantes y que habría de culminar en el otorgamiento a la ciudad de la categoría jurídica privilegiada de *municipium civium Romanorum*. Otra importante ciudad que recibió el estatuto de colonia en el s. I a. C. con Julio César fue Tarraco (el nombre completo fue con Augusto *Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco*).

Esta anécdota es referida por Suetonio, del modo siguiente:

> «Durante su cuestura, logró la España Ulterior, donde, al recorrer las asambleas de esta provincia, para administrar justicia por delegación del pretor, al llegar a Cádiz, viendo cerca de un templo de Hércules la estatua de Alejandro Magno, suspiró profundamente como lamentando su inacción; y censurando no haber realizado todavía nada digno a la misma edad en que Alejandro ya había conquistado el mundo, dimitió en seguida su cargo para regresar a Roma y aguardar en ella la oportunidad de grandes acontecimientos». (Svet. Caes. 17).

Plutarco refiere el incidente de otra manera:

> «Se ha dicho que en otra ocasión, cuando libre de los negocios en España, después de leer algunas partes de la historia de Alejandro, él se sentó un gran rato muy meditabundo, y al final rompió en lágrimas. Sus amigos estaban sorprendidos, y le preguntaron la razón de ello. '¿Piensas', dijo él, 'que yo no tengo causa para llorar, cuando considero que Alejandro a mi edad había conquistado tantas naciones, y yo en este tiempo no he hecho nada que sea tan memorable?» (Plvt. Caes. 11).

A pesar de que Suetonio y Plutarco fueron más o menos contemporáneos (fines del siglo I e inicios del II d. C.), y nacieron ambos unos cien años después de la muerte de César, el relato de Suetonio es probablemente más fidedigno. Esto, porque César fue elegido cuestor en 69 a. C., con 32 años de edad, y pretor en 63 a. C., con 38 años (estimando su nacimiento en 101 a. C.); habiendo muerto Alejandro a los 33 años, César habría alcanzado su edad siendo cuestor, como dice Suetonio, y no pretor, como dice Plutarco (este último refiere el incidente como ocurrido durante una pausa en los asuntos de España, en el mismo capítulo 11).

Respecto a sus funciones, sabemos que desde finales del siglo II a. C., al menos, la actividad militar primordial de los responsables del gobierno provincial no excluía el ejercicio de una función judicial, que progresivamente ganó en importancia. Como representante del procónsul, tuvo a su cargo la administración de justicia en algunas de las ciudades donde periódicamente se convocaba a los habitantes de la provincia para que presentaran sus problemas. Hay que considerar en esta extensión de la función judicial el continuo crecimiento en volumen de la población romano-itálica, establecida en Hispania de forma permanente o transitoria, y la protección de sus intereses comerciales y propiedades materiales, sobre los que podían surgir disputas y pleitos, cuya resolución tenía que ser lógicamente competencia de la más alta instancia de gobierno, el pretor provincial.

También realizaba a través de Instituciones como las asambleas o Conventus (término *conventus* de *convenio* «reunirse») en las que el gobernador acostumbraba a convocar en lugares predeterminados durante los meses de inactividad militar, con el fin primordial de administrar justicia. El tribunal, presidido por el propio pretor o uno de sus representantes, expresamente delegado para esta función —generalmente, el cuestor—, contaba con un número indeterminado de asesores o *iuridici*, elegidos entre el séquito personal del gobernador o entre los más influyentes provinciales provistos de la ciudadanía romana. La convocatoria del *conventus* se hacía pública mediante un edicto que establecía lugar y fecha de la reunión. Es claro que para tales reuniones se eligieran las ciudades más importantes de la provincia, que, visitadas regularmente en una sucesión determinada, terminaron por constituir un circuito fijo. En la Ulterior tenemos constancia de este papel para Corduba, Hispalis y Gades; en la Citerior, Tarraco y Carthago Nova Ante la *cognitio* del pretor los indígenas fueron acostumbrándose a dirimir sus conflictos jurídicos, como tan plásticamente refrenda el resultado del *iudicium transcrito* en el Bronce de Contrebia[21].

Sabemos que durante el ejercicio de la cuestura César ejerció por delegación del pretor esta función judicial en Gades. La ocasión le permitió trabar relaciones personales con los provinciales, dispensando beneficios y ganando voluntades, como recuerda el autor desconocido del *Bellum hispaniense*, años después, al poner en boca de César que «desde el principio de su cuestura había considerado esta provincia como suya entre todas, y le hizo en aquel tiempo cuantos beneficios pudo». También allí entró en contacto con los notables y principales de la ciu-

---

[21] N. BARRANDON, «L'affirmation des élites indigènes en Hispanie septentrionale à l'époque républicaine», *Salduie: Estudios de prehistoria y arqueología*, 6, 2006, pp. 161-183.

dad. Es posible que entonces se produjera el encuentro entre Balbo y Cayo Julio César, crucial para el futuro de ambos ya que se convierte en consejero y amigo del futuro dictador, confirmada con el regreso de César a la Bética. L. Cornelio Balbo trabaría con César lazos de amistad perdurables, convirtiéndose en uno de sus más estrechos colaboradores.

Etapa intermedia

Esta etapa es también fundamental, muchos historiadores opinan que puede ser calificada sino como la más importante, sí decisiva porque en ella se gestó el poder que logró César.

El destino inmediato de César sería la Transpadana, con el propósito de ayudar a las colonias latinas en su reivindicación, fuertemente contestada por la oligarquía senatorial, de lograr el derecho de ciudadanía. La empresa lo colocaba en un punto muy querido por todos los reformadores populares y le aseguraba el reconocimiento de amplias capas de la población del otro lado del Po.

> «[...] Como fuese pródigo en sus gastos, parecía que trataba de adquirir a grande costa una gloria efímera y de corta duración, cuando, en realidad, compraba mucho a costa de poco: así, se dice que antes de obtener magistratura ninguna se había adeudado en mil y trescientos talentos. Encargado, después, del cuidado de la Vía Apia, derrochó mucho de su caudal, y como, creado edil, presentase trescientas veinte parejas de gladiadores, y en todos los demás festejos y obsequios de teatros, procesiones y banquetes hubiese oscurecido el esmero de los que le habían precedido, tuvo tan aficionado al pueblo, que cada uno excogitaba nuevos mandos y nuevos honores con que remunerarle. [...]» (Plvt. Caes. 5).

Como edil curul, (obras públicas, vías, mercados y espectáculos), en el 65 a. C. invirtió grandes sumas de dinero para embellecer el Foro y otras obras públicas, así como darle juegos a la plebe:

> «… encargado, después, del cuidado de la Vía Apia, derrochó mucho de su caudal, y como, creado edil, presentase trescientas veinte parejas de gladiadores, y en todos los demás festejos y obsequios de teatros, procesiones y banquetes hubiese oscurecido el esmero de los que le habían precedido, tuvo tan aficionado al pueblo, que cada uno excogitaba nuevos mandos y nuevos honores con que remunerarle (…) las diferentes crónicas hablan de los juegos de gladiadores más

memorables que se puedan imaginar. De esta manera aumentó su apoyo popular» (Plvt. Caes. 6).

El Senado, temiendo las actitudes pro-populares de César, emprendió una campaña para limitar su poder y derrocarlo, la mecha de esto fue la reinstauración de los trofeos de Mario en el 64 a. C., que habían sido retirados del Capitolino bajo las órdenes de Sila, afianzando y remarcando así su acercamiento a los populares. Sin embargo casó con Pompeya, nieta de Sila y se negó a la ejecución de partidarios de Catilina. Eran jugadas políticas muy pensadas, pero también arriesgadas cuyo fin aparente era el tratar de amigarse, o acercarse, más a sus contrincantes en el Senado pero más bien podemos considerarlo como un gesto de reconciliación entre los bandos de la guerra civil. Plutarco en su biografía de César describe las reacciones de todas las partes ante tan contundente acto:

> «Eran dos las facciones que había en la ciudad: la de Sila, que tenía el poder, y la de Mario, que estaba entonces decaída y disuelta, habiendo sido enteramente maltratada. Queriendo, pues, suscitarla y promoverla durante el mayor aplauso de su magistratura edilicia hizo formar secretamente las imágenes de Mario y algunas victorias en actitud de conducir trofeos, y sacándolas de noche al Capitolio las colocó en él. Los que a la mañana las vieron tan sobresalientes con el oro, y con tanto arte y primor ejecutadas, estando expresados en letra los triunfos alcanzados de los Cimbros, se llenaron de temor por el que las había allí puesto, asombrados de su arrojo; y ciertamente que no era difícil de acertar. Difundiéndose pronto la voz, y trayendo a todo el mundo a aquel espectáculo, los unos gritaban que César aspiraba a la tiranía, resucitando unos honores enterrados por las leyes y los senadoconsultos, y que aquello era una prueba para tantear las disposiciones del pueblo, a fin de ver si ablandado con sus obsequios le dejaba seguir con tales ensayos y novedades; pero los de la facción de Mario, que de de repente se manifestaron en gran número, se alentaban unos a otros, y con su gritería y aplausos confundían el Capitolio. Muchos hubo a quienes al ver la imagen de Mario se les saltaron las lágrimas de gozo, elogiando a César hasta las nubes y diciendo que él sólo se mostraba digno pariente de Mario. Congregóse sobre estas ocurrencias el Senado, y levantándose Lutacio Catulo, varón de la mayor autoridad entre los Romanos, acusó a César, pronunciando aquel dicho tan sabido que César no atacaba ya a la república con minas, sino con máquinas y a fuerza abierta; pero César hizo su defensa, y habiendo logrado convencer al Senado, todavía le acaloraban más sus admiradores y le excitaban a que pusiera por obra todos sus designios, pues como a todo se saldría y a todo se antepondría teniendo tan de su parte la voluntad del pueblo» (Plvt. Caes. 17).

En 63 a. C. fue elegido *praetor urbanus* al obtener más votos que el resto de candidatos a la pretura.

Aprovechando la reciente aprobación de una ley que reintroducía el sistema de elección en el colegio de los pontífices, en lugar del impuesto por Sila de cooptación entre sus miembros, presentó su candidatura al más alto sacerdocio de Roma, el pontificado máximo. Con la inversión de gigantescas sumas de dinero y el apoyo de personalidades influyentes logró efectivamente su investidura como gran pontífice. Era una excelente credencial para presentar su candidatura a la pretura, que invistió el año 62 a. C. y que le abría el inmenso campo de posibilidades de un gobierno provincial. Su destino, efectivamente, sería, al año siguiente, la *Hispania Ulterior.*

La pretura de César en la Provincia Ulterior

En el año 61 a. C., el Senado romano procedió a la *sortitio* o sorteo de las provincias pretorianas. A Julio César le correspondió la propretura de Hispania Ulterior.

No sabemos si fue la suerte la que decidió el destino provincial de César: los cargos provinciales se repartían por sorteo, pero también es cierto que había posibilidad de manipulaciones. Tampoco es segura la calidad de su mandato: aunque desde la reforma de Sila los gobiernos se entregaban a los pretores, una vez resuelto el año de magistratura en Roma, con el título de propretor, Cicerón recuerda que vino en calidad de pretor, y Suetonio, por su parte, le otorga el carácter de pro cónsul (Plvt. Caes. 9; Cic. Balbo, 19, 43; Svet. Caes. 44)[22].

César tuvo una especial premura en partir a Hispania, ya que se encontraba abrumado por los acreedores. En Roma peligraba su carrera política, ya que podía ser juzgado debido a la magnitud de las deudas contraídas; Sus muchos enemigos habían esperado la ocasión que les ofrecían estas deudas para someterlo a proceso en el intervalo entre sus dos magistraturas, en que, como *homo privatus*, era posible acabar políticamente con él. Al final logró apoyo económico que le avalara. Según Plutarco, fue el propio Craso el que sirvió de garante por una fuerte cantidad (830

[22] Sobre la reforma Silana*:* G. Heras Sánchez, «La reforma de Sila y el conflicto entre grupos políticos (a propósito de un texto de Veleyo 2, 3, 2» *Revista de Derecho Público*, Abril, 1985, pp. 443-449; J. Cabrero Piquero, *Aportaciones a la figura de Lucio Cornelio Sila y su época*, Madrid 1992.

talentos, 25 millones de sestercios) frente a los acreedores que se proponían impedir su partida. Pudo salir en dirección a su destino lo antes posible. Tal era esta premura, que abandonó Roma antes incluso de que el Senado votara los presupuestos destinados a la provincia, lo que constituía una flagrante ilegalidad.

> «… habiéndole correspondido Hispania en el sorteo de las provincias y hostigado por los acreedores, acudió a Craso que era el más rico de los romanos ….Tomó Craso sobre si el acallar a los acreedores más molestos e implacables, afianzando hasta la cantidad de ochocientos treinta talentos, de este modo, (Cesar) pudo partir a su provincia» (PLVT. Caes. 9)

Según Suetonio, la precipitación de Cesar se debía bien al mencionado temor a los acreedores, bien a la urgencia por ayudar a los aliados hispanos que solicitaban ayuda frente a las incursiones de los pueblos aún no sometidos.

Tenía 40 años consideraba el cargo como una oportunidad para conseguir dinero con que saldar sus cuantiosas deudas. Como él dijo, «… *necesitaba muchos millones para no tener nada*», o sea, para pagar a su larga lista de acreedores. (SVET. Caes. 18).

Tres semanas después de haber salido de Roma, César llegó posiblemente a *Corduba*. Conocía perfectamente el ambiente en que se iba a desenvolver, porque ya había estado en Hispania ocho años antes. Volvía a la provincia como procónsul en el año 61, como sucesor de C. Cosconio. Nada sabemos sobre el mandato de este personaje, salvo la presencia en su equipo, como legado, de P. Vatinio, el que luego sería ferviente partidario de César y a quien Cicerón acusó de enriquecerse sin escrúpulos a costa de los provinciales[23].

César utilizó las magníficas posibilidades que ofrecía la provincia para un hombre de Estado. Dado que su próxima meta era llegar al consulado tan pronto como la Constitución lo permitiera, es decir, en el año 59, necesitaba ganar prestigio, autoridad y dinero suficiente en su cargo de procónsul como para que se le abrieran las puertas del consulado e ingresar así en el círculo de los auténticos *principes civitatis*. La mejor manera para ello era regresar a Roma envuelto en la gloria del triunfo. La provincia hispana Ulterior que le había correspondido se prestaba magníficamente a estos planes, ya que era lo bastante rica para financiar una guerra, su propia guerra y, dentro de sus límites, existían situaciones que permitían desplegar una acción militar.

---

[23] J. F. RODRÍGUEZ NEILA: *Historia de Córdoba l. Del amanecer prehistórico al ocaso visigodo*, Córdoba 1988; R. C. KNAPP, *Roman Cordoba*, Berkeley 1983.

Allí, la tranquilidad de la región era continuamente turbada por bandas de *latrones* que, empujados por la necesidad, descendían de las montañas, zonas extremadamente áridas incapaces de alimentar a la población que las habitaba, para saquear las ciudades de la llanura, regiones mucho más ricas y fértiles.

Para contemplar este aspecto hay que tener presente el contexto geográfico. Existía un abismo entre las dos partes de la Ulterior: el sur, extensamente urbanizado y con una fuerte población emigrada romano-itálica, rico y próspero, frente al oeste, sólo precariamente sometido hasta el límite del río Tajo, con organizaciones sociales suprafamiliares y fuertes contrastes económico-sociales, que habían impulsado durante mucho tiempo tradiciones militares como instrumento para conseguir, en guerras o razzias contra territorios más ricos, los bienes que la tierra o la injusticia social negaban[24].

Las fuentes clásicas no han sido generosas a la hora de dejamos un detallado relato del gobierno de César en Hispania; el más extenso es el de Dion Casio, pero es referente sobre todo a las acciones militares; sin embargo, de la suma de todas ellas podemos hacernos una idea bastante aproximada de los acontecimientos. Es algo conocido, y aceptado por la mayor parte de los historiadores, que el gobierno de César en la Ulterior fue un extraordinario banco de pruebas para su posterior política, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones con las provincias y con el ejército. Cuando César tomó posesión de su cargo en Hispania, tenía ante sí un doble cometido: en primer lugar, llevar a cabo una profunda reorganización civil de los territorios, problema al que no se había hecho frente durante los últimos años y que se había visto agravado con la guerra sertoriana; y en segundo lugar ampliar el territorio dominado por Roma en Hispania, empleando para ello las legiones, con la vista puesta en la dominación total de la Península, algo que no se lograría hasta el principado de Augusto[25].

La jurisdicción civil sobre la provincia era un magnífico instrumento para ganarse la voluntad de indígenas y emigrados, extendiendo prestigio y clientelas precisamente en un territorio que por su riqueza y su poblamiento era uno de los

---

[24] J.M. Roldán, F. Wulff, *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid 2001; L. Pérez Vilatela, *Lusitania: historia y etnología,* Real Academia de la Historia 2000; M. Pérez Medina, F. García Morá, «Roma y la Provincia Hispania Ulterior.C. Mario praetor I»; C. González Román (coord), *La sociedad de la Bética: contribuciones para su estudio*, 1994, pp. 181-210; R. Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, Paris 1973; C. González Román, *Imperialismo y romanización en la provincia Hispania Ulterior*, Granada 1981.

[25] A. Balll, «Funcionarios y oficiales subalternos en la España romana durante la época republicana», *Hispania* 23, 1963, pp. 483-494; T. R. S. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic. Volume II: 99 B.C.-31 B.C.*, Nueva York 1952.

puntales del Imperio: Consecuentemente, el oeste habría de ser la fuente de la clientela militar; el sur, la base de la civil[26].

Apiano niega totalmente que César empleara ninguna energía en las labores administrativas, cuando dice que durante el tiempo que permaneció en Hispania no se preocupó por conceder audiencia a las ciudades, por administrar justicia o por realizar acciones semejantes, pensando que le distraerían de los planes que tenía en mente. Sin embargo, este juicio no parece estar demasiado de acuerdo con lo que nos transmiten otros autores como Veleyo Patérculo, Suetonio, y Plutarco. (Api. BC. 2, 22, Vel. Pat. 2, 40, Svet. 20, Plvt. 12) o incluso Cicerón, quien afirma en su defensa de L. Cornelio Balbo:

> «Nada diré de lo mucho que distinguió a este pueblo C. César cuando fue pretor en Hispania, ni de cómo apaciguó en él los bandos, ni de las leyes que les dio con su consentimiento, ni de cómo suavizó los usos y costumbres, extinguiendo la inveterada barbarie de los gaditanos, ni de los grandes cuidados y atenciones que, a ruegos de Balbo, dispensó a esta ciudad, ni de la multitud de gracias que por las gestiones de éste obtenían diariamente los gaditanos sin trabajo alguno o con la mayor facilidad». (Cic. Balb. 19. Trad. J. B. Calvo)[27].

Sabemos que una de sus primeras medidas fue intentar dar una solución a la enconada rivalidad existente entre las diferentes ciudades, lo que provocaba no pocos problemas a la administración romana.

De igual modo procuró que se llegase a una cierta concordia social y eliminar las rivalidades existentes entre algunos sectores de la sociedad.

Otra medida destacada fue la estimulación del progreso económico frenado por los desmesurados gravámenes, algunos innecesarios, que debían soportar las comunidades. Entre otros solicitó a Roma el levantamiento de las cargas extraordinarias que pesaban sobre la provincia desde la guerra contra Sertorio, impuestas por Metelo a toda la provincia y promulgó un edicto según el cual los acreedores sólo podrían apoderarse de dos tercios de la renta de los deudores, como máximo,

---

[26] Sobre las clientelas y su utilización por los magistrados romanos: M. A. Levi, «Da 'clientela' ad 'amicitia' Epigrafia e territorio. Politica e società», *Temi di antichità romane*, 3, Bari 1994, pp. 375-381; A. M. Suárez Piñeiro, «Sobre el papel de las relaciones de clientela y patronato en la política de la tardía republicana romana», *Gallaecia,* Publicación del Dep. de Prehistoria y Arqueología (Santiago de Compostela) 2003, pp. 15-16; J. Mangas Manjarrés, «Clientela privada en la Hispania romana», *Memorias de Historia Antigua*, 2, 1978, pp. 217-226; M. Salinas De Frías, «La función del *hospitium* y la clientela en la conquista y romanización de Celtiberia», *SHHA* 1, 1983, pp. 21-41.

[27] Interpretado por P. A. Brunt, «The Legal Issue in Cicero, Pro Balbo», *The Classical Quarterly*, 32, 1982, pp. 136-147.

y no de la totalidad como era costumbre hasta el momento. Posiblemente este gesto de César una medida para impedir que las deudas minaran la estructura socioeconómica de la provincia[28].

Procuró atraerse a los elementos influyentes de las ciudades mediante medidas favorables de carácter fiscal, como la concesión del derecho a los acreedores, casi todos ellos caballeros, de dos terceras partes de los ingresos de sus deudores hasta la liquidación de su débito.

Por último, también se preocupó de que se llegase a una reducción de las deudas privadas. El endeudamiento de los particulares solía provocar no pocos problemas y esto era algo que él conocía muy bien. Para ello promulgó un edicto concediendo el derecho a los acreedores, casi todos ellos caballeros, de apoderarse sólo de las dos terceras partes de los ingresos de sus deudores hasta la liquidación de la deuda, pero no de la totalidad como era costumbre hasta el momento. Así logró favorecer a unos y otros. A los acreedores, con la posibilidad de poder cobrar y a los más pobres, los deudores, evitando que sus acreedores se adueñaran de todas sus rentas, y que conservaran, al menos, un tercio de los ingresos con los que poder subsistir hasta la liquidación total de la deuda. (Cic. Balb. 19, 43 y 28, 63; Plvt. Caes. 12; Bell. Hisp. 42, 2).

Un punto fundamental de su programa político en Hispania fue la mejora de la administración de justicia, procurando que ésta fuera aplicada de un modo más estricto y ecuánime. Favoreció además que las ciudades hispanas tuvieran un contacto lo más directo posible con el Senado, patrocinando el envío de numerosas embajadas en las que se debían defender cuestiones públicas y privadas, y que le proporcionaron la amistad de numerosos pueblos, algo que le sería de gran utilidad durante la guerra civil.

Las fuentes nos transmiten la línea seguida en su gestión de gobernante: solución de los conflictos internos de las ciudades, ratificación de leyes, dulcificación de costumbres bárbaras, medidas fiscales en favor de los indígenas, construcción de edificios públicos... Procuró incentivar el envío de legaciones de las ciudades indígenas a Roma para exponer ante el Senado quejas y peticiones, bajo su directo patronazgo[29].

---

[28] F. García Morá, «Sertorio frente a Metelo (79-78 a. C.)», II *Congresso peninsular de História Antiga: Actas* (Coimbra, 18-20 de Outubro 1990), pp. 375-398; *Id,* «El Conflicto sertoriano y la provincia Hispania Ulterior», *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba, 1991,* Córdoba 1994, pp. 271-286; J. Muñiz Coello, *El sistema fiscal de la España romana. República y alto Imperio*, Zaragoza 1882, pp. 88-92.

[29] J. Cabrero, *Julio César… op. cit*, pp. 140-141.

No olvidó tampoco cultivar en la provincia su «populismo», con reajustes en la administración de justicia en favor de los humildes, como recuerda Cicerón en su *Pro Balbo.* Pero fue la vieja ciudad de Gades, de nuevo, el objetivo predilecto de su evergetismo, aún potenciado por la gratitud hacia sus habitantes en general y hacia algunos de sus ciudadanos en particular como Cornelio Balbo, por la inapreciable ayuda prestada en la reciente campaña. Si bien la limitación del tiempo en el cargo no le permitió extender su influencia en la Citerior, en el mismo grado que lo había logrado Pompeyo, dejaba tendida una serie de redes que le serían de utilidad en el futuro[30].

Pero, con mucho, es la actividad militar desarrollada por César a lo largo de algo más de un año que permaneció en Hispania como gobernador, la que mejor conocemos, gracias al detallado relato de Dion Casio, al que se pueden añadir algunas pinceladas de Plutarco. Llegado a su provincia su principal objetivo era la guerra, se preocupó en primer lugar de organizar sus efectivos. Su política fue meditada y fulminante, un modelo de la inmediata conquista de las Galias. Emprendió una campaña de saqueo por Lusitania, para reunir fondos, pero no hay que dejar de lado el factor comercial, teniendo en cuenta la vinculación de este territorio con la Ruta de la Plata

El ejército cesariano partió hacia el norte, según algunos autores desde *Corduba*, y según otros desde los alrededores de *Norba Caesarina*, (Cáceres). Lo primero que nos podemos preguntar es por qué César tenía tanta prisa por iniciar una campaña contra lusitanos y galaicos, recién llegado a su provincia. Los motivos que podemos suponer son varios:

Sin duda fueron razones fundamentales su deseo de gloria, la envidia a Pompeyo, «*estaba deseoso de gloria y envidiaba a Pompeyo y a todos aquellos que antes que él habían logrado un poder considerable*», (Dio, 40, 3, 29-1) junto el ansia de enriquecerse y la necesidad de contar con medios económicos. Pero no podemos obviar otras causas más justas y nobles como la ayuda a los aliados que imploraban su acción contra las depredaciones de los lusitanos cuyo latrocinio infestaba

[30] Sobre Pompeyo en Hispania: L. Amela Valverde, «El desarrollo de la clientela pompeyana en Hispania», *SHHA* 7, 1989, pp. 105-117; *Id.,* «La amonedación pompeyana en Hispania. Su utilización como medio propagandístico y como reflejo de la clientela de la gens Pompeia». *Faventia* 12-13, 1990/91, pp.181-197; Sobre Gades, G.Chic, «Portus Gaditanus», *Gades,* 11, 1983, pp. 105-134; *Id.,* «Gades y la desembocadura del Guadalquivir», *Gades,* 3, 1979, pp. 7-24. Sobre las elites locales: A. Caballos Rufino, «Los senadores de origen hispano durante la República Romana», *Estudios sobre Urso. Colonia lulia Genetiva*, Sevilla 1989, pp. 233-279. *Id.,* «La revolución romana en la Provincia Bética (de las guerras civiles a la Paz de Augusto)», *Actas del 1º Congreso de Historia de Andalucía 3, Historia Antigua,* Córdoba 1994, pp. 149-157.

permanentemente aquel país, aunque encontró en ello un buen pretexto para emprender algún tipo de acción militar que permitiera poner en práctica sus deseos, e inmediatamente se fijó en Lusitania.

Desde el punto de vista del cargo que Cesar ocupaba, la responsabilidad de un gobierno provincial era fundamental, ya que por primera vez se ponía en sus manos un *imperium* militar y una jurisdicción civil muy amplia, que, bien aprovechada, podía constituir el punto de partida de un poder real, imprescindible para su futuro político. El *imperium* permitía la conducción de operaciones militares bajo responsabilidad propia, con la posibilidad de obtener victorias y botín que, repartido entre la tropa, le procuraran inapreciables lazos personales de clientela militar[31].

Cuando llegó a la Península, Apiano nos comenta que las 20 cohortes de las que dispone César le parecían insuficientes para llevar a cabo sus planes; a éstas añadió otras diez cohortes más, llevando a cabo levas locales, de manera que en pocos días organizó 10 cohortes más de refuerzo, que añadidas a las veinte con que contaba, le proporcionaron unas fuerzas de 15.000 hombres, es decir, tres legiones. Y Plutarco añade:

> «Una vez llegado a Hispania desplegó rápidamente una intensa actividad; en pocos días logró reunir diez cohortes y las añadió a las veinte que se encontraban allí; posteriormente, marchando contra los galaicos y lusitanos, los derrotó y avanzó hasta el Mar Exterior, sometiendo a los pueblos que aún no prestaban obediencia a los romanos» (Plvt. Caes. 12).

Si estos refuerzos eran legionarios o auxiliares, no lo sabemos, aunque la Ulterior, por su larga trayectoria de emigración romano-itálica, contaba con suficiente población jurídicamente cualificada para servir en la infantería pesada legionaria. Podría suponerse que a la base de estas tres legiones se añadirían luego los acostumbrados *auxilia* indígenas (Ap. Ib. 2, 502; Svet. Caes. 18; Dio. 37. 52-3)[32].

La campaña del Noroeste (61-60 a. C). Su problemática

El pretexto legal para conducir la guerra no tardó César en encontrarlo con la justificación de someter a los montañeses lusitanos que asolan las poblaciones del sur del Tajo, inició las hostilidades ese mismo verano. Los proyectos de César

[31] J. Martínez Mera, «Aproximación a la figura de Julio César y su relación con Hispania», *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte,* 22, 2001, pp. 29-46

[32] J. M. Roldán*, Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España Antigua,* Salamanca 1974.

para estos habitantes de las regiones montañosas de Lusitania no pasaban por un simple castigo que les disuadiera de continuar su vida de salteadores; más bien eran otros, mucho más acordes con las necesidades de Roma y de Hispania.

El principal refugio de estas bandas de salteadores se encontraba en la actual Sierra de la Estrella, en el lugar que las fuentes clásicas designan como monte Herminio (*Mons Herminius*), poniendo como excusa que no deseaba que ellos, sirviéndose de las alturas, se dedicasen al bandidaje, Es cierto que se veían obligadas al bandolerismo por la falta de recursos, y si lograba que se convirtieran en agricultores, capaces de mantener a sus familias con las cosechas que produjera la tierra, olvidarían su anterior agresividad. Exigió a la población lusitana entre el Tajo y el Duero, que habitaba en esta región montañosa a trasladarse a la llanura y establecerse en ella para evitar que desde sus picos continuaran encontrando refugio seguro donde esconderse tras sus frecuentes razzias a las ricas tierras del sur[33].

En realidad, él sabía bien que aquella gente no le obedecería y que de esta manera tendría la posibilidad de declararles la guerra, lo que realmente sucedió. Dion Casio no puede ser más claro: «era sólo un pretexto, pues no ignoraba que sería desobedecido, lo que le permitiría declararles la guerra». Dion Casio nos ha transmitido los detalles de la campaña. (Dio 37, 51)

Sin embargo, a pesar de lo que dice Dion Casio, una parte de estas poblaciones sí que obedeció los deseos de César, mientras que otra, la más indómita, huyó hacia el norte. Los habitantes del Herminio fueron rápidamente vencidos. Los pueblos vecinos decidieron plantar cara, pero antes condujeron a sus mujeres, hijos y bienes al otro lado del Duero. Sabedores de la ambición de los romanos, creían que sólo les interesaban sus ganados, de modo que cuando comenzó la batalla, los lusitanos lanzaron sus reses en vanguardia con el fin de que las líneas romanas se rompieran, y los soldados se dedicaran a perseguir a los animales, olvidándose de continuar la invasión. Esta precaución no sirvió de nada. Así se puede interpretar la cita de comenta Dion Casio: «César *no se ocupó de los rebaños; atacó* a *los bárbaros y los venció»* (Dio 37, 52.)

Sometió a los que se opusieron a estas órdenes e incluso a tribus vecinas, quizá vetones, que, temiendo ser obligados, se dispusieron a trasladar sus sedes. Pero César no se contentó con alcanzar la línea del Duero, límite real de la provincia, sino que pasó al otro lado persiguiendo a los que habían huido y entrando así en

---

[33] T. Mañanes, *El Bierzo prerromano y romano*, León 1981; F. Pina Polo, «¿Existió una política romana de urbanización en el nordeste de la Península Ibérica?», *Habis* 24 (1993), pp. 77-94.

territorio galaico. Que el Duero era considerado en esa época como frontera podemos suponerlo por el importante documento encontrado en 1999, conocido como el «Bronce de Bembibre». Redactado medio siglo más tarde, en el 15 a. C., apenas finalizadas las guerras de Augusto contra cántabros y astures, menciona una provincia Transduriana, que, independientemente de su significado, considera el Duero como un límite[34].

Todas estas gentes, tanto los habitantes del Herminio como sus vecinos no se dieron por vencidos y continuaron la lucha mediante tácticas de guerrilla. La primera medida que llevó a cabo César fue ocupar todas las poblaciones abandonadas y a continuación fue en persecución de los fugitivos, que habían logrado establecerse en las zonas montañosas entre el Duero y el Miño, en la llamada Galia Bracarense, desde sus nuevas posiciones intentaron impedir que César y sus tropas atravesaran el Duero, pero fracasaron rotundamente[35].

La presión de César les obligó a avanzar de nuevo hacia el sur. Tras su regreso, los vencidos, reorganizados, se dispusieron de nuevo a atacar. César logró sorprender a los rebeldes y los venció de nuevo, aunque no pudo impedir que un buen número de ellos consiguieran escapar hacia la costa atlántica que perseguidos por las fuerzas romanas, los indígenas, optaron por la única salida que les quedaba: refugiarse en una isla próxima.

En este relato hay cuestiones de índole geográfica que no encajan muy bien. La identidad de esa isla siempre ha sido objeto de debate. Hoy por hoy, la mayoría de los historiadores acepta la antigua tesis de Schulten, según la cual sería Peniche, a 45 kilómetros de Lisboa[36], o, tal vez, las cercanas islas Berlengas, (actualmente, una magnífica reserva natural de aves). También han sido propuestas las islas Cíes. Esta última identificación plantea muchos problemas como las enormes distancias existentes entre la Sierra de la Estrella y esas islas de la costa galaica (Albiano y Lancia, hoy lla-

---

[34] L. A. Grau Lobo, J. L. Hoyas (eds.), *El bronce de Bembibre: un edicto del emperador Augusto del año 15 a. C.,* León 2001; A. Rodríguez Colmenero, «El más antiguo documento (año 15 a. C.) hallado en el Noroeste peninsular ibérico», *Cuadernos de Estudios Gallegos (Santiago de Compostela),* 112, 2000, pp. 9-42; *Id.,* «Un edicto de Augusto sobre tabula de bronce: nueva perspectiva histórica sobre la integración del Noroeste hispánico en los dominios romanos». *Epigraphica (Faenza),* 62, 2000, pp. 290-294; G. Alföldi, «Das neue Edikt des Augustus aus El Bierzo in Hispanien.» *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik,* 131, 2000, pp. 177-205 y *Minima Epigraphica et Papyrologica* IV 2001, 6, pp. 365-417.

[35] J. Martínez Mera, «Expedicións militares a Gallaecia na época republicana» *Gallaecia*, 20, 2001, pp. 297-316; M.A. Ferreiro López, «La campaña militar de César en el año 61». *Actas del 1er Congreso peninsular de historia antigua, Santiago de Compostela 1-5 julio 1986.* G. Pereira Menaut (Coor.), 1988, pp. 363-372.

[36] A. Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae V. Las guerras de 72-19 a. de J.C.,* Barcelona 1940.

mada San Martí) tan alejadas de la mencionada sierra lusitana y donde se encuentran vestigios de su origen céltico, intensamente romanizado.

F. Acuña Castroviejo comenta al respecto:

> «Uno de los episodios de la conquista romana de Galicia que más se ha discutido y relacionado con las islas Cíes es el que relata el comienzo de las campañas de César hacia el año 61 a. C. Como primera en su expedición hacia el Norte ordena a los indígenas que vivían en la Serra da Estrela a dejar su hábitat y a descender a la llanura, cosa que los Herminios no hicieron por lo que los romanos tuvieron un pretexto para entrar en lucha venciéndolos en poco tiempo»[37].

En su opinión la identificación de Peniche parece ser la más acertada. No obstante no deja de dejarnos la duda que se le plantea argumentando: De todas formas quedan problemas por resolver, como el por qué César tuvo que esperar a que llegasen barcos de Cádiz para pasar a la isla en la que estaban refugiados los Herminios si es que, como en el caso de Peniche, estaba unida a tierra firme con marea baja, al contrario de lo que sucede en Cíes. Aunque que no hay razón objetiva para situar el episodio de los Herminios en las islas Cíes.

Surgen muchas otras preguntas como la identificación de «Los Herminios». ¿Eran lusitanos que habitaban el *Mons Herminius* (Sierra de la Estrella)? ¿Dónde vivían los Herminios, en la Sierra o en la Beira? ¿Cómo pudieron ser empujados todos hasta el océano galaico cuando median varios centenares de kilómetros entre éste y la Sierra de la Estrella? Es decir, quedan muchos puntos oscuros en el relato y en la localización de los episodios, tal como indican los comentarios de estudiosos además de Acuña Castroviejo, como M. A. Ferreiro López, V. Alonso Troncoso y A. Rodríguez Colmenero[38].

Según Dion Casio, los herminios atravesaron con sus ligeras naves el canal que separa la isla del centro de la del norte. Dicho canal en la actualidad es conocido por los marinos como «Froi da Porta», posiblemente identificable con el *Fretum* latino o estrecho entre la isla Sur y la del Norte por el que es muy difícil

---

[37] F. Acuña Castroviejo, «Vigo en la antigüedad», *Vigo en su historia*, pp. 15-59. Publicación del centenario de la C.A.V. 1979; J.M. Álvarez Blázquez, J.M., Hidalgo Cuñarrro y F.J. Costas Goberna, *Vigo arqueológico,* Publicaciones del Museo Municipal «Quiñones de León», 2, 1980; Sobre los herminios: H. Ramos González, *Crónicas Históricas de la Villa de Bayona*, Baiona 1999.

[38] A. Rodríguez Colmenero, «La intervención de la flota romana en la conquista de Gallaecia», V. Alonso Troncoso (coord), *Guerra, exploraciones y navegación: del Mundo Antiguo a la Edad Moderna,* A Coruña 1995; V. Alonso Troncoso, «Primeras etapas en la conquista romana de Gallaecia», *Militaria: revista de cultura militar*, 8, 1996, pp. 53-66.

que los barcos pasasen hoy, y mucho menos en época romana, cuando el mar se encontraba como unos dos metros por debajo del actual.

Tomar la isla no era empresa fácil; César se vio obligado a permanecer en tierra firme por algún tiempo, pues no tenía naves con las que continuar la persecución. Ordenó la construcción de algunas barcazas y que permitieran a los legionarios cruzar el brazo de mar que separaba la isla de tierra firme. Sin embargo, los legionarios no eran marinos y el desembarco fue un desastre. Muchas de las balsas ni siquiera pudieron llegar y las que llegaban, fueron atacados por los defensores además, como cuenta Dion Casio, el reflujo del mar se llevó las barcazas, por lo quedaron aislados e indefensos. A pesar de que demostraron un gran valor en la lucha, fueron masacrados todos ellos excepto Publio Scevio, que, a pesar de haber perdido sus protecciones y estar gravemente herido, se arrojó al agua y logró ponerse a salvo a nado.

La desastrosa experiencia sirvió a César de lección. Entonces fue cuando recibió la magnífica ayuda de Gades, que envió una flota compuesta de casi un centenar de barcos de transporte para trasladar a sus tropas a la isla.

Sin duda se perciben los buenos oficios de Balbo. Era un excelente hombre de negocios que utilizó su dinero y sus influencias para proveer a César de los medios necesarios, todavía más en su nuevo carácter de *praefectus fabrum,* con que fue honrado en esta campaña. Se trataba de un puesto de confianza del comandante en jefe, sin especiales competencias, que podría definirse como «ayudante de campo». Uno de sus cometidos era tratar con la parte del botín correspondiente al comandante, que, bien negociada, podía enriquecer a ambos.Pero aún había más; acabó convertido en su confidente, su inmediato colaborador y hombre de confianza y, según Cicerón, gracias a esta amistad, Gades prosperó[39].

Julio César, entre los días 24 y 25 de agosto del año 60 antes de Cristo, embarca al frente de dos legiones en la antigua Erizana (Bayona), en varias galeras y ochenta balsas, presto a exterminar a los últimos guerreros que se habían refugiado. No fue una campaña dura, salvo para los galaicos derrotados. Cesar pasó con todo su ejército a las islas. Los defensores de la isla (¿Peniche?), que habían logado salvarse *in extremis* meses antes, no pudieron contener el avance marítimo y terrestre de los romanos y se rindieron. Algunos, sin embargo, lograron cruzar el Duero y refugiarse más al norte. Con estas mismas naves César fue

[39] K. E. Welch, «The office of *praefectus fabrum* in the Late Republic», *Chiron. Mitteilungen der Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik des Deutschen Archäolog*, 1995, pp. 131-145.

costeando hacia el norte; era la primera vez que las legiones romanas navegaban por la costa atlántica.

El éxito logrado y la disposición de estos recursos navales empujaron a César a intentar una expedición marítima contra los pueblos al norte del Duero, los galaicos, que hasta entonces, salvo la campaña llevada a cabo por Bruto Galaico en el año 138 a. C., habían permanecido al margen del contacto con Roma. Y efectivamente, bordeando la costa, alcanzó el extremo noroccidental de la Península hasta *Brigantium* un castro costero de cierta importancia, obligando a su paso a las tribus galaicas a reconocer la soberanía romana, como punto final y triunfal a su campaña. Los ingresos conseguidos le valdrían de mucho en años posteriores. Como indica V. Alonso Troncoso:

> «Indudablemente la presencia de Cayo Julio César en Gallaecia constituye uno de los capítulos más atrayentes de la historia antigua de Galicia. Que nos conste de manera positiva, nunca un emperador, ni siquiera un caudillo republicano de primera fila, llegó a adentrarse en territorio galaico propiamente dicho, y de ahí la significación extraordinaria que cobra la visita del futuro dictador y padre adoptivo del primer emperador romano, Augusto»[40].

Ello supuso la sumisión de la Galicia costera y dejó abiertas las vías de penetración hacia el interior, permitiendo el inicio de contactos comerciales entre la Galicia actual y los territorios del Imperio. Cesar llegó hasta donde no había llegado ningún romano antes. Bien para perseguir a los fugitivos que habían cruzado el Duero, bien para alcanzar las «fuentes» del estaño, César siguió avanzando hacia el norte, hasta llegar a *Brigantium*. Según Dion Casio, los brigantinos no ofrecieron resistencia. El debate sobre la identificación de *Brigantium* con Betanzos o La Coruña no parece superado: la ubicación, tal como se desprende de las distancias viarias entre las distintas localidades y el hecho de que *Brigantium* fuera asociada a un faro, permite considerar que se trate de La Coruña. Si bien el término *Flavium* o *Falvium* también se discute. De todos modos, la presencia romana en *Brigantium* no debemos entenderla geográficamente reducida a la península coruñesa; con seguridad las tropas cesarianas se extendieron por todo el denominado '*Magnus Portus Artabrorum*' (Rías de La Coruña, Ares, Betanzos y Ferrol)[41].

---

[40] V. Alonso Troncoso, *op. cit*, pp. 63-64

[41] X.L. Vazquez Gómez, «La Coruña en época romana», *Ciudad y Torre. Roma y la Ilustración en la Coruña*, La Coruña 1991, pp. 35-40; AA.VV, *La romanización de Galicia*, La Coruña 1976 ; C. Torres Rodriguez, *La Galicia romana,* La Coruña 1982.

«... y desde allí, navegando a lo largo de la costa, hasta Brigantium, ciudad de Callaecia, los atemorizó y los sometió por el rugido de la navegación, ya que nunca habían visto una escuadra.» (DIO 37, 52-53).

Esta cita de Dion Casio es enormemente importante porque nos señala el momento en que *Brigantium* entra en la historia de Roma y del mundo. Autores como J. d'Alarçao, destacan la importancia de este momento, a partir del cual puede hablar de una Lusitania totalmente sometida a Roma[42]. Era el año 61-60 a. C. y ha dado pie ciertas hipótesis:

Para Tranoy, la explicación es simple: esta parte de la campaña no tuvo carácter militar, sino exclusivamente comercial. Tampoco podemos olvidar que estas embarcaciones en un número importante, eran transportes; la flota romana no estaba compuesta por navíos de guerra. Entonces estas expediciones se relacionarían con la explotación del estaño que, según Plinio (nat. 34, 42), se importaba de Galicia y Lusitania, sin olvidar el oro de Galicia, base de la riquísima orfebrería castreña, y que sin duda tendría en cuenta Julio César y Cornelio Balbo, junto con los hombres de negocios gaditanos que le proporcionaron los recursos y las naves[43].

Es interesante la explicación del profesor N. Santos Yanguas: estas poblaciones nunca habían estado cerca de zonas de operaciones militares, por lo que no habría una organización guerrera ni una tradición de alianzas militares lo suficientemente complejas como para resultar aptas a la hora de plantar cara a un enemigo tan numeroso y organizado como eran los romanos. De ahí el terror que inspiraban los barcos en *Brigantium:* los habitantes no temían el ruido de los navíos, sino que suponían que tal cantidad de embarcaciones tan grandes cargadas de hombres, no podían augurar nada bueno, los indígenas, conscientes de su debilidad, renunciaron a presentar una lucha que se mostraba casi suicida[44].

En cambio, los galaicos del Duero, más próximos la Celtiberia y limítrofes con los lusitanos, sí habían podido comprobar lo que significaba el enfrentamiento con las legiones de Roma desde mucho tiempo antes, por lo que se consolidaron una serie de pactos que les permitieron reunir miles de hombres y causar muchos quebraderos de cabeza a las cohortes de Décimo Junio Bruto.

---

[42] J. de ALARCÃO, «A conquista do territorio», J. de Alarcão (coord), *Portugal: das origens à romanização*, Lisboa 1990, pp. 345-351.

[43] A. TRANOY, *La Galicia romaine. Recherches sur le nord-ouest de la Peninsule Iberique dans l'Antiquité,* París 1981.

[44] N. SANTOS YANGUAS, «La administración romana del N.O. de la península ibérica hasta finales del siglo I d.C.», *Brigantium* 10, Vol. II (1981), pp. 49-72.

No sabemos qué pasó en las siguientes cuatro décadas ni en qué sentido fueron las relaciones, pero lo cierto es que en las Guerras Cántabras sólo parece haber jugado algún papel de cierta relevancia la zona montañosa centro oriental. La Galicia costera y, en general, la zona central y centro oeste ya no eran un problema.

Las consecuencias

De una u otra forma, la arriesgada campaña cumplió todos los deseos de César. Logró un ejército permanente, había conseguido experiencia y logros en la administración y municipalización y en la relación con las ciudades, saneado la economía y todo ello repercutía en la reducción de impuestos, y en la ampliación de la concesiones de ciudadanía y derechos municipales, que fueron las claves de la política de César. Dejaba en Hispania importantes relaciones y lazos de *amicitia*[45].

Evidentemente, la empresa resultó enormemente productiva en términos económicos, sumas que justificaban la guerra emprendida. César se enriqueció personalmente, tanto como para poder desterrar definitivamente sus anteriores problemas financieros, y, además, proporcionó lo suficiente para que pudiera enviar a Roma cuantiosas cantidades de dinero que acallaron las voces anticesarianas que protestaban y le acusaban de haber atacado a poblaciones indefensas para involucrarlo a su vuelta en un proceso «*de repetundis*» por irregularidades en la administración[46].

Al contrario, el Senado no tuvo otro remedio que reconocerle el triunfo, pues además, los legionarios que habían tomado parte en la lucha recibieron su recompensa (el enorme botín cobrado le permitió hacer generosos repartos a sus soldados y sólidos lazos de clientela militar) llegaron a aclamarle como *Imperator*, paso previo e indispensable a la concesión del triunfo por parte de Senado.

[45] M. Salinas De Frías y J. Rodriguez Cortés, «Substrato y romanización de las oligarquías locales de la provincia romana de Lusitania». *Sociedad y cultura en Lusitania Romana. IV Mesa redonda internacional,* 2000, pp. 17-34; M.A. Ferreiro López, «La concesión de la latinidad por César a la Ulterior», J.F. Rodríguez Neila (coord); *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Vol. 1, Córdoba 1993, pp. 469-476; J.M. Solana Sainz, «Colonización y Municipalización bajo César y Augusto». *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania,* Mérida 1989, pp. 71-106.

[46] L. R. Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar*, Berkeley 1949.

Estuvo acompañada del triunfo en una campaña militar (ésta era la primera, dejando al margen la «limpieza» de los piratas cilicios) era un interesante trampolín para el consulado, tanto desde su propia ambición, en su sentido más genérico: Dion Casio relata cómo César esperaba de esta campaña convertirse en más grande que Pompeyo.

Pero también desde su propaganda como líder. Una expedición a los confines de la tierra, al *Finis Terrae*, suponía una aureola mítica para su persona. Añadámosle el elemento religioso y de presagio. Vinculándose con los sueños premonitorios sobre el poder que iba a alcanzar según Dion Casio, durante su cuestura en Gades[47].

No olvidemos su relación con Craso; el padre de éste había dirigido una expedición al noroeste en busca de las Casitérides. Probablemente César aspiraba a encontrarlas, con el consiguiente aumento de riqueza y prestigio.

Tras haber permanecido en la península algo más de un año, César consideró que ya había hecho méritos suficientes como para aspirar al consulado. Las tres necesidades que le habían llevado a aceptar el gobierno de Hispania habían desaparecido: ya era solvente económicamente, tenía la suficiente experiencia militar y de gestión como gobernador. Mostró un gran interés en regresar. Había tomado posesión del cargo de manera irregular (sin esperar la aprobación de los presupuestos) y lo dejó de manera irregular (sin esperar a que el Senado designara a su sucesor).

Y en Roma, mientras tanto, había comenzado la campaña electoral para los consulados del 59 a. C. Saludado como *imperator* por sus tropas y con el botín de la campaña, regresó el verano del 60, con el triunfo que, ante dicho botín, el Senado le concedió.

En una muestra de maestría política propuso un pacto a Craso y Pompeyo subiendo éstos al poder, gracias a los éxitos y el prestigio logrado en Hispania. Los senadores se opusieron fervientemente, pero César en una sagaz estrategia ganó el apoyo de Pompeyo, presentándose como el hombre que este necesitaba para remontar sus últimos fracasos en política, y, además apoyado por la clase empresaria romana. Y así fue, en el 59 a. C. era declarado Cónsul.

---

[47] M. A. Ferreiro López, «La primera visita de César al templo de Hércules de Gades», *Gades. Revista del Colegio Universitario de Filosofía y Letras (Cádiz),* 15 (1987), pp. 9-22.

Comenta M. Gelzer, en Hispania se forjaría el César político como cónsul y el militar vencedor de la Guerra de las Galias: aquí comenzó a actuar como caudillo y gobernante nato, pero no se pierde en esta actividad en la periferia del Imperio; la meta de todo fue siempre Roma[48].

[48] M. Gelzer, *Caesar politician and Statesman,* Oxford 1968.

IV

EN TORNO A CÉSAR EN LA LITERATURA LATINA

CÉSAR EN LOS LÍRICOS LATINOS: CATULO Y HORACIO

José Carlos FERNÁNDEZ CORTE
Universidad de Salamanca
corte@usal.es

RESUMEN

Cuál es exactamente el referente del nombre de «Caesar» (el dictador o Augusto) es a la vez un problema literario y uno ideológico-político. Horacio sólo usa una vez en su lírica el nombre de César referido al dictador, pero, como la oda está al comienzo del libro primero (1, 2), distingue claramente entre el dictador y su hijo adoptivo. En los poemas 1, 35 y 1, 44, donde los versos de Horacio aluden a Catulo 11, el nombre de César también juega el juego intertextual, porque «Caesar» en el texto de Horacio, referido a augusto, conserva las «huellas» dejadas por Catulo en el texto-fuente. Entre Horacio y Catulo hay un problema de sucesión literaria, porque el primero suprime el nombre del segundo, pese a usar abundantemente sus versos, debido a la «angustia de la influencia». De forma semejante, en la sucesión política, Augustus experimenta la angustia de ser dominado por la figura de su padre adoptivo.

Palabras clave: César. Catulo. Horacio. Alusión. Angustia de la influencia

Caesar in lyric poets: Catullus and Horace

ABSTRACT

Which is exactly the referent of Caesar´s name (the dictator or Augustus) is both a literary and a political-ideological problem. Horace uses only once in his lyrics the name of Caesar referred to the dictator, but, being the ode at the beginning of the first book, (1, 2), he distinguishes clearly between the dictator and his adoptive son. In poems 1, 35 and 3, 4 in which Horace´s verses allude to Catullus 11, the name of Caesar also plays the intertextual game, because «Caesar» in Horace´s text, referred to Augustus, retains the «traces» left by Catullus in the source-text. Between Horace and Catullus there is a problem of literary succesion, because the first suppresses the name of the second, in spite of using his verses abundantly, due to the «anxiety of the influence». Of similar form, in the political succession, Augustus feels anxiety of being dominated by the figure of his adoptive father.

Key Words: Caesar. Catullus. Horace. Allusion. Anxiety of influence.

⋆ ⋆ ⋆

1. A propósito de *Eneida* 1, 286-289, se ha suscitado una cuestión que es de primordial importancia para nuestro tema. En la profecía de Júpiter a Venus sobre el destino de su familia aparecen algunos versos referidos a *Iulius Caesar* que han provocado una enorme discusión sobre si se refieren al dictador o a su hijo adoptivo el emperador, en suma, si se refieren a César o a Augusto[1]. No forma parte de nuestro cometido discutir el pasaje concreto y concluir de cuál de los dos César se trata, sino solamente reseñar que Virgilio puso sobre el tapete un problema de nomenclatura, con el que se han enfrentado innumerables historiadores desde entonces, ya que los nombres del padre y el hijo adoptivo coincidían y no siempre era fácil distinguirlos. ¿Cuándo no era fácil? La primera respuesta sería cuando hablan los poetas, pero pronto los historiadores han tenido algo que decir. Syme impuso la influyente opinión de que a Augusto le interesaba la fama de César como dios, pero no como hombre, pues su nombre podía recordar a la opinión pública el fin de la república y los métodos dictatoriales que también su hijo practicaba. A tal fin, Augusto habría llegado a imponerles a los poetas una campaña de silencio, para que no mencionaran demasiado a César. Autores más recientes, como White o Dobbin[2], sostienen, sin embargo, que Augusto aceptó la figura total de su padre adoptivo, que los poetas lo secundaron, especialmente en lo referente a la divinización, y que en esta no resulta fácil separar lo que se refiere al hombre de lo que se refiere al dios: fue elevado a dios por sus hazañas, especialmente por sus hazañas como conquistador. La opinión de Galinsky[3], en una buena parte inspirada en estos autores, resulta más matizada. En el pasaje citado Virgilio habría confundido deliberadamente la línea de separación entre Augusto y César lo cual resultaba consistente con el papel de César en el resto de la poesía augústea, y, «especialmente con el uso que Augusto hizo de su asociación con Julio César». En su opinión, los poetas destacan la instalación en el cielo de Julio César como dios y el propio Augusto se tomó un interés personal en su culto, mirándolo, muy posiblemente, «como una maqueta que tenía la libertad y el tiempo de formar y reformar en la preparación de su propia apoteosis»[4].

---

[1] Cf. P. White, «Julius Caesar in Augustan Rome», *Phoenix* 42 (1988), pp. 334-356, E. Kragerrud, «Which Julius Caesar? On Aen. I. 286-96», *Symbolae Osloenses* 67 (1992), pp. 103-112, J. J. O´ Hara, «Temporal Distorsions, »Fatal« Ambiguity and Iulius Caesar at Aeneid I. 286-296» *Symbolae Osloenses* 69 (1944), pp. 72-82, R. F. Dobbin, «Julius Caesar in Jupiter´s Prophecy: *Aeneid* Book I», *Classical Antiquity* 14 (1995), pp. 5-40.

[2] Cf. P. White, «Julius Caesar in Augustan Rome», *Phoenix* 42 (1988), pp. 334-356, R. F. Dobbin, «Julius Caesar in Jupiter´s Prophecy: Aeneid Book I», *Classical Antiquity*, 14 (1995), pp. 5-40

[3] K. Galinsky, *Augustan Culture*, Princeton 1996, pp. 251, 252.

[4] K. Galinsky, *op.cit.*, p. 252, citando a P. White, art. cit., p. 355.

Tampoco dudaba Augusto a la hora de identificarse con César el hombre: reconoció su precedente en las *Res Gestae*, reconstruyó la *curia Julia* y vinculó su foro a Julio César. En definitiva, cierra Galinsky[5], por lo que toca a las relaciones entre Augusto y César, es una cuestión de habilidad y prudencia delimitar las resonancias del uno en otro. Augusto no se identificaba totalmente con César, como Eneas no lo hacía con Aquiles, con Odiseo o con el propio Augusto.

2. Merecería la pena que realizáramos enseguida algunos distingos, que son, por otro lado, los que siguen historiadores y filólogos. De un lado están Augusto y sus directores de campaña de imágenes: Augusto diseñó la propia figura y la propia acción con un ojo puesto en sus repercusiones publicitarias, o si queremos decirlo de una manera menos moderna, teniendo en cuenta sus dotes de actor y su capacidad para asumir toda clase de roles que repercutieran en su ventaja y en la del Estado por él fundado. Los poetas forman parte, voluntariamente o no, de ese diseño. No queremos decir que siguieran instrucciones estrictas, sino que en su obra tocaban muchas veces los mismos temas: la divinización, las distintas ceremonias, los títulos que constituían el nombre, las maneras de referirse a César, su asimilación a unos u otros de los héroes de la mitología o a los dioses. Que la conexión fuera estrictamente coincidente o por el contrario divergente, según géneros, ocasiones, cronología o poetas, no impedía que campañas ideológicas, dirigidas por Augusto o sus funcionarios, consistentes en imágenes, juegos, ceremonias u obras de los poetas contribuyeran, armónica o inarmónicamente, a trazar la figura del Emperador. Por ese motivo, cuando estudiamos el tema de la repercusión de César en la obra de los poetas, es evidente que, a pesar de hacerlo con sus propias armas, los poetas están adentrándose en un terreno en el que también se ha adentrado Augusto. Y aún antes de decidir qué pasajes se refieren a Augusto, cuáles a César, cuáles son ambiguos y suponen una mezcla de ambos, es necesario insistir en que la cuestión del nombre era un tema tanto ideológico como literario. O si se quiere, literario con repercusiones ideológicas. ¿Qué poeta no se ha preocupado de cómo llamar a sus héroes, de qué ocasiones son apropiadas para un epíteto y cuáles son mejores para otro, de los casos en que se impone un cambio de nombre y las razones del mismo? Máxime cuando los romanos en su cultura hicieron de las denominaciones añadidas al nombre un auténtico recordatorio de las carreras militares de sus portadores: piénsese en «el africano», «el numídico»,«el baleárico», «británico», «germánico», etc.

[5] K. Galinsky, *op.cit.*, p. 252.

3. Si se observan los libros más recientes, César en Horacio no es un tema de investigación[6]. Apenas aparece una vez el nombre de César en inequívoca referencia al dictador en las Odas, por lo que las razones de este silencio parecen corroborar la opinion de Syme de que a Augusto (y a los poetas que él creía dependientes de él) no les interesaba insistir demasiado en la asociación. Nosotros nos resistimos a dejar sin analizar el pasaje, (al que sumaremos otro, donde se menciona el *sidus Iulium*[7]) porque contiene varias singularidades que juzgamos enormemente significativas.

...patiens vocari

Caesaris ultor.

(HOR. Carm. 1, 2, 43-44)

neu sinas Medos equitare inultos

te duce, Caesar.

(HOR. Carm. 1, 2, 51-52)

En efecto, la única vez en que el referente de Caesar es, sin ninguna duda, el dictador sucede en *Odas* 1, 2, 44, donde se designa al destinatario del poema, aún no nombrado, como *Caesaris ultor*, «vengador de César». Este destinatario aparece por fin en 1, 2, 52, la última palabra y la última línea del poema y se lo designa como *Caesar*. Hay aquí un evidente intento por parte del poeta de jugar con la nomenclatura. Moralejo, el traductor y comentarista más reciente de Horacio a nuestra lengua, aclara con una nota[8] esta segunda aparición de César con la explicación «naturalmente, Augusto», lo que nos recuerda lo poco natural que era identificar en este contexto a Augusto bajo el nombre de César. Plessis-Lejay han sido sensibles a un efecto literario buscado por el texto, al establecer una relación indudable entre la presentación de Augusto como vengador de su padre adoptivo (1, 2, 44) y el nombre que se le da en la conclusión de la oda, que es el mismo de su

---

[6] CH. PELLING «Judging Julius Caesar» Maria Wyke,(ed.); *Julius Caesar in Western Culture*, Oxford 2006, pp.3-26; MARK TOHER, «The Earliest Depiction of Caesar and the Later Tradition» Maria Wyke, (ed.); *Julius Caesar in Western Culture*, Oxford 2006, pp. 29-44; S. Harrison, (ed.), *The Cambridge Companion to Horace*, Cambridge 2007; J. GRIFFIN, «Augustan Poetry and Augustanism» K. Galinsky, (ed.); *The Cambridge Companion to the Age of Augustus*, Cambridge 2005, pp. 306-320; P. WHITE, «Poets in the New Milieu: Realigning», K. Galinsky, (ed.); *The Cambridge Companion to the Age of Augustus*, Cambridge 2005, pp. 321-336.

[7] Cf. P. WHITE, «Julius Caesar in Augustan Rome» *Phoenix* 42 (1988), pp. 354-356; R. F. DOBBIN, art.cit., p. 32.

[8] J. L. MORALEJO, *Horacio, Odas, Canto Secular, Epodos*, Madrid 2008, p. 432.

padre adoptivo[9]. En esa competición entre los poetas y Augusto en torno a las mismas cuestiones no deja de notar Nisbet[10], un pasaje de las *Res Gestae* y otros textos donde se afirma que Augusto «subió al poder como vengador de su padre Julio César».

Horacio, en esta oda, esta iniciando una colección en la que debe hacer legible la utilización del nombre César aplicado a Augusto, para lo cual recuerda, por decirlo así, de dónde le viene, y lo hace en un poema dedicado íntegramente a las Guerras Civiles. No dudamos en considerar al poema como inaugural, —Odas I. 1 propiamente hablando forma parte del paratexto— porque vemos que Horacio ha trasladado al comienzo de su libro un rasgo que la tradición asignaba a las inauguraciones de poemas[11], comenzar por Júpiter y terminar por el Júpiter en la tierra, es decir, Ptolemeo, o, en nuestro caso, Augusto. Siendo así, la posición del poema es la que propicia esta aclaración de nombres: en 1, 2, 43, al lado de *Caesaris ultor* aparece *patiens vocari «permitiendo que se te llame vengador de César»* lo que demuestra que Horacio se planteaba la cuestión del nombre —*vocari*— en un poema que termina, simplemente, *te duce, Caesar*. Con su gran conocimiento de la obra de Horacio, Nisbet, a otro propósito, deja caer la siguiente observación: *«as usual H avoids addressing the great man directly (the only exception in Odes* 1-3 es 1, 2, 52)»[12] Lo excepcional del comportamiento de Horacio en esta oda con respecto a Augusto es muy reveladora, porque se suma a otra excepcionalidad del poema: se trata de la única vez en todo el *corpus* lírico horaciano en que aparece nombrado también el otro César. Esto nos muestra que la manera de nombrar a Augusto, era un problema para Horacio. También nos muestra que distinguirlo de César formaba parte del problema, por lo que, de manera excepcional, dedicó el poema inaugural de la colección a desambiguar el nombre de César haciendo que el dictador y su hijo aparecieran juntos y explicando cuál era la relación entre los dos nombres, cuándo la referencia del nombre propio era César el dictador y cuándo era Augusto. A partir de entonces, no volverá a hacerse referencia directa al dictador a través del nombre propio, si bien más adelante estudiaremos algunos pasajes donde esta reaparecerá de manera indirecta.

---

[9] F. Plessis-P. Lejay, *Horace, Oeuvres*, Paris 1911 (reimpr. 1965), *ad loc.* nota 10: «Caesar. Se percibe la fuerza que la conclusión de la oda toma prestada de la elección del nombre de adopción de Augusto, cuando este ha sido representado en el curso de la pieza como el vengador de su padre adoptivo.»

[10] R. G. M. Nisbet-M. Hubbard, *A Commentary on Horace, Odes, Book I*, Oxford 1978, p. 36

[11] Teócrito, 17, 1-4 en un encomio a Ptolemeo marca este procedimiento.

[12] R.G. M. Nisbet-N. Rudd, *A Commentary on Horace, Odes, Book III*, Oxford 2004, p. 68.

4. Así pues, el principal problema que se plantea, a la hora de rastrear la presencia de César en la obra de Horacio, es que su hijo adoptivo se llamaba igual. Y a él se refiere la mayor parte de la obra de Horacio. Empecemos por un fragmento de oda. 1, 35, 29-32.

serves iturum Caesarem in ultimos
orbis Britannos et iuvenum recens
examen Eois timendum
partibus Oceanoque rubro.

(Hor. Carm. 1, 35, 29-32)

« Salva tú a César, que se dirige a luchar con los britanos, los últimos del orbe,
y al enjambre reciente de jóvenes, que habrá de dar miedo
en las regiones de la Aurora y el mar Rojo».

La plegaria pide inequívocamente a la diosa Fortuna, la poderosa fortuna anciate, que preserve a César y a sus tropas, bien se dirija a enfrentarse a los britanos, a los pueblos de la Aurora, lugar de los indos, o al mar Rojo, donde habitan los árabes. ¿Cómo decir que estos mismos pueblos y lugares, los britanos, los indos del mar de la Aurora, los indolentes árabes y los próximos al Nilo, aparecen en el poema 11 de Catulo y que en este mismo poema figura César?

Furi et Aureli, comites Catulli,
siue in extremos penetrabit Indos,
litus ut longe resonante Eoa
tunditur unda,
siue in Hyrcanos Arabasue molles,
seu Sagas sagittiferosue Parthos,
siue quae septemgeminus colorat
aequora Nilus,
siue trans altas gradietur Alpes,
Caesaris uisens monimenta magni,
Gallicum Rhenum horribilesque ulti-
mosque Britannos,

(Cat. 11, 1-12)

La intertextualidad le ha servido a Horacio para aprovechar una serie de hallazgos poéticos catulianos: *ultimos britannos, Eois*, y, por semejanza con otras tierras próximas, *Oceanoque rubro*. Pero el hecho de que haya reutilizado los mis-

mos términos que Catulo en su poema no debe cegarnos sobre la cuestión principal, a saber, que también lo está usando en lo que concierne a las personas: pese a la identidad de nombres sobresale la diferencia de personas. Identidad en la diferencia, el dominio propio de la alusión. Por tanto, en un poema en que Horacio imita el 11 de Catulo no sólo aparecen términos que delatan inequívocamente la imitación, sino que también reaparece el nombre de César. Horacio era consciente de que, poéticamente hablando, su César y el César de Catulo podían rodearse de los mismos contextos. ¿De qué clase de contextos se trataba? ¿En qué casos la imitación poética puede duplicarse de una imitación política en la que no sólo los versos sino también los Césares se imitan unos a otros?

El poema 11 de Catulo fascinaba a Horacio, que lo utilizó a todo lo largo de su obra en diversas ocasiones[13]. Pero en este caso la cuestión tiene más enjundia que en otras porque atañe a César. Catulo, en 11, trazaba los límites del mundo conocido, tomando como base las expediciones de Alejandro Magno, pero añadiendo en la tercera estrofa a César. Sólo cuando el mundo conocido que describe Catulo se identifica con Occidente, introduce el poeta a César, pero, al haber evocado antes el recorrido de Alejandro, en algún aspecto lo ha convertido en un Alejandro occidental. Máxime cuando reparamos en la cuestión del nombre. Catulo aplica el epíteto de *Magnus* a César cuando el que había conquistado Oriente era Pompeyo y el que había adoptado poses iconográficas de Alejandro Magno también era Pompeyo. César debuta en el *corpus* de Catulo tras haberle arrebatado el apelativo de *Magnus* a su rival, que lo llevaba anexado al nombre[14]. Sin embargo, este no es el único poema en que el esquema geográfico del Imperio, de Oriente a Occidente, aparece en la obra de Catulo, ni el único en que las figuras de César y Pompeyo entran en colisión[15]. El poema 29, relativo a Mamurra, denominado por el poeta Mentula y que era favorito de César y Pompeyo, se alude a sus grandes derroches: primero gastó la fortuna del Ponto, el botín de Pompeyo, y más tarde el de César, que procede de Hispania. K.

[13] J. C. Fernández Corte, "Un ejercicio de imitación de Catulo por Horacio : Cat. 11 y Odas II 6" *Latomus*, 52 (1993), pp. 596-611, J. C. Fernández Corte, «Catulo en Horacio» R. Cortés-J.C. Fernández Corte, (eds.); *Bimilenario de Horacio,* Salamanca 1994, pp. 39-61.

[14] D. Feeney, *Caesar's Calendar, Ancient Time and the Beginnings of History*, Berkeley 2007, p. 63. La referencia llegó a mi conocimiento después de pronunciada la conferencia y antes de la redacción final de este artículo.

[15] D. Konstan, «Self, sex and Empire in Catullus: The construction of a decentered identity» V. Bécares, F. Pordomingo, R. Cortés, J. C. Fernández Corte, *La intertextualidad en las literaturas griega y latina*, Salamanca-Madrid 2000, pp. 213-231, hace un magnífico análisis de los poemas de Catulo relativos a César, Mamurra y el Imperio, estableciendo una correlación foucaultiana entre las categorías políticas que se ponen de manifiesto en el imperialismo romano y las categorías sexuales desde las que se comprende el comportamiento de César y Mamurra.

Quinn sostiene[16] que en 29, 5 *cinaede Romule* no se refiere a César, como interpretan la mayor parte de los comentaristas, sino que apunta a Pompeyo. Dadas estas dudas sobre la identidad del destinatario de la apelación, se puede postular que, incluso en época republicana, no era fácil distinguir un caudillo de otro, porque las marcas de excelencia de los grandes hombres (o, como es el caso, las designaciones malévolas) adaptaban expresiones que se aproximaban al estereotipo y eran bastante generalizables de unos a otros. Es conocido, por ejemplo, que a más de un caudillo del siglo primero a. C. como Sila o Cicerón, Salustio les llamó *Romulus*[17].

Podríamos concluir este razonamiento con la observación de que, a propósito de César y Pompeyo, Catulo se guía por una especie de premonición: ambos extienden sus ambiciones por todo el mundo, ambos se confunden en las denominaciones que les asignan, sean estas positivas, *magni*, o negativas, *cinaede Romule*. Sólo nos queda añadir que Horacio denomina a su César *magni Caesaris* en un pasaje que en algún sentido recuerda a Catulo[18].

Volviendo a las tres estrofas de Catulo, que abarcaban el mundo, Horacio las reduce elegantemente a una sola, como ya había hecho en los dos anteriores poemas en que imitaba a Catulo: 1, 22 y 2, 6. Pero aquí, a diferencia de los otros, ha conservado el nombre de César, dándole una concreción al poema que no tenían las imitaciones anteriores. Se podría decir que era bastante natural el hecho de que Augusto, bajo el nombre de César, fuera presentado como el señor del mundo. Pero ¿no hay en esa apropiación del nombre por parte de Horacio —y de César Augusto— también una apropiación de la obra anterior de César? ¿No es Augusto caudillo del mundo porque César también lo fue? Sabemos que los latinos reproducían los nombres familiares para asegurar la continuidad y permanencia de la estirpe, de manera que, más que un empeño en distinguir, había uno en agregar y confundir para que la familia sobresaliera sobre los individuos. Dicho de otra manera: todas las veces que a César el Augusto se le diera el nombre de César que-

---

16 K. Quinn, «Pompeius, Caesar and Catullus 29», *Annales de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines de Nice*, 50 (1985), p. 264.

17 K. Quinn, art. cit., p. 265.

18 En *Odas,* 1, 12, 46-52 hay una referencia indudable a César el dictador a través del *Iulium sidus*, 47, el cometa que apareció durante su entierro. En la estrofa antepenúltima aparece *gentis humanae pater atque custos/orte Saturno, tibi cura magni/Caesaris fatis data: tu secundo /Caesare regnes*. Tendríamos tres llamadas de atención conceptuales a César: la primera explícita, el *sidus Iulium*, que aparece también en las monedas augústeas. La segunda intertextual, aludiendo al pasaje de Catulo 11, 10. Cuando llegamos a *secundo Caesare*, aunque la traducción correcta es «con César a continuación de ti», el contexto, nos parece, está impregnado de las suficientes alusiones al dictador como para que aquí «*secundo Caesare*» nos recuerde al primero.

daban agregadas automáticamente a su persona muchas de las hazañas del César anterior. Si se nos preguntara si en la idea del Imperio de Augusto estaba ya comprendida la idea del Imperio de César responderíamos sin vacilar que sí. El heredero no lo es solo por el nombre, sino también por la vocación imperial.

En resumen, en el poema catuliano aparecía el mundo de Oriente a Occidente y César como conquistador de una parte de él, la del noroeste; en el horaciano César ya es el dueño del mundo entero. El aumento de escala difícilmente puede ocultar el hecho de que ya en Catulo confluían la forma y el conquistador, pero de manera yuxtapuesta y parcial, mientras que Horacio las integra perfectamente.

5. César estaba muy preocupado por su apariencia[19]. No era el único. Los retratos de los dinastas helenísticos y de Alejandro Magno habían influido en las imágenes de los romanos distinguidos de la época. Pompeyo el Grande se hizo representar en el complejo arquitectónico que levantó en el Campo de Marte, con el globo del mundo a sus pies, como un nuevo Alejandro Magno[20]. El resultado fue que generales y hombres de estado de avanzada edad aparecían como jóvenes en la plenitud de sus años.

Los caudillos helenísticos y romanos no rehuían tomar la apariencia de otros, usando para su propio retrato los modelos que escultores habían imaginado para dioses, atletas o caudillos (nótese cómo Augusto, a partir del 27 a. C., se hace representar con rasgos que recuerdan el Doríforo de Policleto[21]). Esta operación de semiótica artística es paralela a la que ocurre en el campo de la semiótica literaria. Catulo transfiere a César el epíteto que hasta entonces llevaba Pompeyo, Grande, y las conquistas del mundo que imagina son de la escala de Alejandro Magno. Hay como una pugna para apropiarse la imagen de Alejandro de la misma manera que en la *Eneida* todos pugnan, Turno y Eneas, por apropiarse de la figura de Aquiles. El propio Augusto tampoco renunció a configurarse con los rasgos de Alejandro. Pero, poco tiempo más adelante, lo mismo sucede con respecto a la figura de César. Augusto tomó de su padre adoptivo el nombre, lo que no era poco, y unió al nombre algunos de los títulos más destacados de su padre: ser hijo de un dios, entre otros. Augusto era un maestro en borrar las distinciones cuando le convenía. Según

---

[19] D. E. E. Kleiner, «Semblance and storytelling in Augustan Rome», K. Galinsky (ed.); *The Cambridge Companion to the Age of Augustus*, Cambridge 2005, p. 203

[20] G. Sauron, «Le complex pompéien du Champ de Mars» *L' Urbs. Espace Urbain et Histoire.* Iº siècle avant J. C-IIIº siècle après J. C., Collection de l´École Française de Rome, 98, Rome 1987, pp. 457-473.

[21] P. Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid 1992, pp. 125-126.

Diana E. E. Kleiner[22] en el *Ara Pacis* los miembros de las dos ramas de la familia Julio-Claudia se parecen unos a otros no como consecuencia de tener genes comunes, sino «as a result of a clever fiction». El parecido real e imaginario es la meta y se trata de producir una imagen de la familia imperial unificada, que asegura la concordia y estabilidad. «The message of the nearly identical companions is that they are all for one and one for all.»[23] Nuestro propósito es mostrar que los procedimientos iconográficos y los literarios, salvadas las diferencias de medio, tienen las mismas bases semióticas. Decíamos antes que la elección del nombre propio entre poetas y políticos era un problema artístico-ideológico. Pues bien aquí nos encontramos que a través de distintos medios como son la imagen y la palabra también se mezclan indisolublemente la estética y la ideología. Augusto reutiliza las mismas poses de muchos de sus predecesores para transmitir mensajes semejantes: por ejemplo el pisar la bola del mundo, que se remontaba a Pompeyo. Catulo hace a César un Alejandro Magno, comportamiento hasta entonces seguido por Pompeyo en sus autopromociones; Horacio utiliza el nombre de César de manera que recoja muchos de los rasgos del que lo llevó por primera vez, estableciendo distinciones, cuando le parece oportuno, o borrándolas cuando esto resulta más conveniente.

6. *Odas* 3, 4, 29-38

6 1. Putnam afirma que la poesía de Catulo adquiere una notoriedad sin precedentes en Odas 3, 4, el poema más largo de Horacio, cuando éste fundamenta sus títulos para dar lecciones a Augusto y traza su carrera poética. Horacio hace en esa oda una doble alusión a 1, 22: una cuando habla del carácter sacrosanto del poeta, y otra al referirse a las Syrtes y a las arenas del litoral asirio[24]. Ahora bien, en el poema 1, 22 la presencia de Catulo 11 está por todas partes (véanse los subrayados) en las estrofas 1.ª, 2.ª y última:

Integer vitae scelerisque purus
non eget Mauris iaculis neque arcu
nec venenatis gravida sagittis
    Fusce, pharetra,
sive per Syrtis iter aestuosas

[22] Kleiner, *op. cit.,* p. 216.

[23] Kleiner, *op.cit.*, p. 216

[24] Cf. especialmente 3, 4, 9-12 me fabulosae *Volture in Apulo/ nutricis extra limina Pulliae/ludo fatigaturmque somno/ fronde nova puerum palumbes/ texere* frente a 1, 22, 11 *dum meam canto Lalagen et ultra/ terminum curis vagor expeditis.* Igualmente, 3, 4, 31-32 *et urentis harenas /litoris Assyri viator,* en comparación con 1, 22, 5 *sive per Syrtis iter aestuosas/ sive facturus.*

sive facturus per inhospitalem
Caucasum, vel quae loca fabulosus
lambit Hydaspes,
....
dulce ridentem Lalagen amabo 23
dulce loquentem

Y sin embargo, en ninguna de las dos odas se menciona explícitamente a Catulo por su nombre, a diferencia de lo que hace Horacio con Alceo y Safo. Parece bastante claro que la presencia de un poema o de un poeta puede ser fehaciente y efectiva, sin que necesariamente haya que mencionar su nombre. En 1, 22 se lee «dulce ridentem», sintagma acuñado por Catulo en su versión de Safo, al que Horacio, en clara imitación del catulismo sintáctico, añade «dulce loquentem», en rivalidad nada encubierta[25]:

dulce ridentem
(Cat. 51, 4)
dulce ridentem Lalagen amabo
dulce loquentem
(Hor. Carm. 1, 22, 23-24)

ἆδυ φωνεί
σασ...
καὶγελαίσασ
(Lobel-Page, Poet. Lesb. Fragm., Saph. n.º 31)

Por tanto, si Horacio utiliza en 3, 4 fórmulas de su poema 1, 22 en que imitaba extensa y detalladamente a Catulo, entonces Catulo está presente, aún sin ser nombrado, en 1, 22 y en 3, 4. Y esta última presencia no se da en un lugar irrelevante, si es que existe alguno, de la poesía horaciana, sino en el más importante poema que Horacio ha escrito, aquel en el que se habla a las Camenas para darle a Augusto una serie de lecciones. Si a la hora de componer su estatura como poeta inspirado, Catulo está presente por todas partes, sobre todo el Catulo de 11, entonces es evidente la elevada consideración en que Horacio tiene a su predecesor.[26]

[25] J. C. Fernández Corte, «El doble nacimiento de Lálage y Lesbia» *MD* 34 (1995), pp. 69-93.

[26] Para Catulo y Horacio, aparte de los artículos reseñados en nota 13, cf. M. Putnam, *Poetic Interplay, Catullus &Horace*, Princeton 2006; R. Tarrant, «Horace and roman Literary history» S. Harrison, (ed.); *The Cambridge Companion to Horace*, Cambridge 2007, pp. 69-71; T. Woodman, «Biformis vates: the Odes, Catullus and Greek Lyric», T. Woodman —D. Feeney, (eds.); *Traditions and Contexts in the Poetry of Horace*, Cambridge 2002, pp. 58-64. Ahora debemos sumar R. L. B. Mc Neill, «Catullus and Horace», M. Skinner,(ed); *A Companion to Catullus*, Cambridge 2007, pp. 357-376.

6.2. Pero hay más. Afirma Putnam[27]: «Aquí los paralelos son particularmente intensos. El *temptare* de Catulo es sustituido por *temptabo*, su *visens* por *visam*, los *Britanni* están presentes en los dos, mientras que el catuliano *sagittiferosve Parthos* [el adjetivo parece ser de acuñación propia] se transforma en *pharetratos Gelonos*» Y continúa[28]: «El quíntuple uso que el poeta predecesor hizo de *sive* o *seu* para comenzar las líneas de 2 a 9 es imitado por la anáfora de Horacio *visam* y el *et* al comienzo de las líneas 33-36. Finalmente, un César, en la línea 10 de Catulo, lleva a otro al comienzo de la estrofa siguiente de Horacio»[29].

utcumque mecum vos eritis, libens
insanientem navita Bosphorum
temptabo et urentis harenas
litoris Assyri viator,
visam Britannos hospitibus feros
et laetum equino sanguine Concanum,
visam pharetratos Gelonos
et Scythicum inviolatus amnem.
vos Caesarem altum, militia simul

(Hor. Carm. 3, 4, 29-37)

omnia haec quaecumque feret voluntas
caelitum, mecum temptare simul parati
pauca nuntiate meae puellae
non bona dicta

(Cat. 11, 13-16)

Se puede suscribir todo, con un importante añadido: a César se le transfiere un adjetivo que estaba en la línea anterior del texto de Catulo, *altas… Alpes*. En vez del «gran César», *magni Caesaris* de Catulo[30], en el que se trasladaba el adjetivo de Pompeyo a César, aquí tenemos «el alto César», donde se cambia

[27] M. Putnam, *op.cit.*, p. 148 «Here the parallels are particularly intense. Catullus *temptare* is altered to *temptabo*, his *visens* to *visam*, the *Britanni* are common presence, while Catullus´s *sagittiferosve Parthos* (the adjecitive is apparently his coinage) become *pharetratos Gelonos*.»

[28] *op.cit.*, 148-149, «The earlier poet´s quintuple use of *sive* or *seu* to begin lines from 2 to 9 is mimicked by Horace´s anaphora of *visam* and *et* at the start of lines 33-36. Finally, one Cesar, in Catullus´s line 10, leads to another at the start of Horace´s subsequent stanza.»

[29] Más cosas que añadir a Putnam. La primera estrofa de 3, 4 en la que la presencia de Catulo es fuerte, en verso 32, acaba con las arenas y el mar Asirio, como en Catulo 11 con el mar de la Aurora, la segunda 36, acaba con el río Escítico, como Catulo cerraba con el Nilo o Horacio 1, 22 con el fabuloso *Hidaspes*.

[30] En 1, 12, 50 Horacio retiene el *Caesaris magni* de Catulo.

por enálage a César el adjetivo del verso anterior de Catulo, destinado a los Alpes.

siue trans altas gradietur Alpes,
Caesaris uisens monimenta magni,
Gallicum Rhenum horribilesque ulti-
mosque Britannos,

La enálage intertextual nos parece más poderosa que la nota de Nisbet, donde se señala cómo Sarpedón y Eneas son calificados de *alti*: al fin y al cabo son héroes de antaño, descendientes de los dioses[31]. ¿Quién no recuerda la enálage fundacional de Virgilio, cómo «las murallas altas de Roma», pasan a las *altae moenia Romae* «murallas de la alta Roma»? Así que la alteza, sea de murallas o de montes, conviene también a los caudillos.

6.3. Se ha convertido ya en un tema de debate clásico en literatura latina, no tanto la deuda de Horacio con Catulo, sino las razones por las que Horacio, que nombra tantos precursores, no reconoce nunca explícitamente a Catulo entre ellos.[32] Merece la pena traer a colación para responder la teoría de H. Bloom sobre la competición agonística entre un poeta emergente y su precursor dominante. Hubbard habla del padre poético y del abrazo hasta la muerte del que el epígono nunca puede librarse y sostiene que la teoría de H. Bloom parece de aplicación general siempre que se habla de temas de tradición literaria y doctrina.[33]

Es opinión de Hubbard que Horacio recurre en numerosas ocasiones a lo que Thomas llama alusión en ventana, la cual permite jugar con referencias explícitas

---

[31] R.G. M. Nisbet-N. Rudd, *A Commentary on Horace, Odes, Book III*, Oxford 2004, p. 68. Aquí se plantea una disyuntiva metodológicamente interesante: razonar partiendo de relaciones entre textos o entre un texto y una especie de «lengua poética» formada por todas sus fuentes. Nosotros encontramos en un texto el antecedente de Horacio y su trabajo poético a partir de él, que se condensa en una figura, la enálage intertextual. Nisbet-Rudd, con su acumulación de lugares paralelos minimizan el trabajo del poeta, porque parece que todo lo que ha acumulado pacientemente el filólogo también estaba ya a la disposición del autor. Nisbet-Rudd someten al poeta a lo ya dicho; nosotros dejamos espacio a la innovación. Ellos optan por la *lectio facilior*; nosotros por la *difficilior*.

[32] T. K. Hubbard, «Horace and Catullus: The case of the suppressed precursor in Odes 1. 22 and 1. 32» *CW* 94 (2000), pp. 25-37, p. 25, Putnam, *op.cit.*, p.1; Tarrant, *op.cit.*, p. 69-71, y nota 24. R. L. B. Mc Neill, «Catullus and Horace», M. Skinner, (ed); *A Companion to Catullus*, Cambridge 2007, págs. 357-376.

[33] Hubbard, p. 26.

e implícitas a precursores, de manera que una niegue o aparezca en tensión o contradicción con la otra. La muestra la da con el poema *Odas* 1, 32, donde, tras una referencia implícita a Catulo, se recurre a la poesía griega arcaica, en concreto a alusiones directas a Alceo. Incorporemos el poema:

Poscimus, si quid vacui sub umbra
lusimus tecum, quod et hunc in annum
vivat et pluris: age dic Latinum,
barbite, carmen,
Lesbio primum modulate civi,

que merece el siguiente comentario de Hubbard: «After these two clear Catullan allusions in the first stanza, *Lesbio* as the initial word of the second stanza cannot fail to conjure up associations with the name of Catullus´s beloved; all the more is the reader´s surprise when it turns out to identify an altogether different poet.[34]». La línea trazada por Hubbard es que Catulo está presente en un lugar muy relevante, pero su influencia es ambivalente, porque se trata del precursor importante del que Horacio quiere librarse recurriendo a los poetas griegos arcaicos. Ahora bien, ¿qué sucede si encontramos esta influencia de Catulo en un lugar importante de la colección, como son las odas romanas, esas odas que el poeta distingue de las demás por su utilización continua del metro de Alceo? Parece que Horacio siempre tiene presentes, conjuntamente, a Alceo y a Catulo, ambos *Lesbici cives*, bien se trate de 1, 32 o de *Odas* 4, 29-37. Además en ese lugar no es sólo la presencia de un poema lo que sobresale sino la de toda una trayectoria de poemas en los que Horacio ha imitado a Catulo: por lo tanto, en unas

[34] Hubbard, p. 30. Recordemos las alusiones a Catulo:

multa satis lusi (Cat. 68b, 17)
lusimus satis (Cat. 61, 225)

plus uno maneat perenne saeclo
(Cat. 1, 10)

…sed quot aut fuerunt
aut sunt aut aliis erunt in annis
(Cat. 21, 2-3)

quot sunt quotque fuere…
quotque post aliis erunt in annis
(Cat. 49, 2-3)

Lesbius est pulcer…
(Cat. 79, 1)

odas en que el metro de Alceo y la poesía civil están por encima de cualquier consideración, se dedica una parte al papel del poeta y en la constitución de este papel, sin que nadie le obligue a ello, vemos muchos versos que nos traen la presencia de Catulo.

En nuestra interpretación de las relaciones entre textos de Catulo y de Horacio usamos el paradigma de Hinds[35] sobre alusión. En la alusión notamos la múltiple referencia de un autor a varios precursores e incluso nos atrevemos a afirmar que una domina sobre la otra o las otras, de manera que reescribimos —o hacemos al autor— reescribir una historia de la literatura: Horacio, en odas donde aparentemente rinde un homenaje a Alceo por la métrica, en realidad se está refiriendo implícitamente a Catulo, a toda su trayectoria como poeta inspirado en Catulo, por lo que es este relato de historia literaria el que estamos construyendo. Por lo tanto, hay que rectificar lo que se dice con tanta frecuencia, que Horacio ignora el papel de Catulo como precursor en su adopción de los poetas lesbios. Si así fuera, nunca aparecerían versos suyos en las posiciones donde los lesbios ocupan lugar preeminente. También debemos corregir a Hubbard cuando afirma: «in both cases, Horaces moves trough Catullus to privilege the authority of the Greek original».[36] Horacio sí apreciaba a Catulo y buena prueba de ello es que figura en su genealogía poética, bien acompañando a los lesbios (1, 22; 1, 34) o bien en lugares donde usa el metro alcaico y su condición de poeta inspirado, como 3, 4. Lo que para Hubbard es una corrección de Catulo por los arcaicos, para nosotros se convierte en una elevación de la figura de Catulo al lado de los poetas griegos arcaicos[37].

---

[35] S. HINDS, *Allusion and Intertext: Dynamics of Appropiation in Roman Poetry*, Cambridge 1998, teorizó a lo largo del capítulo tercero de este libro acerca del hecho de que los autores, a través de las alusiones, trazan o cuentan una determinada historia literaria. D. P. FOWLER, *Roman Constructions*, Oxford 2000, p. 111 admite que aunque él simpatiza más con la noción de intertextualidad que con la de alusión autorial intencionada, «I find it almost impossible to discover a reading in Stephen´s (Hinds) brilliant book with which I would disagree».

A. SCHIESARO, «L´ intertestualità e i suoi disagi», S. HINDS AND D. P. FOWLER (eds.); *Memoria, arte allusiva, intertestualità/ Memory, Allusion, Intertextuality*, *MD* 39 (1997), p. 76, nota, nos advierte que la distinción entre alusividad e intertextualidad es útil, siempre que la veamos como dos puntos discretos en un continuo y no como opciones alternativas. Ese es mi punto de vista y mi práctica.

[36] HUBBARD, p. 35.

[37] R. L. B. MC NEILL, «Catullus and Horace», M. Skinner,(ed); *A Companion to Catullus*, Cambridge 2007, se plantea, como Hubbard, si Horacio, pese a la influencia evidente de Catulo en su poesía, sometió al veronés a una especie de *damnatio memoriae*, p. 373, y él mismo se responde, p. 374 : «it could be argued that Horace´s direct quotations, imitations and other allusions to Catullus constitued in themselves a sufficient honor to the older poet, even in the absence of any formal word of aknowledgement.»

6.4. Nuestra interpretación sostiene la idea de que en un lugar absolutamente fundamental de su poesía, puesto que debe hacerle una arenga a César, Horacio deja que su texto se sature del de Catulo. Lo que aparece en él no es sólo su evidente influencia sino la lección de literatura inmanente que Horacio estaba dando a quienes supieran leer. Catulo estaba presente en su poema más importante: como en el resto de su poesía, no se esperaba que esta presencia pasara inadvertida, porque nada pasaba inadvertido en una poesía tan culta. A través de sus autocitas, sus resúmenes de versos anteriores —intratextualidad—, sus numerosas jornadas, sus abundantes viajes, siempre en compañía del 11 de Catulo, Horacio llega a esta manifestación de poética en compañía de las musas y en ella nos encontramos, una vez más, con una imitación de Catulo[38].

Pero insensiblemente nos hemos deslizado a hablar de Horacio y de Catulo, cuando pretendíamos hablar de Horacio y César. Ya por segunda vez, cuando Horacio está empleando versos de Catulo, aparece el nombre de César. Nos pareció espectacular su uso en 1, 35, con la fusión de los versos de los dos poetas y los nombres de los dos Césares. Pues bien, aquí, en un pasaje en que Horacio asume conscientemente la construcción de su figura como poeta sin dejar de evocar a Catulo, tampoco queremos negarle esa autoconsciencia a la utilización del nombre de César. El tema de César en Horacio se subsume en César en aquellos poemas en que Horacio imita a Catulo.

6.5. Entre Horacio y Catulo hay un problema de sucesión oculto bajo un problema de influencia. Hace ya más de 30 años Harold Bloom publicó su libro, entonces novedoso[39], sobre la angustia de la influencia, en el cual aplicaba ideas freudianas a la sucesión literaria. Un autor tenía que deformar o matar a su padre poético, a su precursor, con el fin de sobrevivir él mismo. Es este paradigma de sucesión, predecesor de los deconstructivos, según el cual se silencia, omite o deforma al autor que precede, el que tenemos que tener presente aquí. Pero era sólo cuestión de tiempo para que la sucesión literaria y la sucesión política fueran

[38] Respecto al conocido pasaje de Odas 3, 30, 13-14 cuando se vanagloria de ser el primero en introducir en Roma los versos eolios, *princeps Aeolium carmen ad Italos/ deduxisse modos*… debemos tener en cuenta la diferencia de contextos. Odas 3, 30 es claramente un paratexto, una manifestación global sobre su poesía, y en ese acto de recomendación de un libro propio, cuando se trata de resaltar las propias virtudes, uno difícilmente nombra a un precursor. El *princeps* a veces borra las huellas de los precursores, como Augusto con César. Se trata de un acto de habla de autoelogio, en el que la habitual ironía y complejidad perceptible en otros poemas, como 3, 4 son sacrificados en aras de efectos más lapidarios: al fin y la cabo el poema 3, 30 es un *monumentum*.

[39] H. Bloom, The *Anxiety of influence*, Oxford 1973.

puestas en paralelo. La tarea le correspondió a Hardie[40] en *The epic succesors of Virgil*, donde el problema de la sucesión del Imperio, era relacionado con la sucesión de unos poetas por otros, Virgilio por Lucano, por ejemplo. No es extraño que se haya apuntado alguna vez que la cuestión de los modelos en literatura tiene que ver con los modelos en la cultura y con los modelos en la vida[41]. Un autor puede modelarse a través de la obra de varios autores y no siempre los que más destacan en apariencia son los que más han influido. De igual modo César Augusto puede tomar varios modelos para construir su propio personaje: Alejandro, Pompeyo, César[42]. Pero a la manera de la sucesión literaria y a la manera de Horacio con los lesbios y Catulo, puede poner en primer plano algunos rasgos de su precursor, puede omitir los que no le convienen y modelar su personaje dotándolo de rasgos que no estaban en el modelo expreso.

---

[40] P. HARDIE, *The epic successors of Virgil*, Cambridge 1993.

[41] D. P. FOWLER, *op.cit.,* Oxford 2000, p. 120: «One area in which intertextuality comes to play a central role when expanded in this way is that of the construction of character in both literature and life…»

[42] D. P. FOWLER, *op.cit.,* p. 120: «the character of Dido is constructed out of her intertextuality with a superset of Circe, Nausicaa, Calypso…, that of Augustus out of Jupiter, Hercules, Aeneas, Romulus, Numa, Alexander, Fabius Maximus, Caesar (under erasure?)»

PRESENCIA O AUSENCIA DE CÉSAR EN LA *ENEIDA*. EN TORNO A *ENEIDA* I 286-296

Dulce ESTEFANÍA
Universidad de Santiago de Compostela
dulce.estefania@usc.es

RESUMEN

En este artículo su autora, apoyándose en datos históricos y literarios, trata de justificar la presencia de César, seguida de la de Augusto, en los versos que se estudian.

Palabras clave: Virgilio. *Eneida*. César.

Caesar's presence or absence in the *Aeneid*. On *Aeneid* I 286-296[1]

ABSTRACT

In this article the auther, basing her arguments on historical and literary data, intends to justify Caesar's presence following that of Augustus on the verses studied.

Key words: Virgil. *Aeneis*. Caesar.

* * *

Los versos 286-296 del libro I de *Eneida* correspondientes a la profecía de Júpiter a Venus:

nascetur pulchra Troianus origine Caesar,
imperium Oceano, famam qui terminet astris,
Iulius, a magno demissum nomen Iulo.
hunc tu olim caelo spoliis Orientis onustum
accipies secura; uocabitur hic quoque uotis.
aspera tum positis mitescent saecula bellis:
cana Fides et Vesta, Remo cum fratre Quirinus
iura dabunt; dirae ferro et compagibus artis

[1] Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto «Fuentes grecolatinas para una nueva interpretación de la Eneida» (HUM2005-0654) del Plan Nacional de I+D+I.

claudentur Belli portae; Furor impius intus
saeua sedens super arma et centum uinctus aenis
post tergum nodis fremet horridus ore cruento[2],

han planteado problema a los estudiosos. Mientras para Servio los cinco primeros se referían sin ninguna duda a Julio César (*CAESAR hic est, qui dictus Gaius Iulius Caesar… quattuor et sexaginta uictis Galliarum ciuitatibus… bellum ciuile gessit in Farsalia… a Cassio et Bruto aliisque Pompeianis occisus est*[3], Serv., *ad* I 286; *IMPERIUM OCEANO, FAMAM QUI TERMINET ASTRIS re vera enim et Britannos qui in oceano sunt uicti, et post mortem eius cum ludi funebres ab Augusto eius adoptiuo filio darentur, stella medio die uisa est…*[4], *ibid. ad* I 287; *ORIENTIS SPOLIIS uicto Pharnace Mithridatis filio, qui re uera in oriente fuit*[5], *ibid. ad* I 288) y los restantes a Augusto (*ASPERA TUNC… id est Caesare consecrato cum Augusto regnare coepit, clauso Iani templo, pax erit per orbem*[6], *ibid. ad* I 291), los latinistas discrepan a propósito de estas identificaciones y nos encontramos con diversidad de opiniones.

Por poner algunos ejemplos, Mynors (1969) en el *Index nominum* de su edición registra el nombre de Caesar, *Iulius* en I 286 y el de Iulius, *Caesar* en I 288; también Quinn (1978, pp. 47 s.) afirma que los versos 286-290 se refieren a Julio César; por el contrario, para Conington-Nettleship (1979, p. 36), así como para Williams (1983, p. 141), todos los versos en cuestión se refieren a Augusto y ninguno a César. Austin (1984, pp. 109 ss.), que en su comentario al libro I se ocupa del problema, prefiere pensar que en el verso 286 se habla de Julio César; afirma que, si en todos los versos en cuestión se tratase solamente de Augusto, los «despojos» de los versos 288-89 se referirían primordialmente a la victoria del príncipe sobre los partos en el 20 a. C., aunque se pregunta si no se tratará de un caso

[2] «Nacerá un César troyano de noble estirpe, cuyo imperio se extenderá hasta el océano y su gloria hasta las estrellas, un Julio, nombre que heredará del gran Julo. Con el tiempo tú, sin ningún temor le recibirás en el cielo cargado con los despojos del Oriente. También él será invocado con súplicas. Después, abandonadas las guerras, las generaciones feroces se humanizarán; la sagrada Fe y Vesta y Remo con su hermano Quirino dictarán leyes; las funestas puertas del templo de la Guerra se clausurarán con sólidas cerraduras de hierro; el impio Furor sentado dentro sobre las armas criminales y con las manos atadas a la espalda por cien nudos de bronce bramará con violencia con su boca ensangrentada». El texto latino es el de la edición de Mynors (1969).

[3] «Este es el que llamado Gayo Julio César … tras vencer sesenta y cuatro ciudades de la Galia … llevó a cabo una guerra civil en Farsalia … fue asesinado por Casio y Bruto y otros Pompeyanos».

[4] «Ciertamente pues también fueron vencidos los britanos que están en el océano, y después de su muerte cuando se ofrecían por Augusto, su hijo adoptivo, unos juegos fúnebres, fue vista una estrella en medio del día ».

[5] «Vencido Farnaces, hijo de Mitrídates, rey del Ponto, que verdaderamente estuvo en Oriente».

[6] «Esto es, cuando, una vez consagrado César, Augusto comience a reinar, tras cerrarse el templo de Jano, habrá paz en el orbe».

de ambigüedad querida por Virgilio, como sugiere E. J. Kenney, que deja al lector la elección de la posible identificación, ambigüedad que responde al carácter oracular del pasaje (*cf.* Labate [1987], pp. 74-75)[7].

Dentro de estas tres posibilidades se mueven, algunos con más o menos dudas, otros con seguridad, todos los filólogos. La mayoría de los historiadores modernos, en cambio, cree que se trata de C. Julio César Octaviano, el posterior Augusto, heredero e hijo adoptivo de Julio César; en este caso los «despojos» serían los que mostró Octaviano en su triple triunfo (sobre el Ilírico, en Accio y en Egipto) en 29 a. C. y los estandartes perdidos por Craso en Partia en el 53 a. C. y recuperados por aquél en 20 a. C. (Cleary [1982], pp. 15-16).

Estoy totalmente de acuerdo en lo de la ambigüedad, porque la ambigüedad es uno de los rasgos que distinguen a Virgilio cuando introduce discursos oraculares. Piénsese en la historia de Orfeo introducida por el mantuano en el libro IV de *Geórgicas*, en la que, por ser referida en forma oracular de revelación divina por el dios Proteo, se omiten detalles sin los cuales resulta ininteligible para el lector u oyente que la desconozcan: se omiten, por ejemplo, la plegaria de Orfeo a los dioses infernales y la condición de no mirar atrás que Orfeo debe cumplir (D. Estefanía, en prensa); en realidad quien narra la historia en forma inteligible y corrige las omisiones virgilianas es Ovidio en X 1 ss. de sus *Metamorfosis* (ibíd.). Pero el que Virgilio en *Eneida* I 286-296 haya querido ser ambiguo, no nos exime de intentar aclarar el pasaje.

Un problema, entre otros, es que la referencia a «despojos» conquistados en Oriente, tanto vale para César, que en el 46 a. C. había celebrado un cuádruple triunfo por los extranjeros vencidos: los galos, los alejandrinos, Farnaces y Juba (Zecchini [2001], p. 72), como, según acabamos de ver, para Augusto. Por otra parte, sean uno u otro, el ganador de esos «despojos» es un jefe romano que trae su linaje, por origen o por adopción, de Julo, el hijo de Eneas.

Personalmente, coincido con Austin cuando piensa que no hay una razón profunda para no incluir a Julio César en un pasaje tan importante como éste, en

[7] Personalmente creo, que, como intentaré justificar, los versos 289-290 se refieren a César; no estoy de acuerdo, por tanto, con la afirmación de quienes, como por ejemplo Sabine Grebe (2004, p. 41), aseguran que los «despojos» de Oriente son los conquistados por Augusto. No obstante, en un momento dado, Grebe a propósito de la deificación que se incluye en los versos 286-296 duda de si tal deificación podría referirse a César (ibíd. p. 48) y se apunta a la ambigüedad afirmando que el lenguaje ambiguo virgiliano implicaba una recta dirección por parte de César continuada después por Augusto; la posición de la estudiosa parece contradictoria.

el que por boca de Júpiter se afirma el vínculo de la *gens Iulia* con Eneas a través de Julo, y, por tanto, con Venus.

El verso 287 *imperium Oceano … qui terminet …*[8] puede perfectamente aplicarse a César, ya que en ese tiempo toda la parte occidental del imperio estaba en su poder (Fowler [1931], p. 222) y su límite, como ya señalaba Servio, era el océano[9].

En cuanto a la derivación del nombre de los Julios de Julo (v. 288) responde a la exaltación de la *gens Iulia* que César perseguía con constancia y tenacidad desde su juventud. Recordemos a este respecto el discurso fúnebre que pronunció en honor de su tía Julia en el 69 a. C.; constituyó su primera meditación pública sobre su familia y en él se afirmaba una doble ascendencia: la materna, real por los reyes Marcios, y la paterna, divina por Venus a través de los Julios (Zecchini [2001], pp. 17 y 37 y Goldsworthy [2008, p. 53]).

La apoteosis que se anuncia en los versos 287 y 289-90 (*famam qui terminet astris* y *caelo … accipies*[10]) puede muy bien ser la de César, si tenemos en cuenta que el cometa aparecido durante *ludi Victoriae Caesaris* celebrados por Augusto durante los días 20-30 de julio del 44 a. C. llevó a la multitud a la creencia de que el alma de César era recibida en el cielo, explicación que fue aceptada oficialmente. Aparte del relato de otros autores, entre ellos el de Dion Casio, sobre el fenómeno del cometa tenemos el del propio Octaviano en sus *Comentarii de uita sua* en los que su autor manifiesta que posteriormente se colocó un astro sobre la cabeza de una estatua de César, probablemente sobre la estatua colocada en el *Templum Diui Iuli* del foro romano dedicado por los triunviros en el 42 a. C. (Scott [1941], p. 257). Dion Casio habla de la colocación por Octaviano en el templo de Venus de una estatua de bronce de César, que tenía una estrella sobre la cabeza. El interés de Augusto por la difusión de la creencia en la apoteosis cesariana queda reflejado en la afirmación de Servio (*ad Aen.* VIII 681) *Augusto persuadente* y en la declaración del gramático de que Augusto, por honrar a su padre adoptivo, llevaba un astro pintado sobre su casco (Scott [1941], p. 258). Plinio (*NH* II 44) cuenta que Augusto, a pesar de este reconocimiento público de la apoteosis cesariana, interpretaba la aparición del cometa como favorable a sí mismo: «interpretó con íntima alegría que <el cometa> había surgido en beneficio suyo y que él había nacido en aquél». En este sentido se pronuncia

[8] «Cuyo imperio se extenderá hasta el océano».

[9] No estoy de acuerdo con Sabine Grebe (2004, p. 40) cuando afirma que aquí se predice la extensión del imperio romano bajo Augusto; esa predicción, como ella misma indica, se hace en *Aen.* VI 794 ss. por boca de Anquises.

[10] «Cuya gloria se extenderá hasta las estrellas». «Lo recibirás … en el cielo».

también Servio en *ad Aen.* X 272 (Scott [1941], pp. 258-59). Había, pues, dos explicaciones de la apoteosis de César: una oficial y otra no oficial, pero grata y útil para Octaviano, según la cual el fenómeno era anuncio de una nueva edad de oro en la que él sería el restaurador de la paz y de la prosperidad en un mundo cansado de la guerra (Scott [1941], p. 259). Dado este planteamiento, tiene perfecto sentido el *tum* de 291, que es donde, a mi juicio, comienza la referencia a Augusto.

La afirmación *uocabitur hic quoque uotis*[11] responde también a una realidad cesariana, ya que Antonio el 1º de septiembre del 44 a. C. hizo votar *supplicationes* públicas en honor de César (Cogrossi [1981], pp. 159-60).

Hay que tener en cuenta, además, que el César que se anuncia en los versos que analizo, viene en la profecía inmediatamente después de Rómulo, como también ocurre en la profecía que pronuncia Anquises en *Aen.* VI 789-790 (… *hic Caesar et omnis Iuli/ progenies magnum caeli uentura sub axem*)[12]; en esta última César es seguido por Augusto, como creo que ocurre en los versos I 286-296 que estudio aquí.

Considero necesario para la interpretación de los versos en cuestión, ponerlos en relación con el interés atestiguado de Julio César por todo lo relacionado con Rómulo.

Hay que hablar en primer lugar del interés cesariano por los Lupercos y su rito. El colegio sacerdotal de los Lupercos estaba constituido por dos grupos, los *Quinctiales* y los *Fabiani*, que la leyenda antigua relacionaba con Rómulo y Remo (Dumezil [1966], pp. 341-43). En época de César se creía que la carrera ritual de los Lupercos evocaba la fuga desde Alba Longa de los gemelos, precursora de la fundación de Roma,; la noticia se encuentra por primera vez en Butas, autor se época cesariana, lo que podría hacer pensar que esta versión se originase por exigencias de la propaganda gentilicia de César, orgulloso de su descendencia de Julo, el fundador de Alba, de quien a su vez descendía Rómulo (Zecchini [2001], p. 15). No parece casual que el dictador se presentase por primera vez ante la multitud con los ornamentos solemnes que había decretado para él el senado (vestido de púrpura, calzado de oro y sello de oro y marfil) precisamente en la fiesta de las Lupercales, el 15 de febrero (ibíd., p. 17). Pero aún hay más: entre

---

[11] «Aquí está César y toda la descendencia de Julo que irá bajo la gran bóveda del cielo». «También éste será invocado con súplicas».

[12] Cfr. a este respecto GREBE (2004, p. 50) y R. J. GETTY (1950, p. 1).

los años 45 y 44 a. C. se crea un tercer grupo de Lupercos, el de los *Iulii,* del que fue *magister* el cónsul del 44 Marco Antonio. Se puede pensar que, si la creación no fue solicitada por César, sería por lo menos auspiciada por él con la idea no tanto de glorificarse a sí mismo, como la de glorificar a su *gens*, reforzando así la relación con Julo, fundador de Alba, y con Rómulo y Remo, originarios de esa ciudad, a cuya fuga se alude, como acabamos de ver, con la carrera de los Lupercos, posiblemente a instancias de César (ibíd.).

También a propósito de César y de su relación con Rómulo, conviene tener en cuenta la identificación del primer rey romano con el dios Quirino, originada, al parecer en el siglo III a. C. (Zecchini [2001], p. 54). La relación de Rómulo-Quirino con un Julio, concretamente con Julio Próculo cuya leyenda parece haberse originado con anterioridad al siglo I a. C., la encontramos por primera vez en el *De republica* (II, 20) de Cicerón, escrito entre el 54-51 a. C., y recogida posteriormente por Tito Livio en su *Ab urbe condita* I 16, 6 ss. (Flammini (1993), pp. 336-37 y Zecchini (2001) pp. 44-45). A Julio Próculo se le había aparecido Rómulo poco después de su muerte para comunicarle su ascensión al cielo con el nombre de Quirino. Para Cicerón, Próculo era un *uir agrestis* comprado por el senado para que relatase la visión que había tenido, con la finalidad de que el relato alejase de los *patres* la sospecha de que habían dado muerte a Rómulo; la versión ciceroniana es sin duda una racionalización de una historia fabulosa privada de credibilidad. Pero no es así como la encontramos en Plutarco, *Vida de Rómulo* 28, 1-3; para el escritor griego, que sin duda recoge la versión originaria de la leyenda, Julio Próculo, originario de Alba, era uno de los más ilustres patricios y esta condición aportaba credibilidad a su relato; el relato de Plutarco potenciaba, pues, la gloria a los Julios, bien porque los dotaba de prestigio en el senado, bien por señalar la relación de la *gens* con Rómulo-Quirino (Zecchini [2001], pp. 44-45). La fuente probable de Plutarco es Butas, el escritor de época cesariana antes mencionado, ya que, aunque el griego no lo cita en relación con Próculo, sí lo hace a propósito de la huida de Alba de Rómulo y Remo y su relación con la carrera de los Lupercos (v. *supra*). Aunque la leyenda pudiera ser anterior a César, es lógico pensar que el dictador la acogiese de buen grado, ya que suponía, la predilección de los dioses hacia su *gens*; Zecchini (ibíd., p. 45) va más allá y sugiere la posibilidad de que la versión precesariana hablase sólo de un Próculo y que Butas añadiese el gentilicio Julio a instancia de César, pero esto no es más que una suposición sin confirmación.

Una prueba más del interés de César por Quirino es el hecho de que en el año 58 (Zecchini [2001], pp. 45-46) ó 57 (Canfora [2006], p. 257 s.) a. C., siendo él Pontífice Máximo, fue nombrado *flamen Quirinalis* Sexto Julio César con lo que se reivindicaba el culto de Quirino para los Julios; a Zecchini no le parece casual que la primera mención de Julio Próculo y su visión de Rómulo, la ciceroniana (v. *supra*), sea unos pocos años posterior y piensa que ambos Julios, Gayo Julio César y Sexto Julio César, podían haber favorecido la ritualización de la leyenda (Zecchini [2001], pp. 45-46); de ser esto cierto, estaría justificada la racionalización de Cicerón.

Hay que tener en cuenta también que, como cuenta Dion Casio, entre los años 45-44 a. C. César fue nombrado *parens patriae*, título que se creía había poseído Rómulo, al que el dictador querría asemejarse (Zecchini [1993], pp. 127 y 130 y Flammini, pp. 736-37), aunque el título también lo había recibido Cicerón con motivo del desenmascaramiento de la conjuración de Catilina (Goldsworthy [2008[4]], p. 633).

Por último hay que considerar para la relación de César con Quirino que en el año 45, después de la victoria de Munda, se colocó en el templo del dios una estatua de César, prueba de la relación privilegiada del dictador con Rómulo-Quirino, también descendiente de Julo, como César (Zecchini [2001], pp. 45-46).

La posición de César en la profecía de Júpiter, inmediatamente después de Rómulo, respondería a la especial relación de César con el rey divinizado. Sería extraño que Virgilio, que debía conocer las dificultades de Octaviano para convertirse en hijo adoptivo y heredero de César omitiese en el único pasaje donde podía introducirla justificadamente, la figura del padre divinizado (cfr. Austin [1984], p. 109).

Considero necesario aclarar por qué hablo de dificultades de Octaviano para convertirse en heredero y sucesor de César. He señalado más arriba que en los años 58 ó 57 a. C., siendo César *Pontifex Maximus*, fue nombrado *flamen Quirinalis* Sexto Julio César, cuya ascendencia y trayectoria, así como su relación con César estimo que deben ser analizadas y comparadas con las de Octavio.

Del abuelo de César, Cayo Julio César y de su mujer, Marcia, hija de Quinto Marcio Rex, nacieron con seguridad dos hijos, Cayo, el padre de César y Julia, la que sería después mujer de Mario, y probablemente, según Goldsworthy (2008[4], pp. 51 ss.), un tercero, Sexto, cónsul en el 91 a. C., aunque Canfora afirma que era primo y no hermano de los dos primeros y el propio Goldsworthy

admite esta posibilidad; el hijo de éste, Sexto Julio César sería, por tanto, primo de César, como afirman Zecchini (2001, pp. 45-46) y Canfora (2006, p. 76), el pariente más próximo perteneciente a la familia Julia, condición que no cumplía Octavio, que no era un Julio, sino un Octaviano, y que sólo llegó a ser Julio tras la adopción por César, convirtiéndose entonces en Cayo Julio César Octaviano (Canfora [2006], p. 272). El redactor del *Bellum Alexandrinum* dice que Sexto no sólo era pariente, sino también amigo de César (ibíd., p. 247).

Ligado pues estrechamente a César, Sexto participó en la guerra civil desde el principio; en el 47 a. C. es tribuno militar con él en *Hispania* y cuando Varrón, tras la derrota de las legiones pompeyanas, decide capitular y entregar sus propias legiones a la persona que César designase, la persona elegida es Sexto (Canfora [2006], p. 238 y 247).

Cuando en el año 47 a. C. César se dirige contra Farnaces, deja una legión en Siria, ya que pensaba en una expedición contra los partos, y se la confía a Sexto Julio (Zecchini [2001], p. 92), que es nombrado gobernador de la provincia (Canfora [2006], p. 247). En el año 46 entra en crisis el gobierno de Sexto y éste es asesinado por los legionarios (ibíd., p. 264). El hecho de que los rebeldes no aspirasen al perdón de César y decidiesen hacerle la guerra, le parece a Canfora fruto de la conciencia de que habían eliminado a alguien demasiado apreciado por César como para poder conseguir un arreglo aceptable (ibíd., p. 266).

Aunque por falta de testimonios hay que mantenerse en el plano de la conjetura, es posible que la muerte de Sexto dejase a César sin el heredero previsto, sobre todo si, como parece probable, las palabras que Cicerón pronunció al final del 45 a. C., en casa de César, en defensa de Deyotaro: «al que tú elegiste entre todos los tuyos el de más confianza y más seguro», se referían a Sexto Julio.

La condición de heredero de Sexto se deduce de los testamentos cesarianos que conocemos. El primero de ellos, que designaba como heredero a Pompeyo, se mantuvo vigente desde el 59 a. C. hasta el comienzo de la guerra civil. La razón por la que Pompeyo fue nombrado heredero era doble: por una parte el parentesco próximo, ya que, por estar casado con Julia, Pompeyo era yerno de César; por otra la alianza política existente entre ambos. Prueba de esto último es que, cuando César en el año 49 a. C. anula *pro contione* el testamento, Julia hacía años que había muerto y Pompeyo estaba casado por segunda vez; a pesar de ello, César había mantenido hasta entonces el testamento debido a la alianza política que los unía (Canfora [2006], p. 268).

El segundo testamento conocido es el redactado por César el 13 de septiembre del 45 a. C. (Canfora (2006), p. 284); en él se designaban como herederos tres sobrinos: Octavio, que además es adoptado, de tres cuartas partes, y del resto Lucio Pinario y Quinto Pedio (ibíd., p. 268).

Entre el testamento vigente durante los años 59-49 a. C. y el redactado en el año 45 tuvo que existir otro testamento, ya que según el derecho romano un testamento sólo puede anularse con la existencia de otro sucesivo válido; por tanto, cuando César hace público que el testamento a favor de Pompeyo no está vigente, tiene que haber un segundo testamento que lo anule; prueba de su existencia es que Quinto Elio Tuberón, en la *Vida de César* de Suetonio, llama al testamento del año 45 *nouissimum*, lo que necesariamente supone la existencia de más de dos.

Si tenemos en cuenta los dos criterios que impulsaron a César en la elección de herederos, el parentesco próximo y la estrecha colaboración política, quien reunía ambos, era Sexto Julio César, y los reunía en mayor grado que el heredero designado en el tercer testamento, Octavio, ya que éste ni era un Julio, como hemos visto, ni, como veremos, había colaborado con César en sus empresas (téngase en cuenta que Octavio sólo es nombrado *magister equitum destinatus* en el 44 a. C.). No es pues demasiado aventurado suponer que el heredero designado por César haya sido hasta su asesinato, en el 46 a. C., Sexto Julio (cfr. Canfora [2006], pp. 260 y 283-84).

La desaparición de Sexto pone en movimiento a Octavio que se apresura a encontrarse con César en el teatro de operaciones en *Hispania*, lo que hace por decisión propia, ya que ninguna de las fuentes influenciadas por el que después será Augusto habla de que César lo hubiese llamado. Llega a España cuando la campaña ya había terminado, según noticia de Nicolás Damasceno, historiador partidario de Octavio; Damasceno, por escribir en torno al año 20 a. C. y vivir entonces testigos de los hechos, no podía inventar una colaboración del joven con César. Lo que sí llegó a inventar fue que meses antes Octavio había manifestado deseos de enrolarse en el ejército de César para participar en la campaña de África y que César, preocupado por la salud del joven y ante la ansiedad de la madre de éste, lo había desaconsejado. La realidad no impide que fuentes posteriores, como por ejemplo Dion Casio, presenten a Octavio militando junto a César en Munda y cubriéndose de gloria; pero, pese a las exageraciones propiciadas por Augusto en relación con su presencia en *Hispania* en el 45 a. C., su nombre no aparece en el *Bellum Hispaniense* (Canfora [2006], pp. 274 y 281 ss.).

Frente a la afirmación de los méritos de Octavio, no faltan insinuaciones malévolas como la de Antonio, que afirma que el joven Octavio había sido adoptado por César por haberse dejado desflorar por él. No existe constancia sobre la realidad o no de este hecho (ibíd., p. 274).

La historiografía pro octaviana, concretamente Dion Casio, miente también en relación con el parentesco de Octavio con César, haciéndole hijo de una hermana de éste. En realidad era hijo de un Octavio de Veletri, de familia ecuestre, y de Atia, hija de Marco Atio Balbo, de Aricia, que se había casado con la hermana de César, Julia. El parentesco del joven con César era más bien lejano; Nicolás Damasceno, en un intento de aproximarlo al dictador, afirmaba que era el pariente más próximo a César, cuando en realidad no era más que el hijo de una sobrina (Canfora [2006], p. 273); tampoco era un Julio, sino, como ya he dicho más arriba, un Octaviano.

En la deformación histórica tendente a aproximar a César y Octaviano, Canfora señala diversos escalones que, pasando de la recogida oficial del *corpus* cesariano a las memorias personales del príncipe, llega a la historiografía que él llama «de servicio»; dice que Augusto en sus memorias intenta dar la impresión de que César lo había elegido mucho antes de la adopción en septiembre del 45 a. C. y que ya Nicolás Damasceno trata de demostrar que Octaviano ya había conquistado el corazón de César cuando todavía vivía Sexto Julio César (Canfora [2006], p. 283 s.).

Dado el interés de Octavio por conseguir la atención de César y por justificar falsamente el interés de éste por su persona cuando había otro preferido por el dictador que posiblemente había sido designado heredero en cuya desaparición no se pensaba, es difícil creer que Virgilio no introdujese en el prácticamente único pasaje en que procedía, al padre gracias a cuya adopción el ya Augusto había dejado de ser Octavio para convertirse en un Julio y en un *diui filius* (cfr. Grebe [2004], p. 52, 58 y 60), descendiente por ello de Venus a través de Julo. Contrastaría esto con una de las creaciones virgilianas dirigida a ennoblecer los modestos orígenes aricinos de la madre del *princeps*, Atia, haciendo derivar a los *Atii* de la *gens Atia* del troyano *Atys* (*alter Atys, genus unde Atii duxere Latini, / paruus Atys pueroque puer dilectus Iulo*, *Aen.* V. 568 s.[13]); Brugnoli en su trabajo *Reges Albanorum* sugiere la hipótesis no demostrada de que

[13] «El jefe del segundo <pelotón> es Atis, de donde obtuvieron su estirpe los Atios del Lacio, el pequeño Atis, niño muy querido por el también niño Julo».

Virgilio tal vez pretendiese relacionar al antepasado de Aricia *Atius* con el rey mítico de los Albanos *Atys*, haciendo derivar a ambos del troyano *Atys* (Franchi [1995], p. 102).

Pero contamos con otros datos para pensar que el pasaje en cuestión, además de Augusto, habla también de Julio César. He señalado que la oscuridad virgiliana del relato oracular de Proteo a propósito de Orfeo ha sido subsanada por la lectura y tratamiento del relato virgiliano que hace Ovidio en sus *Metamorfosis*. ¿Puede ocurrir que también los versos en cuestión, oraculares como los de Proteo, hayan sido un modelo para Ovidio y hayan dejado huellas en las *Metamorfosis*, dado que, como afirma Rita degl'Innocenti Pierini (2008, p. 43) Virgilio ha sido siempre un modelo imprescindible para Ovidio, sobre todo para *Metamorfosis*, de forma que versos del sulmonense nos aclaren los de Virgilio? Los ovidianos de XV 745-819 nos dicen que sí, que Ovidio completa y aclara lo que en el lenguaje oracular virgiliano quedaba sumido en la ambigüedad.

En primer lugar la escena de Ovidio es análoga a la de Virgilio. En ambas Venus se queja ante el rey de los dioses por la suerte desgraciada de uno de sus descendientes; en el caso de Virgilio por la de Eneas que, gracias a las malas artes de Juno, acaba de naufragar, en el de Ovidio por la de César, cuyo asesinato se va a producir; en una y otra Venus conoce el futuro de su protegido. Ovidio no renuncia a relacionar su obra con la virgiliana; para que no haya duda de que el de Sulmona tiene presente a Virgilio, en los versos 770-774, Ovidio con palabras de Venus en las que la diosa refleja sus antiguas preocupaciones, nos da un resumen completo de *Eneida* en el que no falta la queja que en el diálogo Venus-Júpiter que nos ocupa, expresa la diosa (*quae uideam natum longis erroribus actum/ iactarique freto…*[14]).

La lectura y el relato que encontramos en Ovidio de los versos objeto de mi trabajo, desarrollan, a mi juicio, en forma clara y explícita lo que en Virgilio quedaba oscuro. La lectura ovidiana de los versos en cuestión nos aclara prácticamente, como veremos, todas las incógnitas virgilianas. No lo hace ordenadamente, sino introduciendo las distintas observaciones de forma aislada y en orden diverso al de Virgilio; Ovidio no es en absoluto un *sexquipedalis*.

[14] «Yo la que deba ver que mi hijo, empujado a un largo vagar, es zarandeado por el mar». Los textos de Ovidio son los de la edición de Tarrant, las traducciones de Álvarez-Iglesias (1995).

La identificación del *Iulius*, a mi juicio una aposición, del verso 288 de Virgilio (*Iulius, a magno demissum nomen Iulo*[15]) la encontramos en palabras de Venus en los versos ovidianos 765-67 («*aspice», dicebat, quanta mihi mole parentur/ insidiae quantaque caput cum fraude petatur,/* ***quod de Dardanio solum mihi restat Iulo***[16]); en efecto, en el momento del nacimiento del César troyano que se anuncia en las palabras del Júpiter virgiliano y con anterioridad a su muerte no hay más Julio que César, como dice Ovidio, ya que Octavio sólo será un Julio tras el asesinato del dictador; no lo es, como hemos visto, por nacimiento.

La afirmación virgiliana del verso 287 *imperium Oceano qui terminet*[17] creo que queda perfectamente explicada por la del 752 ovidiano *plus est domuisse Britannos*[18].

En los versos 746 (*Caesar in urbe sua deus est*[19]), 749 (*in sidus uertere nouum stellamque comantem*[20]) y 819 y 20 (*ut deus accedat caelo …/ tu facies…*[21]) de Ovidio se afirma la apoteosis y divinidad de César y en los versos 760 y 761 (*Ne foret hic igitur mortali semine cretus,/ ille deus faciendus erat*[22]) se señala la necesidad de que se realice esa apoteosis. Es la condición que creo que se anuncia en los versos virgilianos I 289-290 (*hunc tu olim caelo …/ accipies …*[23]) para que Octavio adquiera la condición de hijo de un dios y esté relacionado, como lo estaba César, con la divinidad; no olvidemos que, al no ser un Julio, no descendía, a través de Julo y de Rómulo, de Venus. Consecuentemente en XV 750-51 (… *sua progenies … / … pater exstitit huius*[24]) y 758 (… *tantum* ***genuisse*** *uirum*[25]) de *Metamorfosis* César es presentado como padre del príncipe, llegando incluso Ovidio, como se ve, a llamarle padre físico (cfr. Álvarez e Iglesias [1995], p. 789, n. 1949).

La referencia a los «despojos» del Oriente del verso virgiliano 289 (… *spoliis Orientis* …) la encontramos en los ovidianos 753-756 (*perque papyriferi septemflua*

---

[15] «Un Julio, nombre que heredará del gran Julo»

[16] «Observa de qué gran tamaño son las asechanzas que se preparan contra mí y con cuán gran engaño buscada esa cabeza **que es la única que me queda del dardanio Julo**».

[17] «Cuyo imperio se extenderá hasta el océano».

[18] «Es más haber domeñado a los marineros britanos».

[19] «Es un dios en su propia ciudad César».

[20] «Le convirtieron en nueva constelación y en estrella con cabellera».

[21] «Tú conseguirás que, como un dios, llegue al cielo».

[22] «Pues bien para que éste no hubiera nacido de semilla mortal, aquél tenía que ser convertido en dios».

[23] «Con el tiempo tú … le recibirás en el cielo».

[24] «Su descendencia … / haber sido el padre de éste».

[25] «Haber engendrado a tan importante hombre».

flumina Nili/ uictrices egisse rates Numidasque rebelles/ Cinyphiumque Iubam ***Mithridaeisque tumentem/ nominibus Pontum populo adiecisse Quirini***[26]) ampliada con la de los otros tres triunfos que, además del conseguido sobre Farnaces, rey del Ponto, César celebró en el 46 a. C. Son los triunfos que Ovidio anuncia en el verso 747 (… *bella magis finita triumphis*[27]).

Por último, el verso virgiliano 290 en su parte relativa al culto recibido por César *post mortem* (… *uocabitur hic quoque uotis*[28]) lo encontramos recogido en parte de los versos de Ovidio 818-19 (*templis … colatur/ tu facies …*[29]).

En todos los versos ovidianos que acabo de citar creo que Ovidio nos está dando la lectura que él hace de los versos 286-290 de Virgilio. En un ejercicio de *aemulatio* el de Sulmona coloca en la introducción de la escena del diálogo Venus-Júpiter, y dentro de la propia escena, lo que en Virgilio constituye el final de las palabras de Júpiter.

Lee y explica también el sulmonense los versos virgilianos 291-296 que nos hablan de Augusto, presente, a mi juicio, inmediatamente después del futuro relativo a César en el verso 291 virgiliano.

Aparte de la paternidad cesariana del *princeps* que acabamos de ver, Ovidio nos presenta a Augusto como hijo, heredero y vengador del nombre de César y nos habla de las guerras a las que Augusto pone fin (Módena, Filipos, contra los hijos de Pompeyo en Sicilia y contra Antonio y Cleopatra):

… natusque suus, qui nominis heres
impositum feret unus onus caesique parentis
nos in bella suos fortissimus ultor habebit.
Illius auspiciis obsessae moenia pacem
uicta petent Mutinae, Pharsalia sentiet illum,
Emathiique iterum madefient caede Philippi,
et magnum Siculis nomen superabitur undis,

[26] «Haber conducido naves vencedoras a través de los siete brazos del Nilo productor de papiros y añadir al pueblo de Quirino los rebeldes númidas y el cinifio Juba y el Ponto hinchado por los nombres de los Mitrídates y haber merecido muchos triunfos».

[27] «Guerras terminadas en triunfos».

[28] «También él será invocado con súplicas».

[29] «Tú conseguirás que sea honrado en los templos».

Romanique ducis coniunx Aegyptia taedae
non bene fisa cadet, frustraque erit illa minata
seruitura suo Capitolio nostra Canopo, Met. XV 820-828[30],

como hace Virgilio, limitándose a aludir a ellas, en el verso 291 (*aspera tum positis mitescent saecula bellis*[31]).

La diferenciación que encontramos en Ovidio entre los triunfos de César y las guerras civiles a las que pone fin Augusto, creo que responde claramente a la lectura que hace el sulmonense de los versos 289 y 291. Una vez más, como había hecho con la historia de Proteo, nos aclara y explica lo que en el lenguaje oracular de Virgilio o era ambiguo, o quedaba oscuro por falta de datos.

No falta tampoco en Ovidio la contemplación de la labor legisladora de Augusto, realizada en tiempos de paz, que Virgilio contemplaba en los versos 292-93; Ovidio lo hace en los versos 832-34 (*pace data terris animum ad ciuilia uertet/ iura suum legesque feret iustissimus auctor,/exemploque suo mores reget…*[32]).

De acuerdo con lo hasta aquí visto, tenemos, yo creo, en Ovidio una explicación clara de lo que este poeta había leído en los versos virgilianos analizados y la confirmación de que en ellos Virgilio incluía a César y a Augusto, como después dirá Servio, y no sólo a Augusto, como afirman algunos estudiosos.

El episodio ovidiano termina con la intervención de Venus en la que se conjugan apoteosis, catasterismo y metamorfosis en virtud de las cuales el alma de César asciende a los cielos (Scott [1941], p. 268 y Álvarez-Iglesias [1995], p. 793); sigue la complacencia del alma cesariana al contemplar la actuación de su hijo:

… media cum sede senatus
constitit alma Venus nulli cernenda suique
Caesaris eripuit membris nec in aera solui

---

[30] «Y también su hijo, que, como heredero de su nombre llevará él solo la carga colocada sobre él y, vengador muy valeroso del asesinato de su padre, nos tendrá a nosotros como suyos para las guerras. Con los auspicios de éste pedirán la paz las murallas vencidas de la asediada Módena, lo conocerá Farsalia, y el nombre Magno será vencido en las ondas sículas y la esposa egipcia de un caudillo romano caerá no habiendo confiado bien en el matrimonio, y en vano ella lanzará la amenaza de que nuestro Capitolio será esclavo de su Canopo». A propósito de estos versos, téngase en cuenta que Ovidio, como ya había hecho Virgilio, unifica Farsalia y Filipos, ambas pertenecientes a Macedonia, cuando quien había vencido en Farsalia a Pompeyo era César; donde Octavio y Antonio vencieron a los conjurados, fue en Filipos (cfr. Álvarez-Iglesias [1995], p. 792).

[31] «Después, abandonando las guerras, las generaciones feroces se humanizarán».

[32] «Tras haber dado la paz a las tierras dirigirá su atención a los derechos de los ciudadanos y, como el más justo responsable, promulgará leyes y con su ejemplo regirá las costumbres».

passa recentem animam caelestibus intulit astris.
dumque tulit, lumen capere atque ignescere sensit
emisitque sinu;luna uolat altius illa
flammiferumque trahens spatioso limite crinem
stella micat natique uidens bene facta fatetur
esse suis maiora et uinci gaudet ab illo, Met. XV 843-851[33].

De nuevo, como resumen y colofón del episodio, y confirmación, creo, de lo hasta aquí dicho, aparece la presencia de César seguida de la de Augusto en un claro elogio del príncipe y su ascendencia por parte de Ovidio, análogo al, a mi juicio, realizado por Virgilio en los versos aquí estudiados.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, C.; IGLESIAS, R. M.ª (1995): Ovidio, *Metamorfosis*, Traducción de …, Madrid.

AUSTIN, R. G. (1984): *P. Vergili Maronis Aeneidos Liber Primus*, Oxford 1971 (reimpr. 1984).

CANFORA, L. (2006): *Giulio Cesare, il dictatore democratico*, Bari.

CLEARY, V. J. (1982): «To the Victor belong the *Spolia*: A Study in Vergilan Imagery», *Vergilius* 28, pp. 15-29.

COGROSSI, C. (1981): «Pietà popolare e divinizzazione nel culto di Cesare del 44 a. C.», en *Religione e politica nel mondo antico*, a cura di Marta Sordi, Milano, pp. 141-160.

CONINGTON, J.-NETTLESHIP, H. (1979): *The works of Virgil*, vol. I, Londres 1898 (reimpr. 1979).

DUMEZIL, G. (1966): *La religion romaine archaïque avec un appendice sur la religion des étrusques*, Paris.

ESTEFANÍA, D. (1984[10]): Virgilio, *Eneida,* Introducción, trad. y notas de D. Estefanía, Barcelona 1984.

---

[33] «Cuando en medio de la sede del senado se detuvo la nutricia Venus sin ser vista por nadie y arrebató de los miembros de su César su alma reciente y, no soportando que se disolviera en el aire, la colocó entre los astros del cielo, y, mientras la llevaba, sintió que tomaba luz y ardía y la echó de su regazo; vuela aquella más alta que la luna y, arrastrando una cabellera portadora de llama por un gran sendero, brilla como una estrella y, al ver la buenas acciones de su hijo, confiesa que son mayores que la suyas y se alegra de ser vencido por él».

Estefanía, D.: «Los Orfeos de Virgilio y Ovidio y el teatro lírico europeo», en prensa en *Calamus Renascens*.

Flammini, G. (1993): «L'apoteosi de Cesare tra mito e realtà: Ovid., *Met.* 15,745-851», en *La cultura in Cesare, Atti del Convegno Internazionale di Studi, Macerata-Matelica, 30 aprile-4 maggio 1990*, a cura di Diego Poli, Roma, vol. II, pp.733-749.

Warde Fowler, W. (1931): *Jules César et la fondation du régime impérial romain,* traducción francesa de L. Rambert, Paris.

Franchi (1995): «L'epos virgiliano e l'eziologia», *MD* 34, pp. 95-106.

Getty, R. J. (1950): «Romulus, Roma, and Augustus in the sixth book of the *Aeneid*», *CPh* 45, pp. 1-11.

Goldsworthy, A. (2008[4]): *César,* trad. de Teresa Martín Lorenzo, Madrid.

S. Grebe (2004): «Augustus' Divine Authority and Vergil's Aeneid», *Vergilius* 50, pp. 35-61.

M. Labate (1987): «Poesía cortigiana, poesia civile, scrittura epica» (a proposito di Verg. Aen. 1, 257 ss. e Theocr. 24, 73 ss.), *MD* 18, pp. 69-81.

Mynors, R. A. B. (1969): *P. Vergili Maronis opera*, Oxford.

Pierini, R. (2008): «Ovidio e l'ombra di Virgilio. Riscritture virgiliane di Ovidio esule», en *Il parto dell'orsa. Studi su Virgilio, Ovidio e Seneca,* Bologna.

Quinn, K. (1978): *Virgil's Aeneid. A Critical Description*, London, (reimp.).

Scott, K. (1941): «The sidus Iulium and the apotheosis of Caesar». *Class. Phil.* 36.3, pp. 257-272.

Servii grammatici qui feruntur in Vergilii carmina commentarii, ed. de G. Thilo-H. Hagen (eds.), 3 vols., Leipzig 1881-1887 (reimpr. 1961).

Williams, G. (1983): *Technique and ideas in the Aeneid*, Yale University.

Zecchini, G. (2001): *Caesare e il mos maiorum*, Stuttgart.

UNA IMAGEN DE CÉSAR DEFORMADA POR LUCANO EN LOS TALLERES DE RETÓRICA[1]

Juan LORENZO LORENZO
Universidad Complutense de Madrid
julorenz@filol.ucm.es

RESUMEN

Del testimonio de escritores antiguos, contemporáneos de César y de comienzos del Imperio, se extraen datos que informan sobre la proverbial 'clemencia' del general romano y su inclinación a perdonar al enemigo vencido. Pero en la *Farsalia* de Lucano esta *uirtus*, aplicada a César, desaparece por completo sustituida por una larga serie de *uitia*, entre los que sobresalen la crueldad, la arrogancia, la aspiración a un poder totalitario, con la consiguiente desaparición de la libertad. Al sustituir la virtud de la 'clemencia' por los *uitia* mencionados, el poeta pinta un deformado retrato de César, que se aparta de la realidad histórica y refleja el estereotipo del tirano retórico. Capacidad de la retórica para manipular la historia.

Palabras clave: Lucano. César. Tiranía. Retórica. Deformación histórica.

An Image of Caesar Distorted by Lucan's Rhetoric Workshop

ABSTRACT

In ancient writers belonging to the beginning of the empire who were contemporary with Caesar, we find evidence both of Caesar's proverbial mercy and his tendency to forgive the defeated enemy. But in Lucan's *Pharsalia*, this *uirtus* is not applied to Caesar at all and what really appears is a long series of *uitia*, such as cruelty, haughtiness, and the wish to have a complete control of power, which consequently would imply the loss of freedom. Substituting the virtue of mercy for the above mentioned *uitia*, the poet depicts a distorted image of Caesar reflecting the tyrant stereotype of the rhetoric treatises that is different from the one reflected by history. Rhetoric has the power to manipulate history.

Key words: Lucan. Caesar. Tyranny. Rhetoric. History deformation

★ ★ ★

[1] Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación HUM2007-61087, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

1. LA PROVERBIAL CLEMENCIA DE CÉSAR

Uno de los personajes más grandes —y más discutidos también— de la historia de Roma de la época tardorrepublicana fue Gayo Julio César. Su persona ha merecido muchas y excelentes biografías, de las que la última de la que tengo noticia es la de Adrian Wolsworthy, titulada *César. La biografía definitiva*, cuya traducción al español, realizada por Teresa Martín Lorenzo, apareció en 2007, en la editorial *La esfera de los libros*. Ya su título original —*Caesar: The life of a Colossus*— pone de manifiesto la colosal talla del personaje. No menor atención que la persona ha merecido su obra. Los múltiples y rigurosos trabajos parciales y monografías completas hechos desde distintas aproximaciones y desde ángulos diferentes dan buena prueba de ello. En torno a su figura hay un constante juego de opiniones divergentes, puestas de manifiesto en la obra de varios autores clásicos, acerca de su «cacareada» clemencia o, por el contrario, sobre su extrema crueldad. En la *Farsalia* el enfrentamiento se produce entre lo que dice el propio César acerca de sí mismo —cuando es él el que habla— y lo que piensan Lucano o alguno de sus portavoces, aunque también César es portavoz de Lucano; en todos los casos es el poeta quien maneja los hilos de la narración y el que pone en boca de cada personaje las palabras que le parecen más apropiadas para lograr el objetivo propuesto. Nuestra intención es acercarnos a la descripción de su temperamento tomando como fuente de información lo que de él dice Lucano en la *Farsalia*.

Vayamos por partes. Acabo de decir que César es un personaje que, ya en su época, despertaba sentimientos encontrados y que sobre él se formaban opiniones contradictorias. Para unos, el rasgo más característico de su temperamento era la *clemencia* con el enemigo vencido hasta el extremo de convertirse en un atributo distintivo de su manera de ser. Otros, por el contrario, lo veían como un caudillo rayano en lo inhumano e inmisericorde, que aspiraba al poder absoluto sin reparar en los medios por los que hacerse con él.

Entre estos dos puntos extremos —el de la clemencia y el de la crueldad— se mueve el personaje. Para algunos autores contemporáneos suyos y para él mismo, como se verá, César se encontraba a gusto con la práctica de la clemencia y con la concesión del perdón incluso a quienes habían traicionado su confianza. Para los seguidores de esta opinión, fue la clemencia la virtud sobre la que César cimentó su programa político y la que para cualquier hombre de Estado debería de ser la virtud por excelencia. La valoración de su clemencia aumenta cuando se la contrapone a los *uitia* de otros personajes históricos. Los discursos pronuncia-

dos por el propio César y por M. Porcio Catón con sendas propuestas sobre el castigo que se debía infligir a Catilina son un buen ejemplo. Frente a la propuesta clemente de César[2] se alza la severidad de Catón[3] que aboga por el máximo castigo, pues el delito de conspiración contra el Estado había sido de la máxima gravedad. Aparte de Salustio, otros autores latinos se esforzaron por que esta virtud de César brillara más por antítesis, oponiéndola a los *uitia* de otros personajes. Así hace el historiador cortesano Veleyo Patérculo que opone la clemencia de César a la *crudelitas* de Antonio. Tras indicar que se debió a la clemencia de César el hecho de que a ninguno de los que habían empuñado las armas contra él se le privase de la vida, añade: «a Bruto lo mató la crueldad de Antonio»[4].

Tal vez uno de los episodios de la guerra civil que, con más claridad, puso de manifiesto, aparentemente al menos, la inclinación de César a la clemencia y al perdón fue con motivo de la rendición de la ciudad de Corfinio, después de un largo asedio. El relato de los hechos, en lo esencial, es coincidente, tanto en la versión que de este episodio hace el propio César como en la versión de Lucano. Cuando Domicio, el general al mando de las tropas sitiadas en Corfinio, comprobó que Pompeyo no tenía intención de acudir en su ayuda, tomó la determinación de huir, pero el descubrimiento de sus propósitos provocó la ira de los soldados, que decidieron rendirse. César, según cuenta él mismo[5], ordenó que fueran llevados a su presencia los senadores, hijos de senadores, tribunos militares y caballeros romanos, entre los que se encontraba el propio Domicio. Una vez en su presencia, no sin antes dirigirles palabras de reproche por no haber correspondido a los grandes favores que les había hecho, deja en libertad a todos, incluido Domicio. Este episodio narrado por César es reelaborado poéticamente por Lucano, quien, a pesar de que en la *Farsalia* no menciona ni una sola vez el término *clementia* aplicada a una persona[6], ni utiliza otras palabras de la misma familia léxica, sin embargo, en este pasaje, se hace eco del perdón de César a Domicio. Ahora bien, por la

---

[2] Sall. Catil. 51.

[3] Sall. Catil. 52.

[4] Vell. 2, 87: *Fuit et fortuna et clementia Caesaris dignum quod nemo ex his qui contra eum arma tulerant ab eo iussuque eius interemptus. D. Brutum Antonii interemit crudelitas*. De la clemencia de César y de su moderación hablan, aparte del propio César, varios autores latinos más, entre los que cabe mencionar a Suetonio (Svet. Caes. 71, 1: *moderationem uero clementiamque cum in administratione tum in victoria belli ciuilis admirabilem exhibuit*). La información sobre la clemencia de César es muy abundante. Noticias interesantes las encontramos en *Suetonio, Vida de los Césares* (edición de Vicente Picón), Madrid 1998, p. [218], n. 485 y en E. Malaspina, «Ventures i desventures de la 'clementia' entre Caesar, Cicero i Seneca, Itaca 21 (2005), pp. 63-77.

[5] Caes. civ. 1, 23.

[6] Sólo una vez (8, 366) emplea Lucano este término, en el sintagma *clementia caeli*: *emollit gentes clementia caeli*.

actitud del prisionero, César sabe que le está pidiendo el castigo y que teme el perdón. Mas César no accede a su velada solicitud y le concede el perdón diciéndole[7]: «Vive aun a tu pesar y ve la luz del día por concesión mía. A tu partido ya derrotado séle señal de buena esperanza y ejemplo de cómo soy yo…». Acto seguido, da orden de que suelten las ligaduras de sus manos. Lucano desvela a continuación el verdadero sentido de las palabras de César a Domicio: no son palabras de perdón, como pudiera pensarse, sino de castigo:

> «¡Ay! ¡cuánto mejor, incluso si le hubiesen ejecutado, habría podido velar la Fortuna por el decoro romano! El colmo de los castigos para un ciudadano romano fue que, de su incorporación al campamento de la patria y a las filas del general Magno y a todo el senado, se le *indultara*»[8].

César le perdona porque sabe que, paradójicamente, el perdón resulta ser el peor castigo que se podía dar a Domicio. Más que una muestra de clemencia parece un acto de extrema crueldad[9]. Sólo así se comprende el sentido de las palabras de Lucano al narrar la muerte de Domicio, palabras que expresan la alegría de éste por no habérsele concedido el perdón por segunda vez: «Vencido por César tantas veces, muere con su libertad a salvo: ahora, gozoso se desploma sobre mil heridos y se alegra de no obtener un segundo perdón»[10].

A raíz de esta compasiva actuación de César, Cicerón comunica a Ático que César le ha escrito una carta de agradecimiento en contestación a una anterior suya en la que dice Cicerón a Ático:

> «… como llené de elogios por escrito su acto de clemencia en Corfinio, me contestó»: (respuesta de César) «llevas razón al conjeturar respecto de mí […] que nada hay más lejos de mí que la crueldad. Y de la misma manera que el hecho en sí me produce un gran placer, el que tú apruebes mi acción me inunda de alegría»[11].

En una carta anterior dirigida a Opio y Cornelio, César manifiesta su decisión de mostrarse lo más moderado posible, dedicar todos sus esfuerzos a lograr la reconciliación con Pompeyo y, por este camino, tratar de recuperar las voluntades de todos distanciándose de los demás caudillos, que «no han podido por su

---

[7] LVCAN. 2, 512-514. La traducción de los textos de la *Farsalia* es de S. Mariner, *Lucano. La Farsalia*, Madrid 1978.

[8] LVCAN. 2, 517-521.

[9] LVCANO, *Farsalia* (edición citada de S. Mariner), p. 122, n. 53.

[10] LVCAN. 7, 602-604: *uenia gaudet caruisse secunda.*

[11] CIC. Att. 9, 16, 2.

[12] CIC. Att. 9, 7c, 1.

crueldad evitar el odio ni mantener largo tiempo la victoria, excepto uno solo, Lucio Sula, a quien no voy a imitar»[12]. En *De bello ciuili* son frecuentes las alusiones del propio César a su clemencia; no siente el más mínimo pudor al decir de si mismo que «le inducía también la conmiseración por los ciudadanos que habrían de morir; prefería obtener la victoria dejándolos sanos y salvos»[13].

No se queda atrás Cicerón, no sabemos con qué grado de sinceridad y convicción, en ensalzar e invocar esta proverbial virtud de César, sobre todo en los discursos «cesarianos», en los que, con el elogio de la persona de César y de su clemencia, busca obtener el perdón para Marcelo, Ligario y el rey Deyótaro. En los tres discursos se repiten, como argumentos dirigidos al corazón más que a la razón, continuas invocaciones, introducidas por el vocativo *Caesar*, invocaciones —digo— dirigidas a la equidad, a la misericordia, a la humanidad y, sobre todo, a la clemencia de César[14].

En resumen, contamos con muchos testimonios de autores antiguos —también de estudiosos modernos— acerca de la inclinación de César al perdón y a la clemencia con el enemigo, más creíbles unos que otros y sometidos a múltiples conjeturas sobre la veracidad de este atributo moral. El propio Wolsworthy[15] alude a las dudas de Cicerón respecto de la clemencia de César cuando dice: «A Cicerón la clemencia mostrada por César le había reconfortado, aunque no estaba seguro de cuánto duraría y de si César acabaría resultando tan cruel como Cinna», pero sucesivos acontecimientos vinieron a demostrar que —continúa Wolsworthy:

> «César no dejó en ningún momento de tratar de forma compasiva a sus enemigos ni jamás intentó gobernar por medio del terror. A lo largo de su vida es difícil encontrar algún rastro de crueldad. Podía ser absolutamente despiadado si creía que le beneficiaría […], pero nunca fue cruel sin motivo».

Éste ha sido un enfoque, de los posibles, de la manera de ser del conquistador de las Galias. Por este camino transitaron quienes se acercaron a la manera de ser de César desde una posición favorable. Es muy posible que en esta manera de verlo haya una parte considerable de verdad, pero no deja de ser una visión parcial, puede que incluso exagerada; se ve sólo un lado de la cara. No es este el momento de discutir si César fue en verdad tan clemente y tan dado al perdón como sostienen algunos autores, y, en el supuesto de que lo haya sido, no nos detendremos ahora en tratar de descubrir si era así por inclinación natural o si sus

---

[13] Caes. civ. 1, 72, 3.

[14] Cic. Marcell. 2 y 11-12; Lig. 10; 16; 19; 30; Deiot. 8; 40.

[15] A. Wolsworthy, *César. La biografía definitiva*, Madrid 2007, p. 525.

actos de clemencia —que los tuvo— fueron consecuencia de su «habilidad política para hacerse con el favor de los neutrales y de sus adversarios vencidos» —son palabras de Wolsworthy[16]—, «pero, en última instancia, su posición había sido conseguida mediante la fuerza militar», si bien es cierto que —se defiende César— siempre se vio forzado a la guerra y, cuando era inevitable la confrontación armada, actuó en contra de su voluntad. No se cansa de repetir una y otra vez que se había visto obligado a intervenir en la contienda civil, con lo que su participación en la guerra quedaba suficientemente justificada y la culpa se trasladaba al bando de los pompeyanos. Semejante caracterización está, sin duda, idealizada; se trata de una «modération affectée», cuya finalidad era «présenter une certaine image de César, qui désire apparaître auréolé de clemente»[17] Aparece como digno representante de un pueblo que prefería ganar aliados por la moderación y la amabilidad en vez de por el terror.

2. RETÓRICA Y DEFORMACIÓN HISTÓRICA

He escrito en otra ocasión[18] que las enseñanzas de la retórica, aparte de adiestrar para el hábil manejo de la palabra, servían para crear seres de ficción, para troquelar personajes que tenían poco o nada que ver con los personajes reales. La retórica enseñaba, por ejemplo, cómo había de ser el general ideal, qué *uirtutes* debía poseer el mejor de los generales para poder dirigir con éxito una campaña militar, al modo de la caracterización que hace Cicerón en el discurso *De lege Manilia* referida, primero, al caudillo ideal y, en un segundo momento, aplicada a Gn. Pompeyo[19]; la retórica enseñaba cómo debían actuar y comportarse los miembros de una sociedad determinada según que se la quisiese caracterizar positiva o negativamente; la retórica enseñaba, en fin, cómo se podía deformar y manipular la historia. No hace demasiados años, Marilyn B. Skinner[20] ha llamado la atención sobre la mencionada capacidad manipuladora de la retórica denunciando que el retrato de Lesbia, equiparada a la Clodia del *Pro Caelio* de Cicerón, era el resultado de una manipulación retórica y de la ficción literaria más que una

[16] Ídem, op. cit., p. 627.

[17] P. Grimal, «Le poète et l'histoire», en *Entretiens sur l'Antiquité Classique*, t. XV, *Lucain*, 1968, pp. 80-81.

[18] J. Lorenzo, «El *rhetor* y el *orator*: enseñanza para la vida pública en Roma», en T. Arcos Pereira, J. Frenández López, Fr. Moya del Baño (eds.), 'PECTORA MULCET'. Estudios de retórica y oratoria latinas, vol I, Logroño 2009, pp. 83-101.

[19] Cic. Manil. 28.

[20] M. B. Skinner, *Catullus in Verona. A Reading of the Elegiac Libellus, Poems 65-116*, Columbus 2003.

semblanza histórica, ficción que J. C. Fernández Corte extiende al conjunto del *Pro Caelio*: 'frente a la ficción de los poemas —dice—, el *Pro Caelio* es otra ficción, en la que los personajes y las situaciones han sido creados por Cicerón de manera que se atengan a la regla de la verosimilitud, sin dejar por ello de ser ficticios'[21]. Los ejemplos se pueden multiplicar. El retrato que Cicerón hace de Fulvia es el resultado de la aplicación de una serie de estereotipos sexuales y convenciones literarias cuyo objetivo es denigrar a Antonio, por lo que no es fiable como información histórica. Fulvia aparece como «una *mulier potens* cuya intervención política resta a su marido poder y virilidad, y todo lo que se asocia al papel dominante del ciudadano romano»[22].

A la retórica, junto a la capacidad de enseñar a hablar 'bien' y a manejar con habilidad la palabra con fines persuasivos, se le reconocía también la de diseñar convencionalmente un tipo concreto de sociedad o crear personajes de ficción que respondieran a determinados clichés y a los intereses de una clase política concreta. Fueron tal vez estas ventajas de la retórica la razón por la que las familias nobles romanas enviaban a sus hijos a las escuelas de los rétores, a una de las cuales habría asistido Lucano, y muchas de las enseñanzas allí aprendidas las puso en práctica en la *Farsalia* al hacer la descripción del temperamento de César, aparte de haber consultado, para la caracterización de determinados personajes, la «serie di esempi che trovava, retoricamente trattati, nell'opera di Valerio Maximo, scritta secondo i criteri e i dettami del nuovo asianesimo»[23].

He mencionado de pasada un aspecto de la cara amable de César —la clemencia— puesto de manifiesto en un retrato moral, retocado favorable e interesadamente por distintos autores latinos y por el propio César. Quiero advertir, sin embargo, que el tratamiento de la *uirtus* de la *clementia* no es el objetivo central de esta intervención —aunque podría haberlo sido. El recuerdo de este atributo moral se justifica por el hecho de que va a servirnos de punto de contraste con la deformada caracterización que de este personaje hace Lucano en la *Farsalia*.

Lucano, de cuya formación retórica nadie duda, se sitúa en el movimiento del nuevo asianismo de comienzos del siglo I d. C., cuando la retórica traspasa los

---

[21] Sobre el personaje de Clodia puede consultarse la magnífica obra *Catulo. Poesías*, edición bilingüe de J. C. Fernández Corte y J. A. González Iglesias, Madrid 2006, pp. 27-45, de manera especial p. 37.

[22] J. Lorenzo, «El *rhetor* y el *orator*...», p. 16.

[23] F. Cupaiuolo, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'Impero*, Nápoles 1973, p. 79. En n. 76 se mencionan algunos interesantes trabajos de autores modernos sobre la probabilidad de que Lucano, para la caracterización retórica de los personajes que aparecen en la *Farsalia*, haya consultado colecciones de *exempla* existentes en su época.

límites de la oratoria y deja sentir su influencia también en la poesía[24], es decir se literaturiza. Este movimiento neoasianista, caracterizado por la aspiración a lo «nuevo» y la tendencia a dar rienda suelta al *ingenium*, escapa, ente otras cosas, de la imitación de los modelos, característica que puede explicar, en parte, la innovación introducida por Lucano en la manera de concebir su poema épico, una composición dominada, como se ha dicho tantas veces, por un marcado antropocentrismo resultante de colocar al hombre en el centro de la acción; en la épica de Lucano el hombre es más importante que en los arquetipos épicos tradicionales[25]. El hombre se sitúa en el escenario de la ficción dramática como si de un personaje de teatro se tratara, y, como tal, ha de revestirse con el disfraz adecuado para representar el papel asignado en la obra dramática[26]. Lucano, instruido en las escuelas de retórica, sabe bien cómo caracterizar, de manera interesada, a los personajes protagonistas de su relato épico; sabe cómo elegir los disfraces más convenientes para cada actor. No le importa que se adecuen a la realidad; la historia puede deformarse y pueden crearse personajes de ficción alejados de la verdad histórica. Así surge, como vamos a ver, una imagen de César deformada por Lucano en los talleres de retórica.

3. CARACTERIZACIÓN NEGATIVA DE CÉSAR

En la *Farsalia*, Lucano caracteriza a César, fundamentalmente, como un personaje cruel y violento, para lo que echa mano de un lugar común de la historiografía romana consistente, en palabras de Cupaiuolo[27], en «presentare come 'crudele', 'feroce', 'violento', 'tracotante', etc. un nemico di Roma (Annibale, per es.) o un Romano, che muovesse contro la patria o che fosse ribelle». El tono anticesariano y antimonárquico se hace más evidente sobre todo a partir del libro IV, una vez rotas las relaciones entre ellos. Los *uitia* de César se amplifican mediante la técnica retórica del contraste con las *uirtutes* de los otros dos protagonistas. César, en la *Farsalia*, representa la antítesis del pacifismo de Pompeyo y de la imagen de Catón, el defensor de la libertad. Hemos visto antes que, inclu-

[24] J. Lorenzo, «Lucano ¿exponente de una pretendida *eloquentia Baetica*?», en A. Ramos Guerreira (ed.), *MNEMOSYNVM C. CODOÑER A DISCIPVLIS OBLATVM*, Salamanca 1991, pp. 175-187.

[25] E. Cizek, *L'époque de Néron et ses controverses idéologiques*, Leiden 1972, p. 341. No vale la pena insistir en una característica que ha sido señalada unánimemente por los estudiosos de la épica de Lucano.

[26] F. Cupaiuolo, *op. cit.,* pp. 48 y 53.

[27] F. Cupaiuolo, *op. cit.,* p. 78, n.73.

so cuando Lucano menciona la clemencia de César con motivo del episodio de Corfinio, lo que hace es presentar esa acción como una manifestación más de la cruel manera de ser de César.

Si exagerado puede considerarse el tratamiento positivo de la clemencia por parte de autores contemporáneos suyos y de comienzos del Imperio, otro tanto puede decirse respecto de la retórica caracterización negativa que se desprende de la lectura de la *Farsalia*.

Tanto en el caso de la caracterización positiva, como un general compasivo —imagen que brilla por su ausencia en la *Farsalia*— como en el de la negativa, Lucano realiza una *notatio* del personaje, figura definida en la *Retórica a Herenio*[28] como la descripción de la «naturaleza de una persona con unos rasgos determinados que, como marcas distintivas, son propias de su naturaleza», modalidad que difiere de la *effictio* o retrato físico[29]. Y si quisiéramos asociar esta clase de descripción a uno de los tres géneros retóricos de discurso, es en el demostrativo en donde habría de incluirse, en aquel que tiene por finalidad la *laudatio* de las *uirtutes* o la *uituperatio* de los *uitia*.

Por lo que se refiere al aspecto desfavorable de la imagen de César, Lucano lo mira a través de una lente de aumento que, al mismo tiempo, ofrece al lector una imagen deformada. En el proceso literario de la caracterización negativa de César —la positiva no existe en la *Farsalia*—, Lucano exagera y deforma la realidad; crea un personaje de ficción, extremadamente cruel y despiadado, representante típico de la figura del tirano diseñada por la retórica.

En dos interesantes trabajos publicados con un intervalo de pocos años, R. Dunkle[30] estudia la relación del tirano griego y la invectiva política romana a finales de la República, y la presencia de la figura retórica del tirano en la historiografía romana. Aísla los rasgos caracterizadores del tirano retórico como un estereotipo popular, y señala la existencia de términos especializados en la descripción de la manera de actuar y comportarse el tirano. Ya en los primeros tratados de retórica escritos en lengua latina aparece el estereotipo del tirano a propósito del tratamiento de la *indignatio* cuya finalidad es suscitar el odio y la animadversión en contra del adversario o aumentar la gravedad de un delito. De los lugares

[28] Rhet. Her. 4, 63.

[29] Rhet. Her. 4, 63.

[30] R. Dunkle, «The Greek Tyrant and Roman Political Invective of the Late Republic», *TAPA* 98 (1967), pp. 151-171; «The Rhetorical Tyrant in Roman Historiography: Sallust, Livy and Tacitus», *CW* 65 (1971), pp. 12-20.

comunes apropiados para lograr este objetivo se señala en la *Retórica a Herenio* aquel por el que «mostramos que se trata de un delito atroz, cruel, sacrílego, *propio de un tirano*…»[31]. En parecidos términos se expresa Cicerón en su *De inuentione rhetorica*: «El séptimo lugar —dice— se usa para expresar nuestra indignación contra un acto que calificaremos de odioso, cruel, impío, *tiránico*, cometido con violencia, a mano armada…»[32].

Los tragediógrafos griegos se sintieron atraídos por el estereotipo del tirano y le asignaron en sus tragedias el papel de un personaje despiadado y cruel. El tirano se convirtió muy pronto en un personaje típico del género trágico[33]. Por la vía de las adaptaciones romanas de las tragedias griegas este personaje llegó a convertirse en una figura familiar entre los romanos, en un personaje que gozó de gran popularidad, sobre todo en la época tardorrepublicana, cuando parecía cada vez más real el peligro de un poder individual que culminó con César[34]. No parece casual que Cicerón, en una carta a Ático escrita en marzo del 49[35], enumere varios temas susceptibles de ser desarrollados en los ejercicios declamatorios de escuela relacionados con la figura del *tirano* y con la *tiranía*, como: «si se debe permanecer en la patria sometida a un *tirano*» o «si se debe trabajar por todos los medios en la destrucción de la *tiranía* incluso si con ello la ciudad corre peligro de ruina total», […], o «si es político permanecer inactivo alejándose de la patria sometida a *tiranía* o hay que ir a través de todos los peligros en pos de la libertad» o «si se debe llevar la guerra contra su país y sitiarlo cuando está sometido a *tiranía*», y otros temas del mismo tenor. Si se tiene en cuenta la fecha de la carta (49 a. C.), es probable que Cicerón estuviera anunciando la inminente dominación de César[36]. El hecho es que el tirano es una creación retórica, un personaje «típico» que, de la tragedia griega, pasó a la invectiva política de finales de la república romana, y de aquí a otros géneros, entre los que se cuenta la épica de Lucano, como vamos a ver.

Hay que advertir, no obstante, que la aversión que sentían los romanos hacia el poder despótico no se explica únicamente por el rechazo que producía la figura del tirano griego. En la propia tradición romana se encontraba una encarnación del poder absoluto que era objeto de un odio no menor. Me refiero a la ins-

---

31 Rhet. Her. 2, 49. La cursiva es mía.

32 Cic. inv. 1, 102.

33 R. Dunkle, «The Greek Tyrant…», p. 153.

34 R. Dunkle, «The Rhetorical Tyrant…», p. 13.

35 Cic. Att. 9, 4, 2.

36 S. F. Bonner, *Roman Declamation in the Late Republic and Early Empire*, Liverpool 1969, p. 10.

titución monárquica, a la odiada figura del *rex*, si bien el título de «rey» parece haber tenido una carga negativa menor que la que acompaña al término «tirano». El tirano, si hacemos caso a lo que dice Cicerón[37], constituye la degeneración del *rex*. Para los griegos, «rey» era el que gobernaba al pueblo como un padre, pero el ejercicio despótico del poder por parte de un rey, a la manera del soberbio Tarquinio, lo convierte en «tirano».

Como sucede con cualquier personaje representativo de un estereotipo determinado, también la figura del tirano retórico se va perfilando literariamente por medio de unos trazos que, combinados de manera adecuada, configuran la representación buscada. La retórica —lo hemos visto antes— enseña que la mención de un acto realizado de manera tiránica suscita en el lector o en el oyente un sentimiento de odio contra alguien o contra una acción concreta. En la *Retórica a Herenio*, cuando se habla de la *captatio* basada en la persona del adversario, se dice que se despierta el odio contra esta persona si se menciona algún acto suyo realizado sobre todo con arrogancia y crueldad (*superbe* y *crudeliter*)[38]. Se repite la misma idea en la *Invención retórica*: la mención de acciones cometidas de manera arrogante y cruel producen una reacción de odio en contra de los sujetos de tales actos[39]. Si se relaciona el contenido de estos textos teóricos con el de los textos mencionados antes referentes a la manera de despertar la *indignatio*, resulta que, entre otras marcas de menor fuerza —como la *uis* y la *libido*—, las notas caracterizadoras del tirano retórico son la crueldad (combinada con la soberbia) y la aspiración al poder absoluto.

Bien, veamos si la imagen de César dibujada por Lucano en la *Farsalia* responde a estos esquemas retóricos del tirano, inclinado a la comisión de acciones despiadadas y a comportamientos arrogantes.

En la *Farsalia*, Lucano recurre a dos métodos de caracterización de los protagonistas de su poema épico (de la de César también): uno «indirecto» y «directo», el otro. En el primer caso, el poeta, escondiéndose detrás de algún personaje o reproduciendo —en estilo directo o indirecto— las palabras del protagonista que venga al caso, en vez de hacer explícita una valoración personal del temperamento de César, deja que el lector forme su opinión. Con la aplicación de este método, inserto en una tradición dominada por la técnica de la caracterización

[37] Cic. rep. 2, 47.

[38] Rhet. Her. 1, 8: *In odium rapiemus, si quid eorum [...], superbe [...], crudeliter [...] factum proferemus.*

[39] Cic. inv. 1, 22: *In odium ducentur, si quid eorum [...], superbe, crudeliter, malitiose factum proferetur.*

empleada en el drama griego[40], Lucano, lejos de ser objetivo, por más que simule serlo, guía al lector por donde quiere e influye de manera decisiva en él. Otras, opta por la caracterización directa. Manifiesta, sin acudir a rodeos, lo que él piensa de César. En esta clase de caracterización desempeñan un papel decisivo los adjetivos con los que describe la manera de ser del vencedor de las Galias, y califica las acciones llevadas a cabo por él. Con ninguno de los dos métodos sale bien parado César.

Son varias las notas negativas, específicas del estereotipo del tirano, que se combinan en el cuadro de César, y la suma de todas permite ver, como resultado final, una imagen que, sin ser del todo falsa, se halla alejada de la verdad histórica. La impresión que saca el lector del poema de Lucano es que las actuaciones de César fueron las propias de un tirano y su meta última fue hacerse con el poder absoluto. Según esta versión, César buscaba cercenar la libertad y someter al pueblo a su dominio. De los múltiples trazos y de los distintos colores del cuadro resultante, por razones de espacio, me detendré solamente en los dos que, en mi opinión, sobresalen con más nitidez en el cuadro de César: la crueldad (*crudelitas*) y la aspiración al poder absoluto (*dominatio*). El primero de ellos —la *crudelitas*— indicaba el camino para llegar a la meta última fijada: la *dominatio*.

3.1. La crueldad

A lo largo de la *Farsalia* la imagen de César va deformándose por la aplicación de una serie de descalificaciones que, a modo de borrones en un cuadro, acaban por volver irreconocible la figura real, con sus luces y sus sombras, de la persona retratada. Entre las varias notas negativas destaca, por encima de cualquier otra, la crueldad, el *uitium* que, como hemos dicho ya, suele asociarse más estrechamente al tirano. Para designar este atributo, echa mano Lucano de una variada serie de adjetivos pertenecientes al campo de la crueldad, entre los que, curiosamente, no figura *crudelis* aplicado a César, adjetivo que, incluso referido a otros nombres, tiene una presencia muy limitada; no pasa de siete apariciones en total, muy pocas si tenemos en cuenta que la crueldad es el atributo que Lucano destaca en César y que no hay ningún obstáculo de naturaleza métrica que justifique la escasa utilización de este adjetivo. Como norma general, los distintos adjetivos de los que

[40] P. Walsh, *Livy: His Historical Aims and Methods,* Cambridge 1961 (reimp. 1993), p. 83.

se vale para poner de manifiesto la crueldad del caudillo romano están utilizados por separado, no forman parejas ni aparecen unidos en series, si se exceptúa el caso de *ferus* e *immanis* que, coordinados con *maior* (con un significado clasificable, propiamente, en el campo de la *superbia*), forman una serie de tres miembros con una evidente fuerza intensificadora; es el único caso en que se aplica a César una secuencia adjetival trimembre: «Y no se lo imaginan tal como lo tenían en el recuerdo: les viene a las mientes *engrandecido, brutal y más inhumano* que su enemigo vencido»[41].

De la secuencia de los tres adjetivos aplicados a César destaca, por su fuerza significativa dentro del campo de la crueldad, la asociación formada por los dos últimos (*ferus* e *immanis*), en donde «cada uno aporta los semas que le son específicos sobre la base semántica que ambos comparten»[42]. En este caso, los semas de *immanis* están reforzados por la selección del grado comparativo, que contribuye a «marcar con mayor intensidad los semas de 'desmesura y monstruosidad' en la crueldad por encima de los de 'ferocidad»[43]. De *ferus* la expresión recibe, entre otros, los semas de 'carácter feroz', 'puramente animal', mientras que de *immanis* toma los de 'monstruosidad' e 'inhumanidad'. El resultado de la suma de los de uno y otro podría ser 'cruelmente salvaje por su monstruosidad'. La imagen de César, «engrandecido, brutal y más inhumano que su vencido enemigo», se muestra todavía más cruel por el hecho de que supera la brutalidad de su vencido enemigo, que no es otro que los galos. Se ha transferido al general romano la crueldad y brutalidad de un pueblo bárbaro.

No se agota aquí la amplia relación de adjetivos con los que Lucano o algún protagonista de los acontecimientos bélicos perfila, aun más si cabe, la imagen cruel de César. En una ocasión Pompeyo ordena a Cornelia permanecer oculta en Lesbos a salvo del «cruento vencedor», en clara alusión a César (*si fata prement uictorque cruentus*[44]). Otra vez el propio Pompeyo confiesa el consuelo que puede proporcionarle en su muerte el hecho de que su suegro —César— no ejercite con sus miembros ningún acto de crueldad, por haber muerto en un país lejano: «me llevaré como suficiente consuelo de mi muerte el que mi suegro no

---

[41] Lvcan. 1, 479-80: *Nec qualem meminere uident: maiorque ferusque / mentibus occurrit uictoque immanior hoste.* La cursiva en el texto castellano es mía.

[42] E. Cuadrado, *La adjetivación negativa en la oratoria ciceroniana. Estudio de las asociaciones adjetivas en la calificación del tirano.* http:/www.ucm.es/BUCM/tesis/fll/ucm-t26667.pdf, p. 218.

[43] E. Cuadrado, ibídem.

[44] Lvcan. 5, 758.

ejercite con miembros míos ningún acto de crueldad…»[45]. Con el adjetivo *cruentus* también lo ensombrece el propio narrador al referirse a las «enseñas del sanguinario César»[46].

El grado de crueldad se eleva un punto más con la aplicación de un adjetivo, de escasa presencia en la *Farsalia*, pero que ocupa uno de los niveles más especializados y concretos en el campo de la *crudelitas*. Me refiero al adjetivo *atrox*, referido una vez a César y otra a Septimio, dos personajes que, para Lucano, constituyen el prototipo de la crueldad. En el caso del traidor Septimio, ejecutor de un crimen nefando, concurren dos circunstancias que refuerzan el valor del adjetivo: la asociación con *immanis* y *uiolentus*, formando una serie trimembre, y la comparación con las fieras por su insensibilidad ante el asesinato: «Septimio… individuo desalmado, violento, brutal y menos sensible ante el asesinato que ninguna de las fieras»[47]. La crueldad de César, incapaz de soportar la paz y una prolongada inactividad de las armas, se manifiesta en su furiosa marcha en persecución de Pompeyo con la intención de eliminarlo, lo mismo que más tarde haría Septimio: *Sed Caesar […] / […] / instat atrox*[48].

La inclinación de César a la guerra y a las acciones crueles se manifestaba así mismo en el tono amenazante con el que acompañaba sus órdenes y la ejecución de las decisiones tomadas. Nada más cruzar el Rubicón y poner pie en las campiñas de Italia, declara su intención de abandonar la paz y los pactos, y tomar a la guerra por juez. Tras esta decisión, «se lanza amenazador contra la vecina Rímini»[49], o se arroja, amenazador, contra Lucio Manlio Torcuato: *Torquato ruit inde minax*[50]. En otra ocasión, reclama repetidamente con amenazas a Antonio para que acuda con sus efectivos (*illum* —Antonium— *saepe minis Caesar […] / euocat*[51]), o el anuncio del castigo con palabras amenazadoras a los instigadores de un intento de sublevación hizo temblar a la masa inmóvil: «tembló ante la voz iracunda que profería estas amenazas la masa inmóvil»[52].

---

[45] LVCAN. 8, 315-16: *nihil haec in membra cruente / …socerum fecisse.*

[46] LVCAN. 9, 15-16: … *signa cruenti / Caesaris…*

[47] LVCAN. 8, 596-600: *Septimius […] / […] / immanis uiolentus atrox nullaque ferarum / mitior in caedes.*

[48] LVCAN. 2, 656-58.

[49] LVCAN. 1, 231: … *uicinumque minax inuadit Ariminum.*

[50] LVCAN. 6, 285.

[51] LVCAN. 5, 480-81.

[52] LVCAN. 5, 364-65: … *tremuit saeua sub uoce minantis* —Caesaris-/ *uulgus iners.*

He dicho antes que, para perfilar la imagen de crueldad propia del tirano retórico, Lucano, paradójicamente, nunca se vale del adjetivo *crudelis* referido a César. La casilla vacía dejada por este adjetivo la ocupa *saeuus* —el adjetivo de valor negativo que más frecuentemente se aplica a César en la *Farsalia*— término que, al valor genérico de «cruel», añade el sema de «salvaje», rasgo específico de los animales. Con el repetido empleo de este adjetivo, Lucano completa el estereotipo del tirano retórico aplicado a César. Su crueldad supera la propia del ser humano; es la específica de las fieras salvajes. Tanto *crudelitas* como *saeuitia* y los adjetivos correspondientes *crudelis* y *saeuus*, referidos al tirano, pueden traducirse por «crueldad» y «cruel», pero con *saeuitia* y *saeuus* se añade, como sugiere Dunkle[53], una connotación de «histeria» y «sadismo maníaco». El sustantivo *saeuitia* y el adjetivo *saeuus* hacen referencia propiamente a la «ferocidad» y «fiereza» de los animales salvajes (… *ad saeuitiam ferae gignuntur*, dice Quintiliano[54]) y, sólo metafóricamente, se refieren a la crueldad de los hombres. La connotación de fiereza implícita en el adjetivo *saeuus* tal vez pueda explicar por qué se convirtió en el término específico para caracterizar al tirano. La comparación del tirano con una fiera aparece ya en obras filosóficas de Cicerón, en donde se dice que el tirano es un hombre sólo en apariencia; por la crueldad de su comportamiento es considerado más animal que hombre: *qui* (tyrannus) *quamquam figura est hominis, morum tamen immanitate uastissimas uincit beluas*[55].

En los últimos años de la República y a comienzos del Imperio se va produciendo un lento cambio en el vocabulario asociado al estereotipo del tirano. En el campo concreto de la crueldad, *saeuitia, saeuus* y el adverbio *saeue* van desplazando a *crudelitas, crudelis* y *crudeliter*, sustitución que pudo verse favorecida por el cambio de régimen político. La transformación del sistema republicano en principado con la, cada vez mayor, concentración del poder en manos de una sola persona favoreció la aparición en Roma de personajes cuyo comportamiento político se fue inclinando hacia la *dominatio* y la tiranía. El hecho de que la evolución del léxico de la crueldad fuera en esa dirección llevó tal vez a Lucano a sustituir el adjetivo *crudelis* por *saeuus* con el fin de acentuar más el grado de crueldad de que César era capaz y conseguir, de este modo, que se pareciera más al estereotipo del tirano. En la *Farsalia* abundan expresiones como *barbaricas saeui*

---

[53] R. Dunkle, «The rhetorical tyrant…», p. 14.

[54] Qvint. inst. 1, 1, 1.

[55] Cic. rep. 2, 48; off. 3, 32: *sic ista in figura hominis feritas et immanitas beluae a communi tamquam humanitate corporis segreganda est.* Insiste en la misma idea en off. 3, 82: *Quid enim interest, utrum ex homine se conuertat quis in beluam an hominis figura immanitatem gerat beluae?*

[…] Caesaris alas[56]; *saeui […] Caesaris arma*[57]; *saeui […] Caesaris iram*[58] o, referido a César, el sintagma *saeuus dux*[59] o *saeuus tyrannus*[60], en donde, por medio de la asociación del adjetivo *saeuus* con el sustantivo *tyrannus*, Lucano consigue rematar el retrato del cruel tirano César, aspirante a la instauración de una cruel tiranía, pues las tiranías son crueles: *saeua regna*[61]. No quisiera terminar el estudio del adjetivo *saeuus* aplicado a César sin mencionar un último ejemplo en el que la salvaje crueldad de César se agranda por la equiparación con animales monstruosos de mar, tierra y aire: «para que ningún monstruo marino ni fiera ni aves ni la cólera del sanguinario César se atreva a nada»[62].

Aparte de los adjetivos mencionados con los que Lucano caracteriza artificialmente a César como un tirano cruel, y además de otros, de significado negativo también, pertenecientes a campos semánticos distintos, abundan los pasajes relativamente extensos en los que el poeta se recrea con la narración del impulso irrefrenable que César siente hacia la guerra y que lleva al poeta a preguntarle en una serie de interrogaciones retóricas: «¿No te avergüenza, César, que solo a ti te plazcan unas guerras ya condenadas por tus propias tropas? ¿Se cansarán de sangre ellas antes que tú? […] Cánsate ya y aprende a poder aguantarte sin armas; que puedas poner un límite a tus crímenes ¿Por qué prosigues, cruel?»[63].

Desde el punto de vista de Lucano, en el general vencedor de las Galias se hallan mezcladas la crueldad y una irrefrenable inclinación a empuñar las armas, sentimientos que lo empujan a la comisión de toda suerte de acciones sangrientas: «En la sangre —dice Lucano— reconoce su buena estrella, y que los dioses están a su lado. Y para no perder, en su furor, los agradables espectáculos de sus crímenes, escatima a los desgraciados el fuego de la pira y entrega la Ematia a una atmósfera contaminada»[64]. Debajo de estas palabras subyace una implícita comparación de César con Aníbal que, tras la batalla de Cannas, ordenó sepultar al cónsul caído en la batalla e incinerar los cadáveres de los soldados muertos en combate. César es peor que el cartaginés Aníbal. Aparece, ante los ojos de Lucano,

[56] Lvcan. 1, 476.
[57] Lvcan. 5, 583.
[58] Lvcan. 8, 134.
[59] Lvcan. 5, 369-70.
[60] Lvcan. 8, 835.
[61] Lvcan. 2, 314-15: *…cur saeua uolentes / regna pati pereunt?*
[62] Lvcan. 8, 764-66: *… ne ponti belua quicquam, / ne fera, ne uolucres, ne saeui Caesaris ira / audeat…*
[63] Lvcan. 5, 310-315: *… saeue, quid insequeris?*
[64] Lvcan. 7, 797-99.

como poseído por una obsesiva intención de trabar combate[65], y es su mente belicosa la que lo empuja a cometer sangrientas operaciones[66]. En su delirio guerrero —*in arma furens*— se siente feliz de, ante determinadas situaciones, no hallar salida más que con derramamiento de sangre[67]. Ahora bien, así es como lo ve y como nos lo presenta Lucano, porque «la imagen que el general quiere mostrar de sí mismo se contrapone diametralmente con lo que el poeta percibe y desea denunciar: en una realidad trastornada un tirano se presenta públicamente como un defensor de la libertad»[68]. Basta recordar la arenga de César a sus soldados antes de la batalla de *Farsalia*, arenga en la que César, seguro de la victoria porque defiende una causa justa, proclama que la batalla ha de hacer del vencido —Pompeyo— el culpable[69] y exhorta a las soldados con el argumento de que, al enfrentarse a Pompeyo, están defendiendo la libertad[70], justo lo contrario de lo que sostiene Lucano respecto de César. La voz del general romano y la del poeta Lucano no son coincidentes. César quiere aparecer como el defensor de la libertad en consonancia con lo que ha manifestado en el libro primero cuando advierte que: «a quien detenta las armas negarle lo justo es dárselo todo [...], pues con mis armas no se busca ni botín ni dominio, libramos a una Roma dispuesta a la esclavitud»[71]. Eso es lo que piensa César de sí mismo, opinión muy alejada de la que de él tienen Lucano y los otros personajes de la *Farsalia,* portavoces todos de Lucano.

3.2. Aspiración al poder absoluto

Tratar de encorajinar a los soldados con la amenaza de la tiranía, en caso de salir derrotados, es un lugar común en arengas dirigidas a su ejército por caudillos del bando enfrentado a César. La mención del riesgo de perder la libertad y verse reducidos a la condición de siervos es un procedimiento retórico de gran rendimiento en este tipo de alocuciones castrenses. La selección de términos como

---

[65] Lvcan. 5, 476.

[66] Lvcan. 6, 29-30.

[67] Lvcan. 2, 439-40: *Caesar in arma furens nullas nisi sanguine fuso / gaudet habere uias...*

[68] M.ª L. la Fico, «El recurso de la paradoja en la *Farsalia* de Lucano», trabajo actualmente en prensa, realizado dentro de la investigación subsidiada por la Agencia Nacional de Ciencia y Tecnología PICT 02 n.º 12.619, y por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional del Sur, PGI 24/1136, p. 7.

[69] Lvcan. 7, 259-60: *haec, fato quae teste probet, quis iustius arma / sumpserit; haec acies uictum factura nocentem est.*

[70] Lvcan. 7, 264-65: *non mihi res agitur, sed, uos ut libera sitis / turba, precor gentes ut ius habeatis in omnes.*

[71] Lvcan. 1, 350-51.

dominus, regnum, regnare, y otros pertenecientes a la misma familia semántica, cargados todos con connotaciones muy negativas para los romanos, ayudan a Lucano a ir completando el deformado cuadro de la caracterización de César. Para despertar el coraje de los soldados, el caudillo militar echa mano, entre otros, del tópico de que la derrota supondría el sometimiento al dominio de César, que se comportaría como lo hace un *dominus,* y añade que, incluso para que los tratara como siervos, habría que suplicárselo. Eso es lo que hace Petreyo que, por medio del recurso a la pregunta retórica, anuncia a los soldados la indigna situación en la que se van a encontrar: «Os pasaréis a un tirano [...] y, para que César se digne contaros entre sus siervos sin nota discriminatoria, habrá que implorárselo?»[72].

La afirmación de las aspiraciones de César a concentrar en sus manos todo el poder, con la consiguiente pérdida de la libertad, la repite el propio Pompeyo en la arenga a sus soldados antes del combate definitivo. Entre otros tópicos específicos de esta clase de *adhortationes ad milites*, les hace ver que Roma, por miedo a quedar sometida a un dueño totalitario, busca refugio en su coraje y les pide ayuda porque tanto la generación actual como la venidera ansían la libertad: «esta multitud quiere nacer libre, la otra quiere libre morir»[73]. Las continuas acusaciones de que César busca el poder, un poder totalitario, no salen sólo de boca de los rivales. Poco antes de la alocución de Pompeyo, es Lucano quien, de manera subjetiva y a modo de preparación para la de César, denuncia cuánto disgusta a César, ansioso por hacerse cuanto antes con un poder tiránico (*flagransque cupidine regni*[74]), la demora en comenzar la lucha, hasta el punto de que «ya empezaba, tras un tiempo tan corto, a condenar las guerras civiles como un crimen demasiado lento».

El personaje de César y su trayectoria —así lo señala Bonner[75]— habían de ser fuente inagotable de temas de discusión en torno a la figura del tirano y la tiranía, temas que, aunque eran más propios del mundo griego, sin embargo no faltaban en el mundo latino. Es conocida la opinión del propio Cicerón sobre César, de quien escribe que había elegido, como programa de conducta, unos versos de la tragedia *Phoenissae* de Eurípides[76], versos que el mismo Cicerón tra-

---

72 Lvcan. 4, 217-19: *ibitis ad dominum [...] / utque habeat famulos nullo discrimine Caesar / exorandus erit?*

73 Lvcan. 7, 375-378: *Atque ipsam domini metuentem occurrere Romam / credite [...] / [...], haec libera nasci, / haec uult turba mori.*

74 lvcan. 7, 240.

75 S. F. Bonner, *op. cit.*, p. 34.

76 Evr. Phoen. 524-525.

dujo al latín en los siguientes términos: *Nam si uiolandum est ius, regnandi gratia / uiolandum est; aliis rebus pietatem colas*[77].

Son muchos los autores antiguos que, en opinión de Suetonio[78], piensan que César «se dejó seducir por el ejercicio continuo del poder y que, tras sopesar sus fuerzas y las de sus enemigos, aprovechó la ocasión para hacerse con el poder absoluto» (*occasio rapiendae dominationis*), un poder que ambicionaba desde siempre. Fue precisamente la reconocida ambición de un poder omnímodo por parte de César lo que llevó a Cornelia a pedir a su hijo Sexto Pompeyo que jamás, mientras quede en la tierra alguien de su estirpe, se les permita reinar a los Césares: *nec umquam / [...] /Caesaribus regnare uacet*[79].

Pero la implantación de un régimen totalitario y despótico exige, como tributo, la pérdida de la *libertas*. Tiranía y libertad son conceptos incompatibles[80]. Así se lo dice Cota a Metelo, ante la ira de César, con la fuerza que tiene la expresión sentenciosa que utiliza: «La libertad de un pueblo sometido a tiranía perece con la libertad»[81]. La oposición entre tiranía y libertad, formulada con valor de máxima general también, parece clara así mismo para el narrador Lucano: «a los tiranos —dice— se les teme por las armas y con las crueles armas se deja abrasar la libertad»[82]. Los términos tiranía y libertad se repelen, son incompatibles, y las armas son el instrumento del que se vale el tirano para implantar, por la fuerza, su poder.

Si del ámbito de lo general descendemos al caso particular de César, la conclusión que parece desprenderse es clara: si César aspira a la instauración de un poder tiránico y si un régimen así ahoga la libertad, es evidente que César es enemigo de la libertad. Es más, los contendientes en la batalla de Tesalia, tras la ausencia de Pompeyo, no son, en opinión de Lucano, ni el partidismo universal a favor de Pompeyo ni la pasión por la guerra, sino los dos que siempre están enfrentados: la Libertad —con mayúsculas— y César[83].

---

[77] Cic. off. 3, 82: «Si hay que violar un derecho, se violará para obtener un reino, / en los demás casos, hay que practicar la virtud».

[78] Svet. Caes. 30.

[79] Lvcan. 9, 88-90.

[80] M. P. Morford, *The Poet Lucan. Studies in Rhetorical Epic*, Oxford 1967, p. 15

[81] Lvcan. 3, 147-48: «*Libertas», inquit, «populi quem regna coercent / libertate perit*».

[82] Lvcan. 4, 577-78: *[...] sed regna timentur / ob ferrum et saeuis libertas uritur armis.*

[83] Lvcan. 7, 694-96: *non iam Pompei nomen populare per orbem / nec studium belli, sed par quod semper habemus. / Libertas et Caesar.*

Sobre la imposible coexistencia de la *libertas* con la tiranía que quería instaurar César (aunque no se menciona expresamente el nombre de César, no hay duda alguna de que Catón se refiere a él) se insiste en el penúltimo libro del poema a propósito de una contestación de Catón a una supuesta pregunta de Labieno formulada por medio de una expresión disyuntiva en el sentido de si es preferible morir libre o asistir a la implantación de un reinado[84]: «¿Qué me encargas que pregunte, Labieno? ¿Si prefiero morir libre bajo las armas antes que ver un reinado?».

Como cierre del apartado sobre las inequívocas intenciones totalitarias de César me parecen muy apropiadas las palabras de reproche que dirige Lucano a Roma por no haber reclamado todavía las cenizas de Pompeyo, mientras que ya ha dedicado templos al «cruel tirano», es decir a César divinizado. Es la única vez que se hace referencia a César abiertamente por medio del término de origen griego *tyrannus*, no con el sustantivo *dominus,* ni con el nombre de raíz latina *regnum* ni con el verbo *regnare*, relacionados ambos con *rex*, de significado equivalente, aunque, como he dicho ya, la carga negativa de este término no era tan fuerte como la de *tyrannus*: «también tú, Roma, cuando ya has dedicado templos al cruel tirano, todavía no has reclamado las cenizas de Pompeyo»[85].

A medida que la narración poética se acerca al final va asomando más nítido el retrato de un César cruel, de un César que reproduce el estereotipo del tirano retórico y que, como tal, es amigo de imponerse por la fuerza de las armas y se muestra enemigo de la libertad. La tiranía de César se acepta como un hecho tristemente consumado. Es en boca de Catón donde pone Lucano la condena implícita a todo régimen absolutista y de donde salen palabras de añoranza por la libertad perdida. Con la muerte de Pompeyo se ha perdido no ya la auténtica libertad sino incluso la apariencia de libertad. César tiene vía libre para imponer su tiranía (*non iam regnare pudebit*[86]). Con las palabras de reproche que dirige a la masa amotinada, Catón pretende hacerla reaccionar y que depongan su actitud con el argumento de que no saben vivir sin ser esclavos y no pueden pasar sin un rey, en alusión clara a César (*bella fugis quaerisque iugum ceruice uacanti / et nescis sine rege pati*[87]), o los anima a ir al encuentro de un amo, pero no con César sino por un camino mejor (*…uadat / ad dominum meliore uia*[88]).

[84] Lvcan. 9, 566-67: *Quid quaeri, Labiene, iubes? an liber in armis / occubuisse uelim potius quam regna uidere?*

[85] Lvcan: *tu quoque, cum saeuo dederis iam templa tyranno, / nondum Pompei cineres, o Roma, petisti.*

[86] Lvcan. 9, 206.

[87] Lvcan. 9, 261-62.

[88] Lvcan. 9. 393-94.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Si exagerada y ajena a la verdad histórica ha de considerarse la calificación de César como un general que rechazaba la solución de los conflictos por medio de las armas y que, cuando no le quedaba otra salida más que la guerra, se sentía inclinado a la clemencia con el enemigo vencido, por menos ajustada a la realidad ha de tenerse la deformada imagen que se saca de la lectura de la *Farsalia* de Lucano. El poeta ha pintado un negativo retrato moral de César, en donde se acentúan los rasgos caracterizadores, según la preceptiva retórica, del tirano cruel que aspira a hacerse con el poder absoluto. Esta es la imagen que emerge del relato de las acciones de Gayo Julio César y de la reproducción de sus palabras desde el punto de vista del poeta Lucano.

V

MODALIDADES DE RECEPCIÓN DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN

JULIUS CAESAR IN RENAISSANCE LITERARY BIOGRAPHY

Virginia Brown
Pontifical Institute of Mediaeval Studies
virginia.brown@utoronto.ca

ABSTRACT

Caesar's life and achievements are known from many ancient sources, including Caesar's own writings. Medieval authors provide partial accounts of his military campaigns, and he was credited during this period with marvelous exploits, achieving fame as a great builder. Yet no commentaries survive from the Middle Ages and no *vitae Caesaris* intended to form part of an *accessus* or to stand on its own. Renaissance interest in biography as a genre and the production of humanist commentaries on the *corpus Caesarianum* suggest that new biographies of Caesar may have appeared at this time. The avenues explored yielded a biography by Johannes Rhellicanus in a commentary framework, supplementary biographical material assembled by Juan Luis Vives, and a more sophisticated use of biographical material from the ancient world and change of emphasis that leads to an image of Caesar as the multi-talented 'Renaissance man'.

Key words: Biography. Commentaries. *De viris illustribus* collections. Petrarch. Johannes Rhellicanus. Juan Luis Vives.

Julio César en la biografía literaria del Renacimiento

RESUMEN

La vida y las gestas de César se conocen a partir de diversas fuentes antiguas, incluyendo sus propios escritos. Los autores medievales suministran informaciones parciales sobre sus campañas militares, y se le atribuyen en este periodo proezas formidables, incrementado su fama como un gran constructor. Sin embargo no hay constancia de que se haya conservado ningún comentario de época medieval y no hay ninguna *vita Caesaris* integrada en un *accessus* o bien concebida como obra independiente. El interés del Renacimiento en la biografía como género y la producción de comentarios humanísticos sobre el *corpus Caesarianum* inducen a pensar en la posible existencia de biografías nuevas de César en este período. Las vias objeto de indagación se centran en una biografía de Johannes Rhellicanus en el marco de un comentario, en el material biográfico suplementario reunido por Juan Luis Vives, y en un uso más sofisticado del material biográfico del mundo antiguo y un cambio de énfasis que conduce a forjar una imagen de Cesar como un hombre del Renacimiento, con un talento polifacético.

Palabras clave: Biografía. Comentarios. Colecciones *De viris illustribus*. Petrarca. Johannes Rhellicanus. Juan Luis Vives.

⋆ ⋆ ⋆

Any number of circumstances may have an impact on the biographical tradition of a classical author. Some scenarios in Antiquity, Late Antiquity, and the Middle Ages were more likely than others to prompt the composition of *vitae*, namely: if the author in question were regarded as a poet or philosopher;[1] if enduring posthumous popularity meant that an author was read in the schools; and if the author were the subject of at least one medieval commentary whose *accessus* usually had a section dealing with the *vita auctoris*.

Taken in a biographical framework, Julius Caesar presents an interesting, indeed perhaps an unusual case. There are many sources in the ancient world which tell us about Caesar's life and achievements. First and foremost, we have from Caesar himself the *Commentarii de bello Gallico* in seven books and *Commentarii de bello civili* in three books. These accounts of his military exploits are continued by Aulus Hirtius (book 8 of *De bello Gallico*) and the anonymous authors of the *Bellum Alexandrinum*, *Bellum Africanum*, and the *Bellum Hispaniense*. Then there are the lengthy biographies of Suetonius and Plutarch. All this is supplemented by information in various passages from the works of such contemporaries as Cicero or later writers like Pliny the Elder, Appian, Dio Cassius, Solinus, Eutropius, and Orosius; they often provide personal information and anecdotes, i.e., the kind of 'chatty' material missing from Caesar's *Commentarii* which are written in the impersonal style of the third person singular and are therefore formal in character.

Consequently we know what Caesar looked like, the way he dressed, the pains he took to conceal his baldness, where he lived, the company (both male and female) he kept, and so forth. He was recognized as a person of remarkable ability and someone who possessed an equally remarkable combination of virtues and vices. In other words, there were the ingredients at hand to render him a

---

[1] To judge from the *vitae* that survive, someone writing in either or both of these genres usually attracted much more biographical attention than a person who wrote other kinds of works. Although Caesar is reported to have written some verse, his poetic output was certainly not sufficient to warrant his classification as a poet *per se*. In addition, his *Commentarii* do not contain the striking sayings likely to be found in philosophical writings and thus constituting fodder for biographers.

legendary figure. Yet all this was not enough to generate the production of separate and mostly anonymous medieval lives in Latin like those attached to Virgil, Ovid, and Statius. If such Latin lives ever existed for Caesar, presumably they too might have contained to some degree accounts of otherwise unattested miraculous feats or facts previously unknown (and of doubtful authenticity) about his parents, his childhood, his early education, and so forth.

The absence of lives of this kind is all the more curious if we remember that, during the Middle Ages, Caesar was certainly not forgotten. Vernacular works credited Caesar with marvelous exploits, and he acquired a reputation as a great builder.[2] I suggest that some of the various factors responsible for the lack of medieval *vitae Caesarianae* are:

1) Some long-lasting (though not universal) confusion regarding the authorship of Caesar's writings. Manuscripts of the *Bellum Gallicum* ranging from the ninth to the twelfth century contain subscriptions recording the name of a certain 'Julius Celsus Constantinus' who has read and corrected the text of books 1-8.[3] This gave rise to the belief in the Middle Ages and the Renaissance that Celsus was actually the author as well. Such a misunderstanding is perhaps another reason why we lack medieval biographies of Caesar—and it would have been very difficult indeed to write a biography of 'Julius Celsus Constantinus' since this personage is otherwise unknown.

2) The omission of Caesar from the lists of authors to be read in the medieval schools.[4]

3) The apparent lack of medieval commentaries on the entire corpus Caesarianum and therefore no *accessus* with a biographical section.[5]

---

[2] H. NEARING, Jr., «Local Caesar Traditions in Britain» *Speculum* 24 (1949), pp. 218-227; P. HESS, *Li roumanz de Julius Caesar. Ein Beitrag zur Cäsargeschichte im Mittelalter,* Winterthur 1956.

[3] The text of the subscriptions is conveniently provided by W. HERING (ed.), *C. Iulii Caesaris Commentarii rerum gestarum*, vol. 1, Leipzig 1987, pp. XVI-XVII.

[4] This applies throughout the Middle Ages; see, e.g., G. GLAUCHE, *Schullektüre im Mittelalter. Entstehung und Wandlungen des Lektürekanons bis 1200 nach den Quellen dargestellt*, Munich 1970 and R. BLACK, *Humanism and Education in Medieval and Renaissance Italy. Tradition and Innovation in Latin Schools from the Twelfth to the Fifteenth Century*, Cambridge 2001, where Caesar's name never appears as a school author.

[5] A survey and listing, with brief descriptions, of commentaries on the corpus Caesarianum, is found in V. BROWN, «Caesar, Gaius Julius», F. E. CRANZ and P. O. KRISTELLER (eds.), *Catalogus translationum et commentariorum. Mediaeval and Renaissance Latin Translations and Commentaries. Annotated Lists and Guides*, vol. 3, Washington, D. C. 1976, pp. 87-139. To the best of my knowledge, no new commentaries have been located since the publication of this article.

4) The loss of the first quaternion in the early manuscript of Suetonius' *De vita Caesarum* from which all other witnesses are derived. With the absence of the prologue and the beginning of *Divus Iulius*, the text starts when Caesar is fifteen years old and has lost his father. Consequently, there is not the usual section on ancestry that is found at the beginning of the other lives, and we have surely lost at least some information on Caesar's early life. If medieval biographers did not rush to fill the void, the answer may be simply that the lacuna in the Suetonian text was not recognized until perhaps the beginning of the sixteenth century (see part II below).

This, then, was the situation by the time of the Renaissance. Biographically speaking, humanists were more ecumenical than their ancient and medieval predecessors since their interests extended to classical authors who were neither poets nor philosophers. They were also keen practitioners of biography as a genre. These new developments, coupled with the appearance of commentaries on the corpus Caesarianum, suggest that an exploration is in order vis-à-vis the possibility that new lives of Caesar were composed. If this turns out to be the case, who wrote the lives and where are they found? What was their focus? Do they reveal a specifically Renaissance attitude to Caesar? The number of potentially useful sources is very large and so, in this article, my investigations have been confined to three groups: commentaries on the *Bella* of Caesar and his continuators; fifteenth-century commentaries on Suetonius' *De vita Caesarum*; and collective biographies of the *De viris illustribus* genre.[6] I will be principally concerned with the picture these groups portray of *Caesar togatus*, i.e., Caesar in a 'civilian' role as opposed to Caesar in the military role that was often fiercely debated in the Renaissance.

I

While no medieval commentaries on Caesar have yet been located, medieval historians record Caesar's military activities and his accomplishments. These sources include Flodoard of Rheims (*Historia Remensis ecclesiae*), Aimoinus of Fleury (*Historia Francorum*), the *Gesta episcoporum Cameracensium*, and the *Historia Tornacensis*. A biographical treatment, however, is usually reserved for an encyclopedia. One such example in the thirteenth century is the *Fabularius* of

[6] It would have been appropriate to consider as well commentaries on Plutarch's *Life of Caesar*, but the first commentary in Latin is that of Wilhelm Xylander and it appeared in 1561 (kind communication of Dr. Marianne Pade), too late for our purpose.

Conrad of Mure (1210-81), which he completed in 1273.[7] The work was intended to help his students deal with the names they would encounter in the poems of Ovid. Conrad's sources for his treatment of Caesar are Ovid, Lucan, Solinus, Otto of Freising, and Honorius of Autun. The biography in the *Fabularius* opens with praises of Caesar for his military ability, courage, speed in reading and writing; it then goes on to list very rapidly his innumerable (*innumera*) accomplishments in and outside Rome, his victories over the Gauls and Pompey, his assumption of civil power, and, finally, his death at the hands of Brutus and Cassius once he had attained monarchical rule. Conrad concludes his treatment with various etymologies of the cognomen 'Caesar', Caesar's adoption of Octavian, the change in name to 'Iulius' of the month formerly known as 'Quintilis', and listings of the Hebrew, Egyptian, Greek, and Roman names of some or all the months. The etymologies differ from the Renaissance versions reported below inasmuch as Conrad believes our Julius to be the first to be known as 'Caesar' and consequently that he was so called because he was delivered by caesarean section or himself had a thick head of hair (*caesaries*) at birth or his father killed an elephant (Greek *ceson*) on the day his son was born.[8]

It will be clear even from this brief summary that (a) Conrad's biography of Caesar is a somewhat helter-skelter compilation ending in digression rather than an organized treatment; and (b) equal attention is paid to Caesar's military and non-military achievements, with literary accomplishments conspicuously absent from the latter.

The earliest commentary on any work in the corpus Caesarianum is written in the margins on fols. 9r-72v of Vatican City, Biblioteca Apostolica Vaticana, Reg. lat. 763, saec. XV beside the text of *Bellum Gallicum* and covers books 1-7. It begins with a comment on 1.1 *Gallia* and so is not preceded by an *accessus* or any other kind of prefatory material. The anonymous commentator provides

[7] T. VAN DE LOO (ed.), *Conradi de Mure Fabularius*, Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis 210, Turnhout 2006, pp. 340-342.

[8] Since these are the standard etymologies also in the Renaissance, it is worthwhile to cite the sources for them so as to show the various interpretations (and deformations) throughout the centuries:

Pliny the Elder, *Naturalis historia* 7.9.47: «Auspicatius enecta parente gignuntur, sicut Scipio Africanus prior natus primusque Caesarum a caeso matris utero dictus, qua de causa et Caesones appellati.»

Scriptores historiae Augustae, *Ael*. 2.3-4: «Et quoniam de Caesarum nomine in huius praecipue vita et aliquid disputandum, qui hoc solum nomen indeptus est, Caesarem vel ab elephanto, qui lingua Maurorum 'caesai' dicitur, in proelio caeso eum, qui primus sic appellatus est, doctissimi viri et eruditissimi putant dictum, vel quia mortua matre, sed ventre caeso, sit natus, vel quod cum magnis crinibus sit utero parentis effusus, vel quod oculis caesiis et ultra humanum morem viguerit.»

many geographical explanations and, to a lesser extent, also deals with technical and military terms. There is no annotation *per se* that could be considered even remotely biographical.[9]

It was not until nearly midway through the sixteenth century that a biography of Caesar finally appeared in the framework of a commentary. This is the work of Johannes Müller Rhellicanus (Johann Müller Rhellikan, ca. 1473-1542), a Swiss scholar, who followed the usual pattern and commented on the entire corpus. His efforts were published posthumously in 1543. As was logical, he began with the earliest work and therefore the biography forms part of the commentary on the *Bellum Gallicum*. Of the eleven commentaries on the *Bellum Gallicum* (Rhellicanus' is the fourth in terms of chronology), it is the only one to be thus equipped. Clearly commentators did not feel obligated to provide the reader with this kind of information, and the fact that Rhellicanus did so merits consideration of his *vita Caesaris* and its place in his methodology.

The *vita* is found in the several pages entitled 'Commentaria Praefatio' that precede the commentary.[10] Despite the title, the 'Praefatio' proceeds along the lines of a typical medieval *accessus*. Indeed, Rhellicanus makes his intention plain from the very beginning: he states that an orderly methodology is of paramount importance in all human activity and hence he will use the Servian model consisting of six components, the first of which has to do with the author's life (the heading Rhellicanus uses is 'auctoris vita'). This choice of format is all the more curious since Caesar does not figure in any of the collections of medieval *accessus* that I have explored to date.[11]

Rhellicanus announces that his sources are the accounts found in Plutarch, Suetonius, Eutropius, and Appian, with pride of place given to Suetonius. He

---

[9] For a brief description of ms. Reg. lat. 763, see E. Pellegrin et al. (eds.), *Les manuscrits classiques latins de la Bibliothèque Vaticane*, vol. 2.1, Paris 1978, pp. 106-107.

[10] G. Jungermanus (ed.), *C. Iulii Caesaris quae exstant ex nupera Viri docti accuratissima recognitione*, Frankfurt 1606, pp. 1-4. This edition contains (pp. 1-579, paginated separately) all previously printed commentaries on Caesar, together with other kinds of non-commentary material (lists of variant readings, the Greek translation of the *Bellum Gallicum*, notes on the building of a bridge across the Rhine and the war machines used at the siege of Marseilles, etc.). Unless otherwise noted, citations from commentaries by other humanists are also based on this edition, which is widely available.

[11] Published texts: R. B. C. Huygens (ed.), *Accessus ad auctores. Bernard d'Utrecht. Conrad d'Hirsau, Dialogus super Auctores*, 2nd ed., Leiden 1970. Unpublished texts: Augsburg, Stadt-und Universitätbibliothek, 4º Cod. 21, saec. XV; Brussels, Bibliothèque Royale, 21891, saec. XV/XVI; Copenhagen, Det Kongelige Bibliotek, Fabricius 29 2º, saec. XIII, fols. 5vb-6rb (kind communication of Prof. Frank T. Coulson who is preparing an edition of the various *accessus* in this codex). Admittedly my investigations have not been exhaustive.

remains true to his word. His biography of Caesar is essentially a skeletal summary, and sometimes a paraphrase, of the Suetonian *Divus Iulius*, interspersed with a few quotations from Plutarch, Appian, and Cicero. Thus he begins by reporting that Caesar was fifteen years old when his father died. (No reference is made to the fact that the *Divus Iulius* begins incomplete). Understandably enough, Rhellicanus does not recount in full Caesar's exploits in Gaul or his struggle against Pompey since these will be considered in his commentaries on the *Gallic War* and the *Civil War* respectively. Instead, the emphasis is definitely on personal details, especially the extraordinary side to Caesar's character as reflected in the unusual combination of virtues and vices. Any other references to Caesar's military prowess are couched in the same vein, for instance, the exemplary caution he showed in making inquiries with respect to the geography of Britain before invading that island. The biography concludes with a fairly long account of Caesar's death, taken (often verbatim) from Suetonius.

Starkly absent from the remaining Renaissance commentaries on any work in the corpus Caesarianum is any kind of prefatory material (except, of course, for a dedicatory letter addressed to a patron if required by the circumstances). As a rule, these commentaries, like that already mentioned in Vatican City, Biblioteca Apostolica Vaticana, Reg. lat. 763, plunge into the heart of the matter immediately with the explanation of the first lemma, which may consist of a word from the title (*Commentarii*) or the text itself. Thus Rhellicanus' *accessus* stands out even more.

For the sake of completeness, we should observe that, in the edition of the commentary on Caesar by Johannes Glandorp (1501-1564) which was published posthumously at Leipzig in 1574 by his student Reiner Reineccius, one of the three notes preceding the first lemma concerns the etymology of the cognomen 'Caesar'. Three possibilities are given with no sources specified: caesarean section; a full head of hair (*caesaries*) at birth; an elephant named 'Caesa' or 'Caesar' whom the first to bear the cognomen 'Caesar' had killed in the Punic War. The second note records the testimony of Suetonius, Pliny the Elder, Cicero, and Quintilian to Caesar's eloquence and vigorous intellect.[12] Whether Glandorp himself would have approved of precisely the placement and arrangement of this material is an open question since Reineccius says in the

[12] IUNGERMANUS (ed.), *C. Iulii Caesaris quae exstant*, pp. 130-131.

dedicatory epistle that Glandorp never prepared this commentary for publication, thereby leaving the impression that he had composed another better, more polished commentary.[13]

II

Let us consider next the question of Caesar's biography in the framework of the three earliest printed commentaries on Suetonius' *De vita Caesarum*. The first is the commentary of Domizio Calderini (1447-1478), which was published posthumously in 1480 at Milan. We can deal with this quickly since his notes on the *Divus Iulius* are brief and cover only the beginning of the first chapter to the beginning of the third chapter. Some biographical information is supplied gratuitously, but sparingly, on fol. a2r before the first lemma. It starts with the etymology of the name 'Caesar'; Calderini gives only a single possibility, that is, the name is applied to someone who was delivered by Caesarean section; in this he is silently following Pliny, *Nat. hist.* 7.47. He then notes that Suetonius and Plutarch both omit any information about Caesar's father—obviously Calderini did not realize that both these *Lives* begin incomplete—and so fills the lacuna with Pliny the Elder's notice (*Nat. hist.* 7.181) of the sudden death of Caesar's father at Pisa while putting on his shoes one morning. Calderini ends the short introductory section with the observation that the family of the Iulii also included a tragic poet named Julius Caesar who was mentioned by Pedianus; this is, of course, Asconius Pedianus who refers in a comment on Cicero's *Pro Scauro* to tragedies by Lucius Julius Caesar, consul in 90 B.C.[14] Then come lemmatic comments with identifications of historical figures, glosses on Caesar's Latinity (Calderini supplies synonyms), etc.

Ten years later, in 1490, the commentary of Marco Antonio Coccio Sabellico (1436 [?]-1506) was published at Venice. In the first exhortation addressed to Doge Agostino Barbarigo (1419-1501), Sabellico remarks on fol. 3r that Suetonius' decision to begin the *Divus Iulius* when the subject was an adolescent has been called into question. Such a choice, he says, has been

[13] Brown, «Caesar, Gaius Julius», p. 111: «Quia enim Glandorpius in editionem numquam incubuisset, opinionem de se praebuisse videtur, alia ipsum elaboratiora et luculentiora conscripsisse quorum hoc brevi commentario tantummodo gustum aliquem dare voluerit.»

[14] A. C. Clark (ed.) and R. G. Lewis (trans.), *Asconius. Commentaries on Speeches of Cicero*, Oxford 2006, pp. 48-49, 225-226 (commentary).

explained by the shrewd conjecture [of unnamed persons] that it is not appropriate for the deeds of great men to be mentioned, as it were, in the same breath with the inconsequential events of childhood («Nunc quid sit quod ab adolescentia C. Caesaris uitam scribere sit Tranquillus exorsus in dubium uenire potest; sunt qui coniectura haud inepta non oportuisse dicant summi uiri gesta eius incunabulis et infantiae crepundiis confundi»). This is an ingenious way out of the difficulty. In his comment on the first lemma *Annum agens Caesar*, Sabellico could not resist the allure of the various etymologies of the cognomen and reports, like Calderini, that the name is derived from birth by Caesarean section. He also alerts the reader to the fact that Servius and Aelius Spartianus give further explanations. Then Sabellico follows this up, as did Calderini, with the report by the elder Pliny that Caesar's father died at Pisa one morning while putting on his shoes.

A more sober treatment is given by Filippo Beroaldo the Elder (1453-1505) whose commentary on Suetonius appeared at Bologna in 1493 and is still valuable. In a discussion of the origin of the name 'Caesar' placed before the commentary actually starts, Beroaldo, who was a no-nonsense kind of scholar, simply dismisses the etymological claims previously advanced. Not for him are the assertions that the name is owing to Caesarean section, the slain elephant named 'Caesar', the grey-blue eyes, and the thick head of hair. «For whatever reason this family is called 'Caesar',» he says, quoting silently from *Scriptores historiae Augustae*, *Ael.* 2.5, «it is certain that this name will have enduring fame throughout the world.» He continues with the observation that «it is silly to claim a Caesarean birth for Caesar since he lost his mother Aurelia while he was fighting in Gaul,» i.e., many years later (Beroaldo is implying here that a Caesarean delivery was usually fatal for the mother if she were not already dead when the operation was performed). Vis-à-vis the death of Caesar's father, he resorts to the account of Pliny the Elder already cited for the previous two commentators, i.e., Caesar's father died one morning at Pisa while he was putting on his shoes.[15]

---

[15] Philippus Beroaldus (ed.), *Suetonius*, Bologna 1493, fol. iir: «Certe quacumque de causa Caesares nuncupati sint, hoc constat clarissimum et duraturum eternitate mundi nomen istud effloruisse, quod non absurde dici possit nomen super omne mortalium nomen. Iulius autem Cesar qui dictator perpetuo epitheto dicitur ab eruditis, a quo familia et appellatio Caesarum deinceps propagata est, de quo in praesentia commentari auspicamur, non est natus ceso utero materno ut quidam male sentiunt sed matrem habuit Aureliam feminam primariam, quam amisit eo tempore quo gerebat bellum in Gallia. Pater uero et ipse Cesar nuncupatus praetura romani populi functus obiit Pisis morte repentina dum calciatur matutino.»

Naturally none of the above information is earthshaking or even satisfying. Caesar's father is mentioned but no one else in the family. Were there not other distinguished ancestors? And what of Caesar's education? That there was something missing at the beginning of Suetonius' account in the *Divus Iulius* was recognized by Luis Vives (1492-1540), who was born in Valencia and left Spain at the age of fifteen shortly after his mother died of the plague. We do not know exactly when he came to the conclusion that the *Divus Iulius* is acephalous. Certainly he was not the first to draw attention to this state of affairs since Raffaele Maffei of Volterra (1451-1522) had noted shortly after the beginning of the sixteenth century that, in the opinion of some *grammatici*, the *Divus Iulius* began incomplete.[16] But by 1521, when he was teaching at Louvain, Vives was the first actually to do something about it, and this makes him a rather unique figure in the Suetonian context.

In a letter to a favorite student Hieronymus Ruffaldus (Jérôme Riffault, son of Jean Riffault, treasurer of Charles V) written at Louvain and dated 1521, Vives advanced two arguments in support of his hypothesis regarding the mutilated beginning of the *Divus Iulius*: (1) it would not have been Suetonius' practice to pass over in silence the origin of Caesar's *gens et familia* when this kind of information had been given for the emperors, and surely Julia, Caesar's illustrious aunt, would also have rated a mention (Suetonius, *Iul.* 6.1 records that Caesar, in his funeral eulogy for his aunt, spoke of Julia's descent on her mother's side from the kings and, on her father's, from the gods); (2) in the opening words of the *Divus Iulius* in the text that has come down to us («Annum agens sextum decimum»), Caesar's name has been omitted, thus indicating that it had previously been mentioned. Vives is only being realistic when he says that he does not expect to find the missing text. So keenly, however, did he feel the lacuna that, after a careful and diligent reading of the ancient sources, he assembled the kind of information which he presumed was in the missing passages and sent it to Riffault along with the letter. He noted modestly that his

[16] Raffaele Maffei, *Commentariorum urbanorum libri XXXVIII*, Rome 1506, book 19, fol. 276r-v: «Scripsit [*sc.* C. Suetonius Tranquillus] plura e quibus de grammaticis libellus quem imitarisse noster Hieronymus in tractatu de uiris illustribus fatetur. Preterea uitae Caesarum iniquo opere cunctis in eo genere facile prestitit opinioque grammaticorum nonnullorum est primam Caesaris haud integram reperiri cum verisimile non sit ipsius incunabula generis tacuisse adeoque ex abrupto exorsum esse quum ceterorum omnium etiam ignobilium altius originem repetierit; itaque 'Iulius Caesar' in principio addita esse verba.» But commentators on Suetonius in the 1490s were not aware of the lacuna and had to come up, as we have already seen in the case of Sabellicus, with an alternate explanation for the abrupt beginning of the *Divus Iulius*.

supplement could be discarded if the passages of the *Divus Iulius* now lacking ever came to light.[17]

Vives' additions are divided into three sections, and it is interesting to see what he thought Suetonius might have written.

In the first section, entitled «De gente Iulia», the ancestry of this *gens* is traced back to Iulus, son of Aeneas and Creusa and the founder of Alba Longa. After his death, temporal sovereignty in Latium passed to Ascanius, son of Aeneas and Lavinia; but the religious duties owing to the Latin and Trojan *gens* continued to be performed by the descendants of Iulus, from whom are descended the Iulii. After Tullus Hostilius had destroyed Alba Longa, he transferred the Iulii and other noble families to Rome. Eventually the Iulii acquired magistracies and honors, but they were the last of the major *gens* to do so.

The second section has the heading «Caesarum familia». Vives states that the origin of the name 'Caesar' is unclear; nor do we know the first person to bear this name. Indeed, prior to Caesar the Dictator, his father, and grandfather, there were several Julius Caesars, including a Julius Caesar who served in the Second Punic War, Sextus Julius Caesar who was consul in 91 B.C., and Lucius Julius Caesar, consul in 90 B.C. and author of tragedies, whose name appears also in Domizio Calderini's commentary on Suetonius. Vives goes on to say that these were the first consuls in the 'familia Caesarum' and they were followed eventually by Lucius Julius Caesar, consul in 64 B.C.

As we might expect in a passage meant to imitate Suetonius, Vives includes the four etymologies of Caesar's name —the Caesarean birth, the full head of hair, the grey-blue eyes, and the elephant named 'Caesar'— but he is more cautious with regard to the elephant, remarking that this is reported by Aelius Spartianus and Servius, whose authority is questionable. The section ends with the notice of the sudden death of Caesar's father in Pisa one morning while putting on his shoes.

---

[17] According to E. GONZÁLEZ, S. ALBIÑANA, and V. GUTIÉRREZ, *Vives. Edicions princeps*, Valencia 1992, p. 161, the letter to Riffault was first printed in Vives' *Introductio ad sapientiam. Satellitium siue Symbola. Epistulae duae de ratione studii puerilis*, Bruges 1526 (kind communication of Prof. Charles Fantazzi). This edition was not available and I consulted the text of the letter in the 1544 Lyons and 1555 Basel editions of Suetonius where Vives' letter and Suetonian supplement appear on pp. 12-14 and pp. 686-687 respectively. In the 1544 edition the letter is dated 1521 on p. 12, while the 1555 edition exhibits a date of 1522 (perhaps a typographical slip?) on p. 686 at the end of the letter and a date of 1521 on p. 687 at the end of the supplementary material.

The third and last section supplied by Vives deals with the «Ortus Caesaris et educatio». First the birth: it took place in Rome on the fourth day before the Ides of Quintilis (later renamed July) when Marius and Lucius Valerius Flaccus were consuls. Caesar's rearing by his mother Aurelia and his aunt Julia, wife of Marius, gave him a love of the popular faction and hatred of Sulla. Marcus Antonius Gnipho, a Gallic grammarian, taught him Greek, Latin, and rhetoric first in Caesar's own house and then at his own school. Vives describes Caesar as a pupil of admirable docility with a talent for oratory. His command of the Latin language was perfected through the association at home with his mother who spoke the same pure and elegant Latin characteristic of Mucia, Laelia, and Cornelia whose children were also renowned orators.

In filling the gap at the beginning of the *Divus Iulius*, Vives has relied on the usual sources, namely, Cicero, Livy, Quintilian, Suetonius himself (*De grammaticis et rhetoribus*), Aelius Spartianus, and Servius. Consequently he does not tell us anything that was previously unknown; but he *did* recognize the mutilated state of the text while the three Suetonian commentators we have just consulted did not. He also assembled the basic information that is in keeping with the other, complete Suetonian *Vitae Caesarum* and was never provided by anyone else in such a convenient manner. Therefore Vives' efforts are certainly commendable and doubtless served their intended purpose, that is, to help his students.

III

The final works to be examined are of the *De viris illustribus* variety. A long and venerable tradition of writing about famous men extends from the ancient world to the Renaissance. Witness those names of the Greek and Latin authors cited by Jerome at the beginning of his own *De viris illustribus*: (Greek) Hermippus, Antigonus of Carystus, Satyrus, and Aristoxenus; (Latin) Varro, Santra, Nepos, Hyginus, and Suetonius. Jerome is aware that he is blazing a new trail by choosing to write about Christian authors only, but his work cast a wide shadow. Others who followed him during the Middle Ages in this specifically Christian subsection of the genre include Gennadius (Jerome's continuator), Isidore of Seville, Ildefonsus of Toledo, Sigebert of Gembloux, and Peter the Deacon.[18] In the Renaissance,

[18] R. H. Rouse and M. A. Rouse, «Bibliography before Print: The Medieval *De Viris Illustribus*», *Authentic Witnesses: Approaches to Medieval Texts and Manuscripts*, Notre Dame, Ind. 1991, 469-94 (brief survey of the genre from the fourth to the sixteenth century).

collective biographies of distinguished persons could be even more restrictive. For instance, around 1440 Giannozzo Manetti (1396-1459) wrote a work entitled *De illustribus longaevis*; this work embraced Old Testament figures, pagans, and Christians but Caesar did not qualify because he did not live long enough as Manetti's subjects all had to be seventy years of age or older. The *De viris illustribus* composed in the mid to late 1440s by Aeneas Sylvius Piccolomini (1405-64), the future Pope Pius II, dealt with the lives of fifteenth-century personages. In the sixteenth century Paolo Giovio (1483-1552) chose for his *Elogia virorum doctorum* (1546) people who had been famous in his own time or in his grandfather's time. Further specialization continued to emerge in the form of collections of national biographies, i.e., lives of illustrious writers from the same geographical area.[19]

This increasingly popular principle of selectivity shows that neither Caesar nor any other illustrious personage of the ancient world could be assured of automatic inclusion in a collection of lives of the famous. Selectivity, however, has its advantages: if Caesar is —or is not— among those chosen as subjects of biographies, then we ought to be able to see the reason(s) for such a choice.

In fact, despite their agreement on the value of history for moral instruction, quite different motives prompted the inclusion of Caesar in the two *De viris illustribus* composed in the fourteenth century by Petrarch (1304-1374) and his early associate and friend, the Dominican friar Giovanni Colonna (last decade, saec. XIII-1343/44).[20] Petrarch chose Livy as his model and so wrote lives of men of action such as the first Roman kings, Alexander the Great, Hannibal, and Scipio. Colonna, however, followed Valerius Maximus and his *viri illustres* are learned men such as Plato, Caesar, Cicero, Varro, and Augustine whose writings have preserved worthy achievements.

Their methodology is also different. Both works were begun in the 1330s and Colonna finished his before his death. Information, not style, was Colonna's concern; he compiled facts and citations for over 300 authors, adding as well remarks and interpretations of his own. Petrarch, however, worked on his *De viris illustribus* for the last thirty-five years of his life, writing thirty-six lives, with almost half of these in two versions, and leaving the work unfinished when he

---

[19] For specific examples with an English focus that range from the fourteenth to the eighteenth century, see R. SHARPE, «The English Bibliographical Tradition from Kirkestede to Tanner», in C. BURNETT and N. MANN (eds.), *Britannia Latina. Latin in the Culture of Great Britain from the Middle Ages to the Twentieth Century*, London-Turin 2005, 86-128.

[20] This and the following paragraph are based on W. B. ROSS, Jr., «Giovanni Colonna, Historian at Avignon», *Speculum* 45 (1970), pp. 543-544.

died in 1374. Moreover, the section devoted to Caesar became so large that it finally emerged as a separate work entitled the *De gestis Caesaris*.

As might be expected of someone imbued with the spirit of Livy, Petrarch is much more concerned with Caesar's military campaigns and recounts them in detail. The attention he gives to *Caesar togatus* concerns some facts regarding family history and Caesar's personal qualities such as his courage, quickness of intellect, etc. This information is mostly taken from Suetonius. But the *Divus Iulius* was not Petrarch's only source since he records (erroneously) the name of Caesar's father as «Lucius Julius Caesar»,[21] a detail not found in Suetonius owing to the mutilated beginning of the text. Two passages in the *De gestis Caesaris* demonstrate Petrarch's belief in Julius Celsus' authorship of the *Bellum Gallicum*.[22]

Colonna normally opens one of his lives with brief notices of the subject's place of birth, his family, the location and nature of his schooling, and his title.[23] In the case of Caesar this would be a problem since none of Colonna's sources (Cicero, Seneca, Suetonius, and John of Salisbury [*Policraticus*]) could tell him anything about Caesar's very early education. Hence Colonna begins with a more general assertion, namely, that Caesar was a very zealous and deeply learned man in all secular knowledge and a person of singular eloquence. He knows that Caesar was the author of the *Bellum Gallicum* and the *Bellum Civile* and numbers these among Caesar's other works. He extols Caesar's prodigious energy, his legendary clemency, magnanimity, equanimity, and his ability to excel in so many diverse fields.[24]

---

[21] G. Crevatin (ed.), *Francesco Petrarca. De gestis Cesaris*, Pisa 2003, I.2 (p. 1), where Cicero, *Off.* 1.30.108 is cited as the source. Note, however, that Cicero is referring to Gaius Julius Caesar Strabo Vopiscus, curule aedile 90 in B.C. and an orator and poet famous for his wit; his father was Lucius Julius Caesar. The father of Caesar the Dictator was also named Gaius Julius Caesar.

[22] Ibíd. III.8 («ut Iulius Celsus affirmat»), 9 («ut idem Iulius Celsus ait»). Petrarch also records that Celsus was with Caesar during a battle (*ibid.* XIV.31 «Iulius autem Celsus, Cesaris comes et qui rebus interfuit, Eburonum in finibus factum refert»). The name of Julius Celsus crops up as well in Petrarch's annotations to his autograph copy of the *De vita Caesarum* in Oxford, Exeter College, 186, fols. 4r (three notes on *Divus Iulius* 25.2) and 8r (one note on *Divus Iulius* 61.1). It is worth pointing out that, much later, even so distinguished a scholar as Justus Lipsius (1547-1606) would make the same slip. In fact, it was not until 1827 with C. E. C. Schneider's edition of Petrarch's *Vita Caesaris*, accompanied by a detailed analysis of the question of the authorship of the *Commentarii*, that the issue was finally resolved with the definitive acknowledgment of Caesar's authorship.

[23] Ross, «Giovanni Colonna,» p. 539, who observes (*ibid.*) that «the emphasis on educational details probably reflects the importance attached by the fourteenth century to formal courses and degrees.»

[24] Ibíd., pp. 553-555 for the text of the life of Caesar. Before his untimely death in 1994, Prof. Ross had made considerable headway in preparing the *editio princeps* of Colonna's *De viris illustribus*; his work will be brought to completion by dott. Marco Petoletti under the supervision of Prof. Mirella Ferrari.

Sicco Polenton (1375/76-1447) follows the path laid out by Colonna and chooses to write of the non-military side of Caesar's achievements. His work was completed by 1437 and, as its title (*Scriptorum illustrium latinae linguae libri XVIII*) implies, is as much a literary history as it is a collection of biographies. The life of Caesar provided by Sicco is much longer than that of Colonna. While the primary source is Suetonius, he reports personal details not found in the *Divus Iulius*, such as the year of Caesar's birth, the names of his parents (Lucius Julius Caesar and Aurelia), and his youthful prowess in Greek, Latin, and rhetoric. Two etymologies are given for the cognomen: one of Caesar's distant ancestors had a full head of hair (*caesaries*) at birth or was born by Caesarean section. Noteworthy is the fact that Sicco tells us more, perhaps, than any other biographer about Caesar's writings. He also discusses in a knowledgeable way the question of Julius Caesar vs. Julius Celsus as the author of the *Commentaries* and opts for Caesar. The excellence of Caesar's Latin style both in prose and in oratory is emphasized repeatedly. Sicco's biography concludes with a description of Caesar's physical appearance (he was tall with keen black eyes and fair skin) taken from Suetonius and a brief account of his death, also taken from Suetonius.[25]

★★★

With Sicco, we come to the end of the material to be considered here. At least three points emerge from this brief survey:

(1) frequently asked and debated with some feeling is the question of whether or not noticeable differences separate commentaries produced in the Middle Ages from those produced in the Renaissance. A medieval commentary on Caesar has still to be found. But in the sixteenth century Johannes Rhellicanus compiled a full-fledged accessus based on the Servian model, with biographical information as the first component. Hence it is clear that at least one medieval commentator could influence his Renaissance successors.

(2) the kinds of biographical facts that are reported about *Caesar togatus* in our three groups of sources show a growing degree of sophistication reflecting the ideals of the Renaissance itself. Vives deliberately included the four etymologies of the name 'Caesar' because he thought Suetonius would have done so. However, these etymologies come to be regarded as

[25] B. L. Ullman (ed.), *Sicconis Polentoni Scriptorum illustrium latinae linguae libri XVIII*, Papers and Monographs of the American Academy in Rome 6, Rome 1928, book 7, pp. 188-204 and see index, pp. 515-516 *s. v.* 'Caesar'.

unsatisfactory or not worthy of mention long before Vives (Giovanni Colonna and Filippo Beroaldo the Elder disregard and dismiss them respectively) and are gradually dropped. Instead, there is much more emphasis on the fact that Caesar excelled in so many fields and so he becomes an example of the multi-talented 'Renaissance man'.

(3) the grappling with the issue of the authorship of the *Gallic Wars* (and ultimately the other wars in the corpus Caesarianum) is another advance. This matter was not fully resolved until the nineteenth century, but people like Sicco Polenton were sifting the evidence and asking the right questions. Other humanists would do the same for other ancient authors whose works had been misattributed.

Of course there are many more avenues that could be considered, for example, the Scipio Africanus-Caesar controversy in the fifteenth century and the various histories written in the sixteenth century which often contain assessments of Caesar. Though likely to be concerned mostly with Caesar's political impact, they should not be overlooked for whatever information they contain about *Caesar togatus*. Not as numerous, perhaps, but still important are scattered instances of single lives of Caesar or lives found in groups too small to be considered true representatives of the *De viris illustribus* genre.[26] In short, much work remains still to be done.

[26] A good example of a small group of various *vitae* constitutes the epilogue of book 3 («De muneribus romanae reipublicae») of the unedited *Historia peregrina* composed in the early 1430s by Pier Candido Decembrio (1399-1477). These short biographies deal with Caesar, Octavian, Virgil, Ovid, Statius, Lucan, Horace, and Juvenal. The text of the *vita Caesaris* in Milan, Biblioteca Ambrosiana, D 112 inf., saec. XV, fol. 25r shows that Decembrio is principally concerned with Caesar's military campaigns, for which he draws heavily on *Divus Iulius* 25, 34-36. There is a somewhat generic praise of Caesar in the opening sentence of the biography («Gaius Iulius Cesar qui primus imperii iura firmauit, vir et animi industria et ingenio nec minus bellicis rebus illustris, omnem galliam quae a saltu pireneo alpibusque et monte gebenna fluminibusque reheno [*sic*] et radano [*sic*] continetur patetque in circuitu ad bis et tricies centum milia passuum armis subegit eique in singulos annos stipendii nomen imposuit").

JULIO CÉSAR A TRAVÉS DE LA LITERATURA FRANCESA: ENTRE EL *CÉSAR* DE GRÉVIN Y LA *MORT DE CÉSAR* DE VOLTAIRE

José Ignacio Velázquez Ezquerra
Universidad Nacional de Educación a Distancia
naciovelazquez@yahoo.es

RESUMEN

La figura de Julio César se ha reflejado en la literatura francesa (especialmente a partir del siglo XVI) de manera rica y variada. El estudio revisa sus principales manifestaciones en el marco de las aportaciones grecolatinas al espacio dramático francés, y analiza el *César* de Grévin —primera obra en francés nucleada en torno a su muerte y que había de servir como modelo posterior— y *La mort de César*, de Voltaire, en la que se condensan los conflictos en niveles privados y públicos, al margen de coordenadas temporales.

Palabras clave: César. Literatura Francesa. Grévin. Voltaire

Julius Caesar through French Literature: between César by Grévin and La mort de César by Voltaire

ABSTRACT

Julius Caesar´s character has been shown extensively and in a varied of ways in French literature (particularly from the 16th century). This essay goes across the main roles and analyses them in the setting of Greco-Latin contributions to the French teather. The «César» is the first French play which focuses on Caesar´s death and it will serve later as a model, while «La mort de César» summarizes private and public struggles outside the time.

Key Words: Caesar. French Literature. Grévin. Voltaire

* * *

Debo señalar por anticipado una paradoja que preside mi exposición. La grandeza de César reside en sus actos militares y políticos, en sus escritos y en sus concepciones sociales y culturales. Es decir, en su actividad mientras estuvo en vida.

En cambio, el presente estudio se ocupa de su muerte. Y no por capricho sino porque la literatura francesa se ha sentido particularmente atraída por las peculiaridades de su asesinato, las razones, los conflictos que viene a resolver o a crear y por sus antecedentes. También la plástica, pero es un campo que dejo deliberadamente de lado. Entre mis objetivos, además de efectuar un repaso ligero en torno a las tragedias inspiradas por la muerte de César en la literatura francesa, deteniéndome en dos en particular, también está el de señalar las razones de semejante atracción y el hacerme perdonar la paradoja de hablar de su muerte cuando lo importante, desde un punto de vista histórico, fue su vida. Pero añadiré que mi aproximación a la figura de César es exclusivamente literaria y tiene muy poco que ver con los análisis históricos. Por ello, se entiende que todas las referencias a las personas deben ser entendidas como si se tratara de personajes literarios.

Como preámbulo, entiendo que es bueno indicar algunas razones del éxito de las figuraciones de la muerte de César. Se trata de un episodio condensable y fácilmente adaptable a las exigencias de las unidades del teatro clásico (haciendo caso omiso de las exigencias históricas), en el que alcanza su punto culminante un cúmulo de conflictos: políticos, por supuesto, pero también personales y emocionales. Y porque figura un enfrentamiento entre consciente e inconsciente (por ejemplo, a través de los augurios) muy interesante. Y otro entre fanatismo y lógica, es decir, entre lo racional y lo irracional, que no lo es menos. Enfrentamiento asimismo entre el amor y el odio. Y con la sombra del destino dominándolo todo porque, en último término, como aparece en la obra de Voltaire, *César* hubiera podido convencer a *Brutus* o *Brutus* hubiera podido convencer a *César* y entonces, parafraseando a Giraudoux, la obra *no hubiera ocurrido*; pero sabemos por anticipado que sus intentos por desviar al otro de su camino están condenados al fracaso. Y ese todo, dominado por la sensación de que la coherencia de *César* le conduce hacia su propia muerte, de que él es consciente de que debe morir para seguir siendo él mismo, de que, en último término, él es la causa del efecto, es decir, que él es el responsable de su propia muerte. Se trata, por último, en la versión de Voltaire, de una obra abierta, que permite distintas elaboraciones incluso en función de los momentos históricos, como se verá más adelante.

⋆ ⋆ ⋆

El desplazamiento cultural al que se asiste tras la caída del imperio bizantino en 1453 hace que el Renacimiento francés se interese cada vez más por la

recreación literaria de hechos y figuras históricas de la Antigüedad grecolatina. Bastaría con indicar las tragedias de Robert Garnier que la recrean: **Porcie** (1568), **Cornélie** (1574), **Marc Antoine** (1578), de inspiración latina, y **La Troade** (1579), **Hippolyte** (1573) o **Antigone** (1580), de inspiración griega. En cualquier caso, en el ámbito que nos interesa, las primeras grandes obras de referencia son las tragedias **César**, de Jacques Grévin[1], publicada y representada muy probablemente en 1561 y, en menor medida, aunque sea anterior, la tragedia en latín **Julius Caesar**, compuesta hacia 1544 por Marc-Antoine Muret. Grévin, nacido probablemente en 1538, llegado a París con doce años para estudiar en la capital, *maître-ès-arts* a los dieciocho, había de comenzar a ser conocido como poeta a partir de los veinte años y publicaría su primera recopilación lírica, el **Olympe**, en 1560, a los veintidós. Miembro de *la Pléiade* y amigo de Ronsard, de Belleau y, sobre todo, de Du Bellay, su condición de hugonote le exiliaría en Inglaterra a finales del mismo año, de donde regresaría a Francia poco después para representar sus obras. En 1563 figura entre los panfletarios que atacarían a Ronsard y, ya doctor en medicina, publicó estudios sobre medicina y anatomía, sobre demonología y, entre otras cosas, de denuncia de las presuntas virtudes curativas del antimonio. Llamado a Turín en calidad de médico y preceptor por Marguerite de France, allí había de morir prematuramente en 1570, a la edad de 32 años. Pues bien, Grévin reinvindica en el *Brief discours pour l'intelligence de ce théâtre* con el que prologa la edición, en 1561, de su **Théâtre**, haber sido el primer autor francés en crear y publicar obras en francés inspiradas por la Antigüedad y que fueran algo más que meras traducciones. Porque ya se ha señalado que tenía como antecedente próximo el de quien sería profesor suyo durante poco más de un año, Marc-Antoine Muret, autor del latino **Julius Caesar** editado en sus **Juvenilia** en 1552, y acerca de la cual indicaría su alumno, en el *Prólogo* mencionado:

> *Mais revenons à nostre tragedie de Jules Cesar, laquelle nous avons mise en avant en nostre langue, non que je l'aye empruntée comme quelques-uns se sont faict accroire, estimans que je l'eusse prise du Latin de Marc-Antoyne de Muret; car là où elles seront confrontées, on trouvera la vérité. Je ne veux pourtant nier qu'il se trouve quelque traict digne d'estre loué, qu'il ne soit de Muret… auquel je donne le meilleur comme l'ayant appris de luy*[2].

---

[1] Utilizo la edición de la obra de E. Ginsberg, *Jacques Grévin: César,* Genève-Paris 1971, Droz-Minard, col. «Textes littéraires français», que contiene un estudio crítico sobre la misma al que me referiré en distintas ocasiones.

[2] Ibíd., p. 90.

La crítica contrastiva ha mostrado la deuda de Grévin hacia Muret y también las notables diferencias entre ambas obras, tanto en el desarrollo de la acción como en la caracterización de los personajes. Cabe recordar que en el Renacimiento francés los temas procedentes de la cultura grecolatina abundan: baste como ejemplo la **Cléopatre captive** de Étienne Jodelle, obra que conoció un gran éxito en 1553, ocho años antes de la obra de Grévin, la cual, a su vez, había de ser siete años anterior a la publicación de la primera obra de Garnier. De Jodelle había de decir Grévin en el mismo *Prólogo*: «*Non que je me vueille dire premier qui en a composé en notre langue. Car je sçay bien qu'Estienne Jodelle… a esté celuy qui les a tirées des Grecs et Latins pour les seplanter en France*»[3]. Grévin subraya, en cuanto al tono de su tragedia, que se ha esforzado por seguir los preceptos de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Séneca, de quien se inspiraría para el desarrollo de determinadas escenas, entre otras la del sueño de *Calpurnia*. Y Plutarco y Suetonio habían de servirle para la caracterización de sus personajes, del mismo modo que Cicerón había de proporcionarle la comprensión del proceso histórico. Entre sus fuentes, destacan las **Antiquitez de Rome** de Du Bellay, obra de 1558, así como otras obras menores del mismo[4]. Y, por lo que se refiere a sus fuentes contemporáneas, se han señalado las influencias en Grévin de la **Cléopatre captive** (1553) o de la **Didon se sacrifiant** (publicada póstumamente en 1574), ambas de Jodelle[5]. Recordemos al respecto que ambos fueron probablemente condiscípulos en el colegio de Boncourt, como también lo sería, aunque en París, Jean de la Taille, de cuyas poesías se sospecha que Grévin pudo haberse inspirado para alguna escena[6]. Robert Garnier, por su parte, había de centrar en las guerras civiles de Roma los argumentos sus tragedias **Porcie** (1568) y **Cornélie** (1574), con préstamos evidentes a la obra de Grévin, lo que también ocurre con el **Pyrrhe** de Jean Heudon, igualmente posterior[7]. En conjunto, pues, en las tragedias francesas del siglo XVI, los temas grecolatinos se ven abundantemente representados y, en el marco de la Historia de Roma, el episodio de la muerte de César ocupa un lugar privilegiado tras la obra de Grévin[8]. Pero es preciso tener en

---

[3] Ibíd., pp. 88-89.

[4] Ibíd., pp. 32-33.

[5] Ibíd., pp. 34-35.

[6] Jacques de la Taille, su hermano menor, había de componer un par de tragedias, **Daïre** y **Alexandre**, cuya tardía fecha de edición no aclara las de composición, por lo que resulta muy difícil precisar si los parecidos con el **César** de Grévin deben ser considerados como fuentes o como préstamos por parte de De la Taille, o incluso como préstamos por parte de ambos de la obra de Muret.

[7] La segunda edición aparece en 1599, sin que resulte posible datar la primera.

[8] Véanse al respecto los estudios de E. Forsyth, *La Tragédie française de Jodelle à Corneille (1553-1640): le thème de la vengeance,* Paris 1962, Nizet, y de É. Faguet, *La Tragédie française au XVIème. Siècle (1550-1600),* Paris 1883, Hachette.

cuenta igualmente que la atracción hacia la Antigüedad impregna el conjunto de la cultura del Renacimiento francés, lo cual es especialmente evidente en el terreno de la lírica, considerada a menudo como su manifestación más relevante en la Historia de su literatura. Y las influencias que la obra pudiera tener sobre otras posteriores con el mismo tema han sido abundantemente analizadas. Tanto Collischonn como Pinvert han establecido que nada debe la obra de Shakespeare a la de Grévin, a la que supera ampliamente en sus calidades dramáticas[9]. En cambio, sí que han quedado documentadas las deudas de **The Tragedy of Julius Caesar**, de Sir William Alexander, publicada en 1604 en Londres, hacia la tragedia de Grévin[10].

En síntesis, el **César** de Grévin responde a las reglas que caracterizan a la tragedia en el Renacimiento. Como señala Ginsberg,

> «... *la pièce de Grévin se conforme au système dramatique de Sénèque, car l'action est sacrifiée aux déclamations, récits et lamentations, on y trouve des personajes types tels que la nourrice et le messager, et le langage pompeux, emphatique joue un rôle prépondérant. Les lieux communs et figures oratoires imités de Sénèque sont fréquents*»[11].

Al margen de la nobleza innegable del tema, de los personajes y del estilo, en su *Prólogo* a la obra Grévin facilita su propio concepto de la tragedia: «*La tragédie donc... est une imitation ou representation de quelque faict illustre et grand de soy-mesme, comme est celuy touchant la mort de Jules Cesar*»[12]. Las reglas proceden de Aristóteles y Horacio: cinco Actos separados por los coros que comentan los acontecimientos y extraen su moraleja en cuanto se refiere a la fragilidad de los empeños humanos o a la inconstancia de la fortuna, o bien que los profetizan. Los episodios sangrientos son referidos en lugar de representados, en el escenario no debe haber más de tres personajes al mismo tiempo, el autor se conforma a la regla de las tres unidades de manera torpe y poco elaborada, lo cual conduce a un comienzo *in medias res* y a una carencia de análisis en cuanto a las causas del odio de los conspiradores y a sus consecuencias. La sencillez de la acción impide cualquier elemento complejo y hasta cualquier progresión en el drama, con confusiones temporales y espaciales. La

---

[9] Véanse L. PINVERT, *Jacques Grévin (1538-1570): étude biographique et littéraire*, Paris 1898, Fontemoing, pp. 155-164, y G.A.O. COLLISCHONN, «Jacques Grévin's Tragödie Caesar in ihren Verhältnis zu Muret, Voltaire und Shakespeare», *Romanischen Philologie*, 1886, Band LII, Marburg, Elwert.

[10] H. M. AYRES, «Shakespeare's *Julius Caesar* in the light of some other versions», 1910, *PMLA*, XVIII, 2º, 1910, donde se analizan con detenimiento las deudas de **The Tragedy of Julius Caesar**, de Sir William Alexander, publicada en 1604 en Londres, hacia Grévin, aunque E. Ginsberg las encuentre poco documentadas y ocasionales (*Op. cit.,* 1971, pp. 44-45).

[11] *Op. cit.*, p. 46.

[12] Ibíd., p. 89.

crítica ha señalado igualmente la falta de coordinación entre el desarrollo de la acción y los distintos Actos, así como la escasa profundidad psicológica de unos personajes que parecen responder a un único rasgo de su carácter, el necesario para su acción, lo cual les conduce a una única emoción, que es su resultado. Por ejemplo, *Calpurnie* ama a *César*, de manera que teme por su vida. *Marc-Antoine* es su amigo fiel: por ello, debe vengarle. Y los conspiradores están dispuestos a todo en provecho de la libertad en Roma: de modo que deben matar a *César*. El desarrollo de la obra no los hace evolucionar, de manera que sus diálogos son similares antes y después de la muerte de *César*: *Calpurnie* expresa miedo y lamentos; los conspiradores, sus deseos de libertad para Roma y su odio a *César*; *Marc-Antoine* tiene como únicas referencias su fidelidad y su deseo de venganza. Quizás las matizaciones más interesantes se desarrollan en torno a las distintas motivaciones de *Marc Brute*, *Décime Brute* y *Cassius* para obrar de la forma en que lo hacen.

Desde un punto de vista estilístico, la crítica ha señalado sus abundantes defectos, entre ellos el lastre retórico del que se sirve Grévin para elevar el carácter de los diálogos[13]. En buena parte, tales defectos son los propios de una tragedia que busca su forma en el siglo XVI, y a la que le cuesta desprenderse del carácter lírico y estático de las elegías dramáticas a partir de las cuales se conforma. Grévin innova, en cambio, con respecto al papel del coro, al que hace *decir* en vez de *cantar*, en provecho de la verosimilitud ya que «*la tragedie n'est autre chose qu'une representation de verité ou de ce qui en a apparence*»[14]. Pero el carácter de sus intervenciones es ambiguo y su relación con el desarrollo de la acción, escasa. Por lo demás, la relación entre verdad histórica y verosimilitud es poco explícita, aunque se trate de un conflicto entre los principios opuestos del republicanismo y del absolutismo monárquico.

¿Qué convierte, entonces, a esta obra en un referente trágico? No, desde luego, la muerte de César, ya que no basta una muerte para crear una tragedia, ni siquiera cuando sabemos que se va a producir a pesar de los esfuerzos de algunos personajes por evitarla. Buena parte de la magia de **La guerre de Troie n'aura pas lieu**, la obra de Giraudoux estrenada en 1962, reside en su propio título, porque el espectador sabe que, en contra de lo que dice, sí se producirá y,

[13] Así, se ha observado que «*les tirades des personnages sont surtout des collections de lieux communs, des exercices purement oratoires… Ce sont des tirades formalistes et factices qui n'ont de rapport intime ni avec les personnages ni avec leur situation*», Ibíd., p. 53.

[14] Se trata de cuatro veteranos del ejército de César que hablan por separado en octosílabos rimados, en lugar de las clásicas estrofas, y representan también al pueblo romano. El autor lo justifica con una frase con contenido social claro: «*il me semble que cependant que les troubles regnes (sic) ès republiques, le simple peuple n'a pas occasion de chanter, et que par consequent que l'on ne doit faire chanter non plus en les representant qu'en la verité mesme*» («*Aux lecteurs*», ed. de 1578, in Ibíd., p. 96).

en este sentido, el efecto es el mismo. Tampoco la convierte en una tragedia la posible identificación de una situación histórica o de unos personajes con los espectadores: tanto los conspiradores como *César* despiertan emociones o sentimientos en función del fanatismo de los primeros o del segundo. Si *César* es un héroe admirable o un tirano cruel, Grévin no parece tomar partido por una de las dos posturas, como tampoco decidirá si los conspiradores son héroes dispuestos a sacrificarse por la libertad o bien unos ingratos traidores.

El elemento que convierte a la obra en una tragedia es la decisión de *César* de acudir al Senado, a pesar de los presentimientos y las cautelas que le rodean. Y la constatación, por parte del espectador, de que este acto tendrá como consecuencia su muerte, cuya causa radica en el propio personaje, en su error y su imprudencia, en su orgullo y en la confianza ciega en la *Fortuna* que domina su carácter. Y ello poco tiene que ver con el debate político, con los antecedentes y con sus consecuencias, incluso con la forma de su muerte. Es en el momento en que toma la decisión de ir cuando ésta se consuma. La expresión por parte de Grévin de este momento culminante convierte a su obra en una auténtica tragedia. Cuanto la precede es su preparación, y cuanto la prolonga se limita a amplificar unas consecuencias, la preparación de una venganza que tampoco queda precisada. Importan ya poco las razones de unos y otros protagonistas de la Historia. En cambio, destacan los conceptos de evitable e inevitable, en relación con la arbitrariedad o la pertinencia de la *Fortuna*, hasta el punto de que al final el espectador tiene la sensación de su presencia como personaje determinante. Como indica el propio Grévin en la edición de 1578:

> *… Icy sera veu la mort tragique d'un des plus braves guerriers de son temps… Voila, Messieurs, la fin piteuse de ce brave guerrier et comme enfin la fortune luy tourna le dos l'ayant eslevé en telle dignité et au plus haut de sa rouë*[15].

Al cabo, queda la sensación de que es un *César* el que da muerte a otro; es decir, que *César* escoge morir para ser fiel a sí mismo. En último término, que decide morir matándose a sí mismo, sin que sus ejecutores pasen de ser meras comparsas que él mismo mueve. Grévin hubiera podido expresarlo de distintas maneras; optando por hacerlo de este modo, indicaba un camino para autores posteriores, camino que ha sido ampliamente seguido. Pues bien, además de resultar la obra de Grévin más colorista, matizada y tramada que la de Muret, en la obra latina la escena en cuestión es tratada de manera retórica y con escaso relieve en compara-

[15] Ibíd., p. 97.

ción, mientras que en la francesa alcanza un nivel dramático de primera importancia. Por ello, y por constituir la primera obra conocida y documentada en francés acerca de la muerte de César, su referencia resultaba inevitable.

⋆ ⋆ ⋆

A lo largo del siglo XVII, en el marco del desarrollo de la tragedia como género dramático, la Antigüedad grecolatina es evocada en buen número de obras por parte de los grandes autores dramáticos. En un muy breve repaso, cabe recordar las tragedias de Philippe Quinault o de Tristan L'Hermite, con su **Mort de Sénèque** (1645); la **Mort de César** de Georges de Scudéry (1636), y especialmente las de Corneille: **Horace** (1640), **Cinna** (1642), **Sertorius** (1662) o **Nicomède** (1651), así como su **Médée** (1635) e, incluso, su **Polyeucte** (1643). Acerca de la tragedia, Corneille señalaba en su **Discours du poème dramatique** (1660): *«La tragédie (…) veut pour son sujet une action illustre, extraordinaire* (comportant) *de grands périls pour ses héros. Sa dignité demande quelque grand intérêt d'État, ou quelque passion plus noble et plus mâle que l'amour, telles que sont l'ambition ou la vengeance…»* Habida cuenta de que la intervención del amor queda reducida a un segundo plano, sus grandes temas

> «*… qui remuent fortement les passions, et en opposent l'impétuosité aux lois du devoir ou aux tendresses du sang, doivent toujours aller au-delà du vraisemblable, et ne trouveraient aucune croyance parmi les auditeurs, s'ils n'étaient soutenus, ou par l'autorité de l'histoire qui persuade avec empire, ou par la préoccupation de l'opinion commune qui nous donne ces mêmes auditeurs déjà persuadés*»[16].

Puedo anticipar que esta última parte de su exposición tendrá, y mucho, que ver con la acogida en su momento de la obra de Voltaire de la que me ocuparé más adelante. Mención aparte merecería otra tragedia suya, **La mort de Pompée** (1642) en la que *César* juega un papel capital aunque sólo aparezca en escena a partir del Acto III, si tenemos en cuenta que *Pompeyo* ha muerto ya al comienzo de la obra y que el papel de *César* sería representado por un gran autor y actor cómico, el propio Molière.

El mismo Molière había de representar también el papel del primer **Alexandre le Grand**, la obra de Racine que había de conocer un gran éxito en 1665. Y no es ocioso traer a colación a este autor que, para la mayor parte de sus

[16] P. Corneille, *Discours de l'utilité et des parties du Poème dramatique (1660),* 2008, Digibook, pp. 13 y 6, respectivamente.

tragedias, había de inspirarse de nuevo de la Antigüedad grecolatina. Es el caso de su **Andromaque** (1667), de **La Thébaïde** (1664), de **Phèdre** (1677), de **Iphigénie en Aulide** (1674), de **Mithridate** (1673), de **Britannicus** (1669) o de **Bérénice** (1670) en especial por lo que se refiere a Roma, sin olvidar que esta última obra sería coetánea de la no mencionada anteriormente **Tite et Bérénice**, de Corneille. La simple mención de estas obras manifiesta el interés del siglo XVII francés por el desarrollo de temas grecolatinos. Por si quedaran dudas, en las consideraciones sobre la tragedia de Boileau, en su **Art Poétique** de 1674, se subraya el respeto que merecen los preceptos clásicos[17]. No cabe olvidar las obras de Saint-Évremond, en especial sus **Réflexions sur les divers génies du peuple Romain** (1663), precedente en algunos aspectos de las **Considérations** de Montesquieu, o sus reflexiones en torno al estilo grecolatino en **De la tragédie ancienne et moderne** (1672) y **Sur les poèmes des Anciens**, en 1685[18].

El siglo XVIII tiene otras preocupaciones pero, sin extenderme al respecto, no cabe eludir el hecho de que las traducciones y las ediciones documentadas de los autores grecolatinos, algunas de las cuales han sido canónicas hasta los estudiosos del siglo XX, tienen su origen en este *Siglo de las Luces*. En este sentido, al margen de sus excesos como autor dramático, no cabe ignorar los temas de las tragedias de Crébillon *père*, muy vinculados de nuevo a los episodios grecolatinos: así lo prueban **Électre** (1709), **Pyrrhus** (1726), **Atrée et Thyeste** (1717), o **Le triumvirat** (1754), donde *Tulia*, la hija de *Cicerón*, levanta un velo para descubrir la cabeza cortada de su padre. Pero, aunque nos alejemos por un momento del terreno dramático, además de su **Catilina**, representado en 1749, y al margen de las obras burlescas de Marivaux —su **Télémaque travesti** (1714) y su **Iliade travestie** (1917)—, es imposible no mencionar las **Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence** (1734) de Montesquieu; una obra que debía conformar un capítulo de su libro capital, **De l'esprit des lois** (1747) que, por cierto, sería inmediatamente incorporado al

---

[17] Y cuando, a finales de siglo, Fénelon compone su **Télémaque** (1694), donde propone sus lecciones políticas y morales al joven duque de Borgoña, del que es en ese momento preceptor, lo hace imaginando las aventuras del hijo de *Ulises* en busca de su padre perdido.

[18] En la época en que se produce la denominada *querelle des Anciens et des Modernes*, es revelador que uno de los episodios que más les han de enfrentar sea causado por una traducción en prosa de la **Ilíada**, la de la helenista Mme. Dacier, en 1699, calificada de espesa, en contraposición a la cual Houdar de La Motte, que ignoraba el griego, propondría la suya, que reducía el número de cantos a 12, es decir, la mitad. Entre otros elementos, los *Modernes* habían de señalar como caducos e imperfectos los modelos dramáticos grecolatinos, y es bien sabido que no tardarían en imponer sus puntos de vista críticos. Pero el hecho es que sus propuestas atacaban las formas de la Antigüedad como núcleo teórico a eliminar si querían imponer su propio sistema.

Index de las obras condenadas por la Iglesia, y de amplio alcance puesto que incluso daría nombre a una corriente literaria, la de los *decadentistas*, siglo y medio más tarde. En ella, Montesquieu descarta cualquier intervención divina o providencial en la Historia de los Estados y subraya, en cambio, lo que califica como encadenamiento necesario de los acontecimientos, para explicar su fortuna. De este modo, indica que la decadencia de Roma vendría precipitada por el propio exceso de su grandeza, en una obra cuyo objeto es conocer «*les causes générales, soit morales, sois physiques, qui agissent dans chaque monarchie, l'élèvent, la maintiennent, la précipitent*»[19]. El conjunto de su obra manifiesta, entre otros elementos, el conflicto entre la necesidad de la libertad y la necesidad de ponerle límites, entre la necesidad de un poder fuerte y la de crearle contrapoderes que lo equilibren. ¿No encontramos en ello, en último término, un reflejo del conflicto que opone *César* a los conspiradores? Mencionaré, por último el **Brutus** que la edición consultada de 1740 atribuye a Fontenelle[20], y **La Mort de Jules César**, de Marie Anne Barbier, en 1709, aunque atribuida en ocasiones al abate Pellegrin que, como la de G. de Scudéry, puede ser considerada de interés menor.



Hecha esta transición que prueba la pervivencia como referente de la cultura grecolatina en la Francia del siglo XVII y de los comienzos del XVIII, ha llegado el momento de analizar la obra de Voltaire, **La mort de César**, estrenada en 1743. Bueno será decir desde el principio que apenas se representan en la actualidad las tragedias de Voltaire. Cuesta recordar que, en su época, conocieron una extraordinaria difusión y remito al estudio socioliterario de Madeleine Fields[21] como prueba. Baste decir que, en su época, sus tragedias sólo eran comparables a las de Corneille o Racine. Por ello, la perspectiva actual acerca del desarrollo de la tragedia contradice esa opinión generalizada durante tanto tiempo según la cual la tragedia francesa estaría vinculada al nacimiento y el desarrollo de un poderoso estado monárquico centralista: además, algunas tragedias francesas del siglo XX, por ejemplo, obligan a matizar esta hipótesis. Y la propia temática del género, por restringida que pueda resultar, demuestra hasta qué punto tratan de conflictos ajenos a la temporalidad y, por ello, a los avatares históricos del momento. No se puede olvidar, al respecto, el éxito de las tragedias voltairianas hasta comienzos

[19] Montesquieu, *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* (texte de 1721), Paris 1968, Garnier Flammarion. Véase, en lo que se refiere a César, los capítulos XI y XII.

[20] Aunque no faltan críticos que señalan que la autoría de la obra correspondería a Catherine Bernard.

[21] M. Fields, «Voltaire et le *Mercure de France*», *Studies on Voltaire and the Eighteenth-Century*, vol. 20 (1962), pp. 209-210.

del siglo XIX, de ningún modo casual, y que cabe atribuir, al margen de elementos dramáticos, estilísticos o escenográficos, a su maestría para delimitar y representar conflictos que sorprenden todavía hoy por su actualidad y por su búsqueda de una ética[22]. Baste recordar al respecto que Voltaire, en sus **Commentaires sur Corneille**, señalaba que el teatro constituía la más noble de las bellas artes, con una utilidad instructiva y formativa en el sentido de habituar a las personas a «*nourrir leur esprit de ce que la raison a de plus pur*».

No me extenderé acerca de las posibles deudas de **La mort de César** de Voltaire hacia Grévin. Críticos como Collischon o Pinvert han sostenido su existencia, en los planos del esquema dramático, en determinados episodios o incluso en algunas expresiones de *César*. La crítica moderna las niega, aduciendo que no existe constancia de que Voltaire hubiera leído la obra de Grévin, en razón del olvido en que habría caído el siglo XVI en el XVIII. Que las situaciones y los elementos históricos sean idénticos, incluso que el argumento sea similar —después de todo, se trata de las circunstancias históricas en torno al asesinato de César—, un análisis comparatista de ambas obras revela que sus estructuras y efectos son muy distintos, y que el desarrollo ideológico o la expresión del conflicto poco tienen en común. Sí, en cambio, cabría señalar la influencia que, en cuanto al tono, algunos rasgos de los personajes y el objetivo del autor en cuanto a la grandeza trágica, había de ejercer Corneille y su **Mort de Pompée** sobre Voltaire[23]. Por otra parte, parece probado que Voltaire conocía tanto los dramas shakespearianos como **La muerte de Julio César**, de 1751, en italiano, del abate Antonio Conti.

Hay dos aspectos que retienen particularmente la atención en la obra de Voltaire. Uno hace referencia a elementos biográficos; otro, a los políticos. Con res-

---

[22] Aunque Manfred Kusch indique que la tragedia no puede existir sin la *noción de un orden metafísico* y que éste no siempre se acomoda con el espíritu filosófico y el optimismo histórico del *Siglo de las Luces*: «Old Certainties and the *New Novel*: the Problem of Authority in Voltaire's Theater and Prose Fiction», *French Forum*, vol. 9 (2) (1984), p. 195.

[23] Condorcet señalará a esta obra como «*seul modèle des pièces de ce genre*», al tiempo que criticaba el **Julius Caesar** de Shakespeare o los modelos de tragedias españolas a partir de dramas históricos: «*de telles pièces, où il n'y a ni unité ni raison, où tous les tons sont mêlés, où l'histoire est conservée jusqu'à la minutie, et les moeurs altérées jusqu'au ridicule, de telles pièces ne peuvent plus être comptées parmi les productions des arts que comme des monuments du génie brut de leurs auteurs, et de la barbarie des siècles qui les ont produites*». Es bueno señalar de paso que Voltaire, en su *Préface* a **Rome sauvée,** se refería a los autores ingleses como «*auteurs qui hasardent tout, sans même savoir qu'ils hasardent*» y, con respecto al **Catilina** de Ben Jonson, como una «*tragédie digne du siècle de Ben Jonson*», con todo lo que ello comportaba al respecto También cabe recordar que Fréron, el crítico y polemista que había de conocer un gran éxito con la publicación cada diez días de un nuevo número de *L'année littéraire*, hasta su prohibición, con ocasión del regreso a escena del **Catilina** de Crébillon, en 1756, hacía un encendido elogio del estilo y las concepciones trágicas voltairianas, a pesar de que, en los planos personal, político y religioso, fueran enemigos irreconciliables.

pecto al primero, un punto especialmente sensible se refleja de manera cruda en las escenas III y IV del tercer Acto, en las que *César* y *Brutus* mantienen su segunda y última conversación antes del asesinato, dominada por la paternidad del primero y por el dilema en que se encuentra el segundo al sentir que debe optar por Roma o por el tirano. Voltaire da por sentado que *César* es el padre de *Brutus*. Si el conflicto de éste aparece nítidamente cuando César le pregunta: «*Es-tu fils de César?*» y Brutus responde: «*Oui, si tu l'es de Rome*» (Acto III, escena IV), su reconocimiento filial es aún más evidente en la misma escena: *«César,* (et) *je t'aime. / Mon coeur par tes exploits fut pour toi prévenu, / Avant que pour ton sang tu m'eusses reconnu».* En el debate que les opone, los signos parentales y filiales reaparecen como jalones emocionales que marcan el debate ideológico. Así, si *Brutus* reitera, dirigiéndose a los dioses: *«Faites qu'il soit juste, afin qu'il soit mon père!»* (escena III), si le pide que escuche el consejo *«de ton fils»,* si le conjura a cambiar de opinión: *«Alors tu sais régner; alors je suis ton fils»,* si le muestra el conflicto en que se encuentra: *«Dirai-je au nom d'un fils qui frémit et qui t'aime, / Qui te préfère au monde, et Rome seule à toi? / Ne me rébute pas!»* (escena IV), *César*, por su parte, no lo reitera menos: desde su *«mon cher fils»,* pasando por la referencia *«à ton père qui t'aime»,* o por el derecho del padre: «*Sois mon fils en effet, Brutus; rends-moi ton coeur*», hasta sus últimos lamentos cuando reconoce que la distancia ideológica entre ambos es demasiado poderosa para que las razones emocionales puedan colmarla. Cuando *Brutus* quiere dar por concluida la entrevista, *César* no dejará de enternecerse: *«Ah! Mon fils…».* Y cuando *Brutus* ya se ha despedido, todavía *César* le dirá: «*Demeure encor, mon fils*». Será la última vez que aparezca *Brutus* en la obra ya que, en virtud de las convenciones dramáticas, la escena del asesinato nos es referida a través de otros personajes.

De manera que, por convencimiento o por razones de conveniencia dramática (al objeto de alcanzar un apogeo emocional en el desarrollo conflictivo), para Voltaire no cabe la menor duda de que *Brutus* es hijo de *César*[24]. Ya desde la primera escena del primer Acto, *César* le había referido a *Antoine* su paternidad cuando éste le indica que su único heredero es *Octave* y, como prueba, le hace leer la carta en la que *Servilie* se lo revela. En ese momento, todavía creía posible una reconciliación con *Brutus*: *«La nature, le sang, mes bienfaits, tes avis, / Le devoir, l'intêret, tout me rendra mon fils».* Pues bien, ¿falta, en la obra, la mirada ajena a padre e hijo, que sancione su parentesco y la publicidad del mismo? Ahí está la revelación a los conjurados, por parte de *Brutus*, acerca de su filiación, o la reacción de

[24] Utilizo la primera edición de la obra, editada en 1736 y accesible a través del siguiente enlace electrónico: **http://www.mediterranees.net/histoire_romaine/cesar/voltaire/index.html**.

Antoine, en la escena VII del mismo Acto, ya consumado el asesinato, para horrorizarse con la acción de *Brutus*: *«Brutus… où suis-je? Ô ciel! Ô crime! Ô barbarie! / Chers amis, je succombe; et mes sens insterdits… / Brutus; son assassin!… ce monstre était son fils*»; mezclando la paternidad de sangre y la del estadista al dirigirse al pueblo romano: *«Oui, Brutus est son fils; mais vous qui m'écoutez, / Vous étiez ses enfants dans son coeur adoptés*», cuando refiere el papel del hijo en el asesinato del padre:

Là, Brutus éperdu, Brutus l'âme égarée,
A souillé dans ses flancs sa main dénaturée.
César, le regardant d'un oeil tranquille et doux,
Lui pardonnait encore en tombant sous ses coups.
Il l'appelait son fils ; et ce nom cher et tendre
Est le seul qu'en mourant César ait fait entendre:
< Ô mon fils! > disait-il.

No aparece en la escena del asesinato la famosa frase que, sin embargo, encontramos ligeramente transformada en la escena III del primer Acto, en la que *César* debate con *Cassius*, *Cinna*, *Casca*, *Décime*, *Antoine* y *Cimber*, y ve cómo su hijo toma partido por ellos: *«Et toi, Brutus, aussi!»*[25]. No es objeto de este estudio analizar esta polémica. Pero sí lo es constatar la importancia que toma a los ojos de Voltaire, hasta el punto de convertirlo en clave dramática de su tragedia. El conflicto entre la sangre y el concepto es, en el imaginario volteriano y sus formas de representación, crucial. Y, en este punto, resultan ineludibles las reflexiones de Norbert Sclippa acerca de las tragedias de Voltaire: en suma, el parricidio es su denominador común. Lo es en **Mahomet** (1741) tanto como en la que nos ocupa. «En aquellas en las que la muerte del padre no es el tema directo de la tragedia, no por

[25] Al margen de los más que abundantes análisis en torno al alcance de la misma y a los significados en que debía ser entendida, me limitaré a citar las precisiones de Ruiz de Elvira al respecto. Tras indicar que es a partir del siglo XVIII cuando se atribuye, en latín, a César el «Tu quoque, fili mi» de su muerte, que sólo aparece en latín con Lhomond, que el único autor latino que lo menciona es Suetonio, en griego, del mismo modo que lo hace el único autor griego que lo refiere, Dión Casio; teniendo en cuenta las vacilaciones en torno a la fecha de nacimiento de Bruto que, en razón del manuscrito de Cicerón, surgen en torno a las variantes decem y sedecim, y que harían pensar que César tiene o quince o veintidós años cuando nace aquél, Ruiz Elvira concluye del modo siguiente: «Es, en suma, por lo menos muy dudoso tanto que César pronunciase la frase como que con la palabra »teknon« revelara, ni aún involuntariamente en aquel momento supremo, su paternidad de Bruto, y, en suma, que Bruto fuera hijo suyo; la anécdota, probablemente ficticia, pues (y que no está en Plutarco, Apiano, Nicolás de Damasco, Veleyo ni otro autor antiguo alguno fuera de Suetonio y Dión Casio), pudo tener su origen en el hecho de que los amores entre César y Servilia, la madre de Bruto, fueron especialmente famosos entre los muchos otros de César» (A. Ruiz de Elvira Prieto, «<*Vae Victis*>. Reflexiones analíticas sobre las escenas famosas de la historia de Roma» *Cuadernos de Filología Clásica*, 8 (1975), pp. 77-92).

ello deja de ser el eje del desarrollo de la acción, como ocurre en otras tantas obras y, especialmente, en **Ériphyle**, en **Mérope**, en **Sémiramis** o en **Oreste**, que tienen en común la venganza del parricidio»[26]. Es de notar que en las tres primeras la madre va a casarse con el asesino de su esposo, mientras que en la última ya lo ha hecho. Pues bien, en las cuatro aparece un hijo al que se daba por muerto, o bien es reconocido como tal, y acaba matando al pretendiente asesino. Lo cual dice mucho acerca de las claves obsesivas volterianas en sus tragedias.

Puede decirse que la tan mencionada escena VIII del tercer Acto constituye el momento álgido de la obra, que viene a ser el momento de *no retorno*, por cuanto lo anterior viene a ser la preparación para ella y porque cuanto ocurra a continuación no será sino su consecuencia. Es el enfrentamiento entre dos actuaciones políticas: una, la de un despotismo ilustrado emanado del populismo; otra, la del fanatismo republicano. En ella se produce la culminación entre juzgador y juzgado. *César* intenta explicarse ante *Brutus* y, al no conseguirlo, se entristece. *Brutus* pretende convencer a *César* y, al no conseguirlo, no contempla más salida que la muerte de éste. *Brutus* juzga y condena, en suma. Resulta un tópico freudiano referirse a la muerte metafórica del padre como una etapa necesaria para el desarrollo de la personalidad, pero no me detendré en ello. Pero a su vez, y bien a su pesar, *Brutus* pasará, una vez consumado el asesinato, de juzgador a juzgado, y no sólo por *Antoine* sino por el pueblo romano, un pueblo romano al que *Antoine* presenta como hijo y heredero del asesinado, ya que *César* es *padre del pueblo*. Con ello, se explica que en la tragedia que Voltaire también le dedica al hijo (**Brutus**, en 1730), se vea a su vez traicionado a su vez por su hijo *Titus*, aunque esta traición acabe de un modo distinto, ya que acabará costándole a éste la vida, eso sí, tras ser perdonado por su padre. Y de nuevo Sclippa lo resume: «perdón significativo por cuanto el complot contra el estado venía a reforzar su desobediencia y la subversión de la relación filial»[27]. En cambio, Voltaire no juzga, sino que comprende las razones de ambos: su obra nos muestra que ni *César* ni *Brutus* podrían obrar de otro modo sin traicionar sus propias convicciones: las del primero, avaladas por su trayectoria política y militar; las del segundo, condicionadas por su radicalismo.

El segundo elemento que interesa destacar en la obra parte de la base de que ésta no intenta reconstruir los acontecimientos históricos. Claro que no era ese el objetivo de un Voltaire que los altera y los deforma conscientemente en otra tragedia notable, **Rome sauvée**, o **Catilina**, representada en privado en 1750 y en

---

[26] N. Sclippa, *La loi du père et les droits du cœur. Essai sur les tragédies de Voltaire*, Droz, Genève (1991), p. 81.

[27] Ibíd., p. 83.

público en 1752, menos de diez años, en cualquier caso, después de **La mort de César**, y nucleada en torno a la conjuración de Catilina, obra en cuyo desenlace el triunfador es *César*. En su ya mencionado *Préface* de 1753, señalaba Voltaire que *«tout ce que Cicéron, Catilina, Caton, César, ont fait dans cette pièce, n'est pas vrai ; mais leur génie et leur caractère y sont peints fidèlement»*. La reconstrucción histórica debe ser dejada en manos de los historiadores, ya que el objeto del creador dramático debe ser otro, como señala el enciclopedista, matemático y filósofo Condorcet[28] en el *Avertissement* de esta última obra:

> *«… le développement de grands caractères placés dans des situations fortes, le plaisir d'entendre de grandes idées exprimées dans de beaux vers, et avec un style auquel l'état des personnages à qui on les prête permet de donner de la pompe et de l'énergie sans s'écarter de la vraisemblance… de donner à l'âme de l'élévation et de la force… on se trouve plus disposé à une action de courage, plus éloigné de ramper devant un homme accrédité, ou de plier devant le pouvoir injuste et absolu».*

Los dos últimos términos de Condorcet —*poder injusto y absoluto*— contienen la clave de estas últimas reflexiones en torno a **La mort de César**. Que toman como punto de partida el hecho, éste sí, histórico, de que la obra fuera recuperada durante el periodo revolucionario, en 1791, con reacciones entusiastas del público en aquellas escenas que creía poder referir a la situación contemporánea —pitando en particular las intervenciones de Antonio— y que en 1793, 15 años después de la muerte de Voltaire y 50 después del estreno de la obra, el ciudadano-diputado Gohier, a la sazón ministro de Justicia[29], la retomara para hacerla representar, con algunas variantes propias —en especial en cuanto se refiere al discurso *contra-revolucionario* de *aquel moderado de Antonio*, en el Théâtre de la République. Poco después, había de volverse a representar, ahora sin las correcciones de Gohier, en el Théâtre Feydeau: el público esta vez debía silbar a *Brutus* y a los conjurados; para entusiasmarse en cambio con *Antonio*. Cabe preguntarse la razón por la que la obra de Voltaire debía convertirse en *obra política* en plena Revolución, con sus seguidores y sus detractores no ya literarios sino políticos. Hasta el punto de que el Directorio debía ordenar el cierre de dicho teatro durante más de un mes, como consecuencia de ello.

---

[28] Autor, entre otras propuestas, de un sistema de voto no desdeñable o de un proyecto de Constitución *girondina*, de una **Vie de Voltaire** así como de una edición de sus **Obras Completas**, entre 1785 y 1789, y que había de morir encarcelado y en más que extrañas circunstancias, en 1794, tras haber representado un papel destacado en la Revolución.

[29] Uno de los tres Presidentes del Directorio que Napoléon debía destituir en su golpe de Estado del 18 Brumario, en 1799, con el que había de comenzar el Consulado.

Una característica esencial en un autor trágico, siempre según Condorcet, radica en «*une tête faite pour combiner des idées de politique, de morale et de philosophie*». Es el caso de un Voltaire, sin duda, que en su *Prólogo* al **Essai sur les mœurs**, en 1756, titulado *«Une philosophie de l'Histoire»* debía ofrecer una visión desencantada de los acontecimientos históricos, más dominados por el azar —apenas matizado por la noción de progreso— que por los providencialismos o la lógica: *«Il faut donc (…) avouer qu'en général toute cette histoire est un ramas de crimes, de folies, et de malheurs, parmi lesquels nous avons vu quelques vertus, quelques temps heureux, comme on découvre des habitations répandues ça et là dans les déserts sauvages»*. No pretendo resumir un pensamiento desbordante, y en tantos aspectos tan moderno, como el de su autor. Por ello, únicamente señalaré aquellos aspectos que permiten una mejor comprensión de la obra, aun en una síntesis tan escueta y poco matizada.

Alejado de las influencias epicúreas y libertinas de su juventud, Voltaire entiende el mundo como muy alejado de un *«lieu de délices où l'on ne doit avoir que du plaisir»*. Defensor a ultranza de la libertad individual, subraya la necesidad de una moral individual al margen de dogmas (religiosos, por ejemplo), de prejuicios y convencionalismos. Como creador, entiende que el arte tiene por objeto, entre otros, eliminar supersticiones y falsas creencias: por ello, debe ser didáctico. Entiende que el ser humano está obligado, mediante la acción, a influir sobre la sociedad —puesto que está hecho para vivir en ella—, haciendo un mundo más soportable —y, en consecuencia, luchando contra injusticias, fanatismos, guerras y miserias, contra la arbitrariedad o la estupidez de los gobernantes. Como resultado de todo ello, la monarquía de derecho divino debe ser descartada como sistema político. Pero su escepticismo irónico le conduce a dudar también de la democracia, únicamente capaz, en su opinión, de estructurar comunidades restringidas. Carente de un sistema bien definido, más allá de lo que pudiera denominarse un *despotismo ilustrado*, considera a la monarquía inglesa como el sistema menos imperfecto para su época: en ella, en efecto, *«le roi est tout puissant pour faire le bien, est impuissant pour faire le mal»*, en la medida en que se encuentra controlado por las inteligencias mejor preparadas de la nación. Este conjunto de principios no dejaría de causarle problemas en la Francia del Antiguo Régimen y a sus 32 años había de conducirle a la Bastilla —no sería su única estancia en ella—, para exiliarse después durante tres años en Inglaterra, antes de ir a Prusia y llevar la existencia errante que le conocemos, antes de establecerse en Suiza.

En 1762, Rousseau señalaba en su **Émile**: *«Nous approchons de l'état de crise et du siècle des révolutions»*. Es bueno situar la obra de Voltaire en la pendiente que

conduce hacia ella y el contexto sociopolítico e histórico en que la obra es compuesta. Sin extenderme, debo señalar la degradación que, ya desde la primera mitad del XVIII y, sobre todo, a partir de mediados de siglo, va a sufrir la monarquía de Louis XV, desde los puntos de vista social y político y, particularmente, conceptual. La Monarquía, muy sensible acerca del debate de ideas, aumenta los instrumentos represivos que procuran, infructuosamente, censurar especialmente aquellas ideas que pudieran cuestionar la legitimidad del sistema monárquico y su práctica absolutista. En la época, sistema y práctica se sostienen mutuamente, y dudar acerca de la legitimidad de uno u otra resulta, obviamente subversivo. Basta leer las obras de Robert Darnton[30] o la de Barbara de Negroni acerca de las lecturas prohibidas[31] para documentarse al respecto. Arlette Farge, en su reciente estudio acerca de la opinión pública en dicho siglo, subraya el valor de casos como el de Champagne y su «¿quién podría impedirme matar al rey?», o el del supuesto mandato a Thorin: «asesinarás al Rey»[32]. Piénsese que se trata de magnicidios imaginarios. Por último, Raymond Brin, en su estudio sobre la censura real, refiere cómo los literatos, a la hora de tratar temas históricos antiguos, debían ser especialmente cuidadosos: *«la controverse, le didactisme et même l'interprétation devaient être évités»*[33]. Y, como ejemplo, cita la prohibición en 1702 de las **Réflexions politiques sur les conspirations** —obra traducida del italiano por Eustache Le Noble— que analizaba las conspiraciones de la aristocracia contra Julio César, Nerón y los Médicis, porque *«la matière en est délicate et dangereuse»*[34]. ¿Con qué criterio? Lo encontramos entre las razones de la prohibición en 1708 de **L'Histoire de France en forme de catéchisme**, del Abbé de Bellegarde: *«elle contient des choses contraires aux bonnes maximes et aux intérêts de la Maison royale»*[35]. Basten estos ejemplos, entre muchos otros, para mostrar lo especialmente

---

[30] R. DARNTON, *Bohème littéraire et révolution. Le monde des livres au XVIIIème. siècle,* Paris 1989, Gallimard/Seuil, y *Édition et sédition*, 1991.

[31] B. de NEGRONI, *Lectures interdites: le travail des censeurs au XVIIIème. siècle: 1723-1774,* Paris 1995, Albin Michel.

[32] Y ello, al margen de los numerosos *affaires* que prueban cómo la represión de lo escrito inflama el valor de lo dicho, es decir, del rumor; al margen también de los elementos religiosos que se convierten en políticos —y citaré como ejemplo la expulsión de los jesuitas en 1762 como consecuencia del *affaire La Valletta*, o bien los enfrentamientos con los jansenistas—. A. FARGE, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIème siècle,* Paris 1992, Seuil, *La Librairie du XXIème siècle*, pp. 197 y ss. Y 212 y ss., respectivamente.

[33] R. BRIN, *La censure royal des livres dans la France des Lumières,* Odile Jacob, Paris 2007, p. 58.

[34] Ibíd., p. 58. El manuscrito de referencia se encuentra en la BNF. Fonds fr. 21939, 46vº. 21 juillet 1702: *Réflexions politiques sur les conspirations de Brutus contre César, de Pison contre Néron, et des Pazzi contre les Médicis, mêlées de traits curieux d'histoire…*

[35] Ibíd., p. 58. El ms. de referencia se encuentra en la BNF. Fonds fr. 21941, 39rº. 26 janvier 1708: *Abrégé de l'histoire de France par demandes et par réponses*.

sensible que se muestra el poder monárquico hacia cualquier argumentación que pueda, imaginaria o realmente, menoscabarlo. De ahí, el innegable valor político, y desde luego subversivo, de la obra de Voltaire.

Pues bien, la escena III del primer Acto plantea los datos precisos para un análisis del poder, de sus límites, de su legitimidad y de su uso. En ella, *César*, acompañado por *Antoine*, se reúne con los conspiradores. Cada cual expone sus respectivos argumentos, pero ya desde la escena I *Antoine* le había dicho: *«J'ai préparé la chaîne où tu mets les Romains»*, ya ambos han conversado acerca del fanatismo de los republicanos y ya el propio *César* ha confesado comprender a *Brutus*; más aún, ha entendido que siendo hijo suyo, no puede obrar de otro modo: *«Si Brutus me doit l'être / S'il est fils de César, il doit haïr un maître. / J'ai pensé comme lui dès mes plus jeunes ans; / J'ai détesté Sylla, j'ai haï les tyrans»*. Y las últimas réplicas de la escena IV, entre *César* y *Antoine*, una vez que los senadores han salido, agotado cualquier intento de conciliación, insisten en que el modelo de autoridad absoluta al que *César* aspira poco tiene que ver con la tiranía. Así, si *Antoine* le señala que *«la bonté convient mal à ton autorité», César* le recordará el ejemplo de *Sylla*: *«Sylla fut un barbare; / Il n'a su qu'opprimer : le meurtre et la fureur / Faisaient sa politique ainsi que sa grandeur; / Il a gouverné Rome au milieu des supplices; / Il en était l'effroi, j'en serai les délices»*. Cuando su amigo le señala: *«Il faudrait être craint: C'est ainsi que l'on règne»*, *César* responde: «*Va, ce n'est qu'aux combats que je veux qu'on me craigne*»; para concluir: *«Je sais combattre, vaincre, et ne sais point punir. / Allons, et n'écoutant ni soupçon ni vengeance, / Sur l'univers soumis régnons sans violence»*.

El segundo Acto es una consecuencia del primero: en éste, los conspiradores se han cargado de argumentos; ahora es el momento de ponerlos en práctica puesto que ya se ha producido la escena del rechazo de la coronación y la convocatoria del Senado. Pues bien, si *Cassius* se da por derrotado y prefiere morir, *Brutus* se considera investido del poder sagrado del magnicidio y reanima la conspiración: es el fanatismo llevado hasta sus últimas consecuencias. Él propone en la escena III el juramento de terminar con la vida de César: se trata de acabar con lo que encarna. *Cassius*, como hombre de estado, va más allá: «*Faisons plus, mes amis; jurons d'exterminer / Quiconque ainsi que lui prétendra gouverner: / Fussent nos propres fils, nos frères ou nos pères ; / S'ils sont tyrans, Brutus, ils sont nos adversaires. / Un vrai républicain n'a pour père et pour fils / Que la vertu, les dieux, les lois, et son pays»*.

Antes de mostrarle la carta de *Servilie*, todavía *César* se siente orgulloso de *Brutus* cuando éste le declara que, en caso de que *Pompée* hubiera triunfado con-

tra él, él, *Brutus*, le hubiera inmolado. Pero su negativa a cambiar de parecer termina irritando a *César* y elevando la tensión dramática hasta su paroxismo:

> «*Mon coeur trop indulgent est las de pardonner. / J'imiterai Sylla, mais dans ses violences; / Vous tremblerez, ingrats, au bruit de mes vengeances. / Va, cruel, va trouver tes indignes amis: / Tous m'ont osé déplaire, ils seront tous punis. / On sait ce que je puis, on verra ce que j'ose: / Je deviendrai barbare, et toi seul en est cause*».

El último Acto acentúa el conflicto de *Brutus*. Confiado el secreto de su paternidad a sus compañeros, *Cassius* le decide al preguntarle qué hubiera hecho en caso de ser *Catilina* su padre. La respuesta de *Brutus* va en el sentido del juramento prestado: *«Penses-tu qu'un instant ma vertu démentie / Eût mis dans la balance un homme et sa patrie?»*. El resto es conocido y el discurso de *Antoine* conduce a la multitud en busca de venganza. Pero el último cuarteto merece ser evocado. En él *Antoine* se confía a *Dolabella*: en cuanto al pueblo «*inconstant et facile*», como lo califica, me explicaré más adelante; en cuanto a su objetivo —*«Entraînons-le* (le peuple) *à la guerre; et, sans rien ménager, / Succédons à César en courant le venger»*—, significa, de hecho, toda una estrategia de toma de poder por la violencia.

Ya he señalado anteriormente la escasa fiabilidad que representaba para Voltaire un sistema democrático. Conocía demasiado su tendencia a ser manipulado a través del populismo, la seguridad que le da ser un súbdito en vez de un ciudadano y el que otros decidan por él a condición de dejarse engañar por unas formas vacías de contenido real, como para que nos extrañen la docena y media larga de reflexiones ácidas y escépticas que Voltaire le dedica a lo largo de su tragedia o que muestre el desprecio con el que los políticos se expresan a su respecto. El pueblo, en suma, podría apreciar una tiranía con la condición de que el tirano lo halagara haciéndole creer que si lo es, lo es por voluntad popular. El cinismo de *Antoine* en el último verso de la obra es la manifestación del desprecio voltairiano por un pueblo que cambia tan fácilmente de opinión. En suma, podríamos creer, leyendo a Voltaire, que lo que habría perdido a César es su benignidad con sus enemigos políticos. Si hubiera sido cruel, hubiera triunfado en sus aspiraciones. Frente a eso, poco importan las argumentaciones teóricas.

Pero la obra, además, refleja un magnicidio. Sabemos que la Historia opina sobre ellos cuando ya su opinión no es necesaria, y que a menudo sentencia que han sido providenciales o catastróficos en función de los intereses que han prevalecido tras haber sido cometido. Porque los conceptos acaban siendo utilizados por unos u otros en función de sus propios intereses, aunque sean tan personales como los que apa-

recen en la tragedia. Porque, ¿quién ama más la gloria, las virtudes y la grandeza de Roma, *César* o *Cassius*? ¿Quién ama más la libertad, *César* reivindicándola contra *Sylla* o *Pompée* o *Brutus* reivindicándola contra *César* o *Catilina*? De manera que, en la obra de Voltaire, unos mismos conceptos pueden significar el sí o el no de una actitud. Y, en este sentido, puede decirse que la obra es moderna en cuanto es polisémica, es decir, en cuanto el espectador puede encontrar argumentos tan irrefutables en uno como en otro sentido, sin temor a equivocarse. Lo cual resulta siempre subversivo en el marco, no lo olvidemos, de un sistema de monarquía absolutista que, por definición, tiene bien resuelto lo que debe y lo que no debe ser. Desde este punto de vista, la obra contiene unos elementos subversivos capitales.

Siendo polisémica, se encuentra por otra parte a merced de las circunstancias sociohistóricas en las cuales se representa, y ello explica las sucesivas representaciones durante los periodos revolucionarios, las variantes del ministro Gohier ya aludidas, o las distintas reacciones del público en cuanto al significado de *César*, de *Antoine* o de los conjurados en la obra. Y, por último, no cabe olvidar que Voltaire la concluye abierta, en plena llamada a la acción, es decir, en plena llamada a la reflexión personal. En este sentido, se trata de un espectáculo que se prolonga más allá del telón, en el espacio intelectual de cada espectador, que tiene los datos pero no una interpretación concluyente de los mismos, puesto que Voltaire se la escamotea, y debe elaborarla como ciudadano y a sus expensas. Es decir, Voltaire apela a la creación de una conciencia crítica. Lo cual a menudo es más que incómodo, para el poder y para el ciudadano, aunque por razones distintas.

Pues bien, por todas estas razones, entiendo como moderna, e incluso como actual, la versión voltairiana de la muerte de César. Porque, en último término, ésta es poco más que el pretexto para que cada cual se enfrente con el espejo de las convenciones y los prejuicios en los que se sustenta nuestra relación con los demás y con el reflejo, casi grotesco, que a menudo el poder tiene de nosotros mismos. Y eso, únicamente las obras maestras lo consiguen, transcurridos dos siglos y medio después de su creación.

* * *

Naturalmente, cabría aumentar el listado de los autores modernos que han continuado interesándose por la figura de César o, en general, por los episodios de la historia y la cultura grecolatina. Mencionaré la mediocre tragedia **La mort**

[36] Este autor había publicado una *Histoire romaine jusqu'à Auguste* y una *Histoire des Empereurs romains*, en 1806 y 1808 respectivamente.

de César del historiador Jacques-Corentin Royou, en 1825[36]. No me detendré en la importancia que los modelos y los temas mitológicos y grecolatinos tuvieron en la creación del *Parnasse* como corriente poética en el siglo XIX. Ya a comienzos de este siglo, en 1809, Chateaubriand intentaba recrear las costumbres romanas del siglo III de nuestra era en **Les Martyrs**. Pero, a título de ejemplo, en 1849 había de estrenarse en la Comédie Française el drama versificado y en cuatro Actos además de un *Prólogo* y un *Epílogo* representados, titulado **Le Testament de César**[37], obra, al menos en parte, de Alexandre Dumas. Recordemos que se trata del autor del **Comte de Monte-Cristo** y de los **Trois Mousquetaires**, pero también de las **Mémoires d'Horace**, inédito hasta hace dos años tras su publicación en folletin, en «Le Siècle», en 1860; de un **Caligula** en 1837 o de un **Catilina** representado en 1848[38]. Entre su teatro, figura una tragedia, **Les Gracques**, probablemente destruida por él mismo en 1827, pero entre su prosa nos encontramos, en **Grands hommes en robe de chambre**, con los retratos de César, en 1849, con el de Augusto —en estado de folletín— y, probablemente, con el de Nerón en un manuscrito que habría desaparecido. Otros ejemplos los encontramos en el **Sylla** de De Jouy, o en el **Régulus** de Arnault, representados en 1822 y 1823 respectivamente, y actuando Talma en ambas. Pero aunque el Romanticismo se orientara más hacia los marcos orientales que hacia los grecolatinos, Victor Hugo, en la primera serie de **La légende des siècles**, en 1859, debía consagrar su III parte a la decadencia de Roma[39]. Tampoco debe olvidarse que uno de los proyectos que acompañarían durante años a Prosper Mérimée, aunque no lo concluyera, fue una biografía de César, y

[37] Aunque firmado únicamente por Jules Lacroix, se sabe que éste lo compuso en colaboración con Alexandre Dumas, el cual no podía aparecer como co-autor en razón de su compromiso con el Théâtre Historique.

[38] Por más que en *Le Testament de César* nos encontremos lejos del tono trágico de la obra de Voltaire, aunque los excesos del pintoresquismo romántico alcancen los robos y las sustituciones del testamento en un ambiente que alterna la comedia y lo melodramático (hay puertas secretas, una revelación del secreto familiar, uso de somníferos, amores apasionados, la aparición de *Cleopatra* dentro de un baúl que contiene supuestamente libros que ella le envía a *César*, etc.), por no hablar de los amores del protagonista con *Cythérys* o con la coqueta *Cléopatre*, o incluso de la escena en que *César* le entrega a *Bruto* la famosa carta en la que *Calpurnia* le revela a su hijo la identidad de su padre, *César*, naturalmente, a pesar de todo ello, la obra es buena prueba del interés que la Historia romana despierta en la Francia de la época. La inmersión en este ámbito del autor era tan absorbente que, precisamente, había de llamar *César* a su gallo, *Lucullus* a su faisán dorado y *Jugurtha* a su halcón. Y que su fascinación por Poncio Pilato como *Judío Errante* había de proyectarse en su *Isaac Laquedem*, en 1853.

[39] Y, en otro sentido, es bueno recordar que el cuarto hijo de Victor Hugo, François-Victor Hugo, debía ser uno de los principales traductores al francés de las obras de Shakespeare, entre ellas su *Julius César*, en 1872. Y el propio Flaubert en 1862 debía componer *Salammbô* como una novela cartaginesa en el ambiente posterior a la primera guerra púnica, del mismo modo que el tercero de sus *Trois contes*, en 1877, *Hérodias*, recrea a su manera las circunstancias de la decapitación del Bautista.

que el historiador Michelet, al que se considera uno de los inspiradores de la historiografía moderna, había de ocuparse de él y de las circunstancias de su muerte a lo largo de una treintena de páginas llenas de emoción —véase, por ejemplo, aquella en la que César al licenciar el ejército, le concede la ciudadanía romana— en su **Histoire romaine**, publicada en 1831, para concluir que César nunca había sido tan grande como lo fue tras su muerte.

Debo concluir este somero repaso a las fuentes grecolatinas en el teatro moderno francés mencionando a algunos de los autores que, en el siglo XX, como Anatole France o André Gide —que publicará su **Œdipe** en 1930— han bebido en ellas. Uno de los ejemplos más evidentes es el del polifacético Jean Cocteau, quien debía utilizar el cine para recrear su **Orphée** y su **Testament d'Orphée** en 1951 y 1959 respectivamente, cuyo **Œdipe-roi** data de 1928 y en 1922 debía crear su **Antigone**. Mención aparte merecen Giraudoux con **La guerre de Troie n'aura pas lieu** en 1935 y **Électre** en 1937, o Anouilh con su **Antigone**, en 1942, y que prueban, como en el caso de **Les mouches**, de Sartre, en 1943, su profundo interés por el universo clásico, que se expresaba en Albert Camus, por ejemplo, a través de su **Caligula**, en 1944, como ilustración del absurdo. Y resulta inevitable recordar las recreaciones de Marguerite Yourcenar y sus **Mémoires d'Hadrien** en 1951, en forma de autobiografía imaginaria del emperador romano, que había de conocer un éxito extraordinario o, en un nivel diferente, el **Malpertuis** de Jean Ray, en 1943, llevado a la pantalla por Harry Kümel en 1977, y protagonizado por Orson Welles y Susan Hampshire, una novela inclasificable en la que se dan cita, en un espacio cerrado, los decaídos dioses del Olimpo. Un excelente novelista, aunque escasamente conocido en España, René Barjavel, había de situar el escenario de **La peau de César**, publicada en el mismo año de su muerte, 1985, en una representación del **Julius Caesar** de Shakespeare en las *Arènes* de Nîmes: el punto de partida radica en un anónimo: *«Ce soir les conjurés tueront vraiment César»*. El muerto será el personaje que interpreta a *César*, y el asesinato tiene lugar en la escena en que éste muere. No desvelo la identidad del asesino, pero apunto que es significativa. Los aficionados a Georges Brassens estamos acostumbrados a las constantes referencias en sus canciones a figuras y motivos procedentes de la mitología o de la cultura griega clásica, que en absoluto detonan en nuestros oídos. Se trata únicamente de ejemplos apresurados y dispersos que sugieren que esta pervivencia de los modelos grecolatinos en la cultura francesa quizás se explique por la importancia concedida a la Antigüedad clásica en los estudios por la reforma educativa napoleónica, de la cual se celebra el bicentenario en la actualidad, y que ha dejado una impronta

inequívoca en la formación educativa de Francia. Ello explicaría, por ejemplo las constantes referencias a la Antigüedad en las 18 novelas publicadas hasta el momento por una de las autoras más prestigiosas, brillantes y de más éxito, con apenas 41 años, Amélie Nothomb, quien, ha recreado de manera fantasiosa el pasado de Pompeya en **Péplum**, en 1996, o que ha titulado **Les Catilinaires**, en un tono de comicidad negra, la descripción de un conflicto contemporáneo, en 1995. Y ello explicaría, también por ejemplo, el éxito cinematográfico de las películas históricas referidas directa o indirectamente a César, como lo prueban la versión de **Jules César** de Uli Edel, en 2002, las aventuras del célebre galo de la poción mágica o las series televisivas. Frivolidades aparte, el hecho es que, en la cultura francesa, la figura de César ha sido más que ampliamente conservada y tratada a lo largo de la historia, pero que además constituye un referente significativo muy presente en la actualidad.

LAS OBRAS ROMANAS DE SHAKESPEARE COMO PARADIGMA DE SUBVERSIÓN POLÍTICA EN LA INGLATERRA ISABELINA: EL EJEMPLO DE *JULIUS CAESAR*

Antonio BALLESTEROS GONZÁLEZ
Universidad Nacional de Educación a Distancia
aballesteros@flog.uned.es

RESUMEN

El presente artículo pretende examinar la proyección política de las obras romanas de Shakespeare en general y de *Julius Caesar* en particular dentro del contexto histórico isabelino. Se estudia la relevancia de César en el imaginario colectivo británico de la época, incidiendo en la identificación del dictador romano con la figura de la reina Isabel I, y prestando especial atención a cuestiones de censura escénica. Al mismo tiempo, se establecen paralelismos sociopolíticos entre la Roma cesariana y la Inglaterra isabelina, momentos de inestabilidad e incertidumbre histórica que los dramaturgos ingleses de aquel tiempo (Shakespeare entre ellos) reflejan en sus obras. Finalmente, se postula el proceso de feminización de César en la tragedia shakespeariana, aportando datos textuales para dicha hipótesis.

Palabras clave: Subversión política. La Roma y la Inglaterra de Shakespeare. Feminización de César.

Shakespeare's Roman plays as paradigms of political subversion in Elizabethan England: the case of *Julius Caesar*

ABSTRACT

This article aims at examining the political projection of Shakespeare's Roman plays in general and of *Julius Caesar* in particular within the Elizabethan historical context. I study Caesar's relevance in the British collective imagination of that epoch, dealing with the symbolic identification between the Roman dictator and Queen Elizabeth I, and paying special attention to issues of theatrical censorship. At the same time, I establish socio-political parallelisms between Caesarean Rome and Elizabethan England, periods of historical instability and uncertainty that the British dramatists of that time (Shakespeare among them) reflect in their plays. Finally, it is my contention —based on textual arguments— that, in the eponymous Shakespearean tragedy, the character of Julius Caesar undergoes a process of feminization.

Key words: Political subversion, Shakespeare's Rome and England, Caesar's feminization.

⋆ ⋆ ⋆

Si todas las obras de William Shakespeare en su conjunto expresan inquietudes ideológicas y políticas, *Julius Caesar* constituye *per se* un exponente señero en este sentido dentro de la producción dramática del autor de Stratford. Sin embargo, resulta cuando menos curioso que, en las revisiones neohistoricistas y del materialismo cultural que se llevaron a cabo principalmente en las dos últimas décadas del siglo XX a ambas orillas del Atlántico, la primera gran tragedia shakespeariana hallara, comparativamente hablando, escaso eco en los escritos de dichas tendencias críticas, tan orientadas al análisis de la subversión y el poder, términos clave para sus representantes más significativos (Daniell, 2006: 97-9). En su —por otra parte— sugerente estudio sobre lo que él denomina «radical tragedy», Jonathan Dollimore (1989), uno de los artífices del materialismo cultural británico, no dedica ni una sola línea a *Julius Caesar*, pese a que, desde los albores del siglo pasado, la crítica shakespeariana comenzó a poner el énfasis en cuán revolucionaria habría resultado para los espectadores isabelinos la apología del republicanismo que se deriva de las *Vidas paralelas* de Plutarco (Daniell, 2006: 96-7), fuente principal para Shakespeare a la hora de crear su pieza dramática[1]. Bien es cierto que en la tragedia shakespeariana subyace la visión histórica de Tácito (aspecto digno de mayor estudio), que Shakespeare pudo haber adquirido mediante la lectura de un libro tenido por polémico y provocador de un tal John Hayward, hombre de leyes isabelino, cuyo conocimiento complementó acaso el dramaturgo de Stratford con la consulta directa de las obras del polígrafo latino[2].

Sea como fuere, conviene insistir en que *Julius Caesar* es sin duda uno de los ejemplos más destacados de «tragedia radical» de entre todas las que Shakespeare compuso, incluyendo sus «history plays», en las que los temas tratados habían sido

[1] En efecto, junto a otros modelos clásicos que también pudieron influir en la composición de la obra en menor medida, como, además de Tácito, es el caso de Virgilio, Apiano y Ovidio, y quizás Salustio, Veleyo y Lucano, las *Bioi paraleloi*, en la traducción de Sir Thomas North (*Lives of the Noble Grecians and Romanes*), publicadas en 1579, sirvieron a Shakespeare de inspiración y modelo para la escritura de *Julius Caesar*, centrándose sobre todo en las vidas de César y Bruto, sin dejar de lado las de Marco Antonio y Cicerón.

[2] El título de la obra de Hayward, publicada en 1599, fue *The First Part of the Life and Reign of King Henry IV*, si bien, curiosamente, el ensayo no tuvo segunda parte. La proyección revolucionaria del volumen alcanzó por igual a Shakespeare

proporcionados por los acontecimientos históricos acaecidos en la Inglaterra medieval. Si en los citados dramas Shakespeare ya había vertido de manera indirecta sus inquietudes y las de sus contemporáneos en lo que respecta a los avatares de la política y las disputas por alcanzar el poder desde la distancia más o menos segura que ofrecía el pasado, será en *Julius Caesar*, su segunda obra romana tras la hiperbólicamente senequista *Titus Andronicus* (1594), donde, en una magistral vuelta de tuerca, desplace topográfica y cronológicamente las mencionadas preocupaciones, efectuando una profunda reflexión sobre las ambivalencias y vicisitudes a las que se ve sometido el sujeto histórico, eligiendo para ello una de las figuras más carismáticas y representativas de la historia universal, producto de intensos debates ya desde la educación primaria inglesa de aquellos tiempos, pues en las «grammar schools» británicas la defensa de César frente a Bruto, o viceversa, constituía uno de los tópicos dialécticos preferidos para reforzar las destrezas retóricas de los estudiantes.

Shakespeare escribe *Julius Caesar* a mediados de 1599, año de crucial importancia para el autor, tanto desde una perspectiva vital como profesional, según demuestra con agudeza, amenidad y vasta documentación al respecto James Shapiro (2005). Es el lapso temporal en el que el dramaturgo y empresario de la compañía de los Lord Chamberlain's Men alcanzará una etapa de esplendorosa madurez que, partiendo de nuevos retos, le conducirá a hallar cauces innovadores para la expresión dramática, al tiempo que consolidará su posición como copartícipe de los beneficios y gastos de su compañía, la cual, en el contexto de los festejos navideños de 1598, tuvo el honor de volver a actuar para la corte de la reina Isabel I en el palacio de Whitehall, lugar que dejó huella en la imaginación teatral de Shakespeare. En el suntuoso edificio, entre otros objetos maravillosos, se encontraba un retrato de Julio César y en sus paredes podía leerse, entre otras muchas, la sentencia «Tres cosas hay que destruyeron la soberanía de Roma:

---

y al conde de Essex (a quien me referiré en breve), al que le fue dedicado. A grandes rasgos, el libro exploraba hasta qué punto la historia se hallaba modelada por la personalidad y el carácter carismático de los gobernantes y se incidía en cuán traicionera podía llegar a ser la política. Su percepción pesimista de los avatares históricos, que impregna el texto de *Julius Caesar*, se aproximaba sobremanera a la de Tácito. El moralismo de Plutarco se veía así subvertido por la conceptualización «realista» y analítica del escritor romano. Según he apuntado, es posible, en cualquier caso, que Shakespeare pudiera acceder bien a la edición inglesa de algunas de las obras selectas del historiador romano que fue publicada en 1591, traducidas por Henry Savile, Secretario Latino de la reina Isabel I, bien a la que dio a la imprenta en 1598 Richard Greneway, quien incorporó al volumen de Savile las obras de Tácito que éste no había traducido, añadiendo una dedicatoria en la que se comparaba al conde de Essex con Vespasiano. En última instancia, la obra de Hayward fue condenada por el Obispo de Londres y los ejemplares de la reedición de mayo de 1599 fueron quemados públicamente bajo la acusación de incitar a la sedición. Véase al respecto de lo dicho J. Shapiro 2005: 133-155.

el odio oculto, el juvenil Consejo y el egoísmo»[3]. Estos dos mínimos detalles muestran la significación de Roma como modelo político en el que la corte británica se miraba y la impronta cultural que imprimió en la imaginación de la época isabelina, asunto sobre el que volveré más adelante.

En 1599, Shakespeare estrena *Henry V* (la última de las obras históricas que dio a la escena), *Julius Caesar* (primera pieza que se representa en el Globe, el teatro ubicado en Southwark del que fue propietaria la compañía de los Lord Chamberlain's Men[4]), *As You Like It* (compleja comedia de claroscuros que recoge, entre otros rasgos, nostálgicas remembranzas del paisaje cercano a su Stratford natal, que visitó en aquel año), y comienza a redactar *Hamlet*, su inmortal tragedia. La evolución que implican estas obras con respecto a su producción anterior, de indiscutible valor dramático, es en cualquier caso prodigiosa para tan breve intervalo de tiempo y supone un giro copernicano en su carrera teatral.

Mientras tanto, desde una perspectiva política, aquel año, como todos los postreros del reinado de Isabel I, fue en extremo convulso. Las tensiones principales procedían de diversas causas. Por una parte, tras la muerte de Felipe II, Inglaterra temía el supuesto ataque inminente de fuerzas españolas y se desangraba en la permanente herida irlandesa. El gobierno de una soberana caduca y envejecida, carente de heredero directo al trono, no ayudaba en absoluto a que imperara el optimismo popular y el de diversas facciones cortesanas ante un futuro que se adivinaba, cuanto menos, incierto. Los acontecimientos históricos del momento impregnan de manera más o menos sutil las tramas de las obras que Shakespeare compuso o estrenó en el lapso cronológico citado.

Cierto es que, desde el comienzo de su azaroso reinado en 1558, la hija de Enrique VIII y Ana Bolena había tenido que hacer frente a espinosos problemas de Estado de amplio calado político-religioso (en realidad, ambas facetas se hallaban intrínsecamente vinculadas a su persona, pues, como soberana anglicana, detentaba no sólo el poder político, sino que también era cabeza de la Iglesia de Inglaterra). La represión a la que sometió a los católicos británicos que habían apoyado a su her-

---

[3] «There are three things which destroyed the sovereignty of Rome: Hidden Hatred, Youthful Council, Self-Interest» (Shapiro 2005: 32). Todas las traducciones del inglés que figuran en este artículo son de su autor.

[4] Hasta aquel momento, y desde que se hiciera erigir por el empresario Richard Burbage en el distrito de Shoreditch en 1576, la compañía de la que Shakespeare formó parte representó sus obras en *The Theatre*. Cuando venció el contrato de arrendamiento del terreno en el que éste se alzaba, los Lord Chamberlain's Men decidieron construir su propio teatro en el, por aquel entonces, conflictivo barrio de Southwark, al otro lado del Támesis, desmontando y transportando para tal fin las maderas del antiguo edificio.

manastra, María Tudor, le granjeó la animadversión de las monarquías católicas europeas y la del propio papa Pío V, quien la excomulgó en 1570, ordenando a la nación inglesa que no la obedeciera y amenazando con la excomunión a quien la apoyara. Además de atender a los problemas domésticos de índole social y religiosa, el gobierno isabelino se vio obligado a hacer frente a la cíclica amenaza de invasión española (aliviada tras la derrota de la «Armada Invencible» en 1588, evento que desató la euforia nacionalista británica) y a las periódicas conjuras fraguadas por católicos ingleses y sufragadas por países enemigos que pretendían derrocar a Isabel del trono para que lo ocupara su prima, la católica escocesa María Estuardo. La situación propició la creación de un servicio de espionaje (el primero en el mundo de características que podríamos tildar de «modernas») perfectamente organizado por Sir Francis Walsingham, secretario de Estado, que fue abortando las numerosas conspiraciones urdidas contra Isabel, como las de Lennox (1574), Throckmorton (1583), Parry (1585), Babington (1586) y Stanley (1591), las cuales desataron la histeria anticatólica en la mayor parte del pueblo inglés[5].

Pero el peor enemigo de Isabel I, como el de Julio César, fue el paso inexorable del tiempo que la iba conduciendo hacia la senectud y la pérdida de popularidad por el desgaste del poder. Pese a los denodados esfuerzos de la propaganda oficial, su «eterno verano», frente al del «fair young man» del «Soneto 18» shakespeariano, hacía tiempo que había languidecido y declinado. Sin embargo, la reina, impenitente guardiana de su imagen, inspiró a lo largo de su dilatado gobierno un culto a su persona que no sólo se proyectó en el ámbito cortesano, sino también en el imaginario colectivo británico. A dicha quimera contribuyeron no poco los poetas y dramaturgos del momento. Precisamente, en 1599 muere y es enterrado en la Abadía de Westminster Edmund Spenser, uno de los poetas renacentistas ingleses que más favoreció con sus escritos la leyenda de la virginal Isabel I, alegórica protagonista de su *The Faerie Queene* (*La reina de las hadas*), el poema épico por antonomasia de aquel periodo. Pero la autoestima y la *filautía* narcisista de la soberana poseían por sí solas un matiz megalómano que no precisaba de un cúmulo de aduladores para acrecentarse. Durante su reinado, esta cultivada y astuta mujer fue construyendo paulatinamente una imagen idealizada de sí misma de carácter casi beatífico, ayudándose para ello de ceremoniosos elementos teatrales, como las procesiones y «triunfos».

---

[5] Una magnífica descripción de la sucesión de estas intrigas aparece en David Riggs (2004), seguramente la mejor biografía de Christopher Marlowe, el genial dramaturgo que rivalizó con Shakespeare hasta 1593, año de su muerte prematura y misteriosa. Riggs sostiene que Marlowe fue un «agente doble» al mando del servicio secreto británico.

En realidad —y el dato no le es ajeno en absoluto a la trama de *Julius Caesar*—, Isabel y su corte fueron articulando de modo progresivo un proceso de deificación de la soberana semejante al que César quiso aplicarse a sí mismo y que eclosionaría con Augusto. Este factor se percibe en los retratos de la reina, a la que, desde que entró en su etapa de madurez, nunca se plasmó con su verdadera apariencia. El ejemplo más evidente de lo que señalo es el denominado «Rainbow Portrait», pintado hacia 1600 y atribuido por unos a Marcus Gheeraerts y por otros a Isaac Oliver. En el cuadro se muestra a Isabel (ya cumplidos por aquel entonces al menos los sesenta y seis años), caracterizada con lo que se ha dado en llamar «máscara de la juventud» («Mask of Youth»), propia de los retratos de sus años de declive físico.



Robert Devereusx, segundo Conde de Essex.

El cuadro implica, además, otra faceta significativa para nuestro análisis: en él, Isabel, engalanada como la mitológica Astrea (la Titánide metamorfoseada en la constelación de Virgo por ayudar a Zeus), aparece ataviada con un atuendo orlado de ojos y orejas, símbolo inequívoco de su autopercepción como figura cuasi divina que todo lo ve y todo lo oye. Es curioso el contraste con el argumento de *Julius Caesar*, donde el egregio estadista padece de sordera en un oído y donde los personajes principales (César y Bruto) adolecen de una preocupante incapacidad para percibir la realidad tal como es. El campo semántico de la visión (o de la no-visión, para ser más exactos) impregna de un modo recurrente el texto de la tragedia. En fin, el icono de Isabel, de foucauldianos ecos panopticistas, destinado a generar en sus súbditos el temor y la fascinación a partes iguales, refleja la ilusión



The Rainbow Portrait de Isabel I de Inglaterra.

de autoritarismo, poder y control omnímodo de la que la reina, respaldada por su gobierno, se había investido sobre todo en sus últimos años, en los que se había ido convirtiendo en un epítome de tiranía para algunos de sus cortesanos. Entre ellos se encontró Robert Devereux, segundo conde de Essex, en tiempos servidor incondicional de la soberana. Essex, llamado a dejar su huella en la historia y, de manera más o menos explícita, en las obras de Shakespeare y otros dramaturgos contemporáneos, fue hombre impulsivo y problemático, marcado, como reitera Bruto acerca de César en la tragedia shakespeariana, por la ambición desmesurada. Admirado por una facción de la corte isabelina, y temido y despreciado por otra, en la que se encontraba el austero Robert Cecil, Secretario de Estado en aquellos instantes y ferviente guardián de los intereses de la reina, Essex había ascendido de manera meteórica en la corte, merced a los favores dispensados por la propia Isabel e impulsado por sus probadas muestras de arrojo y apasionada lealtad a la Corona.

No obstante, en 1599 la relación entre la reina y Essex se hallaba en un momento de climática disensión, debido al orgullo desmedido de ambos y a los equívocos propiciados por las luchas fratricidas del entorno cortesano. El descontento de Isabel con su otrora favorito se manifiesta al ponerlo al frente de las tropas encargadas de pacificar Irlanda —destino hostil donde los hubiere— en mitad de lo que se dio luego en llamar «la Guerra de los Nueve Años» (1595-1603). Essex fracasó en el intento, nombrando caballeros a diestro y siniestro para exasperación de Isabel, parca en lo concerniente a tales designaciones, y firmando por su cuenta y riesgo una humillante tregua con Hugh O'Neill, conde de Tyrone, cabecilla de las levantiscas tropas irlandesas. Desafiando la orden real que le conminaba a permanecer en Irlanda hasta cumplir su misión, Essex regresó a Inglaterra por sorpresa, irrumpiendo el 28 de septiembre de 1599 en las estancias privadas de la reina en el Palacio de Nonsuch cuando ésta todavía no había procedido al rito cotidiano y secreto de su aseo personal. La transgresión de Acteón al contemplar desnuda a Diana (con la que también se comparaba poéticamente a Isabel en la época por su celebrada virginidad) debió tenerse en poco en comparación con tal afrenta. Desde aquella jornada, y pese a los intentos por parte de Essex de subvertir la delicada situación, los dos relevantes personajes no volvieron a entrevistarse personalmente.

Las deterioradas relaciones entre Isabel y Essex condujeron a éste a un juicio que consideró infamante, en el cual se le sentenció a verse despojado de sus privilegios mercantiles (medida que, en la práctica, lo relegaba a la ruina) y a quedar

confinado en su propio hogar, desde donde debió de ultimar los detalles del intento de rebelión popular que llevó a cabo ya en 1600, entrando con sus partidarios en Londres, en un intento de forzar una audiencia con la reina que nunca le fue concedida. La falta de apoyo de los londinenses coadyuvó al fracaso del levantamiento. Acusado de alta traición (se le imputaron varios cargos de extrema gravedad, entre los que se contaron supuestos contactos con la monarquía española, los católicos y otros disidentes religiosos), fue sentenciado y ejecutado en 1601.

La ascensión y caída de Essex no dejó indiferente a nadie, y se vio reflejada de manera oblicua en la dramaturgia de la época. A pesar de que Shakespeare se distinguió siempre por una admirable habilidad para sustraerse a los férreos mecanismos de censura del momento, personificados por el denominado «Master of the Revels», una suerte de censor oficial de las representaciones teatrales, cargo detentado en aquel momento por Edmund Tilney, varios miembros de su compañía fueron interrogados tras la insurrección de Essex por el hecho de que, el día que precedió al alzamiento, un personaje misterioso les pagó para que pusieran en escena en el Globe *Richard II*, la más explícitamente revolucionaria de las «history plays» de Shakespeare, en la que el rey es depuesto y despojado de su trono en un entorno de abierta rebelión popular. El episodio no pasó a mayores ni demuestra vínculo alguno entre los partidarios de Essex (muchos de ellos, como el propio conde, aficionados al teatro) y los Lord Chamberlain's Men. Mas de lo que no cabe duda, pues escrito quedó, es de la admiración que se trasluce en *Henry V* por la figura de Essex, a quien se elogia y se compara con un César al que se desea que retorne victorioso de Irlanda, «trayendo la rebelión ensartada en su espada» y festejado por el pueblo:

But now behold,
In the quick forge and working-house of thought,
How London doth pour out her citizens!
The mayor and all his brethren, in best sort,
Like to the senators of th'antique Rome
With the plebeians swarming at their heels,
Go forth and fetch their conquering Caesar in;
As by a lower and loving likelihood,
Were now the General of our gracious Empress,
As in good time he may, from Ireland coming,
Bringing rebellion broached on his sword,
How many would the peaceful city quit

To welcome him! Much more, and much more cause,
Did they this Harry. (V, Prologue, 22-35)[6].

La cita es significativa en una obra que, siguiendo patrones anteriores, como *Edward III* (1598), presenta una visión contradictoria de la guerra, conflicto del que los poderes fácticos obtienen la gloria y las ganancias, mientras que el pueblo llano, víctima de la historia, lo padece en toda la magnitud de su horror, llevado por oscuros fervores nacionalistas y patrióticos. La fijación de Shakespeare con la figura de César, compartida por muchos de sus contemporáneos, se percibe ya incipientemente en una de sus obras primerizas, *The First Part of Henry the Sixth*, en la que se equipara al vencedor de la batalla de Agincourt con el dictador romano que Ovidio describe transformado en estrella en *Metamorfosis* XV:

Henry the Fifth, thy ghost I invocate:
Prosper this realm; keep it from civil broils;
Combat with adverse planets in the heavens!
A far more glorious star thy soul will make
Than Julius Caesar… (I.i.52-6)[7].

La interpretación subversiva que se infiere de estos versos constata la evidencia de que, en el contexto del Renacimiento europeo, identificar a un personaje con César —ya en su personificación de tirano, ya en la de gobernante eficaz— equivale a dotarlo de connotaciones regias. La peligrosa lectura no debió de pasar por alto a los espectadores coetáneos. Seguramente, tampoco se le escaparía al aparato de censura de la época, pues es significativo el hecho de que, pese a su popularidad inicial, *Henry V* se representara durante pocas jornadas y se publicara en 1600 con drásticas mutilaciones, sin las escenas comprometedoras en las que se hace mención a Essex e Irlanda, o a cualquier otra cuestión que pudiera resultar ofensiva desde una perspectiva política (Shapiro, 2005: 103). Shakespeare temía sin duda enfrentarse a los poderes fácticos isabelinos y su implacable aparato de censura, pues, tras el escándalo del libro de John Hayward al que me refe-

---

[6] «Mas contemplad ahora,/ en la vertiginosa fragua y taller del pensamiento,/ cómo salen de Londres en tropel sus ciudadanos,/ el Alcalde y todos sus munícipes con sus mejores galas,/ al igual que los senadores de la antigua Roma,/ con multitud de plebeyos a sus pies,/ se aprestaban a acompañar a su César conquistador;/ si, por una similitud menos gloriosa, aunque no menos afectuosa,/ estuviera ahora el General de nuestra graciosa Emperatriz/ regresando de Irlanda (sea en buena hora),/ trayendo la rebelión ensartada en su espada,/ ¡cuántos abandonarían la pacífica ciudad/ para darle la bienvenida!/ Así, con mayor causa, recibieron a este Harry».

[7] «Enrique V, a tu fantasma invoco:/ ¡haz que prospere este reino; guárdalo de las discordias civiles;/ combate con los planetas adversos en los cielos!/ Tu alma hará una estrella mucho más gloriosa/ que Julio César…».

rí con anterioridad, el obispo de Londres prohibió la publicación sin que mediara permiso oficial de toda obra satírica y de dramas históricos de tema inglés (Shapiro, 2005: 154).

Así pues, desde *Henry V*, Shakespeare deja de escribir «history plays», sustituyéndolas por otras obras de contenido histórico y político, entre las que destacaron las de tema romano, comenzando precisamente por *Julius Caesar*. Con esta tragedia, en palabras de Sanders, «Shakespeare was free of the patriotic overtones which the material of the English history plays had forced upon him» (1986: 41)[8]. Cierto es que el dramaturgo había efectuado una incursión en el ámbito latino con *Titus Andronicus*; pero en esta feroz tragedia de venganza senequista, creo, las inferencias históricas que sin duda alberga el drama quedan en un segundo plano ante la representación visual de la violencia exacerbada. En definitiva, tras *Henry V*, Shakespeare trueca Inglaterra por Roma y desplaza la acción teatral hacia derroteros geográficos e imaginarios menos comprometedores en términos políticos. Aun así, obsérvese desde el mismísimo comienzo de *Julius Caesar* cómo los plebeyos obedecen a una tipología y un comportamiento claramente inglés. Por supuesto, Shakespeare utilizará después de esta tragedia otros emplazamientos para sus argumentos dramáticos, pero ninguno de ellos cercano en la distancia y el tiempo a la Inglaterra medieval o contemporánea, a la que se limitará a representar —y no es poco— metafóricamente: el «something is rotten in Denmark» de *Hamlet* implica no tanto la corrupción de la corte de Elsinor como la de la propia corte británica.

No podemos saber si el escapismo que, en la práctica, supuso la medida tomada por Shakespeare pudo ser arbitrario o motivado. De cualquier modo, da que pensar desde un punto de vista simbólico el tratamiento dramático que Shakespeare otorga a la figura del poeta Cina (históricamente, de nombre Gaius Helvius Cinna), que fuera amigo de Catulo y Suetonio, al que, en III.iii de *Julius Caesar* la masa enfervorizada que acaba de asistir al discurso manipulador, a la par que retóricamente brillante de Marco Antonio, confunde con L. Cornelius Cinna el Joven, el conspirador que, tras acabar con la vida de César, interrumpe con voz que se adivina vacilante el silencio para gritar: *«Liberty! Freedom! Tyranny is dead!»* («¡Libertad! ¡Liberación! ¡La tiranía ha muerto!»; III.i.78)[9]. La plebe, embrutecida y encanallada,

[8] «Shakespeare se liberó de las connotaciones patrióticas que el material de los dramas históricos de tema inglés le había impuesto».

[9] Para la realización del presente escrito he consultado y cotejado principalmente las ediciones de *Julius Caesar* de Daniell, Sanders y Spevack, recogidas todas ellas en la bibliografía.

sedienta de la misma sangre en la que los conspiradores han bañado sus manos en sacrílego rito, remedo impío de la Eucaristía cristiana, se apresta a despedazar en órfica ceremonia al poeta, pese a sus protestas, primero por confundirlo con el conspirador de idéntico *cognomen* y, cuando observan que no se trata de aquél, «por sus malos versos». Uno de los plebeyos sentencia: *«It is no matter, his name's Cinna. Pluck but his name out of his heart and turn him going»* («No importa, su nombre es Cina. Sacadle el nombre del corazón y enviadlo a donde se dirigía[10]»). No he utilizado aquí la referencia a Orfeo en vano; tal y como explicitaré en breve con respecto a la recurrente inversión de roles sexuales que se plasma en la obra tal y como yo la percibo, la adscripción del «furor báquico» a los plebeyos se me antoja de especial relevancia.

La escena es de una violencia tan extrema y gratuita (Cina será la primera y la única víctima inocente de la batalla campal por las calles de Roma y de la guerra civil subsiguiente que se mostrará en escena) que fue sistemáticamente expurgada de muchas de las representaciones teatrales de *Julius Caesar*. Tampoco se le muestra al espectador en la célebre versión cinematográfica de Joseph L. Mankiewicz de 1953 que lanzó al estrellato a Marlon Brando, icono idealizado de Marco Antonio que, desde su genial interpretación, ha mediatizado la comprensión ulterior del personaje tanto desde un enfoque escénico como teórico del texto de la tragedia. Sea como fuere, Shakespeare, testigo indirecto de la prisión y muerte de Christopher Marlowe y Thomas Kyd, entre otros dramaturgos coetáneos, por causas políticas y religiosas, parece querer representar la indefensión de la figura del poeta y su función de chivo expiatorio de las iras estatales y populares. Para eludir los ataques de la censura, el autor de Stratford utilizó el arma de la sutil ambigüedad y la polivalencia de su discurso, fundamentado en un escurridizo y ambivalente armazón retórico.

Hubo una vez un sueño llamado Roma, y Shakespeare se mostró dispuesto a sumergir cíclicamente su imaginación en él, retornando a la Ciudad Eterna en un proceso progresivo de distanciamiento temporal desde el punto de vista estrictamente histórico: obsérvese que la trama de *Titus Andronicus* es cronológicamente posterior a la de *Julius Caesar*, que a su vez antecede a la de *Antony and Cleopatra* (1606), ésta a la de *Coriolanus* (1608) y ésta, a su vez, a la de *Cymbeline* (1609-10), pieza en la que lo romano y lo británico se amalgaman. En realidad, Shakespeare, como inglés de su tiempo, no hace sino unirse a la seducción y fascinación gene-

[10] Es decir, a unirse con el cadáver mutilado de César.

ralizada por la historia romana (Miola 2004). Pero es que, además, en un detalle al que la crítica especializada ha concedido escasa o nula importancia en lo que se refiere a la percepción de Roma —tan protagonista de *Julius Caesar* como los personajes que la habitan (Miola 2004: 17)— por parte de Shakespeare y sus contemporáneos, adquiere especial repercusión el hecho de que, desde una perspectiva legendaria, los ingleses eran herederos de la tradición latina más legítima gracias a la mítica fundación de Britania por un personaje llamado Brut o Brutus, ya mencionado en la *Historia Britonum* de Nennio (s. IX) y al que Geoffrey of Monmouth, genial urdidor de atrayentes falacias, dedica un capítulo de su *Historia regum Britanniae* (s. XII). Brut —luego protagonista de romances medievales mezclados con elementos artúricos— habría sido, según las distintas fuentes, un nieto o bisnieto de Eneas que se habría propuesto fundar una «nueva Troya» en una isla situada al norte de Europa. Partiendo de los vínculos entre Troya y Roma, la asociación entre ésta y Britania quedaba firmemente fijada en la imaginación colectiva inglesa. En este sentido, no debe olvidarse tampoco que Julio César fue el primer militar romano que se adentró en tierras británicas, justo en aquel mismo 44 a. C. en el que sería asesinado.

Julius Caesar debe entenderse en el entorno isabelino como el equivalente de la tragedia griega clásica: una producción cuyos elementos temáticos primordiales eran conocidos sobradamente por los espectadores y cuyo interés radicaría en percibir el grado de acierto en la manipulación de la materia teatral por parte del dramaturgo. La figura retórica más manifiesta en el texto y subyacente a él es el quiasmo, el constante juego especular que le sirve a Shakespeare para subrayar las contradicciones humanas y para ejemplificar la precariedad de los mecanismos de poder y de la propia identidad subjetiva, motivo este último que puede explicar el «illeismo» o utilización de la tercera persona para referirse a uno mismo que utiliza no sólo César[11], sino también los demás actores importantes de una tragedia que se recrea en la metateatralidad. Recuérdese que, en términos lingüísticos, Benveniste (1966) definió con agudeza la tercera persona del verbo como «no persona». Esta característica, aplicada a los protagonistas de la obra shakespeariana, los distingue como personajes en busca de una identidad, si bien en el caso de César parece querer expresar su deseo de despojarse de su naturaleza humana para transformarla en divina. Sólo lo logrará tras su muerte, y la búsqueda individual de los demás personajes se tornará infructuosa y vana: el asesinato de César

[11] Recuérdese, por otra parte, que el propio personaje histórico de César se refiere a sí mismo en tercera persona en sus escritos más célebres: los *Commentarii* y *De bello civile*.

—como sucede en todas las obras shakespearianas en las que un *monarca* (y lo subrayo con toda la intención) es aniquilado o depuesto— traerá consigo únicamente el caos y la guerra civil. ¿Aviso para navegantes? Pudiera ser…

En definitiva, la subversión política en *Julius Caesar* causa una incertidumbre que se encauza hacia el deseo de la construcción del yo ideal. Casio (I.ii) quiere ser espejo de Bruto y, de manera irónica, transforma el ideal romano de *pietas*, del que es epítome el mismísimo Eneas, en *impietas* (Miola 2004: 84, 88). Por su parte, Bruto, frío racionalista, esbozo de Hamlet en sus soliloquios, se autorretrata como hombre honesto e incorruptible, que, aunque dice amar a César, participa en su asesinato para, en el devenir de la acción dramática, desembocar en el «evil spirit» (el «espíritu maligno») del gobernante, según le reprocha el fantasma de éste, fugaz y pálido predecesor del imponente espectro del padre de Hamlet. Y qué decir de Antonio y Octavio. El primero, tras la encendida apología de César y la fiera llamada a la sublevación, se nos presenta ya al principio del acto IV instalado en el poder, dispuesto a pagar el precio que sea necesario para disfrutar de sus prebendas, mostrándose tan ambicioso como el propio César; el segundo, calculador y sombrío, devendrá en el triunfador de la historia: superará con creces a su mentor en su faceta de tirano. A la luz de lo dicho, se confirma que ninguno de los que lo ejecutan o de sus partidarios demuestra ser más virtuoso que César en el ejercicio de la *auctoritas*. ¿Está sugiriendo Shakespeare que sería más adecuado que continuara Isabel I en el trono de Inglaterra, si la alternativa la constituyen conspiradores ambiciosos como Essex? ¿Se pueden extraer idénticas conclusiones del luctuoso final de *Hamlet*, con el triunfo del esforzado y elusivo Fortinbras? Quién sabe...

Lo que sí es cierto es que la fuerza de la historia frustra las intenciones de los personajes de *Julius Caesar* mientras que los conduce inexorablemente a la ávida persecución del poder. Pese a que Casio afirma que: *«Men at some time are masters of their fates./ The fault, dear Brutus, is not in our stars/ But in ourselves, that we are underlings»* (I.ii.138-40)[12], un tinte de lúgubre fatalismo envuelve la obra en lo que respecta a la capacidad de los seres humanos para sustraernos a los avatares históricos, presagiados y sustentados incluso por los elementos naturales y los prodigios sobrenaturales que estremecen al espectador en I.iii. Todos conocemos (al igual que los espectadores isabelinos) qué acontece tras concluir la trama de *Julius Caesar*: Augusto promovió la construcción de un Imperio que se

[12] Algunas veces son los hombres dueños de sus destinos./ El error, querido Bruto, no está en nuestras estrellas,/ sino en nosotros mismos, que nos subordinamos a ellas«.

derrumbó tras dilatados siglos de esplendor y decadencia, y se autoproclamó *Caesar Imperator* y dios. Al igual que Fortinbras en *Hamlet* (personaje significativamente inventado por Shakespeare y que no aparece en ninguna de las fuentes de la obra), Octavio recoge los frutos de su ambición. *Fortuna audaces iuvat*… Los desenlaces de ambas obras distan de ser halagüeños para el espectador isabelino preocupado por la situación política de su país, privado de herederos legítimos al trono. No es extraño que fuera presa de la incertidumbre de no saber quién le gobernaría en un futuro próximo. Arrastrado por el río de la historia, el pueblo llano sufre con frecuencia los desmanes de sus dirigentes, y más si estos son unos tiranos que gobiernan al margen de aquellos a los que supuestamente tutelan. El miedo era —y es— libre.

Otra dimensión quiasmática o especular de *Julius Caesar* que se me antoja de ingente trascendencia concierne a las inversiones simbólicas de índole sexual y genérica que subyacen a la obra, y que me sugieren en parte la identificación metafórica entre César e Isabel I. Observo en la tragedia de Shakespeare una feminización de la figura de César desde una vertiente ideológica y cultural isabelina. No me refiero sólo a lecturas derivadas de la misoginia imperante en la época, en la que las limitaciones físicas del marchito dictador, como insinúa Casio, se habrían interpretado como propias de un ser inferior y, por lo tanto, «feminizado». Resulta más inspiradora desde un punto de vista semántico la percepción del proceso de acoso y hostigamiento de César por parte de los conspiradores, que Antonio compara con la cacería de un venado («hart», homófono de «heart»: «corazón») o un ciervo o cierva («deer», homófono de «dear»: «querido», «amado»)[13], alegoría recurrente en la poesía renacentista europea, en la que se expresa metafóricamente la vinculación entre el cortejo amoroso y la caza. La poesía inglesa del momento, inspirada entre otros modelos en la «Rima 190» del *Canzoniere* de Petrarca *(«Una candida cerva sopra l'herba / verde m'apparve con duo corna d'oro…»),* abunda en ejemplos de esta tendencia, destacando composiciones como «Whoso List to Hunt» de Sir Thomas Wyatt o el «Soneto 67» de los *Amoretti* de Spenser, en los que se manifiestan las relaciones cortesanas de amor y poder entre el cazador (o el grupo de cazadores) y la presa.

En el mismo entorno poético, también es relevante para nuestro análisis la comparación megalómana que el propio César establece entre su persona y la

[13] «Pardon me, Julius! Here wast thou bayed, brave hart./ Here didst thou fall. And here thy hunters stand/ Signed in thy spoil and crimsoned in thy lethe./ O world, thou wast the forest to this hart,/ And this indeed the heart of thee./ How like a deer, stricken by many princes,/ Dost thou here lie?» (III.i.204-10).

estrella polar: *«But I am constant as the northern star»* («Mas yo soy constante como la estrella del norte»; III.i.60), reflejo del catasterismo ovidiano. Recuérdense los poemas del periodo Tudor (sonetos sobre todo, siguiendo también un célebre precedente petrarquista), en los que el cuitado amante establece una analogía entre su tormentosa relación con la amada y su singladura a través de un mar furioso y embravecido. En esa situación, el infeliz navegante busca esperanzado una estrella (identificada con los ojos de la amada desdeñosa) que le guíe a buen puerto. Así se patentiza, por ejemplo, en composiciones como «My Galley» de Wyatt, el «Soneto 37» de los *Amoretti* de Spenser y el «Soneto 116» del propio Shakespeare, donde se afirma que el amor inalterable es *«… the star to every wand'ring bark, / Whose worth's unknown, although his highth be taken»* («… la estrella para toda barquilla errante/ cuyo valor es incalculable, aunque se mida su altura»). La tajante afirmación de César, de resonancias viriles subvertidas por los modelos poéticos descritos, no deja de ser irónica; en primer lugar, porque se produce instantes antes de que los conspiradores lo asesinen, mostrando su vulnerable humanidad y, además, porque el vocablo «constant», vinculado al reiterado ensalzamiento romano de la *constantia*, es una de las virtudes de las que las mujeres carecen, según los convencionalismos misóginos que exhibe la literatura isabelina (como, por extensión, todas las de aquella época).

Finalmente, el proceso de feminización de César alcanza cotas de singular relevancia simbólica en la interpretación del sueño de Calpurnia por parte de Decio (II.ii.83-90), quien sirve a los intereses de los conspiradores y es consciente de su poder retórico para propiciar que César se sienta halagado por sus engañosas adulaciones. De acuerdo con la exégesis de Decio, la imagen de la estatua de César manando sangre en la que se bañan felices los romanos significa que de él ingerirá Roma sangre revitalizadora. César se complace en la metáfora, percibiéndose a sí mismo como la gran madre de Roma, como la *mater patriae* que nutre a su prole (en este caso, simbólicamente, con su fluido vital). Según Daniell (2006: 224, nota 88), la imagen del monarca como padre y madre nutricia del pueblo era un lugar común en el periodo Tudor. Sentencia Daniell: *«Caesar is here a king»:* «César es aquí un rey». Y me pregunto: ¿por qué no una reina, como Isabel I? Añado aún una última consideración a estos argumentos. Lo ocurrido en la escena descrita es consecuente, creo, con el comienzo de la obra, localizado en el contexto de la fiesta de las Lupercales (15 de febrero), que celebraba la figura de Luperco, deidad rural que concedía la fertilidad, asociada con Pan y con la historia legendaria de la fundación de Roma. Por otra parte, el Lupercal era la gruta en la que la loba capitolina (obsérvese el epíteto, pues, frente a los hechos histó-

ricos reales, Shakespeare sitúa el asesinato de César en el Capitolio) amamantó a Rómulo y Remo. César es, pues, rey/reina y, para algunos, un personaje tiránico. Sobre la licitud de acabar con un dictador por medios violentos pivota la acción de la tragedia y su potencial carga subversiva desde una perspectiva política.

Por otro lado, la inversión sexual que Shakespeare seguiría explotando en sus obras subsiguientes (comenzando por *As You Like It*, la inmediatamente posterior a *Julius Caesar*), se aplica también a los personajes femeninos de la tragedia, los cuales se hallan, como Calpurnia, ora lastrados sexual y socialmente por su *«sterile curse»* («maldición estéril»), ora por su complejo de inferioridad como mujeres que viven en una sociedad patriarcal que las anula, como es el caso de Porcia, quien intenta a toda costa «masculinizarse» para que su esposo la haga confidente de sus secretos en la famosa escena en la que muestra la herida que se ha infligido en el muslo para dar muestras de su estoicismo «viril» (II.i.290-301). Si, en palabras de Antonio, las heridas de César son «bocas» que hablan de la infamia cometida contra él, la de Porcia no logra que Bruto le desvele siquiera las preocupaciones de las que ha hecho partícipes a los espectadores en el soliloquio con el que da comienzo el acto II, y mucho menos los planes de conjura contra César, tramados en su casa. Ni Calpurnia es escuchada por César (para su mal), ni los requerimientos de Porcia son atendidos por Bruto, mostrándose así la nula capacidad femenina para transformar una sociedad en la que el poder se sustenta sobre construcciones ideológicas masculinas, aspecto extensible al contexto isabelino, pese a que una mujer detentara el gobierno.

Para poner punto y final a mi exposición, termino subrayando que el radicalismo político de *Julius Caesar* se ha plasmado en la mayoría de las adaptaciones escénicas que se han venido llevando a cabo de la obra ya desde el siglo XIX (sobre todo en los Estados Unidos, tan orgullosos de su tradición republicana) y, sobre todo, en el contexto teatral contemporáneo[14], partiendo de la irregular y mutilada producción de Orson Welles de 1937 (subtitulada «Death of a Dictador») en la que César y los conspiradores aparecían en escena vestidos con uniformes fascistas. Políticos como Mussolini, Hitler, Charles de Gaulle, Fidel Castro, Che Guevara, Tito, Ceaucescu y Margaret Thatcher, entre otros muchos, han servido de modelos para nuevos césares y conspiradores. En España fue muy destacable en términos estéticos y políticos la versión de Juan Antonio Hormigón (*Julio*

[14] Para una información detallada acerca de la cuestión, consúltese Spevack (2004: 31-45 y 56-70).

César o la ambición del poder), estrenada en junio de 1976, un año clave en nuestra historia, poco después de la muerte de Francisco Franco. Sin embargo, y pese a la intensa carga política que la adaptación contiene, Hormigón no cayó en la receta fácil de lastrar la trama con identificaciones tomadas de la realidad española del momento inmediatamente precedente o simultáneo, prefiriendo llevar a cabo una profunda reflexión sobre el poder y sus mecanismos en términos generales y universales, opción por la que acaso optara también Shakespeare. Hormigón se acogió a la opinión de Bertolt Brecht de que las obras clásicas no pueden seguir existiendo, a menos que sus ideas sean reevaluadas o reformadas en términos contemporáneos (Hormigón 2002). Sea como fuere, Shakespeare profetizó con acierto y brillantez metadramática en boca de Casio y Bruto la suerte que correría su obra y, más concretamente, la escena central del asesinato de César, destinada a ser representada en todo tiempo y latitud:

CASIUS *Stoop, then, and wash. How many ages hence*
Shall this our lofty scene be acted over
In states unborn and accents yet unknown?

BRUTUS *How many times shall Caesar bleed in sport*
That now on Pompey's basis lies along,
No worthier than the dust? (III.i.111-16)[15].

En contra de lo que le sucede al Adivino y a Calpurnia, la palabra del autor de la tragedia sí fue escuchada. En última instancia, paradójicamente, Shakespeare es eterno y *«for all times»* («para todos los tiempos», como dijera de él Ben Jonson, su amigo dramaturgo) porque nunca escribió nada que no estuviera directamente entroncado con el momento en el que vivió, rasgo que comparten «los grandes sabios que en el mundo han sido». La lúcida percepción de la realidad humana en su propia época, con sus grandezas y miserias, con sus ambigüedades e irresolubles enigmas, se corresponde con la de cualquier instante y lugar, pues los sentimientos humanos tan penetrantemente descritos, canalizados por el devenir histórico, como viene a mostrar *Julius Caesar*, son perdurables y universales.

---

[15] Casio. Inclinaos, pues, y lavaos. ¿Cuántas épocas a partir de este instante/ representarán nuestra elevada escena/ en naciones aún no nacidas y lenguas todavía ignotas?

Bruto: ¿Cuántas veces sangrará en la ficción César, / que ahora yace junto al pedestal de Pompeyo, / con menor valía que el polvo?

OBRAS CITADAS

Beveniste, É. (1966): «Structure des relations de personne dans le verbe», *Problèmes de linguistique générale*, vol. I, París, pp. 225-236.

Daniell, D. (1988), (ed.): *Julius Caesar*, Londres (reimp. 2006).

Dollimore, J. (1984): *Radical Tragedy: Religion, Ideology and Power in the Drama of Shakespeare and His Contemporaries*, Hemel Hempstead, Hertfordshire (2.ª ed. 1989).

Hormigón, J. A. (1991): «Adaptar *Julio César*», *Trabajo dramatúrgico y puesta en escena*, vol. II, Madrid (2ª ed. 2002), pp. 639-643.

Miola, R. S. (1983): *Shakespeare's Rome*, Cambridge (reimp. 2004), pp. 76-115.

Riggs, D. (2004): *The World of Christopher Marlowe*, Londres.

Sanders, N. (1967), (ed.): *Julius Caesar*, Harmondsworth, Middlesex (reimp. 1986).

Shapiro, J. (2005): *1599. A Year in the Life of William Shakespeare*, Londres.

Spevack, M. (1988), (ed.): *Julius Caesar*, Cambridge (reimp. 2004).

LAS NOTAS CRÍTICAS DE PEDRO CHACÓN AL *BELLVM GALLICVM* DE JULIO CÉSAR[1]

Javier Moraleda Díaz
Universidad Nacional de Educación a Distancia
jmoraleda@flog.uned.es

RESUMEN

El erudito español Pedro Chacón (1527-1581) compuso una notas críticas al *Bellum Gallicum* de Julio César que fueron publicadas por primera vez en la edición cesariana de Frankfurt en 1606. Estas notas son un testimonio muy importante en la historia de la transmisión de las obras de César, ya que presentan propuestas muy relevantes, algunas de las cuales han llegado a convertirse en correcciones al texto aceptadas por los editores modernos. Es poco conocido, sin embargo, que el texto de la edición de estas notas contiene algunas variantes respecto al testimonio del manuscrito autógrafo donde se ha conservado el texto. Asimismo, es poco conocido el hecho de que el texto de las notas críticas de Chacón tuvo un desarrollo plasmado en tres redacciones diferentes de la obra, desde unas anotaciones marginales en las páginas de un ejemplar de otra edición de César que servían a modo de preparación hasta la redacción definitiva que podemos reconocer en el edición publicada en Frankfurt.

Palabras clave: Pedro Chacón. Julio César. Notas críticas.

Pedro Chacon's critical notes to Caesar's *Bellum Gallicum*

ABSTRACT

The spanish scholar Pedro Chacon (1527-1581) composed a corpus of critical notes to *Bellum Gallicum* published for the first time in the Caesarian edition of 1606 in Frankfurt. These notes represent a crucial witness in the history of the transmission of Caesar's works, since they have very important proposals, some of which have come to become into corrections to the text, accepted by modern editors. It isn't well-known, however, that the text of the edition contains some variants regarding the testimony of the autograph manuscript which has preserved the text or that the text of these notes had a development embodied in up to three different stages, from some marginal notations on the pages of a copy of another edition who served as a

[1] Este trabajo se inscribe dentro de los Proyecto de Investigación FFI2008-02214 y HUM2005-00442, dirigidos por Antonio Moreno Hernández, subvencionados por el Ministerio de Ciencia e Innovación y desarrollados en el Departamento de Filología Clásica de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

preparation to the final stage that we can recognize in the edition published in Frankfurt.

Key words: Pedro Chacón. Julius Caesar. Critical Notes.

⋆ ⋆ ⋆

El erudito español Pedro Chacón (Toledo 1527-Roma 1581) compuso, durante su larga estancia en Roma, unas notas críticas al *Corpus Caesarianum* conocidas por su publicación en la edición de los *Commentarii* realizada por Gottfried Jungermann[2] en 1606. El texto de estas notas críticas tiene un gran valor filológico debido a la calidad y a la aceptación de numerosas conjeturas que han llegado a establecerse firmemente como correcciones al texto consignadas en los aparatos críticos de las ediciones más recientes de la obra cesariana.

Gracias a la labor investigadora de los profesores Tomás González Rolán y Pilar Saquero Suárez Somonte[3] hemos podido llegar a un mejor conocimiento de estas notas críticas, ya que con su trabajo se ha sabido de la existencia de un manuscrito original y autógrafo donde el propio Chacón preservó buena parte de sus obras, y entre ellas, sus notas críticas a los *Commentarii* de César. Este manuscrito revela cuantiosas variantes con el texto editado por Jungermann que afectan tanto a las propuestas del propio Chacón como a las lecturas que el toledano realizó a partir de otros manuscritos, hecho del que tendremos ocasión de hablar más adelante.

Con el hallazgo de este manuscrito, podemos reconstruir la génesis y el desarrollo diacrónico de las notas de Chacón a los *Commentarii* de César, ya que con el texto conservado en dicho manuscrito y con el testimonio de las notas marginales que el propio Chacón dejó escritas en un ejemplar de una edición de las obras de César que se conserva en Madrid podemos reunir hasta tres estadios distintos de desarrollo de estas notas sin contar con la edición impresa de Jungermann.

---

[2] *C. Iulii Caesaris quae extant… Editio adornata opera et studio Gothofredi Iungermanni Lipsiensis*, Frankfurt 1606. Esta misma edición fue reeditada en Frankfurt en 1669.

[3] T. González Rolán-P. Saquero Suárez Somonte, «Sobre un texto con diversas fases redaccionales: el comentario a la columna rostral del humanista español Pedro Chacón (1527-1581)», en *Homenaje a la prof. María José López de Ayala y Genovés* II, J. Costas Rodríguez (Coord.), Madrid 2005, pp. 117-129.

El objetivo de esta comunicación es, además de dar a conocer la existencia de los diferentes estadios de redacción —algunos de ellos ocultos hasta ahora o al menos fuera de la atención de los estudiosos—, ahondar en la historia de estas notas críticas, haciendo hincapié en la interrelación entre las mismas y, por último, resaltar algunas cuestiones en torno a la relación de Pedro Chacón y Fulvio Ursino respecto a este trabajo concreto.

1. PRIMER ESTADIO DE LAS NOTAS CRÍTICAS DE PEDRO CHACÓN

El estadio más temprano del que tenemos noticia consiste en unas anotaciones marginales en un ejemplar de la edición cesariana de Cristóbal Plantino, editada en la ciudad de Amberes en el año 1570[4]. Esta edición es obra de otro erudito contemporáneo que va a tener una relación más o menos estrecha con el propio Chacón, el romano Fulvio Ursino[5] (1529-1600). El ejemplar del que estamos hablando se halla conservado actualmente en la Real Biblioteca de Madrid, con la signatura XIV-2350.

Este ejemplar entró en la Real Biblioteca por mediación de D. Gregorio Mayans y Siscar[6] (1699-1781), a la sazón bibliotecario real en ese momento. En el catálogo[7] de dicha biblioteca ya se señala que el ejemplar está apostillado en la mayoría de sus páginas por el erudito filólogo toledano Pedro Chacón, hecho que se constata nada más abrir el libro, ya que esta intervención es muy ostensible, pues abarca casi todos los apartados de los que consta la obra.

En efecto, Pedro Chacón resalta el texto sobre el que quiere llamar la atención mediante la técnica del subrayado de las palabras o de las partes de una palabra a la vez que usa los márgenes a la misma altura para introducir las lecturas de otras fuentes o sus propias propuestas. El espacio de los márgenes es, ciertamente, muy

[4] *C. Iulii Caesaris Commentarii, novis emendationibus illustrati. Eiusdem librorum, qui desiderantur, fragmenta. Ex bibliotheca Fulvii Vrsini Romani*. Amberes 1570.

[5] Sigue siendo un libro de referencia para el estudio de la figura de Fulvio Ursino (u Orsini) P. de Nolhac: *La bibliothèque de Fulvio Orsini*, París 1887. Puede también servir de ayuda G. Beltrani, *I libri di Fulvio Orsini nella Biblioteca Vaticana*, Roma 1886.

[6] D. Gregorio Mayans y Siscar, valenciano, fue un erudito representativo de la primera ilustración española. Fue bibliotecario regio durante siete años (1733-40). Las obras completas de Mayans fueron publicadas por Antonio Mestre en formato CD en 2002 gracias a la Biblioteca Valenciana y a la Fundación Hernando de Larramendi. Esta edición, dado el formato utilizado, ha venido a llamarse «Gregorio Mayans digital».

[7] J. G. López-Valdemoro de Quesada (Coord.), *Catálogo de la Real Biblioteca, Autores-historia*, vol. VII, Madrid 1931, p. 267.

exiguo, lo que obligó a Chacón a usar una escritura verdaderamente pequeña, sin embargo, este hecho no le impide introducir largos testimonios de pasajes paralelos de otros autores antiguos que usa para ilustrar determinados pasajes.

Debido a esta carestía de espacio físico, Chacón se ve obligado a utilizar unos símbolos repetitivos que también están presentes, en menor o mayor cuantía, en los otros dos estadios de redacción de sus notas críticas. Estos símbolos sirven, entre otras cosas, para distinguir entre dos notas en una misma línea de texto que pudieran confundirse, indicar el lugar donde se deben añadir unas palabras o la eliminación de las palabras subrayadas, etc.

Para afrontar el trabajo, Chacón dispuso de un manuscrito propio que no hemos logrado identificar aún, pero que el propio Chacón no debió de considerar de gran importancia, ya que no lo cita muy profusamente y de forma constante acude al auxilio de otros mejores testimonios. Dos de estos testimonios son importantes en el estudio de las notas críticas de Pedro Chacón, ya que se trata de dos manuscritos que fueron propiedad de Fulvio Ursino[8] (ahora forman parte del patrimonio de la *Biblioteca Apostolica Vaticana*), aunque Chacón llegó a conocer sus lecturas de manera diferente. Las lecturas del códice *Vat. Lat.* 3324[9], también llamado *codex Vrsinianus* por el nombre de su poseedor y presente en la mayoría de las ediciones cesarianas con la sigla U, llegaron a Chacón a través de las *Emendationes* del propio Ursino que están publicadas en la misma edición de Plantino, mientras que las lecturas del otro códice, el *Vat. Lat.* 3322[10], pudieron ser consultadas de primera mano, según hemos podido averiguar, por el mismo Chacón.

Por otra parte, Chacón debió de elegir la edición plantiniana de 1570 para plasmar en un ejemplar de ella sus notas por la gran información referente a testimonios que ofrece dicha edición y la gran comodidad que ello suponía. En efecto, en la edición de Plantino se halla también publicado el *Libellus variarum lectionum*[11] de J. M. Bruto, donde se ofrecen también las lecturas del llamado *codex*

---

[8] El catálogo de libros que fueron posesión de Fulvio Ursino puede consultarse en varias fuentes: P. de Nolhac, *op. cit.*, pp. 333-396; y el códice *Vat. Lat.* 7205 (f. 26).

[9] V. Brown, *The textual transmission of Caesar's Civil War*, Leiden 1972, p. 86. Este manuscrito también está descrito por Vatasso en el *Vat. Lat.* 13475 (ff. 362-363). P. de Nolhac, *op. cit.*, p. 39 y 226. En la biblioteca personal de Ursino recibía la signatura M. L. 18.

[10] Ibíd., p. 53; P. De Nolhac, *op. cit.*, p. 264-265. En la biblioteca personal de Ursino, M. L. 300.

[11] Este *Libellus* fue publicado por primera vez en la edición de Grifio (Lyon 1560) y posteriormente en otras ediciones de varias ciudades europeas.

Carrariensis[12] y de varias ediciones más o menos contemporáneas, como las de Filipo de Giunta (Florencia 1508 y 1514)[13], la de Grifio (Lyon 1560), la de Vascosano (París 1543) y la de Roberto Estéfano (París 1544). Los testimonios del *codex Carrariensis* y de todas estas ediciones están también presentes en estas notas marginales y también en las siguientes redacciones de las notas críticas de Chacón.

La naturaleza de estas notas marginales, en resumen, es la del pergeño o primera aproximación que sirve de base para una futura redacción de sus notas al *corpus Caesarianum*. Hablamos, por tanto, de un estado embrionario, carente de una sintaxis racionalizada, coronado por frecuentísimas abreviaturas y referencias de consumo interno que va a servir de apoyo para el trabajo futuro del toledano.

2. SEGUNDO ESTADIO DE LAS NOTAS CRÍTICAS DE PEDRO CHACÓN

El segundo y el tercer estadio de las notas críticas de Chacón ya puede ser calificado estrictamente como 'notas', puesto que estos dos estadios cuentan con una estructura redactada y dotada de coherencia sintáctica de la que las anotaciones marginales anteriores carecían. Estas notas, tanto las correspondientes al segundo estadio de redacción como al tercero y definitivo, se hallan presentes en un manuscrito autógrafo preservado en la Biblioteca de la Universidad de Copenhague. Tuvimos noticias de su existencia gracias a un artículo de Tomás González Rolán y Pilar Saquero Suárez Somonte[14] sobre el propio Chacón.

El citado manuscrito, conservado actualmente en la Biblioteca de la Universidad de Copenhague con la signatura AM 828 4to, pasó por muchas vicisitudes antes de llegar a la biblioteca que actualmente lo conserva. De las propias manos de Chacón, en Roma, pasó como legado a un amigo muy cercano, Luis de Castilla, y de éste a la biblioteca del Conde-Duque de Olivares[15], donde fue comprado por el embajador de Dinamarca en aquel momento, Cornelius Lerche. De

[12] Poco se sabe en la actualidad de este manuscrito. Todavía se le conocía con ese nombre en la edición de Oudendorp, de 1737 (*C. Julii Caesaris de bellis Gallico et civili Pompeiano nec non A. Hirtii aliorumque de bellis Alexandrino, Africano et Hispaniensi commentarii… Cura et studio Francisci Oudendorpii*, Lyon-Rotterdam 1737), pero después este nombre desapareció de las ediciones modernas de César.

[13] Sobre esta edición, cifr. A. Moreno Hernández, «La edición de Philippo di Giunta de *Bellumm Gallicum* de César (Florencia 1514)», *Epos* 20-21 (2004-2005), pp. 13-30.

[14] Véase la nota 3.

[15] G. Marañón, *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid 1965, p. 163.

la biblioteca particular de Lerche pasó, en 1682, a la de otro noble danés, Jens Rosenkrantz, y después a la del islandés Arne Magnussen. En esta biblioteca sufrió un incendio de graves consecuencias en 1728 del que pudo salvarse. Finalmente, tras la muerte de Magnussen el manuscrito fue donado al *Arnamagnaeske Institut*[16] de la Biblioteca de la Universidad de Copenhague.

Además de la notas críticas de Pedro Chacón al *Corpus Caesarianum*, el manuscrito contiene otras obras manuscritas del propio Chacón como su comentario a la columna rostral, sus notas críticas a Salustio y Varrón, su tratado *De triclinio romano* y su *Historia de la Universidad de Salamanca*, a lo que hay que añadir algunas cartas y dibujos de monumentos del mundo antiguo.

En cuanto a la segunda redacción de las notas de Chacón se refiere, ésta ocupa unos pocos folios (189^r-191^r), y contiene notas a sólo cuatro de los ocho libros del *Bellum Gallicum*, concretamente a los libros I (34 notas), II (13 notas), VI (21 notas) y VII (23 notas), de las cuales algunas nos han resultado ininteligibles debido al paso del tiempo y a la pequeñez de la letra usada.

De estos cuatro libros presentes en esta segunda redacción, dos de ellos tienen título al principio, el I y el VII, mientras que el libro II no lo tiene, aunque no se puede dudar de que las notas a este libro comienzan por la primera, ya que la primera nota del libro II viene inmediatamente después de la última del libro I. En cuanto al libro VI, la primera nota corresponde a 6.7.6, aunque hay vestigios de una nota anterior en el comienzo del folio.

Todo ello nos hace pensar que faltan varios folios correspondientes a esta segunda redacción, seguramente perdidos, que fueron encuadernados junto con los otros papeles de Chacón para formar este volumen[17], puesto que se echan en falta los folios que podían contener el final de las notas al libro II y los libros III, IV y V completos junto con las primeras notas del libro VI y partes del VII. Tampoco hay rastros de las notas a un posible libro VIII. Inmediatamente después comienzan las notas pertenecientes a la tercera y definitiva redacción.

El número de pasajes que Chacón atiende en esta segunda redacción es muy inferior con respecto a la tercera redacción, aún contando con la gran cantidad de información que creemos perdida. La escritura, por otra parte, es menos cui-

[16] Puede consultarse la página web del Instituto en http://arnamagnaeansk.ku.dk/.

[17] A todo esto hay que añadir que algunos folios correspondientes a esta segunda redacción no coinciden en altura y anchura con el resto del manuscrito. Se presentan, pues, a modo de folios recortados por la parte superior e inferior y por el lado opuesto al cosido.

dada, así como la presentación, ya que en los márgenes hay también adiciones con mucha mayor frecuencia que en la tercera redacción.

3. TERCER Y DEFINITIVO ESTADIO DE LAS NOTAS CRÍTICAS DE PEDRO CHACÓN

La tercera y última redacción se presenta, como ya hemos anticipado, en el mismo manuscrito AM 828 4to, justamente después de la segunda, y se corresponde, aunque con algunas alteraciones, con las notas de Pedro Chacón que fueron publicadas por primera vez en la edición cesariana de Frankfurt en 1606[18].

Se trata de la redacción más extensa de estas notas críticas, ya que contiene 512 notas al *Bellum Gallicum*, 555 al *Bellum civile*, 65 al *Bellum Alexandrinum*, 79 al *Bellum Africum* y 37 al *Bellum Hispaniense*. Este es pues, el primer testimonio de las notas chaconianas en el que aparecen en forma redactada las notas a los libros que no son el *Bellum Gallicum*.

Este tercer estadio se diferencia claramente del segundo por varios motivos. En primer lugar, las notas comienzan otra vez desde el principio y están distinguidas por un título claro; en segundo lugar, hay una conspicua mayor cantidad de notas; y por último, a pesar de que también hay inserciones y márgenes anotados, la letra de Chacón es mucho más pulcra y clara y todos los libros están perfectamente señalados y distinguidos.

4. PUBLICACIÓN DE LAS NOTAS CRÍTICAS DE CHACÓN EN LA EDICIÓN CESARIANA DE FRANKFURT EN 1606

El tercer estadio de las notas de Pedro Chacón fue publicado, como hemos dicho antes, en una edición del *corpus Caesarianum* realizada en Frankfurt en 1606. Esto fue posible gracias al filólogo flamenco Jean Brant (1559-1639), quien mandó a Andrés Schott realizar una copia de las notas del manuscrito AM 828 4to. No sabemos exactamente la fecha de este acontecimiento, pero sin lugar a dudas tuvo que ser algunos años después de 1595, ya que su intención era depurar las notas de Chacón de las notas Fulvio Ursino, que habían sido publicadas

[18] Véase la nota 2.

juntas pero sin distinción en una obra de la que fue editor el propio Ursino en ese año.

Esta obra de la que hablamos se titula *Fragmenta historicorum*[19]. Fue en principio una obra de Antonio Agustín (1517-1586) que trataba sobre fragmentos de historiadores romanos, desde Fabio Pictor hasta Esparciano. Agustín no pudo verla terminada, y tras su muerte, Fulvio Ursino se hizo cargo de ella hasta poder publicarla en 1595 en Amberes. La parte central y más importante del volumen lo ocupan las notas de Ursino a las obras de César. Sin embargo, y aunque hay una pequeña mención a otros seis filólogos al comienzo de la obra, Ursino no acotó ni distinguió sus propias aportaciones de las de los otros filólogos, por lo que la obra es en realidad una amalgama de aportaciones de varios autores bajo el nombre de Fulvio Ursino.

Jean Brant, considerando que las notas de Pedro Chacón tenían valor por sí mismas y reparando lo que él consideraba una suerte de injusticia[20], decidió hacerle llegar las notas copiadas del manuscrito AM 828 4to a Claudio Marnio, tipógrafo de la edición de Jungermann.

Sin embargo, las notas publicadas en Frankfurt contienen algunas diferencias con el texto del manuscrito AM 828, y algunas de ellas de carácter significativo[21]. En primer lugar, Jungermann se vio obligado a realizar cambios para vencer la dificultad de su publicación, ya que el texto de Chacón no fue escrito con miras a una futura publicación. Por ello, Jungermann tuvo que eliminar todas las referencias que introduce Chacón a números de página y línea —conectados con la edición cesariana de Amberes 1570[22]— y substituirlas por el número de libro o por expresiones que definen poco la localización de los pasajes como *in fine libro*, *supra*, *post*, *paulo infra*, etc.

Los cambios introducidos por Jungermann no se limitan a estas variaciones únicamente, ya que las notas publicadas ofrecen divergencias más relevantes como correcciones de errores de Chacón —dando lugar, en ocasiones, a errores

[19] *Fragmenta historicorum ab Antonio Augustino collecta, emendata a Fulvio Vrsino. Fulvii Vrsini notae ad Sallustium, Caesarem, Livium, Veleium, Tacitum, Suetonium, Spartianum et alios*, Amberes 1595; reeditado en los *Opera omnia* de Antonio Agustín, Vol. VII, 1765-1774, pp. 265-359.

[20] Consúltese el prefacio de la edición de Jungermann: *C. Iulii Caesaris quae extant… Editio adornata opera et studio Gothofredi Iungermanni Lipsiensis*, Franfurt 1606.

[21] Javier Moraleda Díaz, *Las notas de Pedro Chacón al texto del* Bellum Gallicum *de Julio César*, Trabajo de investigación inédito, Madrid (UNED) 2007, pp. 38-42.

[22] Cf. nota 4.

en el intento de corrección—, cambios en el orden de palabras, adiciones, supresiones, así como otros cambios de carácter morfológico y léxico en las citas de otros autores. Veamos algunos ejemplos ilustrativos:

1) Cambio de las referencias de Chacón a su edición de referencia:

Ms. AM 828 4to	Ed. Jungermann	Nota
Infra lib. 5, pag. 98	*ut libro quinto*	3
pag. 75	*infra libro quarto*	27
pag. 82 scribit	*lib. 5 in principio*	27
17.26	*et post*	36
pag. 19	*infra*	38
supra eadem pagina	*paulo supra*	43
125	*l. 6*	47

2) Correcciones de errores:

Ms. AM 828 4to	Ed. Jungermann	Nota
Orosius lib. 4	*et Orosius libro 5*	17
Verrem 5	*Verrem 7*	31
Verrem 4	*Verrem 6*	38
in Divinatione	*orat. In Verrem 3*	119
lib. 59	*lib. 49*	133
cap. 19	*cap. 15*	212

3) Cambios en el orden de palabras:

Ms. AM 828 4to	Ed. Jungermann	Nota
totius Galliae	*Galliae totius*	11
insignis aliqua	*aliqua insignis*	31
aliud verbum est	*est aliud verbum*	44
sit pugnatum	*pugnatum sit*	55
Arvernorum rege	*rege Arvernorum*	104
codex Carrariensis	*Carrar. codex*	151
'tempus' pro 'opus' habet	*habet 'tempus' pro 'opus'*	178
scripti libri	*libri scripti*	184
locum Polybii	*Polybii locum*	250
abundare videtur	*videtur abundare*	253

reus sit atque damnatus	*reus atque damnatus sit*	267
libris omnibus	*omnibus libris*	270

4) Adiciones:

Ms. AM 828 4to	Ed. Jungermann	Nota
Cato	*Cato de re rustica*	19
infra	*ut infra*	28
ornatissimi	*ornatissimi florentissimique*	38
etiam Caesar	*etiam inquirendo Caesar*	39
Livius	*Livius lib. 8*	46
lanceis medium	*lanceis tamen medius*	57
Liviana epitome lib.	*Liviana epitome lib. 67 et 68*	89
est 'fuisset'	*pro 'esset' est 'fuisset'*	94
de Masinissa	*de Masinissa loquitur*	99
lecti	*lecti publice*	108

5) Supresiones:

Ms. AM 828 4to	Ed. Jungermann	Nota
Macrobius vero l. 1	*Macrobius l. 1*	19
Helvetii late patebant	*Helvetii patebant*	24
et lib. 2	*lib. 2*	31
post spiculum dictum	*post spiculum*	52
Appianus omnes fuisse ad	*Appianus ad*	65
sed Cicero	*Cicero*	94
Strabo lib. 4 de Gallis	*Strabo lib. 4*	126
alii libri	*alii*	137
alii codices	*alii*	138

6) Cambios de carácter morfológico, sintáctico y léxico:

Ms. AM 828 4to	Ed. Jungermann	Nota
nostro	*mediterraneo*	1
quae	*qui*	5
Lemanno	*Lemano*	7
Pomptinus	*Pontinus*	16
occisus est	*interfectus*	17
temporibus	*tempore*	19

memini	*nominavimus*	19
forte	*fortasse*	22
atque	*et*	27
perseveraret	*perseverarent*	27
volueris	*voluisses*	31
compleret	*impleret*	51
intellexit	*intelligit*	56

Los cambios introducidos con respecto al orden de palabras, adiciones, supresiones y los relacionados con la morfología, sintaxis y léxico se dan tanto en las palabras de Chacón como en el texto de citas de otros autores latinos.

Por tanto, podemos observar como Jungermann muestra cierta preocupación a la hora de editar el texto de las notas de Chacón, ya que además de adaptar el texto para su publicación, lo revisa en busca de errores y trata de ampliar la información en algunos casos, produciéndose en ese trance otros cambios de carácter morfológico y léxico completamente ajenos al testimonio del manuscrito AM 828. Sin embargo, no todas las divergencias deben ser atribuidas al propio Jungermann, ya que en el proceso de copia llevado a cabo por Andrés Schott en Roma debieron de producirse las primeras variantes.

5. INTERRELACIÓN ENTRE LOS TRES ESTADIOS

Los tres estadios de las notas de Pedro Chacón están íntima y claramente relacionados hasta por tres índices:

Índice 1: La autoría.

Los dos testimonios físicos en los que se encuentran los tres estadios de las notas, el ejemplar de la edición plantiniana de 1570 y el manuscrito AM 828, dejan constancia de su autor, el toledano Pedro Chacón. En el primer caso, en las páginas iniciales del ejemplar[23], donde hay una referencia al nombre del autor de las notas marginales, así como información sobre el año de su muerte. En el segundo caso, todas las obras contenidas en el manuscrito fueron escritas de propia mano por el filólogo toledano.

[23] Cf. J. G. López-Valdemoro de Quesada (Coord.), *Catálogo de la Real Biblioteca, Autores-historia* VII, Madrid 1931, p. 267.

Índice 2: La letra y el contenido.

La letra empleada coincide en los dos testimonios físicos. Se trata de una escritura fina y bastante pequeña, concebida para ocupar poco espacio. En cuanto al contenido, no hay lugar a la duda, puesto que se corresponde plenamente, ya que se repiten los argumentos presentados así como las citas de pasajes introducidas.

Índice 3: Las referencias, símbolos y procedimientos empleados.

Tanto en el ejemplar de la edición como en el manuscrito coinciden también ciertos símbolos y abreviaturas usados por Chacón que se repiten con bastante frecuencia. Chacón escribe, por ejemplo, *f.* para *forte* cuando quiere lanzar una propuesta, *i.* y *s.* significan *infra* y *supra*, y las abreviaturas *Rob.* y *Gryph.* las usa para refererirse a las lecturas que aparecen en las ediciones de Roberto Estéfano[24] y de Sebastián Grifio[25].

En el primero y segundo estadios, redacciones no definitivas, el uso de referencias en los márgenes es mucho mayor y, por ende, puede estudiarse mejor la metodología de trabajo de Chacón. Es destacable, por poner un ejemplo, el uso de un pequeño ángulo hacia abajo, ^, para indicar la adición de una o varias palabras justo en el punto en el que aparece dicho símbolo, o de un ángulo hacia al izquierda, >, usado para introducir lecturas de otros testimonios o las propias propuestas de Chacón e indicar la eliminación de las palabras que se encuentran subrayadas.

6. RELACIÓN ENTRE PEDRO CHACÓN Y FULVIO URSINO

Ya hemos tenido la oportunidad de hablar de Fulvio Ursino y de su relación con Pedro Chacón respecto a los *Fragmenta historicorum*[26]. Sin embargo, merece la pena que abordemos esta relación desde una perspectiva más cercana que pueda ayudar a esclarecer elementos sobre la génesis y el desarrollo de las notas de Chacón.

Fue ciertamente Ursino el primero de los dos filólogos que realizó una aproximación a las obras de Julio César. Debió de ser unos años antes de 1570, fecha

[24] Se trata de la edición cesariana de Roberto Estéfano, publicada en París en 1544.

[25] Con mucha seguridad, esta edición es la que Grifio publicó en París en 1560, que es además la primera en la que se publicó el *Libellus variarum lectionum* de J. M. Bruto, también publicado en la edición plantiniana donde Chacón dejó sus notas marginales y el lugar de donde el toledano sacó la información de las lecturas de estas y otras ediciones.

[26] Véase la nota 18.

en la que fueron publicadas sus *Emendationes*[27] o primera redacción de sus notas a César. Impulsó este trabajo el hecho de que en ese mismo momento Ursino poseía un manuscrito de César que él consideraba muy valioso y antiguo, el códice U o *Vrsinianus*, que ocupa un puesto de primera línea en el *stemma* de las transmisión de las obras de César.

Algún tiempo después, partiendo del trabajo de Ursino, Chacón decidió componer a su vez unas notas críticas al *corpus Caesarianum*. En un primer momento lo hizo en un ejemplar de una edición de las obras de César publicada por Cristóbal Plantino en 1570, donde estaban publicadas las *Emendationes* de Ursino. Posteriormente, Chacón puso en limpio este pergeño en un manuscrito junto con otras de sus obras.

En algún momento después de la muerte de Chacón, Ursino debió de hacerse con una copia de este manuscrito, ya que este material aparece publicado en 1595 en una obra titulada *Fragmenta historicorum*. Sin embargo, como ya hemos dicho, Ursino no distinguió en esta obra sus propias aportaciones de las de Chacón, de manera que las notas publicadas en este volumen conforman una suerte de conglomerado que no aclara la autoría de las aportaciones de cada filólogo.

Es indudable que Chacón y Ursino mantuvieron una relación de amistad y de intereses comunes en Roma, durante los años de estancia en esa ciudad del filólogo toledano, desde 1572 hasta 1581, año de la muerte de Chacón. Pedro Chacón llegó a Roma y no tardó en realizar importantes encargos para el Papa Gregorio XIII, entre los que el más destacado fue presidir la comisión encargada de la reforma del calendario. Fulvio Ursino, por su parte, aunque era hijo bastardo, formaba parte de la nobleza romana y gozaba de importantes contactos entre los eruditos dentro y fuera de la Iglesia. Fue durante muchos años secretario personal del cardenal Sant' Angelo, de la familia de los Farnesio, y bibliotecario de la biblioteca Farnesiana.

En el palacio de los Farnesio, Ursino reunió un círculo de eruditos entre los que se contaban Gabrielle Faerno (1510-1561), Onofrio Panvinio (1530-1568), Paulo Manucio (1512-1574), Octavio Pantagato (m. 1567) y el propio Chacón.

[27] Estas *Emendationes* fueron publicada por primera vez en la edición plantiniana de 1570, cf. nota 4. Debemos recordar, por otra parte, que en los márgenes de un ejemplar de esta misma edición Chacón dejó inscritas las notas marginales que constituyen el primer estadio de sus notas críticas a César. Consúltese la carta de Ursino a Fabio Farnesio al principio de la edición.

7. CONCLUSIONES

Para finalizar, y a modo de conclusión, ha sido nuestra intención en esta comunicación clarificar algunos aspectos sobre la génesis y el desarrollo de las notas críticas que el toledano Pedro Chacón compuso a las obras de Julio César, y hemos podido determinar que este trabajo fue desarrollado en tres etapas distintas.

La primera de tales etapas fue un pergeño de las futuras notas plasmado en las páginas de un ejemplar de la edición cesariana de Cristóbal Plantino de 1570. Se trató de unas anotaciones en los márgenes donde el toledano fue recopilando información para una futura redacción. En una segunda etapa, Chacón decidió poner en limpio y de forma ordenada esa información. Sin embargo, por alguna razón, no satisfecho de su trabajo, esa redacción pasó a ser un estadio intermedio entre el primer boceto y la redacción definitiva. En la tercera etapa, finalmente, Chacón puso en limpio definitivamente sus notas críticas a César de una forma más amplia y meditada.

Por otra parte, hemos querido resaltar el hecho de que Fulvio Ursino, conocedor de la existencia de esas notas críticas, las usó para completar una obra titulada *Fragmenta historicorum* y que, sin acotación ni separación alguna, las notas a César de ambos filólogos fueron confundidas hasta que Jean Brant remedió la situación encargando una copia de las notas críticas de Chacón que pudieron ser publicadas por separado en la edición de Jungermann en 1606.

También hemos querido resaltar las diferencias existentes, importantes en algunos casos, entre el texto autógrafo de las notas de Chacón y la publicación de las mismas en la edición de Jungermann, las cuales consisten no sólo en pequeños cambios necesarios para que el texto pudiera publicarse, sino en relevantes alteraciones en las que se dan correcciones, adiciones, supresiones, cambios en el orden de palabras e incluso cambios relacionados con la sintaxis y con el léxico.

'EL RETRATO DE LA PUENTE (DE CÉSAR) Y EL MODO DE EDIFICARLA' EN LA INTERPRETACIÓN DE LOS COMENTARIOS HUMANISTAS*

M.ª Victoria FERNÁNDEZ-SAVATER MARTÍN
Universidad Nacional de Educación a Distancia
vsavater@flog.uned.es

Matilde CONDE SALAZAR
CSIC
matilde.conde@cchs.csic.es

RESUMEN

Con la intención de completar lo más posible el estudio de los comentarios a que dio lugar en España la figura y la obra de Julio César, hemos dirigido nuestra atención a Juan Lorenzo Palmireno. En el presente trabajo, a partir de una obrita de este autor titulada *Pons Caesaris*, se analiza la larga polémica que ha suscitado el pasaje de *Bellum Gallicum* en el que César describe la construcción de un puente sobre el Rhin (Gall. 4, 17, 4-9), en Palmireno y en algunos otros autores anteriores, contemporáneos, entre los que se encuentran Zurita y Juanelo, y posteriores, como el ingeniero del siglo XIX Escosura y Morrogh.

Palabras clave: Puente de César. *Sublicae*. *Prone ac fastigate*. *Derecte ad perpendiculum*.

Pons Caesaris's Construction and Picture in the humanistic commentaries

ABSTRACT

We highlight Juan Lorenzo Palmireno and his work *Pons Caesaris* (which focuses on the passage of *Bellum Gallicum* in which Caesar describes the construction of a bridge over the Rhine [Gall. 4, 17, 4-9]) with aim to fully completing the study of the textual analysis to which Caesar and his work gave way in Spain. This passage has awaken a controversy about its interpretation (and therefore about the form of the bridge) in several authors: Palmireno himself, and previous authors such as Zurita and Juanelo, and even in later 19th century engineer Escosura y Morrogh. Said controversy is studied in this text.

Key words: *Pons Caesaris*. *Sublicae*. *Prone ac fastigate*. *Derecte ad perpendiculum*

⋆ ⋆ ⋆

* Paráfrasis de la Introducción de Palmireno a su tratado sobre el puente de César, *cf.* nota 11. Este trabajo se inscribe en el marco de los Proyectos de Investigación FFI2008-02214 y HUM2005-00442, financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

1. INTRODUCCIÓN

La obra de César ha sido contemplada y manejada por alguno de los «Comentadores» a que hacía referencia Menéndez Pelayo desde muy diferentes perspectivas y con distintos fines en función de muy diversos intereses que van desde los más puramente filológicos de reconstrucción del texto, hasta los meramente políticos, de *speculum principis*[1] o de estrategia militar[2]. César ha sido, además, protagonista de muchas y diversas composiciones literarias[3]. Una primera distinción separa aquellos trabajos que tienen la obra de César como finalidad en sí misma, de aquellos que utilizan a César y su obra para otros fines. Los que se basan en César son, a su vez, de dos tipos, unos proponen notas y enmiendas al texto latino, como el de Fulvio Ursino, el de Pedro Chacón[4] o el de Jerónimo Zurita, mientras otros constituyen verdaderos comentarios a la obra de César, como los de Bonyéres o Villegas[5]. Finalmente, entre los que utilizan su obra para otros fines destaca Lorenzo Palmireno en su importantísima faceta de pedagogo.

Nuestra intención ha sido completar lo más posible el estudio de los diferentes comentarios a que dio lugar la obra de Julio César en España por lo que, en primer lugar, abordamos el examen de dos comentarios realizados en lengua castellana por dos autores del siglo XVII no españoles, el francés Carlos de Bonyères y el portugués Enriquez de Villegas[6]. Ambos comentarios siguen de forma ordenada el texto de César, si bien varía en cada uno de ellos la forma de tratarlo y la presentación formal. Después, quisimos seguir adelante en esta investigación dirigiendo nuestra atención a otros comentaristas. Ello nos llevó a Jerónimo Zurita que dejó, en un manuscrito autógrafo, titulado «Notas y enmiendas a Julio César

---

[1] G. García-Alegre Sánchez, «Unas anotaciones a los 'Commentarii' de César para la educación del príncipe Felipe, futuro Felipe III», *Revista de Filología Española* 85.1 (2005), pp. 49-59.

[2] M.ª V. Fernández-Savater Martín, «Los comentarios a Julio César como manuales de arte militar y educación de príncipes», *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico IV: Homenaje al profesor Antonio Prieto* (en prensa); G. García-Alegre Sánchez, «La presencia de Julio César en los tratados españoles *de re militari* del siglo XVI», J. M.ª Maestre Maestre-J. Pascual Barea (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje a Antonio Prieto*, vol. IV.2, 2008.

[3] M. Conde Salazar-M.ª. V. Fernández-Savater Martín, 'Comedia nueva del mayor triunfo de César o batalla de Farsalia, (I)' y '(II)', A. Cascón Dorado, P. Flores Santamaría et alii… (eds.), Donum amicitiae. *Estudios en homenaje al Profesor Vicente Picón García*, Madrid, UAM, 2008, pp. 609-628 y 629-649.

[4] J. Moraleda, «Las notas de Fulvio Ursino al texto de César en los *Fragmenta historicorum* de Antonio Agustín. Fuentes e influencias», *RELat* 7 (2007), pp. 181-201.

[5] M. Conde Salazar-M.ª. V. Fernández-Savater Martín, 'El *Epítome floreado de los Comentarios de Caio Iulio César* de Carlos Bonyères', *Minerva* 18 (2005), pp. 187-209; «Comentaristas de la obra de César en el siglo XVII. Diferentes estilos, diferentes tendencias genéricas», *Silva* 5 (2006), pp. 35-62; M. Conde Salazar, «Enríquez de Villegas, comentarista de César», J. M.ª Maestre Maestre-J. Pascual Barea (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje a Antonio Prieto*, Cádiz-Alcañiz, 2008, vol. IV.2, pp. 1-10.

[6] *Cf. supra*, nota 5.

hechas por Jerónimo Zurita, que copió de su mano los Comentarios de César y les hizo un copioso índice», el borrador de lo que bien podía haber sido una nueva edición de las obras de César y del Corpus Caesarianum. Esta investigación, de la que hemos publicado ya algunos resultados parciales[7], sigue en marcha y poco a poco vamos avanzando en la comprensión de estas notas y de la intención que con ellas perseguía su autor, en la idea de poder editar un día el texto completo de las mismas.

En paralelo a esta tarea, hemos seguido adelante en nuestro examen de comentarios de César y nos hemos acercado con ese fin a la obra de Juan Lorenzo Palmireno (Alcañiz, 1524-Valencia, 1579). Se trata de un humanista aragonés sumamente conocido entre aquellos que nos hemos dedicado en algún momento al latín humanista[8], pero como dice Ángeles Galino, «su calidad de humanista y pedagogo reclaman para él un puesto muy semejante al que ocupan en la historia de nuestra pedagogía figuras como la de Vives, el Brocense o Nebrija»[9]. El humanismo de Palmireno se refleja en su producción literaria en la que abarca temas de filosofía, retórica, filología, historia, teatro, morales, etc. Además era un políglota, conocedor del hebreo, griego, latín, castellano, francés, portugués, italiano y valenciano, que propugnaba el empleo del español para la enseñanza de los niños, sosteniendo la teoría de que había que enseñar bien en castellano para después poder pasar al latín. Es precisamente en su importantísima faceta de pedagogo en la que vamos a centrarnos hoy.

Hay un aspecto de la pedagogía de Palmireno que nos gusta especialmente y lo hace cercano a nosotros, moderno: lo que busca ante todo es no aburrir al alumno, y por lo tanto no está a favor de la lección magistral. Por eso recoge la opinión de Joachimo Fortio quien «en su librico *de Ratione Studii,* no solamente dize que es trabajoso oyr a vno seys horas cada día, mas vna sola hora, dize assí: *«Taediosum est per horam integram cogitationem liberam ad alterius dicta cohibere»* Juan Lorenzo Palmireno, *Discurso sobre la puente de César, cf.*, *infra* 2.

---

[7] M. Conde Salazar-M.ª. V. Fernández-Savater Martín, «El manuscrito de las *Notas y enmiendas de Cayo Julio César* de Jerónimo Zurita», *RELat* 6 (2006), pp. 139-165; «Lecturas críticas de Zurita al *Bellum Gallicum* de César», *Actas del XII Congreso Español de Estudios Clásicos* (Valencia, 22-26 de octubre de 2007), Madrid 2009, Vol. I, pp. 205-216.

[8] Cf. L. Esteban Mateo, «Juan Lorenzo Palmireno: Humanista y pedagogo» *Perficit* 7 (1976) 76-107; J. M.ª. Maestre Maestre, «Los Humanistas como precursores de las actuales corrientes pedagógicas: en torno a Juan Lorenzo Palmireno», *Halazet* 14 (2002) 157-174; A. Gallego Barnés, «La écfrasis en la clase de retórica de Juan Lorenzo Palmireno: modalidades y objetivos» en *Doctores y escolares. II Congreso Internacional de historia de las universidades Hispánicas (Valencia, 1995)*, Valencia, Universitat, 1998, Volumen I, 169-182.

[9] A. Galino, *Textos pedagógicos hispanoamericanos*, Madrid, Iter 1968.

En este mismo sentido, el atractivo que despierta cada autor es distinto, así que, y ya centrándonos en el estudio de César, dice también Palmireno: «Otra cosa es Cicerón y Virgilio, que llevan gran artificio de Retórica… pero César va tan llano y sin artificio que para cumplir a toda hora, es menester variedad, sino quieres cansar al auditorio…» Y más adelante añade «Muchas vezes acude en César un pedaço de vna llana, o media hoja sin sentencia notable, ni historia, que no pone si no cosas que a los moços son desabridas, y para el Maestro no muy gustosas. Si esto acaesce entre los discípulos, no falta remedio…» en *Que no han de traer elegancias,* p. 255, *cf. infra*. Y continua indicando algunos recursos a los que se puede acudir para explicar a César.

Alguna de estas ideas se refleja en el método que emplea a la hora de estudiar los textos latinos, como veremos después.

Dos obras de este alcañizano afincado en Valencia interesan a nuestros fines: el tratadito titulado «Que no han de traer elegancias en la lición de César, y a esta ocasión se declara la método de leer comentarios de César a caballeros» (como apéndice [pp. 233-277] a la edición de *El Latino de repente de Lorenço Palmyreno, con la traducción de las Elegancias de Manucio. En esta quarta impresión van muchas cosas añadidas y emendadas. Año 1578. Impresso a costa de Balthasar Symon Mercader de libros. Véndese en su casa, en Valencia, junto a la escuela mayor. Ioan Navarro lo imprimió en la Iclyta ciudad de Valencia, junto al Molino de Rouella. Año 1578)* y otro sobre el *Pons Caesaris*, incluido dentro de los *Stromata* (1575). Estas obras pertenecen a esa categoría de comentarios que, como hemos dicho, utilizan a César, junto a otros autores clásicos, con fines pedagógicos.

2. OBJETIVO DEL TRABAJO: EL PUENTE DE CÉSAR

Palmireno dedica todo un tratadito a explicar el pasaje de los *Comentarios a la Guerra de las Galias* sobre el famoso puente de César. Lo incluye como el número 50 dentro de los *Stromata*, obra que el propio autor denomina «tapiz de textos de diferente estilo, lengua y contenido» **(**Hállase en los apéndices del libro titulado *Vocabulario del Humanista de Lorenço Palmyreno. Añadieronse en esta segunda impresión, Pons Caesaris. Selecta animalia. Stromata*, &. En Barcelona, impresso en casa de Pedro Malo. Año de M.D.LXXV.) (1575).

Comienza de la siguiente forma:

Discurso de Lorenzo Palmyreno sobre la puente de César

> «En el libro quarto de los Comentarios de Caesar está la puente del Rheno, tan bravamente, y con tanta escuridad retratada, qual parece imposible entenderse: tanto que los más doctos que sobre ella escriuen, confiessan que ignoran muchos passos. De esto verás el atrevimiento de nuestros grammáticos, que sin cuydado alguno traen vnos pedacillos de caña, y muy contentos muestran a sus discípulos una niñería a modo de puente, con que quedan muy ufanos, y ríen de mí, porque después de auer hecho mi prefación latina, quando llegué a la exposición dixe: Hijos, por cierto tengo, que acaecerá en esta puente, lo que uno para regozijar los convidados dezía: que les había de hazer un razonamiento, del qual ellos no entenderían el principio, y él mismo no entendería el medio, y la fin ni él ni ellos.»

Ya desde este momento, el propio Palmireno, que nos describe el principio de lo que sería una supuesta clase suya sobre el *Pons Caesaris*, nos adelanta acerca del puente algunos aspectos que se repetirán en el presente estudio: la «oscuridad» que el texto de César presenta, y el hecho de que muchos importantes estudiosos se han dedicado a él no sin dificultad.

Verdaderamente estamos ante un texto complicado y que además no ha sido muy estudiado en la actualidad.

La interpretación del texto de César para intentar entender cómo se llevó a cabo la obra y cuál fue el resultado final, es decir, cómo era el puente que César construyó, ha sido una cuestión muy debatida y que, por el gran interés que suscitó en filólogos, arquitectos e ingenieros, hizo correr mucha tinta ya desde los primeros humanistas y, que sepamos, al menos hasta el siglo XIX[10].

Juan Lorenzo Palmireno, antes de llevar a cabo su comentario, enumera los pasajes del texto de César que le ofrecen dudas o que no entiende y nos aproxima, como es habitual dentro de su metodología pedagógica, a las fuentes que ha consultado citando a una serie de autores que trataron el tema y que, según él, tampoco lo comprendieron muy bien:

> «Veo que cayeron en esta puente Iocundus Veronensis, Leo Bap. Albertus, Glareanus, Cardanus, Scaliger, y quizá cayeron o dudaron también Ioannes Buteo, con los muy doctos Gabriel Faernus, Michael Brutus y otros. Gran nece-

---

[10] Ya Tácito, hablando de Germánico ante el río Weser, hace una referencia al puente y a la actitud de César en Annal. 2, 11: *Caesar, nisi pontibus praesidiisque impositis, dare in discrimen legiones, haud imperatorium ratus*, *cf.* Caes. Gall. 4, 17, 1 y 18, 2.

> dad sería la mía, pensar que donde estos tropezaron, podré yo andar passo seguro: pero a lo menos quiero advertir a los de mi facultad lo que yo ignoro, para que si ellos lo entienden, gozen de su buena andanza, y si no, pierdan aquel descuydo en que están».

Éstas fueron, evidentemente, las fuentes escritas de Palmireno quien, como se puede comprobar en el texto que aparece a continuación, también conoció los diseños que llevaron a cabo estos mismos autores. Así Palmireno, al final de su tratadito sobre el *Pons Caesaris*, manifiesta:

> «No es esto, amigo lector, más de un principio, porque pensando imprimir en Valencia y que tendría modo de poner la figura o retrato[11] de las puentes que Cardano, Iocundo, Buteo y Escalígero en las exercitationes exotericas traen, el que lo imprimía a su costa me dijo que tenía mejor ocasión de imprimir en Barcelona, pidiómelo deprisa; y cosas de pinturas que responden a caracteres donde no está el autor, no pueden muy bien acertarse. Dios me dará ocasión para que se haga esto más cumplidamente y a provecho de los estudiosos».

En nuestro estudio vamos a retomar de nuevo la cuestión de cómo entienden la construcción del puente los distintos estudiosos que han tratado el tema. Para llevarlo a cabo hemos seleccionado textos de varios de estos autores que sirven de fuente a Palmireno y, a partir de todos ellos, trataremos de explicar, por un lado, la relación que existe entre unos y otros y, además, la que estos textos tienen con el suyo. Incluiremos «la figura o retrato de las puentes» dando así cumplimiento al deseo expresado por Palmireno. Estudiaremos también el tratamiento que le han dado algunos de sus contemporáneos y los diseños que hicieron del puente, cerrando nuestro recorrido con un arquitecto del siglo XIX. No faltarán también, si no el diseño, al menos las palabras que sobre el pasaje incluye otro ilustre comentarista de César: Jerónimo de Zurita[12].

Nos centramos para ello en un pasaje concreto de la descripción cesariana que ha llamado la atención de todos estos estudiosos. Pasaje cuyo entendimiento, muy

---

[11] Dice Palmireno como introducción a su comentario sobre el texto de César: «Dos cosas pretende César: la una es el retrato de la puente, la otra el modo y la orden de edificarla. Pongamos la construcción para los niños…»

[12] Entre sus recomendaciones bibliográficas, Palmireno incluye a Zurita, y sus *Anales de la Corona de Aragón*, como uno de los autores que recomendaba leer al estudiante 'con pluma en mano' para copiar en su cartapacio cualquier 'cosa bien encarecida' (EA68, 194-195), R. H., Kossoff, «Lorenzo Palmireno, crítico literario», F. López, J. Pérez, N. Salomon, M. Chevalier (coords.), *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas,* (Burdeos, 2-8 de septiembre de 1974), Burdeos, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Université de Bordeaux III, 1977 Vol. 2, pp. 542-547, esp. pp. 546-547 (publicado en Biblioteca Virtual Cervantes, http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/05/aih_05_2_012.pdf).

especialmente de los términos *prone ac fastigate,* implica un buen conocimiento de la lengua latina y cuya certera comprensión nos llevaría al diseño exacto del puente.

Gall. 4, 17, 4:

> *Haec cum machinationibus immissa in flumen defixerat fistucisque adegerat, non sublicae modo derecte ad perpendiculum, sed prone ac fastigate, ut secundum naturam fluminis procumberent.*

que está también relacionado con Gall. 4, 17, 9:

> *… ac nihilo setius sublicae et ad inferiorem partem fluminis oblique agebantur.*

Se trata de un texto polémico por lo decisivo en la forma final de concebir el puente, como tendremos ocasión de comprobar. La importancia del pasaje se hace todavía más evidente cuando, como veremos en su momento, es el único que, sobre la construcción del puente, comenta Zurita en sus notas a los *Commentarii* de César.

3. EL PUENTE EN BONYÈRES Y ROHAN

Antes de seguir adelante, queremos mostrar brevemente la forma en la que este mismo pasaje se encuentra tratado en otros dos comentaristas que ya han sido objeto de nuestra atención en anteriores estudios[13]. Así podremos apreciar mejor los diferentes tipos de comentario que existen y hemos manejado.

En primer lugar, aunque no se trata de un comentarista español, tenemos que hablar del francés ENRI DE RHOAN (1579-1638) quien destaca, ante todo, por su actividad como militar de carrera. Durante el período de organización del ejército veneciano escribe, entre otras obras, *Le parfaict capitaine autrement* [*L'abregé des guerres de Gaules des commentaires de Cesar.*] Ya desde la dedicatoria «al Rey» se aprecia, por las palabras que dedica a César, que su intención es destacar su figura como militar. Incluimos a este autor, a pesar de que ni es español ni escribe en español, porque en trabajos anteriores[14] demostramos que es el modelo del texto de Carlos Bonyeres, del que hablaremos a continuación. Rohan no presta atención a la forma en la que se construye el puente: le interesa ante todo, como es habitual en él, la estrategia, el comportamiento del militar:

---

[13] Cf. M. CONDE SALAZAR-M.ª. V. FERNÁNDEZ-SAVATER MARTÍN, «El *Epítome floreado de los Comentarios …*» art. cit., *cf.* n.5; M.ª. V. FERNÁNDEZ-SAVATER MARTÍN, «Los Comentarios a Julio César …» art. cit., *cf.* n. 2.

[14] M. CONDE SALAZAR-M.ª. V. FERNÁNDEZ-SAVATER MARTÍN, «El *Epítome floreado de los Comentarios …*» art. cit., *cf.* n.5.

Primero resume los movimientos físicos y diplomáticos de César ante los Alemanes. Asegura que César quiso hacer ver las Águilas romanas más allá del Rhin para amedrentar a los Alemanes, para contenerlos en el futuro y que no quiso pasar el río en barcos por ser algo demasiado peligroso. Y añade:

> *«… mais in fit un pont qu'il fit fortifier et garde des deux costez de la riviere, qu'il ne demeura en ce pays la, que le temps necesaire à la reputation de ses armes, et qu'en retournant il coupa son pont afin d'oster le moyan aux Allemands de s'en servir».*

No quiere Rohan, siempre lacónico, comentar cómo se lleva a cabo la obra del puente, pero, como buen militar, no puede dejar de añadir algo que el propio César omite[15] y que resalta de forma especial a un buen estratega, la razón por la que destruye el puente: *«… afin d'oster le moyan aux Allemands de s'en servir.»*

Carlos Bonyères, Barón de Auchy, nacido en Flandes, que vivió durante la primera mitad del siglo xvii, aunque también fue militar, en su obra ha dejado más impronta la actividad que desarrolló como diplomático al servicio de la corona en diferentes países, donde sin duda ejercitó ese lenguaje de comentarios vagos, generales y en ocasiones con un matiz adoctrinador y moralizante, que encontramos plasmado en sus obras. De su producción nos interesa el *Epitome floreado de los comentarios de Caio Iulio Cesar*, en cuya dedicatoria y proemio resalta, ante todo, las virtudes de César a la luz de un *speculum principis*[16].

En esta obra Bonyères, en el pasaje que estamos estudiando, se limita a señalar las razones por las que César quiere pasar el Rhin, y decide hacerlo mediante un puente. No hace referencia alguna a cómo se lleva a cabo su construcción, sino que se centra en señalar las razones políticas y personales por las que hace el puente y por las que lo rompe. Añade, como es su costumbre, algún comentario de tipo moralizante y adoctrinador que destaca en cursiva:

> … (referido al Rhin) «le pasa sobre puente firme hecho en diez días» y añade (*puesto como el yugo a río tan caudaloso*). «Ostentando al Mundo este milagro superior a la opinión de las gentes. *Quien sabe y ha visto que inquietar le pueden en casa, ni es tan fácil a su desamparo ni a las entradas en la ajena».*

---

[15] Cesar dice (Gall. 4, 19): «*…se in Galliam recepit pontemque rescidit*».

[16] M.ª. V. Fernández-Savater Martín, «Los Comentarios a Julio César como manuales de arte militar...», art. cit., *cf.* n.2.

(Por qué no quiere pasar el río en barcas):

> *Donde no fuerza la necesidad, aventurar de balde no es prudencia; pasar un tal río con su ejército sin más seguridad de volverlo repasar cuando se le antojase, que al favor de unas barcas ajenas donde tantos accidentes podían atravesarse, no era de César. Quien se empeña sin asegurar su retirada, o va a cosa hecha, o es desesperado o a peligro se pone de haberse de arrepentir sin humano remedio.*

La única alusión a la estructura del puente es «Presidiado en ambas partes el puente», recordándonos a Rohan.

Resume después los logros de César (resumen que copia de Rohan) tras pasar el Rhin, y termina: … «Repasa en Galia y rompe su puente».

Como se ha podido ver, aunque se basan en el texto de César, los comentarios de estos autores, no se detienen en la construcción misma del puente, y solo lo utilizan para sus propios fines, ya sea de adoctrinamiento o de estrategia militar.

4. LA CONSTRUCCIÓN DEL PUENTE EN OTRO AUTORES

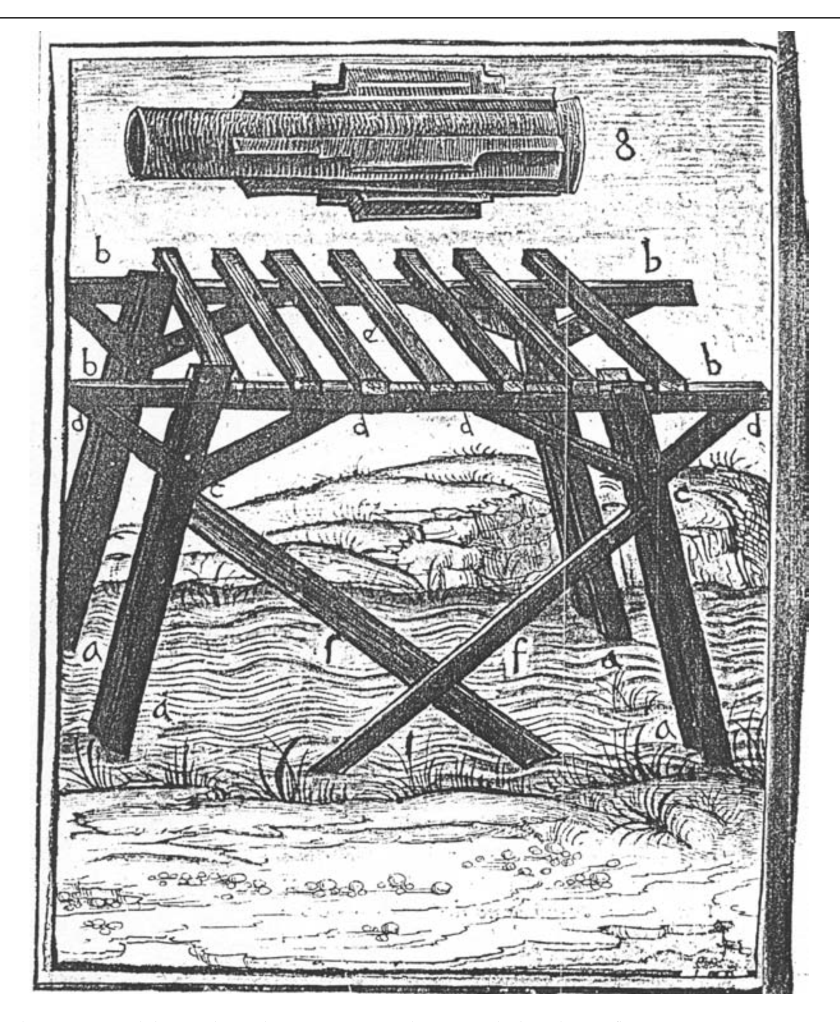
Muy diferente es, como vamos a ver, la forma de abordar este pasaje por parte de otros autores. Vamos a empezar ahora con el examen detenido de la interpretación que del pasaje en cuestión hacen tanto Palmireno, como autores anteriores, coetáneos y posteriores a él.

4.1. Precursores de Palmireno

4.1.1. El primero que, según la enumeración de Palmireno, «cayó en el puente» fue Iohannes Iocvndvs Veronensis[17] (1434/34-1515)[18], personaje que, además de famoso epigrafista y arquitecto, fue editor de textos de autores clásicos entre los que destaca el *De Architectura* de Vitruvio (1511). Editó para su amigo Manuzio a Salustio (1509), Nonio Marcelo (1513), César (1513) y *Scriptores rei rusticae* (1514).

[17] Pero este pasaje mereció antes también la atención de otros humanistas como Hotomanus.

[18] L. A. Ciapponi, «Appunti per una biografia di Giovanni Giocondi da Verona», *IMU* 4 (1961), pp. 131-158.



a. Tigna bina sesquipedalia paulum ab imo praeacuta dimensa ad altitudinem fluminis, etc.

b. Trabes bipedales immissae super utraque tigna, quae binis utrinque fibulis ab extrema parte distinebantur.

c. Fibulae quae disclusae distinent bipedales trabes.

d. Vbi fibulae disclusae in contraria partem revinciuntur.

e. Materia directa, quae iniecta supra bipedales trabes totum opus contexebat.

f. Sublicae obliquae ad inferiorem partem fluminis adactae, quae pro ariete subiectae et cum omni opere coniunctae vim fluminis exciperent.

g. Fistuca qua adigebantur tigna in flumine

Figura 1. Tomada de la edición de César, *Commentariorum de bello Gallico libri VIII; De bello ciuili pompeiano libri III. De bello Alexandrino liber I; De bello Africano liber I; De bello Hispaniensi liber*, Venetiis: in aedibus Aldi & Andreae Soceri, 1513.

Como se puede observar (fig. 1), este autor dibuja su interpretación de cómo era el puente, asigna una letra a los distintos componentes del mismo, y luego explica lo que representa cada una de estas piezas. La letra F explica las *sublicae* de la siguiente forma:

> *… sublicae obliquae ad inferiorem partem fluminis adactae, quae pro ariete subiectae, atque cum omni opere coniunctae, vim fluminis exciperent.*
>
> «Los postes dirigiéndose inclinados hacia la parte inferior del río, colocados a modo de ariete y unidos a toda la construcción, recibirían la fuerza del río»

La interpretación del Veronense es duramente criticada por el matemático francés Iohannes Buteus, otro de los autores que se interesó por el texto (*cf. infra* 4.1.3.) y que cita Palmireno entre los que, según él, «quizá cayeron o dudaron». En el capítulo de su *Opera geometrica* titulado *De sublicio ponte Caesaris* (pp. 31-42, *cf. infra*) incluye duras críticas a otros tratadistas que estudiaron y dibujaron el puente que construye César. Entre los tratadistas criticados se encuentra Iocundo Veronense. Buteo rechaza con especial vehemencia toda su interpretación y dice de él:

> *Non inveniens Iocundus formam pontis, quae praescriptum Caesaris per omnia sequeretur, temperare sibi non potuit, quin verba quaedam immutaret, detorquens in suum sensum. Nam ubi dicitur (…)*
>
> «No hallando Iocundo la forma del puente que siguiese la descripción de César en su totalidad, no pudo remediar el cambiar algunas palabras retorciendo su sentido»

Respecto al pasaje que nos ocupa, entre otras críticas le achaca una errónea interpretación del texto de César que implica un desconocimiento de la lengua latina:

> *De sublicis vero quod earum positionem facit non directam, sed procumbentem instar tignorum, hoc plane est contra Caesaris praescritptum, ubi dixit: Non sublicae modo directa ad perpendiculum.*
>
> «Pero por lo que respecta a los postes, no los hace en posición vertical, sino inclinados como los maderos, lo que está claramente en contra del escrito de César, donde dijo: *non sublicae…*»

y continúa

> *Sed allucinatur in eo Iocundus, quod dicitur,* oblique[19] adigebantur[20], *putans* obliquum *idem esse quod* pronum *atque opponi* perpendiculo. *Quod minime verum est, sicut ostendam postea.*
>
> «Se equivoca en esto Iocundus, porque se dice *oblique adigebantur* pensando que *obliquum* es lo mismo que *pronum* y que se opone a *perpendiculum*, pero eso no es verdad como demostraré luego».

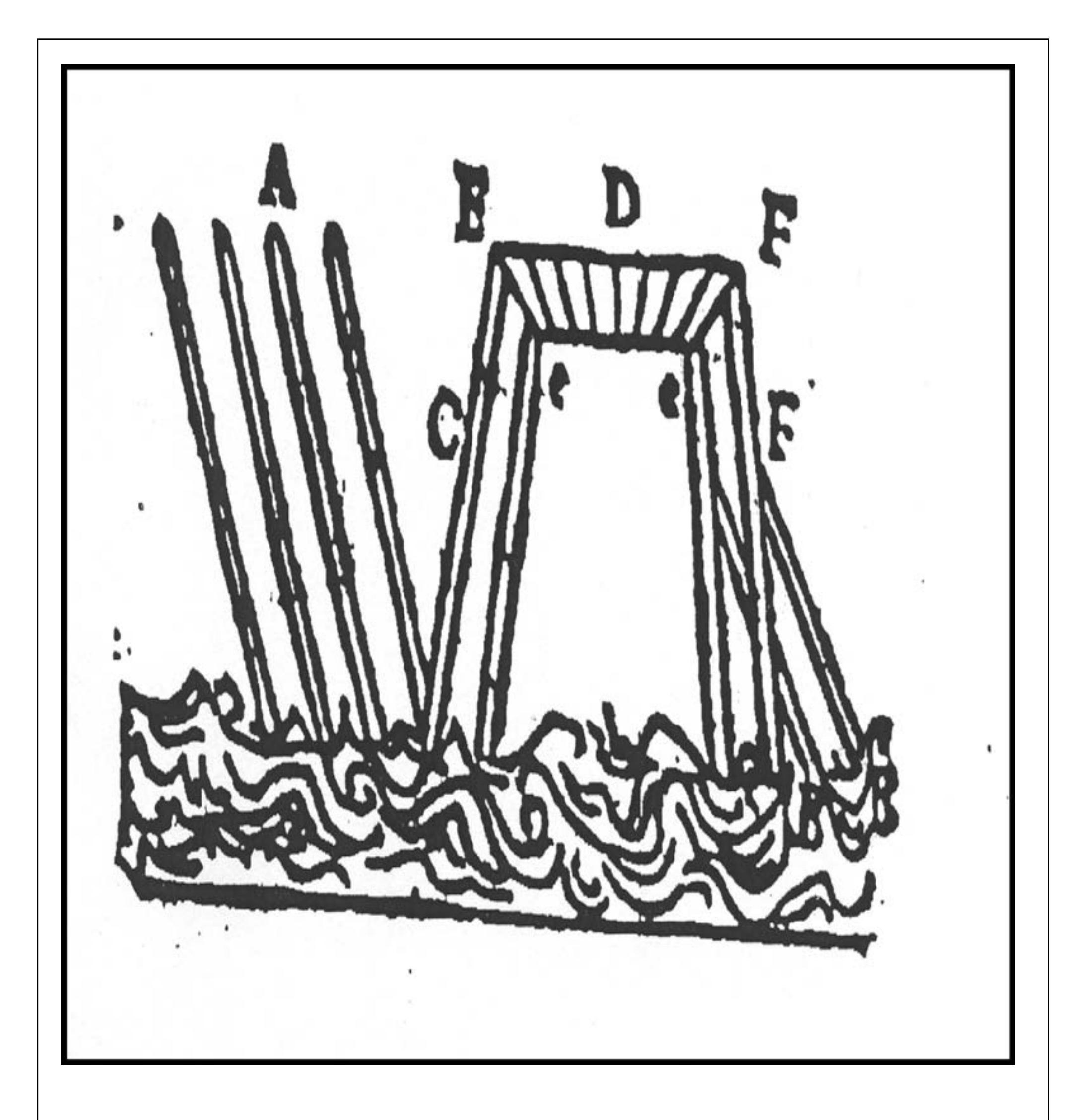
Pensamos que Buteo cree que el pasaje de César que está citando Iocundo al explicar las *sublicae* señaladas con la letra «F» es el primero (IV 17, 4 ***non sublicae modo derecte ad perpendiculum, sed prone ac fastigate***) cuando, según nuestra opinión, en realidad se está refiriendo a la segunda ocasión en que César habla de estos postes (IV 17, 9 ***ac nihilo setius sublicae et ad inferiorem partem fluminis oblique agebantur***).

4.1.2. Otro de los autores que, según Palmireno, como Iocundo, también cayó en el puente es Hieronymvs Cardanvs (1501-1576)[21], natural de Pavía. Como buen representante de los hombres del Renacimiento, demostró gran afición a la ciencia, fue filósofo, médico y matemático, famoso especialmente por sus fórmulas matemáticas para la resolución de las ecuaciones cúbicas, que reunió en su *Artis Magnae sive de regulis algebraicis liber* (Nuremberg, 1545). Su obra más popular es una enciclopedia sobre inventos y experimentos físicos conocida como *Index rerum maxime memorabilium librorum [XXI] de subtilitate* (Basilea 1547). En el libro decimoséptimo titulado *De artibus artificiosisque rebus* (pp. 324-326) se encuentran sus reflexiones y su dibujo sobre el puente de César.

[19] En el texto original los términos de César aparecen con un cuerpo de letra más grande, aquí los destacamos en redonda.

[20] En realidad, Iocundo dice *obliquae… adactae* (*cf. supra,* Fig.1 f.).

[21] M. Fierz, *Girolamo Cardano, 1501-1576: physician, natural philosopher, mathematician, astrologer, and interpreter of dreams,* Birkhauser, Boston 1983.



A. *Sublicae superiores adversus flumen.*

B. *Sublicae inferiores annexae ponti.*

C. *Tigna superiora.*

D. *Trabs latitudinis duorum pedum.*

E ee E. *Fibulae connectentes D trabem cum tignis superioribus ac inferioribus.*

F. *Tigna binae inferiora.*

Figura 2. Figura tomada de la edición de *Opera Geometrica* de Buteo (1559), *cf. infra* n. 22.

El comentario de Cardano respecto al pasaje que nos interesa no es muy relevante y lo que dice es:

> *Inde praeacuta (sc. Tigna) ab imo machinationibus immissa a fistucisque firmata ad fluminis naturam prona ex uno latere figes, sicut tignorum alterum ripae proximius sit.*
>
> «Los maderos afilados, introducidos con artefactos desde el fondo y clavados con mazas, se sujetan desde un costado inclinados hacia la corriente del río, como si el otro madero estuviese muy cerca de la orilla».

Es evidente que Cardano no entiende el texto de César por lo que, como el Veronense, se gana también el reproche de Buteo, quien, para fundamentar su crítica, en primer lugar explica la descripción y reproduce el dibujo que Cardano hace del puente:

> *Hieronymus Cardanus* (…) *Librum nuper aedidit inscriptum de subtilitate ubi super hoc ponte Caesaris industriae subtilitatisque suae nervos explicuit. Cuius hic ergo verba cum ipso pontis schemate transcripsi ut ex collatione diversa veritas se ipsa magis ostendat.*
>
> «… ha editado recientemente un libro titulado *de subtilitate* donde respecto a este puente de César describió el entramado de su laboriosidad y finura. He trascrito aquí sus palabras con el propio esquema del puente para que mediante el cotejo se ponga más de manifiesto por sí misma una verdad distinta».

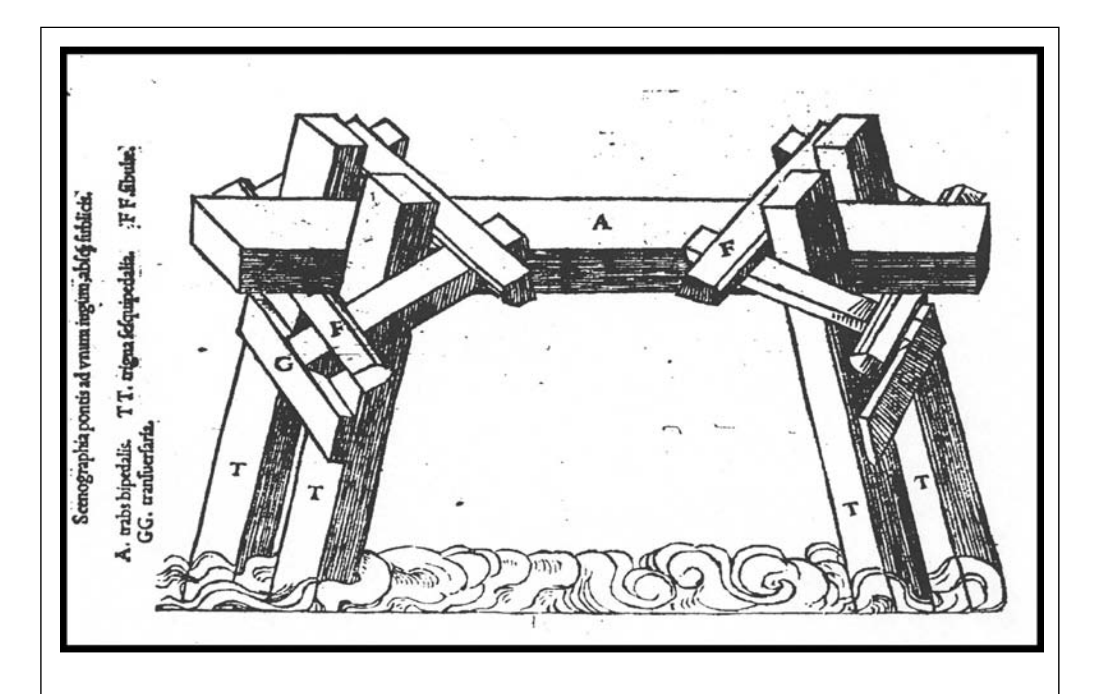
Más adelante termina su dura crítica diciendo:

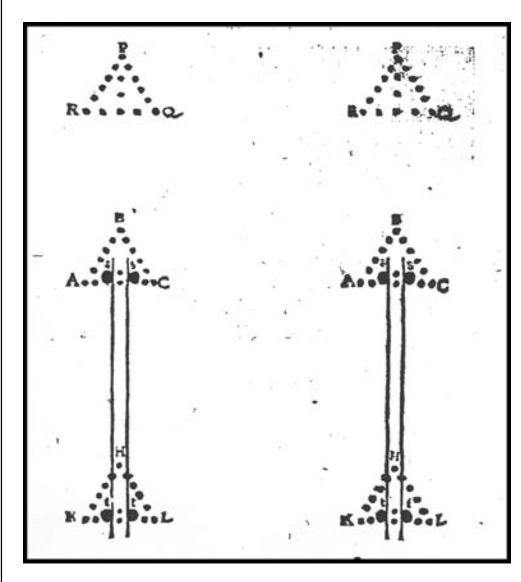
> *Descriptionem istam Cardani cum satis prae se ferat quam sit inepta atque aversa longe prorsus a mente Caesaris nihil aliter discutiendam putavi.*
>
> «No creo que se deba discutir más esta descripción de Cardano, puesto que por sí misma muestra lo absurda que es y totalmente contraria al pensamiento de César».

4.1.3. Iohannes Bvtevs o Borrel (nació en torno a 1492 y murió entre 1564 y 1572), monje francés de la Abadía de St. Antoine de la que llegó a ser abad. Aprendió griego hasta poder leer a Euclides en su lengua original. Destacó como matemático siendo su trabajo más influyente la *Logistica*, en cinco libros (Lyon 1559). Pero sin duda la más famosa fue su *Opera geometrica* (Lyon en 1554) que contiene 15 artículos sobre diferentes temas matemáticos[22].

---

[22] *Opera geometrica*: *quorum tituli sequuntur: de arca Noe, cuius formae, capacitatisq, fuerit: de sublicio ponte Caesaris: confutatio quadraturae circuli ab Orontio Finaeo factae: ad locum Quintiliani geometricum explanatio: ad problema cubi duplicandi: de fluentis aquae mensura: emendatio figurationis organi a Columella descripti: de libra et statera: de precio margaritarum in ivre civili: de fluuiaticis insulis secundum ius civile dividendis: vbi confutatur Tyberias Bartoli: de diuisione fructus aboris in confinio natae: geometriae cognitionem iure consulto necessariam: ad legem Papiniani, Divortio: ad legem luliani: si ita scriptum: ad legem Aphricani, qui quadringenta. Imprint Lugduni, apud Michaëlem Iouium,* 1559.





- *Cursum fluminis ex* ***PP*** *recta decurret in partes* ***HH***
- ***SS*** *indicant sesquipedalia tigna, in suis vestigiis, intervallo pedum duorum inter se iuncta.*
- ***tt*** *contratia tigna ad eundem modum iuncta et a superioribus pedum quadragenum intervallo disparata.*
- ***Inter SS*** *et* ***tt*** *est duorum pedum spatium.*
- *Trigona* ***BCA*** *et* ***HLK*** *ostendunt sublicas ad perpendiculum adactas et oblique ad pedamenta tignorum procedentes.*
- *In trigonis* ***PQR*** *sunt aliae sublicae eodem modo supra pontem mediocri spatio dispositae.*

Figuras 3 y 4. Figura tomada de la edición de *Opera Geometrica, cf.* nota precedente.

La interpretación que el propio Buteo hace sobre cómo entiende o imagina él este puente, empieza con las siguientes palabras:

> *Advertendum est imprimis descriptionem istam sublicii pontis tam scienter et ex arte fieri, ut non solum operis formam, sed etiam structurae modum et ordinem ostendat*
>
> «Hay que destacar, sobre todo, que esta descripción del puente de madera[23] está hecha con tanta erudición y destreza, que hace ver no solo el diseño de la construcción, sino también la forma y el orden de la estructura….».

Respecto al mismo pasaje que critica en Iocundo dice:

> *Cum enim ipsa tigna (ut dicitur) machinationibus figerentur, non directa ad perpendiculum, quemadmodum sublicae solent, sed prona ac fastigata vel ut aliqui legunt fastigiata. Hoc est, more tectorum acclivia, positionis ratio non patitur ea ipsa stare tam firmiter quam si recta figerentur, arietis machina more sublicarum.*
>
> «Aunque estas mismas estacas se fijen con máquinas, no suelen colocarse perpendicularmente, como los postes, sino inclinadas y convergentes, es decir, en pendiente como los tejados. Esta posición no soporta por sí misma mantenerse en pie con tanta estabilidad como si se clavasen rectas como los postes, con la máquina del ariete»

Buteo se centra en el texto de César desde la primera referencia a las *sublicae*, lo entiende y piensa que este diseño del puente con los maderos inclinados es menos sólido que si se clavase en posición recta.

Además, siguiendo su comentario del pasaje de César «*Ut secundum naturam fluminis procumberent*», explica

> *… hoc est secundum vim ac decursum fluminis proclinarentur ad aquae superficiem sicut ad solum parietis inclinarentur scalae, si fingamus decursum aquae a calcibus scalarum recta ferri parietem versus.*
>
> «Es decir, se inclinarían hacia la superficie del agua según la fuerza y curso del río como las escaleras a la pared, si imaginamos el curso del agua dirigirse recto desde el pie de la escalera a una pared».

Veremos que algunas de las ideas expresadas por Buteo van a ser recogidas luego por Palmireno, pero sin citarlo expresamente.

---

[23] Traducimos así porque, en la introducción de la obra, Buteo dice: «*Iulius Caesar in suis de bello Gallico commentariis, formam lignei pontis descripsit, in haec verba…*».

4.2. Juan Lorenzo Palmireno

En su *Pons Caesaris*, como indica al principio, Palmireno trata de ordenar el texto para hacerlo comprensible: «Pongamos la construcción para los niños» y procede a hacerlo en fragmentos, denominados unos «construcción del texto» y otros «glosa». En principio la «construcción del texto» recoge muy parcialmente texto de César, algunos términos o alguna construcción, y su traducción al castellano, mientras que la glosa suele contener la aclaración o explicación de algún término o parte del texto. Pero decimos «suele contener» porque este principio didáctico se va perdiendo a medida que el texto se complica, y se olvida la aparentemente distinta función que cumplen los apartados «construcción del texto» y «glosa», llegando en ocasiones a fundirse ambos como en el caso que nos ocupa:

Examinemos el pasaje que nos interesa en Palmireno:

Construcción del testo

> *Haec* estos maderos así juntados, *cum defixerat*, aviendolos hincado, *immissa*, metidos en el río, *machinationibus*, con ciertos ingenios, y con maças los avia bien apretado, o hincado fuertemente, no derechos a modo de piertigas puestas a nivel, pero inclinados del modo, que un tejado o techo de casa se inclina esto llamamos *fastigiatum,* y que se decantasen según la corriente del río, como si del pie de una escalera a una pared arrimada corriese el agua.

Es evidente que Palmireno entiende bien el texto y lo explica con bastante facilidad y acierto. Como es habitual en él, presenta el texto latino con el orden de palabras castellano, alternando castellano y latín[24] y mezclando texto y explicación. Precisamente es uno de los apartados que menos texto en latín presenta, y concretamente el pasaje objeto de nuestro debate está todo en castellano a excepción de *fastigiatum*. Y es que las cuatro últimas líneas no pertenecen a texto alguno de César, sino que contienen una explicación que recuerda muy de cerca el texto arriba comentado de Buteo: la referencia a la inclinación de los tejados (*more tectorum acclivia*), el término *fastigiatum* y, finalmente, el símil de la escalera[25].

---

[24] Cf. F. J. Juez Gálvez, «Marko Marulic (1450-1524) y el humanista español Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579) (I)», *coloquio Maruliana* XV (2006), pp. 253-263, esp. p. 256,

[25] Hay otros ejemplos de copia del comentario de Buteo como, por ejemplo, cuando dice Palmireno «tan alto era el un madero como el otro, y antes de ponerlos en el río, juntaba unos con otros *nempe transversariis duobus aut tribus* que eran dos pies de largo, son los que los carpinteros llaman palmos y los latinos *cardines*, que recuerda muy de cerca de Buteo cuando, explicando *intervallo pedum duorum inter se iungebat* …., dice *«copulabantur inter se transversariis duobus aut tribus quorum fuir longitudo bipedalis praeter cardines quos nunc artífices vocant 'palmas'»*.

Por otro lado, el texto de Palmireno confirma nuestra opinión sobre el error que comete Buteo al juzgar la explicación de Iocundo Veronense. Palmireno distingue con nitidez los dos pasajes de César donde se habla de las *sublicae* y los explica por separado.

Acabamos de ver la primera aparición de *sublicae* (piértigas, cf. supra), la segunda es en el siguiente texto:

> … *ac nihilo secius* y con todo esso, para más firmeza, *ad inferiorem partem fluminis*, a la parte baxa del río, *sublicae* palos pequeños de un palmo, *adigebantur*, eran hincados a la raiz de los maderos grandes.

Nótese que en este texto ha desaparecido toda alusión a *obliquae*, término en el que Buteo ha centrado su ataque al Veronense, y, por otro lado, que las *sublicae*, que en el anterior texto eran «piértigas» se han convertido en «palos pequeños de un palmo». No hemos visto que César haga diferencia alguna entre las que aparecen en ambos textos.

Finalmente también la referencia a la necesidad de una mayor firmeza recuerda la inquietud de Buteo (*non … tam firmiter*) al respecto, como acabamos de ver en su texto.

4.3. Otros contemporáneos de Palmireno

Pero este pasaje de César siguió suscitando la curiosidad de otros estudiosos, tanto contemporáneos como posteriores a Palmireno: humanistas, filólogos, arquitectos, ingenieros, etc. lo que hace que sigamos encontrando comentarios sobre el mismo hasta el siglo XIX.

4.3.1. Entre los contemporáneos de Palmireno, el pasaje llamó la atención de Ivstvs Lipsivs (1547-1606)[26], filósofo, jurista y filólogo que se ocupó, entre otras cosas, de la enmienda y crítica de textos latinos y, en el último período de su vida escribió diversos tratados sobre los clásicos entre los que nos interesa especialmente su *Poliorceticon sive de machinis, tormentis, telis libri quinque* (Amberes 1596), en el que da un especial protagonismo a los asuntos de artillería y maquinaria bélica. En el libro segundo (p. 125) representa el puente de César acompañado de la correspondiente explicación.

[26] Para una descripción bibliográfica completa de todas las obras de Lipsio, cf. F. Vander Haeghen-M. T. Lenger, *Bibliotheca Belgica: bibliographie générale des Pays-Bas,* Bruxelles: Culture et Civilisation, 1964, Vol. III, pp. 883-1125.

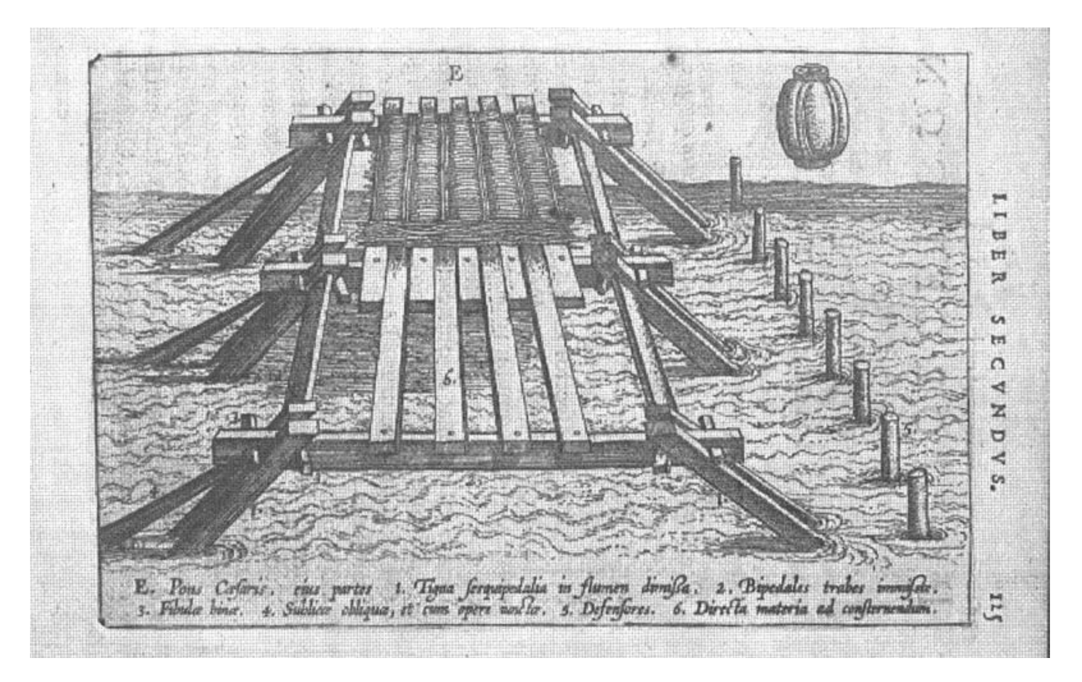


Figura 5. Tomada de *Iusti Lipsi. Poliorceticon sive de machinas. Tormentis. Telis libri quinqué ad historiarum lucem,* Antvpertiae, ex officina plantininiana, apud Viduam et Iohannem Moretum, 1596, p. 125.

Como los anteriores comentaristas, en primer lugar recoge el texto de César para, a continuación, como él mismo dice (p. 118: *Caesaris verba habetis: lustremur*), pasar a «clarificar las palabras del texto de César».

Ait:

> *Prona ac fastigiata] Hoc caput et arx inventiunculae est et fabricae Iulianae. In ista sibi placet et satis explicat, iis quidem qui non sunt nubila aut vara mente. Tigna, inquit, non recta demissa, ut in sublicis pontium vulgo solet: sed duo prona et decumbentia secundum flumen, duo tum altera opposite, item iacentia et inclinantia, sed situ contrario, in adversum flumen.*

> «Aquí está la idea esencial y el punto capital del pequeño invento y construcción juliano. En ella se recrea y explica ampliamente a quienes no tienen la mente turbada ni retorcida. Las estacas, dice, no bajan rectas, como suele suceder en los postes de los puentes, sino dos inclinadas y cayendo a favor de la corriente del río, otras dos en la posición opuesta, también tendidas e inclinadas, pero en el sitio contrario, en contra del río»

Es decir, Lipsio considera este pasaje el núcleo más importante de la ingeniosa construcción de César y que por ello el propio César se deleita en describir la forma cómo se colocan las vigas que sostienen el puente.

4.3.2. Andrea Palladio (1508-1580)[27], fue un arquitecto italiano del último período del Renacimiento, considerado uno de los más representativos de la arquitectura occidental. Su estilo proviene de una interpretación propia de los estilos romanos basada en el estudio directo de los tratados antiguos. En 1554 publica «*L' Antichità di Roma*»[28], basado en sus viajes a la ciudad eterna entre 1541 y 1545, y en 1570 publica en Venecia el famoso tratado «*I Quattro Libri dell'Architettura*», en lengua italiana. En el capítulo VI del libro III trata «del ponte ordinato da Cesare sopra il Rheno».

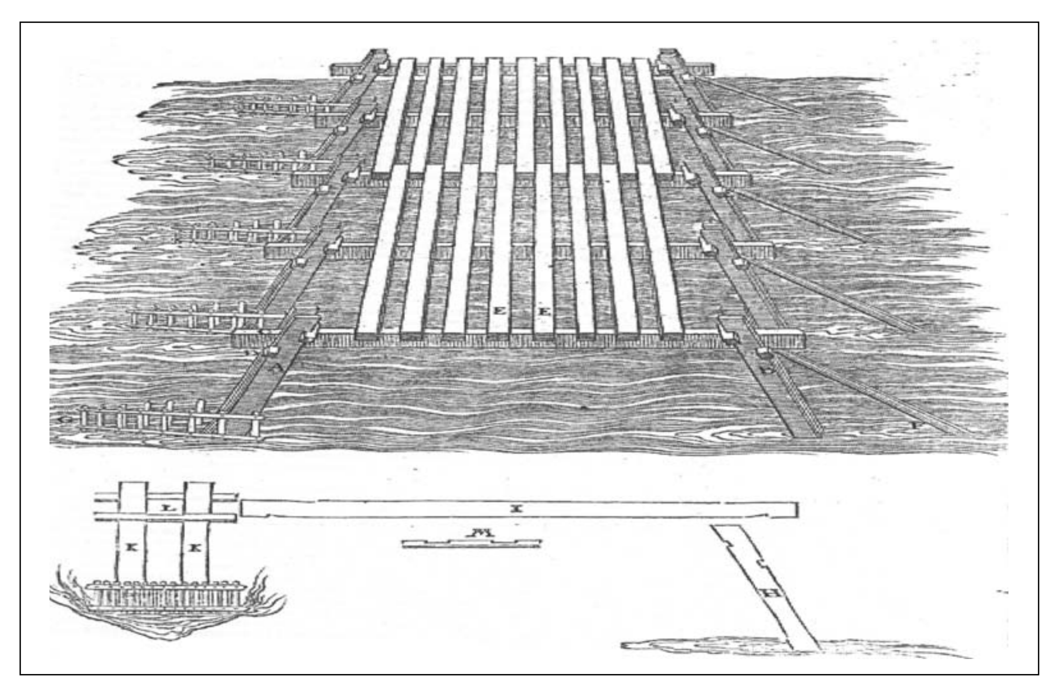


Figura 6. Tomada de *Commentari di C. Giulio Cesare. Con le figure in Rame di Andrea Palladio. Le quali representano à gl'occhi di chi legge, Accampamenti, Ordinanze, & Incontri di Esserciti, Città, Fiumi, Siti de Peasi, & altre cose notabili contenute nell'Historia*. Di muevo diligentemente correti e ristampati, in Venecia appresso Nicolo Misserini 1619.

[27] A. Palladio, *Los cuatro libros de Arquitectura (1570)*, Madrid, Akal, 1988; M. Wundram-T. Pape-P. Marton, *Andrea Palladio*, Köln, Taschen, 1999.

[28] La edición original es *I quattro libri dell'Architettura.*. Venecia, Dominico de'Franceschi, 1570. También fue publicada en París con el título *Traicté des cinq Ordres d'Architecture desquels se sont servy les Anciens. Traduit du Palladio Augmenté de nouvelles inventions pour l'Art de bien bastir par le Sr Le Muet*, Paris, François Langlois, 1645.

Palladio, como los anteriores comentaristas, hace una pequeña introducción explicando el contexto de la obra, basada fundamentalmente en el propio César, y, a continuación, añade un juicio breve pero significativo de la opinión que le merece la obra: el «ponte» se trata para Palladio, ante todo, de una «opera mirabile», pero reconoce que:

> *«... ma cóme questo ponte fosse ordinato, nondinemo per non sapersi la forza di alcune parole usate da lui nel descriverlo, è stato variamente posto in disegno secondo diverse inventioni»*

y por eso no se resiste a dibujar el puente como se lo imaginó de joven leyendo a César y expresa su deseo de no entrar en polémica con las interpretaciones que de dicho puente han hecho *«dottissimi homini».*

A continuación, y después de reproducir el texto de César, hace una traducción comentada del mismo para pasar después a explicar con letras, al igual que sus predecesores, cada una de las partes que componen el puente. Respecto al pasaje que nos ocupa dice en la explicación:

> *«... e havendo con machina afírmate queste travi nel fondo del fiume, le ficcava in quello co'l battipalo non diritte à piombo, ma inchinate di modo che stessero pendenti a seconda dell'acqua» (A).*

y, un poco más abajo:

> *«Oltra di ciò nella parte di sotto del fiume si aggiognevano pali piegati, i quali sotoposti in luogo di Ariete, e congionti con tutta l'opera ressitessero alla forza del fiume» (F).*

4.3.3. Juanelo Turriano (1500?-1585)**.** Ambrosio de Morales, en el tomo IX de sus *Antigüedades de las ciudades de España*[29], describe el famoso artificio que, para subir el agua del Tajo a Toledo, construyó un científico originario de Cremona, Giovanni Torriani, que en España fue conocido como Juanelo Turriano y estuvo al servicio de Carlos V y Felipe II[30].

Hablando del citado Artificio, dice Morales que «También en un trecho de calle muy ancha, que la máquina hubo de atravesar, hizo Juanelo de nuevo la maravillosa puente de madera que Julio César había hecho en el cerco de Marsella». Estamos, evidentemente, ante un error, pues en el cerco de Marsella (civ. 2) ni estuvo César

[29] Madrid, oficina de B. Cano, 1792.

[30] *Cf.* N. Magan, «Biografía. Juanelo Turriano y el famoso artificio de Toledo», *Semanario Pintoresco Español* (21-julio-1839); J. A. García-Diego, *Los relojes y autómatas de Juanelo Turriano,* Madrid-Valencia 1982; *Juanelo Turriano. Breve discurso a su majestad el rey Católico en torno a la reducción del año y reforma del calendario*, Madrid 1990.

ni se construyó el puente, como muy bien advierte, en el s. XIX, Luis Escosura, el último de los comentaristas que interpreta la descripción del puente, del que luego hablaremos[31] (*cf. infra*). El error de Ambrosio de Morales creemos que proviene de una mala interpretación de las palabras de Iocundo Veronense cuando, al proponer una corrección crítica del texto latino de César, dice:

> *Quod si duriusculum hoc quisquam existimarit, sciat Caesarem ipsum simili usum constructione in secundo de bello civili in expugnatione Massiliae his verbis …*
>
> «Si alguien pensase que esto es algo árido, que sepa que el propio César se sirvió de una construcción similar en el libro segundo de la guerra civil en el saqueo de Marsella con estas palabras…»

y recuerda el pasaje 2, 9, 2 del *bellum ciuile* de César que narra el asedio de Marsella.

La descripción de Juanelo no habla del pasaje que nosotros hemos elegido para comentar aquí, pero es muy interesante, sin embargo, la descripción que hace de las *fibulae* que traduce como «hebillas», así como de la importancia de la flexibilidad de las mismas para la seguridad del puente frente a la corriente del río.

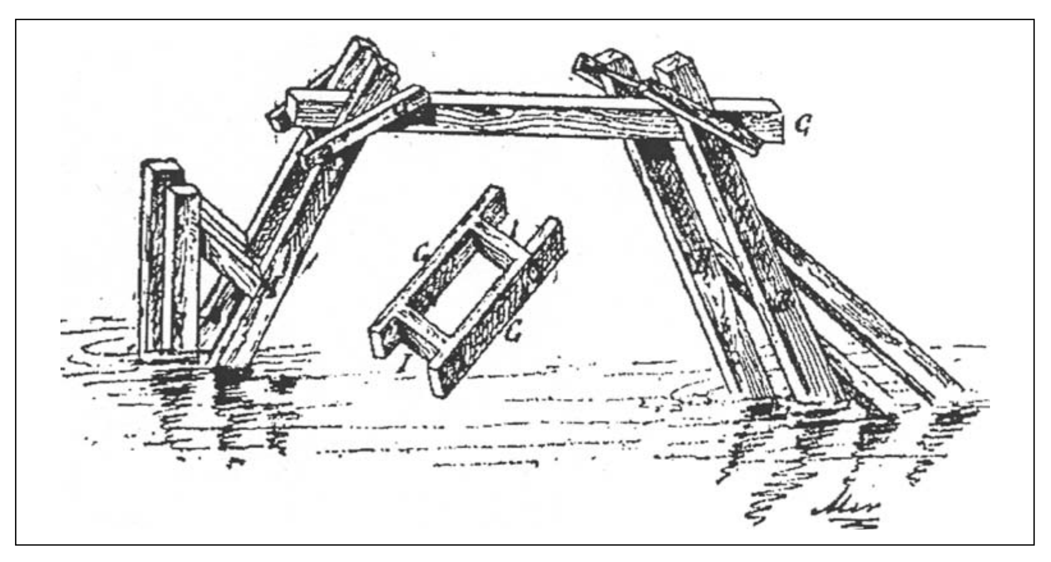


Figura 7. Tomada de L. Escosura y Morrogh, *El Artificio de Juanelo y el Puente de Julio César,* por … Ingeniero de Minas, Madrid 1888 (figura 28), *a su majestad el rey Católico en torno a la reducción del año y reforma del calendario*, Madrid 1990.

---

[31] Cf. *El Artificio de Juanelo y el Puente de César,* L. Escosura y Morrogh, Ingeniero de Minas, Madrid 1888. Imprenta de D. Luis Aguado (t. XIII, parte 2ª de las *Memorias de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid*).

Escosura dice (p. 96), y con esto volvemos a nuestro pasaje de César, que el dibujo de Juanelo «sería completo y nada hubiera que observar respecto a su corrección si Juanelo hubiera representado convergentes los pilotes de cada par».

4.4. Escosura y Morrogh

Antes de contrastar este tipo de comentarios con las notas de Zurita, vamos e terminar nuestro recorrido por los diferentes puentes deteniéndonos brevemente en el tratadito que dedica al puente Luis Escosura, un ingeniero de finales del siglo XIX que, bajo el epígrafe «Del Puente que construyó Julio César sobre el Rhin para pasar el ejército romano al país de los germanos», incluye en su obra *El Artificio de Juanelo y el Puente de César* (*cf. supra*), en las páginas 81-97.

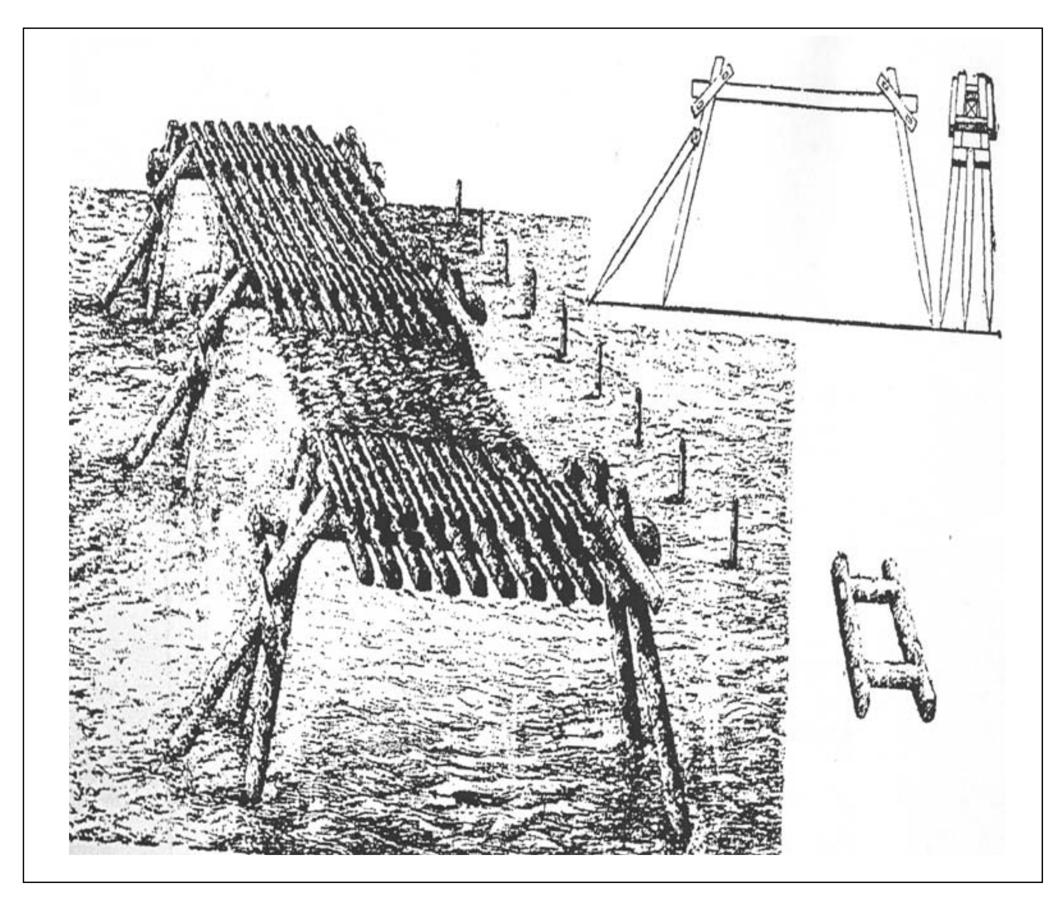


Figura 8. Tomada de L. Escosura y Morrogh, *El Artificio de Juanelo y el Puente de Julio César,* por … Ingeniero de Minas, Madrid 1888 (figura 18).

Empieza Escosura por hacer hincapié en que, aunque en lo esencial están conformes, es importante aclarar las divergencias que existen en los dibujos publicados hasta el momento sobre el puente, ya que en su construcción se fundamenta una de las mayores glorias de César. Dice Escosura que para lograr esa exactitud hay que «sujetarse al texto de los *Comentarios*» y dice que ha tenido delante los diseños de Lipsio, Paladio y Juanelo, «y otros autores que se citan más adelante»[32].

Para Escosura lo más importante es que el texto latino sea correcto. Reforma la traducción de Valbuena porque se basa en un texto latino incorrecto. Copia en su obra el texto latino de Dobenez[33], que se diferencia del de Valbuena, entre otras cosa, en que:

> … en el pasaje del puente, hay tres adverbios: *directe, fastigate* y *oblique* que vienen como adjetivos en el texto de Valbuena.

Dice además que:

> Los adverbios *fastigate* y *prone* y el ablativo *fibulis* han sido interpretados de distinto modo por los Arquitectos e Ingenieros que han dibujado el puente.

Esto afecta especialmente al pasaje que venimos analizando por lo que nos interesa examinar al detalle lo que piensa Escosura y que luego refleja en su dibujo:

> «… lo que me parece más exacto respecto a los dos primeros (*fastigate* y *prone*) es admitir, como ya lo había explicado Rondelet (1734-1829)[34], que por *prone* debe entenderse la inclinación de los pilotes con relación a la superficie del agua, y por *fastigate* otra segunda inclinación de estos pilotes, uno hacia la margen derecha, y otro hacia la izquierda del río, de modo que, prolongando mentalmente los dos pilotes de un par hacia arriba, viniese a resultar un *fastigium*, que significa literalmente la parte alta de un frontón formado por dos lados convergentes, por lo cual hemos dicho que los pilotes, además de estar inclinados hacia la corriente, eran entre sí convergentes, por más que no llegaran a juntarse en un punto para formar el *fastigium*».

Creemos que Escosura entiende bien el texto latino de César y por eso hace algunas intervenciones críticas importantes al texto de Valbuena. Es también muy interesante la explicación de la doble inclinación de los pilotes que justificaría el empleo de los dos adverbios, *prone ac fastigate*, no como refuerzo uno de otro, sino como la descripción de estas dos inclinaciones, y de esta forma lo plasma en su dibujo.

---

[32] Estos autores son: Alberti, Scamozzi, Perrot d'Ablancourt, Emy, Rondelet y Napoleón III.

[33] *Caesarius Comentarii de bello gallico*, Leipzig 1867[4].

[34] *Traité et pratique de l'art de batir*, t. IV, p. 305.

4.5. Jerónimo Zurita

Ahora sí, por último, centramos nuestra atención en el trabajo de Zurita[35] cuya intención no es, como ya hemos señalado, interpretar las palabras de César para que el lector pueda imaginar cómo se construyó el puente, sino simplemente corregir, desde el punto de vista filológico, el texto de Manuzio.

Veamos el texto de Zurita:

> *Non sublicae modo directa ad perpendiculum, sed prona ac fastigata*[36]] vetusta lectio recte *non sublicae modo directae ad perpendiculum, sed pronae ac fastigatae.* Alioqui, si vulgatam lectionem sequeremur eliciebatur sensus quidam absurdus et ineptus[37], nempe sublicas semper ad perpendiculum dirigi solere, quod et quae paulo post sequuntur manifeste convincunt cum ait Caesar *sublicas ad inferiorem partem fluminis obliquas. Tigna* igitur machinationibus inmissa fistucis adingebantur sublicae nequaquam directae modo ad perpendiculum sed modo sublicae pronae ac fatigatae in ipsa prona secundum naturam fluminis procumberent.

Generalmente, lo que suele hacer Zurita es ofrecer, inmediatamente después de la lectura de Manuzio, otras lecturas que recoge en los manuscritos y ediciones que maneja. A continuación, sólo en algunos casos, se inclina por una u otra lectura[38]. En esta ocasión, y antes de ofrecer otra lectura, Zurita se implica diciendo que se trata de la buena y antepone a la que considera correcta el adverbio *recte* a fin de dejar claro que está convencido de que hay que leer *modo directae… pronae ac fastigatae* y no *directa… prona ac fastigata*. Pero Zurita va más allá y, para ratificar su enmienda, añade una explicación de por qué la primera lectura, según la cual los términos *directa, prona* y *fastigata* concordarían con *tigna*, es absurda, pues lo lógico es que se refieran a *sublicae*, que son las que suelen ser colocadas *ad perpendiculum* y en este caso se deben colocar de otra forma *pronae ac fastigatae*[39], y acude al texto de César para ratificar esa explicación. Por último, lo que es todavía más extraordinario en Zurita, parafrasea el texto en discusión para afianzar más su lectura, aunque no podemos deducir de esta explicación si *pronae ac fastigatae* son términos complementarios o no.

---

[35] *Notas y enmiendas de Cayo Julio César*, *cf.* M. Conde Salazar-M.ª. V. Fernández-Savater Martín, «El manuscrito de las *Notas y enmiendas de Cayo Julio César …»,* art. cit., *cf.* nota 7.

[36] Gall. 4, 17, 4.

[37] Quizá podría leerse *meptus* «ridículo», *cf.* el término en Diego Valadés, *Retórica cristiana. Autores Diego Valadés,* Fondo de Cultura Económica 2003, p. 277 [606].

[38] M. Conde Salazar-M.ª. V. Fernández-Savater Martín, «Lecturas críticas de Zurita ….», art. cit., *cf.* n. 7.

[39] La lectura uniforme en las ediciones modernas: *haec* (scil. *tigna*) *cum machinationibus immissa in flumen defixerat fistucisque adegerat, non sublicae modo* ***derecte****, ut secundum naturam fluminis procumberent.*

5. CONCLUSIONES

Hemos examinado tres formas distintas de abordar el comentario sobre un pasaje concreto de la obra de César:

1. Rohan y Bonyéres no se fijan en la arquitectura del puente, sino en las reflexiones de estrategia militar o didáctico-adoctrinadoras que pueden extraerse de su construcción.

2. Palmireno, sus precursores, coetáneos y continuadores se leen unos a otros con detenimiento e interés demostrando que les gusta debatir y hacer valer sus teorías. Todos ellos reconocen:

   — Que el puente es una gran obra.

   — Que su construcción es difícil.

   — Que César, que sabe lo importante que es, se detiene describiendo con detalle la forma en la que se construyó.

   — Que la explicación de César no es clara.

   — Que por su dificultad e importancia se trata de un texto tremendamente debatido.

   — Que entre los pasajes más debatidos está el que describe la inclinación de los postes (*prone ac fastigate*): la forma en que están colocados es definitiva a la hora de concebir y diseñar el puente de César.

   — Que para entender su estructura, hay que entender bien, sobre todo, el texto latino. En esto insisten todos los humanistas, pero también un ingeniero del siglo XIX como es Escosura.

3. Un comentario de tipo más marcadamente filológico, como es el que hace Zurita, no puede evitar, para justificar la lectura por la que se decanta, entrar también en el debate sobre cuál cree él que dice César que era la postura (*prone* y *fastigate*) de los maderos en su puente.

UNAS ANOTACIONES ESCOLARES A LOS *COMMENTARII* DE CÉSAR (1574): LA ENSEÑANZA DEL LATÍN DEL PRÍNCIPE FELIPE, FUTURO FELIPE III[1]

Genoveva García-Alegre Sánchez
Universidad Nacional de Educación a Distancia
ggarcia-alegre@flog.uned.es

RESUMEN

Unas anotaciones manuscritas en la edición de los *Commentarii* de César (1574) conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid fueron utilizadas para la educación y la enseñanza de la lengua latina al príncipe Felipe, futuro Felipe III. Un grupo pequeño de estas notas da noticia de cuándo, dónde, cómo y para quién se estaba llevando a cabo este trabajo didáctico. El resto, sin embargo, hace referencia al estudio de la legua latina y a la comprensión didáctica del propio texto. La descripción y estudio de estas últimas anotaciones (traducciones interlineales, escolios marginales con sinopsis o glosas, subrayados y otras marcas diacríticas) es el objeto de este trabajo.

Palabras clave: Julio César. Educación del Príncipe. Enseñanza del latín, Siglo XVI.

Scholar Annotations about Caesar's *Commentarii* (1574): the Latin Lessons of Prince Philip, the Future Philip III

ABSTRACT

Preserved at the National Library in Madrid, the manuscript annotations of the edition *Commentarii* of Iulius Caesar (1574) were used to teach latin to Prince Philip, who would later become Philip III. Some of these annotations mention when, where, how and whom were the lessons prepared for. The rest refers to the study of the latin language and the didactic understanding of the text. The aim of this work is at describing and analysing this kind of annotations, which appear as interlinear translations, glosses or synopsis, underlining and several diacritical brands.

Keywords: Iulius Caesar. Education of the Prince. Latin teaching. XVI Century.

* * *

[1] Este artículo forma parte del Proyecto de Investigación «Estudio filológico de la tradición textual y literaria de la obra de Julio César en España (II)», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (HUM2005-00442).

El objeto de este trabajo es el estudio de un conjunto de notas, manuscritas en un ejemplar de la vistosa edición en folio de los *Commentarii* de César (Lión 1574) que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid y que fue utilizado para la educación y la enseñaza de la lengua latina del príncipe Felipe, futuro Felipe III. A pesar de que Menéndez Pelayo[2] incluya este texto entre los manuscritos de las traducciones castellanas de César, no es en realidad una traducción interlineal manuscrita completa, sino un conjunto de anotaciones manuscritas de diversa índole, como veremos luego.

El impreso sobre el que están hechas estas notas, además de numerosas ilustraciones, incluye, como es bastante habitual en las ediciones de la época, las obras atribuidas a Hircio, pero las anotaciones están hechas solamente sobre los *Commentarii* de Julio César y el *De Bello Hispaniense* de Hircio. Incluye,en una segunda parte, un prefacio y unos comentarios de François Hotman, la recopilación de los *Fragmenta* y las *Emendationes* de César de Fulvio Ursino, unos comentarios de Aldo Manucio el joven, un diccionario de lugares y nombres propios, la tabla de descripciones geográficas de Raimundo Marliano y un índice final. En esta parte, sólo tienen anotaciones manuscritas —en concreto, sólo subrayados— los comentarios de Hotman y Marliano, que son, concretamente, en los que se basa el autor de las notas para hacer la mayoría de las glosas manuscritas.

Sabemos que estas notas tenían un cometido didáctico e informaciones sobre cuándo, dónde, cómo y para quién se estaba llevando a cabo esta instrucción, porque alguna de estas anotaciones da noticia de ello.

En la portada [fig. 1], previsiblemente indicando el comienzo de este trabajo escolar, aparece esta nota en el margen superior: *Philippus III, Philippi II, F. et Annae Reginae, 1590,* f. 1. En ese momento, puesto que había nacido en 1578, el príncipe tendría 12 años. Otra nota indica cuándo acaba: *Deo auctore, Princeps Philippus audivit omnes libros Comentariorum Caesaris, et huic ultimo extremam manum posuit. 12 Mart. A. 1592*, f. 158. Hay, además, otras anotaciones en las que se menciona en qué momento y lugar se estaba llevando a cabo esta actividad docente, como por ejemplo:

— *16 de setie[m]bre 1591*, f. 7.

— *Toleti 29 Julii complevimus lib. D. Thom. de Regimine Principum*, f. 29.

— *D. Laurentii, an. 1591. 4 Jullii. Ætatis 14 ann. D. N. Principis,* f. 83.

[2] M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica,* Madrid 1952, t. II, p. 154.

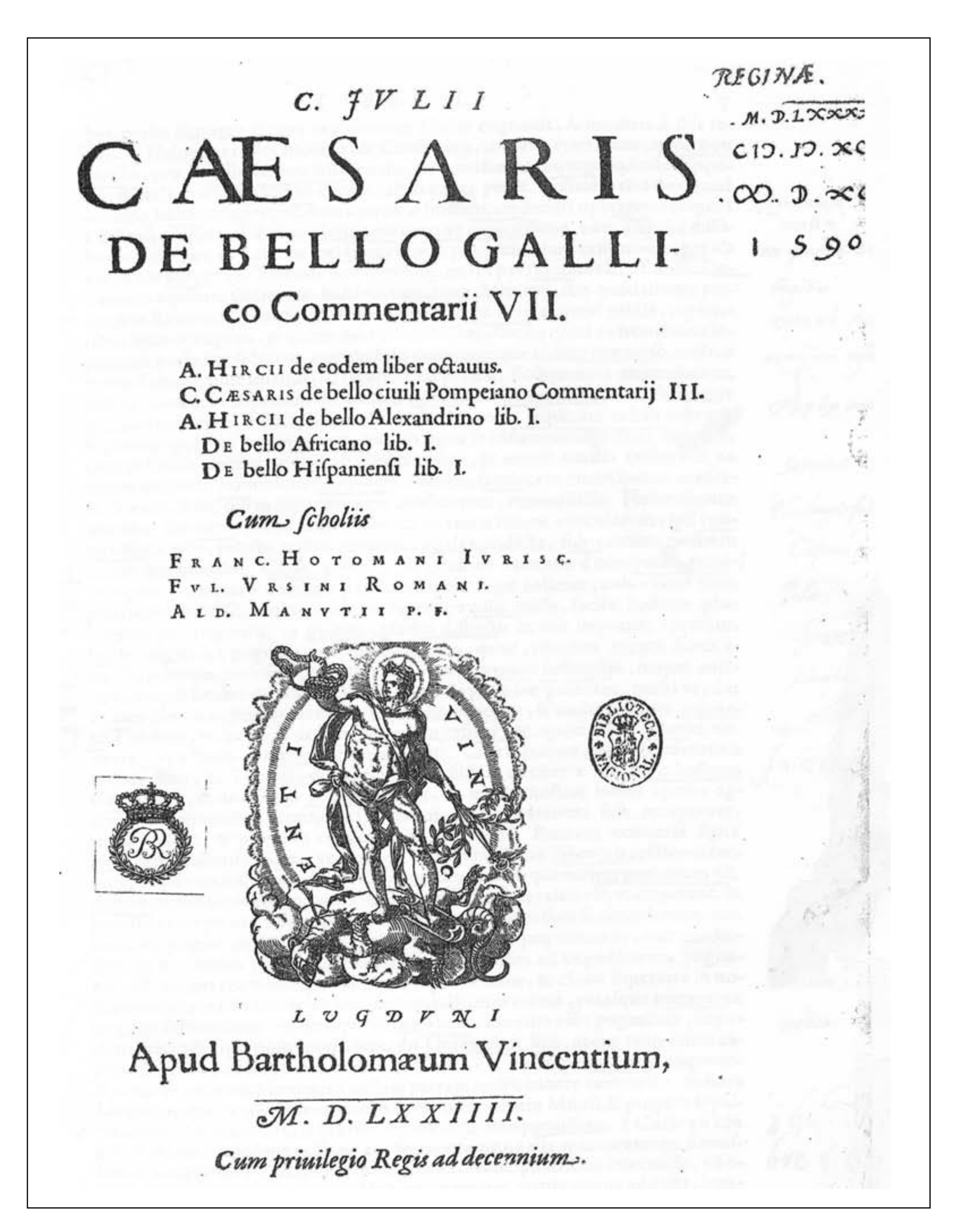

C. IVLII
CAESARIS
DE BELLO GALLI-
co Commentarii VII.
A. HIRCII de eodem liber octauus.
C. CÆSARIS de bello ciuili Pompeiano Commentarij III.
A. HIRCII de bello Alexandrino lib. I.
DE bello Africano lib. I.
DE bello Hispaniensi lib. I.
Cum scholiis
FRANC. HOTOMANI IVRISC.
FVL. VRSINI ROMANI.
ALD. MANVTII P. F.
LVGDVNI
Apud Bartholomæum Vincentium,
M. D. LXXIIII.
Cum priuilegio Regis ad decennium.

Figura 1. J. César, *Comentarii*, Lión 1574. Ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (R-499). Portada.

Vemos, pues, que las propias notas hablan de la naturaleza de la actividad que se estaba realizando y a quién iba dirigida, pero nada nos dicen acerca de quién las hace, de modo que sería mera hipótesis el aventurar el nombre de un autor.

En este sentido, la primera cuestión que se puede plantear es si estas notas se deben a una o varias manos. Lo cierto es que la mayoría de ellas tienen un trazo muy similar, pero hay algunas que tienen un trazo más inseguro y, además, se apartan del asunto común del resto, pues más bien parecen ejercicios de caligrafía. Éstas podrían estar escritas por el propio príncipe Felipe, pues tienen una caligrafía muy similar a la de unos ejercicios de iniciación al estudio del latín, autógrafos del príncipe, fechados en 1588[3], que se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid. No hay duda de que este documento de 28 folios es autógrafo del príncipe, pues puede leerse con letra incipiente en el folio 27v.° «*yo el príncipe, 24 de settembre de 1588*». Nada parecido hay entre las notas que ahora analizamos; sin embargo, bien podría deducirse esta autoría por el trazo similar a las probadamente autógrafas y por el carácter de práctica de caligrafía. Un ejemplo de este tipo de anotación lo encontramos en el margen inferior del folio 4: *frater Ambrosius [t]ua mihi munuscula [per]ferens*, que es el comienzo de la carta de San Jerónimo a Paulino de Nola, con la que solían comenzar los códices de la Vulgata; parece un ejercicio de caligrafía similar a los de 1588, nada tiene que ver con el contexto circundante y podría ser autógrafa del joven príncipe, aunque nada lo atestigua con certeza.

Dejando aparte estas notas de caligrafía insegura, para el resto, las que parecen de una única mano y tienen un cometido escolar, tampoco se puede fijar un autor, pues pudieron estar hechas por la mano de García de Loaísa, Maestro del Príncipe, de un Maestro de Pajes o de algún otro clérigo instructor de latín de la corte. Parece lógico que García de Loaísa, que llegó a ser Arzobispo de Toledo, se encargara de dirigir su formación, pero que la instrucción concreta de las diferentes materias se encomendara a algún ayudante suyo.

García de Loaísa, como Maestro del Príncipe que era, tenía encomendada la formación del «ingenio y del espíritu» del príncipe Felipe y, por este motivo, además de dirigir su orientación moral y religiosa, debía dirigir la instrucción en las artes y las lenguas. Es bastante probable que fuera él quien eligiera los *Commentarii*

---

[3] *Borrador de gramática de Felipe III*, BN-Ms.1451. Este manuscrito es también un borrador de caligrafía, puesto que se repiten diferentes rótulos y letras capitales con una escritura irregular, generalmente en tinta negra, pero ensayando en ocasiones con tinta roja o dorada. Los 20 primeros folios reproducen reglas de género y vocabulario de lengua latina. Los 8 últimos folios son una copia en latín de unos supuestos consejos morales que San Luis (IX), rey de Francia, dedica a su hijo (futuro Felipe III de Francia), según dice el título: *Institutiones Philippo filio a S. Ludivico (sic) rege sub mortem propositae*.

de César para llevar a cabo este último cometido. La obra de César resultaba modélica para la formación de un Príncipe no sólo por la autoridad que le otorga el ser una obra historiográfica de la Antigüedad clásica, sino también por el prestigio de su contenido militar. Se podía considerar una acertada elección puesto que unía el arte militar y el arte literario y, además, constituía una buena guía para la enseñanza del latín. En este sentido, es un tópico de muchos de los tratados *De re militari* del momento considerar a César como modélico en la táctica militar y la estrategia. De igual manera, en los *Specula Principum* del momento resaltaban la importancia de las «armas y las letras» en la formación de los gobernantes, y entre los consejos para la educación del Príncipe generalmente se consideraba importante el conocimiento de las lenguas y, en especial, del latín.

Sin embargo, entre estas notas no hay ninguna que dé algún dato concreto que nos permita fijar una autoría. Sin duda, el autor no ha sentido necesidad de dejar constancia de su nombre, seguramente por el modesto cometido de estas notas y por su escasa originalidad. Esta omisión contrasta con la notación detallada de la identidad del destinatario de las lecciones, los lugares en donde se encontraban o las actividades que se iban desarrollando, como hemos visto antes. Y es que las notas en sí no añaden ningún comentario original a la obra de César, sino que tienen un mero carácter instrumental para la enseñanza del latín.

La descripción y estudio de estas anotaciones no pueden ser más que aproximativos y parciales, puesto que el ejemplar de la edición sobre la que están hechas está posteriormente guillotinado[4], de tal manera que los márgenes exteriores originales —en donde están contenidas gran parte de estas notas— han quedado muy mutilados.

Las notas aparecen en la edición de Lión 1574 así repartidas:

C. Julii Caesaris *De Bello Gallico Commentarii VII* (f. 1-83, con anotaciones manuscritas).

A. Hircii *De eodem liber octauus* (f. 84-96, sin anotaciones manuscritas).

C. Caesaris *De bello ciuili Pompeiano Commentarii III* (f. 97-158 con anotaciones manuscritas).

A. Hircii *De bello Alexandrino* lib. I (f. 158-178, sin anotaciones manuscritas).

[4] En el folio ¶ 4v puede comprobarse por un doblez que se libra de la guillotina que el margen inferior ha perdido 6 mm y el margen izquierdo 4 mm; de igual manera en el folio ¶¶ 1r se comprueba que el margen superior ha perdido 7 mm. y el derecho, 3 mm.

A. Hircii *De bello Africano lib. I* (f. 178-202, sin anotaciones manuscritas).

A. Hircii *De Bello Hispaniensi lib. I* (f. 202-213, con anotaciones manuscritas).

Franc. Hotomani *Caesaris Notae* (f. 1-87, con anotaciones manuscritas).

C. Julii Caesaris Fragmenta a Fuluio Vrsino collecta (f. 88-97, sin anotaciones manuscritas).

Fuluii Vrsini *Emendationes* (f. 98-114, sin anotaciones manuscritas).

Scolia Aldi Manutii (f. 115-139, sin anotaciones manuscritas).

Galliae populorum, urbium, fluuiorum et montium, quo nomine et olim, et hodie dicantur, index (f. 140-145, sin anotaciones manuscritas).

De Galliae divisione Aldi Manutii (f. 150-151, sin anotaciones manuscritas).

Raimundo Marliano *Alphabetica descriptio locorum populorum urbium montiun ac fluuiorum* (f. 151-173, sin notas, pero con algunos subrayados).

Index rerum et uerborum memorabilium quae in Commentariis *Caesaris habentur* (sin paginar, sin anotaciones manuscritas).

Si descartamos ese pequeño grupo de notas que presumiblemente están escritas como ejercicios caligráficos por el príncipe, podemos dividir las otras en dos grandes grupos:

a) Unas anotaciones explicativas, todas ellas fechadas, que dan noticia de cuándo, dónde, cómo y para quién se estaba llevando a cabo este trabajo didáctico, de las cuales hemos visto antes algún ejemplo[5].

b) Unas anotaciones de carácter filológico, que analizaremos a continuación, que constituyen la mayoría. Todas ellas se refieren al estudio de la legua latina y a la comprensión didáctica del propio texto, y están compuestas por traducciones interlineales, escolios marginales con sinopsis o glosas, subrayados y otras marcas diacríticas, que, dado el reducido espacio de los márgenes, ayudan a la comprensión del propio contenido de las notas.

[5] Una descripción de estas notas y su relación con el contexto de la educación del príncipe en el siglo XVI puede verse en G. García-Alegre: «Unas anotaciones a los *Commentarii* de César para la educación del príncipe Felipe, futuro Felipe III». *Revista de Filología Española* 85 (2005), pp. 49-59.

Para poder analizar la naturaleza de estas últimas notas he elegido como ejemplo representativo el folio 7 [fig. 2], que transcribo[6] a continuación señalando entre corchetes el margen en el que se lee la nota y entre paréntesis el texto de César al que hace referencia:

— *HELVETI (sic)* [superior]

— *multo die* [superior] (*multo denique die*, CAES. Gall. 1, 22, 3)

— *frumentum metiri* [derecho] (*frumentum metiri*, CAES. Gall. 1, 23, 1)

— *Bibracte* [izquierdo] (*Bibracte*, CAES. Gall. 1, 23, 1)

— *res frumentaria* [derecho] (*rei frumentariae*, CAES. Gall. 1, 23, 1)

— *fugitiui* [derecho] (*fugitiuos*, CAES. Gall. 1, 23, 2)

— *[p]raest. 32. equitibus* [izquierdo] (*Decurionis equitum*, CAES. Gall. 1, 23, 2)

— *decurio equit[um]* [derecho] (*Decurionis equitum*, CAES. Gall. 1, 23, 2)

— *intercludo* [izquierdo] (*intercludi*, CAES. Gall. 1, 23, 3)

— *nouisimi agmin[es]* [derecho] (*nouissimo agmnine*, CAES. Gall. 1, 23, 3)

— *copiae* [superior] (*copias*, CAES. Gall. 1, 24, 1)

— *triplex acies* [derecho] (*triplicem aciem*, CAES. Gall. 1, 24, 2)

— *sarcinae* [derecho] (*sarcinas*, CAES. Gall. 1, 24, 3)

— *carrus, i* [izquierdo] (*carris*, CAES. Gall. 1, 24, 4)

— *Iunctaeq(ue) vmbone Phalan / ges. idem testu / do, Dio. in Octauiano*, [izquierdo] (*phalange facta*, CAES. Gall. 1, 24, 5)

— *phalange facta* [derecho] (*phalange facta*, CAES. Gall. 1, 24, 5)

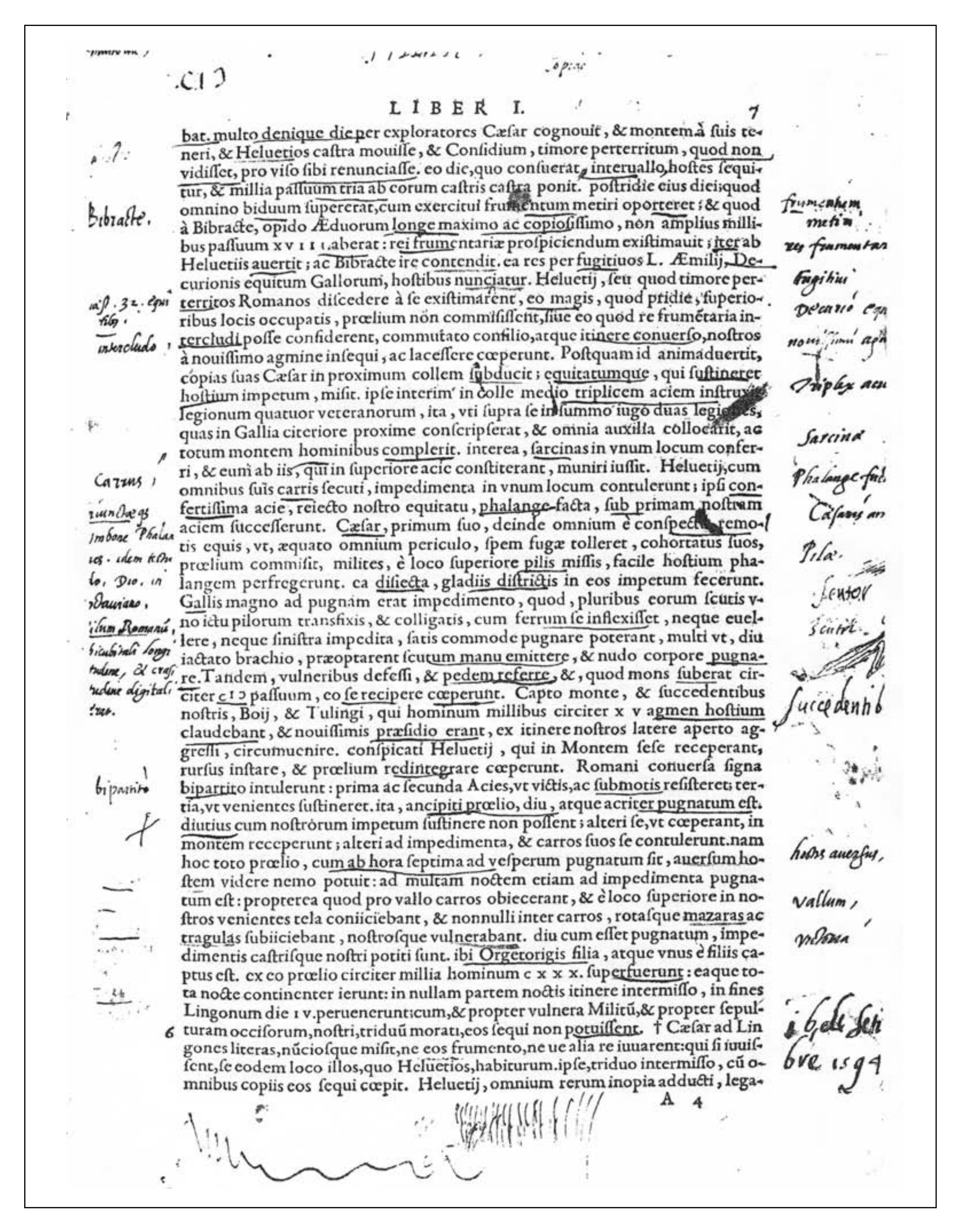
— *Caesaris cons[pectu]* [derecho] (*Caesar, … e conspectu…,* CAES. Gall. 1, 25, 1)

— *pilae* [derecho] (*pilis*, CAES. Gall. 1, 25, 2)

— *scutor* [derecho] *scutor* [derecho] (*scutis*, CAES. Gall. 1, 25, 3)

— *[i]ctum Romanu(m) / [b]icubitaculi longi / tudine, (et) crasi / tudine digitali / [e]rat* [izquierdo] (*ictu pilorum transfixis*, CAES. Gall. 1, 25, 3)

[6] En este folio, aparece además una nota del tipo a. en la parte inferior del margen izquierdo: *16 de setie[m] / bre 1591*, que simplemente da una fecha sin hacer ninguna referencia al texto de César.



LIBER I. 7

bat. multo denique die per exploratores Cæſar cognouit, & montem à ſuis te-
neri, & Heluetios caſtra mouiſſe, & Conſidium, timore perterritum, quod non
vidiſſet, pro viſo ſibi renunciaſſe. eo die, quo conſuerat, interuallo, hoſtes ſequi-
tur, & millia paſſuum tria ab eorum caſtris caſtra ponit. poſtridie eius diei; quod
omnino biduum ſupererat, cum exercitui frumentum metiri oporteret; & quod
à Bibracte, opido Æduorum longe maximo ac copioſiſſimo, non amplius milli-
bus paſſuum XVIII. aberat: rei frumentariæ proſpiciendum exiſtimauit; iter ab
Heluetiis auertit; ac Bibracte ire contendit. ea res per fugitiuos L. Æmilij, De-
curionis equitum Gallorum, hoſtibus nunciatur. Heluetij, ſeu quod timore per-
territos Romanos diſcedere à ſe exiſtimarent, eo magis, quod pridie, ſuperio-
ribus locis occupatis, prœlium non commiſiſſent, ſiue eo quod re frumẽtaria in-
tercludi poſſe confiderent, commutato conſilio, atque itinere conuerſo, noſtros
à nouiſſimo agmine inſequi, ac laceſſere cœperunt. Poſtquam id animaduertit,
copias ſuas Cæſar in proximum collem ſubducit; equitatumque, qui ſuſtineret
hoſtium impetum, miſit. ipſe interim in colle medio triplicem aciem inſtruxit
legionum quatuor veteranorum, ita, vti ſupra ſe in ſummo iugo duas legiones,
quas in Gallia citeriore proxime conſcripſerat, & omnia auxilia collocarit, ac
totum montem hominibus complerit. interea, ſarcinas in vnum locum confer-
ri, & eum ab iis, qui in ſuperiore acie conſtiterant, muniri iuſſit. Heluetij, cum
omnibus ſuis carris ſecuti, impedimenta in vnum locum contulerunt; ipſi con-
fertiſſima acie, reiecto noſtro equitatu, phalange facta, ſub primam noſtram
aciem ſucceſſerunt. Cæſar, primum ſuo, deinde omnium è conſpectu remo-
tis equis, vt, æquato omnium periculo, ſpem fugæ tolleret, cohortatus ſuos,
prœlium commiſit, milites, è loco ſuperiore pilis miſſis, facile hoſtium pha-
langem perfregerunt. ea diſiecta, gladiis diſtrictis in eos impetum fecerunt.
Gallis magno ad pugnam erat impedimento, quod, pluribus eorum ſcutis v-
no ictu pilorum transfixis, & colligatis, cum ferrum ſe inflexiſſet, neque euel-
lere, neque ſiniſtra impedita, ſatis commode pugnare poterant, multi vt, diu
iactato brachio, præoptarent ſcutum manu emittere, & nudo corpore pugna-
re. Tandem, vulneribus defeſſi, & pedem referre, &, quod mons ſuberat cir-
citer CIↃ paſſuum, eo ſe recipere cœperunt. Capto monte, & ſuccedentibus
noſtris, Boij, & Tulingi, qui hominum millibus circiter XV agmen hoſtium
claudebant, & nouiſſimis præſidio erant, ex itinere noſtros latere aperto ag-
greſſi, circumuenire. conſpicati Heluetij, qui in Montem ſeſe receperant,
rurſus inſtare, & prœlium redintegrare cœperunt. Romani conuerſa ſigna
bipartito intulerunt: prima ac ſecunda Acies, vt victis, ac ſubmotis reſiſteret; ter-
tia, vt venientes ſuſtineret. ita, ancipiti prœlio, diu, atque acriter pugnatum eſt.
diutius cum noſtrorum impetum ſuſtinere non poſſent; alteri ſe, vt cœperant, in
montem receperunt; alteri ad impedimenta, & carros ſuos ſe contulerunt. nam
hoc toto prœlio, cum ab hora ſeptima ad veſperum pugnatum ſit, auerſum ho-
ſtem videre nemo potuit: ad multam noctem etiam ad impedimenta pugna-
tum eſt: propterea quod pro vallo carros obiecerant, & è loco ſuperiore in no-
ſtros venientes tela coniiciebant, & nonnulli inter carros, rotaſque mazaras ac
tragulas ſubiiciebant, noſtroſque vulnerabant. diu cum eſſet pugnatum, impe-
dimentis caſtriſque noſtri potiti ſunt. ibi Orgetorigis filia, atque vnus è filiis ca-
ptus eſt. ex eo prœlio circiter millia hominum CXXX. ſuperfuerunt: eaque to-
ta nocte continenter ierunt: in nullam partem noctis itinere intermiſſo, in fines
Lingonum die IV. peruenerunt: cum, & propter vulnera Militũ, & propter ſepul-
6 turam occiſorum, noſtri, triduũ morati, eos ſequi non potuiſſent. † Cæſar ad Lin
gones literas, nũcioſque miſit, ne eos frumento, ne ue alia re iuuarent: qui ſi iuuiſ-
ſent, ſe eodem loco illos, quo Heluetios, habiturum. ipſe, triduo intermiſſo, cũ o-
mnibus copiis eos ſequi cœpit. Heluetij, omnium rerum inopia adducti, lega-

A 4

Figura 2. J. César, *Comentarii,* Lión 1574. Ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (R-499). F. 7.

— *succedentibus* [derecho] (*succedentibus*, CAES. Gall. 1, 25, 6)

— *bipartito* [izquierdo] (*bipartito*, CAES. Gall. 1, 25, 7)

— *hostis auersus* [derecho] (*auersum hostem*, CAES. Gall. 1, 26, 3)

— *vallum* [derecho] (*vallo*, CAES. Gall. 1, 26, 3).

Las anotaciones, como vemos, tienen un cometido muy diverso. Algunas parecen aclaraciones lingüísticas y señalan el nominativo de una forma nominal o la primera persona del presente de una forma verbal. Tales son: *res frumentaria* (*rei frumentariae*), *fugitiui* (*fugitiuos*), *decurio equit[um]* (*Decurionis equitum*), *intercludo* (*intercludi*), *nouisimi agmin[es]* (*nouissimo agmnine*), *copiae* (*copias*), *triplex acies* (*triplicem aciem*), *sarcinae* (*sarcinas*), *carrus, i* (*carris*), *pilae* (*pilis*), *scutor*, *scutor* (*scutis*), *hostis auersus* (*auersum hostem*) y *vallum* (*vallo*).

Otras reproducen exactamente algún nombre propio o alguna construcción lingüística que tal vez dieran pie al profesor para hacer algún comentario. Por otra parte, muchos de los subrayados del cuerpo del texto, que en ocasiones enlazan con alguna anotación, parecen marcas que podrían dar lugar también a algún comentario aclaratorio.

Entre las aquí recogidas, una mención especial requieren estas tres, basadas en los comentarios de François Hotman que contiene esta edición. Compárense los textos de las anotaciones manuscritas y las de Hotman, que pueden ver en la figura 3.

— *[p]raest. 32. equitibus* (*Decurionis equitum*), que se basa en la entrada *Decurionis equitum* de las notas de François Hotman: *In turma equites sunt duo et triginta: quis iis praest, Decurio dicitur. Vegetius.*

— *Iunctaeq(ue) vmbone Phalan / ges. idem testu / do, Dio. in Octauiano*, (*phalange facta*), que reproduce casi al pie de la letra una parte de la entrada *phalange facta* de las notas de Hotman: *Iunctaeq(ue) vmbone phalanges. Hanc Romani testudinem appellabant. Itaque Dio Nicaeus in Octavio, ubi testudinem describit.*

— *[i]ctum Romanu(m) / [b]icubitaculi longi / tudine, (et) crasi / tudine digitali / [e]rat* (*ictu pilorum transfixis*), que se basa en la entrada *Ictu pilorum transfisis* de las notas de François Hotman: *Sic quoque Polybius pilum quo Romani vtebantur bicubitaculi longitudine describit, crasitudine digitali, spiculo ita praecuto iactu inflecteretur, nec euelli posset.*

Obsérvese que estas notas se basan en los comentarios de Hotman [fig.3] que aparecen subrayados, pero no en los que Marliano [fig 4] hace al mismo pasaje, que aparecen sin subrayar.

Anotaciones de características similares, todas ellas explicativas, sin traducciones, son las que aparecen en los libros primero y segundo del *Bellum Gallicum*, sin embargo, en los libros tercero y cuarto las notas únicamente contienen traducciones interlineadas. Para analizar este tipo de notas he transcrito a continuación el folio 25 [fig. 5] señalando entre paréntesis el texto de César al que se refiere la traducción:

— «estas cosas hechas»: *his rebus gestis* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «apaciguada»: *pacatam* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «vencidos los flamencos, echados»: *superatis Belgis, expulsis* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «vencidos»: *victis* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «comenzado el invierno»: *inita hieme* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «ir»: *adire* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «quería»: *volebat* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «repentina gerra» (sic): *subitum bellum* (Caes. Gall. 3, 7, 1)

— «nació»: *coortum est* (Caes. Gall. 3, 7, 2)

— «mancebo»: *adolescens* (Caes. Gall. 3, 7, 2)

— «cercanos»: *proximis* (Caes. Gall. 3, 7, 2)

— «inuernaua»: *hiemabat* (Caes. Gall. 3, 7, 2)

— «éste»: *is* (Caes. Gall. 3, 7, 3)

— «pobreza»: *inopia* (Caes. Gall. 3, 7, 3)

— «de trigo»: *frumenti* (Caes. Gall. 3, 7, 3)

— «los prefectos»: *praefectos* (Caes. Gall. 3, 7, 3)

— «de los soldados muchos»: *militum complures* (Caes. Gall. 3, 7, 3)

— «comarcana»: *finitima* (Caes. Gall. 3, 7, 3)

IN COMMENT. CAESARIS. 7

hoc modo: Quod præliũ equeſtre aduerſum paucis antè diebus eſſet factum, initiũ eius fugæ factum à Dumnorige atque eius equitibus. nam equitatui, &c.

Non modò iniuſſu ſuo.] Quæri poteſt cur eius rei veniã Dumnorix à Cæſare petere debuerit: cùm neque Aedui in prouinciam redacti eſſent, neque Cæſar imperium in eos haberet. opinor, quia S.C. factũ erat, vti quicunque Galliam prouinciã obtineret, Aeduos ceteróſq; amicos populi R. defenderet. lib. 1. ca. 13. deinde, quia Cæſar Aeduos in principatum Galliæ reſtituerat, ac propterea illorũ Patronus erat. li. 6. cap. 4.

Condonare dicit.] Verbum *Dicit* gloſſema eſſe non dubitaturos arbitror, qui in antiquis auctoribus verſati ſunt.

CAP. V.

LAbienum legatum propere.] Qui ex veteri libro *Proprætorem* reſtituunt, vel hoc vno quantum ipſis credendũ ſit, declarant. Sic tamen in Stephanico quoq; legebatur: ſed perſpicuè abſurdum eſt.

Quiq; in exercitu.] Steph. codex, *Et in exercitu.*

A Gallicis armis atque inſignibus.] Inſignia militum dicebantur, quibus ornati erant, vt à ceteris internoſci poſſent: vt dicetur lib. 2. cap. 6. Placet autem Romani, & Faernini & Stephanici libri ſcriptura, Gallicis armis, ſine particula A.

Heluetios caſtra mouiſſe.] Noſter antiquus, Romanus & Steph. *Hoſtes.* quod non diſplicet.

Decurionis equitum.] In turma equites ſunt duo & triginta: qui iis præeſt, Decurio dicitur. Vegetius.

Primum ſuo.] Ancipiti prælio, inquit Suetonius, equos dimittebat, & in primis ſuum, quo maior permanẽdi neceſsitas imponeretur, auxilio fugæ erepto. Et de Catilina eodem modo Salluſt. Dein remotis omniũ equis, quo militibus exæquato periculo animus amplior eſſet, ipſe pedes exercitum pro loco atque copiis inſtituit.

Phalange facta.] Phalangem paulò pòſt demonſtrat à ſe dici, cùm acies conferta ita ſublatis in caput ſcutis, iiſque inter ſe cõtingentibus tegitur, vt pilis ab hoſtibus emiſsis offendi non poſsit: vt dicetur infrà cap. vlt. Sed hanc rem optimè Oroſius deſcribit, li. 6 Hinc illud Iuuenalis, Iunctæq; vmbone phalanges. Hanc Romani Teſtudinem appellabant. Itaque Dio Nicæus in Octauio, vbi Teſtudinem deſcribit, φάλαγγα & χελώνην pro eodem poſuit. Mirum eſt autem quod ſcribit, ſupra eam teſtudinem non modò homines aut equos incedere, verùm etiam vehicula: Indéq; Teſtudinis nomen ſumptum. Græci dicũt συνασπίζειν. Liuius lib. 34. Sublatis deinde ſupra capita ſcutis, continuatiſque ita inter ſe, vt non modò ad cæcos ictus, ſed ne ad inferendum quidem ex propinquo telum loci quicquam eſſet, teſtudine facta ſubibant.

Ictu pilorum transfixis.] Sic quoque Polybius pilum quo Romani vtebantur bicubitali longitudine deſcribit, craſsitudine digitali, ſpiculo ita præacuto, vt primo iactu inflecteretur, nec euelli poſſet.

Gallis magno ad pugnam.] Iterum notandum, Gallorum nomine Heluetios appellari.

Bipartitò intulerunt.] Locus oſtendit legendum eſſe *Tripartitò.* nam triplex acies inſtructa eſt.

Victis ac ſummotis reſiſteret.] Ne regredi in Romanos poſſent. Paulò pòſt autem noſter antiquus & Romanus pro *ſuſtineret*, apertè ſcriptum habent *Exciperet.*

Ad veſperum.] Faernus & Romanus Ad veſperam. vtrũque dici fateor. ſed illud Cæſari familiarius: vt infrà cap. vlt Acriter vtrinque ad veſperum pugnatum eſt. Et de bel. ciu. 2. Magiſtris imperat nauium, vt primo veſpere ſcaphas ad littus impulſas habeant.

Mazaras ac tragulas.] Nonnulli, *Materas.* Vrſini & Stephani codex, *Mataras.* quod Gallici teli genus fuiſſe docuerunt alij ex ſcriptoribus antiquis. Itaque vnum addam ab illis prætermiſſum locũ ex lib. ad Her. 4. Vt ſiquis Macedones appellaret, hoc modo: Non tam citò Sariſſæ Græcia potiti ſunt: aut idem Gallos ſignificans, dicat: Nec tam facilè ex Italia Materis tranſalpina depulſa eſt.

In nullam partem noctis.] Faernus & Vrſinus, *Nulla parte.* Mendoſè omnes. legendum vt in veteribus noſtris libris, Nullam partem. Nam hæc vetus locutio eſt, nota eruditis omnibus. Sic lib. 4. cap. 1. Sed maximam partem lacte atque pecore viuunt. Sed exemplorum plena ſunt omnia.

CAP. VI.

NOcte intermiſſa.] Mirè dictum pro Nocte interueniente, vel Noctis interuentu. nam Intermittere, omittere eſt. vt modò paulò antè, Nullam partem noctis itinere intermiſſo. Inf. dixit, Solis occaſu, cap. vlt. Acriter vtrinque vſque ad veſperum pugnatũ eſt: Solis occaſu ſuas copias Ariouiſtus in caſtra reduxit.

Millia perterriti, inducti.] Notanda locutio, cùm ad ſenſum, nõ ad verba res referatur.

Prima nocte.] Sic noſter Antiq. & Steph. Faerninus tamen & Romanus, Prima noctis vigilia. Sed quemadmodum Cęſar Prima luce dicere conſueuit, pro Diluculo, quidni etiam Prima nocte, dictum ab illo putemus, pro Crepuſculo? vt apud Plaut. in Curcul. Prima veſpera. Siue, inquit, media nox

Aa 4

Figura 3. J. César, *Comentarii*, Lión 1574. Ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (R-499). Comentarios de Fançois Hotman. F. 7.

116 ALDI MANVTII

oſtēdimus in ORTHOGRAPHIA noſtra.

5 *Conſidius, &c.*] Vide Appianum. lib. 1. Bel. Ciuil. & in Parthico: & Plutarchum in Sylla, & Craſſo.

Id ſe à Gallicis armis, atque inſignibus cognouiſſe.] Liber Gryphij præpoſitionem omittit. Et ſane venuſtius hæc legentur, ſi abſit.

Decurionis Equitum Gallorum.] Vegetius, lib. 2. capite 14: Quemadmodum, inquit, Centuria, & Manipulus, Peditum vocatur: ita inter Equites Turma. & habet vna Turma Equites XXXII. &, qui huic præeſt, Decurio appellatur.

Phalange facta.] Qu. Curtius, libro 3. Phalangem inquit, Macedones vocant Peditū ſtabile agmen: ita vt vir viro, & armis arma conferta ſint. Vegetius autem libro 2. cap. 2. non tantum Macedones, verum etiam Græcos, & Dardanos, Phalangib. vſos eſſe, ſcribit: & in vna Phalange 8. armatorum millia cenſa eſſe. De hac autem Germanorum Phalange ita Oroſius libro 6. Pugna maximè grauis. ex Phalange Germanorum fuit, quam, coacto in vnum agmine, ſcutiſque ſupra capita contextis, ad irrumpendam Romanorum aciem tuti vndique præſtruxerant. Sed poſtquam aliqui Romanorum militum, agilitate, audaciaque, inſignes, ſupra obductam ſaliere teſtudinem, ſcutiſque ſigillatim, velut ſquamis, reuulſis, deſuper nudos deprehēſorum, detectorumque humeros perfoderūt, territi hoſtes nouo mortis periculo, terribilem diſſoluere compagem.

Scutis vno ictu pilorum transfixis.] Vegetius, libro 2. cap. 15. Bina inquit, ſunt miſsilia, vnum maius ferro triangulo, vnciarum nouem, haſtili pedum V, & ſemis, quod Pilum vocabant, nunc Spiculum dicitur.

Ab hora VII. *ad veſperum pugnatum ſit.*] Non video, cur alij mutarint, Adveſperam: cum Plautus Amphitr. (teſte quoque Nonio) ſic locutus ſit. Hæc, inquit, illis eſt pugnata pugna, vſque à mane ad veſperum.

Mazaras, ac tragulas.] Cum Siſenna, apud Nonium, dixerit, Galli materibus, Sueui lanceis configunt. Et: Alij materibus aut lánceis tamen medium perturbant agmē: non inepte ante me natum repoſitum video à quibuſdā, Materes, ſiue Materas. Mazacem apud Heſychium, haſtam Perſicam dici, dicunt alij. Tragula autem quid ſit, docet Feſtus: cum dicit, teli genus eſſe, ſic dictū, quod ſcuto infixū trahatur. Nonius vero Marcellus Tragulā haſtam eſſe dicit.

Circiter millia hominum CXXX.] Centum millia Plutarchus dicit prælio ſuperfuiſſe. Eutropius autem libro 6. tradit, Heluetiis, ac eorum ſociis, CXLVII. millia in prælio iſto interempta eſſe. Strabo autem circiter CD. millia interiiſſe, & IIX. millia hominum euaſiſſe.

6 *Verbigenus appellatur.*] Alias, Vrbigenus. Quidam legunt, Vrbienus, vel, Vrbinus: ab Vrba, antiquiſsimo Heluetiorum Opido.

Prima nocte.] Gryphij liber, Prima noctis vigilia.

In hoſtium numero habuit.] Re vera occidit: ſed mentionem crudelitatis vitare voluit.

Boios petentibus Aeduis, quod egregia virtute, erant cogniti, vt in finibus ſuis collocarent, conceſsit.] Cæſar libro 7. de bello Gallico capite 2. ſic: Vercingetorix rurſus in Bituriges exercitum ducit, atque inde profectus Gergouiam, Boiorum Opidum, quos ibi, Heluetico prælio victos, Cæſar collocauerat, Aeduiſque attribuerat, &c.

Literis Græcis confictæ.] Literis, & ſermone. quod Strabonis teſtimonio probatur. Sic enim libro 4. Καὶ φιλέλληνας κατεσκεύαζε τοὺς Γαλάτας, ὥστε ὁ τὰ συμβόλαια ἑλληνιστὶ γράφειν. Cæſar autem libro 5. capite 12. Epiſtolam, inquit, Græcis conſcriptam literis, ad Ciceronem mittit, ne intercepta epiſtola noſtra ab Hoſtibus conſilia cognoſcantur. Et libro 6. capite 4. de Gallis: In publicis, priuatiſque rationibus Græcis literis vtuntur. Confirmatur & à Iuſtino, qui ſimiliter locutus, addit, Sermonem. ait enim libro 20. in extremo, Facto S. C. ne quis poſtea Carthaginienſis aut literas Græcas, aut ſermonem ſtuderet, ne aut loqui cum hoſte, aut ſcribere, ſine interprete, poſſet.

7 *Vti ſibi ſecreto, in occulto, de ſua. &c.*] In aliis, Et occulto. Gryphianus liber, ad oram, tollit hæc duo verba.

Tranſductos plures.] Cornelius Tacitus, libro 20. Cauſſa, inquit, Germanis tranſcendēdi in Gallias, Libido, atque Auaritia, & mutandæ ſedis amor, vt relictis paludibus, & ſolitudinibus ſuis, fecundiſsimum ſolum poſsiderent. Idem tradit & Strabo, lib. 7.

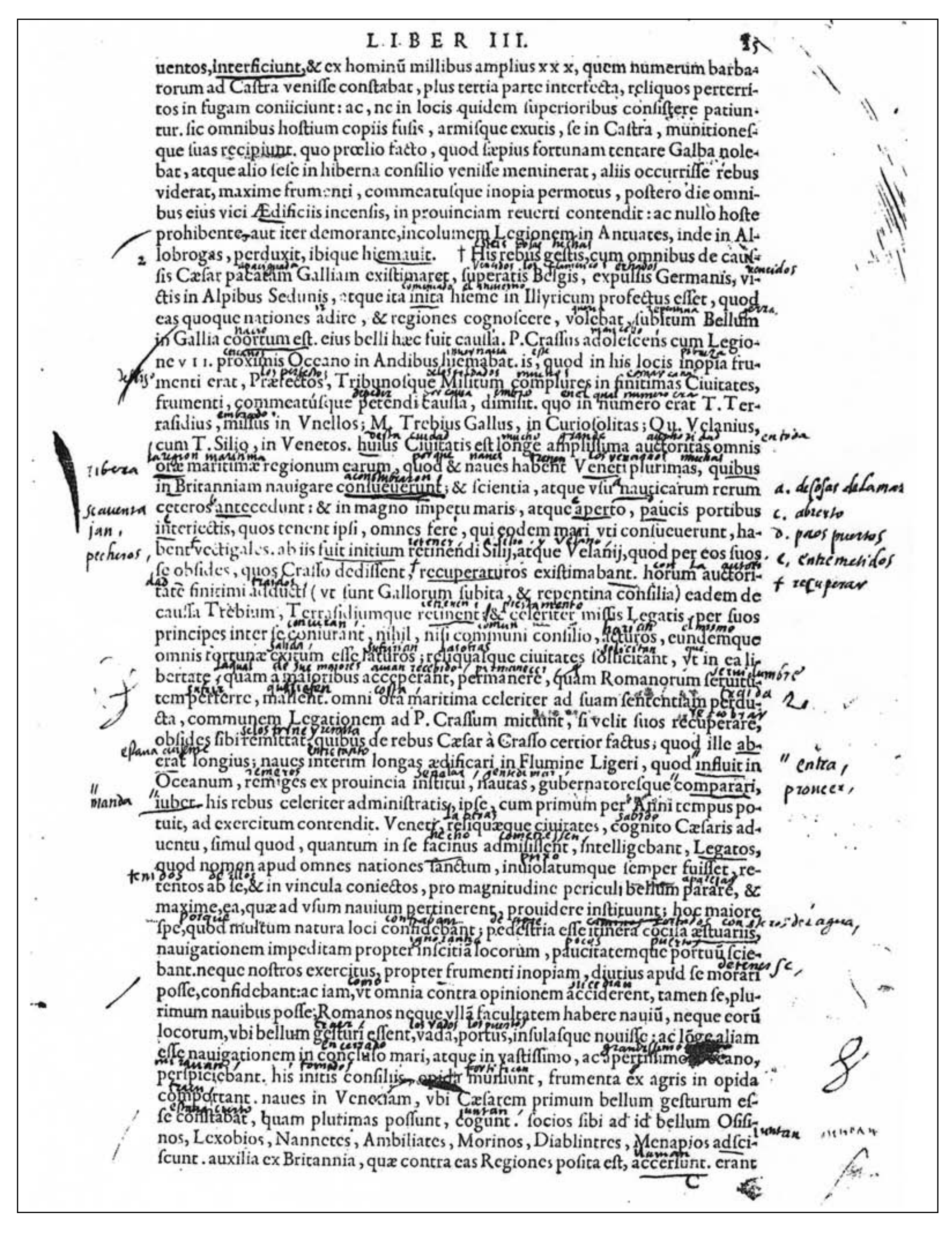
Nihil Sequani reſpondere, ſed in eadem triſtitia taciti permanere.] Sumpſit hoc à Demoſthene, qui ſimile quid de Stratone contra Midiam narrat: ita autē in eo legitur: Καὶ δεινὸν οὐδὲν εἰργασμένος, ἕστηκε νυνὶ σιωπῇ, οὐ μόνον τῶν ἄλλων ἀγαθῶν τῶν κοινῶν ἀπεστερημένος, ἀλλὰ καὶ τοῦ φθέγξασθαι ἢ ὀδύρεσθαι. καὶ σὺ δ' εἰ δίκαια, καὶ ἄδικα πέπονθεν, οὐδὲ ταῦτα ἔξεστιν αὐτῷ πρὸς ὑμᾶς εἰπεῖν.

Vt ante Cimbri, Teutonique, feciſſent.] Eutrop. libro 5. Epit. Liu. libro 67. & 68. Tacitus de ſitu, & moribus Germanorum, & libro 20. Hiſtor.

8 *Siquid ille à ſe velit.*] Pariſini, Si quid ille ſe velit. rectius.

Emolu-

Figura 4. J. César, *Comentarii*, Lión 1574. Ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (R-499). Comentarios de Aldo Manucio. F. 116.



LIBER III. 25

uentos, interficiunt, & ex hominũ millibus amplius xxx, quem numerum barbarorum ad Castra venisse constabat, plus tertia parte interfecta, reliquos perterritos in fugam coniiciunt: ac, ne in locis quidem superioribus consistere patiuntur. sic omnibus hostium copiis fusis, armisque exutis, se in Castra, munitionesque suas recipiunt. quo prœlio facto, quod sæpius fortunam tentare Galba nolebat, atque alio sese in hiberna consilio venisse meminerat, aliis occurrisse rebus viderat, maxime frumenti, commeatusque inopia permotus, postero die omnibus eius vici Ædificiis incensis, in prouinciam reuerti contendit: ac nullo hoste prohibente, aut iter demorante, incolumem Legionem in Antuates, inde in Al-
2 lobrogas, perduxit, ibique hiemauit. † His rebus gestis, cum omnibus de caussis Cæsar pacatam Galliam existimaret, superatis Belgis, expulsis Germanis, victis in Alpibus Sedunis, atque ita inita hieme in Illyricum profectus esset, quod eas quoque nationes adire, & regiones cognoscere, volebat, subitum Bellum in Gallia coortum est. eius belli hæc fuit caussa. P. Crassus adolescens cum Legione VII. proximus Oceano in Andibus hiemabat. is, quod in his locis inopia frumenti erat, Præfectos, Tribunosque Militum complures in finitimas Ciuitates, frumenti, commeatusque petendi caussa, dimisit. quo in numero erat T. Terrasidius, missus in Vnellos; M. Trebius Gallus, in Curiosolitas; Q. Velanius, cum T. Silio, in Venetos. huius Ciuitatis est longe amplissima auctoritas omnis oræ maritimæ regionum earum, quod & naues habent Veneti plurimas, quibus in Britanniam nauigare consueuerunt; & scientia, atque vsu nauticarum rerum ceteros antecedunt: & in magno impetu maris, atque aperto, paucis portibus interiectis, quos tenent ipsi, omnes fere, qui eodem mari vti consueuerunt, habent vectigales. ab iis fuit initium retinendi Silij, atque Velanij, quod per eos suos se obsides, quos Crasso dedissent, recuperaturos existimabant. horum auctoritate finitimi adducti (vt sunt Gallorum subita, & repentina consilia) eadem de caussa Trebium, Terrasidiumque retinent, & celeriter missis Legatis, per suos principes inter se coniurant, nihil, nisi communi consilio, acturos, eundemque omnis fortunæ exitum esse laturos; reliquasque ciuitates sollicitant, vt in ea libertate, quam a maioribus acceperant, permanere, quam Romanorum seruitutem perferre, mallent. omni ora maritima celeriter ad suam sententiam perducta, communem Legationem ad P. Crassum mittunt, si velit suos recuperare, obsides sibi remittat. quibus de rebus Cæsar à Crasso certior factus; quod ille aberat longius; naues interim longas ædificari in Flumine Ligeri, quod influit in Oceanum, remiges ex prouincia institui, nautas, gubernatoresque comparari, iubet. his rebus celeriter administratis, ipse, cum primum per Anni tempus potuit, ad exercitum contendit. Veneti, reliquæque ciuitates, cognito Cæsaris aduentu, simul quod, quantum in se facinus admisissent, intelligebant, Legatos, quod nomen apud omnes nationes sanctum, inuiolatumque semper fuisset, retentos ab se, & in vincula coniectos, pro magnitudine periculi bellum parare, & maxime ea, quæ ad vsum nauium pertinerent, prouidere instituunt; hoc maiore spe, quod multum natura loci confidebant; pedestria esse itinera concisa æstuariis, nauigationem impeditam propter inscitiam locorum, paucitatemque portuum sciebant. neque nostros exercitus, propter frumenti inopiam, diutius apud se morari posse, confidebant: ac iam, vt omnia contra opinionem acciderent, tamen se, plurimum nauibus posse: Romanos neque vllã facultatem habere nauiũ, neque eorũ locorum, vbi bellum gesturi essent, vada, portus, insulasque nouisse; ac lõge aliam esse nauigationem in concluso mari, atque in vastissimo, ac apertissimo Oceano, perspiciebant. his initis consiliis, oppida muniunt, frumenta ex agris in opida comportant. naues in Venetiam, vbi Cæsarem primum bellum gesturum esse constabat, quam plurimas possunt, cogunt. socios sibi ad id bellum Osismos, Lexobios, Nannetes, Ambiliates, Morinos, Diablintres, Menapios adsciscunt. auxilia ex Britannia, quæ contra eas Regiones posita est, accersunt. erant

C

Figura 5. J. César, *Comentarii*, Lión 1574. Ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (R-499). F. 25.

— «de pedir por causa»: *petendi causa* (Caes. Gall. 3, 7, 3)

— «embió»: *dimisit* (Caes. Gall. 3, 7, 4)

— «en el cual número era»: *quo in numero erat* (Caes. Gall 3, 7, 4)

— «embiado»: *missus* (Caes. Gall. 3, 7, 4)

— «desta ciudad»: *huius Ciuitatis* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «mucho»: *longe* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «grande»: *amplissima* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «autoridad»: *auctoritas* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «en toda»: *omnis* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «ribera»: *orae* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «la región marítima»: *maritimae regionum* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «porque naves tienen los venecianos muchas»: *quod et naues habent Veneti plurimas* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «acostumbraron»: *consueuerunt* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— a «de las cosas del mar»: a *nauticarum* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— [b] «se aventajan»: b *antecedunt* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— c «abierto»: c *aperto* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— d «pocos puertos»: d *paucis portis* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— e «entremetidos»: e *interiectis* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— [f] «pecheros»: f *vectigales* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «retener»: *retinendi* (Caes. Gall. 3, 8, 1)

— «Silio y Velano»: *Silii atque Velanii* (Caes. Gall. 3, 8, 2)

— «recuperar»: *recuperaturos* (Caes. Gall. 3, 8, 2)

— «con la autoridad»: *auctoritate* (Caes. Gall. 3, 8, 3)

— «traídos»: *aducti* (Caes. Gall. 3, 8, 3)

— «retienen»: *retinent* (CAES. Gall. 3, 8, 3)

— «prestamente»: *celeriter* (CAES. Gall. 3, 8, 3)

— «coniuran»: *coniurant* (CAES. Gall. 3, 8, 3)

— «común»: *communi* (CAES. Gall. 3, 8, 3)

— «harían»: *acturos* (CAES. Gall. 3, 8, 3)

— «el mismo»: *eundem* (CAES. Gall. 3, 8, 4)

— «salida»: *exitum* (CAES. Gall. 3, 8, 4)

— «las otras»: *relinquas* (CAES. Gall. 3, 8, 4)

— «solicitan»: *sollicitant* (CAES. Gall. 3, 8, 4)

— «que»: *vt* (CAES. Gall. 3, 8, 4)

— «laqual de sus maiores auian recebido»: *quam a maioribus acceperant* (CAES. Gall. 3, 8, 4)

— «permanere»: *permanecer* (CAES. Gall. 3, 8, 4)

— «seruidumbre»: *seruitutem* (CAES. Gall. 3, 8, 5)

— «sufrir»: *perferre* (CAES. Gall. 3, 8, 5)

— «quisiesen»: *mallent* (CAES. Gall. 3, 8, 5)

Vemos que las traducciones tienen un marcado y homogéneo sentido literal y no tienen ninguna vinculación con la traducción castellana de Diego López de Toledo, cuya edición circulaba en la época. El autor de nuestras notas busca la literalidad y el apoyo didáctico, y era bastante improbable que la utilizara. Efectivamente, una vez cotejadas las dos traducciones, por si hubiera semejanzas, no la hay ni siquiera en la mayoría de las palabras elegidas por ambos.

Por otra parte, tanto en el *De Bello Hispaniense* de Hircio como en el resto de los libros de los *Commentarii* de César se combinan los dos tipos de notas, es decir, las explicativas y las traducciones.

Este ejemplar de la obra de César fue utilizado como libro, más bien como una especie de cuaderno de estudio del príncipe. Las notas escolares nos muestran de forma directa y viva no sólo cómo se llevaba a cabo la enseñanza de la lengua latina, sino que también mos dan una idea de la educación del Príncipe

como futuro Rey. Ésta incluye la lectura completa de los *Commentarii* y la de otras obras como el *De regimine Principum* de Santo Tomás. El carácter de las anotaciones parece indicar que se desarrollaran dos prácticas diferentes. Unos pasajes de las obras de César presumiblemente fueran objeto de una traducción directa escolar; otros quizá sólo se leyeran explicando aquellas cosas destacadas en el texto.

CÉSAR, EJEMPLO Y AVISO PARA PRÍNCIPES. EN TORNO A SU RECEPCIÓN EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DEL BARROCO ESPAÑOL

Ana MARTÍNEZ ARANCÓN
Universidad Nacional de Educación a Distancia
anamarti@poli.uned.es

RESUMEN

Los escritores políticos del Barroco español desean formar y aconsejar a los príncipes para evitar o corregir los males de la patria, y usan citas clásicas para reforzar la autoridad de sus consejos. Uno de los personajes que así mencionan autores como Saavedra Fajardo, Fernández de Navarrete o Quevedo, es precisamente Julio César. A diferencia de otras figuras, como Séneca, que siempre son nombradas con cierta reverencia y unanimidad en el elogio, César se presenta de modo más complejo y ambivalente, cumpliendo un doble cometido: por una parte, sus virtudes y sus éxitos lo convierten en modelo de gobernantes; por otro, su ambición y su trágica muerte sirven de advertencia para los reyes y de llamada a la moderación en el ejercicio del poder.

Palabras clave: César. Barroco español. Educación de príncipes.

Cesar, Example and Warning to Princes: Caesar's Reception in Spanish Baroque Thought

ABSTRACT

The writers of the Baroque Spanish politicians want to train and advise the princes in order to prevent or to correct the problems of Spain. They used classic quotes to reinforce the authority of their words. One of the characters mentioned by authors like Saavedra Fajardo, Fernández de Navarrete or Quevedo, is Julio Cesar. Unlike other figures like Seneca, who are always named with reverence and prise, Cesar is ambivalent. Therefore serves a double function: on the one hand its virtues make it a model of government; on the other, his ambition and his tragic death serve as a warning to the kings and called for restraint in the exercise of power.

Key words: Cesar. Spanish Baroque. Education of Princes.

* * *

Durante el Barroco, el pensamiento político se pone de moda, y a esta corriente se apuntan desde devotos sacerdotes a no menos celosos cortesanos, sin que falten tampoco algunos de los nombres más ilustres de nuestra literatura. No a todos les mueven los mismos intereses, y en general podemos afirmar que la reflexión sobre los asuntos públicos se canaliza hacia dos vertientes principales: o bien ofrecer arbitrios muy concretos para la solución de los graves problemas económicos y políticos del país, o bien, y esta tendencia es la más numerosa, redactar tratados de educación y formación de príncipes, de manera que el responsable absoluto del poder, aquel a quien Dios mismo destinó la corona, encuentre, aparte de los presumibles auxilios divinos, consejos humanos que le ayuden a desempeñar con perfección su tarea. No deja de ser un tanto paradójico que se publiquen y den a la luz, ofreciéndose a todo aquel que sepa leer y le sobren unas monedas, lo que se supone que son delicados secretos para el buen gobierno, sacando así a la plaza pública los entresijos más íntimos del Estado, pero es contradicción en la que, en mayor o menor grado, incurre todo aquel que da en publicar un libro.

Otra característica de los autores de este periodo es su desmesurada afición a las citas eruditas, tanto provenientes de los clásicos grecolatinos como de las Escrituras. Alguno hay que, para defender los privilegios de la Mesta, se remonta nada menos que a Osiris. Bien es cierto que la mayoría de esas referencias son vagas y generales, que casi nunca se mencionan los lugares donde al autor ha encontrado la sentencia que ofrece a los lectores, y que cuando aparece esa mención es de tal manera que no nos resulta muy útil, pero a pesar de esos inconvenientes, la proliferación de referencias, sin duda debida al deseo del autor de encontrar valedores ilustres para sus opiniones, es tanta que basta para dar testimonio del respeto y la consideración que la Antigüedad continuaba gozando entre los escritores de la época de los Austrias menores.[1]

Si todos los pensadores políticos barrocos se parecen en el número de sus citas, difieren mucho en sus preferencias, y encontramos en ellas una gran variedad. Algunos escritores muy prolíficos e interesantes, como el jesuita Luis de la Puente, se limitan casi exclusivamente a las letras sagradas, pero la gran mayoría ofrece un repertorio muy amplio de lo que debería ser la biblioteca ideal de un hombre culto del siglo XVII. Y entre las figuras que se ponen como

[1] En estas páginas se recogen textos de veinte autores del tiempo de los Austrias menores. Esto implica que la gran mayoría de las obras se publicaron en el siglo XVII, y aunque algunas son un poco anteriores, del último quinquenio del siglo XVI, se han incluido por haber sido destinadas a Felipe III.

ejemplo y se ofrecen a la consideración de los lectores, y sobre todo del lector por excelencia, el príncipe, al que el libro va destinado, aparece, desde luego, Julio César.

Y aquí volvemos a extrañarnos, y por un doble motivo. En primer lugar, porque pese al atractivo de su figura y de su vida, tan fértil en anécdotas sabrosas, victorias deslumbrantes y episodios novelescos, no es ni con mucho el personaje más citado, superándole en popularidad no sólo Augusto, o los casi canonizados Séneca y Trajano, cuyo origen español puede justificar el entusiasmo de los escritores, sino incluso el tenebroso Tiberio. En una época en que el pensamiento político se pone al servicio de la consolidación de la monarquía, en la que se ve un reflejo de la divinidad misma, sin duda habría de resultar incómoda la figura de un hombre que conquista el poder. Al menos, Tiberio lo había heredado. En segundo lugar, y sin duda en relación con lo que acabo de comentar, porque su evocación tiene un cierto aire ambiguo, que pocas veces alcanza la franca aprobación y con frecuencia llega hasta el reproche. Así que funciona a la vez como modelo y contramodelo, como prototipo de político sagaz y, por si fuera poco, amado de la fortuna, y como escarmiento útil contra los malos procedimientos que podrían conducir a la tiranía o la usurpación. Es ideal y es advertencia, es ejemplo y es aviso.

Entrando ya en los comentarios concretos, lo primero que llamó mi atención es el silencio sobre una virtud tan identificada con él como es el valor. Si bien algunos autores, como es el caso de Gracián, lo citan entre los soldados valerosos, lo hacen de pasada y siempre en compañía de otros personajes. La explicación que se me ocurre para esta carencia es que, tratándose de obras destinadas al príncipe, el arrojo no era una virtud que se esperaba de éste. Ya habían pasado los tiempos de los reyes-caballeros, de las acciones brillantes y aventuradas, y si bien vemos que se loa la gallardía, por ejemplo, de Felipe IV en la caza o en los toros, se desaconseja vivamente a los reyes que se pongan a la cabeza de sus ejércitos, pues la conservación de su persona se considera un bien mucho mayor para la patria que el ánimo que su presencia y su ejemplo pudieran infundir en las tropas. Incluso se aprecia un cierto menosprecio del valor militar, como algo propio de seres incivilizados, y así se afirma: «Debe el valor militar llamarse antes fiereza que valor, (...) perdonen o no perdonen los Césares y Pompeyos, que al entendimiento libre ni las opiniones comunes ni la autoridad ajena le hacen fuerza»[2]. Esto lo escribe verdaderamente un espíritu bastante independiente y con

[2] A. López de Vega, *Paradojas racionales* (1660), Madrid 1935, p. 88.

cierta tendencia a llevar la contraria, pero sin caer en esos extremos, lo cierto es que son pocas las loas que se dirigen a la audacia.

Hay, sin embargo, una nota ligeramente discordante, y así Saavedra Fajardo apunta que «No siempre es feliz la prudencia, ni siempre nefasta la temeridad», que suele acarrear éxitos inesperados, especialmente en la guerra, ya que parece que «algún divino genio favorece las acciones aventuradas». Como ejemplo, recuerda cuando «Julio César en una pequeña barca se entrega a la furia del mar Adriático (...) y sale felizmente su temeridad»[3]. Claro que quien así se aventura es famoso precisamente por su buena fortuna, con lo que parece que se arriesgaba menos. Esto de la buena suerte sí se lo conceden generosamente los autores barrocos, y uno de ellos, refiriéndose al mismo episodio, comenta: «Temía Amiclas la tormenta, y el meterse en el mar con César, pero el valiente capitán le anima con que va él en la barquilla, y que la defenderá de la furiosa tempestad, que no sabe lo que le favorece la fortuna»[4]. No es poco de envidiar esta característica, y más por cuanto los últimos Austrias no fueron precisamente afortunados en sus empresas, hasta el punto de que una coplilla satírica alegaba como prueba de la paternidad real de Don Juan José de Austria, el hijo de la bella Calderona, precisamente su mala pata. Decía: «Sólo tiene una señal / de su padre soberano:/en nada pone la mano/ que no le suceda mal». Por todo ello debería resultar admirable un personaje que confiaba tanto en su buena estrella, como comenta Juan de Salazar:

> «Aquel famoso Julio César se fiaba tanto de su buena dicha, que para animar a sus soldados (con ser elocuentísimo) no hallaba razón más fuerte ni más eficaz medio que representarles su dicha y buena fortuna, pues en los casos más arduos y peligrosos que se ofrecieron en las reñidas y sangrientas guerras que tuvo, siempre acababa las oraciones y pláticas que hacía a los suyos, diciendo que no temiesen, que iban acompañados de la ventura de César»[5].

Un argumento que, como hemos visto, más valía que no emplearan los monarcas españoles. Sin embargo, tampoco el ser un hijo mimado de la fortuna carece de inconvenientes, y así otro autor advierte de que esta circunstancia le llevó a tiranizar su patria, pues tales son los *«rodeos de la fortuna»*, que cuando «el Senado no permitió que Julio César, estando ausente, fuese Cónsul», éste

---

[3] D. Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano, representada en cien empresas* (1642). En *Obras* BAE, tomo XXV, Madrid, 1947, empresa LXXXVII, p. 231.

[4] H. de Soto, *Emblemas moralizadas*, Madrid 1599, fol. 33.

[5] J. de Salazar, *Política española* (1619), Madrid 1945, p. 168.

lo aventuró todo y tomó las armas contra su patria, «haciéndose dueño della y del mundo»[6]. Y sin ir tan lejos en sus acusaciones, también Quevedo considera que no hay nada loable en tener buena estrella, y más que escribir refunfuña: «Julio César, para acreditarse, alababa y ostentaba su fortuna, y no su virtud»[7], al contrario de lo que debería hacer un príncipe cristiano.

Nada, pues, de audacias ni de fiar de la suerte. En cambio, una virtud muy valorada y recomendable a los monarcas del día es la prudencia, y tampoco en este aspecto podemos decir que sea buen ejemplo nuestro héroe. Así se lo reprocha en repetidas ocasiones Francisco de Quevedo. El carácter de César era de por sí aventurado y su condición fue «en los intentos soberana, en las determinaciones veloz», lo que no es buen principio, pues mejor es meditar las decisiones. En cambio, él «tenía por pereza aguardar la ocasión sin arrebatarla; tuvo por mengua gozar de la fortuna con prudencia y osó gobernarla con temeridad», y esto, a la larga, acabó haciéndolo demasiado confiado y llevándolo a la perdición. En efecto: «Tanto se fiaba de sí en todo, que apenas desconfiaba de nada. Él solo se hizo a sí; él se deshizo»[8]. Su autosuficiencia le acarreó, en definitiva, la muerte. Y en opinión de Quevedo, incluso lo que parece a todas luces indicio de un ánimo firme y valeroso se critica como culpable imprudencia, como vemos en el siguiente texto, referido a los presagios que antecedieron al asesinato del Dictador: «Julio César, viéndose combatido de sueños, advertencias, pronósticos y agüeros, se dejó al peligro, queriendo más padecerle una vez que temerle muchas, sin advertir que muchos recelos antes estorban la muerte que la ocasionan»[9]. Así que en vez de un corazón tranquilo parece que se aconseja la inquietud, que se prefiere el recelo y la sospecha a la confianza que hace no sólo más agradable, sino meramente posible el trato humano, y a un comportamiento guiado por la razón parece oponerse con preferencia un ánimo pusilánime y aun diría que un tanto supersticioso. Y todo ello dicho por un escritor que, en numerosas ocasiones, se declara admirador de la serenidad estoica. Verdaderamente, el gran escritor Quevedo no era justo con aquellos que no merecían su aprobación o su simpatía.

En otros escritores, en cambio, se advierte la admiración por el temple de César, aunque no por ello recomiendan su imitación al soberano, pues lo que conviene al que, en último caso, no dejó de ser un advenedizo, no dice bien

[6] J. P. Mártir Rizo, *Vida de Séneca* (1625), Madrid 1944, pág.. 49.
[7] F. de Quevedo, *Lince de Italia o zahorí español* (1628). En: *Obras*, Madrid 1969, vol. I, pág.804.
[8] F. de Quevedo, *Marco Bruto* (1644). En: *Obras*, ed. cit., vol. I, pág. 875.
[9] Ibídem, p. 854.

con el decoro de un monarca que ha heredado su corona y, con ella, grandes responsabilidades. Este es el caso de Álamos de Barrientos cuando escribe:

> «Y advierto a Vuestra Majestad que aquellas razones magníficas y llenas de apariencias grandes: que nadie se hizo monarca con estos recelos y cuentas, y que César no lo fuera si no se atreviese a pasar el Rubicón, (...), son engañosas y no convenientes a Vuestra Majestad, que tiene tan grandes reinos, y que en primer lugar le toca la conservación de ellos».

No hay que fiarse de consejos imprudentes ni de promesas de gloria, ni imitar la conducta de ningún aventurero, por ilustre que sea. Y es que, en resumidas cuentas, concluye, «César hizo aquello como quien no tenía qué perder, ni más que la capa en el hombro»[10], lo que es una descripción un tanto exagerada de los orígenes de alguien que, al fin y al cabo, se preciaba de descender de la mismísima Venus.

Sólo hay un autor que le concede a César el inapreciable don de la prudencia, y es Fray Juan de Salazar, que comienza por definir tan importante cualidad:

> «La prudencia es virtud enseñada por Dios y por la naturaleza en los árboles, plantas y animales, en especial en las grullas, hormigas y abejas, de quienes los reyes y príncipes aprenden el modo que han de tener en la gobernación de sus reinos y estados. La astucia es un arte falsa, inventada por hombres engañadores, falsos y doblados. La prudencia es de César; la astucia, de Darío»[11].

Es interesante la distinción entre prudencia y astucia, ligada al deseo de establecer un arte de gobernar que, huyendo de toda sospecha de maquiavelismo, condenado como inmoral y casi demoníaco, permita una razonable autoprotección, pues eran muchos los que, aun sinceramente cristianos y hasta consagrados a la Iglesia, trataban de armonizar la fidelidad general a las máximas evangélicas con unos modos de proceder eficaces y seguros en los asuntos públicos, en los que resultaría suicida limitarse a la mansedumbre y ofrecer la otra mejilla. Por eso se distingue tanto entre astucia y prudencia, entre mentira y secreto, entre ardid tortuoso y afortunada habilidad, y es bueno pensar que se coloca a César como ejemplo de alguien que logra el éxito con una conducta noble.

Y esto nos lleva al ambiguo elogio del disimulo, necesario a los políticos, pero peligrosamente cercano muchas veces a la falsedad. Y en este difícil arte sí sobresa-

---

[10] B. Álamos de Barrientos, *Discurso político al Rey Felipe III, al comienzo de su reinado* (1598), Barcelona 1990, p. 56.

[11] J. de Salazar, *Política española* (1619), Madrid 1945, p. 119.

lía César, en opinión de varios autores. Unas veces, lo utilizaba para mantener el decoro en una situación afortunada en la que, sin embargo, demostrar su alegría hubiera redundado en mengua de su reputación. Pues, «¿Cuántas veces está amorosa y risueña la frente y el corazón ofendido y enojado?», o lo contrario, si así conviene. «Llevaron a Julio César la cabeza de Pompeyo, y si bien se alegró con el presente, disimuló con lágrimas su alborozo»[12]. Y así Saavedra Fajardo, si bien niega a César la magnanimidad, al menos lo adorna con la diplomacia. Otras veces sirve el disimulo para no darse por enterado de una ofensa que resultaría difícil castigar, como explica el mismo autor:

> «Conviene disimular cuando es mayor el peligro de la declaración o imposible el castigo a muchos. Esto consideraría Julio César cuando, habiendo desvalijado un correo despachado a Pompeyo con cartas de la nobleza romana contra él, mandó quemar la valija, teniendo por dulce manera de perdón ignorar el delito»[13].

Y aquí de nuevo vemos cómo un elogio indudable parece negar otro que podría ser aún mayor, pues si bien se reconoce la habilidad del ilustre romano para salir de un trance tan comprometido, se cuestiona que sus actos estuvieran movidos por la clemencia, siendo ésta, como luego veremos, una de sus más preclaras virtudes.

Por último, puede el disimulo resultar muy útil en la guerra, y en este caso sí que se admite sin reservas su legitimidad: «Es el ardid muy usado entre gente belicosa para vencer a sus contrarios, de que usó Julio César en el discurso de sus guerras, que como la defensa le es natural al hombre, se le permite que pueda ser cauteloso con su enemigo»[14]. Siendo la conservación de la vida el primer deber del hombre, se permite incluso el engaño para sacarla de peligro. Vemos, pues, que aunque el disimulo siempre aparece con un matiz ambiguo, sin embargo se reconoce su utilidad y la conveniencia de su uso, al menos para los políticos y monarcas (que no en vano se designaba entonces a los procedimientos de gobierno arcanos del poder), y en este aspecto sí que es César un modelo a proponer a los príncipes, que además de buenos, han de ser sagaces.

Pero han de ser buenos, pues su conducta será imitada por los súbditos, y un rey virtuoso moralizará sus reinos, mientras que uno depravado los corromperá

---

[12] D. Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (1642), ed. cit., p. 210.

[13] Ibídem, p. 111.

[14] H. de Soto, *Emblemas moralizadas*, Madrid 1599, fol. 10.

[15] J. de Santa María, *República y policía cristiana*, Lisboa 1628, fol 201.

Por eso «aconsejaba Salustio a César en el principio de su imperio, que si quería ordenar bien su República, comenzase primero de sí y de los suyos, ya que el pueblo imita los vicios y virtudes de los grandes»[15]. El gobernante es el responsable de sus gobernados, y un buen príncipe debe encaminarlos al bien. Por ello le conviene también ser modelo en las costumbres y vigilar para que éstas se mantengan puras. Para eso tuvieron los romanos designados a los censores, cuyo oficio era «inquirir los descuidos de los ciudadanos y reprenderlos con gran severidad, ocupación tan loable que la deseó para sí Julio César, llamándose maestro de las costumbres»[16], según afirma Juan Márquez. Pero hay autores que lo consideran muy poco apto para este tipo de tareas, dado su temperamento, no marcado precisamente por la moderación y la templanza, y así incluso Gracián, que es de los que nos ofrece una imagen más favorable del héroe, no tiene más remedio que reconocer que algunos hombres ilustres «tuvieron grandes virtudes del Rey, y grandes vicios del hombre. En Alejandro y César compitieron a extremos»[17]. Fueron, pues, tan eminentes sus virtudes públicas como notorios sus vicios privados, y no es en este capítulo de la conducta donde puede presentarse como inspiración a la posteridad.

Pero sí, en cambio, en sus cualidades como gobernante. Y entre ellas destaca, por ejemplo, la actividad incesante, una virtud muy a recomendar a los indolentes Austrias menores, a quienes tanto se reprocha el abandonar las responsabilidades del poder en manos de sus validos o el dedicar a devociones o placeres gran parte del tiempo que deberían ocupar los negocios de Estado. En cambio, un buen príncipe «ha de ser vigilante, porque no consuma el sueño las horas que ha menester el discurso, que la quietud de la noche es consejera de grandes hazañas. En esta virtud resplandeció Julio César»[18]. Pero no todo consiste en robar horas al sueño, sino en saber qué se hace con el tiempo así ganado, y nadie nos lo explica mejor que Gracián, elogiando el trabajo incansable de quien, si tomó en sus manos las riendas del mundo, fue para sostenerlas con mano firme y activa, y así dice:

> «Nunca ha de vacar un rey. (...) Tuvo bien sabida esta regla César, el hombre de más capaz y fecundo corazón. Cuando ya no tuvo provincias que sujetar, emprendió allanar los montes. Después de haber dado leyes a los hombres, intentó ponerlas a los ríos y a los mares. En habiendo restaurado el orbe se puso a reformar el tiempo»[19].

---

[16] J. Márquez, *El gobernador cristiano,* Salamanca 1612, p. 174.

[17] B. Gracián, *El político Don Fernando el Católico*, Zaragoza 1640, p.70.

[18] D. Albornoz, *Cartilla política y cristiana*, Lisboa 1667, fol. 16.

[19] B. Gracián, *El político Don Fernando el Católico*. Ed. cit., pp. 141-142.

Magnífica descripción de una acción humana transformadora e intensa.

Otros autores detallan más los esfuerzos y actividades de César en el uso de su alta magistratura. Por ejemplo, sus reformas de la legislación. Y es que «las muchas leyes son embarazo» y su multiplicación, en vez de garantía de su cumplimiento, se convierte en su principal obstáculo. «Por eso deseó César, según Suetonio, reducir el Derecho Civil a pocas leyes y provechosas»[20]. Algo que sin duda vendría muy bien en los tiempos actuales, piensa el comentarista. Y también toma a César como ejemplo y apoyo de una de sus mayores preocupaciones Fernández de Navarrete. Como gobernante sabio, trató de fomentar la población, fuente de la riqueza y poder de las naciones: «En el pueblo romano estaba a cargo de los censores el cuidar que no hubiese solteros (...), y para lo mismo hicieron Julio y Augusto Césares la ley De maritandis ordinibus, convidando al matrimonio con dádivas y privilegios»[21]. En la despoblada España del siglo XVII, cuando las ciudades y los pueblos de Castilla se veían cada vez más vacíos de gentes, mientras que las casas deshabitadas y las calles desiertas seguían dando testimonio de su pasada prosperidad, ¡cómo debió de desear el autor que los monarcas de las Españas imitasen la diligencia de tan ilustres paganos, para así conservar el imperio hispano tanto tiempo y con tanta pujanza como los romanos el suyo!

Un arbitrio muy conveniente, que asegura a la vez el bienestar el pueblo y la estabilidad del gobierno, al quitar el pretexto para buena parte de las revueltas y descontentos, es el de asegurar las subsistencias. Según un autor, precisamente «el medio de que se valió Julio César para captar la plebe, cuando quitó la libertad a la República y se hizo príncipe, fue la abundancia de mantenimientos»[22]. Lo cierto es que no se muestra muy entusiasta: atribuye la medida más al cálculo y al deseo de popularidad, tan preciso al que se propone dar un golpe de estado, que a la previsión propia del buen gobernante, pero no por ello es menos de imitar su conducta, en una España con grandes zonas áridas y sometidas a los rigores del clima, donde entonces como ahora era tan frecuente que el pedrisco o la sequía arruinasen las cosechas, lo que causaba grandes hambrunas y llenaba los caminos de mendigos desesperados.

También es de admirar en el romano la mano firme con la que trató a una aristocracia orgullosa y acostumbrada al poder, lo cual, según Gracián no fue uno de

---

[20] D. Albornoz, *Cartilla política y cristiana*, ed. cit., fol. 84.

[21] P. Fernández de Navarrete, *Conservación de monarquías* (1619).. Publicado como apéndice a las *Obras* de Diego Saavedra Fajardo, ed. cit., p. 477.

[22] M. Caxa de Leruela, *Restauración de la abundancia de España* (1631), Madrid 1975, p. 31.

sus menores méritos: «Transformó César la aristocracia en monarquía, y fueron tantas sus prendas como sus coronas. Los romanos conquistaron lo más y lo mejor del mundo, y él sujetó a los romanos. Avasalló otros tantos reyes cuantos fueron los senadores y capitanes que venció»[23], pues no requería un ánimo poco templado mantener a raya al Senado. Otro autor, con peor estilo que Gracián y menos altura de miras, alaba también el control de César sobre la aristocracia pero enfocándolo desde otro punto de vista: el de evitar una proliferación fraudulenta de nobles, que adquirieran los privilegios de los hidalgos sin tener derecho a ello ni por nacimiento ni por favor, con el consiguiente perjuicio que ello acarreaba, por ejemplo, a las arcas del Estado, y así dice, no sé si con mucho fundamento, que los reyes de armas «fueron creados por Julio César. Él les dio las reglas por las que hoy se rigen los blasones de la armería, sacándola de la barbarie y confusión, dando poder y autoridad a los reyes de armas para castigar y penar a los que, no siendo nobles, o sin magistratura, las llevaran»[24]. Vemos, pues, que la actividad del primero de los Césares era incesante y variada, abarcando los más diversos aspectos. Y, siendo quien era el personaje, no podían faltar una mención a sus dotes como jefe militar, pues si bien los autores opinan que no es tarea del príncipe arriesgarse en las batallas, sí que, como cabeza de los ejércitos, puede y debe ocuparse de su organización, procurar que anden bien provistos y pagados e incluso, si es joven y mantiene sus fuerzas, acrecentar su adhesión y su entusiasmo compartiendo con ellos ejercicios de adiestramiento. Por ejemplo, Márquez nos informa de que «Julio César (...) holgaba de que sus soldados anduviesen muy galanes y trujesen armas ricas y vistosas, porque peleasen por defenderlas más animosamente»[25]. ¡Qué contraste con los soldados de los Tercios españoles, tan cubiertos de gloria como de harapos, a menudo mal pagados y hambrientos! Y para que los reyes modernos se animen a seguir el ejemplo, el autor niega de antemano que los uniformes sin remiendos o las comidas suficientes puedan mermar la fiereza de la tropa, haciéndola muelle y sibarita, recordando que el propio «Julio César solía decir, por extrema exageración, que a sus soldados aun los olores no los afeminaban»[26]. En cuanto a la destreza física y los ejercicios necesarios para alcanzarla, conviene que los jóvenes empiecen «a seguir la milicia desde muy mozos». Sólo así adquirirán «fuerzas para andar a caballo y poder seguir los ejercicios della», convirtiéndose finalmente en «aventajados soldados». Y no sería malo que el propio príncipe, en sus

[23] B. Gracián, *El político Don Fernando el Católico*, Ed. cit., p. 15.

[24] J. Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar* (1642), Madrid 1992, p. 88.

[25] J. Márquez, *El gobernador cristiano,* Salamanca 1612, p. 251.

[26] Ibídem, p. 332.

verdes años, compartiera con ellos esos ejercicios, creándose así unos lazos cordiales entre el representante de la Patria y los que han de dar la vida por ella, como se vio «en Julio César, que muy en su juventud siguió este hábito y ejercicio»[27], llegando a fortalecer su ánimo para los trabajos futuros y su cuerpo, que de nacimiento era más frágil y delicado de lo que conviene.

Y toda esta actividad desplegada, toda esta diligencia, no tiene nada que ver con la prisa. El trabajo ha de ser continuo, pero sin apresuramientos, y el tiempo organizado de forma racional. No se trata de empujar a los reyes a obrar con impaciencia y decidir con apresuramiento irreflexivo, y por eso se recuerda que, junto con la vigilancia y la tenacidad, una de las principales cualidades del buen gobernante es saber esperar. Quevedo, tan reacio a reconocerle méritos, afirma que «Julio César (...) sólo tuvo por principio, medio y fin de sus glorias la paciencia: ésta fue su imperio y su mayor estratagema en la guerra»[28], mostrando así que no fueron sus hazañas tan sólo fruto de la acción combinada de la fuerza y de la suerte, sino que tuvo en ellas mucha parte una mente clara y con la serenidad de no dejarse arrebatar al primer impulso.

Y si alguien es inteligente y reflexivo y sabe esperar, no suele ser dado a la venganza. Por ello los escritores recuerdan, y recomiendan como ejemplo a sus regios lectores, esa virtud sublime, la que más acerca al hombre a la divinidad, la que más ilustra a un monarca, y que resplandeció especialmente en el alma grande de César: la clemencia. Es muestra de ánimo grande y generoso, y no de espíritu apocado y cobarde, y por ello recuerda Jiménez de Urrea cómo precisamente «Julio César, que fue tan buen soldado, (...) decía a menudo que las cosas que más presto olvidaba eran las injurias recibidas»[29], pues la susceptibilidad y el rencor son de mentes estrechas y corazones mezquinos.

Otros autores nos cuentan diversas anécdotas que dan muestra de su clemencia. Por ejemplo, Rivadeneyra, que dice así:

> «Cicerón alaba a Julio César por haber perdonado a Marco Marcelo, que había sido su grande enemigo; y encarece tanto esta obra, que la antepone a todas las victorias de César, con haber sido tan señaladas que con ellas se hizo señor del mundo; (...) porque las otras victorias no eran todas suyas, sino parte suyas y parte de sus ejércitos y soldados, y parte de la fortuna, que en la guerra puede tanto que quiere ser

[27] J. Salazar, *Política española* (1619), Madrid 1945, p. 163.

[28] F. de Quevedo, *Política de Dios y gobierno de Cristo* (1626). En: *Obras*, ed. cit., tomo I, p. 663.

[29] J. Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar* (1642). Ed. cit., p. 82.

conocida por señora de las victorias y buenos sucesos; pero aquella victoria con que el César había refrenado su justo enojo y perdonado y honrado a su enemigo, dice Cicerón que toda era suya, sin que la fortuna se pudiese entremeter, ni los soldados y capitanes tener parte en ella»[30].

Es muy hermosa esta comparación entre las victorias contra el enemigo exterior y contra los demonios interiores, realzando el mérito de estas últimas, que son las que verdaderamente nos hacen libres, pues quien se hace señor de sus pasiones está a salvo de la peor esclavitud.

Otro autor vuelve a referirse a Cicerón, pero esta vez para mostrar que César, además de clemente, era sensible a la belleza de la palabra humana y no resultaba indiferente a un cumplido elegante. Veamos cómo: «Cicerón, defendiendo delante de César la causa de Ligario, dijo que no litigaba ante juez, sino ante el padre del pueblo», y consiguió conmoverle hasta el punto de que «le concedió aún más de lo que le pedía»[31]. Por último, aludiré a una cualidad de los gobernantes que está ligada a la clemencia, por cuanto denota compasión hacia los sufrimientos de los súbditos. Me refiero a la moderación, que sirve, además de para enaltecer el nombre de quien la practica, para ayudarle a conservar los reinos antiguos y asentarse más seguramente en los recientes. «Acuérdome en este propósito», escribe Álamos de Barrientos,

> «… lo que hallo escrito de César, aquel gran príncipe y conquistador, que habiendo acabado de conquistar y sujetar aquellas provincias de Francia, riquísimas entonces, y que hasta él no habían recibido el yugo de la servidumbre, que honrando a las ciudades con privilegios, y haciendo grandes mercedes a los grandes, y no echando tributos nuevos, conservó fácilmente en paz aquel estado»[32].

Leyes suaves, favores y privilegios e impuestos que no hundan en la miseria al que ha de pagarlos: he aquí las características de una política moderada, que resulta útil para mantener tranquilos y prósperos los territorios, en especial los incorporados recientemente o los que se encuentran en lugares lejanos: no es difícil ver lo provechoso que podía resultar el ejemplo a aquellos que, como los Austrias españoles, extendían su dominio por tantos lugares, algunos muy remotos, todos, en su origen, extraños a las leyes, modos y costumbres que regían en nuestra península.

---

[30] P. de Rivadeneyra, *El príncipe cristiano* (1595), Buenos Aires 1942, p. 173.

[31] J. Márquez, *El gobernador cristiano,* Salamanca 1612, p.110.

[32] B. Álamos de Barrientos, *Discurso político al rey Felipe III, al comienzo de su reinado* (1598), Barcelona 1990, p. 109.

Para fortalecer el espíritu, no hay mejor cosa que ejercitarlo, como se hace con las fuerzas físicas, y por eso una de las cualidades más universalmente alabadas en César es su capacidad para combinar las armas y las letras. Era éste un ideal del perfecto caballero, de aquel que, como Garcilaso, vive «tomando ora la pluma, ora la espada»[33] y manejando ambas con igual gallardía, que alcanza su esplendor en el Renacimiento, pero que se prolonga todavía en el siglo siguiente. Juan de Salazar considera esta conjunción muy adecuada a los futuros monarcas:

> «Las virtudes propias de un príncipe son el valor y la sabiduría, y (...) los que ejercitan lo uno y lo otro son verdaderamente reyes prudentes y sabios. (...) Y el grande Alejandro y César no fueron menos aficionados a las ciencias que valerosos con las armas»[34].

Un buen ejemplo a seguir, y que en este caso carece de inconvenientes, pues la erudición no sólo no estorba para el buen gobierno, sino que ayuda a la conservación de los reinos, como apunta Saavedra Fajardo:

> «Igualmente se preciaba Julio César de las armas y de las letras, y así se hizo esculpir sobre el globo del mundo con la espada en una mano y un libro en la otra, y este mote: ex utroque Caesar; mostrando que con la espada y las letras adquirió y conservó el imperio»[35].

Hermoso emblema para el que se hizo dueño del imperio, y ejemplo el de César que, por una vez, parece más factible en una España que vive su Edad de Oro literaria y en la que incluso hubo monarca, como Felipe IV, que gozó fama de escribir no desdeñables comedias disfrazando su nombre bajo el pseudónimo de *un ingenio de esta corte*.

Gracián encuentra en la alianza de armas y letras el ideal soñado. «Del saber y del valor se adecua un príncipe perfecto. (...) Un César haciendo blasón de la pluma y de la espada»[36], blasonando de ambas porque con cada una de ellas hubiera podido lograr la fama inmortal, cuánto más con la suma de las dos. Incluso Quevedo, que tan parco es en elogios, no pone aquí reparos: «Julio César peleaba y escribía: esto es hacer y decir. En igual precio tuvo su estudio y su vida. Nadando con un brazo, sacó sus *Comentarios* en el otro. No los juzgó menos vida

---

[33] Garcilaso de la Vega, *Égloga tercera*.

[34] J. Salazar, *Política española* (1619), ed.cit., p.131.

[35] D. Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (1642), ed. cit., Empresa IV, p. 18.

[36] B. Gracián, *El político Don Fernando el Católico*, Zaragoza 1640, p. 119.

que su vida»[37]. Es muy curioso este párrafo, primero, porque supone en César una conciencia de autor, un agudo sentimiento del valor de su obra. Segundo, porque Quevedo, hombre de acción él mismo, pese a que sus limitaciones físicas le llevasen más por el lado de las intrigas y la actividad diplomática que por el recurso a las armas (aunque es bien sabido que manejaba la espada con destreza), no concede menos importancia a la vida escrita que a la vivida, no otorga menos realidad al estudio que al esfuerzo ni le parece alentar menos el que consume las horas inclinado sobre los libros que el que las gasta galopando en un corcel, ni el que vive creando mundos con su pluma que el que se esfuerza en conquistarlos al frente de un ejército. A saber cuál de los dos está más mecido por un sueño, a saber dónde es la realidad más verdadera. Para quien confiesa: «vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos»[38], después de haber tenido tantos interlocutores notables, ¿no carecerían de realidad las banales conversaciones de los salones del Alcázar madrileño, y no parecerían marionetas surgidas de un mal sueño muchos de los personajes con los que se cruzaba en su cotidiano vivir?

El estudio facilita la adquisición de otra cualidad digna de un príncipe: la elocuencia, que, a diferencia de la simple charlatanería, es propia de las almas elevadas y sirve para llevar a los hombres por el camino del bien, convenciéndolos con la dulce música de las palabras, y así conduciéndolos con mayor eficacia que cuando se les somete a la propia voluntad doblegándolos por la fuerza. Es virtud propia también de grandes capitanes, que mediante las arengas logran inflamar el ánimo de sus tropas y multiplicar su valor, y en ella destacó nuestro protagonista, como reconocen varios autores. Así, Márquez, que declara cómo «fue César uno de los mayores oradores que tuvo Roma»[39], o Albornoz, que confirma: «De cuánto lucimiento fuese la elocuencia a Julio César, Pericles y Alejandro Magno, nadie lo ignora»[40], colocando al ilustre romano en la mejor compañía. Quevedo también le reconoce la excelencia en el uso de la palabra, pero una vez más pone una gota de acíbar: para él, esto no es precisamente un mérito, sino un grave peligro. «Luego que Cicerón y Bruto y Hortensio y César introdujeron la parola y las declamaciones, ellos propios la turbaron en sedición y, con las conjuras, se dieron muerte unos a otros, y otros a sí mismos, y siempre a la república»[41]. La elo-

[37] F. de Quevedo, *Marco Bruto* (1644). En: *Obras*, ed. cit., tomo I, p. 829.

[38] F. de Quevedo, *Obra poética*, Edición de José Manuel Blecua, Madrid 1969, tomo I, p. 253.

[39] J. Márquez, *El gobernador cristiano*, Salamanca, 1612, p.110.

[40] D. Albornoz, *Cartilla política y cristiana*, Lisboa 1667, fol. 103.

[41] F. de Quevedo, *Fortuna con seso y la hora de todos* (1650). En: *Obras*, ed. cit., tomo I, p. 258.

cuencia da poder, y el poder despierta la ambición y el deseo de imponer la voluntad particular a la mayoría; hace de cada uno un rey en potencia, y eso es nocivo para la obediencia. Los súbditos sobrepasan los límites, se dejan llevar por sus pasiones y acaban destruyéndose a sí mismos y arruinando el reino. Más vale, pues, mantenerse apartado de una cualidad que calienta tanto las cabezas. Y es lógica la reacción en contra del malhumorado escritor, pues la elocuencia es virtud de ciudadanos, que florece en el aire de la libertad, y mal se adecua y poco conviene cuando se quiere establecer y conservar una monarquía absoluta.

Y así llegamos al punto en que los autores ponen sobre aviso a los príncipes para que no se dejen llevar por el ejemplo de César; para que se vigilen a sí mismos, de modo que su casi ilimitado poder, que sólo ante el de Dios cede y responde, no los empuje a la tiranía, y vigilen a sus súbditos más brillantes, evitando que sus propias cualidades les hagan concebir proyectos sediciosos.

Y es que ese héroe no carece de tachas, y la principal, la que le hace más culpable y es causa última de su caída, es la ambición. Para Quevedo, esta lacra empaña incluso lo que parece más indiscutible en César, que son sus glorias militares. Critica, pues, a aquellos admiradores de los antiguos, que «nunca dejan de la boca a Alejandro, a César, a Escipión, a Aníbal, siendo las hazañas y victorias de éstos dictadas de perdido furor, de ciega ambición, de rabiosa locura o de abominable venganza»[42]. Y no es que quien esto escribe sea un notorio pacifista. Pero es que la guerra, para ser legítima, ha de ser justa, y la guerra justa es aquella que defiende los intereses de Dios y no los particulares, como aquella, terrible, que arruinaba España en nombre de la defensa de la ortodoxia católica, enfrentándose a cristianos que entendían de otra manera la fe, o esas otras que se llevaron a cabo contra infieles, mahometanos o paganos, y que a Quevedo le parecen justas y loables.

Dejando de lado el hecho de si las guerras de César fueron siempre, o alguna vez, justas, queda en pie el hecho de que su ambición lo llevó a quebrantar el respeto a las leyes, que es el primer deber de un ciudadano. Y es que la tentación era tan grande... «El ánimo humano», escribe un autor, «no es tan desnudo de ambición que pudiendo mejorar fortuna pasando de un estado privado al de Príncipe deje de hacerlo, apoyando el parecer de Cayo César, que decía que, si en ningún tiempo se había de violar la justicia, sólo por el deseo de reinar se podrá hacer»[43], estupenda justificación que parece otorgar patente de corso a cualquiera que sueñe con ver su

[42] F. de Quevedo, *Política de Dios y gobierno de Cristo* (1626). En: *Obras,* ed. cit., tomo I, p. 682.

[43] V. Montano, *Arcano de príncipes* (1681), Madrid 1986, p. 45.

cabeza coronada y vislumbre posibilidades de lograrlo, y por lo tanto, aviso a los príncipes, para que no pierdan de vista a sus súbditos levantiscos.

Una vez quebrantada la ley, es fácil, casi inevitable, que se sigan violencias y la patria se vea ensangrentada. Así sucedió en Roma: «Se encendieron las guerras civiles (...) entre Pompeyo y César, poniéndose yugo a la República con la Dictadura perpetua que éste usurpó»[44]. Pero dictador y todo, todavía quiso ser cuidadoso, al menos en las formas, y su prudencia le incitaba a no ofender demasiado los ánimos de aquellos a quienes había arrebatado sus libertades civiles. Por eso, «Julio César no quiso llamarse Rey, nombre odioso a la República (...); que el príncipe que con violencia ocupa la libertad de la patria, a lo menos en las cosas aparentes no debe dar mala satisfacción a los súbditos ni aplicarse títulos aborrecibles»[45]; pero ese respeto por lo superficial allí donde se ha lesionado lo fundamental no sirve de mucho y es precaución inútil, como nos demuestra otro autor, que hablando de los principados nuevos, dice así: «También deben advertir en los títulos que toman los que suben al mando, pues han de prevenir a su conservación como miran a la del pueblo. No era conveniente el de dictador por ser temporáneo, y haber disgustado César a todos por hacerlo perpetuo»[46]. No es fácil que los súbditos se dejen engañar por un juego de palabras, atentos como están a los hechos, y la mala intención de los enemigos puede fácilmente aprovechar la coyuntura para acelerar la caída del usurpador. Y así, haciendo referencia a la anécdota que cuenta cómo apareció coronado un busto de César, comenta Quevedo: «En la cabeza de la estatua de César fue su ruina una diadema», ya que «no halló todo el estudio de la maldad y todo el desvelo de la traición otra manera de hacer a César aborrecible, sino ampliarle la soberanía, las honras y el poder»[47]. Cuiden pues los poderosos de no hacer ostentación de sus grandezas, para no despertar así la ira o la envidia de los que no les quieren bien.

Por último, otros autores se limitan a llamar a César tirano, sin paliativos ni concesiones, y poniendo la ambición personal como único móvil de todos sus actos, sin concederle ni un cálculo político ni mucho menos un impulso generoso. Así, uno de ellos declara taxativamente: «Julio César, (...) el dictador, sólo estudió en ser señor, oprimiendo a los libres con tiranía y servidumbre»[48], sin que ningu-

[44] Ibídem, pág. 47.

[45] J. P. Mártir Rizo, *Vida de Séneca* (1625), Madrid 1944, p. 13.

[46] J. A. Lancina, *Comentarios políticos* (1687), Madrid 1945, p. 105.

[47] F. de Quevedo, *Marco Bruto*. En: *Obras*, ed. cit., tomo I, p. 841.

[48] M. López Bravo, *Del Rey y de la razón de gobernar* (1627), Madrid 1977, p. 156.

na disculpa o reflexión atenúe la dureza de las palabras. Y del mismo modo, Márquez, que otras veces ha reconocido en él virtudes estimables, no le perdona la usurpación del poder y concluye: «César era tirano y pretendía oprimir la libertad de su patria, por venir a ser señor del mundo, que ni le tocaba por sangre, ni por elección»[49]. Al tomar sobre sí esa decisión terrible de fundar una dinastía y un nuevo modo de gobierno, se hizo culpable ante la historia y odioso para su pueblo.

Pues los tiranos, por mucho que procuren paliar la violencia de su poder con medidas sabias y populares, son aborrecidos, y si consiguen obediencia, ésta se debe más al miedo que al amor. De manera que rara vez duermen tranquilos, y se vuelven recelosos, al saberse poco estimados. Por eso, fue «César el primero temeroso de sus vasallos, cuando establecía el dominio imperial en lo libre de sus vidas»[50] y así comenzó a vengarse el destino de los desafueros de su ambición.

Pero aun hay otro modo más eficaz de acelerar la perdición de los tiranos, y es que, desconfiados y temerosos de su pueblo, incómodos ante quienes, con la verdad, son un reproche constante de sus actos, suelen elegir muy mal a sus consejeros y acaban cayendo en las redes de los aduladores. Sólo un autor le supone acierto a la hora de rodearse de colaboradores, afirmando que «el conservar Julio César el dominio procedió de amparar los hombres virtuosos»[51]. El resto, considera que su falta de tino para elegir consejeros fue una de las principales causas de su desastroso final.

Lo cierto es que no todo parece haber sido culpa suya. Cuando faltan las libertades, la verdad suele ser mal recibida, y los antiguos ciudadanos, ahora súbditos, llevados por el miedo, son los primeros, muchas veces, en jalear lo que desaprueban[52]. Algo parecido supone el padre Mariana que pasó en Roma. «Oprimida esta República por las armas y el poder de César, no quedaba ya más recurso que el de temer, fingir, adular de continuo al dictador supremo»[53]. De manera que, entre tantos que mienten, cómo distinguir a los perversos de los que

---

[49] J. Márquez, *El gobernador cristiano,* Salamanca 1612, p. 161.

[50] J. Baños de Velasco, *El ayo y maestro de príncipes. Séneca en su vida*, Madrid 1674, p. 67.

[51] J. P. Mártir Rizo, *Vida de Séneca* (1625), Madrid, 1944, p. 17.

[52] Este fenómeno se da en todas las épocas. Por ejemplo, durante la Revolución Francesa, la Marquesa de la Rochejaquelein cuenta en sus memorias cómo, en las sangrientas jornadas del diez de agosto, se encontró gritando con todas sus fuerzas consignas revolucionarias, aterrorizada y llevada por el deseo de salvar su vida (Cfr.: *Mémoires de la Marquise de la Rochejaquelein,* Paris 1988, p.103). Un comportamiento muy parecido, en los trágicos inicios de la guerra civil española, se describe en la película de José Luis Cuerda *La lengua de las mariposas*.

[53] J. Mariana, *Del Rey y de la institución real* (1599). En: Obras, vol. II, Madrid 1950, p. 490.

se ven forzados a la mentira por simple instinto de conservación. Y cómo, por tanto, proteger a los hombres honrados que hubieran podido servir de eficaz ayuda. Así que lo más fácil es dar oídos a la lisonja, y por ese camino hasta los mejores se pervierten y acaban labrando su ruina.

> «Está muy cerca y muy cierta la caída del príncipe que tiene abiertas las orejas (...) a los lisonjeros y aduladores; los buenos reyes se suelen trocar en malos, y por gobernarse al temple dellos se han destruido reyes y reinos. (...) Ellos también, dice Plutarco, fueron causa de la desastrada muerte de Julio César»[54],

que fiado en sus palabras perdió la prudencia y el buen criterio. Los falsos amigos son, pues, mucho más peligrosos que los enemigos declarados, pues con éstos te sientes siempre alerta, mientras que las venenosas palabras de los otros te adormecen en el descuido, y así lo corrobora Quevedo, afirmando que «a César y a Tiberio y a Claudio, los motines y levantamientos les fueron ocasión de gloria y de esfuerzo, mas los privados de ruina y afrenta»[55], aviso provechoso para los Austrias menores, que abandonaban en manos de validos y privados las responsabilidades de gobierno, sin tener derecho a ello, pues tales cargas les venían de manos del propio Dios. Quevedo, en quien esta convicción estaba muy arraigada, insiste en lo mismo en diferentes obras, diciendo, por ejemplo: «No es sólo César el príncipe que ha muerto a manos de sus consejeros. A más han muerto malos consejos que sus enemigos»[56], y de esta manera se van a su perdición arrullados por taimadas alabanzas. En su inquina contra los malos consejeros, Quevedo llega a acusarlos de verdaderos autores del asesinato de César, pues con sus enredos engañaron tanto a la víctima como a los bien intencionados liberadores de la patria, y así Bruto les dice a los senadores :«¿Qué pretendisteis con vuestro engaño y vuestra traición? Responded a César. (...) Tales sois, que yo y Casio fuimos traidores porque os creímos»[57].

Y es que, por clarividentes que seamos, se nos ciegan los ojos cuando más importa. «La propia victoria le arrimó a César los homicidas. Supo César perdonar y no supo perdonarse. Los tiranos son tan malos que las virtudes son su riesgo. Si prosiguen en la violencia, se despeñan; si se reportan, los despeñan»[58]. Cometida la injusticia fundamental contra la patria, ya no hay remisión posible,

---

[54] J. Santa María, *República y policía cristiana*, Lisboa 1628, fol. 185.

[55] F. de Quevedo, *Política de Dios y gobierno de Cristo* (1626). En: *Obras*, ed. cit., tomo I, p. 651.

[56] F. de Quevedo, *Marco Bruto*. (1644) En: *Obras*, ed. cit., tomo I, p. 849.

[57] F. de Quevedo, *Discurso de todos los diablos* (1629). En: *Obras*, ed. cit., tomo I, p. 200.

[58] F. de Quevedo, *Marco Bruto* (1644). En: *Obras*, ed. cit., p. 832.

y hasta los aciertos se vuelven en contra y la clemencia engendra, no amor, sino puñales. Pues los propios asesinos debían mucho al hombre al que derribaron ensangrentado a los pies de la estatua de Pompeyo, y aquí la bondad de la víctima le fue funesta. «Si Julio César mirara a quién hacía el bien en Bruto y en Casio, no les diera ocasión de ser homicidas de quien les hizo el bien». Pero los apreciaba y deseaba tenerlos cerca. «Necesitaba César la autoridad de estos dos hombres. (...) Quería tenerlos por amigos a ambos, y conveníale que ellos fuesen entre sí enemigos; trazólo con maña, no con dicha»[59], y el destino hizo el resto.

El asesinato de un hombre tan grande espanta verdaderamente al mundo, que se ve de pronto vaciado de quien lo llenaba con su presencia. Y hasta la propia muerte, la despiadada, cumple su cometido con repugnancia. Así lo comenta un autor, tomando como pretexto el gesto de César al morir, cubriendo su rostro: «Parece que aun es cobarde la muerte contra tantos varones, o que siendo forzoso que mueran, por no moverse a lástima no les mira el rostro, sino que inopinadamente y sin ser vista divide el alma de la unión del cuerpo», como sucedió ante «la furia de Bruto para César»[60], tan rápida como atroz.

Murió, pues, César, más a causa de la ingratitud, las intrigas y malos consejos que por las heridas de los puñales conjurados, y ante su toga ensangrentada se preguntan los autores si estuvo bien o mal atentar contra su vida, si es lícito, en definitiva, matar al tirano; si los reyes, por malos que sean, pueden descansar tranquilos en sus tronos, o si deben cuidar de no cometer errores para no sentir la amenaza de la espada sobre sus cabezas. En un célebre y polémico texto, y donde no se pone por ejemplo a César, sino a Saúl, afirma el padre Mariana cómo es legítimo,

> «… si así lo exigieren las circunstancias, sin que de otro modo fuese posible salvar la patria, matar a hierro al príncipe como enemigo público, y matarle por el mismo derecho de defensa, por la autoridad propia del pueblo, más legítima siempre y mejor que la del rey tirano».

Y este derecho no sólo reside en la colectividad, en el pueblo alzado en armas, sino también «en cualquier particular que, abandonando toda especie de impunidad y despreciando su propia vida, quiera empeñarse en ayudar de esta suerte la república»[61]. Por más que luego matice estas palabras, dejando bien

[59] Ibídem, p. 837.

[60] J. P. Mártir Rizo, *El Rómulo* (1626), Madrid 1944, p. 179.

[61] J. Mariana, *Del Rey y de la institución real* (1599). En: *Obras*, ed. cit., tomo II, p. 482.

claro que los monarcas españoles son legítimos en grado sumo y añadiendo que, en resumidas cuentas, suele resultar mejor aguantar a un mal gobernante que rebelarse contra él, ya que las rebeliones se suelen desbocar y desembocan en mayores desgracias que las que se padecían, la verdad es que su afirmación es bastante rotunda, y no faltan autores que apliquen la misma doctrina al caso que aquí nos ocupa.

El más literal es Márquez, que opina que, en los casos en que la suprema potestad es ocupada por un tirano,

> «… la República cuya autoridad usurpa queda superior para condenarle a muerte, y cuando no lo haga, cualquiera ciudadano puede repeler la fuerza sin escrúpulo. (...) Por esto alaba Cicerón a Bruto y a Casio, que mataron a Julio César, tirano de esta calidad»[62].

Un tirano siempre usurpa, pues la autoridad, aunque concedida por Dios, viene a manos del monarca como un depósito del pueblo, a quien de hecho pertenece, y por eso el rey ha de procurar el bien de sus súbditos y comportarse como un padre para ellos. Por este motivo, los oprimidos pueden legítimamente librarse de su opresor. Pero este autor tampoco lo recomienda: suelen seguirse males aún más insoportables.

> «Engáñanse torpemente los que se prometen sosiego por medio de la muerte del tirano, porque como decía Julio César y está muy comprobado con experiencias, (...) de no tolerar los príncipes insolentes se siguen mayores daños a las Repúblicas»[63].

De hecho así sucedió en Roma, y si de las osadías de César surgió la dictadura de un hombre grande, de su sangre brotó un imperio aún más opresivo y que no siempre descansó sobre hombros tan dignos y capaces. Así lo reconoce un autor, exclamando:

> «¡Ay de ti, Corte de Roma, que al impulso de veinte y tres heridas no pudiste abrir libertad para tu descanso! Y siendo de Bruto este intento, quedó Octaviano en la posesión, ignorándose, al ver en las manos de aquél el puñal, y en los herederos de César la toga ensangrentada, quién era el amador de su República, y cuál quedaba por acreditado de Padre de la Patria»[64].

---

[62] J. Márquez, *El gobernador cristiano*, Salamanca 1612, p. 40.

[63] Ibídem, p. 42.

[64] J. Baños de Velasco, *Ayo y maestro de príncipes. Séneca en su vida*, Madrid 1674, p. 516.

Buscando la libertad, los conjurados encadenaron a su patria a una esclavitud mayor, y por eso otro autor, sin duda menos partidario de la tradición tomista que el padre Mariana y, por tanto, defensor más incondicional del poder absoluto de los monarcas, condena sin reservas a los tiranicidas:

> «Castiga Dios los reinos que alimentaron monstruos, que pusieron con violencia las manos en sus príncipes supremos. Dieron muerte a Julio César los conjurados por Bruto y Casio, de donde resultó la muerte de los parricidas y la destrucción del pueblo romano por la crueldad del triunvirato»[65].

Los propios asesinos, pues, fueron más duros y tiránicos que la víctima que inmolaron a un espejismo de libertad.

Muerto nuestro protagonista y condenados sus verdugos ¿qué nos queda?. Su reputación, que ya en vida le precedía como un estandarte. «De César dijo Trogo Pompeyo que venció más con la fama que con lar armas»[66], y tanto es así que con ella logró vencer incluso a la muerte en esa batalla que casi todos perdemos. Tanto él como sus adversarios eran conscientes de la importancia de este factor, y así Saavedra Fajardo nos dice que «En las diferencias de aquellos grandes capitanes, César y Pompeyo, más procuraba cada uno vencer la reputación que las armas del otro. Conocían bien que corren los ánimos y las fuerzas más al clamor de la fama que al de la caja»[67]. Y lo que servía para ganar batallas, aprovechaba también para conservar lo adquirido, como confirma la experiencia y atestigua la historia: «Las provincias que fueron constantes y fieles en el imperio de Julio César y Augusto, príncipes de gran reputación, se levantaron en el de Galba, flojo y despreciado»[68]. Importante aviso para los últimos Austrias, tan propensos a dormir en los laureles conquistados por sus padres. Y dada la importancia de la fama, no es de extrañar que aun el propio César le sacrificara incluso sus más preciados afectos personales, y si la liviandad de una esposa es una mancha en la honra que induce a los otros a mirar al marido con desprecio, en mengua de su fama, es preciso olvidar el amor que se pudo sentir por la adúltera. Es ilícito y salvaje vengarse con su sangre y nada justifica matarla, pero sí es conveniente separarse de ella, aun por los más leves indicios o sospechas.

---

[65] J. P. Mártir Rizo, *Vida de Séneca* (1625), Madrid 1944, p. 94.

[66] P. Fernández de Navarrete, *Conservación de monarquías* (1619). Ed. cit., p. 497.

[67] D. Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano, representada en cien empresas* (1642) Empresa XXXI. En: *Obras*, ed. cit., p. 81.

[68] Ibídem, p. 81.

> «Así hizo Julio César, que dejó a la suya porque el pueblo murmuraba de ella y de Clodio. (...) César fue llamado para que dijera por qué había repudiado a su mujer, y respondió que no la había dejado por ningún mal que ella hubiera hecho, sino porque convenía que la mujer del César no sólo estuviera libre de culpa, sino también de la sospecha de culpa»[69].

Nada puede empañar algo que es más valioso que la propia vida.

Así lo reconoce otro autor, que sitúa a César en la tradición de los grandes mitos, inmortalizándolo, cuando dice:

> «No hay cosa más dulce que la verdadera gloria, dice Tulio, y así lo es aquella que se adquiere con mayor peligro, porque Hércules, Julio César y Eneas, con los hechos heroicos y difíciles que emprendieron, (...) ¿qué honra y gloria ganaron sino el ser tenidos por dioses y colocados entre ellos?»[70].

Porque la verdadera fama no es humo pasajero, como la popularidad de un día, sino que se funda en grandes acciones y en un alma más grande aún. Por eso se burla de la muerte, traspasa los siglos, sobrevive a la mudanza de las costumbres y nunca se apaga. ¿Acaso no es ella, con su trompeta de oro, la que nos ha reunido también a nosotros en torno al nombre y la sombra de César?

---

[69] J. Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar.*

[70] H. de Soto, *Emblemas moralizadas,* Madrid, 1599, fol. 1

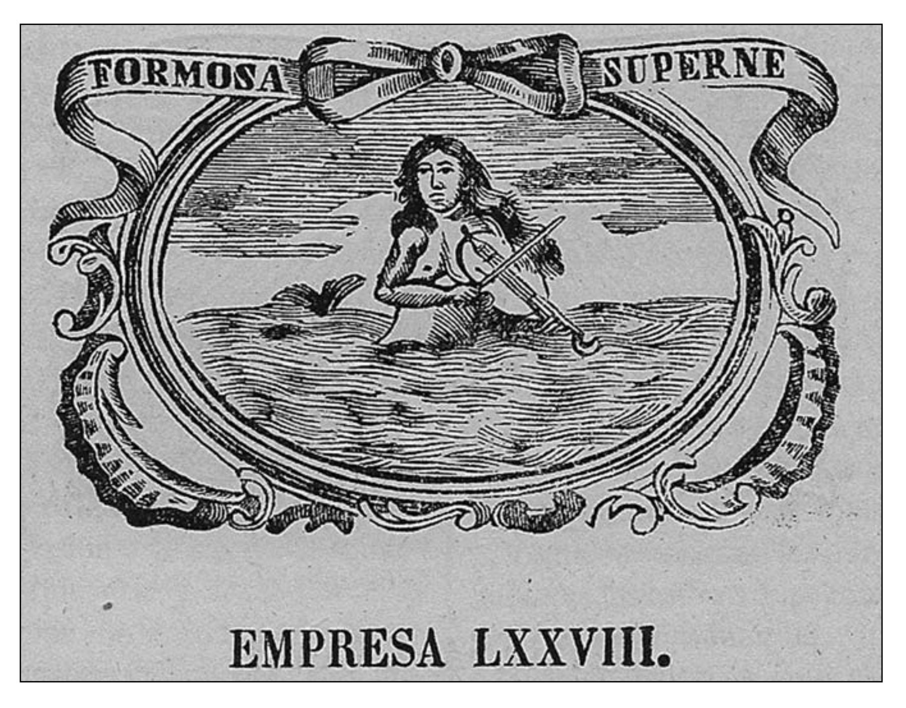
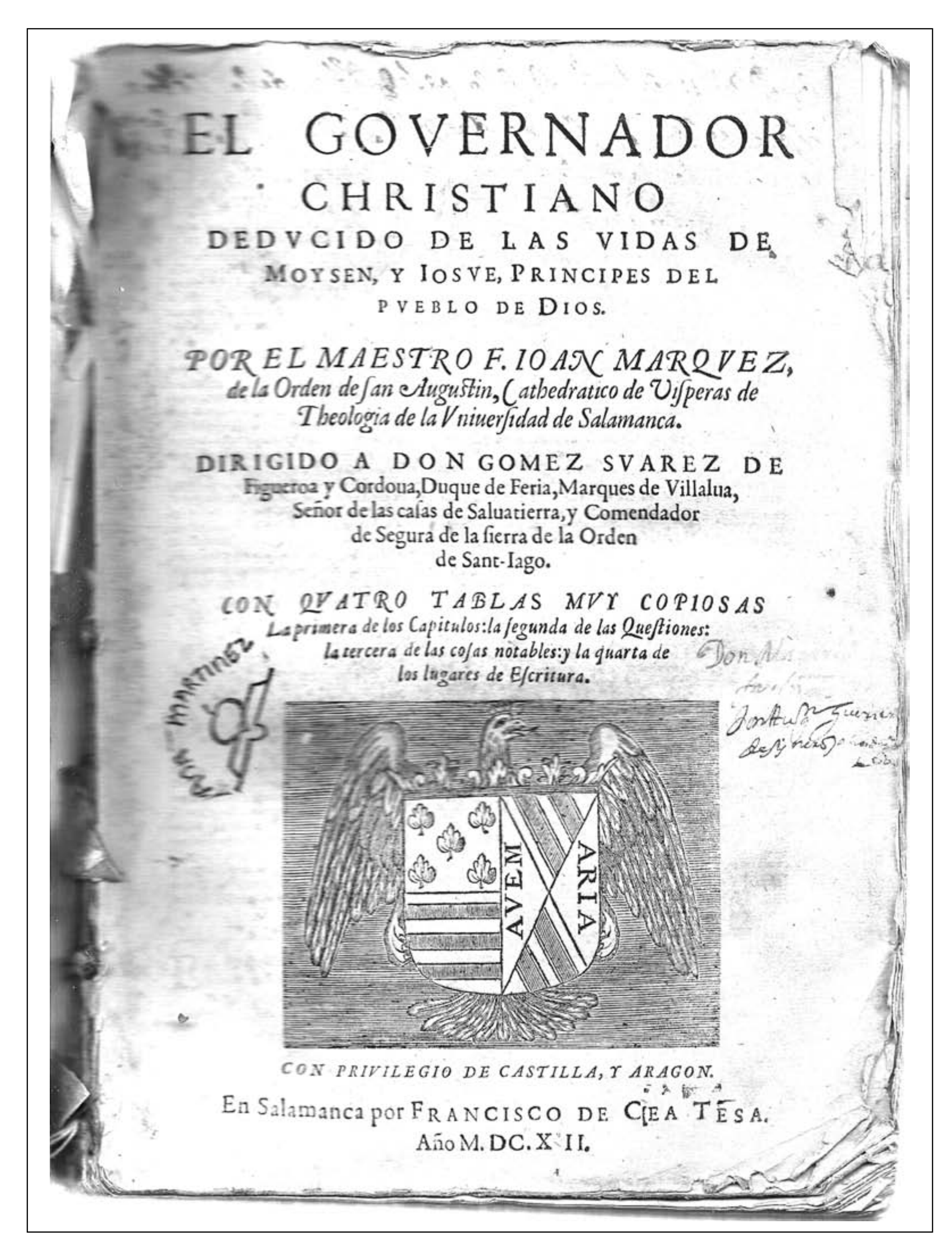




Figura 1 y 2. Empresas de Saavedra Fajardo en las que se alude a Julio César.



EL GOVERNADOR
CHRISTIANO
DEDVCIDO DE LAS VIDAS DE
MOYSEN, Y IOSVE, PRINCIPES DEL
PVEBLO DE DIOS.

POR EL MAESTRO F. IOAN MARQVEZ,
de la Orden de ſan Auguſtin, Cathedratico de Viſperas de
Theologia de la Vniuerſidad de Salamanca.

DIRIGIDO A DON GOMEZ SVAREZ DE
Figueroa y Cordoua, Duque de Feria, Marques de Villalua,
Señor de las caſas de Saluatierra, y Comendador
de Segura de la ſierra de la Orden
de Sant-Iago.

CON QVATRO TABLAS MVY COPIOSAS
La primera de los Capitulos: la ſegunda de las Queſtiones:
la tercera de las coſas notables: y la quarta de
los lugares de Eſcritura.

AVEM ARIA

CON PRIVILEGIO DE CASTILLA, Y ARAGON.

En Salamanca por FRANCISCO DE CEA TESA.
Año M. DC. XII.

Figura 3. Portada de *El Gobernador cristiano,* de Juan Márquez, Salamanca 1612.

VI

APUNTES SOBRE CÉSAR
EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

TRES AUTORES EN BUSCA DEL PERSONAJE JULIO CÉSAR: WILDER, BRECHT, WARNER[1]

Antonio Cascón Dorado
Universidad Autónoma de Madrid
antonio.cascon@uam.es

RESUMEN

Este es un estudio comparativo de las novelas históricas que Thronton Wilder, Bertolt Brecht y Rex Warner escribieron sobre la figura de Julio César. El análisis de las obras se centra en cuatro apartados: las características literarias distintivas de cada novela (1), la imagen del personaje de César en cada una de ellas (2), la caracterización de otros personajes históricos de su entorno (3) y las intenciones ideológicas que cada novelista pretende (4). La comparación nos permite ver tres tipos distintos de novela, en los que la reconstrucción histórica juega un papel diferente y la caracterización de los personajes se realiza en función de los objetivos ideológicos de cada autor.

Palabras clave: Novela histórica. Tipología. Caracterización. Intención ideológica.

Three authors in search of the figure of Julius Caesar: Wilder, Brecht, Warner

ABSTRACT

This paper offers a comparative study of the historical novels written by Thronton Wilder, Bertolt Brecht and Rex Warner on the figure of Julius Caesar. The analysis of these works focuses on four sections: the distinctive literary features of each novel (1), the image of the figure of Caesar in each one of them (2), the characterization of other historical characters around him (3), and the ideological intentions pursued by each novelist (4). This comparative analysis reveals three different types of novel, in which the historical reconstruction plays a different role and the characterization of characters draws on the ideological objectives of each author.

Key words: Historical novel Typology. Characterization. Ideological intention.

* * *

[1] Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación HUM2007-64518/FILO, subvencionado por la Dirección general de Investigación (MEC).

Estos tres novelistas eran ya literatos consagrados cuando decidieron escribir sus respectivas obras en torno a la figura de Julio César. Las tres se publicaron en fechas no muy distantes, en 1948 *The Ides of March* de Thorton Wilder, en 1957 *Die Geschafte des Hern Julius Caesar* de Bertolt Brecht y en 1958 *The Young Caesar* de Rex Warner, que tendría continuidad con la publicación de *Imperial Caesar* en 1960[2]. Por más que Wilder explique en su prólogo que la reconstrucción histórica no figura entre sus propósitos primarios, no hay duda de que estas obras pertenecen al subgénero novela histórica. En los tres autores la reconstrucción histórica tiene una importancia lo suficientemente grande como para incluirlas dentro de este subgénero, aunque para Warner y Brecht sea el objetivo fundamental y no así para Wilder, y aunque la reconstrucción histórica que hace Brecht, fijándose en el papel de las fuerzas económicas y atendiendo sobre todo a la lucha de clases en la sociedad esclavista, sea muy distinta a la de Warner, que sigue con más fidelidad el punto de vista de las fuentes antiguas. César y su mundo es un tema que los tres autores utilizan con diferentes intenciones literarias. En las páginas que siguen vamos a fijarnos en las características distintivas de las tres obras, la imagen que en cada una de ellas se proyecta de Julio César, la caracterización de otros personajes históricos de su entorno y la finalidad ideológica pretendida por cada uno de estos autores.

1. TRES TIPOS DE NOVELA HISTÓRICA

1.1. Las idus de marzo

Es el propio Wilder quien aclara en el prólogo que su novela no tiene como objetivo fundamental la reconstrucción histórica; «su obra» —continúa diciendo— «podría calificarse como una ficción sobre determinados hechos y personas pertenecientes a los días postreros de la República Romana». Los anacronismos que hay en la novela, señalados también por Wilder en el prólogo, dejan claro que la historicidad no tiene un interés prioritario para el autor. Nosotros diríamos que se trata de un relato en torno a la figura de César que sirve para hablar de la condición humana. A Wilder le importa, sobre todo, tratar sobre la soledad

[2] Para las citas en castellano seguimos las siguientes ediciones: Th. Wilder, *Los idus de marzo,* Madrid, 1982[2] (trad. de M. A. Oyuela); B. Brecht, *Los negocios del señor Julio César*, Madrid 1994 (trad. de J. J. del Solar); R. Warner, *El joven César*, Barcelona 1998 (trad. M. Álvarez de Toledo); R. Warner, *César imperial*, Madrid 2005 (trad. de M. Álvarez de Toledo).

del gobernante y del poeta o sobre el papel de la mujer en la sociedad machista y para ello se sirve de Julio César, de Catulo, de Clodia y de otros personajes.

Desde el punto de vista formal, fue considerada en el momento de su publicación una novela experimental con aportaciones sumamente interesantes. El juego cruzado de cartas, informes, graffiti y mensajes, elaborados por distintas personas y dirigidos a distintos receptores, multiplica los puntos de vista de la narración y contribuye a dibujar con verosimilitud la excelente pintura de caracteres de los principales personajes. El tiempo narrativo es también singular, como nos indica el autor: «los documentos de cada Libro (sc. capítulo) empiezan en una época anterior a la del Libro precedente, atraviesan el tiempo que aquéllos abarcan y se continúan hasta una fecha posterior»[3], un planteamiento que, en contra de lo que podría parecer, no complica en absoluto la lectura. El relato de los juegos literarios que tienen lugar en casa de Clodia o de César permite reflexionar sobre el sentido de la poesía y emitir interesantes juicios de teoría literaria[4]. Es llamativa también la utilización que se hace de los poemas de Catulo. Wilder manifiesta su devoción por el poeta de maneras diferentes: a través de la particular admiración que siente el protagonista Julio César, con la inclusión ocasional de algunos de sus mejores versos y, sobre todo, con la elaboración de cartas que parecen variaciones prosaicas de sus *carmina*. Catulo le sirve también para reflexionar sobre la soledad del poeta y los motivos últimos de su inspiración. César, aludiendo al amor de Catulo por Clodia, dice en un pasaje: «no puedo entender que baste la belleza física para lograr tales triunfos en el orden del lenguaje y del pensamiento» (44)[5]. Y Clodia en una carta a Catulo: «no es a mí a quien escribes sino a esa imagen mía alojada en tu cabeza y con la que no tengo ninguna intención de identificarme» (109).

Sin embargo, también podríamos interpretar la obra como una novela costumbrista, en la que se describe con particular detenimiento el mundo de las mujeres de la alta sociedad romana. La mayoría de las cartas son de mujeres, Domitila, Julia Marcia, Servilia, Clodia, Pompeya, Cleopatra… y no hay duda del papel preponderante que Wilder les concede, describiendo el conflicto que se desarrolla en ese momento entre matronas a la vieja usanza y jóvenes emancipadas. Domitila escribe contra la infidelidad de Clodia. Servilia censura a Pompeya, etc. De manera que dentro del objetivo básico de la novela, la condi-

[3] La nota se incluye al inicio del segundo libro.

[4] Particularmente interesantes son los narrados por Asinio Polión en una carta dirigida a Virgilio y Horacio (pp. 88-98).

[5] Entre paréntesis anotamos la página de las ediciones citadas en la nota 2.

ción humana, tiene un papel destacado la condición femenina, como luego comentaremos.

Wilder demuestra un buen conocimiento de la época y de las fuentes antiguas sobre César, que considera «falseadas por el prejuicio político» (11). No obstante, su documentación no es exhaustiva, porque, como decíamos, la historicidad no es objetivo principal de su obra. En el prólogo admite, incluso, haberse inspirado en las cartas anónimas que circulaban contra Musolini para redactar los mensajes de los tiranicidas cesarianos.

1.2. Los negocios del Señor Julio César

En su novela Brecht introduce como narrador a un escritor de biografías (antes ha escrito la de Solón), admirador de la figura de César, que busca para documentarse los apuntes de Raro, secretario personal del Dictador. Éstos se encuentran en poder de un tal Mummlio Spicer, un banquero que trató a César con frecuencia y colaboró con él en sus negocios. En la novela se alternan los capítulos que recogen las conversaciones del biógrafo con el banquero y otros personajes con otros capítulos donde se leen los apuntes del diario de Raro. Éstos dibujan sombríamente las características de la sociedad romana de aquella época y a través de ellos se permite hablar a la clase humilde. El diario mezcla las peripecias políticas de César con una triste historia de amor homosexual entre Raro y su amigo Cebio, que muere en Pistoria en las filas del ejército de Catilina.

Los apuntes de Raro son particularmente cálidos en lo que se refiere a su vida personal, pero aparentemente fríos y objetivos en sus juicios sobre el Dictador y las circunstancias políticas de la Urbe. Las conversaciones entre el biógrafo y el resto de personajes que conocieron al Dictador, además del banquero, un jurista, un militar, un poeta…, marcan desde el principio la diferencia entre el joven literato admirador del gran César, que protege a su mito, y las descarnadas noticias que le van dando a conocer sus interlocutores, en un proceso de desmitificación imparable. Las iniciales protestas del biógrafo[6] frente a las críticas contra su admirado fundador del Imperio, que era en su opinión «el nuevo Alejandro y modelo inalcanzable de dictadores» (15), van desapareciendo paulatinamente.

---

[6] «Sus opiniones sobre nuestra City y su tráfico de esclavos, que parecían importarle mucho más que César, me dejaban absolutamente frío» (34).

En las páginas iniciales el banquero Spicer parece menospreciar el género biográfico y a sus lectores: «dudo mucho que allí se mencione si el caballero en cuestión desayunaba pescado que es lo que interesa al público» (12), dice refiriéndose al diario de Raro; pero, más adelante, reivindica el valor que pueden tener para un historiador inteligente: «no espere encontrar allí proezas a la antigua usanza, aunque si los lee con los ojos bien abiertos quizá descubra más de un indicio de cómo se instalan dictaduras y se fundan imperios» (48). En realidad, parece como si Brecht estuviese reivindicando a través de este personaje la novela que él pretende escribir, nada parecida a las tradicionales obras encomiásticas de los grandes mitos, pues, en su opinión, éstos —y César no era una excepción— suelen ocuparse de que sus proezas trasciendan, ocultando las motivaciones de su encumbramiento[7]. Uno de los amigos de Spicer, el jurista Afranio Carbo, en su intento de revalorizar el comercio como motor de la historia, se pregunta por qué se conservan los libros genealógicos y no los de contabilidad; de este modo «no se hace más que imitar el gesto despectivo de unos cuantos gandules aristocráticos» (42). Con su forma de proceder, la historiografía tradicional se limita a seguir los pasos que le han marcado los triunfadores de las distintas épocas.

El famoso episodio de los piratas, en el que César da muestras en las biografías tradicionales de su valentía y su talento, se cuenta en esta novela[8] como un negocio de trata de esclavos, un episodio más en la dura competencia entre mercaderes asiáticos y romanos, que hizo intervenir a la armada romana a favor de éstos últimos. Sin embargo, no eran piratas, sino mercaderes, pero, como los libros de historia los han escrito los romanos, han hecho valer su visión de las cosas[9].

Toda la obra tiene ese análisis socioeconómico de los acontecimientos, desde una perspectiva eminentemente marxista. En el capítulo segundo, los apuntes de Raro trasmiten una versión distinta de la conjura de Catilina, donde se analizan, sobre todo, las motivaciones económicas que están detrás del movimiento y las consecuencias que conllevó la desactivación del levantamiento. Hay aquí, y en

[7] Al comienzo de la novela es el propio narrador quien lo explica: «Él mismo había escrito libros para desorientarnos. Y también había gastado dinero, ¡y no poco! Los grandes hombres han hecho siempre esfuerzos sobrehumanos por ocultar los verdaderos móviles de sus actos.» (10)

[8] *cf.* pp. 28-32.

[9] Otro buen ejemplo de la intención de la novela y del enorme talento de Brecht lo encontramos en la explicación que da del testimonio favorable de César en el juicio contra Clodio, acusado de profanar los ritos de la Bona Dea: Clodio necesitaba el testimonio de César en su proceso y estaba dispuesto a pagárselo con las pruebas contra Craso de su participación en la conjura de Catilina; a su vez César podría extorsionar a éste con tales pruebas para que avalara sus cuantiosas deudas «Esta es la razón», dice Spicer «y no que Craso valorase su espíritu audaz, como han dicho algunos historiadores» (196).

general en toda la novela, un afán de modernización, que intenta trasmitir el valor universal de lo que se está narrando. A las *societates publicanorum* se las llama la City, se habla de la bajada de la bolsa, del crash… en fin cosas, todas ellas, de triste actualidad. Es verdad que en casi todas las novelas históricas el pasado es un pretexto para hablar del presente, pero parece que en esta ocasión Brecht no ha querido dejar lugar a la duda.

Brecht tiene, por supuesto, un magnífico conocimiento de la época y del funcionamiento de las instituciones romanas, pero no hay, como en otras novelas, ningún alarde de documentación. Se cuentan anécdotas o episodios trasmitidos por la historiografía antigua, pero en este caso el didactismo propio del género no pretende tanto enseñar al lector cómo y cuáles eran las instituciones de Roma, sino cómo se utilizaban. Es decir, la intención de Brecht no es contar cómo era el *cursus honorum*, sino remarcar que el *cursus* se hacía para obtener el gobierno de una provincia, donde el político se resarcía de sus anteriores esfuerzos con pingües negocios (47).

Es lógico que el único pasaje que Brecht trascribe de la historiografía antigua sea el conocido discurso de Tiberio Graco, transmitido por Plutarco[10], en el que denuncia la triste condición en que se encuentra la plebe romana frente a la opulencia de los más ricos: «se los denomina dueños del mundo y no tienen ni un mísero terrón que puedan llamar suyo» (65). Probablemente sea uno de los pocos discursos próximos a la ideología marxista trasmitidos por la Antigüedad.

Tampoco encontramos aquí las descripciones arqueológicas que son frecuentes en la novela histórica. La única quizá sea el relato del paseo triunfal de Pompeyo a su regreso de Asia, pero este relato tiene en su final un estrambote de tono marxista. En medio de tantas riquezas y tanto oropel, un soldado de los que marchan en la procesión recoge una túnica que cae sobre él descolgada por el viento de un secadero. Alguien de entre el público circunstante apostilla: «este es todo su botín» (213). Como en este caso, encontramos otros muchos pasajes donde se aprecia lo que podríamos llamar un cierto sentimentalismo de clase. Se describe el dolor de los esclavos, la desolación del oprimido, un poco en línea con la novela de H. Fast sobre Espartaco, que Kubrick llevó a la pantalla.

La novela tiene pasajes de un nivel literario espléndido. En la agilidad de los diálogos; en la descripción de paisajes, con un tono más propio de la novela cos-

[10] Cf. Plvt. Tib. 9, 4.

tumbrista que de la histórica; en el sentimiento que desprenden las páginas del malhadado amor de Raro por Cebio; y en la rotundidad marxista de algunas frases, tan característica de Brech: Macer, un sicario de César, impaciente por la mala organización de las intrigas de su jefe, afirma: «y resulta que un baño de sangre requiere tanta organización y cuesta tanto trabajo como cualquier otro baño que los señores deseen tomar» (137).

1.3. El joven César y César Imperial

Aunque son dos novelas, podríamos considerarlas como una única obra en dos volúmenes, la obra de un cultivador ortodoxo del género. Rex Warner, que, además de éstas, escribió otras novelas históricas (*Pericles el ateniense, Los conversos*), se documenta exhaustivamente y evita en todo momento los anacronismos o las situaciones ajenas a la época que tan minuciosamente ha estudiado. El componente didáctico inherente al género[11] está presente en todo momento y sus obras se aproximan en concepción e intenciones a la historiografía clásica. Warner es un novelista que recrea la historia, o quizá un historiador, que, como los clásicos, escribe prioritariamente con fines artísticos. Como es sabido, la novela histórica más ortodoxa suele adoptar formas diferentes que vienen a coincidir con los subgéneros de la historiografía clásica (analística, monografía, biografía, autobiografía, etc.)[12]. Warner ha elegido la autobiografía, haciendo al propio César narrador del relato de su vida. La estructura de su novela es también canónica: secuencia cronológica lineal de la vida de Julio César y una división en capítulos, que podrían constituir por sí mismos pequeñas monografías. La obra va dirigida tanto al lector, que desconoce la vida de Julio César y desea conocer el detalle, como al que pretende una interpretación convincente de episodios que le son ya conocidos.

Sus lecturas de los discursos de Cicerón, de las biografías de Suetonio y Plutarco, de los *Comentarios* de César, de los versos de Catulo… se ven claramente reflejadas en los pasajes de sus novelas. En el segundo volumen llama particularmente la atención el pormenorizado relato de algunas batallas, que parece por momentos un homenaje al *De bello gallico,* aunque en la novela el suspense tiene más presencia. Pero Warner no sólo ha leído a los clásicos, sino también a

[11] Sobre este punto, *cf.* A. CASCÓN, «El escarabajo de Mujica Lainez en la Roma de los Césares», J.V. Bañuls, J. Sánchez, J. Sammartín (eds.), *Literatura iberoamericana y tradición clásica,* Barcelona-Valencia 1999, pp.121-127.

[12] Sobre la tipología de la novela histórica, *cf.* A. CASCÓN, «Novela histórica e historiografía clásica», *Revista de Estudios Latinos*, 6 (2006), pp. 235-237.

los historiadores modernos. Eso le permite integrar en sus obras algunas disquisiciones de los especialistas sobre problemas concretos, como, por ejemplo, la importancia de la conjuración de Catilina en su contexto histórico, que, a su juicio, está sobredimensionada en la posteridad por el impacto de las obras literarias de Salustio y Cicerón; en su opinión, «hasta la misma revuelta de Lépido representó un peligro más grande» (I 212)[13]. O cuando discute las razones de la derrota de Pompeyo en Farsalia, atribuida desde Plutarco a la injerencia en las decisiones militares de los políticos del senado, que el novelista rebate por boca de César: «él era demasiado buen comandante para permitir que hombres ignorantes de la guerra influyeran en sus decisiones militares» (II 277).

2. TRES CARACTERIZACIONES DISTINTAS DEL PERSONAJE JULIO CÉSAR

2.1. El César de Wilder

Sin duda, la novela de Wilder, en la medida en que puede considerarse un best seller, ha contribuido a ensalzar la imagen mítica de César. No se trata, como en el caso de Warner, de un relato autobiográfico, en el que César nos trasmite los actos de su vida, justificándolos o ensalzándolos, sino que aquí encontramos a varios personajes de la época trasmitiéndonos su admiración por el Dictador. Se nos presenta como un hombre sumamente reflexivo, preocupado por el destino y el sentido de la vida, amante de la filosofía y de la poesía y profundamente humano: «cuanto más viejo me voy haciendo tanto más me congratulo de no ser sino un hombre, mortal, equivocado y orgulloso de serlo» (173). Es, además, un político pragmático, escéptico y sumamente sensato.

La admiración hacia su persona que trasparentan las cartas de hombres como Asinio Polión o Nepote y de mujeres como Alina, Sempronia, Cleopatra, Clodia, Pompeya, etc., contribuyen decisivamente a forjar la imagen del gran seductor, que ama a las mujeres («más que cualquier otro hombre entre cuantos he conocido, soy admirador de lo femenino esencial, menos que cualquier otro reprocho a las mujeres sus fallas»)[14] y es admirado por ellas. «Cómo pueden ignorar los conspiradores el amor que me profesan las mujeres» (237), comenta César,

---

[13] En las citas, I es *El joven César* y II, *César imperial*.

[14] La frase se inserta en un pasaje más extenso en el que César manifiesta su admiración por el mundo femenino (157).

tras constatar las múltiples delaciones de la conspiración que le reportaban sus amigas.

La popularidad de César también queda reflejada en la novela: «por cada difamador cuenta con tres defensores» (22). Wilder incluye, además, una canción popular en la que César aparece como protector de los pobres: «ha plantado su talón glorioso en la boca del rico, sin embargo es un amigo para el pobre» (23). En diversos lugares se comenta también la protección y el favor que le ofrecían sus veteranos. Se nos presenta, en definitiva, un político progresista: defensor de los pobres, del papel de la mujer en la vida ciudadana, de la libertad de expresión y que no dudaría en ubicar la capital del Imperio en alguna ciudad importante de Oriente, como Bizancio o Alejandría.

En la cima del poder, César es consciente de su soledad: «la condición de gobernante», dice en una carta, «añade nuevos grados de soledad a la esencial soledad del hombre. Cada medida que tomamos aumenta nuestra soledad» (112). A esa imagen de soledad, en la que Wilder quiere insistir, se refiere Cleopatra en una de sus cartas «te has creado una soledad excesiva hasta para el conductor del mundo» (114).

En línea con la tradición antigua, Wilder destaca también la determinación de César en todas sus acciones: «la vacilación es cosa insólita en mí» (49), dice en una carta. Cicerón también comenta este rasgo, pero desde un punto de vista crítico: «los hombres de su especie tienen tal horror al pensamiento que se jactan de emprender resoluciones prácticas… César ha eliminado la etapa intermedia entre el impulso y sus decisiones» (62-63).

Las alusiones a su magnanimidad, clemencia o benevolencia también son frecuentes. Clodia lo ve desde una perspectiva negativa y escribe en una carta dirigida a su hermano Clodio: «conoces ya su lado flaco… la magnanimidad» (38). Una sirvienta alude a su capacidad para imponer respeto sin necesidad de violencia: «mi ama se encoleriza, pero él se limita a reír. Todos temblamos en su presencia, pero es el patrono más benévolo del mundo» (61). Y, desde luego, sus relaciones con Catulo, a quien protege y vela en el momento de su muerte, testimonian no sólo su interés por la poesía sino también su generosidad y benevolencia con el escritor que lanzaba contra él duras invectivas.

La magnanimidad unida a la nostalgia del pasado contribuyen a dulcificar una personalidad en la que no faltan, como elementos mitificadores, su valor en la guerra y su afán de aventura: «la mentalidad de César es el reverso de la de casi

todos los hombres. Se deleita aventurándose» (177), escribe Nepote. Incluso el tema de sus deudas tiene también un enfoque más positivo que negativo: «para César el dinero sólo es dinero en el momento en que está haciendo algo» (65).

Entre sus defectos se destacan su vanidad y una cierta egolatría. En una de sus cartas confiesa: «tengo una debilidad: ser comprendido por Catulo y celebrado en versos que resistan el tiempo» (46). Convencido de que morirá a manos de un tiranicida, parece justificar tal acción: «si yo no fuese César, sería el asesino de César» (220). Cicerón, tras criticar sus *Comentarios*, le censura que viva para la posteridad y comenta con Nepote: «vosotros los biógrafos sois su público elegido y el resorte principal de su existencia.» (64).

2.2. El César de Brech

Al principio de la novela, el joven biógrafo interpreta como mezquinas las duras críticas de sus interlocutores contra César: «la incapacidad humana para apreciar la grandeza allí donde resulta evidente me pareció más penosa que nunca» (40), pero paulatina e implacablemente se van desgranando a lo largo de la novela los rasgos negativos de la personalidad de César.

Se trata de un político corrupto, uno más; un producto de las circunstancias políticas de su época. Un individuo que pone por delante los intereses privados a los públicos; que especula con la compra de terrenos y se deprime cuando éstos no prosperan: que vende favores políticos, por ejemplo, a los habitantes de la Cisalpina[15]; que explota los recursos de la provincia de Hispania con mentalidad empresarial, «porque había visto dinero de verdad al alcance de la mano» (220) y porque, como dice el banquero Spicer, «no tenía sentido del humor pero sí espíritu de empresa» (30). Toda su actividad política está condicionada por sus ambiciones privadas y su endémico endeudamiento. No tiene escrúpulos en sus componendas políticas y trabaja al servicio del gran capital, la City, que no parecía tenerlo en gran consideración[16]. Desde los inicios de su carrera es un abogado corrupto y naturalmente estaba totalmente implicado en la conjura de Catilina, aunque siempre dispuesto a cambiar de rumbo en función de los acontecimientos.

---

[15] «y pagaron… gracias a su desdichado amor por la carta de ciudadanía» (59).

[16] «La City utilizaba a César cuando podían sacarle algún provecho y luego le enviaban un cheque. Si podían evitarlo, lo evitaban, pues tenían la impresión de haber apostado por un caballo perdedor» (47).

En la intriga política no tiene reparos en utilizar procedimientos mafiosos: hace desparecer la carta que le inculpaba propinando una paliza a un testigo. Se muestra cínicamente flexible en sus principios y libre de prejuicios en los problemas políticos. Es, además, un político inestable, que «deja las cosas en manos de sus adeptos en momentos difíciles» (236).

Otro de los rasgos de César en los que más se insiste en su carácter frívolo, diletante y caprichoso. Hace demoler un ala de su palacio porque ya no le gusta; utiliza la terminología técnica de los modistos cuando se prueba la ropa, y sus líos de faldas parecen tener siempre un carácter prioritario. Primero Cintia, luego Mucia, después Fulvia, etc. Todo queda postergado cuando inicia una relación amorosa. Hacia el final de la obra, Raro anota: «si César pudiera poner punto final a sus problemas de faldas, el poder sería suyo» (232).

La obra también pone en entredicho su popularidad. Se cuenta cómo en ocasiones es insultado por el pueblo, que le llama «estafador», y cómo es atacado en su propia casa sin que los esclavos acudan para salvarle. Por supuesto, el amor que le dispensaban sus soldados tenía como única base sus generosas gratificaciones.

Sus caprichos y su aireada magnanimidad le mantienen endeudado permanentemente. «Era un hombre», dice Raro, «que no distinguía tuyo y mío» (197). Brecht ironiza a propósito de la rapidez de sus viajes, cuando hace decir a Spicer: «creo que la fama de sus 'viajes de una rapidez maravillosa' fue difundida por sus numerosos acreedores» (199).

Lo mejor que se dice de César a lo largo de la novela es que es un político hábil, intuitivo, con buena predisposición para salir de las situaciones difíciles. Se reconoce también la rapidez de su inteligencia y una capacidad de adaptación inmensa. Aprende de las circunstancias y saca provecho de cualquier cosa. Sin embargo, el banquero Spicer deja claro al biógrafo que no se trata de alguien que actúe por impulsos y sensaciones afectivas, como muchas veces da a entender la historiografía tradicional: «aunque esto le desilusione, debo decirle que nunca le permitió a su corazón mandar sobre su cabeza» (24).

Al tiempo que se critica su inclinación a la demagogia, se alaba su talento para encontrar frases ingeniosas y de gran rendimiento electoral: «un triunfo no debería concederse por un año de guerra sino por una año de paz» (236).

Pero, sin duda, hay tres juicios globales sobre su figura que empequeñecen la imagen del Dictador: el del propio Raro: «sea como fuere, algo ha quedado definitivamente claro: César no es ni será nunca un político de gran talla» (163). El de

un banquero anónimo: «hace falta un hombre fuerte y César no es más que un zorro. Para eso nos basta con nosotros» (231). Y el de un viejo poeta que desprecia su vida y hazañas incluso como material poético: «para la literatura el hombre del que estamos hablando es una cosa en la que Bruto hundió un puñal» (183).

2.3. El César de Warner

La imagen que trasmite Warner de César es, lógicamente, muy positiva, pues se trata de un relato autobiográfico. César tiene así ocasión de dar explicaciones y justificar alguna de sus actuaciones. Por lo demás, sus novelas trasmiten una personalidad bastante tópica, es decir, la que nos han legado los testimonios de la Antigüedad. César aparece como el político ambicioso, distinguido, amante del lujo y libertino, aunque su orientación sexual y sus múltiples devaneos con mujeres y hombres tienen escasa importancia en el conjunto de la obra; hay, sin embargo, bastantes elogios hacia la inteligencia de las mujeres y parece valorar más la amistad que la pasión: «en mis asuntos amorosos siempre hubo un elemento de amistad y dicho elemento perdura mucho tiempo después que ha muerto la pasión física» (I 155). Aunque la imagen de político diletante no está presente en la novela, sí se dice que, gracias a ella, pudo llegar lejos, pues sus contrincantes nunca le otorgaron la importancia que merecía.

A lo largo de la obra se insiste en la famosa *Clementia Caesaris* con numerosos ejemplos en los que muestra su generosidad con el enemigo: «yo deseaba que el nombre de César se recordara no sólo por sus obras prácticas, sino también por su clemencia» (II 323). Además, la clemencia, en su opinión, es necesaria para conservar el poder, pues con ella el gobernante se granjea la buena voluntad de los ciudadanos. De alguna manera, Warner parece insistir en ello, quizá por las importantes consecuencias que en el devenir histórico ha tenido la actitud de César. Después de él, todos los dictadores se han cuidado mucho de no imitarle en este punto.

La magnanimidad le impide comprender a los envidiosos: «supongo que una de las debilidades de mi carácter estriba en que me resulta difícil comprender tanto el odio como la envidia, aunque he tenido abundantes ocasiones de observar sus efectos» (II 184).

Junto a la clemencia, encontramos lugares en los que se debate sobre los riesgos que comporta confiar en quien no se debe, como presagio del atentado de

las *idus martias*. En un pasaje leemos: «posiblemente uno de mis defectos sea el de tener demasiada confianza cuando se trata de mis amigos» (II 140). Y en otro se refiere a las relaciones entre Catulo y Lesbia, comparando el exceso de confianza del poeta con el suyo:

> «Catulo podrá recordarse como uno de los más grandes poetas amorosos. El objeto de su pasión fue una codiciosa mujer con la cual se había acostado toda Roma. Catulo la creyó primero una diosa y luego una enemiga. Ella no se merecía ni su amor ni su odio. Sin embargo, tanto el amor como el odio eran genuinos por mal dirigidos que estuvieran. Si Catulo hubiera sido mejor juez de la naturaleza humana, no habría sentido ninguna de estas emociones por Clodia, pero nuestra literatura habría sido más pobre. Probablemente haya sido Clodia quien mató a Catulo, a la postre; aunque no puede censurársela por ello. Catulo comprometió demasiado de sí mismo en algo que no existía. No puede uno permitirse semejantes errores, ni en la guerra ni en la vida privada. Y, si, por azar, yo, lo mismo que Sertorio, me viese atacado o hasta fuera asesinado por hombres en quienes he confiado…quizá se me acuse de haber cometido el mismo error que Catulo, es decir, no haber observado que cuanto más confía uno en alguien tanto más puede ser dañado» (II 65).

Por supuesto, se nos presenta también como un hombre extraordinariamente seguro de sí mismo y de su capacidad de convencer: «aun ahora tengo la seguridad de que la guerra civil pudo haberse evitado, si se me hubiera ofrecido la oportunidad de mantener con Pompeyo una charla privada» (II 193). También aparecen en otros lugares de la novela su capacidad de improvisación, la rapidez de sus acciones tanto militares como políticas, y su inteligencia para calibrar las oportunidades que se le presentan con un gran sentido práctico que rehúye las mitificaciones: «la mayor parte de las victorias se obtienen no por un prudente rasgo ingenioso del comandante, sino sencillamente por la calidad superior de los soldados» (II 33). Por otra parte, muestra una cierta despreocupación por los posibles atentados que pueda sufrir, pues considera que contra el asesinato no existen precauciones posibles.

El César de Warner es paciente, sereno y flexible en la lealtad a sus principios y de una gran coherencia: «el historiador del futuro admirará en mí la coherencia. La búsqueda del orden, que mis enemigos llamarán tiranía o revolución» (II 12) y más que como un hombre bueno prefiere ser recordado como «necesario, brillante, y siempre que se diera la posibilidad, bien intencionado» (I 274).

3. OTROS PERSONAJES HISTÓRICOS DEL ENTORNO DE CÉSAR

3.1. Los protagonistas de *Las idus de marzo*

Catulo y Clodia son, sin duda, los otros grandes personajes de esta novela. La admiración que siente César por Catulo es compartida por Asinio Polión, Nepote y la propia Clodia, que, si bien no lo ama, sí celebra sus versos: «tú y Lucrecio hicisteis, solos, de Roma una nueva Grecia» (141). Wilder destaca la novedad que supone en el ambiente literario de la época el movimiento de los neotéricos, con su despreocupación por los antepasados y la tradición; Cicerón lo formula de este modo: «sus poemas están en latín pero no son romanos» (76). El gran orador se extraña de la poesía de Catulo: «este Catulo es el único hombre de Roma que toma la pasión en serio. Y probablemente será el último» (72). Los desvelos de César por el poeta no se ven correspondidos, pues Wilder apunta en diversos pasajes la idea de que Catulo tiene celos del Dictador, el único hombre al que Clodia parece haber amado.

Clodia representa, por su parte, a la mujer emancipada: controvertida, victimista, y amoral. Naturalmente, las matronas la aborrecen e intentan aislarla socialmente. Su infidelidad hacia Catulo es agriamente criticada, pero ella se defiende: se ha propuesto que ningún hombre condicione su vida; necesita ser libre y sus aventuras amorosas son un mero divertimento. Sin embargo, su conducta se interpreta también en clave psicoanalítica: su tío la violó en la adolescencia y ahora se venga en todos los hombres. Asinio escribe refiriéndose a ella: «es tal su prisa por llegar a la etapa en que ha de humillar al amante que el hechizo se desvanece pronto» (70). César la considera inteligente, pero la aborrece: «no encuentro» —dice refiriéndose a ella— «esa gota de piedad que Epicuro aconseja extender a cuantos yerran» (29). Por lo demás, sus propias cartas nos la presentan como una mujer taimada, mentirosa y con voluntad de hacer daño a quienes se comportan convencionalmente. Es infeliz y le gustaría que el resto de los mortales compartiera su infelicidad. Wilder lo expresa mejor con el siguiente aserto de Catulo: «odiar es odiarse y Clodia vive encadenada a Clodia en aborrecimiento sempiterno» (116).

Otro personaje relevante es Cicerón. Representa los valores de la romanidad conservadora en sus principios sociales y políticos. Se queja de la falta de libertad política[17], pero está próximo a César, con una relación cercana a la amistad en los

[17] Cicerón concluye una carta dirigida a Ático con estas palabras: «no somos ya ciudadanos sino esclavos y la poesía es el recurso natural del ocio forzoso» (22).

últimos momentos de vida del Dictador. Se celebra en varios lugares su ingenio, pero la invectiva que Clodia le dirige podría ser compartida por Wilder: «Cicerón vive cerca rezongando y escribiendo esas tristes falsedades, a las que da el nombre de filosofía» (198).

Bruto y Catón tienen un exiguo papel en la trama. Los juicios de César sobre ellos aluden a su cualidad de filósofos estoicos, rígidos en sus principios, «petrificados en un sistema de ideas», escasamente útil para la vida política y social. «Bruto y Catón», dice César, «repiten 'Libertad, libertad', y sólo viven para imponer a los otros esa libertad que no saben procurarse a sí mismos. Son hombres graves y sin alegría que gritan a sus vecinos: 'sed alegres como nosotros, libres como nosotros» (46).

El resto de personajes tienen una caracterización menos definida, quizá con la excepción de Clodio, una suerte de niño malcriado y con poca cabeza que busca con diferentes artimañas el amor de Pompeya, y Cleopatra, modelo de mujer cerebral, inteligente y con buena capacidad para el ejercicio del poder.

3.2. Otras individualidades en *Los negocios del Señor Julio César*

En esta novela los grandes personajes de la época tienen un papel bastante desdibujado, como corresponde a la visión marxista de la historia, que desdeña la importancia de las individualidades en el devenir histórico. Catón, Pompeyo, Craso, Clodio y Cicerón aparecen como políticos corruptos en manos de la vieja guardia senatorial o de la City.

Catón, el intransigente jefe del partido aristocrático, es un viejo borracho con la suficiente inteligencia como para corromper a César, con quien mantiene ocultas connivencias, desmovilizar a la plebe con distribuciones gratuitas de trigo o practicar filibusterismo parlamentario en el senado para impedir una votación.

Pompeyo es un general que no sabe nada de política y cuyas victorias militares dependen del apoyo de los comerciantes; un hombre en manos de la City, que confunde la guerra con los negocios: «el negociante Pompeyo prestaba a la corte de Siria el dinero que el estadista Pompeyo le exigía como tributo» (224).

Craso, a quien en la novela se apoda «Carcoma» porque las casas que alquila tienen todas carcoma, es un especulador sin escrúpulos —antes de apagar el incendio compra la casa del afectado—, a quien le interesan sobre todo el precio

de los cereales y de los terrenos. El partido demócrata dependía de su dinero y siempre que había problemas desaparecía de Roma.

En su afán por subrayar la importancia de las clases sociales en la sociedad romana, Brecht nos presenta a un Cicerón con complejo de clase frente al aristócrata César. Se trata de un político casi desconocido para el pueblo, que representa los intereses de la City y actúa de intermediario con el poder senatorial.

Según Raro, aunque todos parecían demócratas (Pompeyo, Cicerón, César, Craso), quizá Catilina era el único que lo era de verdad. Su movimiento representaba el problema del desempleo.

3.3. El entorno de César en las novelas de Warner

En ambas novelas abundan los juicios sobre personajes, pueblos o acontecimientos de la época de César. En general este tipo de reflexiones también son sumamente congruentes con la imagen de César que nos han transmitido los textos antiguos, aunque, como es natural, el novelista hace aportaciones brillantes. Veamos algunas.

El César de Warner admira a Cicerón como figura literaria, si bien censura su excesiva vanidad. Por lo demás, considera que sus ideas de concordia social carecían de un programa político capaz de llevarlas a efecto, «puesto que los intereses de las diversas clases seguían siendo divergentes» (189).

Pompeyo es, en opinión de César, un buen militar que no tenía «la menor noción de política», un hombre que ambicionaba el poder pero no sabía cómo emplearlo. También censura en él la vanidad, que le hacía preocuparse únicamente por su fama y no tolerar que hubiera alguien que estuviera a su altura.

Pero, sin duda, su mayor enemigo fue Catón el Joven y en la novela es el personaje más denostado por César. Lo consideraba un estoico fundamentalista, defensor de la vieja máxima histórica: «que el mundo se desmorone con tal de que haya justicia». En opinión del Dictador era una suerte de profeta muy peligroso para el buen gobierno del estado: «de modo paradójico, Catón, que tanto defendía la legalidad, puede considerarse un anarquista, mientras que yo… tengo mucho más respeto por el orden y la eficiencia» (II 332). Pero César barrunta que este tipo de personas resultan más peligrosas muertas que vivas.

Refiriéndose a Craso, César comenta una frase que aquél solía repetir: «no llamo a un hombre rico sino es capaz de reclutar un ejército con sus rentas», pero, añade César, «a Craso le importaba el dinero, no el ejército» (I 122). Naturalmente opina que la campaña contra los partos no estaba a su altura y por eso fue un fracaso.

De Lúculo dice que era un buen comandante, pero estaba fuera de su época; no supo comprender los entresijos de la política ni la avaricia de los soldados. A Clodio se refiere como a alguien con coraje y energía, pero a veces «parecía un niño delincuente» (II 82).

Para el César de Warner, Cleopatra era una mujer perfectamente capaz de confundir sus intereses y sus sentimientos:

> «… si Antonio se hallara en mi lugar, ella bien pronto le dedicaría su afecto y se persuadiría de que ese cambio de sus sentimientos era sincero y desinteresado…Y no es que piense que ella no sienta afecto por mí… hasta es posible que me ame en la medida en que es capaz de amar a alguien» (II 303).

Llaman la atención las repetidas alusiones a Sertorio como el comandante más inteligente de su época. Y, aunque considera a Mario una referencia ideológica, menosprecia en algunos pasajes su capacidad como político e ideólogo. Evidentemente, las referencias a Sila son siempre negativas; para César Sila era un exponente del inmovilismo senatorial que tanto denostaba.

Cuando reflexiona sobre su heredero, manifiesta sus dudas en la elección, pero al final nos proporcionas las razones:

> «Octavio no se detendría ante nada para hacerse poderoso… nunca disipará el poder, como haría Antonio, ni le volverá las espaldas con arrogancia, como hizo Catón y podría hacerlo Bruto. Octavio y yo somos acaso más valiosos a la sociedad que aquellos otros egoístas con apariencia de santos. Estos hombres tienen tendencia a creer que son más grandes que el poder que ejercen y es una tendencia peligrosa» (II 290).

4. INTENCIONES IDEOLÓGICAS DE LOS TRES NOVELISTAS

4.1. La condición humana, según Wilder

Como advertíamos más arriba, el debate sobre la condición femenina ocupa un lugar central en la obra. Sin duda, Wilder lo trae a colación por su moderni-

dad. Se vivía en época de César el inicio de un movimiento de liberación de la mujer que culminaría en época de Augusto. César entiende que la mujer ha sido engañada, se la había educado en las virtudes domésticas, despojándola

> «… del conocimiento que más atrae a las mentes juveniles: que el logro supremo de la vida reside en el ejercicio de la libre elección... Sus hijas comprendieron… que se les había mentido y no tardaron en lanzarse a demostrar públicamente su liberación de toda hipocresía» (25).

Cicerón es el contrapunto del dictador. Sus juicios son interesantes, pero bordean la misoginia. En opinión del orador, las mujeres están demasiado seguras de lo quieren, no dan ningún valor al pensamiento racional y desprecian las actividades de los hombres «la razón es inútil y falaz para un ser (la mujer) tan seguro de sí mismo… Un hombre puede haber salvado a su país, puedo haber dirigido los asuntos del mundo y adquirido fama inmortal de sabiduría: para su mujer de todos modos, sólo será un tonto sin cerebro». Y añade: «para la mentalidad de la mujer un esposo apenas se distingue de un hijo». El sentido práctico de la mujer rechaza la filosofía, el último reducto para el hombre. Termina Cicerón celebrando la vejez, porque nos libera del deseo de las mujeres: «agradezcamos a la vejez que nos libera de la necesidad de sus besos, de esos besos que hemos de pagar al elevado precio de todo el orden de nuestra vida y de toda la tranquilidad de nuestro espíritu». Interesante es también en esta carta el comentario de Cicerón a propósito del matrimonio y de las convenciones sociales: «sólo uno de cada cien matrimonios es feliz. Esta es una verdad que todo el mundo sabe pero que nadie dice... Pero los seres humanos en nuestra locura tendemos a convertir en regla la excepción»[18].

En numerosos pasajes, Wilder hace reflexionar a César sobre el sentido de la vida con pensamientos lúcidos y un tanto escépticos respeto a las creencias y convenciones sociales: «la vida no tiene otro sentido que el que logremos infundirle. Ni eleva al hombre ni lo humilla» (236). César parece convencido de las posibilidades del individuo frente a las teorías que apuestan por la omnipotencia del destino. Es una perspectiva intensamente vitalista: «el primer y el último maestro es el vivir mismo, con riesgos y sin reservas» (46). Todas estas opiniones van en contra de las creencias comunes que parecen incitar a la pasividad: «la práctica y la estructura de nuestra lengua trasmiten la noción de que somos seres pasivos frente a la vida, estamos atados, indefensos e impotentes» (26).

[18] Opiniones expresadas por Cicerón en una carta a Ático, que —dice Wilder con ironía— «provocó mucho regocijo e hilaridad en la Antigüedad y la Edad Media, aunque es probable que sea apócrifa» (122-126).

Hay una cierta amoralidad en las palabras del César de Wilder, al que parece preocuparle, sobre todo, vivir intensamente: «de cerca las cosas nos parecen buenas o malas, pero lo que aprovecha al mundo no es su maldad o su excelencia sino su intensidad» (188). Y también un alto grado de desencanto, de rechazo de las fútiles ilusiones. «la esperanza no ha cambiado jamás la temperatura del día siguiente» (187). En esa línea de pensamiento concede una gran importancia a la muerte. Es justamente la consciencia de la muerte lo que da más sentido a la vida y quienes carecen de esa consciencia no maduran nunca: «en la actualidad sé distinguir al primer vistazo a aquellos que no han previsto aún su propia muerte. Y me parecen niños» (188).

En lo que se refiere al amor, Wilder contrapone las opiniones de Catulo y César, mientras el primero considera que el amor es la clave de nuestra existencia[19], el Dictador expresa una idea muy racional y exenta de cualquier romanticismo: «el amor no es sino el deseo de ser amado y la necesidad de convertirse en el centro fijo de la atención de otro» (89).

Otro de los temas centrales del libro es la religión. César, convencido de que el hombre está solo en el mundo, «en un mundo que no es ni benigno ni hostil, sino sólo como él sepa hacerlo» (48), se muestra sumamente contrario a las prácticas religiosas de su época, que «halagan la pasividad y consuelan la ineficiencia» (16). Los ritos le parecen absurdos y ya en una de las primeras cartas de la novela comenta irritado: «he recibido en herencia esta carga de superstición e insensatez. Gobierno a innumerables hombres, pero debo reconocer que soy gobernado por pájaros y truenos» (15). En otra carta confiesa a su amigo Mamilio su irrealizable deseo de «cerrar los templos… y precipitar a los Dioses a ese abismo del miedo y la ignorancia del cual surgieron y a ese traicionero semimundo donde inventa la fantasía sus mentiras consoladoras» (47).

No es más benévolo con las religiones orientales y sus seguidoras, que «visitan los templos para preparar sus almas a la inmortalidad que les aguarda tras la muerte… Pero al día siguiente vuelven a ser crueles con sus siervos, mentirosas con sus maridos» (58). En realidad, el César de Wilder se queja de la sólida vigencia de los rituales religiosos, capaces de condicionar en buena medida su actividad política

[19] César, en una carta a Mamilio: «Catulo alienta la certidumbre de que el amor es la única manifestación de la divinidad y es en el amor, aun traicionado y escarnecido, donde hemos de buscar la clave de nuestra existencia» (174).

También encontramos algunas ideas políticas interesantes. La actriz Cytheris, comentando las relaciones conyugales entre César y Pompeya, escribe: «su otra mujer es Roma. Para ambas es un mal esposo solamente por exceso de amor conyugal» (196). Como dictador, César cree tener la oportunidad única de cambiar muchas cosas que detesta de su amada Urbe y conoce perfectamente cuál es la misión de los buenos gobernantes: «debemos ser…, a los ojos del vulgo, como el padre que los protegía contra los hombres malos y el sacerdote que los protegía contra los malos espíritus» (104). Su apuesta es una apuesta por la imaginación y lo que más detesta es el conservadurismo de los que cohíben al individuo con leyes restrictivas y son incapaces de realizar los cambios necesarios: «estoy rodeado —y los detesto— por ese tipo de reformadores que no saben establecer el orden sin leyes que cohíban al súbdito y lo despojen de toda alegría y de todo brío»; son críticas dirigidas contra la oposición conservadora de los que defienden el régimen senatorial: «los Catones y los Brutos tienen como mira un Estado de ratones laboriosos y en la pobreza de su imaginación me acusan del mismo error» (133). Eran, en su opinión, políticos incapaces de soñar con un Imperio mejor y más grande.

No hay en esta novela alusiones a la Roma corrupta. Curiosamente, la única que encontramos está puesta en boca de Clodia, el personaje más amoral: «en Roma los cargos se conquistan con el soborno en una mano, amenazas en la otra y citas de Ennio en los labios» (89).

4.2. La lucha de clases, según Bertolt Brecht

En esta novela no hay grandes reflexiones sobre la condición humana. Sólo una visión socioeconómica de la Roma de Julio César, con un claro enfoque marxista. Se hace hincapié en los conflictos interclasistas y se denuncia la injusticia social que padecen los oprimidos. En esa línea de pensamiento las individualidades importan poco, porque el dirigente depende de la complejidad de las luchas sociales. Por eso quizá las grandes personalidades de la época aparecen desdibujadas, como juguetes en manos de fuerzas que ellos son incapaces de controlar.

En la cima de la sociedad, Brecht nos muestra el conflicto del senado[20] frente a los capitalistas advenedizos de la City, que les disputan su poder ancestral. La

[20] Las trescientas familias a las que Brech define así: «grandes terratenientes que trataban al resto de ciudadanos como a su servidumbre y a su servidumbre como a chusma» (19).

City, «un invento de los Graco» (45), mantiene un cierto control del senado gracias al soborno, y, al mismo tiempo, maneja el partido demócrata en función de sus conveniencias. La disparidad de intereses dentro de la City es lo que provoca la falta de unidad del partido demócrata y los enfrentamientos que mantienen los políticos populares.

Se nos presenta el régimen de la República en toda su decadencia, con un poderoso ejército y grandes estrategas, «capaces de conquistar provincias, pero luego no sabían qué hacer con ellas» (19). Brecht describe la situación con su implacable ironía: «decían nuestros estrategas: 'donde nuestras legiones ponen el pie no vuelve a crecer la yerba', pero era la yerba lo que nosotros necesitábamos, con una de aquellas se fabricaba el pan» (20). Y es que en numerosas ocasiones cada victoria del ejército era una derrota de la City, pues suponía quiebras y suspensiones de pagos. Gran parte de los negocios se dedicaban al suministro de material bélico y cuando no había guerras la actividad económica se paralizaba. De ahí que en las elecciones se prefiriera elegir a generales y no a políticos, y quienes tenían la última palabra eran aquéllos y no éstos.

Las guerras de Pompeyo contra los piratas y Mitrídates se justifican en función de los intereses de la City romana: «su guerra naval supuso un duro golpe contra el tráfico de esclavos que monopolizaban los piratas… su guerra terrestre significó dejar el tráfico de esclavos al más alto nivel en manos de los comerciantes romanos» (33). Detrás de los anhelos de los generales por obtener el triunfo en Roma también se ocultaban intereses económicos. Raro lo describe en sus apuntes de esta manera: «desde un punto de vista financiero es mejor recorrer la ciudad en un carro triunfal y con los bolsillos vacíos que entrar en un banco del Foro con los bolsillos llenos» (209).

Si la política exterior de Roma estaba marcada por las contradicciones capitalistas entre guerra y comercio, en el interior la pauta la marcaba la corrupción. Los banqueros gobiernan a los políticos, que actúan en función de sus intereses privados. Se especula con los terrenos, se manipulan los precios y el soborno es casi la norma. Raro apunta en alusión a Catilina: «será elegido no por la promesa de tierras sino en la medida en que pueda pagar el dinero de los sobornos» (66). Pero, quizá, la corrupción que se denuncia con más insistencia sea la electoral. Los ciudadanos desheredados utilizan el voto como medio de subsistencia: «el voto es un arma como lo es la espada para el armero. No la utiliza, la vende» (115), dice Brecht con otra de sus ácidas frases. Pero a veces no basta con la compra de votos o la influencia clientelar, por la cual, sirva como ejemplo, los apar-

ceros tenían que votar a los terratenientes; a veces se llegaba a la amenaza directa. La novela narra cómo un comunicado dirigido a distritos enteros de la ciudad permitió la elección de Bíbulo para el consulado: los propietarios de las casuchas de alquiler pondrían en la calle a los inquilinos si aquel no salía elegido.

También denuncia Brecht con insistencia los problemas de la sociedad romana en las clases inferiores. La llegada masiva de esclavos y su utilización en los grandes latifundios oprimía terriblemente a la pequeña empresa rural. Igualmente el proletariado urbano padecía porque los empresarios que disponían de mano de obra barata llevaban a la ruina a los operarios. De manera gráfica lo describe Brecht cuando nos habla de los sentimientos de la plebe al ver las caravanas de esclavos procedentes de Asia: «miraban con aire sombrío la larga caravana. Sabían que cada uno de estos esclavos significaba la pérdida de un puesto de trabajo» (56).

Tampoco había solidaridad de clase entre campesinos y proletariado urbano, pues para los primeros la solución del problema agrario consistía en la competencia de los desocupados urbanos. Por todo ello, Raro anota en sus apuntes que el esclavo vive mejor que el ciudadano romano, porque tiene propinas y no va a la guerra (145). Era una verdad parcial, pero sostenible en muchos casos. La imagen de los fallecidos en la batalla de Pistoria describe gráficamente la triste situación de los ciudadanos romanos sin recursos: «luchaban desposeídos contra desposeídos… Imposible distinguir allí amigos de enemigos, todos eran romanos y llevaban uniformes romanos. Y todos provenían del mismo estamento social» (180).

La insolidaridad entre los humildes se pone de manifiesto en la conjuración de Catilina. Una proclama inventada, que declaraba la libertad de los esclavos, sirvió para romper la cohesión del movimiento ciudadano. Esta misma insolidaridad se registra entre los propios esclavos. En un pasaje de la novela César dice: «si los esclavos de esta casa nos atacaran hoy día, matarían a Raro antes que a César» (142).

Gran parte de la obra se centra en la conjuración de Catilina, que es vista también en clave económica. Cicerón comenta con César que Catilina perdió sus opciones al marcharse de la Ciudad y añade: «amenazar con un levantamiento puede que sea un negocio. Realizarlo la ruina» (121). Es significativo y muy de actualidad el crash que sigue al fracaso de la conjuración: bajada de la bolsa, saqueo de bancos, moratoria de las deudas, etc.

4.3. La ideología cesariana, según Warner

En las novelas de Warner la intención prioritaria, desde el punto de vista ideológico, es trasmitir el pensamiento de César, mezclando lo que nos ha entregado la tradición con ideas del propio novelista.

A lo largo de las dos novelas César aparece como un político obsesionado por el orden y que aborrece la anarquía. Es, por supuesto, un hombre pragmático que sabe que la política debe tener en cuenta tanto las pasiones como los acontecimientos. Estaba convencido de que las instituciones romanas necesitaban una profunda reforma, una revolución incluso, pero siempre partiendo de lo que había: «la revolución para ser valiosa debe defender en cierto grado el principio que pretende atacar. Es desastroso luchar contra el gobierno en nombre de la anarquía» (I 50). En su opinión, el senado debería continuar existiendo como escuela de estadistas y había que combinar la revolución con la continuidad. Esta defensa del orden establecido cuadra bien con el César estratega y militar, convencido de que en última instancia el poder radica en las fuerzas armadas. Para César, una revolución tan drástica como para constituir una ruptura con el pasado sólo se consigue con una masacre a gran escala y él pretendía evitar esto a toda costa. Por eso se insiste en numerosos pasajes en que quiso evitar la guerra la civil y en que ésta se produjo muy a su pesar. En su opinión, la guerra civil no se inició cuando cruzó el Rubicón, sino mucho antes, pues las contradicciones de la época de Mario y Sila seguían sin estar resueltas.

También se repiten sus críticas al régimen senatorial, incapaz de hacer las reformas necesarias para el buen funcionamiento del Imperio: «se me oponían manos muertas… que no podían ofrecer para el futuro sino una parodia sofocante del pasado» (II 219). Por lo demás, era un gobierno que no merecía respeto y el primero en demostrarlo fue su máximo valedor, Sila, cuando tuvo que dar un golpe de Estado, es decir, convertirse en monarca, para restablecer la autoridad republicana.

César se muestra como un político absolutamente convencido de haber emprendido las reformas más convenientes para el estado romano y de que su muerte no podría impedir que éstas siguieran llevándose a cabo: «si tuviera que morir mañana…, serían necesarias más guerras… y el nuevo sistema que inicié… volvería a afirmarse y continuaría desarrollándose» (II 194). En algunos pasajes reflexiona sobre la necesidad de la monarquía para solucionar los problemas de su

época; pero la solución monárquica aparece como una idea surgida en los últimos años de su vida: «ahora como resultado de los acontecimientos de estos últimos cinco años, comienzo a preguntarme si ese título de rey no es el que más conviene» (II 190).

En distintos lugares manifiesta su punto de vista respecto a la religión. Se confiesa seguidor de Epicuro y admirador de Lucrecio y su teología coincide con la de ambos al negar la intervención de los dioses en la vida de los hombres; es mejor, dice con ironía, que existan dioses como él, «puesto que a diferencia de los dioses de los poetas, nosotros intervenimos en los asuntos humanos» (II 15). Critica alguno de los rituales de la religión romana, como el sacrificio de animales[21], pero parece bastante conforme con ella, pues, en su opinión, es una religión en cierto sentido atea, que «tiende a mantener a los dioses a tan gran distancia como sea posible de los hombres» (I 68).

Aunque en menor medida que en Wilder, también encontramos en estas novelas reflexiones sobre la condición humana, en las que se hacen más evidentes las ideas de Warner. César, que, como hemos visto, se confiesa epicúreo convencido, rebate la opinión del filósofo en lo que se refiere a la manera de conseguir la felicidad («evitar las ambiciones y evitar el amor son sus recetas básicas»), pues, en su opinión, de la abstinencia no puede surgir ningún tipo de felicidad[22].

A pesar de ser un racionalista convencido, considera que la razón no tiene gran influencia en las decisiones de los hombres: «los individuos más intelectuales creen, como naturalmente todos creemos, en el poder del razonamiento, pero lo consideran más fuerte de lo que en realidad es» (I 19), pues los hombres están dispuestos a creer en casi todo si ello les produce placer o les da confianza. Para el César de Warner la mayoría de la gente es incapaz de aceptar la vida tal como es: «casi todo el mundo se inclina a creer, contra toda razón, que los acontecimientos no están sometidos a las leyes de causa y efecto, sino que en cierto modo puede manejárselos mágicamente» (II 315). Como vemos, sus opiniones son bastantes elitistas, en la línea del *sapiens* de la época: «pocos son los hombres que crecen y maduran del todo» (II 16), dice en un pasaje; y en varios lugares hay juicios contra la

[21] En un pasaje comenta: «el sacrificio de animales, así como la inspección de sus humeantes entrañas, siempre me estremecieron, y no podía desechar la idea de que también resultaran repugnantes a los dioses, suponiendo que existieran» (I 67).

[22] «El amor y la victoria podrán ser momentáneos, pero no son satisfacciones parciales, y la felicidad parece provenir más bien del ejercicio de la actividad espiritual que de cualquier forma de abstinencia» (I 137).

irracionalidad de las masas[23]. En general, se percibe una clara desconfianza en el ser humano. Después de contemplar las matanzas de Mario y sus libertinos, concluye: «de ello aprendí fuera de toda duda que no hay nada bueno, nada que demande nuestro afecto y respeto en la naturaleza humana» (I 65).

Como conclusión, podríamos decir que estos tres grandes novelistas se han servido del personaje Julio César para crear tres novelas con intenciones literarias muy distintas, tanto en la forma como en el contenido. La comparación nos permite ver tres tipos diferentes de novela histórica, en los que la descripción de la época y la narración de los hechos históricos juegan un papel muy diferente, en función de los objetivos prioritarios de cada autor. Para Wilder, la Roma de Julio César es fundamentalmente un marco referencial para hablar de la condición humana; Brecht da la vuelta a la tradición historiográfica, reinterpretando las fuentes en clave marxista; y Warner escribe dos novelas que podríamos considerar prototipos de la novela histórica realista: excelente documentación, ausencia de anacronismos, apego a las fuentes y didactismo al estilo de la historiografía clásica. En función de tales intenciones se proyecta una imagen distinta de César, aunque bastante parecida en Wilder y Warner, quienes parecen apostar por fortalecer el mito con los rasgos del estadista generoso y visionario que es, además, un humanista excepcionalmente sensato; para Brecht tan sólo es un político corrupto, uno más de los muchos que proliferaron en su mundo. El protagonismo de otros personajes históricos del entorno de César en las tres novelas también se establece en función de las distintas intenciones literarias. Clodia, Catulo o Bruto juegan un papel relevante en Wilder, pero no en los otros autores. Para Bertolt Brecht, Pompeyo, Craso, Cicerón o Catón son sólo políticos al servicio del gran capital. Warner, por su parte, se esfuerza en subrayar los rasgos de cada uno de ellos con el máximo respeto a lo transmitido por las fuentes antiguas, aunque desde la perspectiva cesariana.

[23] «La gente agrupada está la mayoría de las veces fuera del alcance de toda razón" (II 55), y un poco más adelante: "y en verdad había advertido con frecuencia que en estados de conmoción colectiva la gente prefiere lo milagroso a lo inteligible» (II 56).

COMMEMORATING SHAKESPEARE AND WARTIME EUROPE: *JULIUS CAESAR* IN 1916

Clara CALVO
Universidad de Murcia
ccalvo@um.es

ABSTRACT

In 1916, London commemorated the 300th anniversary of Shakespeare's death with a programme that included many events, but the explicit staging of only one play: *Julius Caesar*. In 1916, *Julius Caesar* was performed also in several locations across Europe and the US. This paper looks at the role played by *Julius Caesar* in these worldwide celebrations from three different but interconnected angles: (a) the cultures of commemoration that shaped the Shakespeare Tercentenary; (b) the cultural politics behind the choice of *Julius Caesar* as the commemorative play; and (c) the significance that may accrue to the performance of a particular play on a particular date. This exploration will show how the differing European and American ways of reading *Julius Caesar* acquired a new ideological dimension in the context of wartime Europe and of the US which, in 1916, was still a neutral power.

Keywords: Shakespeare. Cultures of commemoration. First World War.

La commemoración de Shakespeare y Europa en tiempos de Guerra: *Julio César* en 1916

RESUMEN

En 1916, se conmemoró en Londres el trescientos aniversario de la muerte de Shakespeare con un progama de abundantes celebraciones en el que sólo se incluyó una representación de una de sus obras dramáticas: *Julio César*. En ese mismo año, *Julio César* se representó en varios lugares de Europa y de Estados Unidos. Este artículo examina el papel que desempeñó el *Julio César* de Shakespeare en estas celebraciones desde tres puntos de vista diferentes pero muy relacionados entre sí: (a) las culturas de la commemoración que dieron forma al Tricentenario de Shakespeare; (b) la política cultural que dictó la elección de *Julio César* como obra commemorativa; y (c) el sentido que puede tener la representación de una obra en particular en una fecha dada. Este análisis mostrará cómo los diferentes modos de leer y representar *Julio César* se revistieron de una nueva dimensión ideológica en el contexto de una Europa en guerra y de unos Estados Unidos que, en 1916, todavía eran una potencia neutral en la Gran Guerra.

Palabras Clave: Shakespeare. Culturas de la commemoración. Primera Guerra Mundial

★ ★ ★

The purpose of this paper is not to draw a *grand récit* on the importance of Shakespeare's *Julius Caesar* during the Great War. Rather, the aim behind these pages is to spend some time unearthing objects and wiping dust away in the midst of an archaeological site, the 1916 Shakespeare Tercentenary. Objects found in this site of memory will be handled with care and each object, or image, or newspaper clipping retrieved will be examined to help trace the history of the cultures of commemoration. To achieve this, the wide-angle lens of our cameras will be discarded and a telephoto lens will be applied. Apparently insignificant details will be dealt with, but hopefully they will contribute to keep the paper's discourse within the range of contemporary studies in cultural anthropology. This paper aims to write the cultural biography of a few Shakespearean objects: a 1916 theatre programme, a few newspaper clippings, a court circular, a Roman toga. Through the cultural life of these and other objects, a new insight into the cultural history of Shakespeare's plays will come to the surface.

On May 3rd, 1916, the London newspaper *The Times* published a brief circular from George V's court recording that the previous day, the King and Queen had boarded a special train from Windsor to London. The purpose was to attend a charity matinee at the Theatre Royal Drury Lane. The matinee was part of the official festivities commemorating the Tercentenary of Shakespeare's death. It had a double mission: to commemorate the national Bard and to collect funds for the war effort. At the end of the play's performance, the court circular informs us, the king knighted Frank Benson.

Surprisingly, the court circular fails to provide two pieces of information which our society today would consider headline fodder: the professional identity of the new knight and the play performed. The special London envoy of *The New York Times*, reports the events differently, as this headline shows: «How KING KNIGHTED BENSON AT THEATRE. Noted Shakespearean Actor Wore Caesar's Robes as Stage Sword Struck Him. ODD SIGHT IN DRURY LANE. Cheers Greet Announcement from Sir Herbert Tree of Aid Here for Red Cross.» *The New York Times*, unlike the court circular, is interested in Benson being a famous Shakespearean actor and in the unusual occasion, the «odd sight»: the king

knighted a famous actor who was still wearing the toga he wore that evening in a performance of *Julius Caesar*. And to knight this actor, the king uses a prop, a theatrical, make-believe sword.[1]

In a more sober manner, *The Times* also highlights the knighting ceremony —«SHAKESPEARE DAY SURPRISE. MR. BENSON KNIGHTED AT DRURY LANE»[2]— and finds it the natural thing to do. Nothing is more appropriate for an actor such as Frank Benson, who has devoted himself to Shakespeare, his Memorial Theatre at Stratford and its theatre festival, than to receive his knighthood in a theatre, still dressed in his acting robe and with the help of a prop that pretends to be a real sword: «On the conclusion of the tragedy the King sent for Mr. F. R. Benson, who obeyed the summons to the Royal anteroom, still attired in the robes of Julius Caesar, and there received from the King the honour of knighthood.»[3] *The Times* also notes «the appropriateness of his being knighted in a theatre, in theatrical costume and with a theatrical sword».[4]

If according to Baudrillard the era of simulacra implies the disappearance of the referential, it could be argued that here all is sheer simulacrum: the fact of knighting an English actor on stage, with a prop and in a London theatre in 1916 is in itself a simulacrum. The sword is not a sword but a prop. The King acts pretending he is an actor impersonating a medieval king. The whole event is a chain of simulacra, because in 1916, when Benson is knighted by George V, feudal relations are obsolete and ties between monarch and subject are no longer what they were. The simulacrum here precedes reality. The event seems to have had what Baudrillard might have called «the discrete charm of [third] order simulacra».[5] In a sense, the only item of reality is what doesn't fit into the simulacrum: the clothes worn by Benson, his Julius Caesar toga.

Julius Caesar was the play chosen to commemorate Shakespeare on the day dedicated by the 1916 Tercentenary Committee to the acting profession.[6] It was the only play performed as part of the official celebrations – perhaps because the celebrations were compressed as a result of the war or because in the spirit of the

---

[1] *The New York Times*, 30 May 1916, p. 17.

[2] *The Times*, 3 May 1916, p. 11.

[3] *The Times*, 3 May 1916, p. 11.

[4] *The Times*, 3 May 1916, p. 11. *The Times* and *The New York Times* do not agree as to where the knighthood was conferred. For the latter, it was on the theatre's stage; for *The Times*, it took place in the anteroom to the royal box.

[5] J. BAUDRILLARD, *Simulations*, Semiotext[e] 1993. Trans. by Paul Foss, Paul Patton and Philip Beitchman, p.1.

[6] R. FOULKES has discussed the occasion in a chapter on the 1916 Tercentenary in *Performing Shakespeare in the Age of Empire*, Cambridge 2002, pp. 199-200.

time the drive was to honour Shakespeare the man and the English patriot rather than Shakespeare the playwright and his dramatic works. The Shakespeare Tercentenary Commemoration Performance took place on May 2nd and the event, arranged by Sir George Alexander, included alongside the play, a programme of Shakespearean music performed by the London Symphony Orchestra[7] and a Shakespeare Pageant, consisting in characters from eight different plays. Before the Pageant, Sir Squire Bancroft delivered a «Tribute to the Memory of Shakespeare» of his own composing and Sir George Alexander gave an account of the profits (over 3,000 GBP), which included the matinee takings as well as what was obtained through the sale of two programmes, a hand programme sold throughout the performance plus a more elaborate programme-souvenir published by Macmillan with 56 drawings on Shakespearean subjects.[8] The tribute to Shakespeare ended with the singing of the National Anthem.[9]

The event was widely promoted. *The Times* announced the play and pageant and advertised the cast several times in advance, repeatedly printing the names of the famous actors involved.[10] The King and Queen had agreed to be patrons. The box-office takings and the sale of the programmes would go to the war effort: i.e. the Red Cross and the Order of St. John of Jerusalem. The Tercentenary Committee, according to *The Times*, took pains nevertheless to promote the play as a «tribute» to Shakespeare and not another war matinee: «the performance is not a 'charity' matinee» nor is it intended primarily as an entertainment.»[11] The Committee wanted it to be regarded as «a tribute to the genius of William Shakespeare, humbly offered by the players and their fellow-workers in the kindred arts of music and painting» and, in case its commemorative purpose was diluted in the war effort, it made it clear that «It is conceived in the spirit of the Bayreuth festivals».[12] The desire to emulate Germany in wartime perhaps suggested the comparison between very different cultures of commemoration: Shakespeare's and Wagner's.

The Times, however, does not account for the choice of play – why *Julius Caesar*? Why choose a play about a Roman dictator to honour an English bard?

---

[7] The music programme was advertised by *The Times*, 28 April 1916, p. 9 and included the overtures for Hamlet by Norman O'Neill and for Macbeth by Arthur Sullivan.

[8] *The Times*, 21 April 1916, p. 7.

[9] For an account of the matinée as a whole and a listing of the plays included in the Shakespeare Pageant, see *The Times*, 3 May 1916, p. 11.

[10] *The Times*, 18 March 1996, p. 11; 20 March, p. 6; 6 April, p.5; 21 April, p. 7.

[11] *The Times*, 21 April 1916, p. 7.

[12] *The Times*, 21 April 1916, p. 7.

Reasons behind the choice were no doubt multiple and of varying nature. There must have been first of all practical considerations. *Julius Caesar* is a convenient play for an homage, as it provides an abundance of small roles for many actors (about 30) and it also affords 4 male roles of more or less equal weight. This must have been a consideration since the commemorative performance had to make room for many actors from different companies. The popularity of the play at the turn of the century must have also contributed to the choice.[13] Around this time, *Julius Caesar* was one of the most popular plays in the Shakespearean canon, it was studied in schools and universities and was included in the repertories of most companies and famous actors such as Herbert Beerbohm Tree and Frank Benson himself contributed to make Julius Caesar, Brutus, Cassius and Mark Antony well-known.[14] Neither practical reasons nor the play's popularity explain the odd choice of play, given that it is a play problematic in many ways. In *Hamlet* (3.2), Polonius seems to boast of his gift for acting when he refers to his role as Julius Caesar in his youth. He refers with pride to his being killed by Brutus on stage and Hamlet grabs the opportunity to laugh at him («A brutish thing to kill such a capital calf…»). In spite of his lack of brains and no sense of ridicule, Polonius points to the crux of Shakespeare's *Julius Caesar* —the hero dies before the play is halfway through.

Is the play flawed or is it just a case of an ill-chosen title? «The Death of Caesar» —as in the famous painting by Jean Léon Gérôme's (1867) or in the silent film by George Méliès, *La mort de Jules César* (1907)— might have been more appropriate. *Julius Caesar* makes one assume this is a tragedy about the rise and fall of a great man, as in *Richard II, Richard III, Macbeth, Othello, Coriolanus* and so many other Elizabethan plays by Marlowe, Shakespeare or his contemporaries. In Shakespeare's *Julius Caesar*, the tragedy ends in the first scene of the third act as the hero's death comes much too soon. The play then invites a search for another hero and critics have debated if the real hero in *Julius Caesar* is Brutus or Mark Antony. Stage directors and filmmakers usually choose between one of the two. Roughly, Mark Antony personifies the defence of monarchy and Brutus the struggle for republicanism. Most productions move in either direction, although occasionally the real hero of the play has been said to be the Roman people.

---

[13] Perhaps the fact that Herbert Beerbohm Tree, who was then in America and could not take part in the performance, kindly lent the set and costumes free of charge also contributed to the choice of *Julius Caesar* as the Tercentenary play.

[14] It was not uncommon for an actor to play Cassius and the beginning of a dramatic career, then move onto Brutus and Mark Anthony, and end up playing Julius Caesar.

To understand the play's deep dual legacy, one can see what roles the Shakespearean actor-managers of the Late Victorian and Edwardian periods kept for themselves. In 1898, Herbert Beerbohm Tree chose Mark Antony, as shown in a portrait by Charles Buriel. Tree's production posed a challenge to a well-established British tradition dating from the Romantic period. Since Philip Kemble's *Julius Caesar*, British productions had turned Brutus into the play's central character, a Stoic philosopher and truly tragic hero. Inspired by Ludwig Barnay's performance with the German company of the Duke of Saxe-Meiningen that performed the play in London at the Royal Theatre Drury Lane in 1881, Tree cut and adapted the text to give Mark Antony a considerable centre stage role, enhanced by the tableaux vivant that closed each of the three acts of his adaptation.[15] Until the First World War, Tree's production was staged regularly and Barnay's Mark Antony influenced many other productions, pushing Brutus and Cassius into the position of mere conspirators and murderers. The play's climax, as in Mankiewicz's famous 1952 film adaptation, was Mark Antony's speech in the forum, not Caesar's assassination, as it had been the usual British choice, at least since Macready's Drury Lane production in 1843.[16] This was easily achieved through a heavily abridged text, which not only suppressed, as it was common practice since Kemble, scene 4.1 - a scene in which Mark Antony, planning the senators' purge with Lepidus and Octavius, comes across as a gifted politician who is insensitive, cruel and arrogant - but also other scenes, slimming the play into three acts that would allow for the effective end-of-act tableaux and the time-consuming change of scenery.

In Great Britain, the tradition of presenting Brutus as a Stoic philosopher cast into the play's tragic hero was deeply rooted, at least until Tree's 1898 production. In America, instead, a counter tradition naturally developed, and the play was read as a cry for democracy impersonated by Brutus. This was the established American reading of the play since the end of the eighteenth century and in the nineteenth century, Booth's *Julius Caesar* definitively sanctioned it on the stage.[17] In 1906, Robert Mantell was still contributing to

---

[15] Tree's tableaux vivant, played with the background of an Alma-Tadema's realistic set, enabled him to freeze the action and underline particular moments in the play. One of his tableaux vivant, directly inspired in the production of the Saxe-Meiningen company, singled out the moment in which Caesar's body is displayed in front of the Roman people, stressing Mark Antony's centrality in the play.

[16] J. Ripley, *Julius Caesar on Stage in England and America 1599-1973*, Cambridge 1980, pp. 80-84.

[17] Ripley, *op. cit.*, pp. 115-46.

this American tradition of turning Brutus into the martyr of his democratic ideals, admired for his love of republicanism. *The New York Times* found no better way of praising Mantell's 1906 performance than borrowing Mark Antony's words for Brutus at the end of the play: «Mantell appears as the noblest Roman»[18] Like Tree, Benson often performed Mark Antony but his production was very different from Tree's. Benson was interested in the company as ensemble and avoided singling out a given character. Marvin Spevack suggests that Benson's *Julius Caesar* opened a new path, 'struck out in a new direction'.[19] For Ripley, Benson's productions for the Stratford-upon-Avon Festivals dignified the character by making a Romantic figure out of him, a sort of pre-Lear that begins to feel the changes brought on by old age, but who is still a political figure whose power is still to be reckoned.[20]

Benson and the actors that played before King George V in Drury Lane were not the only ones to perform *Julius Caesar* in 1916. In Hollywood, cinema actors chose the same play to celebrate the Tercentenary and at the same time collect funds for the Actor's Equity Association – the culture of commemoration intersecting here once again with charity.[21] According to contemporary reports, it was a massive scale production, with 300 gladiators engaging in combats, exotic dances performed by Caesar's slaves and a re-enactment of the Philippi battle that began half a kilometre away from the stage.[22] It is difficult to say if this Hollywood production had any political resonance but it is safe to surmise that it would follow the American tradition of foregrounding Brutus as a hero for his valour, honour and steadfast defence of freedom and democracy. Although

---

[18] *The New York Times*, 27 November 1906, p. 4.

[19] W. SHAKESPEARE, *Julius Caesar*, ed. Marvin Spevack, Cambridge 1988, p. 37.

[20] RIPLEY, *op. cit.*, pp. 195-6.

[21] This performance took place on Friday May 19th in some hills near Hollywood, in a considerable natural amphitheatre called Beachwood Canyon. The cast consisted in 5,000 actors, including professional actors from Hollywood and amateur actors from two nearby colleges (Hollywood and Fairfax High Schools). The audience was calculated in 40,000 members. The auditorium made the most of the natural slopes of the mountains and, judging from photographs of the set, it must have felt more like a football pitch than a theatre. Following a long-standing American tradition of performing *Julius Caesar*, the extant records showing what the set was like suggest that it drew inspiration from the painting by Jean Léon Gérôme, *The Death of Caesar* (1867). Set and props were borrowed from filmmakers and producers such as D. W. Griffith, Jesse Lasky, Thomas Ince, Mack Sennett and the Universal Film Corporation. Beachwood Canyon should not be confused with the much more famous Hollywood Bowl, where another colossal Julius Caesar production would also take place later, in 1926, drawing inspiration, as well as costumes and chariots, from the MGM film *Ben-Hur*. See RIPLEY, *op. cit.*, p. 221.

[22] RIPLEY, *op. cit.*, p. 221. See also C. P. SMITH, «Founding the Hollywood Bowl», *American Music* 11 (1993), pp. 206-42.

perhaps the real hero in this performance was the Roman people, personified by the thousands of amateur actors.[23]

More political resonance can be attached to another 1916 performance of *Julius Caesar*. The funeral scenes were performed in front of Boston Public Library in Copley Square on July 4th by a group of 300 actors that included students from Boston College, Boston University and members of the library staff.[24] The Library's classical façade, Alberti-inspired and with arches that again recalled Gérôme's painting, provided an appropriate backdrop. The steps and the square in front of it provided a suitable Roman Forum and the legend that runs under the building's cornice was perfect for the occasion: «BUILT BY THE PEOPLE OF BOSTON.» It is perhaps no coincidence that the play chosen to commemorate both Shakespeare's Death Tercentenary and the 140th anniversary of America's Declaration of Independence was *Julius Caesar*. The performance's subtext was to establish a connection between the foundation of the United States and the struggle to preserve the Roman Republic by the conspirators who killed the tyrant, as both historical events shared the same mode of understanding democracy. Also, if true democratic Republicanism had died in Rome it had been reborn in Boston. In the city of the 1773 Tea Party or the 1770 Massacre, the connection was probably difficult to ignore.

In the Tercentenary Year, New York also had scenes from *Julius Caesar* performed to honour Shakespeare, but unlike in Hollywood or Boston, the venue was a commercial stage not an open-air auditorium and the actors were not American or amateurs. In New York, scenes from *Julius Caesar* were staged by professional European actors. The German company of Rudolf Christians had long established itself in New York and it had specialized in classical German Drama. It had its home at Irving Place Theater, also known as Amberg's German Theater, a theatre on no. 118 East 15th Street.[25] *Julius Caesar* was not performed here in this building as every year the director of the Metropolitan Opera House invited the German company to put on some show in his house. This lasted as long as American neutrality in the First World War lasted. The German gala performance of *Julius*

[23] This performance can be linked to the movement for communal drama –theatre of the people for the people–, performed with substantial masses of actors on stage and involvement of the community, here in the form of secondary school students. Other examples of this kind of drama are the famous NY masque by Percy MacKaye, *Caliban and the Yellow Sands* (1916) and the play *Shakespeare the Playwright* performed by the Sock and Buskin Society of North Dakota also in 1916.

[24] *The New York Times*, 25 June 1916, Magazine, p. SM9.

[25] Built on the site of an earlier Irving Hall (1860), Amberg's German Theatre was designed by Theodore C. Stein and Emery Roth, who was later to become one of Manhattan's greatest apartment house and hotel designers.

Caesar took place on March 28th and together with four scenes from the play the audience was offered music from German composers and a talk on Shakespeare given by a German professor.[26] The music included Beethoven's *Coriolan* overture and Mendelssohn's *Midsummer Night's Dream*. Prof. Eugen Kuehnemann delivered a twenty-minute lecture on how Shakespeare had inspired German genius and artists. Kuehnemann also touched upon what *The New York Times* called «the tender question», i.e. if Germany knew how to value Shakespeare better than England.[27] Two weeks later, *The New York Times* took pains to establish its own neutrality regarding the cultural war over Shakespeare with an article putting forth the view that «Shakespeare's transcendent genius belongs to no one nation» and therefore the Germans had not «annexed» Shakespeare as if he were a «hostile province» *as The Daily Mail* had complained; rather, the article claimed, Shakespeare had served as source of inspiration for countless German artists and his plays had become «part and parcel of the intellectual equipment of every German».[28]

The scenes performed by the German actors on March 28th were «the four strongest scenes,» i.e. 2.1, 2.2, 3.1, 3.2.[29] These scenes correspond to the meeting of the conspirators at Brutus's house, Caesar's hesitation about whether to go or not to the Capitol, Caesar's death, and the Forum scene. The curtain dropped after Mark Antony's success in changing the Roman people's feelings into a lament for Caesar and hatred and desire for revenge against the conspirators. The day after the performance, *The New York Times*'s headline particularly foregrounds one scene: Rudolf Christians's Antony was noteworthy for «Leading an Impressive Forum Scene.»[30] The fact that Christians kept Mark Anthony's role for himself reveals that the German company willingly distanced its production from current American staging practice. With Christians's performance, the German company presents the play as Mark Antony's apotheosis, or in the words of *The New York Times*, as the play of Antony instead of the play of Brutus.[31] By giving the play of Antony, the German *Julius Caesar* did not present the play as a panegyric for democracy but as a case of popular insurrection and love of the mob for the dictator. This 1916 New York production of *Julius Caesar* departed from the American tradition and aligned itself with a German tradition —or rather a

[26] *The New York Times* 26 March 1916, p. X8.

[27] *The New York Times*, 29 March 1916, p. 9.

[28] R. HOCHHEIMER, «But Germany Made a National Idol of Him», *The New York Times*, 16 April 1916, p. RP4.

[29] *The New York Times*, 26 March 1916, p. X8.

[30] *The New York Times*, 29 March 1916, p. 9.

[31] *The New York Times*, 29 March 1916, p. 9.

European one, since Tree adapted it to the English stage— that turns Mark Antony into the play's hero and the forum scene into the climax of the play.

When Frank Benson performed *Julius Caesar* at Drury Lane, the character had been relegated by Brutus and Mark Antony and had little to recommend him. In Shakespeare's play, Caesar is an idol with clay feet, a frightened dotty old man with a fragile health who becomes a puppet in the hands of those who push it in this or that direction. He is a senile man, too worried about what the augurers have to say and who falls prey to fits in public. Shakespeare never portrayed the other Caesars history has offered: the military leader, the great conqueror, the exquisite dandy. In spite of Frank Benson's important role in the events of May 2nd at Drury Lane, Julius Cesar was not the hero in this performance of his own play.

In all probability, neither was Brutus, at least not in the American tradition of democratic leader and defender of the republic. It might not have seemed fit, given that the King and the Queen were patrons of the Tercentenary celebrations and attended the performance together with other members of the royal family. The cover of the programme-souvenir, entirely made up of coats of arms, suggests a desire to pay homage to Shakespeare the man, the patriot and the gentleman, not the poet and playwright. Next to the coat of arms that Shakespeare bought for his father, the programme's cover displays several coats of arms that speak of England's heroic and Imperial past (and present). On the upper right hand corner, the arms of England are quartered with the arms of France and on the upper left hand corner the arms of England are quartered with the arms of Ireland and Scotland. The function of these coats of arms is no doubt to remind the readers and the audience of how the British Empire was built. The double Tudor rose, white for York, red for Lancaster, is an allusion to the formation of the national English identity that effaced Wales. The coats of arms alert to the involvement of the monarchy in the Tercentenary —the Great War was after all a war between royal houses and for some the aim of the war was to return a kingdom— Belgium —to its King. Many WWI posters reminded soldiers and civilian that those in the trenches of the Western Front were fighting not so much for democracy and civilization but rather, for the slogan that Joseph Losey's film has rendered so ironic: For *King and Country* (1964). Interestingly, *Julius Caesar* is again strangely absent— the play that will be performed is not mentioned on the programme-souvenir's cover.

The play is not mentioned in the programme-souvenir until page 8, where the cast of famous actors is listed, but not the play's characters. Amongst the abundant illustrations for the plays that make up the programme-souvenir, four belong to

scenes from *Julius Caesar* but none of them seems to carry any ideological or political content. The frontispiece reproduces Sir Edward Poynter's oil painting *The Ides of March* (1.2). The second illustration depicts the moment when Murellus reminds Romans who now hail Caesar how often in the past they climbed the walls of Rome with their children to hail Pompey (1.1), but the illustration foregrounds the family holiday ambience rather than the political implications of the scene, and the quote that goes with the illustration stops before Pompey is mentioned. The third illustration shows Casca and the lion in the forum, as part of the strange events that precede Caesar's death (1.3). Finally, the fourth illustration engages with the famous line «There is a tide in the affairs of men», which makes Fortune account for human success or failure. In the play, the line helps to present Brutus as a Stoic thinker, but here Brutus is nowhere to be seen. Instead, the illustration offers a pastoral scene of ships sailing in a calmed sea. None of the scenes chosen for the illustrations gives as much as a hint about any political reading of the play, none of them suggests a preference for Brutus or Mark Antony. Three out of four point to the importance of fate, auguries and fortune. The illustrations project a clearly apolitical reading of one of the most obviously political of Shakespeare's plays.

According to the programme-souvenir, the scenery for the Drury Lane performance was lent by Sir Herbert Beerbohm Tree – so it is therefore likely that it was the set designed by Sir Lawrence Alma-Tadema for Tree's famous production, premiered fifteen years earlier. This was a set in accordance with Tree's realist but spectacular productions involving a numerous cast and oversize scenery, both of which were at their best when the action was freezed at the end of each act. As the programme-souvenir reveals that the tercentenary *Julius Caesar* was a three-act play, the text must have also been Tree's heavily cut adaptation, with various interpolations meant to strengthen Mark Antony's role. Neither the performance nor the text were meant to give a salient role to Caesar – and not surprisingly, the day after the performance, *The Times* singled out Henry Ainley's Mark Antony, not Benson's Julius Caesar.[32] The Tercentenary *Julius Caesar*, performed in the midst of the Great War and at a time when it was felt that Shakespeare had to be «retrieved» from the Germans who had «annexed» him, was fully representative of a European tradition of staging the play that was German in origin.

A final archaeological finding in my Tercentenary site suggests that if the European tradition of a strong Mark Antony crossed the Atlantic in 1916 and

[32] *The Times*, 3 May 1916, p. 11.

found room at the Metropolitan Opera House in New York, the American tradition of a heroic Brutus also found its way to Europe. In December 1916 *Julius Caesar* was also performed at the Shakespeare Hut, a provisional building erected by the YMCA in the heart of Bloomsbury to offer shelter and food mostly to overseas soldiers who were on leave.[33] The Hut was located on the corner between Gower St. and Keppel St., precisely upon the plot of land acquired before the onset of the war for the National Theatre that would also be a Shakespeare Memorial. The YMCA concert hall housing the performance of scenes from *Julius Caesar* often doubled as extra dormitory space for soldiers. The intended audience of this *Julius Caesar* could probably relate easily to a play about war.

The *Julius Caesar* performed at the Shakespeare Hut on the 16th of December as part of the Christmas celebrations for soldiers is another example of the fragmentary, syncopated nature of the Tercentenary culture of commemoration. *The Red Triangle*, a YMCA magazine, reports of the evening entertainment offered to Commonwealth (then Imperial) soldiers spending Christmas in London in 1916. As it was the case in concert plays arranged by the YMCA, the programme contained a mixture of music pieces, scenes from plays and lectures – all arranged on this occasion by the actor-manager Johnston Forbes-Robertson. After lecturing on Shakespeare's Southwark and Shakespeare's manhood, Forbes-Robertson delivered the «Seven Ages» speech from *As You Like It*. The speech was followed by the «tent» or «quarrel scene» from *Julius Caesar* (4.3.), in which Basil Gill and Fisher White playing Brutus and Cassius, argued and then made it up. The scene was performed «without the ordinary accompaniments of Shakespearean scenery and costume».[34] At the end of the scene, Forbes-Robertson, addressing the audience, praised Gill and White for providing «a new sidelight on Shakespeare's power.» He also added: «So realistic, so up-to-date… was this wonderful scene … so exactly like a quarrel of two distinguished men of to-day»; and concluded saying: «We didn't miss the togas, did we?»[35]

If Roland Barthes in *Mythologies* pointed at the fringes on the actors' foreheads as the essence of being a Roman on the celluloid screen,[36] on the pre-1919 stage the toga was the equivalent of John Gielgud's or James Mason's fringes in

[33] *The Times*, 18 December 1916, p. 9.

[34] *The Red Triangle*, December 1916.

[35] *The Red Triangle*, December 1916.

[36] R. BARTHES, *Mythologies,* Paris 1957. Trans. By Annette Lavers, Jonathan Cape, 1972. Rpr. Vintage 1993. See 'The Romans in films', pp. 26-28.

Mankiewicz's adaptation –the toga was the symbol of moral uprightness, and a statement about nationality, a means of saying «I am a Roman». In 1916, at the Shakespeare Hut, in order to play Brutus and Cassius in front of a handful of WWI soldiers who had seen action, togas were superfluous. For soldiers, to see two generals having a row first and making it up afterwards was probably nothing remote nor unusual– the scene was not relevant for being a piece of Roman history but for the topicality it carried. In the years before the war, Basil Gill had often performed this scene as part of a music-hall or varieties programme at the London Coliseum.[37] Forbes-Robertson may have chosen it in an attempt to bridge the gap between music-hall and legitimate theatre, and please everyone. The quarrel scene, however, had a long American tradition. As Ripley notes, «In America, Brutus and Cassius were considered the plum parts, while Antony fell to some junior member of the company with athletic good looks and a pleasant voice.»[38] In 1916, the American audience of the Metropolitan Opera were introduced to a European *Julius Caesar* while WWI soldiers from colonial countries in London were offered the American and music-hall approach to *Julius Caesar*.

This excess of *Julius Caesar* productions to commemorate the Shakespeare Tercentenary cannot be a mere coincidence – even in Holland, *Julius Caesar* was the play selected in 1916 for a Shakespeare-Avond, a commemorative Shakespeare evening. A well-known, fashionable actor, Vogel, recited the forum speeches by Brutus and Mark Antony. The event's poster took the trouble to announce that the speeches would be delivered in «Romeinsch Costuum», that is, with the actor wearing a toga. Even for just a recital and not the full play, this Dutch actor obviously thought the toga necessary or helpful – somehow, perhaps, the toga was then taken to be the true signifier of the essence of being a Roman.

In the light of this, the YMCA performance was innovative in the context of the Tercentenary culture of commemoration for the absence of the toga. A few years later, in 1937, Orson Welles also produced *Julius Caesar* with no togas as *Death of a Dictator* at the Mercury Theater in New York. This production influenced performances of the play on both sides of the Atlantic for a long time.[39]

---

[37] J. HOWARD AND M. O'CONNOR, eds. *Shakespeare Reproduced: The Text in Ideology and History*, London 1987, p. 87.

[38] RIPLEY, *op. cit.*, pp.101-102.

[39] Its influence has recently seeped through a Catalan production by Àlex Rigola for Teatre Lliure in the season 2004-05.

Two years after Orson Welles's production, in 1939, Henry Cass produced the play at the Embassy Theatre in London, again with no togas. Three months before Hitler's invasion of Poland, togas were not necessary. Brutus donned an English naval uniform, perhaps in an attempt to retrieve the British tradition since Kemble of turning Brutus into a tragic hero and Stoic philosopher. Mark Antony proudly wore an SS uniform to indicate his staunch support of the tyrant and Julius Caesar wore the uniform of Generalísimo Franco. The short life of Frank Benson's approach to *Julius Caesar* may perhaps be read as a symbol of the difficulty implicit in any attempt to turn Julius Caesar into the play's hero. His contribution to the play's stage history, in the shape of a dignified and admired Caesar, a pre-Lear figure, did not develop into a stage tradition after the war. Today, it seems, Julius Caesar cannot be the hero in his own play unless he is cast into the hide of the dictatorial supreme ruler of a totalitarian regime.

The 1916 Shakespeare Tercentenary archaeological site shows that until the First World War there were distinct traditions of performing *Julius Caesar* in Europe and the US. Whereas in Europe the foregrounding of Mark Antony aligned the play with a defence of monarchy, in the US the centrality granted to Brutus and Cassius was used to promote republicanism. The 1916 Tercentenary also exposes the tensions lying behind the WWI anti-German discourse that aspired to claim Shakespeare «back from the Germans» to preserve his integrity as the English national poet, precisely at a time when Shakespeare had already become a global phenomenon. The perfomance of *Julius Caesar* that ended with the singing of the National Anthem at Drury Lane on May 2nd was modelled on a way of staging the play that was originally a product of the same German «Kultur» that regularly came under the attack of British newspapers and public opinion during the war. The cultural biography of Shakespeare's *Julius Caesar* in 1916 suggests that European Shakespeares might benefit from being discussed and conceptualised in relation to both American Shakespeares and World Shakespeares.

HOW TO LIKE THE *GALLIC WAR:* JULIUS CAESAR AND AN AMERICAN EDUCATION

Maria Wyke
University College London
uclkmar@ucl.ac.uk

ABSTRACT

In the early decades of the twentieth century, Latin was still studied in USA by at least half of all pupils arriving at high school, and year 2 was 'the Caesar year', when they read Julius Caesar's *Gallic War*. How to teach Caesar's *Commentaries* therefore became a matter of fundamental concern. If American children and their parents could not be persuaded of the merits of his text, then they might cease to have any classical education at all. In this period, classical teachers, university professors, and other educationalists developed and disseminated a whole array of pedagogic strategies to present Caesar as engaging, relevant, and topical for American children. This paper explores those strategies for teaching the *Gallic War* —the school commentaries, histories, novels, films, classroom activities, and comparisons with modern war— which attempted to shape Caesar and his text better to suit young, American readers.

Key Words: Julius Caesar. Gallic War. USA. Education. Warfare. Children.

Cómo disfrutar del *Bellum Gallicum:* Julio César y la educación americana

RESUMEN

En las primeras décadas del siglo XX, al menos la mitad de los alumnos que accedían a la enseñanza superior en Estados Unidos estudiaba latín; el segundo curso, durante el cual leían el *Bellum Gallicum,* se consideraba el 'año de César'. Cómo explicar la obra de César se convirtió, por tanto, en una cuestión de gran trascendencia. Si los muchachos americanos y sus padres no se convencían del valor del texto, entonces podrían terminar por abandonar completamente la formación clásica. En este período los profesores de latín de enseñanza superior y de universidad, así como otros docentes y pedagogos, desarrollaron y difundieron un amplio repertorio de estrategias pedagógicas para presentar a César como un autor atractivo, destacado y de interés actual para los muchachos americanos. En el presente trabajo se indagan estas estrategias docentes para la enseñanza del *Bellum Gallicum* —comentarios escolares, historias, novelas, películas, actividades de clase y comparaciones con la guerra moderna—, orientadas en su momento a convertir a César y su obra en un objeto de interés para los jóvenes lectores americanos.

Palabras clave: Julio César. *Bellum Gallicum*. USA. Educación.Guerra. Jóvenes

★ ★ ★

At the beginning of the twentieth century, the study of Latin and of Julius Caesar's commentaries peaked in the high schools of the United States of America. As working-class children started to enter secondary education en masse, they (or their parents on their behalf) chose Latin as a means for social advancement, not least because it was still compulsory for admission to American colleges. By 1910, as many as half of all high school students were enrolled in Latin programmes and were reading Caesar's *Gallic War*.[1]

American children began their studies of the Latin language and their memorization of its grammatical rules in their first year at high school. Their second year of Latin was commonly known as 'the Caesar grade' or 'the Caesar year' because, in that year (when the children were now approximately fifteen years old), they were first introduced to Latin literature through reading Julius Caesar's commentary on his conquest of Gaul.[2] Caesar had been selected as the year two text because of the relative simplicity of his linguistic form which comprised a limited, repetitive vocabulary of between 1200 and 1300 words-words that were concrete more often than abstract and words that abounded in verbs of action. Study of the *Gallic War* also nicely balanced study in second-year English of Shakespeare's tragedy *Julius Caesar*.[3] Consequently, how to teach Caesar's commentary became a matter of fundamental concern. If American children could not be persuaded of the merits of his text, then they might cease their Latin studies at only the second-year hurdle.

The value of a classical education had been questioned right from the foundation of the United States, and ever since the classical curriculum had constantly been subjected to challenge (even in the first decades of the twentieth century when Latin enrolments were at their highest).[4] The crucial question for

---

[1] L. R. Shero, «A Historical Survey of the Classics in the Schools and Universities of the United States», M. P. O. Morford (ed.) *Classics in the USA*, London 1966, pp. 17-39; C. Winterer, *The Culture of Classicism: Ancient Greece and Rome in American Intellectual Life 1780-1910*, Baltimore 2002, p. 102; M. Wyke, «Caesar, Cinema, and National Identity in the 1910s», M. Wyke (ed.) *Julius Caesar in Western Culture*, Malden MA 2006, p. 182.

[2] Students of Latin embarked on Cicero in their third year, and only in their fourth did they embark on Virgil and other Latin poets.

[3] See Shero (abv. n.1), p. 30; G. A. Kennedy, «Classics and canons», D. J. Gless and B. H. Smith (eds.) *The Politics of Liberal Education*, Durham 1984, pp. 223-31. For contemporary discussion of the *Gallic War* in year two Latin see, for example, G. Lodge *et al.*, *Teachers College Record* 3 (1902); W. Dennison, *The Classical Journal* 1.5 (1906), pp. 133-42; W. M. Gardner Hale, *The School Review* 18.5 (1910), pp. 297-318. For the role of Shakespeare's *Julius Caesar* (both in the classroom and on the stage) in the American understanding of the Roman dictator, see M. Wyke, *Caesar: A Life in Western Culture*, London 2007, pp. 218-38.

[4] F. Waquet, *Latin or the Empire of the Sign: From the Sixteenth to the Twentieth Centuries*. Trans. J. Howe, London 2001, pp. 7-40; Winterer (abv. n. 1), pp. 179-83; W. Briggs, «United States», C. W. Kallendorf (ed.), *A Companion to the Classical Tradition*, Oxford 2007, pp. 279-94.

Latin teachers, therefore, was how to get children beyond a painful struggle with the *Gallic War* as a tortuous catalogue of grammatical constructions to an appreciation of the value of Latin as one of their school subjects. This paper explores the diverse, and often resourceful, ways in which schoolteachers in the United States during the early decades of the twentieth century sought to make the *Gallic War* likeable and, to that end, to make Julius Caesar sufficiently American.

In January 1909, for example, in a weekly magazine aimed at a readership of classics teachers, Mary Harwood of The Girls' Latin School in Baltimore wrote with evident passion:

Yet if our boys and girls are ever to come out victorious from grappling with Caesar's ablatives absolute, laying siege to his gerundives, and fighting the barbarian subjunctive to a finish, they must be given, somehow or other, a little of the courage and enthusiasm that Caesar inspired in his soldiers. How easily this could be accomplished if the pupils could only see in the text what the old Roman saw-a moving picture of thrilling dramatic action, where the tramp of soldiers' feet, the cry of battle and the shout of victory could almost be heard! But they seem to think there is nothing to be evolved but an endless confusion of camps, marches and grammatical constructions.[5]

The teacher neatly borrows from the content of Caesar's commentary to treat the learning of Latin as a thrilling war. The rhetorical ploy transforms her into an inspirational general and her pupils into courageous and enthused legionaries. Reading the G*allic War* is an exciting battle (involving 'grappling', 'laying siege', and 'fighting to the finish'), and the act of understanding its Latin positions the pupils with its author, turning them almost into miniature Caesars: seeing the action; hearing the tramp of soldiers' feet, the cry of battle, and the shout of victory. From the late nineteenth century through the first decades of the twentieth, classics teachers, university professors and other educationalists in the United States developed and advertised a whole array of pedagogic strategies such as these to present Caesar's *Gallic War* (and, therefore, Latin and the whole discipline of classical study) as engaging, relevant, and topical for American children. Everywhere they placed emphasis not just on aids to comprehension of Caesar's linguistic form but also on the practical, ethical, and topical opportunities provided by Caesar's content.

---

[5] M. E. HARWOOD, «Aids in Teaching Caesar», *The Classical Weekly* 2.13 (23rd January 1909), pp. 98-100.

Children's interest, Harwood argues, should be aroused right from the start. Care should be taken not to confine the first year of Latin to potentially tedious labour over grammar. The ground for the second year could be prepared with stories about Roman daily life, republican politics, the Roman army and the 'wonderful personality' of Caesar (described here as a fashionable elegant in the city and a hardened soldier in the field of war; one moment far-sightedly planning imperial power, the next in the thick of a fight).[6] The enterprising teacher reports the success of her own Saturday morning Latin Club. There her pupils make wooden swords, broomstick spears, sugar-barrel shields, canvas helmets, cardboard eagles, and —most important of all, she says— a knapsack filled with real wheat, a real blanket, two stakes and a cooking-pan. After all this practical work, her girls can 'almost hear the trumpet order to march'.[7] At the start of year two, when pupils begin to read the first books of the *Gallic War*, then such practical activities should be continued with the making of appropriate models: such as a clay and cardboard camp for the Roman general, containing brown-paper tents and match-stick soldiers, a sand and chalk battlefield for combat against the Nervii, toy boats in cooking pans for the sea-fights against the Veneti and —perhaps the most frequently reiterated suggestion— Caesar's ingenious bridge over the river Rhine.[8]

During the first few decades of the century, a small cottage industry of school commentaries on the *Gallic War* also took root in the United States. Over the course of that time, the study of Caesar's Latin text was postponed later and later into the second year of high school, the amount to be read in the original gradually diminished, while the illustrations (of Roman soldiers, weapons, camps, siege engines, ships, bridges, Gauls and Germans) became more frequent and more colourful. By the late nineteen twenties, teachers were able to claim that a child could grasp in their hand, in a single volume, everything they needed for second year Latin, Caesar included.

Jared W. Scudder's *Second Year Latin*, published in 1927 and utilised in American classrooms for decades thereafter, provides a convenient example of a

[6] Harwood (abv. n. 5), p. 99.

[7] Contemporary constraints on gender put a brake on Harwood's enthusiasm at this point in her report. From depictions of the pleasure her young girls take in thinking themselves soldiers knapsack on back, she withdraws to the safety of the enjoyment they gain from dressing up their dolls as little Roman generals.

[8] Twenty years later, in the pages of another professional publication, a teacher of boys was still advocating the construction of a small-scale version of the Rhine bridge, as well as model catapults, ballistae, and other weaponry. See *The Classical Journal* 1928-9.

commentary on the *Gallic War* within which the Latin text only emerges after 260 pages of preliminaries (see figure 1 for its second plate depicting the *imperator* and a taxonomy of his army-originally in vivid colour).[9] Preceding Caesar's text, the year two pupil finds chapters and exercises on such matters as the fourth and fifth declension, irregular adjectives, the infinitive, and the use of the subjunctive,

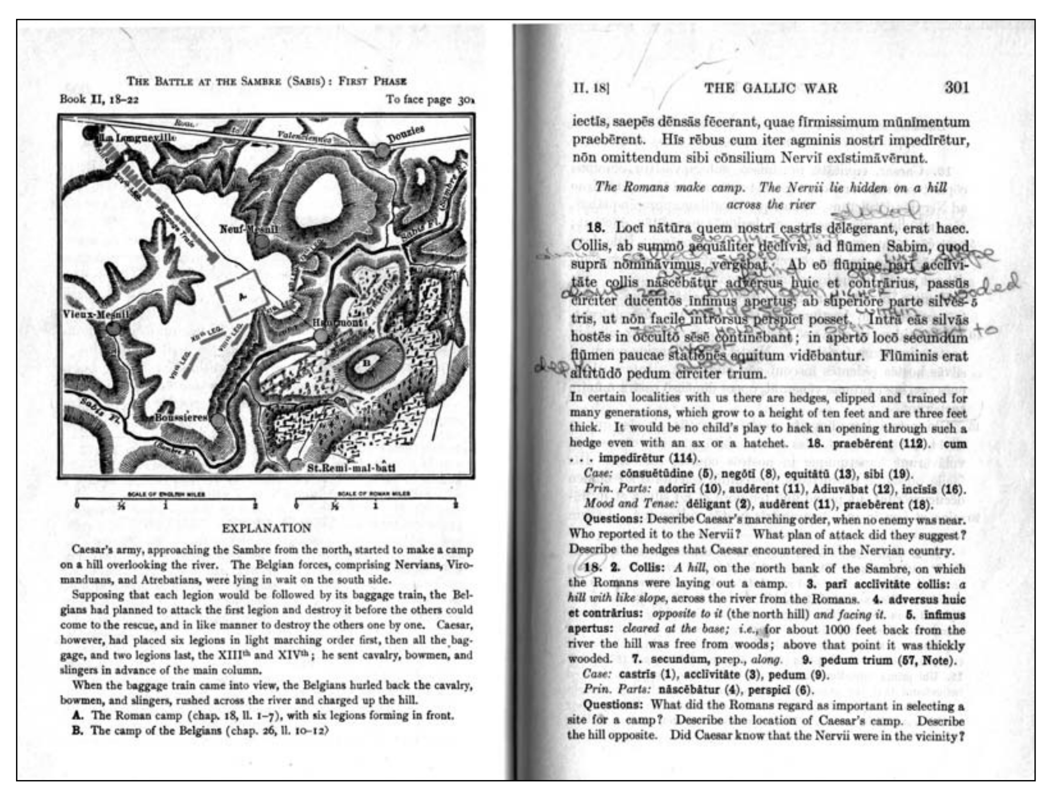


1. Plate II, 'Officers, Standard Bearers, and Musicians', from *Scudder's Second Year Latin,* 1927.

[9] I am very grateful to Peter Rose and his colleagues at the University of Miami, Ohio for loaning me one of their department's copies of Scudder.

and a short history of Rome and of the life of Julius Caesar both composed in simple Latin for easy translation. Following Caesar's text, a further 200 pages supply exercises in Latin composition, a summary of forms and explanations of Caesarean syntax and, finally, word lists and vocabularies both from Latin into English and from English into Latin. In the middle of the commentary, the text of the *Gallic War* itself is often interspersed with so many illustrative maps of battle manoeuvres and photographs of the terrain, guiding questions about individual sections, explanations of constructions or technical terminology, and cross-references to other parts of the commentary, that sometimes Scudder can squeeze scarcely any of Caesar's words onto a single page.

In the second book of the *Gallic War*, Julius Caesar narrates the events of 57 BC when he campaigned against the Belgae. In Scudder's commentary on 2.18 (figure 2), an explanatory map of the terrain, the location of the Roman and Belgian encampments, and the movement of the troops faces the brief lines of



THE BATTLE AT THE SAMBRE (SABIS): FIRST PHASE
Book II, 18–22 To face page 301

EXPLANATION

Caesar's army, approaching the Sambre from the north, started to make a camp on a hill overlooking the river. The Belgian forces, comprising Nervians, Viromanduans, and Atrebatians, were lying in wait on the south side.

Supposing that each legion would be followed by its baggage train, the Belgians had planned to attack the first legion and destroy it before the others could come to the rescue, and in like manner to destroy the others one by one. Caesar, however, had placed six legions in light marching order first, then all the baggage, and two legions last, the XIII[th] and XIV[th]; he sent cavalry, bowmen, and slingers in advance of the main column.

When the baggage train came into view, the Belgians hurled back the cavalry, bowmen, and slingers, rushed across the river and charged up the hill.

A. The Roman camp (chap. 18, ll. 1–7), with six legions forming in front.
B. The camp of the Belgians (chap. 26, ll. 10–12)

II, 18] THE GALLIC WAR 301

iectīs, saepēs dēnsās fēcerant, quae fīrmissimum mūnīmentum praebērent. Hīs rēbus cum iter agminis nostrī impedīrētur, nōn omittendum sibi cōnsilium Nerviī exīstimāvērunt.

The Romans make camp. The Nervii lie hidden on a hill across the river

18. Locī nātūra quem nostrī castrīs dēlēgerant, erat haec. Collis, ab summō aequāliter dēclīvis, ad flūmen Sabim, quod suprā nōmināvimus, vergēbat. Ab eō flūmine parī acclīvitāte collis nāscēbātur adversus huic et contrārius, passūs circiter ducentōs īnfimus apertus; ab superiore parte silvestris, ut nōn facile intrōrsus perspicī posset. Intrā eās silvās hostēs in occultō sēsē continēbant; in apertō locō secundum flūmen paucae statiōnēs equitum vidēbantur. Flūminis erat altitūdō pedum circiter trium.

In certain localities with us there are hedges, clipped and trained for many generations, which grow to a height of ten feet and are three feet thick. It would be no child's play to hack an opening through such a hedge even with an ax or a hatchet. **18. praebērent (112). cum . . . impedīrētur (114).**

Case: **cōnsuētūdine (5), negōtī (8), equitātū (13), sibi (19).**
Prin. Parts: **adorīrī (10), audērent (11), Adiuvābat (12), incīsīs (16).**
Mood and Tense: **dēligant (2), audērent (11), praebērent (18).**
Questions: Describe Caesar's marching order, when no enemy was near. Who reported it to the Nervii? What plan of attack did they suggest? Describe the hedges that Caesar encountered in the Nervian country.

18. 2. Collis: *A hill,* on the north bank of the Sambre, on which the Romans were laying out a camp. **3. parī acclīvitāte collis:** *a hill with like slope,* across the river from the Romans. **4. adversus huic et contrārius:** *opposite to it* (the north hill) *and facing it.* **5. īnfimus apertus:** *cleared at the base; i.e.,* for about 1000 feet back from the river the hill was free from woods; above that point it was thickly wooded. **7. secundum,** prep., *along.* **9. pedum trium (57, Note).**

Case: **castrīs (1), acclīvitāte (3), pedum (9).**
Prin. Parts: **nāscēbātur (4), perspicī (6).**
Questions: What did the Romans regard as important in selecting a site for a camp? Describe the location of Caesar's camp. Describe the hill opposite. Did Caesar know that the Nervii were in the vicinity?

2. The text of *Gallic War* 2.18 as it appears in *Scudder's Second Year Latin,* with facing map.

Latin, from which children might learn (aided by the accompanying clarification of phrases, cross-reference to the elucidation elsewhere of cases, principal parts, moods and tenses, and by guiding questions on content) that the fierce north-eastern tribe of the Nervii hid in a woody hill on the south side of the river Sambre while the Roman soldiers made camp on the other bank.[10] Caesar's narrative also gains a contemporary dimension in a number of ways. In the next two sections of the Latin, for example, the Roman general describes how the Nervii suddenly crossed the river and swept up to the Roman camp while it was still being fortified. Caesar (the author observes about himself) acted swiftly and, in the moment of crisis, his officers and even his soldiers used their own initiative (2.20-1). Below the Latin text at this point, Scudder inserts among the guiding questions an opportunity for his young readers to reflect on their own country's military discipline: 'What helped Caesar in this critical situation? Are American soldiers trained to take the initiative in an emergency?'[11]

Again, after Caesar has described the difficulty of the terrain (2.22) and the tactical problem of the right flank's exposure to the oncoming Nervii (2.23), Scudder inserts into the battle narrative a photographic scene of the area around the river now called Sabis. Teachers regularly supplemented such photographs as these of Caesarean terrain in the present day with classroom slide shows. In 1906, for example, an article in one of the teachers' weeklies advertised that slides which the Principal of Bay City School in Michigan had taken of the most important Caesarean localities in France (including some where excavations were still proceeding) were still available for distribution and display to any school possessing a stereopticon lantern.[12] Thus, in the layout of Scudder's book, a modern landscape emerges from within the Latin text, and the material traces of ancient warfare emerge from within the embedded photographs.[13]

For background historical information, American educationalists advocated, in particular, close study of the magisterial commentary *Caesar's Conquest of Gaul* by the British classical scholar T. Rice Holmes.[14] First published in 1899, the work found favour with teachers who perceived its author to be possessed of military

[10] J. W. SCUDDER, *Second Year Latin*, New York 1927 (reprint. 1934), p. 301. The scribbles in pencil over the Latin text that are visible in this illustration constitute handy reminders of the labour exerted by American students as they read Caesar.

[11] SCUDDER (abv. n. 10), p. 304.

[12] DENNISON (abv. n. 3), p. 142.

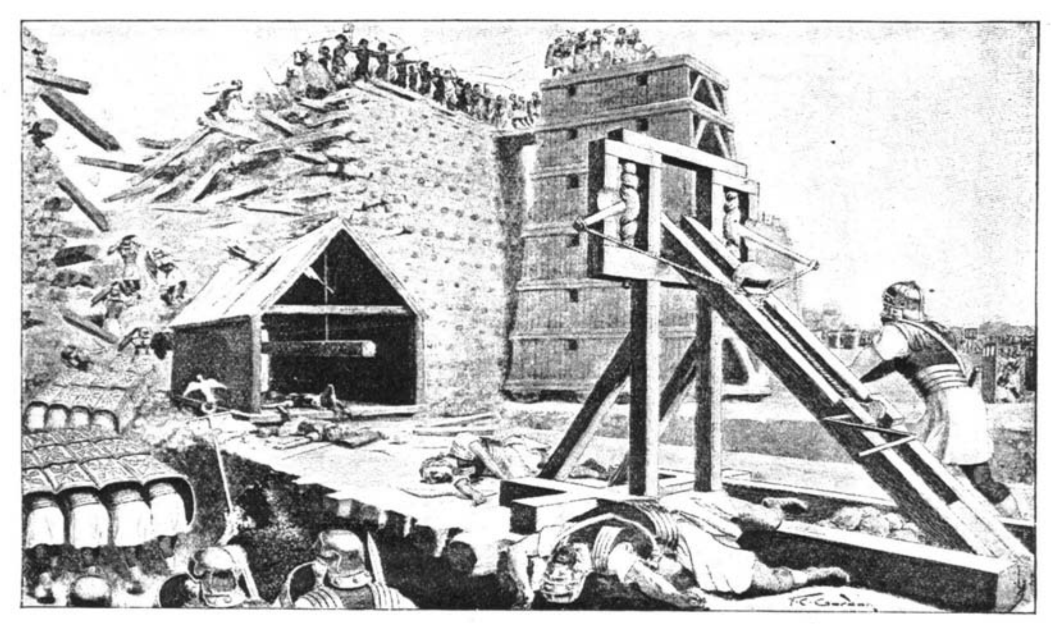
[13] As in the photographs of the site of Gergovia and Alesia: respectively SCUDDER (abv. n. 10), p. 378 and p. 388.

[14] See, for example, the remarks of DENNISON (abv. n. 12), pp. 133-7, on which I draw in the rest of this paragraph.

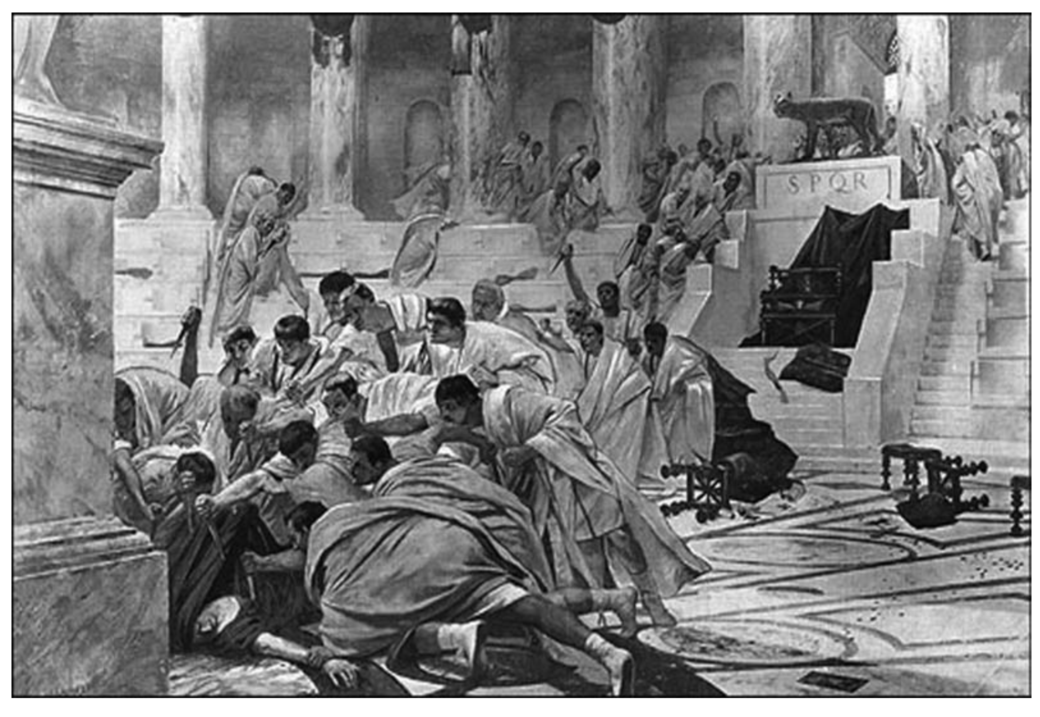
experience as well as scholarly acumen and, therefore, to represent a voice of considerable authority. Above all, they thought, Rice Holmes could refute the well-known charge that Julius Caesar's narrative was tendentious, that it was designed to put the general in the best possible light and thus further his self-regarding political ambitions back home in Rome. Despite its near on nine hundred long and large pages, they argued that the account by Rice Holmes of Caesar's conquest of Gaul should fill their students' minds with a living, throbbing interest in events that really did happen. Supported by the meticulous investigations of the British scholar into Caesar's military strategy, American teachers would be able to awaken and sustain interest in Latin. Put Caesar's battle plans on the blackboard every day in different coloured chalks, they suggested to each other, explain his troop movements, draw parallels between ancient and modern warfare, and bring the children's attention to the text's lessons for life: making the most of one's resources, exercising caution, valuing a defensive approach.[15]

Less weighty (in every sense), more accessible and more entertaining than Rice Holmes' academic monograph, were the many historical biographies of Julius Caesar produced expressly for America's children which told his story in suitably stirring terms from adventurous youth to blood-soaked death. As with the school commentaries, the lavish illustrations in works like Michael Clarke's *Story of Caesar* (1898) depicted the ranks of Roman soldiers and their exotic opponents, often posed gracefully in isolation from the blood and guts of combat. And Caesar's military feats —the celebrated bridge across the Rhine and his complex siege engines— were again arranged in clean-cut lines or highly dramatic compositions (figure 3). Towards the end of this particular juvenile biography, the author suddenly replaces his regular line drawings with the fuller, more flamboyant contours of a painting to accompany his more emotive narrative of the murderous events of the Ides of March (figure 4). The painting, *Death of Caesar* (1887), by the French artist Georges Antoine Rochegrosse colours the assassination in terms of the collective savagery of the conspirators and the ensuing disorder in the seat of government. In his concluding comments, Clarke informs his young readers that thus died 'the greatest of all the Romans'. He also makes of that Roman a role model for American children when he compares the dictator explicitly to the first president of the United States, George Washington: each, he states, was

[15] Critics of Julius Caesar might suggest, rather, that any 'lessons' from the *Gallic War* consist in the utility of recklessness and cruelty, and the strategic advantage of genocide.



3. «Siege engines», M. Clarke *Story of Caesar* 1898, p. 40.



4. *Death of Caesar* (1887), Georges Antoine Rochegrosse, reproduced on p. 116 of Clarke, *Story of Caesar.*

honoured after his death as 'the father of his country', and each was friend and champion of his people. Juvenile biography thus confirms Caesar as a hero fit for the next generation of Americans.[16]

High school Latin teachers also recommended historical novels to their pupils, of which more were written about Julius Caesar and the Gallic war than any other part of Roman history. One enduring favourite was A. C. Whitehead's *The Standard Bearer: A Story of Army Life in the Time of Caesar* which was first published by the American Book Company in 1914, after which it enjoyed many subsequent editions.[17] The author was a Latin instructor in a boys' high school in Atlanta, Georgia, and his historical fiction takes as its focal point a crucial moment from the *Gallic War* Book 4.25 when, during the campaigns of 55 BC, Caesar's soldiers are hesitating to jump from their ships and wade onto the shores of Britain. At that moment, two very important things happen: firstly, a valiant standard-bearer of the tenth legion plunges forward to lead the way; and secondly, in the Latin, Caesar's text turns for the very first time in four books of commentary on the war (and for maximum dramatic effect) to the use of direct speech. In this way, American children are forced to confront Latin's imperative mood:

> *Atque nostris militibus cunctantibus, maxime propter altitudinem maris, qui decimae legionis aquilam ferebat, contestatus deos, ut ea res legioni feliciter eveniret, «Desilite», inquit, «milites, nisi vultis aquilam hostibus prodere: ego certe meum rei publicae atque imperatori officium praestitero.» Hoc cum voce magna dixisset, se ex navi proiecit atque in hostes aquilam ferre coepit. Tum nostri cohortati inter se, ne tantum dedecus admitteretur, universi ex navi desiluerunt.* (CAES. Gall. 4, 25).

Meanwhile our soldiers were hesitating, chiefly because the sea was so deep; then the man who carried the Eagle of the Tenth legion appealed to the gods to see that his action turned out well for the legion, and said: 'Jump down, soldiers, unless you want to betray our Eagle to the enemy. I at least shall have done my duty to the republic and to my commander'. He cried these words in a loud voice, then flung himself away from the ship and began to carry the Eagle towards the enemy. Then our men urged each other to prevent such a disgrace and all together jumped down from the ship.[18]

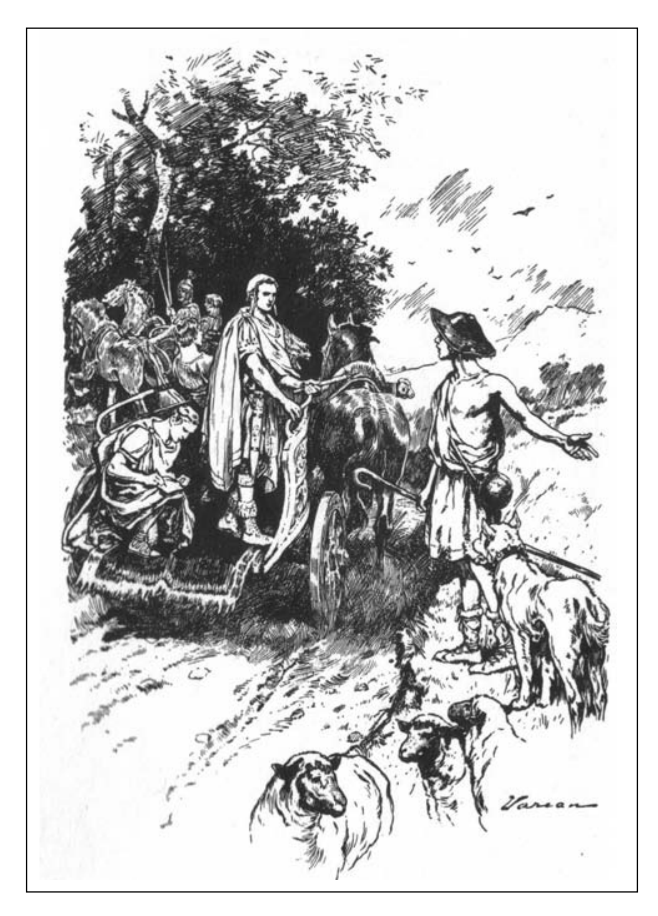
---

[16] M. CLARKE, *Story of Caesar*, New York 1898.

[17] As late as 1932, *The Standard Bearer* was still described as probably the best known and most widely used work of historical fiction for Latin classes in an article by C. WILSON, 'Historical Fiction for the High-School Latin Class', *The Classical Journal* (1932).

[18] The translation is taken from C. HAMMOND, *Caesar: The Gallic War*, Oxford 1996, p. 82.

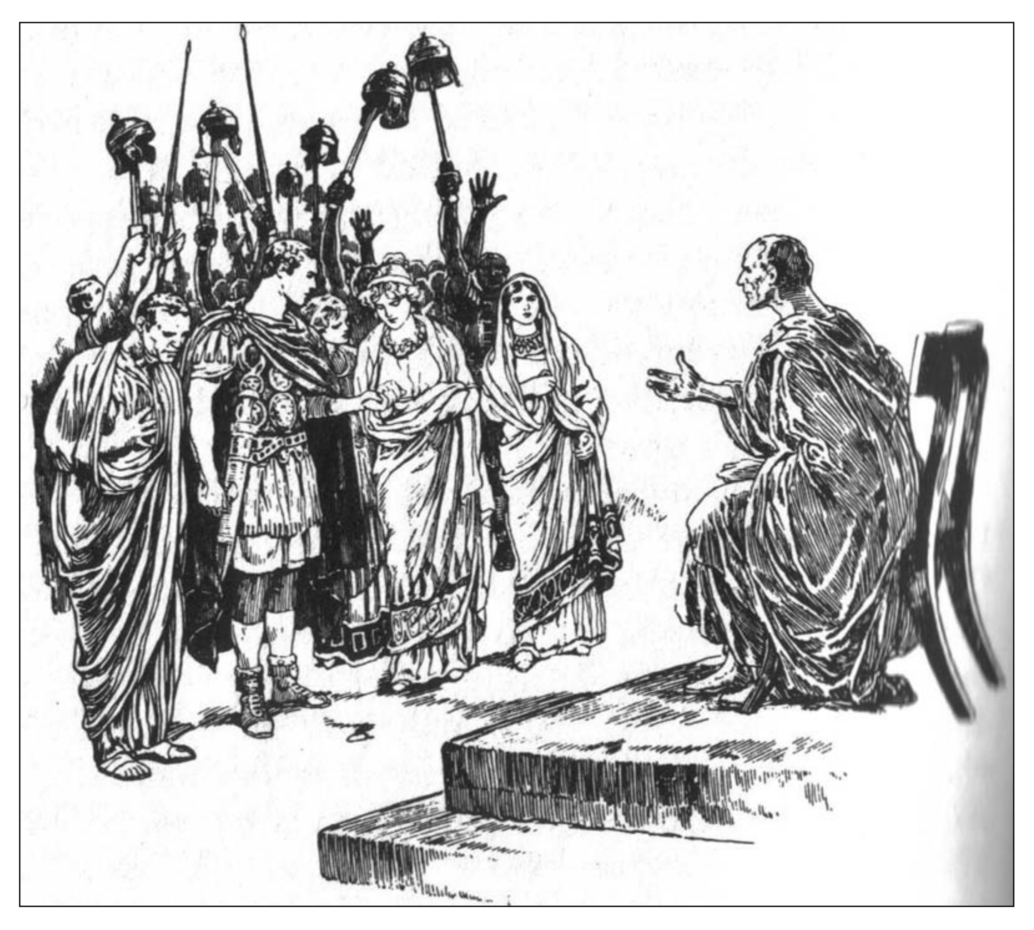
Whitehead turns Caesar's nameless standard-bearer into the novel's fictive hero, Caius. Young Caius first encounters Caesar while just a shepherd-boy and, inspired by the general, he becomes a soldier in the Roman army on service in Gaul. Meeting his *imperator* from time to time, Caius fights the Germans and the Nervii. Rising up the ranks to become a standard-bearer, he propels Caesar's hesitant legions onto British shores and, promoted higher still to the rank of commander, our hero is taken prisoner by the Gauls and almost sacrificed to their gods. In this way, Julius Caesar's war commentary is translated into the story of a young boy's steady growth from shepherd (figure 5) to soldier, to standard-bearer to commander. Caius' progress is clearly displayed in the novel's division into five books, the first four of which are entitled *pastor*, *miles*, *aquilifer* and *dux*. In the final book of the novel, *vir*, Caius becomes a mature man of twenty-four



5. 'The Shepherd meets a Proconsul', Whitehead's *The Standard Bearer* 1914, p. 10.

who witnesses with his own eyes the surrender of the Gallic chieftain Vercingetorix. It closes with his union in marriage to a Nervian princess (figure 6) and appointment as governor of Gaul, which he then rules contentedly and with clemency, spreading civilisation to the new Roman province.

Here, in the 1910s, Latin is rendered highly relevant to American school boys (if less directly so to American school girls) because, in the novel, their set text has been converted into a story of growth from childhood to maturity, a rite of passage into society (here represented by the army and Roman government), and up into its highest levels of responsibility. The fictional character learns and develops thanks to Julius Caesar, just as the schoolboy reader will learn and



6. Caesar joins Caius in marriage with a Nervian princess, *Whitehead's The Standard Bearer* 1914, p. 294.

develop thanks to his encounters with his Latin teacher. The lesson of *The Standard-Bearer* is loud and clear: Latin (and the reading of Caesar's war commentaries) makes you a man, virile, courageous, highly successful, civilised (and fully heterosexual).

In the same year as the publication of *The Standard Bearer*, in late 1914, the press began to take note of an Italian film about the life of Julius Caesar —*Cajus Julius Caesar*— that had been brought over to the United States along with a number of other feature-length Italian historical epics.[19] Provided with English intertitles, accompanied by affecting music, it was being exhibited in a number of theatres across the country. For newspaper reviewers, watching Caesar in moving images was a far more enjoyable experience than their remembered classroom reading of his commentaries. In a Chicago newspaper, a journalist observed that:

To the thousands of students who have poured over the more or less dry old histories it should be quite refreshing to sit in a comfortable chair and see the immortally famous deeds of the conqueror enacted by living figures amid environments, indoor and out, which lend to it so keen a sense of realism.[20]

While, in a Boston paper, a reviewer commented more expressively:

The pity was not for Caesar's fate, though it was portrayed in finely tragic pantomime, but pity for ourselves —that we should have been a generation of school children who would not read Caesar's Commentaries by day and then see these motion-pictures by night. How much more the dull reading would have meant to us, could we have been thus admitted into the councils of the Senate Chamber and watched the brute reality of the fighting which Caesar described.[21]

The Italian film (directed by the artist Enrico Guazzoni for the Roman production house Cines) focused in spectacular style on Caesar's military successes, especially the war in Gaul, which was magnified and drawn out on screen into a struggle between civilisation and barbarity.

In long shot, a sea of cheering senators and plebeians part to allow the Roman general to ride off screen into war at the head of his cavalry, followed by

---

[19] The following discussion of Enrico Guazzoni's film *Cajo Giulio Cesare* borrows from, adapts and adds to a fuller discussion contained in Wyke (abv. n. 1), pp. 176 and 182-9.

[20] *The Chicago Herald*, 21 November 1914.

[21] *The Boston (Mass.) Transcript*, 3rd November 1914.

standard-bearers who raise aloft Rome's spread-winged eagles, and neatly armoured Roman foot soldiers who parade slowly in disciplined formations out of a magnificently metropolitan Forum set and off into the wilderness of Gaul. There the undisciplined enemy, dressed in bulky furs and wearing spiked helmets, run and lurch headlong out of dark woodlands like savage animals. Spectators could marvel at the spectacular battle sequences and the siege works so skilfully assembled by the Roman soldiers at Alesia. The wily Gauls are defeated and chased back by the Roman army. Their chieftain Vercingetorix enters the Roman camp and reluctantly places his sword at the feet of Caesar, who sits magisterially aloft on his judgement-seat (figure 7). At last, news is brought of Caesar's magnificent victory to the senators waiting apprehensively back at Rome. Here, in this crucial sequence, at the moment of Caesar's greatest glory, the film narrative cleverly places its spectators in a position superior even to Rome's senators and contemporary Roman readers of Caesar's commentaries.



7. Vercingetorix surrenders to Caesar. Still from Guazzoni's *Cajus Julius Caesar* 1914. Courtesy of the Library of Congress.

For, as film spectators, we have just been in Gaul and witnessed with our own eyes the deeds that the senators at Rome can only hear reported.

Professors of Classics at universities up and down the United States took note of the enormous pedagogic potential of such moving images, and urged the film onto Latin teachers at high schools as another weapon in their arsenal aimed at making Latin and Caesar's *Gallic War* more engaging still. Filmed Caesar was entertaining, accessible, and popular. Filmed Caesar appearing capable of giving the lie to any hostile conception of Latin as an instrument of the elite wielded only to hammer out gentlemen, generals, and presidents. Yet not all teachers were so enthused. Some observed, with a touch of pedantry, that the film contained a number of historical defects and, with evident disappointment, that the Gallic scenes did not include those most commonly read in American classrooms: Where was the landing in Britain? Or the day Caesar overcame the Nervii?[22]

From 1914 onwards for almost a decade, the Italian film was regularly screened at conferences of American classics teachers and lecturers,[23] who frequently declared that it should be shown in every high school in the country as an aid to Latin.[24] Permission was even obtained for stills from the film to be reproduced in a first-year Latin grammar.[25] The American distributor George Kleine also made copies of the film available to institutional exchanges in universities throughout the country which then promoted the film for non-theatrical exhibition to schools, colleges, churches and other civic associations as an 'educational' motion picture. The surviving scrapbooks of the American distributor contain vivid testimony to the success of this pedagogic strategy: for example, they contain a letter forwarded by the Secretary of the Film Exchange at the State University of Montana —a letter which the Secretary regarded as the most interesting of local responses to the film. Dated 19th January 1922, the letter expresses the thanks of a school principal who had undertaken to bring moving pictures for the first time to the small town of Southern Cross:

---

[22] See, for example, the comments of the schoolteacher H. M. DANN of Barringer High School, Newark NJ in a letter dated 25th April 1923, in the George Kleine Collection, the Manuscript Division of the Library of Congress.

[23] Such as at the Third Annual Conference of the Latin teachers of Iowa, held over 4-5th March 1921, and at the Classical Association Conference in Richmond, in April 1921.

[24] As the Chair of Latin at a Long Island high school declared in 1922, according to a newsletter produced by the Kleine distribution company that year.

[25] According to an exchange of letters by the Kleine company with the MacMillan Company Educational Editorial department in November 1926.

The picture exceeded my expectations in a number of ways and it certainly pleased the spectators. Even yet the children drape themselves in rugs and blankets, in toga style, carry wash-boiler lids for shields and relive the scenes of the films.

Elsewhere the same university noted that when [the film] makes a figure such as that of Caesar so living that children impersonate him in their play, it must be of vast importance from an educational point of view.

1914 saw not only the publication of the juvenile novel *The Standard-Bearer* and the initial exhibition across the United States of the film *Cajus Julius Caesar* but also, and more importantly, the outbreak of war in Europe. Once again, American high school teachers demonstrated their enterprise by re-presenting the currency of Latin and the topicality of Caesar's *Gallic War* —now made an urgent education for present times.[26]

From across the Atlantic, observation of the war taking place in north-western Europe could only be distant, clouded by strict censorship of dispatches and newspaper reports, and coloured by pleas either for American neutrality or for intervention. Classics teachers thus began to claim that close scrutiny of Caesar's commentaries would provide better understanding for Americans of the present war than any newspaper report. The war commentaries, they noted, engaged with the same battlefields, the same aggressive leaders, and similar military strategy and tactics (such as close formations and forced marches, short-range combat, cavalry screens, use of the flank, fortified ditches, and rivers as rear protection). In late 1914, for example, a teacher from Northfield, Minnesota commented in *The Classical Weekly* that the movements of recent times around Mülhausen crossed the same terrain Caesar had covered in his battles against the German chieftain Ariovistus, with the same strategic opportunities utilised of the Vosges mountains and the river Rhine. He opens his piece with the claim that

It is the tritest of sayings that history repeats itself, but in the events of the past few weeks the truth of this saying has been unusually well illustrated. The war occupying the northwestern part of Europe is in many features the repetition of a conflict held in those parts nearly two thousand years ago. Then a Caesar was regarded as the aggressor; now, no matter how much justification may lie back

[26] For a parallel discussion of the claims made for Caesar's utility on the entry of the US into the First World War, see Wyke (abv. n. 1), pp. 182-7.

of the act, a German Kaiser is accounted the aggressor. Caesar represented the toga-clad nation which felt it its peculiar destiny to extend its dominions to the end of the world. The Germans, in like manner, are no doubt influenced by their firm conviction that they are about to find their place 'in the sun'... As the Roman conquest was big with portent for the future, so now a German victory may alter the whole course of future history.[27]

Here, at the beginning of his account, the teacher finds himself tying Julius Caesar to the German emperor Wilhelm II, the Roman war machine to German militarism. However, he tries later to wash away any taint such a link might generate by suggesting that it constitutes evidence for Caesar's military genius, the durability of his strategy and tactics, the reliability of his war commentaries, and the urgency now attached to reading them.[28]

Unfortunately, at the same time as this new currency for Caesar's war commentaries surfaced, there also came a renewed crisis for Classics. In 1916, as the war in Europe continued, the General Education Board of the United States published a pamphlet entitled *A Modern School*. The Board proposed that both ancient Greek and Latin be dropped from the curriculum of all American secondary schools because, it argued, Classics did not belong in the modern world, especially one at war. The following year, two months after the US entered the war in Europe, the University of Princeton organised a countermove. A conference it held determined that, in fact, current times demanded the continuation of the study of Latin in America's schools. The published proceedings contained testimonies from the American president Woodrow Wilson and from all living ex-presidents to the effect that Latin helped forge courage, wisdom, and faith in freedom.[29]

Caesar's *Gallic War*, however, did not fit that easily into a rosy vision of learning Latin as a journey towards courage, wisdom, and faith in freedom. Some teachers and educationalists fought valiantly to retain for the Roman general the most noble and heroic goals, to shape him jingoistically as a model for American intervention in Europe. From the perspective of John H. Finley (President of the State

[27] A. L. Keith, «Two Wars in Gaul», *The Classical Weekly* 8 (1914), pp. 42-3.

[28] Cf., on parallels between ancient and modern warfare, R. G. Kent, «The Military Tactics of Caesar and of To-Day», *The Classical Weekly* 8 (1914), pp. 69-70; E. F. Claflin, «Caesar's Bridge and the Modern Offensive-Defensive Strategy», *The Classical Weekly* 8.26 (1915), p. 208.

[29] G. A. Kennedy, «Afterword», M. Reinhold, *Classica Americana: The Greek and Roman Heritage in the United States*, Detroit 1984, pp. 338-41; Waquet (abv. n.4), pp. 202-3.

University of New York and its Commissioner of Education), writing in the current affairs magazine *The World's Work* in October 1917, the *Gallic War* (especially in its opening account of the campaign against Ariovistus) confirms the innateness of national character. Caesar detested the Germans then, as we Americans should now, for being harsh, uncivilized, violent, militaristic, and treacherous. Caesar, like our own President Wilson, first sought to avoid war with the German invaders through negotiation, but then came to the aid of his country's allies as the United States, following in his footsteps, has wisely chosen to do.[30]

Yet such inventive parallels, which attempt to sustain the emotional alignment of American readers of the *Gallic War* with its Roman author, could scarcely withstand those which had operated far longer and more commonly in the national discourses of Europe. For, ever since the mid-nineteenth century, France had shaped itself (and been shaped by others) as a valiant Vercingetorix resistant to the encroachments of Germany's Caesar.[31] So when, in 1917 and 1918, American high schools were all undertaking war activities with their pupils, yet again a teacher of year-two Latin reported the great opportunity it gave her to bring Caesar's text to life by virtue of locating connections with the present war. She talks, however, not of Caesar but of the Gauls and their descendants as 'our' inspiration to fight for the preservation of freedom:

Again and again, particularly in Book 7, the Gauls urge the preservation of liberty as one of their chief duties, and the struggle for independence culminates in the courageous work of Vercingetorix. It is this same love of freedom, which has seemed to live in the land of France, that has made possible for the French people their great Republic and enables them now to furnish inspiration to us and to other nations in our fight for democracy.[32]

Vercingetorix is then aligned with the American government, commandeering food, drafting all men of arms-bearing age, distrustful of the enemy's offers of peace. Julius Caesar, on the other hand, is closely aligned with Kaiser Wilhelm II (assisted most obviously by the appropriation of the Roman dictator's name as the German emperor's imperial title). The Kaiser's treatment of small nations, the teacher argues, so closely resembles Caesar's treatment of the tribe that pupils ask her —Has the Kaiser read Caesar's *Gallic War*? At these

[30] J. H. Finley, «France, Battleground of Civilization», *The World's Work* October 1917, pp. 629-35.

[31] See Wyke (abv. n. 3), pp. 41-65, and further references there.

[32] M. T. Englar, «Second Year Latin and Some Aspects of the World War», *The Classical Weekly* 12.13 (1919), pp. 99-102.

points, Julius Caesar is no longer made hero, teacher, or friend of young Americans, but their enemy.

For critics of classical education in American high schools as opposed to its practitioners, teaching Caesar's *Gallic War* in this way only furnished further evidence that the study of Latin was more likely to destroy than build a faith in freedom. In their view, reading Caesar's *Gallic War* at best could only be a lesson in the horrors and the folly of warfare. It is scarcely surprising then that, after the conclusion of the Great War, the enthusiasm of teachers (as well as of their pupils) for the study of Caesar's war commentaries teetered and collapsed. In 1925, for example, a Professor of Classics at Florida State College for Women expresses himself deeply troubled by the state of second-year Latin in American high schools:

This is the critical year in Latin classes throughout the country. The mortality rate in this year is fearfully high...It is nothing short of barbarous cruelty to force faithful, trusting students of the ordinary second-year type into Caesar at the very opening of this year. Any other subject under similar circumstances would have been driven out of the schools long ago, impedimenta and all, and rightly so. Much of the bitter opposition to Latin has not been due to any lack of value in the Latin but the stupid pedagogical guidance which has stubbornly kept this rock of destruction where it could do its deadly work.[33]

This despairing description works in stark contrast to the comments of the teacher Mary Harwood with which I opened this paper. In Caesar's American heyday, around 1909, teachers talk of their pupils fighting a thrilling war and winning a victory with Caesar as they clutch his words like weapons in their hands. Now, in the 1920s, when war is no longer thrilling and Caesarean militarism has taken on a nasty Germanic flavour, the talk is of defeat, destruction and even the death of the poor reader swept onto the hazardous rocks of Caesar's *Gallic War*.[34]

---

[33] J. B. GAME, *Teaching High-School Latin: A Handbook*, Chicago 1925, p. 84.

[34] A more detailed discussion of these and related materials on Julius Caesar in American culture will appear in my forthcoming book M. WYKE, University of California Press 2010.

APÉNDICE

RECEPCIÓN TEXTUAL Y LITERARIA DE LA OBRA DE JULIO CÉSAR: BASES BIBLIOGRÁFICAS PARA EL ESTUDIO DE SU PERVIVENCIA EN ESPAÑA

Antonio Moreno Hernández

Se recoge a continuación un acercamiento al bagaje de estudios existentes sobre la tradición de la obra de Julio César en sus aspectos textuales y literarios en general y en concreto en el ámbito español, de acuerdo con la siguiente articulación de los trabajos:

1. Obras y repertorios generales
2. Estudios monográficos sobre la recepción de César en la cultura occidental
3. Los textos latinos: tradición textual y estudios críticos
   3.1. Estudios generales
   3.2. Estudios sobre tradición manuscrita e impresa antigua en España
4. Traducciones en España
5. Estudios sobre traducciones y comentarios en España (ss. XV y XVI)
6. Aproximación a la recepción en la literatura española
   6.1. Estudios generales y repertorios bibliográficos
   6.2. Estudios monográficos

1. OBRAS Y REPERTORIOS GENERALES

Albrecht, M. von (1997): *Historia de la literatura romana*, vol. I (vers. esp. Estefanía, D.-Pociña Pérez), Barcelona, pp. 389-413 (Pervivencia, pp. 406-413).

Bibliografia di Studi Cesariani de la Fondazione Niccolò Canussio: http://www.fondazionecanussio.org/

Bolgar, R. R. (1977): *The Classical Heritage and its beneficiaries*, Cambridge.

Bolgar, R. R. (ed.) (1979): *Classical Influences on European Culture, A.D. 500-1500*, Cambridge.

Brown, V (1976): «Caesar, Gaius Iulius», *Catalogus Translationum et Commentariorum* III, Washington, pp. 87-139.

Cairns, Fr.; Fantham, E. (2003): *Caesar Against Liberty? Perspectives On His Autocracy*, Papers on the Langford Latin Seminar, Cambridge.

Chevallier, R., (ed.) (1985): *Présence de César. Hommage au doyen M. Rambaud*, Actes du colloque des 9-11 décembre 1983, París. [Citado en adelante por: Chevallier (ed.), *Présence de César*].

Collins, J. H. (1963): «A Selective Suvey of Caesar Scholarship since 1935», *The Classical World* 57, pp. 41-51; 81-88.

Curtius, E. R. (1989): *Literatura europea y Edad Media Latina* (I y II), Madrid (=1948).

Gentili, G. (ed.) (2008): *Giulio Cesare. L'uomo, le imprese, il mito* (Catalogo della mostra, Roma, Chistro del Bramante, 23 ottobre 2008-3 maggio 2009), Milán. [Citado en adelante por Gentili (ed.), *Giulio Cesare*].

Griffin, M. (ed.) (2009): *A Companion to Julius Caesar,* Oxford, pp. 209-223. Vaciado de Part IV: «Caesar's Reputation at Rome» y Part V: «Caesar's Place in History». [Citado en adelante por: Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*].

Higuet, G. (1954): *La tradición clásica*, México (vers. esp.).

Kallendorf, C. (2007): *A Companion to the Classical tradition*, Malden, MA-Oxford.

Kroymann, J. (1977): «Caesar und das Corpus Caesarianum in der neueren Forschung: Gesamtbibliographie 1945-1970», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, I, 3, Berlin-New York 1977, pp. 457-487.

Leonardi, Cl.; Munk Olsen, B. (edd.) (1995): *The Classical Tradition in the Middle Ages and the Renaissance. Proceedings of the first European Science Foundation Workshop on «The Reception of Classical Texts» (Florence, Certosa del Galluzzo, 26-27 June 1992)*, Spoleto.

Lohr, Ch. H.: *Traditio Classicorum* (Überlieferung der klassischen Autoren bis 1650): http://www.theol.uni-freiburg.de/forschung/projekte/tcdt/index.html/view?set language=en

Méniel B.; Ribémont, B. (Dirs.) (2006): *La Figure de Jules César au Moyen Âge et à la Renaissance,* I, en *Cahiers de Récherches Médiévales* 13, 2006. http://crm.revues.org/index843.html [Citado en adelante por: Méniel-Ribémont (dirs.) *La Figure de Jules César I*].

Méniel B.; Ribémont, B. (Dirs.) (2007): *La Figure de Jules César au Moyen Âge et à la Renaissance,* II, *Cahiers de Récherches Médiévales* 14, 2007. http://crm.revues.org/index2540.html [Citado en adelante por: Méniel-Ribémont (dirs.) *La Figure de Jules César II*].

Poli, D. (ed.) (1993), *La Cultura in Cesare*. Atti del convegno internazionale di studi, Macerata-Matelica, 30 aprile-4 maggio 1990, Roma. [Citado en adelante por Poli (ed.). *La cultura in Cesare*].

Rambaud, M. (1985): «Un bilan des études césariennes», R. Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 7-24.

Urso, G. (ed.) (2000): *L'ultimo Cesare. Scritti riforme progetti poteri congiure.* Atti del convegno internazionale, Cividale del Friuli, 16-18 settembre 1999, Roma [en adelante citado por Urso (ed.), *L'ultimo Cesare*…]

Wyke, M. (ed.) (2006): *Julius Caesar in Western Culture*, Oxford 2006. Bibliografía pp. 325-351. [Citado en adelante por: Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*].

Wyke, M. (2007): *Caesar. A life in Western Culture*, Londres.

2. ESTUDIOS MONOGRÁFICOS SOBRE LA RECEPCIÓN DE CÉSAR EN LA CULTURA OCCIDENTAL*

AA.VV. (1983): «Caesar in Mittelalter», *Lexikon des Mittelalters*, Munich-Zürich, coll. 1351-1360.

Albrecht, M. von (1987-1988): «Bernard Shaw and the Classics», *CML* 8 (1987), pp. 33-46; 8 (1988), pp. 105-114.

Annequin, J. (1996): César, paradigme du héros mériméen «*L'Incidenza dell'antico: studi in memoria di Ettore Lepore»*, vol. II, a cura di L. Breglia, Nápoles, pp. 67-82.

Audin, P. (1985): «Présence de César dans la toponymie tourangelle», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 533-538.

Back, A. (1980): *L'eredità classica nelle letterature neolatine del Rinascimento*, Brescia.

Baillet, R. (1985): «César chez Machiavel», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 67-76.

Ballesteros González, A. (2010): «Las obras romanas de Shakespeare como paradigma de subversión política en la Inglaterra isabelina: el ejemplo de *Julius Caesar*», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, pp. 365-383.

* Los estudios centrados en el ámbito español se recogen en los Apartados 4, 5, y 6 de este Apéndice.

Barnes, T. (2009): The First Emperor: The View of Late Antiquity, Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 277-287.

Bec, Chr. (1985): «'Il Cesare': tragédie italienne de la fin du XVIe siècle», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 77-90.

Beddie, J.S. (1930): «The Ancient Classics in the Medieval Libraries», *Speculum* 5, pp. 3-20.

Bedon, R. (1985): «César dans le *Traité des études* de Charles Rollin», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 275-285.

Bedon, R. (1985): «La présence de César dans le premier cycle de l'enseignement secondaire français», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 441-457.

Beer, J.M.A. (1976): *A Medieval Caesar*, Genève.

Bernardo, A.S. et al. (eds.) (1990): *The Classics in the Middle Ages*, Binghamton NY.

Bertolini, J.A. (1981): «Shaw's Ironic View of Caesar.» W. McBrien, *Twentieth Century Literature* 27, pp. 331-342 (reimp. En *Major Literary Characters: Julius Caesar*. Ed. Harold Bloom. Chelsea, 1992).

Biasutti, F. (1993): «Giulio Cesare come 'welt-geschichtliches Individuum' nella filosofia della storia di Hegel», Poli (ed.), *La cultura in Cesru,* pp. 773-794.

Billanovich, G. (1990): «Nella tradizione dei *Commentarii* di Cesare. Roma, Petrarca i Visconti», *Studi Petrarcheschi* 7, pp. 269-318.

Biskup, Th. (2009): «The Enlightenment», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 399-409.

Bjaï, D. (2006): «Images de Jules César dans l'œuvre d'Étienne Pasquier», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 22-36 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index846.html).

Blanc, P. (1985): «De la *transgression* comme scandale à la *transgression* comme idéal : la double image de *César* dans l'œuvre et la pensée de Petrarque», Chevalier (ed.), *Présence de César*, pp. 35-55.

Blänsdorf, J. (1994-1995): «Die Verwandlung der senecanischen Tragödie in Marc-Antoine Murets 'Julius Caesar' und Jacques Grévins 'César'», *IJCT* 1.2, pp. 58-74.

Blisset, W. (1957): «Caesar and Satan», *Journal of the History of Ideas* 18, pp. 221-232.

Bonamente, G. (1993): «La comparsa del nome di Caesare dagli elenchi dei divi», Poli (ed.), *La cultura in Caesare,* pp. 707-732.

Bossuat, R. (1943): «Traductions françaises des 'Commentaires' de César à la fin du XVe siècle», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 3, pp. 253-411.

Boudou, B.; Charpentier, Fr. (2006): «La figure de Jules César dans le *Discours de la servitude volontaire* de La Boétie et dans les *Essais* de Montaigne», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 183-203 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index858.html).

Boulay, Ch. (1985): «L'image de César sous le fascisme d'après *l'Enciclopedia Italiana Treccani*», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 373-390.

Bouquet, M. (2007): «Une édition singulière des œuvres de César. L'édition de Godefroy Jungerman (1606)», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 129-157 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2569.html).

Braccesi, L. (1993): «Cesare e l'imitatio Alexandri», en Poli (ed.), *La cultura in Cesare*, pp. 149-162.

Brown, V. (2009): «Julius Caesar in Renaissance Literary Biography», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, e.p.

Bruneau, J. (1964): «La figure de Jules César de Dante a Shakespeare», *Études Anglaises*, XVII, pp. 591-604.

Buron, E. (2006): «La figure du roi et le point de vue du poète. Fonctions de César dans *Les Discours de Jules Cesar avant le passage du Rubicon,* d'Étienne Jodelle», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I,* pp. 107-124 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index852.html).

Bush, D. (1952): *Classical Influences in Renaissance Literature*, Cambridge MA.

Calvo, C. (2010): «Commemorating Shakespeare and Wartime Europe: *Julius Caesar* in 1916», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, pp. 493-506.

Canfora, D. (2001): *La controversia di Poggio Bracciolini e Guarino Veronese su Cesare e Scipione*, Florencia.

Canfora, L. (2009): «Caesar for Communists and Fascists», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 431-440.

Carlà, F. (2006): «Paolo Orosio, la guerra gallica e Vercingetorige», *InvLuc* 28, pp. 295-302.

Cascón Dorado, A. (2010): «Tres autores en busca del personaje Julio César: Wilder, Brecht, Warner», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, pp. 467-491.

Cavagna, M. (2007): «La figure de Jules César chez Pétrarque dans les traditions italienne et française des *Triomphes*», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 73-83 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2562.html).

Cesaretti, P. (2008): «Giulio Cesare nelle letterature», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 106-111.

Chappuit, J.F. (2007): «Le César de Shakespeare dans son *Julius Cæsar* (1599)», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 225-240 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2578.html).

Chevallier, R. (1985): «Montaigne lecteur el juge de César», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 91-107.

Chevallier, E. (1985): «Personnages d'opéra et des spectacles populaires. Quelques métamorphoses de César, relatées par les voyageurs d'Italie», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 287-292.

Chupeau, J. (1985): «Un vaudeville romain sous Louis XIV : Jules César dans *Les amours des grands hommes* de Madame de Villedieu (1671)», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 247.

Corti, C. (1993): «La (in)cultura di Caesare sulla scene elisabettiane», Poli (ed.), *La cultura in Caesare,* pp. 751-772.

Clark, C. (2009): «Some Renaissance Caesars», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 356-370.

Cole, N. (2009): «Republicanism, Caesarism, and Political Change», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 418-430.

Couchman, G. W. (1973): *This our Caesar. A study of Bernard Shaw's Caesar and Cleopatra*. La Haya.

Craievich, A. (2008): «Il mito di Cesare nelle arti figurative dal seicento all'ottocento», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 100-105.

Crevatin, G. (2000): «Il riuso del *corpus* cesariano nell'Italia del Trecento», *CH* 1, 119-150.

Crevatin, G. (1989): «*His credendum, qui rebus interfuere:* Petrarca e il *De bello Gallico», Studi petrarcheschi* (Padova Antenore), 6, pp. 23-42.

Croizy-Naquet, C. (2006): «César et le romanz au XII[e] siècle», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 39-49 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index847.html).

Crosland, J. (1930): «Lucan in the Middle Ages, with special reference to French epic», *Modern Language Review,* 25, pp. 32-51.

Cuvillier-Fleury, A.A. (1856): *Le Cesar de Michel Montaigne*, París.

Cytowska, M. (1984): «Jules Cesar dans la tradition litteraire. Quelques reflexions», *Eos* 72, pp. 343-350.

Delmarcel, G. (1985): «Présence de Jules César dans la tapisserie des Pays-Bas méridionaux», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 257-261.

Dontrepont, G. (1895): «La légende de César en Belgique», *Compte-rendu des travaux du Congrès scientifique international catholique à Bruxelles*, Bruselas.

Dubois, Cl.-G. (1985): «César et Ramus», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 109-118.

Dunn, F.S. (1919): «Julius Caesar in the English Chronicles», *Classical Journal* 14, pp. 280-294.

Dunnett, J. (2006): «The Rhetoric of Romanità: Representations of Caesar in Fascist Theatre», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 244-265.

Dutertre, E. (1992): «A propos de quelques tragedies de la mort de Cesar des XVIe et XVIIe siècles», *Litteratures Classiques* 16, pp. 199-227.

Duval, F. (2006): «Le *Livre des commentaires Cesar sur le fait des batailles de Gaule* par Robert Gaguin (1485) ou de l'art de la transposition», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 167-182 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index856.html).

Erbe, M. (1995): «Der Caesarmythos im Spiegel der Herrschaftsideologie Napoleons I. und Napoleons III», Stupperich, R. (ed.), *Lebendige Antike. Rezeption der Antike in Politik, Kunst und Wissenschaft der Neuzeit*, Mannheim, pp. 135-142.

Finzi, C. (1993): «Cesare e Scipione: due modelli politici a confronto nel Quattrocento italiano», Poli (ed.), *La cultura in Cesare,* pp. 689-706.

Flammini, G. (1993): «L'apoteosi di Cesare tra mito e realtà: Ovid., Met. 15, 745-851», Poli (ed.), *La cultura in Cesare,* pp. 733-750.

Flutre, L. F. (1932): *Li Fait des Romains dans les littératures française et italienne du XIIIe au XVIe siècle*, París (reimpr. Genève 1974).

Flutre, L.F. Sneyders, K (eds.) (1938): *Li Fet des Romains. Compilé ensemble de Saluste et de Suetoine et de Lucan. Texte du XIIIe siècle*, Paris/Groningen.

Frati, C. (1921): «Il volgarizzamento dei commentarii di G. Cesare fatto da P.C. Decembrio», *Archivum Romanicum* 5, pp. 74-80.

Frost, G.L. (1936): «Caesar and Virgil's Magic in England», *Modern Language Notes* 51, pp. 431-433.

Gardette, R. (1985): «Shakespeare et la mort de César», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 119-136.

Gaullier-Bougassas, C. (2007): «Histoires universelles et variations sur deux figures du pouvoir. Alexandre et César dans l'*Histoire ancienne jusqu'à César*, *Renart le Contrefait* et le *Livre de la Mutacion de Fortune* de Christine de Pizan», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II,* pp. 7-28 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2556.html).

Gentili, G. (2008): «Giulio Cesare, l'uomo, le imprese, il mito: appunti per un percorso», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 12-15.

Ginsberg, E.S. (1973): «The Legacy of Marc-Antoine de Muret's *Julius Caesar*», J. Ijsewijn et al. (eds.), *Acta Conventus neo-latini Lovaniensis*, Leuven, pp. 247-252.

Gothein, P. (1927): «Die antiken Reminiszenzen in den Chansons de Geste», *Zeitschrift für französische Sprache und Litteratur*, 50, pp. 39-84.

Graf, A. (1882-1883): *Roma nella memoria e nelle immaginaziari del Medio Evo*, I (Turín 1882) pp. 248-307, II (Turín 1883), pp. 575-579.

Grandazzi, A. (1985): «Le sabre el la plume : de César à De Gaulle», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 391-395.

Griffin, J. (2009): «Shakespeare's Julius Caesar and the Dramatic Tradition», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 371-398.

Gundelfinger, F. (1904): «Caesar in der deutschen Literatur», *Palaestra* 23, Berlin.

Gundolf, F. (1924): *Caesar. Geschichte seines Ruhms*, Berlin (vers. Ing. J. W. Hartmann, The Mantle of Caesar, New York 1928; vers. it., *Caesar. Storia della sua fama*, Milán-Roma 1932).

Gundolf, F. (1926): *Caesar im neuzentehnten Jahrhundert*, Berlin.

Hale, J.R. (1977): «Andrea Palladio, Polybius and Julius Caesar», *The Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 40, pp. 240-255.

Hano, M. (1985): «L'image de César dans la peinture du XVe au XIXe siècle», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 305-328.

Harmand, J. (1985): «Un refus du témoignage césarien : l'iconographie de la reddition de Vercingétorix depuis cent ans», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 423-439.

Helze, M. (1994): «Indocilis privata loqui: the characterization of Lucan's Caesar», *Symbolae Osloenses*, 69, pp. 121-136.

Hemmerle, O. B. (2006): «Crossing the Rubicon into Paris: Caesarian Comparisons from Napoleon to De Gaulle,», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 285-302.

Hemmerdinger, E. (1987): «L' *Histoire de Jules César* par *Napoleon* III et Stoffel», *Quaderni di Storia* 25, pp. 5-22.

Hess, P. (1956): *Li Roumanz de Julius Caesar. Ein Beitrag zur Cäsargeschichte im Mittelalter*, Winterthur.

Heuzé, Ph, (1985): «Comment poindre le passage du Rubicon?», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 57-65.

Hüe, D. (2006): «Figures de César dans le *Violier des Histoires romaines*», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 149-165 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index855.html).

Huppé, B. F. (1976): «The concept of the hero in the early Middle Ages» en N. T. Burns y Ch. Reagan (eds.), *Concepts of the Hero in the Middle Ages and the Renaissance*, Londres, pp. 1-26.

Jacquiot, J. (1985): «César dans les Entrées royales et dans les médailles a la Renaissance», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 137-145.

Jähns, M. (1883): «Cäsars 'Commentarien' und ihre literarische und kriegwisennschaftliche Folgewirkung», *Militär-WochenBlatt*, 7, Berlin, 343-386.

Karagiannis-Mazeaud, E. (2007): «Force ou violence? Images de Jules César dans l'œuvre de la Pléiade», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 85-110 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2563.html).

Kewes, P. (2001): 'Julius Caesar in Jacobean England', *The Seventeenth Century* 17, 155-86.

King, A. (2001): «Vercingetorix, Asterix and the Gauls: Gallic symbols in French politics and culture» in R. Hingley (ed.), *Images of Rome: Perceptions of ancient Rome in Europe and the United States in the modern age*, Portsmouth, pp. 114-125.

Korinman, M. (1985): «Maximilien: les fondements césariens de l'empire», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 147-156.

La Penna, A. (1985): «La non gloriosa entrata di Cesare nella tragedia moderna», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 157-167.

Lambrechts, P. (1954): «César dans l'historiographie contemporaine», *L'Antiquité Classique* 23, pp. 126-143.

Laplace, R. (1985): «Le personnage de César à la Comédie-Française», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 293-304.

Leeker, J., (1986): *Die Darstellung Cäesars in den romanischen Literaturen des Mittelalters,* Frankfurt am Main.

Leigh, M. (2009): Neronian Literature: Seneca and Lucan, Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 239-251.

Leroux, V. (2007): «Le *Iulius Cæsar* de Marc-Antoine de Muret», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 207-223 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2576.html).

Lestringant, F. (1985): «César au fil des guides de voyage a la Renaissance (Charles Estienne, Jacques Signot, Jean Bernard)», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 169-182.

Levick B. (2009): «Caesar's Political and Military Legacy to the Roman Emperors», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 209-223.

Liaroutzos, Ch. (2007): «César dans les antiquités de villes au XVIe siècle», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 43-55 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2558.html).

Lo Monaco, F. (2008): «Per la fortuna medievale di Cesare», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 88-93.

Long. J. (2006): «Julian Augustus' Julius Caesar», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 62-82.

Lucas, R.H. (1970): «Mediaeval French Translations of the Latin Classics to 1500», *Speculum* 45, pp. 225-253.

Mackenzie, L. (2006): «Imitation Gone Wrong: The 'Pestilentially Ambitious' Figure of Julius Caesar in Michel de Montaigne's Essais», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 131-147.

McLaughlin, M. (2009): «Empire, Eloquence, and Military Genius: Renaissance Italy», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 335-355.

Maguin, J.M. (1973): «Preface to a Critical Approach to 'Julius Caesar': Renaissance Interests in Caesar, Shakespeare and North's 'Plutarch'», *Cahiers élizabéthains* 4, pp. 16-49.

Maillat, G. (1985): «Dante et César», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 25-34.

Malamud, M. (2006): «Manifest Destiny and the Eclipse of Julius Caesar», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 148-169.

Malissard, A. (1985): «César dans *Komm l'Atrébate* d'Anatole France», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 365-372.

Manitius, M. (1889): «Beiträge zur Geschichte der römischen Prosaiker im Mittelalter», *Philologus* 48, 567-570.

Margolin, J. Cl. (1985): «Glaréan, commentateur du *De Bello Gallico*», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 183-212.

Martellotti, G. (1947): «Il Petrarca e Cesare», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* II Ser. 16.

Martellotti, G. (1979): «Il *De gestis Cesaris* del Petrarca e il cod. Neapolitanus dei Commentarii», *Medioevo e Rinascimento veneto, con altri studi in onore di Lino Lazzarini*, Padua, pp. 161-171.

Martin, P.M. (1985): «L'image de César dans Astérix ou comment deux français sur trois aujord'hui voient César», Chevallier (ed.), *Presence de César,* pp. 459-482.

Martin, R. (1985): «César à Las Vegas, ou les clefs d'un royaume», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 509-516.

Martindale, A. (1979): *The Triumphs of Caesar by Andrea Mantegna*, Londres.

Martinet, M.M. (1985): «Histoire de l'empire ou art militaire ? L'iconographie de César en Angleterre aux XVI[e] et XVII[e] siècles», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 223-230.

Ménanger, D. (2006): «La Figure de César dans les recueils biographiques de la Renaissance», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, p. 9-21 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index844.html).

Menegaldo, S. (2006): «César «d'ire enflamez et espris» (v. 1696) dans le Roman de Jules César de Jean de Thuin», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 59-76 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index848.html).

Menegaldo, S. (2007): «César et les Bretons. Les premiers pas des Romains en Grande Bretagne dans l'historiographie latine, de César à Geoffroy de Monmouth», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 29-41 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2557.html).

Méniel, B. (2006): «César écrivain, d'après les lecteurs de la Renaissance», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 205-220 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index2606.html).

Michel, A. (1985): «L'image de César dans *La guerre civile* d'Henry de Montherlant», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 413-422.

Momigliano, A. (1956): «Per un riesame della storia dell'idea di Cesarismo», *Rivista storica italiana* 68.

Mora, Fr. (2007): «Nouvel Énée, ou faux Énée? Jules César et Eneas dans le *Roman de Jules César* de Jean de Thuin», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 175-189.

Mühlethaler, J.Cl. (2007): «Entre la France et l'Italie. Jules César chez Thomas III de Saluces et Eustache Deschamps», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II,* pp. 191-205 (disponible en línea desde junio de 2010: http://crm.revues.org//index2575.html).

Nearing, H. (1948): «Jules Caesar and the Tower of London», *MLN* 63, pp. 228-233.

Nearing, H. (1948): «Caesar's Sword», *MLN* 63, pp. 403-405.

Nearing, H. (1949): «Local Caesar Traditions in Britain», *Speculum* 24, pp. 218-227.

Nearing, H. (1949): «The Legend of Julius Caesar's British Conquest», *Proceedings of the Modern Language Association* 64, pp. 889-929.

Néraudau, J.P. (1985): «Le *Giulio Cesare* de Haendel, ou l'héroisme à l'opéra», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 263-274.

Nesselrath, H.-G. (1992): «Caesar in den Caesares: Ein Beitrag zur Text-und Quellenkritik in den Schriften KaiserJulians», *Rheinisches Museum* 135, pp. 352-365.

Nicolet, Cl. (2009): «Caesar and the Two Napoleons», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 410-417.

Ortiz, R. (1925): «La materia epica di ciclo classico nella lirica italiana delle origini», *Giornale storico della letteratura italiana* 85, pp. 1-93 (40-54).

Osborne, J. (2006): «St. Peter's Needle and the Ashes of Julius Caesar: Invoking Rome's Imperial History at the Papal Court, ca. 1100-1300», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 95-109.

Parodi, E.S. (1889): «Le storie di Cesare nella letteratura italiana dei primi secoli», *Studi di filologia romanza* 4, pp. 235-501.

Pelling, Ch. (2009): «The First Biographers: Plutarch and Suetonius», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 252-266.

Pelling, Ch. (2006): «Judging Julius Caesar», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 1-26.

Pineaux, J. (1985): «César dans la tragédie humaniste de la Renaissance française», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 213-222.

Pitcher, L. (2009): «The Roman Historians after Livy», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 267-276.

Poeschl, V. (1985): «César en Allemagne de Mommsen à Christian Meier», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 407-412.

Poignault, R. (1985): «Napoléon I[er] et Napoléon III, lecteurs de Jules César», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 329-345.

Provini, S. (2006): «Les rois de France sur les traces de César en Italie. La figure de César dans la poésie héroïque du début de la Renaissance (1496-1515)», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 91-105 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index850.html).

Pucci, G. (2006): «Caesar the Foe: Roman Conquest and National Resistance in French Popular Culture», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 190-201.

Ribémont, B. (2006): «La figure de Jules César chez Christine de Pizan», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I,* pp. 127-147 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index854.html).

Richter, W. (1977): *Caesar als Darsteller seine Taten. Eine Einführung,* Heildelberg.

Ridé, J. (1985): «César héros d'une comédie humaniste: Julius Redivivus de Nicodemus Frischlin (1585)», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 231-238.

Royle, N. (2006): «Julius Caesar and the Democracy to Come», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 205-227.

Sallustro, E. (2008): «Giulio Cesare e l'industria culturale», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 112-121.

Sanford, E.M. (1924): «The Use of Classical Latin Authors in the 'Libri manuals», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 55, pp. 190-248.

Savi Lopez, P. (1899): «Un contributo meridionale alle storie di Cesare», *Giornale storico della letteratura italiana* 33, pp. 340-346.

Schanzer, E. (1955): «Dante and Julius Caesar», *Medium Aevum* 24, pp. 20-22.

Schmidt-Chazan, M. (1980): «Les traductions de la 'Guerre des Gaules' et le sentiment nacional au moyen âge», *Annales de Bretagne et de pays de l'Ouest* 87, pp. 387-407.

Schryvers, P.H. (1985): «La présence de César dans Juste Lipse», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 239-245.

Seldes, G.H. (1936): *Sawdust Caesar: The Untold Story of Mussolini and Fascism*, Londres.

SIARRI, N. (1985): «Jules César au cinéma», Chevallier (ed.), *Presence de César*, pp. 483-507.

SIHLER, E.G. (1887): «The Tradition of Caesar's *Gallic Wars* from Cicero to Orosius» *Transactions of the American Philological Association* 18, pp. 19-29.

SLATER, N. W. (2006): «Shaw's Caesars», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 228-243.

STRASBURGER, H. (1997): «'Der Größte der Sterblichen' Jacob Burckhardts Urteil über Caesar», Forssman, E., Meyer zur Capellen, J., Oberreuter-Kronabel, G. (eds.), *Klassizismus. Epoche und Probleme*, Hildesheim, pp. 411-464.

STRINATI, Cl. (2008): «Giulio Cesare eroe rinascimentale», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 94-99.

SYME, R. (1988): «Caesar: Drama, Legend, History», Birley, E. (ed.), *Roman Papers* 5, Oxford, pp. 702-707 (reim. *New Review of Books* 33, 1985, pp. 12-14).

SUERBAUM, A. (2009): «The Middle Ages», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 317-334.

SZKILNIK, M. (2006): «César est-il un personnage de roman? Du *Perceforest* au *Jouvencel*», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César I*, pp. 77-89 (disponible en línea: http://crm.revues.org//index849.html).

TARRÊTE, A. (2007): «Jules César dans les *Politiques* de Juste Lipse (1589)», Méniel-Ribémont (dirs.), *La Figure de Jules César II*, pp. 111-125 (disponible en línea a partir de junio de 2010: http://crm.revues.org//index2568.html).

TEMPLE, N. (2006): «Julius II as Second Caesar», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 110-127.

TERNES, Ch.-M. (1985): «Jules César vu par Camille Jullian», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 355-363.

TEYSSIER, M.-L. (1985): «César, personnage romanesque dans *Moi, César,* récit de Jacques de Bourbon-Busset», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 397-406.

TOHER, M. (2009): «Augustan and Tiberian Literature», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 224-238.

TOHER, M. (2006): «The Earliest Depiction of Caesar and the Later Tradition», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 27-4.

TOHER, M. (1989): «Julius Caesar and Octavian in Nicolaus», Cairns Fr.-Fantham, E., pp. 132-156.

TSCHIEDEL, H.J. (1981): «Zu Caesars literarischer Aktualitat», Neukam, P. (ed.), *Widerspiegelungen der Antike. Dialog Schule-Wissenschaft*, Munich.

VALENZANI, R. S. (2006): «The Seat and Memory of Power: Caesar's Curia and Forum», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 85-94.

VALCÁRCEL, V. (1985): «La pérdida de la obra poética de César, ¿Un caso de censura?», *Symbolae L. Mitxelena septuagenario oblatae*, Vitoria, pp. 317-324

VELZ, J.W. (1968): *Shakespeare and the Classical Tradition*, Minneapolis MN 1968.

VITOUX, P. (1985): «Le César de Mommsen et le César de G.B. Shaw», Chevallier (ed.), *Présence de César*, pp. 347-354.

TOYNBEE, J. M. C. (1957): «Portraits of Julius Caesar», *Greece & Rome*, Second Series, 4, pp. 2-9.

WALDE, Ch. (2006): «Caesar, Lucan's *Bellum Civile,* and their Reception», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 45-61.

WEBB, H.J. (1949): «English Translations of Caesar's 'Commentaries' in the Sixteenth Century», *Philological Quarterly* 28, pp. 490-495.

WESEMANN, H. (1879): *Die Cäsarfabeln des Mittelalters* (Programm Löwenberg 1879).

WIERUSZOWSKI, H. (1967): «Rhetoric and the Classics in Italian Education of the Thirteenth Century», *Studia Gratiana* 11, pp. 171-207.

WINTERER, C. (2002): *The Culture of Classicism: Ancient Greece and Rome in American Intellectual Life, 1780-1910*, Baltimore.

WINTJES, J. (2006): «From 'Capitano' to 'Great Commander': The Military Reception of Caesar from the Sixteenth to the Twentieth Centuries», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 269-284.

WYKE, M. (2009): «A Twenty-First-Century Caesar», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 441-455.

WYKE, M. (ed.) (2006): *Julius Caesar in Western Culture*, Oxford 2006.

WYKE, M. (2006): «Caesar, Cinema, and National Identity in the 1910s», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 170-189.

Wyke, M. (2006): «A Twenty-First-Century Caesar», Wyke (ed.), *Julius Caesar in Western Culture*, pp. 305-323.

Wyke, M. (1999): «Sawdust Caesar: Mussolini, Julius Caesar, and the drama of dictatorship», Biddiss, M. Wyke, M. (eds.), *The Uses and Abuses of Antiquity*, Berna, pp. 167-186.

Zander, H. (2005): *'Julius Caesar': New critical essays,* (Shakespeare Criticism), Londres.

Zanker, P. (2009): «The Irritating Statues and Contradictory Portraits of Julius Caesar», Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, pp. 288-314.

Zanker, P. (2008): «Le irritanti statue di Cesare e i suoi ritratti contraddittori», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 72-79.

Zecchini, G. (2008): «Il significato dell'esperienza umana e politica di Cesare», Gentili (ed.), *Giulio Cesare*, pp. 16-23.

3. LOS TEXTOS LATINOS: TRADICIÓN TEXTUAL Y ESTUDIOS CRÍTICOS DEL TEXTO

3.1. Estudios generales*

Bischoff, B. (1961): «Hadoardus and the Manuscripts of Classical Authors from Corbie», Prete, S. (ed.), Didascaliae: FS Anselm M. Albareda, New York, pp. 39-57.

Brown, V. (1972): *The Textual Transmission of Caesar's 'Civil War',* Leiden.

Brown, V. (1979): «Latin Manuscripts of Caesar's *Gallic War», Paleographica, Diplomatica et Archivistica. Studi in onore Di Giulio Batelli*, Roma, pp. 105-157.

Brown, V. (1981): «Portraits of Julius Caesar in Latin Manuscripts of the 'Commentaries'», *Viator* 12, pp. 319-354.

Canfora, C. (2000): «Sulla formazione del corpus cesariano», *AION* 22, 2000, pp. 419-428.

Cappa, A. (2004): «Umanesimo, passione antiquaria e produzione libraria fra Padova e Roma a metà '400: il «Giulio Cesare» casanatense», *Schol(i)a* 6 (2), pp. 53-101.

* No se incluyen las referencias de las ediciones críticas, que desde C. Nipperdey (Leipzig 1847) vienen haciendo aportaciones críticas a los textos de César, en particular A. Holder (Friburgo-Tubinga 188), R. Du Pontet (Oxford 1900, 1.ª ed.), H Meusel (Berlín 1913-1920), A. Klotz (Leipzig 1927, 1.ª ed.), L. A. Constans (París 1926, 1.ª ed.), O. Seel (Leipzig 1968, 1.ª ed.) y W. Hering (Leipzig 1987, 1.ª ed.).

Constans, L. A. (1926): «Sur deux manuscrits de César», *RPh* 50, pp. 34-37.

Hering, W. (1963), *Die Recensio der Caesarhandschriften*, Berlín.

Hering, W. (1971): «Caesar-Exzerpte aus dem 9. Jahrhundert», *Philologus* 115, pp. 131-136.

Jax, K. (1934): «Die Stellung der Handschriften **S** und **L** in der Caesarüberlieferung», *WS* 52, pp. 95-105.

Klotz, A., 1910, *Caesarstudien,* Leizig-Berlin.

Moreno Hernández, A. (2008): «En torno a la puntuación en las primeras ediciones postincunables de los Commentarii de César (1504-1513)», A. Cascón Dorado et alii (eds.), *Donum amicitiae. Estudios en Homenaje al Profesor Vicente Picón García*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 331-351.

Moreno Hernández, A. (2009): «Precisiones sobre la evolución de la puntuación en las ediciones incunables y postincunables de los *Commentarii* de César», *Actas del XII Congreso Español de Estudios Clásicos,* vol. I, Madrid, pp. 267-274.

Moreno Hernández, A. (2005): «César, *Bellum Gallicum*, Parisinus Lat. 5767», *Emerita* 78, pp. 217-232.

Munk Olsen, B., 1982, *L'étude des auteurs classiques latins aux XIe et XIIe siècles*, I, París.

Pecere, O. (2003): «Genesi e trasmissione antica del *Corpus Caesarianum*», *S&T* 1, pp. 183-227.

Rice Holmes, T. (1911): «Collation of *Codex Lovaniensis*», *The Classical Quarterly* 5, pp. 137-162.

Samaran, Ch., 1963, «Le César de Moissac», *Annales du Midi* 75, pp. 441-444 (reed. 1978, *Une longue vie d'erudit. Recueil d'études de Charles Samaran*, Geneve-París, vol. I, pp. 787-790).

3.2. Estudios sobre tradición manuscrita e impresa antigua en España

Beardsley, Th. S. (1979): «Spanish Printers and the Classics: 1482-1599», *Hispanic Review* 47, pp. 25-35.

García Villena, A. J. (2010): «El manuscrito *Leidensis Voss. Lat.* F 90 en la tradición textual del *Bellum Gallicum* de César», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, Madrid, pp. 153-165.

García Villena, A. J. (2008): «Aproximación a la actividad correctora del texto del *Bellum Gallicum* de César durante el s. XIV», *Revista de Estudios Latinos* 8, 2008, pp. 99-113.

García Villena, A. J. (2006): «El texto del *Bellum Gallicum* de César en los códices de la clase β conservados en España: contribuciones a la historia de la tradición textual», *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios Latinos)* 26, pp. 17-36.

García Villena, A. J. (2005): *El Bellum Gallicum de César en los manuscritos de la clase* β*, conservados en bibliotecas españolas*, Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

García Villena, A. J. (e.p.): «El texto del *Bellum Gallicum* de César en el manuscrito BN MS 12867», en J.M. Maestre et alii (eds.), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor Antonio Prieto*, Instituto de Estudios Humanísticos-Universidad de Cádiz.

Hartel, W. von (1887): *Bibliotheca Patrum Latinorum Hispaniensis*, vol. I, Viena.

Isidro Guijosa, M. (2010): «Íñigo de Ávalos y el texto del *Belum Gallicum* de César en un escriptorio milanés», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, pp. 167-196.

Isidro Guijosa, M. (2007): «Precisiones sobre la historia y filiación del texto del *Bellum Gallicum* en el ms. de Valladolid, Bib. Hist. de Santa Cruz, 301», *Minerva* 20, pp. 111-129.

Isidro Guijosa, M. (e.p.): *Estudio de los manuscritos de César procedentes del scriptorium de los Visconti de Milán*, Tesis Doctoral, UNED, Madrid.

Lutrel, A. (1970): «Coluccio Salutati's Letter to Juan Fernández de Heredia», *Italia Medioevale e Umanistica* 13, pp. 235-244.

Menéndez Pelayo, M. (1901=1950): *Bibliografía hispanolatina clásica*, II, Madrid-Santander, pp. 108-199.

Moreno Hernández, A. (2001): «Identificación de dos estados en la edición del *Bellum Gallicum* de Julio César (Burgos 1491)», *Epos* 17, pp. 13-27.

Moreno Hernández, A. (2002): «La edición incunable del *Bellum Gallicum* de Julio César (Burgos 1491)», *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios Latinos)* 22, pp. 9-42.

Moreno Hernández, A. (2005): «En torno a la filiación del texto de *Bellum Gallicum* en el manuscrito Escurialensis M.III.10», *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios Latinos)* 25, pp. 5-25.

Moreno Hernández, A. (2004-2005): «La edición de Philippo de Giunta del *Bellum Gallicum* de César», *Epos* 20-21, pp. 13-30.

Moreno Hernández, A. (2006): «La edición de los *Commentarii* de César de Venecia, 1511: ¿*emendatio* original o mera copia?», *Epos* 22, pp. 21-37.

Moreno Hernández, A. (2008): «El *B.G.* de César en el *Florilegium Gallicum*: fragmentos conservados en el *Escurialensis* Q-I-14», *Latomus* 67, fasc. 1, pp. 82-101.

Moreno Hernández, A. (2009): «Bases manuscritas de la práctica conjetural de la edición aldina del *Bellum Gallicum* de César (Venecia 1513)», *Emerita* 67,2.

Pardo Navarro, J. (2006): «El *Bellum Gallicum* en el *Escurialensis* ç.IV.18: aportaciones sobre la historia del manuscrito y su filiación», *Analecta Malacitana* 29, pp. 657-676.

Pardo Navarro, J. (2008): «Notas críticas a Caes. *Gall.* 5, 39, 2: Formalismo, libertad estilística o expresividad», *Minerva* 21, 2008, pp. 81-99.

Regueira Veiga, X. (2009): « El ms. BIB. CAP. 49.4 (t) de Julio César: aproximación a la historia del manuscrito y a sus relaciones de filiación», *Actas del XII Congreso Español de Estudios Clásicos*.

Rubio Fernández, L. (1984): *Catálogo de los manuscritos clásicos existentes en España*, Madrid, pp. 129-130.

Sola, J. (1961): «Códices Cesarianos en España», *Humanidades* 30, pp. 347-363.

4. TRADUCCIONES EN ESPAÑA*

A) Traducción completa (Gall., civ. y el conjunto del *Corpus Caesarianum*)

López de Toledo, D.: *Los Comentarios de Gayo Julio César*, Toledo, 1498 (imp. Pedro Hagembach); BNM, ms. 9747 (post. 1519); Alcalá 1529 (imp. Miguel de Eguía); París 1549 (prob. Arnaldo Byrckmann); Madrid 1641 (imp. Viuda de Alonso Martín de Balboa).

* Se incluyen las traducciones al castellano y al catalán, ordenadas por obras y cronología. Se recogen, salvo indicación expresa, traducciones completas.

Valbuena, M.: *Los Comentarios de Cayo Julio César*, Madrid 1789 (Imprenta Real); Madrid 1798 (Imprenta Real); Barcelona 1854 (Impr. Plus Ultra, Luis de Tasso). Múltiples ediciones en el s. XX.

Goya y Muniaín, J.: *Los Comentarios de Cayo Julio César* (traducido y con el texto latino y estampas), Madrid 1798 (Imprenta Real); Madrid 1847 (sólo Gall. y Ciu. Impr. De D. José M.ª Gómez Colón y Compañía); Barcelona 1865 y 1867 (con prólogo de M. Milá y Fontanals, Impr. De Antonio Brusi); Madrid 1882 (*Los Comentarios de Cayo Julio César traducidos por D. José Goya y Muniaín. Nueva edición que comprende los libros escritos por Hircio y traducidos por D. Manuel Valbuena*, Editor Luis Navarro). Múltiples ediciones en el s. xx.

B) Traducciones ocasionales y parciales

Morales, A. de: *Crónica general de España*, Madrid, 1574, lib. VIII (traducciones ocasionales).

Traducción interlineal para la educación de Felipe III sobre la edición de Lyón 1574. Ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Villar y García, M.: *Historia de la Literatura Latina*, Zaragoza 1875 (tentativas de traducción parcial, p. 199, n. 2).

C) Gall.

López Soto, V. (1971): *Julio César, La guerra de las Galias*, Barcelona (2.ª ed. 1986).

Coloma, C. (1982): *Cayo Julio César. Comentarios de la guerra de las Galias* (Prólogo de L. A. de Cuenca), Barcelona.

Nargares, A. (1986): *La guerra de las Galias*, León.

Bonifaz Nuño, R. (1994): *Julio César. Guerra Gálica*, México.

Cuatrecasas, A. (2000): *Comentarios de la guerra de las Galias*, Madrid.

García Yebra, V.; Escolar, H. (2000): *César. Guerra de las Galias*, Madrid (sucesivas ediciones desde 1945).

Caerols, J. J. (2002): *César. Comentarios a la guerra de las Galias*, Madrid.

Gelormini, N. (2004): *Julio César. Comentarios sobre la guerra de la Galia*, Buenos Aires.

D) civ.

Calonge Ruiz, J. (1947): *La Guerra Civil,* Madrid (múltiples ediciones, y recogida en Calonge-Quetglas 2005).

Mariner Bigorra, S. (1959-1961): *Memorias de la Guerra Civil*, 2 vols., Barcelona.

Morató, J.M. (1973-1978): *Juli César. Commentaris de la Guerra Civil*, 2 vols., Barcelona.

Enríquez, J.A. (1985): *Julio César. La Guerra civil*, Madrid.

Cuatrecasas, A. (2001): *Julio César. La Guerra civil*, Madrid.

E) Civ., Alex., Hisp., Afr.

López Soto, V. (1972): Julio César, La guerra civil. La guerra de España. La guerra de Africa, Barcelona.

Calonge Ruiz, J.-Quetglas Nicolau, P. (2005): *Julio César. Guerra Civil. Autores del Corpus Cesariano: Guerra de Alejandría, Guerra de África, Guerra de Hispania*. Madrid.

F) Hisp.

Castro Sánchez, J. (1992), *Julio César. Bellum Hispaniense*, Madrid.

G) Hisp. Afr.

Icart, J. (1988): *Juli César. Guerra d'Africa, Guerra d'Hispània* (amb la colaboracio de M. Dolç), Barcelona.

H) Alex.

Icart, J. (1987): *Juli César. Guerra d'Alexandria* (amb la colaboracio de M. Dolç), Barcelona.

5. ESTUDIOS SOBRE COMENTARIOS Y TRADUCCIONES EN ESPAÑA (SS. XV Y XVI)

Beardsley, Th. (1970), *Hispano-Classical Translations printed between 1482 and 1699*, Pittsburg.

Cantavella, R., Haro Cortés, M., Real E. (eds.) (2003): *Traducción y practica litteraria en la edad media románica. Quaderns de Filologia. Estudis Literaris* 8, Valencia.

Conde Salazar, M.; Fernández Savater, M.V. (2009): «Lecturas críticas de Zurita al *Bellum Gallicum* de César», *Actas del XII Congreso Español de Estudios Clásicos.*

Conde Salazar, M.; Fernández-Savater Martín, M.V. (2010): «'El retrato de la puente (de César) y el modo de edificarla' en la interpretación de los comentarios Humanistas», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, pp. 399-424.

Conde Salazar, M.; Fernández-Savater, M. V. (2005): «El Epítome floreado de los Comentarios de Julio César de Carlos Bonyères», *Minerva* 18, pp. 187-209.

Conde Salazar, M.; Fernández-Savater, M.V. (2006): «Comentaristas de la obra de César en el siglo xvii: diferentes estilos, diferentes tendencias genéricas», *Silva. Estudios de Humanismo y tradición Clásica*, 5, pp, 35-60.

Conde Salazar, M.; Fernández-Savater, M.V. (2006): «El manuscrito de las Notas y enmiendas de Cayo Julio César de Jerónimo Zurita», *Revista de Estudios Latinos* 6, 2006, pp. 139-165.

Conde Salazar, M. (e.p.): «Enríquez de Villegas, comentarista de César», en J. M. Maestre et alii (eds.), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor Antonio Prieto*, Instituto de Estudios Humanísticos-Universidad de Cádiz.

Costas Rodríguez, J.; Trascasas Casares, M. (2005): «Las dos traducciones de Diego López de Toledo sobre *Los comentarios de César* (Toledo, 1498 y BNM ms. 2002): sus relaciones con la transmisión del texto de César en España», *Ad amicam amicissime scripta. Homenaje a la Prof.ª M.ª José López de Ayala y Genovés*, vol. II, Madrid, pp. 39-50.

Fernández-Savater, M.V. (e.p.): «Los comentarios a Julio César como manuales de arte militar y educación de príncipes», J. M. Maestre et alii (eds.), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor Antonio Prieto*, Instituto de Estudios Humanísticos-Universidad de Cádiz.

García-Alegre Sánchez, G. (2005): «Unas anotaciones a los *Commentarii* de César para la educación del príncipe Felipe, futuro Felipe III», *Revista de Filología Española* 85, pp. 49-59.

García-Alegre Sánchez, G. (e.p.): «La presencia de Julio César en los tratados españoles »De re militari« del siglo xvi», J. M. Maestre et alii (eds.), *Humanismo y Per-*

vivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor Antonio Prieto, Instituto de Estudios Humanísticos-Universidad de Cádiz.

García-Alegre Sánchez., G. (2010): «Unas anotaciones escolares a los *Commentarii* de César (1574): la enseñanza del latín del príncipe Felipe, futuro Felipe III», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, Madrid, pp. 425-440.

Hernández González, M.I. (ed.) (1998): *En la teoría y en la práctica de la traducción. La experiencia de los traductores castellanos a la luz de sus textos (siglos xiv-xv)*, Salamanca.

Hirsch, R. (1987): «Classics in the Vulgar Tongues Printed During the Initial Fifty Years, 1471-1520», *Papers of the Bibliographical Society of America* 81, 249-337.

Moraleda Díaz, J. (e.p.): «En torno a las anotaciones de Fulvio Ursino al texto del *Bellum Gallicum* de Julio César», J. M. Maestre et alii (eds.), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor Antonio Prieto*, Instituto de Estudios Humanísticos-Universidad de Cádiz.

Moraleda Díaz, J. (2007): «Las notas de Fulvio Ursino al texto de César en los *Fragmenta Historicorum* de Antonio Agustín: fuentes e influencias», *Revista de Estudios Latinos* 7, 2007, pp. 181-201.

Moraleda Díaz, J. (2010): «Las notas críticas de Pedro Chacón al *Bellum Gallicum* de Julio César», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, Madrid, pp. 385-398.

Moraleda Díaz, J. (ep.): *Las notas de Pedro Chacón a los Commentarii de César: edición crítica y estudio*, Tesis Doctoral, UNED, Madrid.

Morel Fatio, A. (1984), «La traduction des Commentaires de César par Pier Candido Decembrio», *Bibliothèque de l'École de Chartes* 55, pp. 343-348.

Pardo Navarro, J. (e.p.): *Las traducciones de los Comentarios de Julio César en España en los ss. XVIII y XIX*, Tesis Doctoral, UNED. Madrid.

Recio, R. (ed.) (1995): *La traducción en España, ss. XIV-XVI*, Anexos de Livius 1, León.

Russell, P. (1985): *Traducciones y traductores en la Península Ibérica (1400-1550)*, Barcelona.

Serés, G. (1997): *La traducción en Italia y España durante el siglo xv. La «Ilíada en Romance» y su contexto cultural*, Salamanca.

6. APROXIMACIÓN A LA RECEPCIÓN EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

6.1. Estudios generales y repertorios bibliográficos

AA. VV. (1956): *Bibliografía de los estudios clásicos en España (1939-1955)*, Madrid.

Alvar Ezquerra, A. (dir.) (1991): *Bibliografía de los estudios clásicos en España (1965-1984)*, Madrid (y volúmenes sucesivos).

Faulhaber, Ch.; Gómez Moreno et al. (1997): *Bibliografía Española de Textos Antiguos* (BETA). PhiloBiblon. 1.1-(1997-): http://sunsite.Berkeley.EDU/PhiloBiblon/phhmbe.html

Faulhaber, Ch. (1987): *Libros y bibliotecas en la España medieval: una bibliografía de fuentes impresas*, Londres.

García Jurado, Fr. (comp.) (2005): *La historia de la literatura grecolatina en el siglo xix español: espacio social y literario*, Anexos de *Analecta Malacitana* 51, Málaga.

Gil Fernández, L. (1997): *Panorama social del Humanismo español* (1500-1800), Madrid (2.ª ed.).

González Rolán, T.; Saquero, P.; López Fonseca, A. (2002): *La tradición clásica en España (siglos xiii-xv)*, Madrid (César, p. 193).

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2005): *Regia Bibliotheca. El libro en la corte española de Carlos* V, 2 vols., Mérida.

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2005): *Felipe II y el desarrollo de la Biblioteca humanística de El Escorial*, Milán.

Gómez Moreno, A. (1994): *España y la Italia de los humanistas*, Madrid.

Gómez Redondo, F. (1999) *Historia de la prosa medieval castellana*, 3 vol. Madrid.

Hernández González, M.ª I. (1998): «Suma de inventario de bibliotecas del siglo xvi (1501-1560), M. L. López Vidriero; P. M. Cátedra, (dirs.), *El libro antiguo español* IV. *Coleccionismo y bibliotecas (Siglos xv-xviii)*, Salamanca, pp. 375-446.

Laguna Mariscal, G.; Ramírez de Verger, A. (1997): *Bibliografía selecta de autores latinos*, Madrid, pp. 47-49.

Lida de Malkiel, M.ª R. (1975): *La tradición clásica en España*, Barcelona.

Maravall, J. A. (1983): «La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media española», *Estudios de historia del pensamiento español. Serie primera*, Madrid, pp. 334-337.

Menéndez Pelayo, M. (1901=1950): *Bibliografía hispanolatina clásica*, II, Madrid-Santander, pp. 108-199.

Rodríguez Neila, J. F.; Melchor Gil, E.; Mellado Rodríguez, J. (coords.) (2005): *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 A.C.)*, Córdoba.

6.2. Estudios monográficos

AA. VV. (2008): *Exposición «Carlos V en Yuste, Muerte y Gloria Eterna»*, (19 de Junio hasta el 21 de Septiembre) Monasterio de Yuste [Presentación del volumen *Comentarii* de Cayo Julio César, en la edición traducida al italiano por Agostino Ortica della Porta (Venecia 1528), conservado en la Biblioteca de El Escorial (RMBE, 60-IV-9)].

Alcalá, M. (1956): «Los *Comentarios* de J. César y las Cartas de relación de Hernán Cortés», *ASFL* 10, 63-67.

Antelo Iglesias, A. (1991): «Las bibliotecas del otoño medieval: con especial referencia a las de Castilla en el siglo xv», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval (4), pp. 285-350.

Beceiro Pita, I. (2003): «César, ancestro de la nación hispana y espejo de caballeros», *Euphosyne* 31, pp. 369-378.

Beceiro Pita, I.; Franco Silva, A. (1985): «Cultura nobiliar y bibliotecas. Cinco ejemplos, de las postrimerías del siglo xiv a mediados del xvi», *Historia, Instituciones, Documentos* 12, pp. 277-350.

Beltrán Llavador, R. (2005a): «Agüeros y jaulas con grillos en la recepción de una anécdota clásica: el tropiezo de Escipión o Julio César desde *Tirant lo Blanc* hasta *Don Quijote*», P. Ribes Traver, R. Beltrán Llavador, J. Sanchis Llopis (edd.), *La recepción de los clásicos / La recepcio dels Clàssics. Quaderns de Filologia. Estudis literaris* 10, pp. 103-116.

Beltrán Llavador, R. (2005b): «Facecia, agudeza y transmutación en la figura del caballero: dos anécdotas sobre Julio César, desde 'Tirant lo Blanc' hasta 'Don Quijote' y el 'Arte de ingenio' de Gracián», B. Taylor-G. West (eds.). *Historicist Essays on Hispano-Medieval Narrative. In Memory of Roger M. Walker*, Londres, pp. 53-71.

Beltrán Llavador, R. (1997): *Gutierre Díaz de Games. El Victorial*, Salamanca («La leyenda de Julio César piadoso», pp. 118-122).

Cabrera Quintero, C.G. (2005): *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo xix*, Puebla.

Cano, P.L. (1995): «Cèsar, Cleòpatra, Marc Antoni, ombres al cinema», *III Jornades de didàctica de les llengües clàssiques* (ICE), Barcelona, pp. 15-37.

Castro de Castro, J. D. (2005): «Las colecciones de textos clásicos en España: La *Biblioteca Clásica* de Luis Navarro, Fr. García Jurado (comp.), *La historia de la literatura grecolatina en el siglo xix español: espacio social y literario*, Málaga, pp. 137-160.

Chaparro Gómez, C. (2008): «La arenga militar en la edad media: estudio de algunas crónicas hispanas», J. C. Iglesias Zoido(coord.), *Retórica e historiografía: el discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Madrid, pp. 405-428.

Cherchi, P. (1985): «El salto del rey Richalte», *Modern Language Notes* 100, 391-396. (Sobre *El Conde Lucanor* Parte I, Exemplo 3 y César, *Gall.* 4.24-25)

Conde Salazar, M.; Fernández-Savater, M.V. (2008): «Comedia Nueva del mayor triunfo de César o Batalla de Farsalia (I)», A. Cascón Dorado et alii (eds.), *Donum amicitiae. Estudios en Homenaje al Profesor Vicente Picón García*, Madrid 2008, pp. 609-628.

Conde Salazar, M.; Fernández-Savater, M.V. (2008): «Comedia Nueva del mayor triunfo de César o Batalla de Farsalia (II)», A. Cascón Dorado et alii (eds.), *Donum amicitiae. Estudios en Homenaje al Profesor Vicente Picón García*, Madrid, Madrid 2008, pp. 629-649.

Cuartero M.ª P.; Chevalier, M. (1997): *Floresta española*, Barcelona.

Domínguez, C. (1997): «Materia de cruzada en *El Conde Lucanor*: I. 'Del salto que fizo el rey Richalte de Inglaterra'. Una vez más sobre las fuentes del ejemplo III», *Incipit* 17, pp. 139-174.

Estefanía, D. (1993): «El conocimiento de Hispania en César», Poli, (ed.), *La cultura in Cesare*, pp. 29-57.

Fernández-Ordóñez, I. (1999): «El taller historiográfico alfonsí. La Estoria de España y la General estoria en el marco de las obras promovidas por Alfonso el Sabio», J. Montoya Martínez, A. Domínguez Rodríguez, (Coords.), *El scriptorium alfonsi*, Madrid, pp. 105-126.

García-Alegre Sánchez, G. (2005): «La presencia de Julio César en *El Quijote*», *Ad amicam amicissime scripta. Homenaje a la Prof. M.ª José López de Ayala y Genovés*, vol. II, Madrid, pp. 87-98.

García Jurado, Fr. (2008): «Ensayo de una Historiografía de la Literatura, Latina en España (1778-1936)», *Revista de Estudios Latinos* 8, pp. 179-201 (pp. 192-193).

García Pinilla, I.J. y otros (1991): «Las fuentes clásicas de la 'General y Natural Historia de las Indias' de Gonzalo de Oviedo», *Suplemento del Anuario de Estudios Americanos* 48, *Historiografía y Bibliografía* 1, pp. 13-40.

Gómez Redondo, F. «Relaciones entre la historiografía latina y las crónicas romances del siglo xiii», *Actas del I Congreso AHLM*, pp. 313-412.

Gómez-Pantoja Fernández-Salguero, J. L. (1995): «Stoffel en España: Una respuesta a Joël Le Gall», *Gerión* 13, pp. 17-26.

González Rolán, T. (1998): «Lucano en el Medievo hispánico (con especial referencia al siglo xiii», M. Pérez González (coord.), *Actas del II Congr. de Latín Medieval Hispánico*, León, pp. 73-81.

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2008): *El César y los libros*, Yuste.

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2000): «La biblioteca postrimera de Carlos V en España: las lecturas del emperador», *Hispania: Revista española de historia* 60, pp. 911-944.

Harto Trujillo, M.L. (2008): «La arenga militar en la historiografía latina». En J. C. Iglesias Zoido (coord.), *Retórica e historiografía: el discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Madrid, pp. 297-318.

Hernández Vista, V. E. (1960): «De César a Garcilaso. La determinación del modelo literario a través del análisis estilístico», *Estudios Clásicos* 30, pp. 323-345.

Hinojo Andrés, G. (2010): «Visión e intuición políticas de César. Su proyección posterior», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, pp. 199-219.

Hook, D. (1992): «Pedro Bermúdez and the Cid's standard», *Neophilologus* 63, pp. 45-53.

Hook, D. (1992): «The Figure of Richard I in Medieval Spanish Literature», J.L. Nelson, (ed.), *Richard Coeur de Lion in History and Mith*, Londres pp. 117-140.

Lawrance, J. (1986): «On fifteenth-century Spanish Vernacular Humanism», *Medieval and Renaissance Studies in honour of Robert Brian Tate*, Oxford, pp. 72-73.

Martin, G. (ed.), (2000): *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos xiii-xv)*, Madrid.

Martín Puente, C. (2005): «El drama y la novela históricos de tema romano en el siglo xix», Fr. García Jurado (comp.), *La historia de la literatura grecolatina en el siglo xix español: espacio social y literario*, Málaga, pp. 317-337.

Martín Puente, C. (2003): «La figura de César en las tragedias españolas del siglo xix», *Cuadernos de filología clásica: Estudios latinos* 23, pp. 227-248.

Martínez Arancón, A (2010): «César, ejemplo y aviso para príncipes. En torno a su recepción en el pensamiento político del Barroco español», Moreno (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, Madrid, pp. 441-464.

Messina, N. (1980): «Le citazioni classiche nelle *Etymologiae* di Isidoro di Siviglia», *Archivos Leoneses: Revista de estudios y documentación de los Reinos Hispano-Occidentales* 68, pp. 205-266.

Mignolo, W.D. (1992): «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», L. I. Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 1, (Época colonial), Madrid, pp. 57-116 (Sobre César y la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, p. 80).

Montaner Frutos, A. (1987): «El Cid: mito y símbolo», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, 27, pp. 121-340 (en particular p. 215).

Moreno Hernández, A. (2005): «*Incredibili lenitate* (B.G. 1.12.1): César y las aguas apacibles», *Ad amicam amicissime scripta. Homenaje a la Prof. M.ª José López de Ayala y Genovés*, vol. I, Madrid, pp. 317-326.

Moreno Hernández, A. (2005): «César, *B.G.* 6.14.4: la escritura contra la memoria», P. P. Conde Parrado, I. Velázquez (eds.), *La Filología Latina. Mil años más. Actas del IV Congreso de la Sociedad de Estudios Latinos*, Madrid, pp. 574-591.

Moreno Hernández, A. (2004): «César, *Bellum Gallicum* 3.10.3», M.ª R. Ozaeta, D. Popa-Liseanu, A. Yllera (eds.), *Palabras y recuerdos. Homenaje a Rosa M.ª Calvet*, Madrid, pp. 151-156.

Pérez González, M. (2001): *La Garcineida*. Estudio y edición crítica con traducción, León.

Pérez Martínez, H. (2002): La redacción de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo*,* Colegio de Michoacán.

Pérez Priego, M.A. (ed.) (2007): Fernando de Pulgar, *Claros Varones de Castilla*, Madrid.

Quetlas i Nicolau, P. (2005): César y el «Corpus Caesarianum», J. F. Rodríguez Neila; E. Melchor Gil; J. Mellado Rodríguez (coords.) (2005): *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 A.C.)*, Córdoba, pp. 139-164.

Reichenberger, A. G. (1969): «The Marqués de Santillana and the Classical Tradition», *Iberoromania* 1, pp. 5-34.

Salgado Olmeda, F. (1995): «Humanismo y coleccionismo librario en el siglo xv: las bibliotecas renacentistas de Santillana, Infantado y el Cardenal Mendoza», *Wad-al-Hayara: Revista de estudios de Guadalajara* 22, pp. 123-135.

Sánchez Cantón, F.J. (1942): *La biblioteca del marqués del Cenete, iniciada por el cardenal Mendoza (1470-1523)*, Madrid.

Sánchez Salor, E. (2008): «Retórica e historiografía en Roma», J. C. Iglesias Zoido (coord.), *Retórica e historiografía: el discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Madrid, pp. 125-142.

Schiff, M. (1905): *La bibliothèque du Marquis de Santillane*, París.

Smith, C. (1983): *The making of the «Poema de mio Cid*, Cambridge (en particular pp. 151-152) (vers. esp.), *La creación del «Poema de mio Cid*, Barcelona 1985.

Solalinde, A.G. (1934-1936): «Fuentes de la *General Estoria* de Alfonso el Sabio», *Revista de Filología Española* 21 (1934), pp. 1-28; 23, (1936), pp. 113-142.

Suárez Pallasá, A. (1995): «Del Mandubracius del *De bello Gallico* de C. Julio César al Endriago del 'Amadís de Gaula'. Iª parte», *Stylus* 4, pp. 91-134.

Suárez Pallasá, A. (1996): «Del Mandubracius del *De bello Gallico* de C. Julio César al Endriago del Amadís de Gaula. IIª Parte», *Stylus* 5, pp. 5-79.

Saquero Suárez-Somonte, P.; González Rolán, T. (2003): «La imagen polimórfica de Alejandro Magno desde la Antigüedad latina al Medievo hispánico: edición y estudio de las fuentes de un desatendido *Libro de Alexandre* prosificado», *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios Latinos* 23, pp. 107-152.

Tate, R.B. (1970): *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo xv*, Madrid.

Thomson, M. (1973): *Tractatus Garsiae*. Leiden.

La indagación en la obra y en la figura de Julio César nos devuelve al terreno de lo "clásico" por antonomasia, en la acepción más rica de la palabra: "clásico" por el significado que alcanza su controvertida figura en el contexto de la Roma antigua, cuyo devenir queda marcado decisivamente por su intervención, y "clásico" también por la repercusión y trascendencia que su presencia recurrente ha supuesto para la historia de la cultura occidental hasta la actualidad, como una fuente inagotable de proyecciones en terrenos como la política, el derecho, la lengua y la literatura, el arte o la educación.
Julio César: textos, contextos y recepción recoge las aportaciones aprobadas por el Comité Científico del Coloquio Internacional sobre la figura y la obra de Julio César celebrado en la Universidad Nacional de Educación a Distancia y en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos en noviembre de 2008, con el propósito de poner en común las contribuciones científicas actuales en los estudios filológicos y en otros campos fundamentales, como el Derecho Romano, la Historia Antigua o la Historia del pensamiento político, así como ofrecer una aproximación a la historia del texto de los *Commentarii* y a su tradición posterior. Desde esta vocación interdisciplinar, las contribuciones se agrupan en seis grandes apartados más un apéndice en torno a las bases bibliográficas para el estudio de la recepción textual y literaria de Julio César en España.

El volumen ha sido coordinado por **Antonio Moreno Hernández**, y recoge 25 colaboraciones de profesores de una docena de universidades españolas y del CSIC, así como de universidades británicas, francesas y canadienses, y ha contado además con la participación de profesores de cuatro facultades de la UNED.







0133098EU01A01